ANDREA WULF

MAGNÍFICOS REBELDES

LOS PRIMEROS ROMÁNTICOS
Y LA INVENCIÓN DEL YO

taurus

ANDREA WULF

MAGNÍFICOS REBELDES

LOS PRIMEROS ROMÁNTICOS
Y LA INVENCIÓN DEL YO

taurus

Andrea Wulf

Magníficos rebeldes

Los primeros románticos y la invención del yo

Traducción de Abraham Gragera

taurus

Para Saskia, mi nave nodriza

DRAMATIS PERSONAE

Auguste Böhmer (1785-1800)
Hija mayor de Caroline Böhmer-Schlegel-Schelling. Vivió con su madre y su padrastro, August Wilhelm Schlegel, en Jena de 1796 a 1800.

Caroline Böhmer-Schlegel-Schelling, de soltera Michaelis (1763-1809)
Escritora, traductora, crítica literaria y musa del Círculo de Jena. Estuvo casada con Franz Böhmer de 1784 a 1788, con August Wilhelm Schlegel de 1796 a 1803 y con Friedrich Schelling de 1803 a 1809. Vivió en Jena de 1796 a 1803.

Johann Gottlieb Fichte (1762-1814)
Filósofo que vivió en Jena de 1794 a 1799. Se trasladó a Berlín en julio de 1799. Estuvo casado con Johanne Fichte, de soltera Rahn (1755-1819).

Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832)
Poeta y consejero privado del duque Carlos Augusto en el ducado de Sajonia-Weimar. Goethe vivía en Weimar, pero visitaba regularmente Jena, donde a menudo pasaba varias semanas. Su amante y posterior esposa Christiane Vulpius (1765-1816) fue la madre de su hijo August von Goethe (1789-1830).

Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831)
Filósofo que se unió a su amigo Friedrich Schelling en Jena a principios de 1801. Vivió en la ciudad hasta 1807.

Alexander von Humboldt (1769-1859)
Científico y explorador que visitó a menudo a su hermano mayor Wilhelm von Humboldt en Jena entre 1794 y 1797.

Caroline von Humboldt, de soltera Dacheröden (1766-1829)
Esposa de Wilhelm von Humboldt. Vivió en Jena (con interrupciones) junto a su marido, de 1794 a 1797.

Wilhelm von Humboldt (1767-1835)

Lingüista y diplomático prusiano que vivió en Jena (con interrupciones) de 1794 a 1797. Estaba casado con Caroline von Humboldt y era el hermano mayor de Alexander von Humboldt.

Novalis (1772-1801)
Friedrich von Hardenberg fue un poeta, escritor e inspector de minas que utilizó el pseudónimo de Novalis. Estudió en Jena de 1790 a 1791. La finca de su familia, Weißenfels, no estaba lejos de la ciudad y entre 1795 y 1801 visitó regularmente a sus amigos. Primero estuvo comprometido con Sophie von Kühn y luego con Julie von Charpentier.

Friedrich Schelling (1775-1854)
Joven filósofo que vivió y enseñó en Jena de 1798 a 1803. Tuvo un romance con Caroline Schlegel y se casó con ella en 1803.

Friedrich Schiller (1759-1805)
Dramaturgo y poeta. Vivió en Jena de 1789 a 1799. En diciembre de 1799 se trasladó a Weimar. Estuvo casado con Charlotte Schiller, de soltera von Lengefeld (1766-1826).

August Wilhelm Schlegel (1767-1845)
Escritor, poeta, traductor y crítico literario. Vivió en Jena de 1796 a 1801. Estaba casado con Caroline Böhmer-Schlegel-Schelling y era el hermano mayor de Friedrich Schlegel.

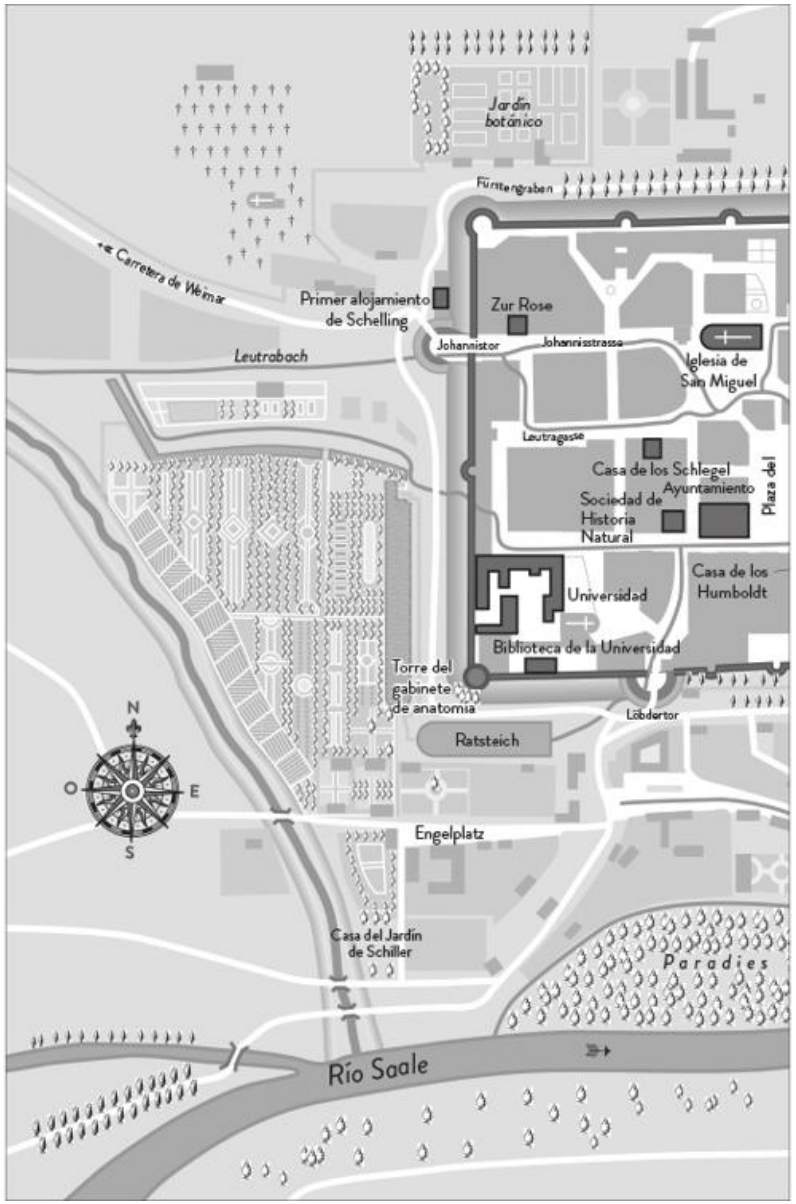
Friedrich Schlegel (1772-1829)
Escritor y crítico literario. Vivió en Jena de 1796 a 1797 y de 1799 a 1801. Conoció a su amante, Dorothea Veit-Schlegel —una mujer casada— en Berlín, en 1799. En 1804 contrajeron matrimonio. Era el hermano menor de August Wilhelm Schlegel.

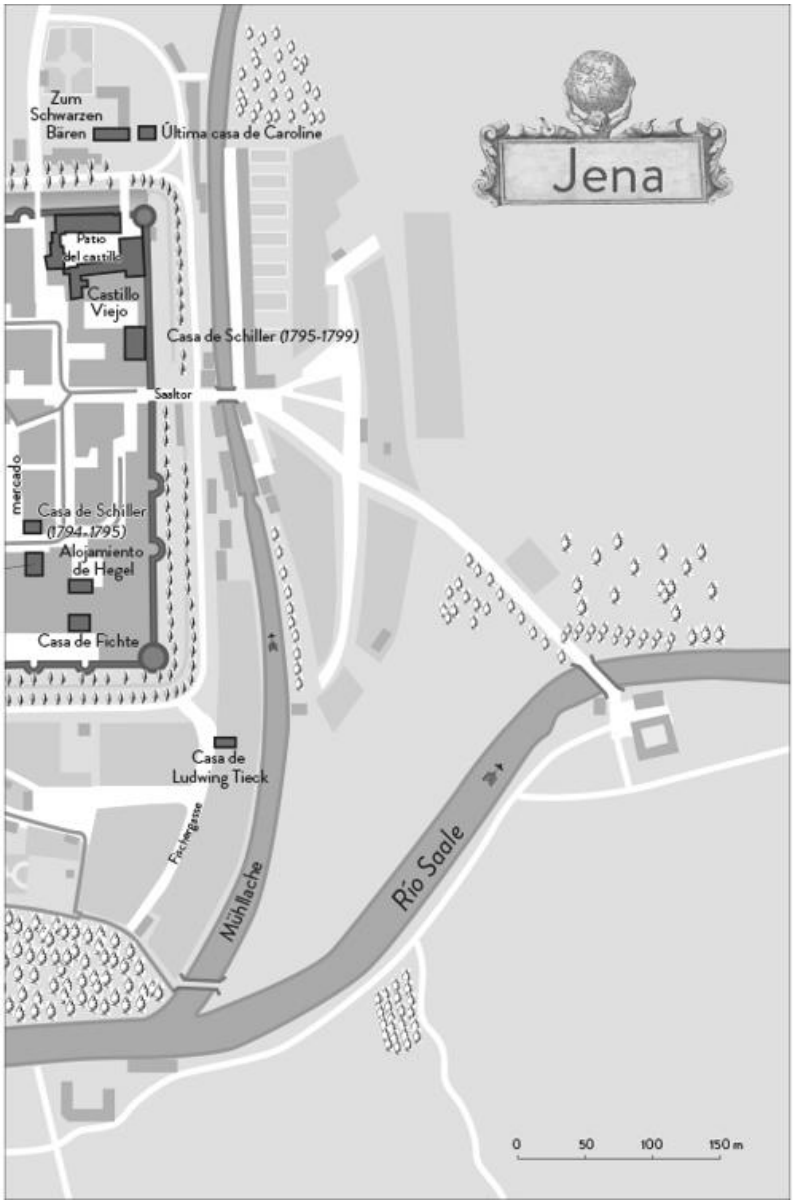
Friedrich Schleiermacher (1768-1834)
Teólogo y capellán. Aunque Schleiermacher nunca visitó Jena, mantuvo una correspondencia regular con los miembros del Círculo de Jena y sus opiniones sobre la religión llegaron a ser importantes para ellos. Friedrich Schlegel le conoció en 1797 en Berlín y compartió con él alojamiento.

Ludwig Tieck (1773-1853)
Escritor, poeta y traductor. Conoció a Friedrich Schlegel en Berlín y vivió en Jena de 1799 a 1800. Estuvo casado con Amalie Tieck.

Dorothea Veit-Schlegel, de soltera Brendel Mendelssohn (1764-1839)

Escritora y traductora. Estuvo casada con Simon Veit de 1783 a 1799. Friedrich Schlegel fue su amante durante varios años, antes de casarse, en 1804. Vivió en Jena de 1799 a 1802.


Jardín botánico
Fürstengraben
Carretera de Weimar
Primer alojamiento de Schelling
Zur Rose
Johannistor
Johannisstrasse
Leutrabach
Iglesia de San Miguel
Leutragasse
Casa de los Schlegel
Ayuntamiento
Sociedad de Historia Natural
Plaza del
Casa de los Humboldt
Universidad
Biblioteca de la Universidad
Torre del gabinete de anatomía
Löbdertor
Ratsteich
N
O
E
S
Engelplatz
Casa del Jardín de Schiller
Paradies
Río Saale


Jena
Zum Schwarzen Bären
Última casa de Caroline
Patio del castillo
Castillo Viejo
Casa de Schiller (1795-1799)
Saaltor
mercado
Casa de Schiller (1794-1795)
Alojamiento de Hegel
Casa de Fichte
Casa de Ludwing Tieck
Fischergasse
Mühlgraben
Río Saale
0
50
100
150 m

Paz de Basilea, 1795
Mar del Norte
REINO DE DINAM
Holstein
Hamburgo
Hannover
REPÚBLICA DE BATAVIA
Weser
Hannover
Brunswick
Ámsterdam
La Haya
Rin
Münster
Westfalia
Gotinga
Bruselas
Colonia
Gotha
N
O
E
S
Königstein
Frankfurt
Bocklet
Maguncia
Meno
Wurzburgo
Tréveris
Reims
REPÚBLICA FRANCESA
Mosela
Rin
Ducado de Wurtenberg
Stuttgart
Estrasburgo
Tubinga
Baden
Danubio
Ulm
0
50
100
150 km
Basilea
SUIZA
Zúrich

ARCA
Mar Báltico
Danzig (Gdansk)
Pomerania sueca
Pomerania
Prusia occidental
Mecklemburgo
Stettin
Elba
Brandenburgo
Oder
Berlín
REINO DE PRUSIA
Posen (Poznan)
Prusia meridional
Lor
Halle
Leipzig
Electorado de Sajonia
Breslavia (Wroclaw)
Weißenfels
Dresde
Silesia
Oder
Weimar
Erfurt
Jena
Ducado de Sajonia-Weimar
Freiberg
Elba
Karlsbad
Praga
Bohemia
Bamberg
Pilsen
CRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO
Budweis
Reino de Baviera
Austria
Hungría
Danubio
Viena
Múnich
Salzburgo
TERRITORIOS DE LOS HABSBURGO

Presta atención a ti mismo; aparta tu mirada de cuanto te rodea y dirígete a tu interior. Esa es la primera exigencia que la filosofía impone al estudiante: no hablamos de nada que esté fuera de ti, únicamente de ti mismo.

JOHANN GOTTLIEB FICHTE

¿De dónde sacaré mis ideas? De mí, de mí mismo necesariamente. Yo soy, para mí mismo, la base de todos los pensamientos.

NOVALIS

Soy más feliz cuanto más libre. Sin ninguna duda.

CAROLINE SCHLEGEL-SCHELLING

PRÓLOGO

Toda mi vida he hecho las cosas mal. O tal vez no, quizá mi modo de hacerlas fuera el correcto. O simplemente un modo que no se ajustaba a las convenciones. Por llevar la contraria a mis padres, inteligentes, liberales, cariñosos y académicos, me negué a ir a la universidad y me dediqué a trabajar en bares y restaurantes. Eso no quiere decir que no me educara. Leía. Filosofía y ficción, sobre todo. Siempre he sido una lectora insaciable, pero quería decidir por mí misma qué leer y no sentirme atada a un plan de estudios universitarios. También, entre otras cosas, me metí a aprendiz de pintora y decoradora, fui guía en un museo, hice prácticas en un teatro. Con esa típica y repelente soberbia tan propia del egoísmo adolescente, experimentaba el mundo solo a través de mi punto de vista, ciertamente estrecho.

¿Qué había de malo en estar todo el día leyendo? ¿Qué había de malo en cambiar de opinión? ¿Qué, en bailar toda la noche? Me enamoraba y desenamoraba con facilidad. Tuve una hija a los veintidós años. Y, de pronto, consciente de que no podría pasarme toda la vida trabajando de camarera, empecé a estudiar en una universidad de Alemania. Los únicos seminarios que disfrutaba, con todo, eran los de filosofía. En aquellas clases me sentía como en un remolino que me arrastraba a un mundo de pensamiento embriagador, como si hubiera descubierto las respuestas a las grandes preguntas de la vida: ¿Qué es el mal? ¿Qué significa ser bueno? ¿Quiénes somos? ¿Por qué somos? Ahora, treinta años después, apenas recuerdo lo que leí, pero aquellos libros y debates con mis profesores y compañeros me dieron herramientas para pensar y cuestionar. Empecé también a concebir la historia no como una serie de fechas y acontecimientos ordenados sucesivamente, como perlas en un collar, sino como una red interconectada. Empecé a mirar el presente a través de la lente del pasado.

Y aunque la vida empezó a parecerme un asunto más serio, seguí tomando decisiones impulsivas. Me sentía libre, y estaba decidida a ser la dueña de mi destino. Puede que algunas de aquellas decisiones fueran un tanto temerarias, pero eran mías, o eso pensaba. Ahora, claro está, sé que si podía permitirme el lujo de comportarme así, es porque era una persona privilegiada: sabía que, si las cosas se hubieran torcido, siempre habría podido recurrir a mis padres (de clase media).

Al fin y al cabo, fueron ellos, mis padres, quienes me enseñaron a perseguir mis sueños. Ellos mismos lo hicieron cuando se mudaron a la India, desde Alemania, en la década de 1960, para trabajar en el Deutscher Entwicklungsdienst (el equivalente alemán del Cuerpo de Paz). Si la niñez de mis padres echó a andar en los refugios antiaéreos durante la Segunda Guerra Mundial, la mía lo hizo entre los colores chillones de la India. Cuando se subieron a un avión en 1966, dejaron atrás una vida segura en la que mi madre tenía un puesto de secretaria y mi padre otro en un banco de provincias. Regresaron con dos niños pequeños y empezaron otra vez de cero. Con treinta y pocos años cada uno, en aquel momento, se matricularon en la universidad. Fueron los primeros de sus respectivas familias en hacerlo. Mi madre se convirtió en profesora y mi padre en un eminente académico especializado en irenología, la disciplina que estudia la paz y los conflictos.

Cuando mi propia hija tenía seis años, nos mudamos a Inglaterra, también desde Alemania. Fue una decisión instintiva. Dejé mis estudios, vendí mis pocas posesiones y me trasladé a Londres. Era una madre soltera con una educación a medio hacer, un baúl lleno de libros, ningún ingreso y una confianza en apariencia inagotable. Me mudé con un amigo (el mejor de los amigos), solicité una beca y comencé (y acabé) un nuevo máster en Londres. Trabajé duro. Tuve mis dudas. Me angustié. Y salimos adelante. Con lo justo, sí, pero viviendo una vida llena de amor, calor y felicidad. Puede que fuera impulsiva, pero también fui siempre muy organizada y estructurada. La mía no era una impulsividad caótica, simplemente estaba a favor de la vida.

En Inglaterra encontré mi voz. Literalmente. En una lengua que no era la de mi cuna. Y me convertí en escritora. Maduré, aunque no me volví más sabia. Desde luego que hay trabajos mejor pagados, pero ninguno que me guste tanto. La mayor parte de los días mi trabajo no pesa como un trabajo. Es, simplemente, lo que deseo hacer. Durante toda mi vida. Escribir. Contar historias. Intentar darle sentido al pasado para poder aprender algo sobre el presente. Soy una persona afortunada. Increíblemente afortunada. Todo podría haber salido muy, pero que muy mal. Pero no fue así. Hasta ahora, he tenido el privilegio de vivir la vida a mi manera. Aunque soy muy consciente de que mi suerte podría terminar en cualquier momento.

Algunas veces mi feroz apetito de independencia derivó en puro egoísmo. Estoy segura de que mi hija habría preferido no tener que mudarse con tanta frecuencia. Pero esos trastornos no le han impedido convertirse en un hermoso ser humano. Y a mí en adulto, mientras crecía junto a ella. Aquella niña me hizo poner los pies en la tierra y tomar la determinación de ser libre en algo más grande que yo: me hizo querer ser una buena persona. Y me permitió encontrar el

equilibrio entre la libertad de espíritu y la responsabilidad.

Vivimos en un mundo en el que nos vemos obligados a caminar de puntillas por la delgada línea que separa el libre albedrío y el egoísmo, entre la autonomía y el narcisismo, entre la empatía y la rectitud. En la base de todo esto hay dos preguntas fundamentales: ¿Quién soy yo como individuo? ¿Y quién soy como miembro de un grupo y una sociedad? Vivo en Londres, una gran metrópolis sucia y llena de gente, donde cada mañana cientos de miles de usuarios se amontonan en el metro, camino del trabajo, se empujan los unos a los otros en esta gran ola humana, comparten un espacio físico, pero también están cada uno en su propio mundo: mirando fijamente sus pantallitas parpadeantes, leyendo correos electrónicos, echando vistazos a sus redes sociales, jugando o deslizando el dedo por las fotos. Una ciudad en la que, frente al Big Ben o la catedral de San Pablo, los turistas se afanan en buscar la localización ideal para el selfi perfecto. Pero una ciudad, también, donde la gente arriesga su vida para ayudar a los demás cuando se producen ataques terroristas con apuñalamientos, y donde la gente cuida de sus vecinos.

Hemos firmado un contrato social con quienes nos gobiernan. Hemos aceptado las leyes que estructuran la sociedad en la que vivimos —aunque no a perpetuidad, puesto que son negociables; las leyes se pueden revisar o cambiar para adaptarlas a las nuevas circunstancias—, pero ¿puedo yo, como individuo, dependiendo de las circunstancias, o nosotros, como sociedad, protestar por esas leyes, o violarlas incluso? En la mayoría de los casos, los cambios son graduales: se discuten primero, se votan después y finalmente se aplican. Y aunque suelan estar plagados de reveses, frustraciones e injusticias, el andamiaje legal es, sin embargo, esencial para relacionarnos democráticamente con el Estado y con los demás. Unas veces, los cambios son más radicales, otras, solo temporales. Por ejemplo, durante la pandemia mundial, millones de personas renunciamos voluntariamente a nuestros derechos y libertades básicas por un bien mayor. Durante meses, no vimos a nuestros amigos y familiares, y seguimos normas férreas, estrictas, porque creíamos que era lo correcto desde el punto de vista moral. Pero hubo quien no lo hizo, quien se negó a obedecer estas restricciones, insistiendo en que sus libertades individuales eran más importantes.

Durante la mayor parte de mi vida adulta, he tratado de entender por qué somos quienes somos.

Esta es la razón por la que escribo libros de historia. En mis obras anteriores, he analizado la relación entre la humanidad y la naturaleza para entender por qué hemos destruido tanto nuestro magnífico planeta azul. Pero también me he dado cuenta de que no basta con examinar las relaciones entre nosotros y la naturaleza, primero

debemos examinarnos a nosotros mismos como individuos: ¿cuándo empezamos a ser tan egoístas? ¿En qué momento creímos tener derecho a ser los dueños de nuestras propias vidas? ¿Cuándo nos creímos con derecho a coger lo que nos diera la gana? ¿De dónde viene todo esto, nosotros, tú, yo, nuestro comportamiento colectivo? ¿Cuándo nos planteamos por primera vez la pregunta de cómo ser libres?

Encontré las respuestas a estas preguntas mientras investigaba sobre Alexander von Humboldt, el protagonista de mi libro *La invención de la naturaleza*. Las encontré en Jena, una ciudad alemana no muy conocida, a unos 240 kilómetros al sudoeste de Berlín. Porque fue aquí, en la última década del siglo XVIII, donde Humboldt se unió a un grupo de novelistas, poetas, críticos literarios, filósofos, ensayistas, editores, traductores y dramaturgos que, embriagados por la Revolución francesa, situaron el yo en el centro de su pensamiento. En Jena, sus ideas colisionaron y se fusionaron, expandiéndose, como un seísmo, por los estados alemanes, por el mundo entero y en nuestras mentes.

Era la obsesión por ser libre en una época en la que la mayor parte del mundo estaba gobernada por monarcas y líderes que controlaban muchos aspectos de la vida de sus súbditos lo que mantenía unido al grupo. El filósofo Johann Gottlieb Fichte proclamó desde el atril durante su primera conferencia en Jena: «Uno debe tomar las riendas de sí mismo y no dejarse definir por nada externo».[1] Este énfasis en el yo y el valor de la experiencia individual se convirtió en la estrella guía de aquel grupo.

Durante los aproximadamente diez años que vivieron juntos en Jena, a mediados de la década de 1790, la pequeña ciudad a orillas del río Saale se convirtió en el corazón de la filosofía occidental: diez años, un parpadeo, apenas, en el tiempo, pero un tiempo crucial para la formación de la mente moderna. Hoy en día, pocos fuera de Alemania han oído hablar de Jena, pero lo que ocurrió allí en esos pocos años aún se encuentra entre nosotros. Aquellos pensadores visionarios aún están junto a nosotros. Todavía pensamos con las mentes de aquellos pensadores revolucionarios, vemos con su imaginación y sentimos con sus emociones. Puede que no seamos conscientes, pero aquella forma de entender el mundo todavía vertebra nuestras vidas y nuestro ser.

Una de las integrantes del grupo fue Caroline Michaelis-Böhmer-Schlegel-Schelling, una mujer que cargaba con los nombres de su padre y de sus tres maridos, pero que también se negó a dejarse limitar por el papel que la sociedad había asignado a las mujeres. Caroline está en el corazón mismo de esta apasionante historia.

30 de marzo de 1793. El carruaje se detuvo bruscamente. Los soldados rodearon el vehículo y uno de los oficiales prusianos se adelantó. Cuando abrió la puerta, vio a una mujer bien vestida y a un niño. Les preguntó por sus nombres y su procedencia, y les pidió sus documentos. «¿De Maguncia? ¿Böhmer?», dijo, mientras desplegaba los papeles, y con esas simples preguntas se selló el destino de la joven. Los prusianos habían oído hablar de la viuda Caroline Böhmer y de su relación con los revolucionarios franceses que ocupaban la ciudad alemana.

Enfurecida por el interrogatorio y las acusaciones, Caroline se negó a cooperar y se comportó de forma tan grosera, según contaron más tarde sus amigos, que fue escoltada hasta Frankfurt entre gritos y quejas. Tanto a ella como a su hija Auguste, de siete años, las pusieron bajo arresto domiciliario, vigiladas de cerca por tres guardias. Durante el interrogatorio, Caroline le dijo sarcásticamente al oficial que tomaba nota de sus respuestas: «Habría sido usted un gran editor, visto lo bien que se las arregla para reducirlo todo a la mínima expresión».[2]

Después de aquello, no tuvo nada que hacer. Le confiscaron el equipaje, la acusaron de simpatizar con los franceses y la encarcelaron sin juicio. Su prisión fue la antigua fortaleza de Königstein, a dieciséis kilómetros al noroeste de Frankfurt y a treinta y dos al nordeste de Mainz. El 8 de abril de 1793, nueve días después de su detención, las obligaron, a ella y a la pequeña Auguste, a ir detrás de una procesión de revolucionarios alemanes encadenados y con grilletes. Cuando salieron de Frankfurt, en un carruaje custodiado, los transeúntes les arrojaron huevos podridos, piedras y manzanas. La cosa fue mucho peor para los prisioneros varones, que iban a pie y recibieron golpes sin parar, hasta acabar cubiertos de sangre.[3]

Unas horas después, Caroline divisó la fortaleza que se alzaba sobre las ruinas de Königstein, golpeada por los cañonazos que los prusianos habían lanzado para arrebatársela a los franceses. Al llegar allí, los prisioneros fueron conducidos, como un rebaño, hacia la puerta arqueada en las altas y antiguas murallas, y agrupados en el sombrío patio de la fortaleza. Era una visión aterradora y, desde luego, poco recomendable para una niña. El sol no tocaba las gélidas piedras y, mientras esperaban, podían oír el traqueteo de las cerraduras de hierro y los pasos resonantes de los guardias por los pasillos. También, de vez en cuando, algún gemido distante. Finalmente, a Caroline y la pequeña Auguste, junto con otras mujeres, las metieron en una habitación oscura y sucia, amueblada con colchones de paja mugrientos, un par de toscos bancos de madera y un balde de agua turbia. El aire estaba viciado y las paredes húmedas. En los días y

semanas siguientes, comieron patatas con las manos y sacaron agua del balde con tazones. Sus ropas y su pelo no tardaron en estar infestados de parásitos.[4]

La prisión era algo muy ajeno a la vida que había vivido Caroline, cuyo padre, profesor de la Universidad de Gotinga, en el estado de Hannover, fue un reputado orientalista y teólogo, célebre tanto por su ingenio y sus chistes groseros como por su erudición. La familia había vivido en una casa grande y elegante del centro de la ciudad, a la que acudían, entre otros invitados, el famoso poeta alemán Goethe y el revolucionario estadounidense Benjamin Franklin, así como los numerosos estudiantes que asistían a las conferencias del padre en el auditorio del primer piso.

Caroline se había criado rodeada de libros, en un ambiente consagrado al conocimiento y a las conversaciones intelectuales. Siempre tuvo acceso a la biblioteca de la universidad y los profesores particulares le proporcionaron una vasta educación. Aprendía con facilidad, hablaba varios idiomas con fluidez y, a diferencia de la mayoría de las mujeres cultas de su edad, su ortografía era tan precisa como la de cualquier hombre de letras. Segura de sí misma, intrépida y conocida por ser «un tanto indomable», con solo quince años afirmó: «Nunca halago, digo lo que pienso y siento». Era pequeña y delgada, con unos ojos azules chispeantes de curiosidad, y un pelo castaño que caía en gruesos rizos alrededor de su cara, hermosa, a pesar de que la viruela había manchado su piel y de que bizqueaba un poco. Vestía con elegancia, tenía muchos admiradores y estaba segura de sí misma. Pocas cosas asustaban a Caroline.[5]

Ella y su hija intentaron huir de Maguncia el 30 de marzo de 1793, cuando casi cincuenta mil soldados prusianos y austriacos se disponían a reconquistar la ciudad, que estaba en manos del ejército revolucionario francés. Caroline había vivido en Maguncia durante algo más de un año. Estaba allí cuando los franceses llegaron en octubre y cuando los revolucionarios alemanes fundaron al día siguiente la conocida como Sociedad de los Amigos de la Libertad y la Igualdad. Los aristócratas, el clero, los funcionarios y el príncipe elector en el poder huyeron de la ciudad, pero muchos otros dieron la bienvenida al ejército francés invasor y a sus nuevas creencias democráticas. Los que se quedaron, cosieron una escarapela con los colores rojo, azul y blanco en sus sombreros como símbolo de la revolución, y gritaban sin parar: «Vivre libre ou mourir» —«Vivir siendo libres o morir»— mientras marchaban por las calles.[6]

Al igual que otros alemanes liberales, Caroline Böhmer, que por aquel entonces tenía veintinueve años, dio la bienvenida a la Revolución francesa y a los franceses. Cuatro años antes, en julio de 1789, había leído sobre el asalto a la Bastilla, en París, sobre cómo

había arrancado de cuajo las raíces feudales de Francia, y sobre la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, según la cual, todos los hombres eran iguales. Mientras miles de manifestantes marchaban hacia el palacio de Versalles y los reyes franceses huían, presas del pánico, Caroline le contaba a su hermana pequeña los gloriosos acontecimientos que estaban viviéndose en Francia: «Que se echen a un lado los ricos; que los pobres gobiernen el mundo», llegó a decir.[7]

La libertad, la igualdad y la fraternidad —las consignas de la revolución— prometían un mundo nuevo: tras siglos de monarcas despóticos que favorecían a unos cuantos y dejaban morir de hambre al resto, el pueblo francés había fundado una república y ejecutado a su rey. En lugar de unos pocos privilegiados, ahora serían los ciudadanos los que gobernaran los destinos de la nación. Caroline estaba entusiasmada con las posibilidades que se abrían en el horizonte. «Después de todo, vivimos tiempos políticos muy interesantes», escribió, poco después de su llegada a Maguncia. No podía esperar para contarles a sus futuros nietos que estaba siendo testigo de la mayor revuelta de todos los tiempos. Era algo emocionante, un momento crucial, vertiginoso. «Quién sabe cuánto falta para que acabe con una bala en la cabeza», llegó a decir también, pero no estaba dispuesta a perderse ni un solo detalle.[8]

Durante su año en Maguncia, Caroline pasó gran parte del tiempo en compañía de Georg Forster, un viejo amigo de Gotinga y un intrépido explorador que a principios de la década de 1770 se había unido a la expedición del capitán Cook para circunnavegar por segunda vez el globo terrestre. Forster era también uno de los más destacados revolucionarios de Alemania. Cada día, Caroline iba caminando hasta su casa, un paseo de apenas cinco minutos. Por las tardes, los revolucionarios de Maguncia se reunían en el salón de Forster para debatir, mientras tomaban el té, las noticias de Francia y sus propios planes de crear una república en Maguncia.[9]

Emocionada por estar en el meollo mismo de la acción, Caroline discutía sin parar sobre política y revoluciones con amigos y desconocidos, leía los últimos periódicos y se dejaba llevar por la excitación del momento. Allí, en Maguncia, estaba cuando se plantó el Árbol de la Libertad y todo el mundo cantó y bailó a su alrededor hasta bien entrada la noche.[10] Acudió a cenas y fiestas organizadas por los franceses, y pronto empezaron a correr los rumores. Algunos la involucraban en un romance con el general Custine, el comandante francés de las tropas ocupantes, con quien Caroline había cenado varias veces. Otros le achacaban una relación con Georg Forster. El hecho de que Caroline fuera coqueta por naturaleza y hubiera declarado que los hombres franceses eran más guapos que los

alemanes no ayudaba mucho, desde luego.[11]

A mediados de marzo de 1793, seis meses después de la llegada de los franceses, los revolucionarios alemanes declararon la República de Maguncia, la primera de Alemania. Dos semanas más tarde, el ejército prusiano se dirigió a la ciudad para arrebatársela a los franceses. Caroline vio que era conveniente marcharse, pero apenas había recorrido dieciséis kilómetros cuando cayó en manos de los prusianos.

Su encarcelamiento en Königstein no pudo ocurrir en peor momento. Ella y Auguste lograron soportar el frío y el hambre, y compartir colchones con extraños, pero, allí mismo, en la cárcel, Caroline se quedó atónita al descubrir que estaba embarazada. Para más inri, el embarazo era el resultado de una noche loca en un baile, a principios de febrero, durante la ocupación francesa de Maguncia. El padre era un oficial francés de dieciocho años al que solo había visto una vez. En una época en la que a las mujeres de su posición las reprendían por el mero hecho de quedarse a solas en una habitación con un hombre, el comportamiento de Caroline se consideraba un escándalo mayúsculo.[12]

La combinación de ser viuda con una hija pequeña, estar embarazada de un soldado francés, encarcelada por los prusianos y acusada de connivencia con el enemigo alarmó incluso a la formidable Caroline. Le quedaban tres, tal vez cuatro, meses antes de que el embarazo se notara. Si llegaba a descubrirse, su reputación quedaría destrozada y las autoridades podrían quitarle a su amada Auguste.

Su vientre crecía y ella se ceñía cada vez más el corsé mientras enviaba cartas a amigos y conocidos con conexiones políticas. Un antiguo pretendiente suyo tenía contactos en la corte prusiana. También le escribió a August Wilhelm Schlegel, un joven escritor y devoto admirador de su época en Gotinga. Sin embargo, los prusianos no dieron su brazo a torcer. Las cenas de Caroline con el general Custine y los franceses eran de dominio público, y la pequeña Auguste cantando con entusiasmo «*Vive la Nation*!»[13] y la *Marsellesa* no era algo que pudiese pasarse por alto fácilmente. El tiempo transcurría y la angustia de Caroline iba a más. «Si esto dura mucho, se convertirá en una amenaza real para la vida», le escribió al marido de su amiga más antigua, revelando finalmente la verdad, en una desesperada petición de ayuda, «pero no se lo digas a nadie».[14]

En Königstein seguía, encarcelada, a mediados de junio, cuando las tormentas de frío inusuales congelaron las uvas en las viñas de los campos aledaños. Madre e hija se afanaban por mantenerse calientes en la húmeda celda. Auguste lo llevaba mejor que Caroline, que sufría náuseas cada mañana y tenía las encías infectadas. Su salud se resentía de la falta de ejercicio y aire fresco y no paraba de empeorar. Padecía dolores de cabeza persistentes y su tos se volvió crónica. Estaba

asustada. Incluso aquí, a unos treinta kilómetros del frente, podía oír las andanadas de los cañones franceses y prusianos en su batalla por Maguncia. Cientos de nuevos prisioneros llegaron a la fortaleza. Allí, los prusianos los golpeaban con saña y muchos morían a causa de las heridas.

Sin embargo, la mayor preocupación de Caroline seguía siendo su avanzado estado de gestación. Siguió escribiendo cartas en las que recalcaba su necesidad urgente de ayuda —«estoy desesperada, tengo que salir pronto de aquí»—, pero sus amigos, uno tras otro, le daban de lado. Mientras, su viejo admirador de Gotinga, August Wilhelm Schlegel, hacía todo lo posible por socorrerla, y no paraba de mandar cartas a cualquiera que pudiese echar una mano. Nunca flaqueó, ni cuando Caroline admitió el embarazo, ni cuando su hermano le habló de la supuesta aventura con el general Custine. Si August Wilhelm no conseguía sacarla pronto de la cárcel, le advirtió Caroline, tendría que suministrarle veneno para que pudiera quitarse la vida. Mucho mejor para Auguste ser huérfana que vivir con una madre deshonrada.[15]

Después de varios meses, Caroline fue por fin liberada. Ocurrió en julio de 1793, gracias a su hermano menor, que había movido algunos hilos a través de una vieja amiga, amante del rey prusiano.[16] Y en noviembre, y en secreto, dio a luz a un hijo. Durante los dos años siguientes, anduvo dando tumbos por todo el país, perseguida por viles rumores y tratada como una paria. Su vida parecía haber llegado a su fin, pero, entonces, August Wilhelm acudió en su rescate. En 1796, se casaron y se trasladaron a Jena, donde Caroline se convirtió en el corazón y la mente de un grupo de hombres y mujeres jóvenes que soñaban con cambiar el mundo. Fue una musa y una crítica que aportó mucho a las obras literarias del grupo y abrió las puertas de su casa para que todos ellos se reunieran, pensaran, hablaran, se rieran y escribieran allí.

Este extraordinario grupo de rebeldes veinteañeros y treintañeros contaba también con el enigmático poeta Novalis, cuyos temas eran la muerte y la oscuridad, el filósofo Johann Gottlieb Fichte, de modales ásperos, que ponía el yo en el centro de su obra, y los brillantes hermanos Schlegel, Friedrich y August Wilhelm, ambos escritores y críticos, uno impetuoso e irascible, el otro amable y tranquilo. Estaban también Dorothea Veit —una escritora que escandalizó a la alta sociedad berlinesa por su romance con Friedrich Schlegel, mucho más joven que ella—, Friedrich Schelling, un filósofo inquieto e impredecible que estudiaba la relación entre el individuo y la naturaleza, y Friedrich Schiller, el dramaturgo más revolucionario de Alemania, cuyo ascendiente sobre la generación más joven era tan

fuerte como el poder de división que ejercía.

En la periferia se encontraban Georg Wilhelm Friedrich Hegel, uno de los filósofos más influyentes de la historia, y otro par de hermanos: Wilhelm y Alexander von Humboldt, el primero de ellos, un lingüista talentoso, fundador de la Universidad de Berlín, y el segundo, un científico y explorador intrépido y visionario. Y en el centro de esta galaxia de mentes deslumbrantes estaba Johann Wolfgang von Goethe, el poeta más célebre de Alemania. Goethe, mayor y más famoso, se convirtió en una especie de padrino, benévolo pero riguroso, del grupo. A menudo actuaba como su mediador, encontraba inspiración en sus ideas nuevas y radicales, y ellos, a su vez, lo adoraban. Goethe era su dios y lo ponían en un pedestal.

La vida que vivió cada uno de estos intelectuales merece ser contada. Sin embargo, aún más extraordinario que sus historias individuales es el hecho de que todos coincidieran al mismo tiempo en el mismo lugar. Por eso los he llamado el «Círculo de Jena».

Nacieron en un mundo tan diferente al nuestro que resulta difícil de imaginar: una Europa gobernada por monarcas que determinaban gran parte de la vida de sus súbditos. El palacio del rey francés en Versalles, con sus salones de espejos dorados y sus espléndidos jardines, irradiaba un poder absoluto en toda Francia, en una época en la que muchos de los habitantes de la nación vivían en la más absoluta miseria. Del mismo modo que los jardines y los árboles estaban encorsetados, y cuidadosamente podados, dentro de un diseño racional, con su disposición en forma de rayos que trazaban avenidas ortogonales, estaba el pueblo francés atado a su destino por nacimiento y por el rey. No se permitía que nada estuviera fuera de lugar: todo se articulaba y moldeaba según el derecho divino. Y, mientras la reina María Antonieta jugaba a ser pastora con su rebaño de ovejas perfumadas en el pequeño castillo del Petit Trianon, los campesinos y los obreros se morían de hambre en todas partes.

Más al este, en Rusia, Catalina la Grande se erigió en monarca ilustrada y modernizó el país, pero también gobernó con mano de hierro. Aquí, al igual que en los territorios orientales de Alemania, seguía prevaleciendo el vasallaje, un antiguo sistema feudal que ataba a la gente a la tierra y a sus señores. Los vasallos, como los esclavos, tenían que trabajar para los terratenientes locales y no podían emanciparse. Las cuotas, los diezmos y los impuestos eran a menudo tan elevados que no se podía sobrevivir con lo que quedaba.

En toda Europa se censuraba a los filósofos por sus ideas, se les prohibía a los escritores escribir, los profesores perdían su trabajo por hablar y los dramaturgos iban a la cárcel a causa de sus obras.

Algunos gobernantes tenían el derecho a decidir quiénes eran los herederos de sus súbditos, mientras que otros podían desterrarlos, obligarlos a trabajar o negarles el permiso de circulación. Y, aunque Federico el Grande se enorgullecía de ser un rey ilustrado, incluso en Prusia los aristócratas varones solo podían casarse con la hija de un agricultor o un artesano mediante una dispensa especial.[17] Algunos monarcas podían incluso vender a sus súbditos como mercenarios a potencias extranjeras, otros alquilaban regimientos enteros para subvencionar sus propios gastos. Los pilares del mundo en el que crecieron los miembros del Círculo de Jena eran el despotismo, la desigualdad y el control.

Entonces, en 1789, llegó la Revolución francesa, un acontecimiento tan decisivo y radical que a nadie en Europa dejó indiferente. Cuando los revolucionarios franceses declararon a todos los hombres iguales, abrieron la puerta a la posibilidad de un nuevo orden social, basado en el poder de las ideas y en la libertad. «Se están haciendo realidad algunas cosas», escribió Novalis en 1794, «que, diez años atrás, habrían ido de cabeza al manicomio de la filosofía».[18]

La Revolución francesa demostró que las ideas eran más fuertes que el poder de los reyes y las reinas. «Debemos creer en el *poder de las palabras*», declaró el escritor Friedrich Schlegel, blandiendo su pluma como una espada. El grupo estaba entusiasmado con la revolución. Caroline, que había asistido al nacimiento de la efímera República de Maguncia, creía, haciéndose eco de las ideas que se difundían desde Francia, que «los escritores gobernaban el mundo». Schelling y Hegel habían cantado con entusiasmo la *Marsellesa* mientras estudiaban juntos en Tubinga, y el filósofo Fichte escribió un panfleto en el que declaraba: «La Revolución francesa me parece importante para toda la humanidad».[19]

Fichte situó el yo, el *Ich* —como se dice en alemán— en el centro de su nueva filosofía, y lo atavió con la más emocionante de las ideas: el libre albedrío, un concepto que se inflamó en el fuego de la Revolución francesa.

El empoderamiento del *Ich* tenía mucho más que ver con la liberación del individuo que con la rebelión contra el despotismo del Estado. Y este concepto radicalmente nuevo de un yo sin límites llevaba consigo el potencial para crear una vida diferente. Una persona «debería ser lo que es», les dijo Fichte a sus alumnos en Jena, «porque desea serlo y porque tiene derecho a desearlo». Todos ellos creían, como apuntaba Schelling, en una «revolución provocada por la filosofía».[20]

Durante siglos, filósofos y pensadores habían sostenido que el mundo estaba controlado por una mano divina y regido por las verdades absolutas de la fe. El siglo XVIII fue una época de

descubrimientos en la que se revelaron las leyes naturales, como la física de la refracción de la luz o las fuerzas que gobiernan el movimiento de la luna y las estrellas. Las matemáticas, la observación racional y los experimentos controlados allanaron el camino hacia el conocimiento, pero los seres humanos seguían siendo engranajes de una máquina a las órdenes de Dios. No eran libres. Claro que no.

Pero la humanidad empezó a ejercer cierto control sobre la naturaleza. Inventos como los telescopios y los microscopios habían desvelado ya secretos, como los movimientos planetarios y la composición de la sangre. Las nuevas tecnologías, como las máquinas de vapor, bombeaban el agua de las minas, los médicos vacunaban contra la viruela y los globos aerostáticos llevaban a la gente a un lugar donde ningún ser humano había estado nunca. Cuando Benjamin Franklin inventó el pararrayos a mediados del siglo XVIII, la humanidad empezó también a domar lo que durante mucho tiempo se había considerado la furia de Dios.

Una red de carreteras en constante expansión recorría los estados y principados alemanes, y los nuevos mapas detallados y las señales de tráfico orientaban a los viajeros cuando se aventuraban más allá de sus ciudades. El tic-tac de los nuevos relojes de péndulo se convirtió en el latido del corazón de la sociedad. Minuto a minuto, las agujas se movían con una precisión predecible y cada vez mayor en las esferas de los relojes, en bolsillos particulares y en salones, así como en ayuntamientos y torres de iglesias. Estos nuevos utensilios indicaban a todo el mundo cuándo debía comer, trabajar, rezar y dormir, y su ritmo se convirtió en un nuevo sonsonete contra el que todos corrían. La vida se aceleró, se hizo más rápida, más previsible y más racional. El lema de la Ilustración era, para Hegel: «Todo tiene su utilidad».[21]

La única pega de este despliegue de ingenio científico, de productividad y utilitarismo, era que la humanidad se centraba demasiado, y únicamente, en la razón. Eso provocaba temores y recelos en el Círculo de Jena. La realidad, a su modo de ver, había sido despojada de poesía, espiritualidad y sentimiento. «La naturaleza se ha reducido a poco más que a una máquina monótona», escribió Novalis. «La música inagotable de la eterna imaginación del universo se ha convertido en el monótono traqueteo de una gigantesca rueda de molino».[22] Mientras que el filósofo británico de la Ilustración, John Locke, había insistido a finales del siglo XVII en que la mente humana era una pizarra en blanco que, a lo largo de la vida, se llenaba de conocimientos derivados únicamente de la experiencia sensorial, el Círculo de Jena afirmó que había que dar a la imaginación lo que le correspondía, lo mismo que a la razón y al pensamiento lógico. Los amigos comenzaron, en consecuencia, a volverse hacia el interior.

Jena no era más que una ciudad universitaria de apenas cuatro mil quinientos habitantes distribuidos en unas ochocientas viviendas.[23] Formaba parte del ducado de Sajonia-Weimar, un principado dirigido por el duque Carlos Augusto. Geográficamente, se situaba en el centro de los territorios alemanes y en la encrucijada de muchas rutas postales —atestadas de viajeros y sacas de correo procedentes de Bohemia, Sajonia, Prusia, Westfalia, Frankfurt y otros lugares— que traían cartas, libros y periódicos repletos de los últimos escritos políticos y filosóficos.

Como muchas otras ciudades antiguas de Alemania, Jena seguía teniendo un aire medieval. En su centro había una gran plaza de mercado abierta y, justo después, al norte, se alzaba la enorme iglesia de San Miguel, con su torre dominando el horizonte. En la zona nordeste de la ciudad, a una manzana de la iglesia, se encontraba el Castillo Viejo, que en su día fue la sede de los gobernantes del ducado, pero que por aquel entonces apenas se utilizaba, ya que la corte se había trasladado hacía tiempo a la cercana Weimar, a veinticuatro kilómetros al noroeste. En el extremo opuesto, en la zona sudoeste, se levantaba la universidad, el verdadero centro de gravedad de Jena. Alojada en un antiguo convento de dominicos, contaba con una biblioteca de más de cincuenta mil volúmenes, junto con un refectorio, una cervecería y residencias varias, aunque la mayoría de los estudiantes se alojaban y comían en la ciudad. Jena y su universidad eran un lugar de paso. La gente iba y venía, se enamoraba y se desenamoraba, dejando tras de sí un rastro de escándalos, hijos y corazones rotos: una cuarta parte de los nacimientos acaecidos en Jena eran ilegítimos, una cifra asombrosa, si se compara con el dos por ciento de estos en el resto de los territorios alemanes.[24]

Que el corazón de Jena era su universidad se notaba de inmediato. La ciudad no solo contaba con una próspera economía local de encuadernadores, impresores, sastres y tabernas, sino que, con sus ochocientos estudiantes residentes, allí se consumía más té, café, cerveza y tabaco que en cualquier otra ciudad alemana del mismo tamaño.[25]

Aunque la comida que se servía en las tabernas de Jena tenía fama de ser incomestible, los estudiantes insistían en que sus mentes, en cambio, se alimentaban con la mejor de las viandas: «Aquí», dijo un estudiante, «las antorchas del saber arden sin descanso durante todo el día».[26]

La literatura estaba en todas partes. Además de la biblioteca de la universidad, había una biblioteca de préstamo con más de cien publicaciones periódicas alemanas e internacionales, así como siete librerías bien surtidas. Caminando por las calles empedradas en una

cálida tarde de verano, se oían, aquí y allá, fragmentos de conversaciones sobre filosofía y poesía, así como el sonido de violines y pianos. Y luego, bien entrada la noche, cuando las jarras de cerveza vacías cubrían las superficies de las mesas de madera de las numerosas tabernas de la ciudad, los estudiantes discutían sin parar sobre arte, filosofía y literatura. Después de ocho o nueve botellas de cerveza, rememoraba un estudiante danés, los jóvenes alborotadores volvían a casa tambaleándose por las calles, y se despertaban con la cabeza dolorida a primera hora de la mañana para correr a los auditorios, a las salas de disecciones y a las de reuniones para aprender de sus profesores, jóvenes y radicales. Sin teatro, ópera, auditorios de música o galerías de arte, había pocas distracciones, y los estudiantes se veían prácticamente obligados a estudiar, a falta de otra cosa que hacer.[27]

Jena era un sitio agradable. La ciudad se había expandido más allá de las desmoronadas murallas medievales, con más casas, jardines, viveros y campos. Al norte, también fuera de las antiguas murallas, se encontraba el nuevo jardín botánico, ideado por Goethe. Había también un camino serpenteante, apodado el «Paseo del Filósofo», para los que quisieran pasear y pensar. Los sembrados y los viñedos trepaban por las colinas de los alrededores y, en lo alto, descollando por encima de todo, se alzaba el Jenzig, una pequeña montaña con una distintiva forma triangular, visible desde casi cualquier punto de la ciudad.

Al sur, los caminos serpenteaban por un parque boscoso que los lugareños llamaban «el Paraíso». Aquí, a orillas del río Saale, los árboles bordeaban el terraplén de suave pendiente y los pescadores echaban al agua sus cebos. En primavera, la floración púrpura de las anémonas y las prímulas amarillas alfombraban la hierba. En verano, las cervecerías hacían su agosto, con los juerguistas acompañados por la serenata de una orquesta de ruiseñores que prodigaban sin cesar sus crepusculares trinos, silbidos y gorjeos. Y en invierno, los estudiantes podían distinguir al gran Goethe patinando sobre la superficie helada del río. Pero ¿cómo llegó esta localidad pequeña y rural a convertirse en el crisol del pensamiento contemporáneo, en el «reino de la filosofía», tal como la llamó Caroline?[28]

¿Por qué Jena? Es más, ¿por qué Alemania? La respuesta es que, a finales del siglo XVIII, no existía, como tal, una Alemania unificada, sino un mosaico de más de mil quinientos estados, desde pequeños principados hasta grandes feudos gobernados por dinastías poderosas que competían entre sí, como los Hohenzollern en Prusia y los Habsburgo en Austria. Este colorido mapa era el llamado Sacro Imperio Romano Germánico, que, en palabras del pensador francés

Voltaire, no era ni santo, ni romano, ni imperio. Pero sí el hogar de casi treinta millones de almas gobernadas por unos pocos.[29]

Una intrincada red de barreras aduaneras, diferentes monedas, medidas y leyes, dividían esta entidad política. Las carreteras, terribles, y los servicios postales, poco fiables, dificultaban la comunicación, la unificación y la modernización del territorio. El poder no estaba centralizado, sino en manos de príncipes, duques, obispos y sus cortes repartidas por este vasto rompecabezas. A diferencia de Francia, Alemania no era un Estado gobernado por un único rey desde su distante trono, pero esto no significaba que sus dirigentes fueran menos despóticos o más indulgentes.

Sin embargo, esta fragmentación tenía algo a favor, algo totalmente involuntario: la censura era mucho más difícil de aplicar que en las grandes naciones administradas de forma centralizada, como Francia o Inglaterra.[30] Cada estado alemán, por pequeño que fuera, contaba con su propia legislación. Además, en Alemania había más universidades que en ningún otro lugar, con unas cincuenta de ellas frente a las dos únicas de Inglaterra: Cambridge y Oxford. Es cierto que algunas eran minúsculas, pero su abundancia facilitaba que las familias menos ricas pudieran enviar a sus hijos a estudiar.

Los alemanes eran también fanáticos de la lectura. Las tasas de alfabetización se dispararon y, a finales del siglo XVIII, Prusia y Sajonia eran los lugares del mundo con menos iletrados entre su población. «No existe ningún país donde se lea tanto como en Alemania», dijo alguien que estaba de paso por allí. Los artesanos, las criadas y los panaderos leían con la misma avidez que los profesores universitarios y los aristócratas. El apetito por las novelas era enorme y, en las tres últimas décadas del siglo XVIII, el número de autores se duplicó: en 1790, había en Alemania la asombrosa cifra de seis mil escritores que publicaban sus obras. El mercado de los libros era cuatro o cinco veces mayor que el de Inglaterra, por lo que aquel tiempo llegó a ser conocido como la «era del papel».[31]

Países como Francia, España e Inglaterra contaban con poderosas monarquías y, a través de sus colonias, se extendían por todo el mundo. Estados Unidos tenía su salvaje Oeste, inexplorado aún. Pero en Alemania todo era pequeño, todo estaba fragmentado, encerrado en sí mismo. La imaginación de los alemanes se alimentaba de palabras y, gracias a los libros, gracias a aquellos caracteres negros que poblaban las páginas impresas, podía viajar a países lejanos y a nuevos mundos. En la mayoría de las ciudades alemanas no faltaban las bibliotecas de préstamo y los clubes de lectura, y en cada esquina se podían comprar folletines y novelas por un precio muy asequible. Los libros estaban por todas partes.

Pero, aun así, ¿por qué Jena? La respuesta, según Friedrich Schiller,

era la universidad. En ningún otro lugar, decía, se podía disfrutar de una libertad tan auténtica. En el momento de su fundación, en el siglo XVI, la universidad y la ciudad de Jena formaban parte del electorado de Sajonia. A lo largo de las generaciones, las complicadas normas de sucesión propiciaron que varias partes del estado se dividieran en parcelas cada vez más pequeñas para los herederos varones. En la década de 1790, la universidad estaba en manos de no menos de cuatro duques sajones diferentes, siendo Carlos Augusto de Sajonia-Weimar el rector nominal. Pero, en realidad, no había nadie al mando. (1)[32]

Como resultado de ello, los profesores de Jena gozaban de mucha más libertad que en cualquier otro lugar de Alemania. No es de extrañar que aquí, en Jena, las ideas visionarias de Immanuel Kant encontraran un terreno fértil. El *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Jena, (2) por ejemplo, se había fundado en 1785 con el propósito expreso de difundir la filosofía de Kant. Tal como señaló un visitante británico, Jena era «el lugar de moda de la nueva filosofía» y una ciudad en la que los lectores discutían sobre el pensamiento de Kant con la misma pasión que otros sobre las novelas populares.[33]

El rey de los filósofos sostenía que eran la mente y la experiencia humanas las que daban forma a nuestra comprensión de la naturaleza y el mundo, y no las reglas escritas e impuestas por Dios. En lugar de buscar verdades absolutas o el conocimiento objetivo, Kant dirigió su atención a la subjetividad y a lo individual. «Atrévete a conocer», escribió en 1784 en «Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?». Kant instó al hombre a salir «de su inmadurez autoimpuesta». «Cultiva tu propia mente», escribió, «no se requiere nada para ilustrarse, salvo la libertad». Y eso fue, ni más ni menos, lo que los estudiantes y los profesores de Jena se propusieron hacer.[34]

Aquel ambiente liberal atrajo a pensadores progresistas desde los estados alemanes más represivos. «Los profesores de Jena son casi por completo independientes», observaba Schiller; otro académico dijo también: «Aquí tenemos total libertad para pensar, enseñar y escribir». Por supuesto, esto no significaba que los intelectuales de Jena pudieran hacer lo que quisieran —las voces disidentes no comulgaban con eso que ellos consideraban una «insensata obsesión por la libertad»—, pero sí que gozaban de un margen mucho mayor para expresarse. Pensadores, escritores y poetas que habían tenido problemas con las autoridades en sus estados de origen acudían a Jena, atraídos por la apertura y las relativas libertades que ofrecía la ciudad universitaria. En consecuencia, en la última década del siglo XVIII, vivieron en Jena más poetas, escritores, filósofos y pensadores famosos, en proporción a sus habitantes, que en ninguna otra ciudad antes o después.[35]

Magníficos rebeldes cuenta la historia de una de esas épocas de la historia, extrañamente espléndidas y emocionantes, en las que un puñado de intelectuales, artistas, poetas y escritores se juntan en un momento y un lugar determinados para cambiar el mundo. En este sentido, el Círculo de Jena se asemeja a otros igualmente influyentes: los trascendentalistas norteamericanos, por ejemplo, entre los que destacaban Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y Nathaniel Hawthorne, que vivieron en Concord, Massachusetts, a mediados del siglo XIX; el grupo de Bloomsbury, que coincidió en el Londres de principios del siglo XX y entre cuyos miembros estaban Virginia Woolf, E. M. Forster, Vanessa Bell y John Maynard Keynes, o el círculo modernista de Ernest Hemingway, Ezra Pound, Gertrude Stein y F. Scott Fitzgerald en el París de los años veinte.

A mi juicio, el de Jena es, intelectualmente hablando, el más importante de todos estos grupos. Sus miembros se hicieron tan famosos en vida que los reportajes sobre sus ideas y escándalos se filtraron, desde los periódicos alemanes, al resto del mundo. Los estudiantes acudían a Jena desde toda Europa para aprender con sus héroes intelectuales —estos «jacobinos de la poesía»— y luego se llevaban sus ideas de vuelta a casa. «Tenemos entre manos una misión», escribía Novalis en 1798 con una confianza absoluta: «hemos sido llamados para educar al mundo». Este grupo de escritores, poetas y pensadores cambió la forma de concebir la realidad, al situar el yo en el centro de todo. Al hacerlo, liberaron las mentes de quienes los seguían del corsé de las doctrinas, las expectativas y las reglas.[36]

Se los conocía como los «jóvenes románticos». De hecho, fueron los primeros en utilizar el término «romántico» en sus escritos, y en proclamar, de este modo, el romanticismo como un movimiento internacional, ya que no solo le dieron el nombre y definieron su propósito, sino que le otorgaron, también, un marco intelectual. Pero ¿qué fue el romanticismo? Hoy en día, el término nos trae a la mente artistas, poetas y músicos que hacen hincapié en la emoción y anhelan fundirse con la naturaleza. Las imágenes de figuras solitarias en bosques iluminados por la luna, o de pie, en acantilados abruptos, sobre mares de niebla, se asocian con el romanticismo tanto como los poemas sobre amantes afligidos. Algunos sostienen que los románticos se opusieron a la razón y celebraron el irracionalismo; otros, que rechazaron la idea del conocimiento absoluto. Sin embargo, cuando analizamos los inicios del romanticismo, encontramos algo mucho más complejo, contradictorio y con múltiples capas.

El hecho de que los pensadores, historiadores y académicos no se hayan puesto de acuerdo en definir con claridad el romanticismo

habría complacido al Círculo de Jena: a sus miembros les gustaba esta indefinición. Ellos mismos nunca intentaron establecer reglas rígidas; de hecho, lo que celebraban era la propia ausencia de reglas. No se interesaban por una verdad absoluta, sino por el proceso de llegar a comprender; derribaban las fronteras entre las disciplinas, superando así las divisiones entre las artes y las ciencias, y se oponían a lo establecido.

En 1809, mucho después de abandonar Jena, August Wilhelm Schlegel explicó lo que el grupo había intentado hacer: entrelazar poesía y prosa, naturaleza y arte, mente y sensualidad, lo terrenal y lo divino, la vida y la muerte. Querían poetizar el estruendo cada vez más mecánico del mundo. «La poesía», afirmaba Hiperión en la novela homónima de Friedrich Hölderlin, «es el principio y el fin de todo conocimiento científico». Y en el centro del proyecto romántico se situaba el énfasis en el *Ich*, algo totalmente novedoso.[37]

Hoy en día, el mundo anglosajón celebra a los contemporáneos del Círculo de Jena, Samuel Taylor Coleridge, William Wordsworth, William Blake, y la generación más joven: Lord Byron, Percy Bysshe Shelley y John Keats, como los grandes poetas románticos. Fueron todo eso y más, pero no los únicos, ni los primeros. Fue el Círculo de Jena el que proclamó por primera vez estas ideas y, durante las décadas siguientes, sus efectos se propagaron por el mundo. Coleridge quedó tan cautivado por sus ideas que viajó a Alemania en 1798, decidido a aprender el idioma y a conocer a sus héroes de Jena. «No hables nada más que en alemán. Vive solo con alemanes. Lee en alemán. Piensa en alemán», era su lema. Sin embargo, Coleridge, que vivía siempre al borde de la ruina, se quedó sin dinero antes de llegar a Jena. Aunque aprendió alemán y, equipado con su nueva lengua, tradujo más tarde la obra *Wallenstein*, de Schiller, y el *Fausto,* de Goethe, además de leer la filosofía de Fichte y quedar profundamente impresionado por las ideas de Friedrich Schelling sobre la mente y la naturaleza.[38]

Los escritos de Coleridge fueron la carta de presentación del Círculo de Jena para los lectores ingleses, pero, unos treinta años más tarde, también para los pensadores estadounidenses, como Ralph Waldo Emerson, cuya propia filosofía se impregnó de las ideas de «este admirable Schelling», como él lo llamaba. Muchos de los trascendentalistas estadounidenses, inspirados por él, se propusieron aprender alemán para poder leer también las obras del Círculo de Jena en su lengua original y acceder así a «esa filosofía poética integral, genial y extraña», como la describió Emerson. Kant, Fichte, Schelling y Hegel, insistían los trascendentalistas, eran los «grandes pensadores del mundo», tan fundamentales como Platón, Aristóteles, Descartes y Leibniz.[39]

El Círculo de Jena se propuso llegar a comprender cómo le damos sentido al mundo. Responder a preguntas del tipo: ¿quiénes somos?, ¿qué podemos saber?, ¿qué es la naturaleza?, cuestiones todas que se abordaron mediante la inmersión en el yo y su análisis. Esta autorreflexión se convirtió en un método para entender la realidad y, a su vez, en parte fundamental del día a día de los integrantes del grupo.

El proceso de investigar en sus respectivos yoes empujó a muchos de ellos a romper con las convenciones y a liberar sus *Ichs* de matrimonios infelices y carreras tediosas. Fueron rebeldes y se sintieron invencibles. El campo de juego de esta nueva filosofía fue su propia vida, la de cada uno. Y el relato de cómo se las arreglaron para abrirse paso, de puntillas, entre el poder del libre albedrío y el peligro de ensimismarse tiene una trascendencia universal. El *Ich,* para bien o para mal, ha ocupado un lugar central desde entonces. Los revolucionarios franceses cambiaron el panorama político de Europa, pero el Círculo de Jena desató una revolución mental. El acto de liberar el *Ich* de la camisa de fuerza de un universo organizado por la mano divina es la base de nuestro pensamiento actual. Nos otorgó el más fascinante de todos los poderes: el libre albedrío.

El núcleo de *Magníficos rebeldes* lo conforman las tensiones entre las asombrosas posibilidades del libre albedrío y las trampas del egoísmo. El equilibrio que los de Jena establecieron entre la visión reducida de la perspectiva individual y la creencia en el cambio para un bien mayor sigue siendo relevante hoy en día. Sus ideas arraigaron tan profundamente y con una rapidez tan inusitada en nuestra cultura y nuestro comportamiento que hemos olvidado de dónde proceden. Ya no hablamos del *Ich* autónomo de Fichte porque lo hemos interiorizado. Nosotros somos ese *Ich*. Dicho de otro modo, hoy damos por sentado que juzgamos el mundo que nos rodea a través del prisma de nuestro yo: esa es la única manera en que podemos actualmente dotar de sentido nuestro lugar en el mundo. El atrevido salto que dio el Círculo de Jena hacia el yo sigue espoleándonos, llenándonos de fuerza. Nos corresponde a nosotros decidir qué hacer con él, cómo utilizar su legado.

PRIMERA PARTE

La llegada

Ahora, por fin, hemos superado todos los obstáculos que había en nuestro camino, los hemos dejado atrás tan fluidamente como lo has hecho tú durante tanto tiempo. Y junto a los tuyos. Soy indeciblemente feliz... y este valle es ya, para mí, un amigo muy querido.

CAROLINE SCHLEGEL a LUISE GOTTER, 11 de julio de 1796

1
«UN FELIZ ACONTECIMIENTO»
Verano de 1794: Goethe y Schiller

El 20 de julio de 1794, Johann Wolfgang von Goethe se subió a la silla de montar y cabalgó desde su casa, en el centro de Weimar, hasta Jena, donde tenía previsto asistir a un encuentro sobre botánica en la recién fundada Sociedad de Historia Natural. Era un verano caluroso que pronto daría paso a un otoño espléndido: largos meses bañados por el sol que hicieron que las peras, las manzanas, los melones dulces y los albaricoques maduraran cuatro semanas antes de lo esperado, y que los viñedos produjeran una de las cosechas más abundantes del siglo.[40]

En el trayecto de veinticinco kilómetros que separaba Weimar de Jena, Goethe pasó junto a los agricultores que segaban el trigo en los campos dorados, junto a los grandes almiares que esperaban para ser almacenados en los graneros y proveer de forraje a las bestias durante los meses de invierno. Tras un par de horas de cabalgada por tierras de cultivo llanas, el paisaje empezó a cambiar. Pequeñas aldeas y caseríos se acurrucaban en suaves hondonadas poco antes de que el bosque se espesara y los campos desaparecieran. El terreno se fue haciendo cada vez más montañoso. Los acantilados de piedra caliza repletos de conchas se elevaban a la izquierda, dejando al descubierto la memoria geológica de la región, que había sido un mar interior unos doscientos cuarenta millones de años atrás. Justo antes de llegar a Jena, Goethe atravesó la escarpada colina a la que llamaban «del Caracol», por la carretera serpenteante que subía hasta su cima.[41]

Y, entonces, por fin, vio Jena a sus pies, enclavada en un amplio valle, en un recodo del río Saale, con la silueta dentada de las montañas boscosas detrás. Eran más bien colinas que montañas, pero las vistas no dejaban de ser espectaculares —y la razón por la que los estudiantes suizos de Jena llamaban cariñosamente a los alrededores de la ciudad «la pequeña Suiza».[42]

Goethe era el Zeus de los círculos literarios alemanes. Había nacido en Frankfurt, en 1749, en el seno de una familia pudiente, y había crecido rodeado de comodidades y de privilegios. Su abuelo materno fue alcalde de la ciudad y su abuelo paterno hizo fortuna como

comerciante y sastre. El padre de Goethe no tuvo que trabajar, se dedicó a administrar sus bienes, a coleccionar libros y obras de arte, y a educar a sus hijos. Aunque fue un niño vivaz y brillante, Goethe no mostró ningún talento excepcional. Cuando los franceses ocuparon Frankfurt en 1759, durante la guerra de los Siete Años, y su comandante se alojó en casa de la familia, el joven Goethe aprovechó la oportunidad para aprender francés de las fuerzas de ocupación.[43]

Más tarde, estudió derecho en Leipzig, trabajó como abogado y empezó a escribir. A mediados de la década de 1770, se dio a conocer con la publicación de su novela *Las penas del joven Werther*, la historia de un amante desesperado que termina suicidándose. El protagonista de aquella obra de Goethe es alguien irracional, sensible y libre: «Miré dentro de mí y me encontré con un mundo entero», afirmaba Werther en un pasaje de la novela. El libro captó a la perfección la corriente sentimental de la época y se convirtió en el faro de toda una generación. Fue un gran éxito internacional de ventas, hizo furor hasta el punto de que muchos hombres, incluido Carlos Augusto, el gobernante del pequeño ducado de Sajonia-Weimar, se vestían a la manera de Werther: con chaleco y pantalones amarillos, frac azul con botones de azófar, botas de color marrón y sombrero redondo de fieltro gris. Los artesanos chinos llegaron incluso a fabricar porcelana con motivos del *Werther* para el mercado europeo.[44]

El libro también fue célebre porque, según se decía, provocó una oleada de suicidios; cuarenta años después de su publicación, el poeta británico Lord Byron bromeaba con Goethe al respecto: «Su protagonista ha sacado a más sujetos de este mundo que el mismísimo Napoleón».[45] *Las penas del joven Werther* fue la contribución más sobresaliente de Goethe al movimiento del *Sturm und Drang* —«tempestad y empuje»—, que situó los sentimientos en un lugar predominante, por encima del racionalismo de la Ilustración. Durante el tiempo en que estuvo vigente, un tiempo en el que se celebraron los sentimientos y las emociones en todos sus extremos, desde el amor apasionado hasta la más negra melancolía, desde los anhelos suicidas hasta el placer enloquecido, Goethe se convirtió en una superestrella literaria.

El duque Carlos Augusto, de dieciocho años, quedó tan cautivado por la novela que invitó a Goethe a vivir y trabajar en su ducado en 1775. El autor tenía veintiséis años cuando se trasladó a Weimar, y allí se presentó —vaya si sabía cómo hacer una entrada— vestido con su uniforme de Werther. Durante los primeros años, el poeta y el joven duque se dedicaron a recorrer las calles y las tabernas de la ciudad, gastando bromas a los incautos y coqueteando con las campesinas. Al duque le gustaba galopar por los campos y dormir en los graneros o acampar en el bosque. No faltaron tampoco las riñas de

borrachos, las declaraciones de amor melodramáticas, los baños desnudos y las subidas nocturnas a los árboles... pero aquellos años salvajes fueron quedando atrás y Goethe acabó dándole la espalda a su etapa del *Sturm und Drang*.[46]

Con el tiempo, tanto el poeta como el gobernante se calmaron, y Goethe pasó a formar parte del Gobierno del ducado. El pequeño estado de Sajonia-Weimar contaba con poco más de cien mil habitantes, una cifra ínfima en comparación con los cinco millones de la cercana Prusia, o de otros estados poderosos, como Sajonia, Baviera o Wurtemberg. Con una economía mayoritariamente agraria —cereales, frutas, vino, hortalizas, además de ovejas y ganadería— en Sajonia-Weimar el comercio y la manufactura no estaban muy desarrollados. Sin embargo, la corte del ducado la conformaban dos mil cortesanos, funcionarios y soldados —una cifra desorbitada— a los que había que pagar. La propia ciudad de Weimar tenía un aire provinciano. La mayoría de sus setecientas cincuenta casas eran de una sola planta, con unas ventanas tan pequeñas que el interior resultaba lúgubre y claustrofóbico. Las calles estaban sucias y, en la plaza del mercado, solo había dos negocios de artículos que podrían considerarse de lujo: una perfumería y una tienda de tejidos.[47]

Goethe se convirtió en el confidente de Carlos Augusto y en su consejero privado. Con el tiempo, acabó haciéndose cargo del teatro real y de la reconstrucción del castillo de Weimar, en ruinas tras un incendio. Además, ocupó otros puestos administrativos y lucrativos, como el control de las minas del ducado, y colaboró estrechamente con su colega, el ministro Christian Gottlob Voigt, en el Gobierno. Trabajador diligente, Goethe nunca estuvo ocioso: «Nunca fumé tabaco, nunca jugué al ajedrez; en resumen, nunca hice nada que me hiciera perder el tiempo».[48]

En 1794, Goethe tenía cuarenta y cuatro años y ya no era el gallardo Apolo de su juventud. Había engordado tanto que sus ojos, antaño hermosos, desaparecieron en la carne de sus mejillas, y un visitante lo comparó con «una mujer en la última fase del embarazo». Su nariz era aguileña y, como los de tantos otros contemporáneos, sus dientes estaban amarillentos y torcidos. Sentía debilidad por los abrigos largos a rayas y floreados, que abotonaba a presión sobre su vientre redondo. A diferencia de la generación más joven, que solía llevar pantalones holgados a la moda, Goethe prefería los bombachos. Calzaba botas con vueltas y no salía sin su sombrero de tres picos. Su pelo estaba siempre bien arreglado y empolvado, con dos rizos engominados y peinados con esmero que le caían sobre las orejas y una larga y rígida cola de caballo. Consciente de que todo el mundo lo observaba, procuraba siempre ir bien vestido y arreglado. El duque le había otorgado un título nobiliario en 1782, ahora era Johann

Wolfgang *von* Goethe y vivía en una gran casa en Weimar, donde a menudo intentaba —y no lograba— trabajar en medio de un flujo constante de extraños que llamaban a su puerta para embelesarse con la visión del famoso poeta. Detestaba estas interrupciones casi tanto como el ruido, en particular el traqueteo del telar de su vecino y la bolera de una taberna cercana.[49]

Goethe dio la espalda a la época del *Sturm und Drang*, pero su creatividad parecía haberle dado la espalda a él. Durante años no produjo nada notable y sus obras dramáticas dejaron de representarse en los grandes teatros. Durante años se centró obsesivamente en sus escritos. Más de dos décadas antes, había empezado a trabajar en su drama *Fausto*, pero solo llegaron a publicarse algunas escenas. Había reescrito y cambiado tantas veces su tragedia *Ifigenia en Táuride* —que pasó de estar escrita en prosa al verso blanco, y volvió de nuevo a la prosa, hasta su versión final en verso yámbico clásico— que la llamaba su «hijo problemático».[50] Y aunque era el director del teatro de Weimar, prefería representar obras populares de sus contemporáneos antes que las suyas propias.

La botánica era ahora su tema favorito, y el motivo de sus frecuentes viajes a Jena. Allí supervisaba la construcción de un nuevo jardín y de un instituto dedicado al estudio de las plantas. El jardín botánico de la universidad, fundado originalmente en 1548 como huerto medicinal, se había utilizado para formar nuevos médicos, pero el duque Carlos Augusto le pidió a Goethe que lo ampliara y lo trasladara a un nuevo emplazamiento, justo al norte de las antiguas murallas de la ciudad.[51] Goethe disfrutaba con cada detalle de un proyecto en el que confluían su profundo amor por la naturaleza y la belleza y el rigor científico. Aguardaba con impaciencia aquel encuentro sobre botánica en la Sociedad de Historia Natural.

Como siempre que iba a Jena, Goethe se alojó en sus habitaciones del Castillo Viejo, la que otrora había sido la casa de los gobernantes del ducado, y cuyas dependencias se encontraban, en su mayoría, en desuso. Situado alrededor de un gran patio rectangular, en el extremo nordeste de la ciudad, el castillo era un amasijo de edificios de diferentes alturas y épocas. La parte más antigua databa del siglo XIII. La mayoría de los otros edificios se añadieron en el XVII. Había también una sala de equitación de la década de 1660 y un largo y estrecho jardín, paralelo a la calle y plantado en el lugar que ocupó en su día el foso del castillo.

El 20 de julio de 1794, cuando Goethe llegó a Jena, hacía un calor sofocante, pero se dispuso a ir caminando a la reunión, organizada por el director del jardín botánico en su casa, que estaba más allá del

ayuntamiento. A Goethe le encantaba dar vigorosos paseos, sin importar el tiempo que hiciera. Necesitaba aire fresco y ejercicio para contrarrestar las largas horas de trabajo. A menos que el tiempo fuera atroz, él cogía su abrigo y su sombrero de tres picos y caminaba a diario.

Cuando salió del Castillo Viejo y echó a andar en dirección al ayuntamiento, Goethe podía ver la aguja de la imponente iglesia de San Miguel. Aquel templo gótico se construyó con la misma piedra caliza que había visto él en los acantilados mientras cabalgaba. Un mosaico de casas de diferentes alturas y épocas bordeaba las calles, algunas ornamentadas con estuco, otras enmarcadas con vigas de madera oscura. La mayoría eran más altas y elegantes que las de Weimar. A diferencia del ambiente rural de Weimar, donde el ganado circulaba por los caminos embarrados de la ciudad, el aire de Jena, a pesar de su pequeño tamaño, era plenamente urbano. A partir de un pequeño arroyo se había trazado una red de canales estrechos que recorrían los angostos callejones de la ciudad y, dos veces por semana, se abrían las compuertas para limpiarlos. Jena era una ciudad compactada en un recuadro dentro de sus murallas medievales en ruinas, y Goethe podía atravesarla de una punta a otra en menos de diez minutos.[52]

Era también una ciudad bulliciosa. De día, resonaba en sus calles una algarabía de voces mezclada con el traqueteo de los carros y el ruido metálico de las herraduras. Había más de veinte panaderías y cuarenta y una carnicerías, así como sesenta y cuatro zapateros, dieciséis fabricantes de pelucas y cuatro sombrereros, entre otros muchos oficios, como encuadernadores, sastres, albañiles, joyeros, tejedores y guarnicioneros. Por la noche, sin embargo, la oscuridad era total —no había faroles— y el único ruido que se oía era el de los estudiantes borrachos o el del chapoteo de algún que otro orinal vaciado desde una ventana.[53]

Jena estaba repleta de tabernas que Goethe conocía bien. Se reunía regularmente con los profesores de la universidad y algunos de los alumnos más brillantes en su «Club de Profesores», cuya sede era la Zur Rose. Junto a la iglesia de San Miguel se encontraba Der Burgkeller, donde las dos mesas de billar estaban siempre envueltas por el humo amarillo del tabaco. El Das Geleitshaus era famoso por su falta de luz y Der Hecht, por sus gélidas temperaturas, ya que el propietario, tacaño como era, se negaba a encender el horno. En Der Fürstenkeller, los hombres jugaban ruidosas partidas de cartas. Pero abundaban también las tabernas donde Goethe vería, seguro, grupos de estudiantes sentados en los bancos de las mesas de madera, leyendo y discutiendo sobre sus clases.[54]

Aquel verano de 1794, los estudiantes hablaban sin parar de Johann

Gottlieb Fichte, el nuevo y joven profesor que había llegado a Jena en mayo. El filósofo Fichte afirmaba que el yo era el supremo regidor del mundo. «La fuente de toda realidad es el yo», decía a sus alumnos, inoculándoles así la poderosa idea de autonomía y de libre albedrío. Fue Goethe quien recomendó a Fichte para un puesto en la universidad; ambos solían verse con frecuencia, pero aquel día no había tiempo para visitas.[55]

Goethe cruzó la plaza del mercado, donde hombres y mujeres se paseaban, de aquí para allá, ataviados con sus mejores galas y saludando a sus conocidos. En el centro de la plaza, había una gran fuente donde las criadas acudían para llenar sus cubos de agua. Enfrente, en el lado occidental, se encontraba el antiguo ayuntamiento, levantado en el siglo XIV, con sus arcos ojivales y sus ventanas enmarcadas en robustos muros de piedra que habían adquirido, con el tiempo, un suave color arenoso. Y, un poco más allá, en la Rathausgasse, estaban los aposentos donde iba a celebrarse la reunión. Allí apareció Goethe, saludó a sus amigos y conocidos, y se sentó a escuchar la conferencia. Y allí es donde se encontró con el vecino más célebre de Jena: Friedrich Schiller.[56]

Más de diez años antes, a principios de la década de 1780, Friedrich Schiller había saltado a la fama con *Los bandidos*, una obra de teatro cuyos protagonistas eran dos hermanos aristócratas, divididos entre sí por sus respectivas —y opuestas— búsquedas de poder y libertad. Schiller nació en 1759 en el ducado de Wurtemberg, y su niñez se vio ensombrecida por el despótico duque Carlos Eugenio, un gobernante que derrochaba ostentosamente su riqueza en palacios, fiestas y representaciones artísticas. La corte del duque, inspirada en el Versalles del rey francés, era fastuosa, ceremonial y absoluta. Cien mil lámparas de gas iluminaban los enormes invernaderos de los jardines, magníficos, y en la ópera cabían un millar de espectadores. Las grandes cacerías, los espectaculares fuegos artificiales, los bailes de máscaras y otros festejos devoraban enormes sumas de dinero. El duque era célebre por sus extravagancias, sus proezas sexuales y su temperamento explosivo. Vendía a sus súbditos como mercenarios, encarcelaba a escritores políticos y obligaba a los niños prometedores a matricularse en la academia militar. Y Schiller fue uno de esos niños.[57]

Su padre, entonces oficial del ejército del ducado, rogó repetidamente a Carlos Eugenio que eximiera a su hijo, con inclinaciones intelectuales, de aquella obligación, pero fue en vano. El duque exigió obediencia y la petición del padre se desestimó. Schiller fue profundamente infeliz en aquella severa institución donde se

castigaba incluso la lectura del *Werther* de Goethe. A finales de 1780, a la edad de veintiún años, abandonó la academia y comenzó a trabajar como médico en el regimiento del duque, una profesión que detestaba. Fue en este contexto, tan oprimente, donde Schiller empezó a escribir *Los bandidos*.[58]

En este drama, el menor de los dos hermanos, Franz Moor, traiciona al mayor, Karl, para hacerse con su herencia. Como consecuencia de las mentiras de Franz, el padre repudia al carismático Karl, su hijo favorito, que forma entonces una banda de ladrones para luchar contra los tiranos locales. Todo acaba trágicamente: Karl se debate entre el juramento a sus amigos ladrones y su novia Amalia, y su padre —a quien Franz ha encarcelado— muere cuando se entera de que Karl es un ladrón. Franz acaba suicidándose y Amalia suplica que le den muerte si no puede estar con Karl, que se encuentra a merced de su banda de ladrones. Al final, Karl la mata y, devorado por los remordimientos, se entrega. *Los bandidos* es una obra radical y emotiva, que muestra cómo una buena persona puede convertirse en un delincuente a causa de una injusticia. Era una obra que respondía al espíritu revolucionario de la época. La cubierta de la segunda edición no podía ser más clara al respecto. En ella aparecía un león con la leyenda: «In Tirannos» («contra los tiranos»).

En el estreno de la obra en Mannheim, en 1782, el público lloró, gritó y zapateó, y los desconocidos cayeron en brazos unos de otros, entre sollozos y desvanecimientos. «El teatro era como un manicomio», dijo un testigo. El gran éxito de la obra propició que Schiller, de veintidós años, se hiciera famoso al instante. «Dios mío», exclamó el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge cuando leyó *Los bandidos*, «¿quién es este Schiller? Me ha dejado temblando como una hoja de álamo». Otros no quedaron tan encantados. El duque de Wurtemberg se indignó tanto con el contenido revolucionario de la obra que hizo arrestar a Schiller y le prohibió escribir nada más. Liberado tras una breve estancia en prisión, Schiller huyó de Wurtemberg y llevó una vida itinerante durante unos años, hasta que en 1789 aceptó un puesto mal pagado en la Universidad de Jena. Allí dio clases de historia y estética, y, aunque el dinero era escaso, por fin tuvo libertad para escribir. Goethe, sin embargo, había mantenido con él las distancias.[59]

Los dos célebres escritores estaban muy al tanto el uno del otro. Con Goethe en Weimar, a solo veinticinco kilómetros de distancia, resultaba extraño que nunca hubieran hablado. Era Goethe quien evitaba el contacto, como admitió más tarde. Durante aquellos años, se habían cruzado un par de veces, pero hablar, lo que se dice hablar, nunca lo habían hecho. Goethe podía ser encantador, amable y atento cuando quería, pero también tosco y arrogante. Si algo lo aburría o

dejaba de interesarle, cambiaba de tema bruscamente. A los jóvenes poetas y admiradores los aterrorizaba tanto el «dios frío y monosilábico» que a menudo salían corriendo de la habitación para no tener que hablar con él. Christoph Martin Wieland, otro famoso poeta de Weimar, dijo de Goethe: «Es el mayor egoísta que he conocido nunca».[60]

A Goethe, es verdad, no le hacía mucha gracia Schiller, le desagradaban la tendencia revolucionaria de *Los bandidos* y el efecto incendiario que había causado la obra en los estudiantes y las damas de la corte de Weimar. Además, le recordaba demasiado a su melodramática etapa del *Sturm und Drang*. Es probable que tuviera celos, ya que el joven dramaturgo estaba en boca de todos, mientras Goethe luchaba con sus propias creaciones artísticas.[61]

Schiller, por su parte, sentía por el poeta de más edad que él una mezcla de admiración y antipatía. Admiraba el genio poético de Goethe y ansiaba desesperadamente su reconocimiento, pero también lo consideraba una persona ensimismada y vanidosa; recibir cualquier tipo de atención por parte de Goethe, decía Schiller, era como seducir a una mojigata. Schiller, diez años más joven que Goethe, en 1794 se encontraba en una posición económica y profesional muy distinta de la de aquel. Goethe era más sofisticado, más rico y tenía mucha más experiencia. Y su vida le recordaba a Schiller de un modo instintivo lo difícil que era la suya.[62]

Schiller y su esposa Charlotte tenían que vivir frugalmente: aunque Charlotte procedía de una familia aristocrática y Schiller era un famoso dramaturgo, el dinero no sobraba. El salario anual que el escritor de treinta y cuatro años cobraba de la universidad ascendía a unos exiguos doscientos táleros —aproximadamente los ingresos de un artesano especializado, como un carpintero o un ebanista— y sus escritos no le rentaban gran cosa. En conjunto, sus emolumentos —los honorarios que recibía por su obra, los que recibía de sus estudiantes, más una pequeña asignación de la familia de su esposa— ascendían a ochocientos táleros, lo suficiente para tener un techo y comida en la mesa, nada de apartamentos elegantes, muebles buenos, ropa fina u otros lujos.

A Goethe, en cambio, cuando no era más que un estudiante de dieciséis años, su padre le había asignado una paga de mil táleros. Y a estas alturas, cobraba por los numerosos cargos que ocupaba en la corte de Weimar un sueldo más que considerable, además de ser con diferencia el poeta mejor pagado del país. Si tuviera el dinero de Goethe (o una esposa rica), le dijo Schiller a un amigo en 1789, no pararía de producir dramas, tragedias y poemas y «la Universidad de Jena bien podría besarme el culo».[63]

Las varias enfermedades que padecía —fiebres, infecciones,

calambres, tos, dolores de cabeza y problemas respiratorios— lo acompañarían hasta su muerte. Schiller, preocupado por si cogía un resfriado u otra infección durante los meses de invierno, se quedaba en casa durante semanas. Cada año, su estado de ánimo se hundía durante los deprimentes inviernos alemanes, en los que las largas y frías noches daban paso, durante el día, a cielos opresivos como planchas de hierro. «El invierno», decía, «es un visitante sombrío». En los últimos años, Schiller no se había sentido muy optimista. Era alto y delgado —de aspecto casi demacrado—, con el pelo largo y rojizo y la piel pálida y manchada. Una gran nariz dominaba su rostro, flanqueada por unos pómulos prominentes. Daba la impresión, desde luego, de estar tan enfermo como se sentía. Sus horarios eran erráticos, a menudo escribía por la noche, a base de ingentes cantidades de café, y dormía durante el día. En mitad de la noche, los vecinos podían ver una luz solitaria en su estudio y a Schiller paseándose de un lado a otro; cuando las ventanas estaban abiertas, incluso podían oírle leer en voz alta lo que había escrito.[64]

Desde que se trasladó a Jena, Schiller se centró en la historia y la filosofía y se alejó de las obras de teatro y de la poesía. Hacía casi seis años que no escribía nada lírico. Acababa de empezar a darle vueltas a una nueva obra, *Wallenstein* —ambientada en el periodo de la guerra de los Treinta Años, que había convulsionado a Europa entre 1618 y 1648—, pero le asustaba empezar a escribirla. Temía haberse quedado sin imaginación. Las investigaciones filosóficas sobre la obra de Immanuel Kant habían extirpado de algún modo su sensibilidad poética, y no se sentía ni poeta ni filósofo. «La imaginación perturba mi pensamiento abstracto», le diría más tarde a Goethe, «y la gélida razón mi poesía».[65]

Aquel caluroso día de julio de 1794, mientras Goethe y Schiller salían de la Sociedad de Historia Natural, empezaron a hablar de la conferencia. Schiller comentó que la botánica, con todas sus observaciones y clasificaciones, le parecía un «modo fragmentario de ver la naturaleza». Goethe se mostró de acuerdo y dejó claro que había una forma diferente, más holística, que concebía la naturaleza como un todo vivo a partir del cual se podían deducir las especificidades. Debían de parecer una extraña pareja, sin duda, para los viandantes que paseaban, junto a ellos, por la plaza del mercado. Schiller, el alto, delgado y de aspecto siempre enfermizo, sobresaliendo veinte centímetros por encima del orondo y rubicundo Goethe. De vez en cuando, se detenían, y se podía ver a Goethe gesticular y dibujar plantas en el aire. Cuando estuvieron frente a la casa de Schiller, en la esquina sudeste del mercado, el dramaturgo

invitó a Goethe a entrar.[66]

Goethe aceptó de buen grado y, una vez dentro, tomó una pluma y dibujó una planta con unos pocos trazos para explicar cómo concebía él la botánica. Detrás de la variedad estaba la unidad, iba diciendo Goethe, ya que cada planta no era más que la variación de una forma primordial. En sus observaciones, había llegado a la conclusión de que esta forma básica de la planta, a partir de la cual se desarrollaban todas las demás: los pétalos, el cáliz, las raíces, etcétera, era la hoja. «De principio a fin, la planta no es más que hoja», escribió en su diario tras una visita al jardín botánico de Padua durante su viaje por Italia unos años antes. Pero aquel pensamiento era erróneo, objetó Schiller tras escucharlo atentamente. Aquello no era una observación empírica, sino «una idea».[67]

Con este simple comentario, Schiller sintetizó las diferencias de pensamiento que los separaban y su discrepancia fundamental acerca de cómo dar sentido al mundo. Goethe se describió a sí mismo como un realista convencido, alguien que adquiría sus conocimientos a través de la observación de la naturaleza. Schiller, en cambio, se definía como «idealista»; inspirado por su profunda inmersión en la filosofía de Kant, creía que nuestro conocimiento de lo que llamamos realidad lo aprehendíamos a través de las categorías de nuestra mente, tales como el tiempo, el espacio y la causalidad. Goethe, por su parte, insistía en que su conclusión era fruto de *observar* las plantas, en que su enfoque era empírico y científico, mientras que Schiller afirmaba que la «idea» de hoja ya existía en la mente de Goethe, quien «saca demasiadas cosas del mundo de los sentidos», le había dicho Schiller a un amigo, «mientras que yo las saco del alma».[68]

El debate fue acalorado, pero también inspirador, y ambos estuvieron de acuerdo en que ninguno de los dos había conseguido salirse con la suya. La competición entre realismo e idealismo, entre objeto y sujeto, dijo Goethe más tarde, fue la base sobre la que sellaron su conexión. También admitió que no había disfrutado tanto, que no había sentido tanto «placer intelectual» en mucho tiempo. Ese día marcó el inicio de la amistad literaria más fructífera de la época.[69]

En aquel momento, los dos se debatían con sus respectivas escrituras, pero a lo largo de la década siguiente, ambos se espolearían mutuamente para crear algunas de sus mejores obras. Colaboraron mano a mano, desafiándose y corrigiéndose el uno al otro. El hecho de que tuvieran temperamentos tan opuestos no hacía más que estimular su creatividad. Tal como recordó más tarde Schiller: «Cada uno era capaz de dar al otro algo que a este le faltaba, y recibir de él algo a

cambio». El encuentro con Goethe, dijo también a un amigo años después, fue «el acontecimiento más beneficioso de toda mi vida».[70]

En cuanto a Goethe, Schiller le había otorgado, tal como admitiría después, «una segunda juventud». A principios de 1794, Goethe se había comprometido consigo mismo a «encontrar algo a lo que aferrarse» para que su situación creativa cambiase, y ese algo resultó ser Schiller. Había permanecido en barbecho durante demasiado tiempo, y aquel encuentro fue como una nueva primavera —según dijo— con brotes verdes apareciendo por todas partes. Durante los dos años anteriores, Goethe se había sentido apesadumbrado e improductivo. En la primavera de 1792, Francia declaró la guerra a Prusia y Austria, y la brutalidad de las ejecuciones en masa durante el reinado del Terror de Robespierre, al año siguiente, escandalizó incluso a aquellos que acogieron con satisfacción el levantamiento de 1789. Para muchos, los ideales de la Revolución francesa —libertad, igualdad y fraternidad— se habían empapado de sangre. Goethe estaba cada vez más desilusionado. ¿Cómo iba a concentrarse en su trabajo o a disfrutar de la vida con los informes semanales sobre las «atrocidades de Robespierre»?[71]

A diferencia de muchos otros poetas y pensadores, Goethe no abrazó la Revolución francesa. Él se inclinaba más por la evolución que por la revolución —su credo político era un reflejo de sus ideas científicas—. En aquella época, había dos corrientes de pensamiento sobre la formación de la Tierra: los llamados vulcanistas, que sostenían que todo se había originado a través de sucesos catastróficos, como erupciones volcánicas y terremotos; y, en el bando contrario, los neptunistas, según los cuales el agua y la sedimentación fueron las fuerzas principales que configuraron las montañas, los minerales y la tierra, a través de un lento proceso geológico. Goethe era neptunista, y así es como concebía el cambio social. Creía en las reformas lentas, no en los levantamientos volátiles.[72]

Además, conocía la guerra de primera mano. El verano anterior, el de 1793, cuando Caroline Böhmer fue encarcelada en la fortaleza de Königstein, Goethe acompañó al duque Carlos Augusto a Maguncia, la ciudad que fue el hogar de Johannes Gutenberg en el siglo XV. El ejército del duque había ayudado a los prusianos a luchar contra los franceses y a devolver la ciudad a manos alemanas. En su papel de confidente y miembro del consejo privado de Carlos Augusto no fue esta la primera campaña militar de Goethe, pero él detestaba este aspecto de sus funciones. Mientras los soldados alemanes bombardeaban a los ocupantes franceses, Goethe se quedó en su tienda, tratando de ignorar los disparos y de concentrarse en el trabajo, con su escritorio portátil sepultado por papeles. Estudió óptica, editó un poema largo y escribió cartas a Jena para informarse

de los progresos del jardín botánico. Ojalá pudiera invertir en plantas e invernaderos el dinero malgastado en cañones, se lamentaba. En momentos como este, escribió desde el campo de batalla, tener «cosas en las que ocupar el pensamiento» era más importante que nunca: necesitaba la distracción de las ideas.[73]

El bombardeo fue implacable y duró toda la noche. Por la mañana, cuando el sol se alzó tras la silueta de Maguncia, marcada por las torres de iglesias quebradas y los tejados derruidos, Goethe vio a los heridos y a los muertos esparcidos por el campo de batalla. La catedral estaba en llamas, junto con su biblioteca repleta de valiosos manuscritos y documentos, al igual que las iglesias, los palacios, el teatro y muchos otros edificios. Mientras la ciudad ardía, «sentí que mi mente se paralizaba», dijo Goethe. Ahí estaba, en una de las zonas más bellas de Alemania, contemplando únicamente «miseria y destrucción».[74]

Cuando regresó a casa, se encerró en sí mismo. Mientras los ejércitos marchaban por Europa, él se dedicó de lleno a sus estudios científicos. La ciencia se convirtió para él en una «tabla de salvación en medio de un naufragio». Supervisó la construcción del jardín botánico de Jena y experimentó tan intensamente con la óptica que a veces olvidaba su propósito original. Mientras el invierno de 1793 daba paso lentamente a la primavera de 1794, observó cómo las primeras flores desplegaban sus pétalos en el jardín botánico, al tiempo que se implicaba en todos los detalles, desde la vivienda del jardinero hasta la decisión sobre el sistema de clasificación de las plantas que se iba a utilizar. Supervisó la instalación de nuevos sistemas de riego e invernaderos, así como el nombramiento del nuevo director del jardín e incluso el abono de los parterres. La botánica lo distraía del caos del mundo, y esta era la razón por la que se había unido a la Sociedad de Historia Natural de Jena.[75]

Unas semanas después de conocerse en Jena, Goethe invitó a Schiller a quedarse en su casa de Weimar durante quince días. «Ven a visitarme», le escribió a principios de septiembre; la corte iba a estar fuera, en otro castillo, nadie los molestaría. Podrían hablar, seguir con sus debates, y Goethe mostraría a Schiller sus colecciones de libros, arte y objetos de historia natural. Este estaba encantado, pero advirtió al poeta de más edad que era un huésped difícil —un inválido, casi, que sufría de dolor crónico en el pecho y calambres estomacales, además de insomnio—. Goethe, a su vez, le advirtió que él mismo andaba inmerso en «la oscuridad y la duda», y que se sentía incapaz de controlarlo. El plan salió adelante, a pesar de todo, y Schiller llegó el 14 de septiembre de 1794.[76]

Goethe vivía en el centro de Weimar, en una gran casa que el duque le había regalado dos años antes. Una amplia escalera instalada por él mismo conducía a las habitaciones, elegantemente amuebladas, de la parte delantera de la vivienda. El saludo italiano «SALVE» —«estate bien»—, escrito en grandes letras mayúsculas negras en el umbral de madera, daba la bienvenida a los visitantes. Por todas partes había esculturas italianas sobre pedestales y las paredes estaban decoradas con los mejores dibujos, grabados y pinturas. Los espejos reflejaban arte, las valiosas alfombras amortiguaban los pasos de los zapatos de tacón y las altas ventanas daban a la calle y a la plaza que había frente a la casa. Los invitados podían sentarse en sillones tapizados en seda a rayas verdes y blancas y tomar el té en delicadas mesas de caoba.[77]

En la parte trasera, en la planta baja de la casa, había un conjunto de habitaciones más sencillas que Goethe había amueblado recientemente. Aquí, con vistas a un gran jardín, estaba su estudio. A diferencia de las habitaciones delanteras, el mobiliario era sobrio y funcional. En las paredes había estanterías sencillas y grandes armarios con cajones que contenían la colección de historia natural de Goethe —incluida la de rocas, que llegaría a contar con dieciocho mil ejemplares—; había atriles y mesas pequeñas y, en el centro de la estancia, un gran escritorio para escribir y leer. No había ni un sofá, ni un sillón, solo simples sillas de madera. Los muebles cómodos, explicó Goethe, «me impiden pensar y me sumen en un estado de placidez pasiva».[78]

Durante catorce días, Schiller y Goethe trabajaron, hablaron, comieron juntos y discutieron. A menudo se sentaban en el gran jardín, caldeado por el sol del inusualmente cálido mes de septiembre de aquel año. Se vieron con poca gente, preferían la compañía mutua. Compartieron sin reservas sus ideas, creencias, métodos y teorías, y se mostraron igualmente abiertos en lo concerniente a sus dificultades y proyectos estancados. Schiller se sintió tan cómodo que incluso durmió bien, y Goethe escribió a un amigo que su visitante había inyectado vida a sus «indolentes pensamientos». Goethe expuso sus hallazgos de historia natural y escuchó las ideas de Schiller sobre cómo la belleza y la educación estética creaban una libertad más poderosa que cualquier revolución política. Conversaron sobre los estudios ópticos de Goethe y les dieron vueltas a nuevas tragedias y dramas. Goethe recitó incluso sus *Elegías romanas*, una serie de poemas eróticos que había escrito tras un viaje de dos años a Italia a finales de la década de 1780.[79]

En los poemas, el protagonista masculino describe cómo se enamora en Roma.

> *Pero amor por las noches me tiene de otro modo ocupado;*
> *y aunque así solo a medias me ilustro, soy feliz doblemente.*

¿Y no aprendo acaso a la vez que atisbo las formas
del seno gracioso, y mi mano por las caderas se mueve?
Solo entonces comprendo los mármoles; pues pienso y comparo,
veo con ojos que sienten, siento con mano que ve. [80]

Unos versos más abajo, prosigue Goethe:

He compuesto a menudo también en sus brazos poemas
y han contado con mimo en su espalda latinos hexámetros
de mi mano los dedos. Respira en su dulce sueño ella
y su aliento penetra en lo hondo de mi pecho y lo inspira.

Las *Elegías romanas* encarnan las creencias filosóficas de Goethe, su afán de aunar los sentidos y la mente, el sentimiento y la observación. En sus versos se funden de forma evocadora el amor y el sexo con los estudios académicos de la Antigüedad. Durante los años transcurridos desde sus viajes a Italia, Goethe no dejó de añadir versos y los guardó todos en una carpeta bajo el título de «Erótica». De vez en cuando les leyó algunos a amigos cercanos, que le aconsejaron que no los publicara por ser demasiado lascivos. A Schiller le encantaron, y le escribió a su esposa Charlotte —«Lolo», como la llamaba familiarmente— que eran, «sin duda, atrevidos, y no muy apropiados, pero es de lo mejor que ha hecho». [81]

Los poemas eran también una declaración de amor de Goethe a su amante, Christiane Vulpius. La alta sociedad de Weimar se escandalizó cuando, a su regreso de Italia, el poeta tomó como amante a una costurera que trabajaba en una modesta fábrica de flores artificiales. Poco más de un año después, en diciembre de 1789, dio a luz a su hijo August. A diferencia de otros, que instalaban a sus amantes e hijos ilegítimos en una casa aparte o les asignaban una pensión y los casaban con alguien más adecuado, Goethe se llevó a Christiane y a su hijo a vivir con él. [82]

Vivieron felizmente juntos, sin casarse. A pesar del escándalo, el duque Carlos Augusto se lo tomó con apertura de miras e incluso aceptó ser el padrino del pequeño August. Los rumores, con todo, no cesaron de correr. La gente se preguntaba cómo el célebre Goethe había podido caer tan bajo. Muchos habrían suscrito, sin duda, las palabras del poeta Christoph Martin Wieland, que describió a Christiane como «un cerdo con un collar de perlas». [83]

Durante la visita de Schiller, Christiane y August, de cuatro años, permanecieron prácticamente invisibles en la parte trasera de la gran casa. Como muchos otros, Schiller no podía entender en qué consistía el encanto de Christiane y había cotilleado también sobre la relación, pero, de momento, aceptó los arreglos domésticos de Goethe. El delito de este no era tanto la relación en sí misma como el hecho de vivir con una mujer de una posición social tan palmariamente inferior a la

de él. Si Christiane hubiera pertenecido a la alta sociedad de Weimar, a nadie le habría importado. El propio Schiller no era ajeno a las complejidades románticas. Aunque su matrimonio con su esposa Charlotte fuese feliz y convencional, antes de que se celebrara el filósofo se había dedicado a cortejar a la vez, de forma un tanto indelicada, a Charlotte y a la hermana de esta.[84]

Durante más de un año, Schiller se debatió con la duda de no saber a cuál de las dos hermanas amaba realmente: si a la tranquila, reservada y casi remilgada Charlotte, o a Caroline, su hermana mayor, culta, vivaz e infelizmente casada. En sus cartas flirteaba tanto y se mostraba tan ambiguo que Caroline finalmente le rogó que se decidiera de una vez y pusiera fin a aquel anómalo *ménage à trois*. Pero incluso después de comprometerse con Charlotte, Schiller no dejó de escribir cartas llenas de anhelo por ambas hermanas. Con todo, esto resultaba más aceptable que la relación abierta de Goethe con la inculta Christiane, porque Charlotte Schiller —entonces Charlotte von Lengefeld— y su hermana procedían de una familia aristocrática estrechamente relacionada con la corte de Weimar.[85]

A Goethe no le importaban las habladurías de la gente, ni que sus obras no significaran nada para Christiane. Ella amaba el teatro, el baile y la ropa bonita, y «gobernaba la casa con eficacia», solía decir él, haciendo que su vida doméstica transcurriera sin sobresaltos que pudieran distraerle. Ella le aportaba solidez, cimientos, además de la comida que le gustaba, amor y sexo y, lo más importante, le dejaba trabajar siempre que lo deseaba. Era alegre y práctica. «Lo que tú haces es fácil», le dijo en una ocasión a él a principios de verano, tras inspeccionar el huerto, porque «una vez que lo haces, dura para siempre»; para ella era distinto: los caracoles acababan de devorar todo lo que había sembrado.[86]

La madre de Goethe era una de las pocas personas que se daba cuenta de cuán feliz hacía la humilde Christiane a su hijo, y se refería a ella como «tu querida compañera de cama». Frau Goethe se alegraba de que su hijo no se viera atrapado en un matrimonio terrible. Que aquello era amor puede apreciarse con claridad en los dibujos que Goethe hacía de Christiane. En ellos la retrata con ternura, dormida, con los gruesos rizos de su cabello castaño enmarcando su cara redonda y rolliza. No era lo que se dice bella, pero sí sensual y voluptuosa. Para él, era su «pequeña mía», su «querido ángel» y su «niña», y él, para ella, su «dulce cielo».[87]

Aunque la amaba, Goethe empezó a pasar cada vez más tiempo en Jena. Allí, alejado de sus obligaciones en la corte de Weimar y del flujo de visitantes, se sentía rejuvenecido. En lugar de tener que cenar

con el duque, comía con Schiller y sus otros amigos. En Jena se sentía ligero y tan vigorizado que pronto entró en una de las fases más productivas de su vida. Trabajó en obras de teatro, poesía y escritos científicos, además de retomar su novela inacabada *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, que había abandonado muchos años antes. «La leña recogida y puesta en la chimenea hace ya tanto tiempo empieza a arder por fin», le dijo a Schiller, que leyó, comentó y editó cada página. Publicada en ocho partes, la novela describe el viaje de autodescubrimiento del protagonista epónimo, que escapa de su destino como hombre de negocios para perseguir su sueño de convertirse en actor. Fue la primera novela de formación, o *Bildungsroman*, que se publicó.[88]

Las dependencias de Goethe en el Castillo Viejo estaban a un paso del apartamento de Schiller en la plaza del mercado de Jena. A Christiane le decía por carta que allí podía escribir, «porque la tranquilidad del castillo es muy buena para pensar y trabajar». Pasaba las primeras horas de la mañana en su cama, apoyado en almohadas y envuelto en mantas para resguardarse del frío, mientras dictaba a su asistente. La única distracción era el constante y molesto ladrido de un perro del vecindario.[89] Alrededor de las cuatro de la tarde, Goethe recorría las pocas manzanas que le separaban del apartamento de Schiller. Si su amigo seguía trabajando en su estudio, él esperaba pacientemente en el salón y leía o dibujaba. A veces, Karl, el pequeño y revoltoso hijo de Schiller, entraba corriendo y Goethe, que adoraba a los niños, jugaba con él.[90]

Cuando Schiller salía de su estudio —con su larga melena despeinada, calzando unas viejas pantuflas amarillas y, a veces, todavía en bata debido a sus erráticos patrones de sueño—, se quedaban hablando hasta bien entrada la noche. La mesa del salón de Schiller estaba repleta de libros, notas y escritos, pero también de vino y té. Se leían mutuamente sus cosas, discutían y hacían anotaciones en los manuscritos. De vez en cuando, Schiller salía de la habitación para buscar sus medicinas contra sus calambres y sus dolores de cabeza. No podía quedarse quieto y no paraba de pasearse por la estancia. Los amigos comentaban a menudo lo tenso que estaba siempre Schiller, cómo su mente «tiranizaba al cuerpo».[91]

La casa de Schiller pronto se convirtió en el segundo hogar de Goethe y, aunque echaba de menos a Christiane y a su hijo August, se marchaba de Jena a regañadientes. Cuando los dos amigos no se veían, se escribían cartas que viajaban entre Jena y Weimar varias veces a la semana. Como el servicio postal era tan poco fiable, a menudo recurrían a una criada para entregarlas. En ellas criticaban y editaban mutuamente sus obras, y se enviaban sugerencias para mejorarlas y modificarlas, desde comentarios generales hasta consejos

editoriales tan precisos como «yo añadiría otro verso después del verso catorce».[92]

Se retaban el uno al otro, cotilleaban sobre amigos y enemigos, y pasaban revista al mundo literario, pero también al tiempo y otras noticias locales. Algunas cartas eran solo notas breves para informar de próximas visitas y asuntos prácticos; otras eran largos tratados sobre poesía, filosofía, comentarios sobre libros y descripciones detalladas de los progresos literarios (o de la falta de ellos); y no faltaban tampoco aquellas en las que se encargaba papel de empapelar o pescado fresco. Todas rezumaban un profundo afecto. En una de ellas, Goethe expresa su «vivo anhelo» de ver a Schiller y espera que haga buen tiempo durante los meses fríos y le sea posible hacer, en sus propias palabras, «un rápido viaje para verte».[93]

Eran diferentes en muchos aspectos. A Goethe le encantaba estar al aire libre, en la naturaleza, ya fuera caminando animosamente, en verano, o patinando, en invierno. Rara vez iba en carruaje a Jena, prefería montar a caballo. Una vez recorrió los casi cien kilómetros que separan Weimar de Leipzig en poco más de ocho horas.[94] Sin embargo, Schiller raramente se aventuraba a salir, y era Goethe quien tenía siempre que viajar.

Goethe era un hombre fácil de llevar, intuitivo y sereno, Schiller parecía estar siempre dando demasiadas vueltas a las cosas. Intentaba forzar su producción creativa trabajando con un horario extenuante. Sus enfermedades danzaban como una sombra maligna a su alrededor, como un recordatorio de que su tiempo en la tierra era limitado. Con tanto por hacer, sometía su frágil cuerpo a una presión constante, sin permitirse nunca un descanso. A tanto llegaba la presión que a veces se quedaba paralizado por la angustia de que jamás llegaría a terminar nada. Cuando escribía la última frase de un drama o de un manuscrito, se sentía perdido, decía, «como si colgara, desnortado, en el vacío». Agobiado por el miedo de no volver a producir nada, tenía siempre la necesidad de enfrascarse en un nuevo proyecto de inmediato.[95]

Pero era una persona generosa con su tiempo, que leía y comentaba meticulosamente tanto la obra de Goethe como la de otros escritores. Alentaba a los jóvenes poetas y a sus alumnos. Como profesor, los inspiraba, y ayudó a varias escritoras a publicar sus obras. Era sensible, profundamente intelectual y serio. Y sentía una sana envidia por la facilidad con que Goethe alumbraba sus obras. Mientras que todo el mundo tenía que trabajar duro para producir algo tolerable, escribió, Goethe «solo tiene que sacudir el árbol con suavidad, y los frutos más hermosos, maduros y pesados caen en sus manos». Nadie desde Shakespeare —llegó a decir— había tenido tanto talento como Goethe.[96]

Eran, el uno para el otro, una constante fuente de inspiración, y no dejaron nunca de girar alrededor de la amigable charla que iniciaron tras conocerse en la conferencia sobre botánica. El enfoque de Goethe consistía en empezar por lo particular y luego pasar a lo general; por ejemplo, se fijaba en la forma específica de una hoja o de un hueso de animal y de ahí deducía una teoría anatómica o morfológica más amplia. Schiller, en cambio, partía de lo general, o de una teoría propuesta —como la idea de la importancia del arte— y luego la desglosaba hasta llegar a un aspecto particular: cómo puede el arte servir de inspiración, por ejemplo.[97]

El punto de partida de Goethe era a menudo la observación o la experimentación y Schiller lo acercaba a las ideas filosóficas. Goethe, por su parte, refrenó la excesiva confianza que su amigo depositaba en la abstracción. «Tus minuciosas observaciones», reconoció este último, «nunca corren el riesgo de extraviarse». Aquella manera de abordar la realidad arraigó en Schiller, mientras que la de él elevó a Goethe al ámbito del pensamiento idealista: Goethe, más sensual, arrastró a Schiller, más cerebral, al mundo físico, pero a cambio obtuvo una visión más profunda de los conceptos teóricos. Y así siguieron, Goethe animando a Schiller a escribir poesía y obras de teatro de nuevo, y Schiller atrayendo a Goethe al mundo de la filosofía. Estar con Goethe —decía Schiller— era un alimento para la mente y el corazón.[98]

A lo largo de la década siguiente, Goethe pasó más tiempo que nunca en Jena. Se quedaba a menudo varias semanas, para ver a Schiller y trabajar junto a él, escribiendo, ideando nuevos proyectos y hablando sobre «el arte, la naturaleza y la mente», según anotó en su diario. Aquello —afirmaba— fue para él el comienzo de una «nueva era», un periodo en el que redescubriría su voz literaria y se convertiría otra vez en el héroe de una nueva generación. Cuando los jóvenes impetuosos lo buscaban, llenos de admiración, él trataba de calmar sus ánimos y pasiones, al tiempo que se llenaba de nuevas energías con las ideas que le exponían y con sus trabajos. Goethe se convirtió en su «semidiós».[99]

2
«SOY UN SACERDOTE DE LA VERDAD»
Verano de 1794: La filosofía del *Ich* de Fichte

La sala estaba llena a rebosar. Los estudiantes se derramaban por los pasillos y se colocaban como podían en las escaleras junto a las ventanas para escuchar a su nuevo profesor. Incluso el mayor auditorio de Jena era demasiado pequeño para albergar semejante multitud. Los jóvenes del fondo se subían a los bancos y las mesas para poder ver algo. Todos se empujaban y atropellaban entre sí en busca de un asiento. Hacía calor y el aire era irrespirable.[100]

Johann Gottlieb Fichte, de treinta y dos años, estaba de pie ante el atril, con botas de montar, espuelas y una fusta. Era de estatura media pero musculoso, más parecido a un toro que a un caballo de carreras: su enérgica presencia se podía sentir en toda la sala. El pelo largo le caía sobre los hombros y los ojos oscuros se clavaban sobre una nariz prominente. Iba vestido con un abrigo púrpura de grandes botones y hablaba en un tono tan alto que podía oírsele perfectamente incluso desde los asientos del fondo.[101]

Fichte era, tal como lo describió un estudiante, el «Bonaparte de la filosofía». Todo el mundo estaba deseoso de escuchar cómo redefinía la relación entre el yo y el mundo exterior, entre el «yo» y el «no-yo», tal como lo enunciaba el propio Fichte. Había en él algo desafiante, algo perentorio. La filosofía no era solo para los estudiantes de filosofía —afirmaba—, sino que era importante para la sociedad en general. «Soy un sacerdote de la verdad», insistía. Quería, nada más y nada menos, desencadenar una revolución de la mente y alzar la antorcha que hasta el momento enarbolaba Immanuel Kant, el filósofo vivo más famoso de Occidente.[102]

Fichte nació en 1762, en una familia humilde, y fue el mayor de diez hijos. No solía hablar de su infancia, pero, por lo que sabemos, su madre era propensa a la melancolía y su padre se había ganado a duras penas la vida como cintero en Sajonia. Un día, sin embargo, un barón que estaba de paso oyó al joven Johann Gottlieb recitar un sermón entero que había escuchado mientras cuidaba el ganado detrás de la iglesia. Aquel momento cambió la vida de Fichte. Profundamente impresionado por las asombrosas habilidades del muchacho, el

aristócrata le pagó su educación. Fichte era tan brillante que ingresó en una de las mejores escuelas de Sajonia y estudió más tarde en Jena y Leipzig. Era inteligente, estudioso y muy leído, pero carecía de fortuna propia. Y cuando el apoyo financiero del barón terminó, se vio obligado a trabajar como tutor privado, enseñando a los niños pequeños de familias ricas.[103]

Estos puestos solían ser efímeros porque Fichte nunca lograba disimular su antipatía hacia sus empleadores y sus pupilos. Unas veces los insultaba, otras, se emborrachaba, y otras, los padres, preocupados, lo acusaban de permitir que sus hijos se volvieran desobedientes bajo su supervisión. Siempre en la ruina, empeñaba regularmente sus pertenencias, pero no cejaba en su afán de aprender todo lo posible. Estudiaba durante muchas horas y disfrutaba con los retos intelectuales. En un mundo perfecto, decía, se limitaría a leer y escribir todo el día, y luego saldría a dar un paseo extenuante para despejarse o a emborracharse en la taberna por la noche. Su vida como tutor no se lo permitía.[104]

Estaba decidido a sobresalir y a tomar las riendas de su propio destino. Renunció a su marcado acento sajón, pues creía que nadie lo tomaría en serio si sonaba como un campesino, y se casó con una mujer de una posición social superior a la suya. Conoció a su esposa Johanne en Zúrich, en 1789, mientras trabajaba como tutor. No era una belleza, como ella misma decía, pero sí la hija de un respetado funcionario cuya difunta madre fue hermana de un conocido poeta alemán.(3) El hecho de que Johanne fuera una mujer educada y su familia próspera la convirtió en un buen partido para el ambicioso Fichte.[105]

Durante su noviazgo, Fichte devoró la obra de Immanuel Kant. «Desde que leí la *Crítica de la razón práctica*», le dijo a un amigo en 1790, «vivo en un mundo nuevo». Publicados entre 1781 y 1790, la *Crítica de la razón pura*, la *Crítica de la razón práctica* y la *Crítica del juicio* abordan, respectivamente, las posibilidades y los límites del conocimiento humano, sus implicaciones morales y éticas y nuestra capacidad para juzgar lo bueno y lo bello.[106]

A principios de la década de 1780, Kant había puesto en marcha una revolución filosófica tan radical como la que desencadenó, más de dos siglos antes, en la ciencia, Copérnico. El objetivo de Kant era nada menos que salvar el abismo entre el racionalismo y el empirismo, los sistemas filosóficos predominantes en el siglo XVIII. Mientras que los racionalistas afirmaban que todo el conocimiento derivaba del pensamiento y de la mente, los empiristas insistían en que solo se podía «conocer» el mundo a través de la experiencia. Los racionalistas

creían en verdades preexistentes y absolutas, pero los empiristas propugnaban que todo lo que había en la mente procedía de los sentidos. Algunos empiristas sostenían que, al nacer, la mente humana era semejante a una hoja de papel en blanco que, a lo largo de la vida, se llenaba de conocimientos adquiridos únicamente a través de la experiencia sensorial. Kant se posicionó entre el racionalismo y el empirismo.

Al igual que Copérnico había llegado a la conclusión de que el Sol no se movía alrededor de la Tierra, dijo Kant, debíamos nosotros redefinir nuestra comprensión del sentido de la naturaleza. Para ello, investigó en la relación entre nuestro mundo subjetivo interno y el mundo externo. Kant trató de responder a una pregunta fundamental: ¿El árbol que veo en mi jardín es *el árbol tal como nos parece a nosotros* o *el árbol en sí mismo*? *El árbol en sí mismo* es el famoso *Ding an sich* o *cosa en sí* kantiana, con la que se refería al mundo exterior independiente de la percepción humana. Según Kant, no podemos conocer verdaderamente la cosa en sí, porque siempre accederemos a ella a través del prisma de nuestra mente. En términos generales, nuestros sentidos, pero también nuestro pensamiento, conforman nuestra manera de ver el mundo. Ambos actúan como unas gafas de cristales ahumados; por consiguiente, la cosa es *tal como nos parece a nosotros.*

Las leyes de la naturaleza tal y como las entendemos —escribió Kant— solo existen porque nuestra mente las concibe. Aunque creamos entender cómo funciona el mundo exterior a través de la razón pura —la gravedad, por ejemplo, o las leyes del movimiento o de la taxonomía—, lo cierto es que este orden —expuso Kant— no era inherente a la naturaleza. Más bien, somos *nosotros* quienes se lo imponemos al mundo externo, y no al revés. Por lo tanto, el tiempo, el espacio y la causalidad no son verdades absolutas, sino categorías de nuestra mente a través de las cuales aprehendemos el mundo exterior: son la lente a través de la cual vemos la naturaleza. Y, desde este punto de vista, el «yo» pasaba a ser algo así como un legislador de la naturaleza, aunque esto significara que nunca podríamos obtener un conocimiento «verdadero» de la cosa en sí misma. El resultado fue un giro en la concepción del yo: se volvió creativo y libre.

Kant le otorgó al yo la capacidad de actuar, lo liberó de su condición de mero engranaje en un universo mecanicista. Esta nueva forma de pensar era tan radical que muchos de quienes se acercaban a los libros de Kant definían la experiencia de leerlo como un auténtico «renacimiento intelectual». Mientras los estudiaba, lápiz en mano, subrayando y anotando, Fichte no podía dejar de pensar. En cierto modo, él era la prueba viviente de la filosofía de Kant. De joven, mientras cuidaba el ganado detrás de la iglesia, se había servido de su

mente —su voluntad— para abandonar un camino en apariencia predestinado. Estas ideas revolucionaron su forma de entender el mundo. Lleno de confianza, seguro de sí mismo, no deseaba otra cosa que enseñar al mundo a pensar.[107]

En el verano de 1791, Fichte decidió ir de peregrinación a Königsberg, la ciudad natal de Kant, en la costa sudeste del mar Báltico, para conocerlo.(4) Pero antes de partir, rompió su compromiso con Johanne. Tras haberla cortejado durante más de un año con cartas llenas de ternura y declaraciones de amor eterno, Fichte desapareció de repente sin dar explicaciones y sin dejar una dirección de contacto. Johanne no tenía ni idea de qué le había podido pasar. El matrimonio —le dijo Fichte a su hermano— le «cortaría las alas». Sus estudios sobre Kant le habían dado un sentido a su vida y no estaba dispuesto a echar a perder aquel nuevo impulso encadenándose a una mujer.[108]

Pero ¿cómo conocer a Kant? ¿Recibiría un filósofo tan famoso a un tutor joven y sin blanca? Fichte decidió demostrarle su admiración escribiendo un tratado sobre la religión, el asunto que Kant había dejado sin abordar en sus tres «Críticas». Se encerró en una habitación alquilada en Königsberg y se puso a trabajar. Cinco semanas después, salió de allí con un manuscrito que envió inmediatamente a Kant. Y cinco días más tarde, un impaciente Fichte se dirigió a la tranquila calle, cerca del castillo, donde vivía Kant. Llamó a la puerta y fue invitado a entrar. Kant, que era famoso por su rígida rutina diaria, solía recibir a sus invitados en una sala del piso superior, junto a su estudio.[109]

El aspecto físico del filósofo de sesenta y siete años desmentía la potencia de su intelecto. «Su débil cuerpo», le dijo Fichte a un amigo, «está demasiado cansado para albergar una mente tan grande». Al lado del corpulento Fichte, Kant debía de parecer aún más delgado y penosamente encorvado de lo que ya estaba. El aspecto del filósofo más célebre de Occidente no tenía nada de espectacular ni de grandioso. Vestía con sencillez y llevaba el pelo empolvado y recogido en una coleta con una cinta. Su débil voz era casi inaudible y lo que decía no tenía mucho sentido. Kant, pensó Fichte, estaba perdiendo la memoria. El filósofo parecía adormilado y solo había echado un vistazo a unas pocas páginas del manuscrito, pero, para sorpresa de Fichte, le gustó. De repente, a Fichte no le importó que el encuentro con su héroe le hubiera parecido, a primera vista, decepcionante. Sus dudas sobre la calidad de su tratado se esfumaron cuando Kant le aconsejó que lo publicara, sugiriéndole incluso que fuese su propio editor quien se encargara de ello. «¿Es esto cierto?», escribió después en su diario. «Pero sí, eso es lo que Kant ha dicho».[110]

Animado, Fichte envió su manuscrito. Cuando llegó a la mesa del editor, iba sin el nombre del autor, y su título —*Ensayo de una crítica de toda revelación*— era extrañamente similar al de los tres libros de Kant. Tanto la omisión como la similitud eran deliberadas. Sin embargo, pocas semanas después, Fichte se replanteó esta decisión. No tenía por qué preocuparse. El editor vio la oportunidad de obtener beneficios económicos e imprimió dos cubiertas, una con el nombre de Fichte para comercializarla en Königsberg y otra sin él para el resto de Alemania. Incluso el prefacio, fechado en «Königsberg, en diciembre de 1791», era engañoso: aunque Fichte había escrito el libro allí, la ciudad estaba, por supuesto, para los lectores, profundamente ligada a Kant. Era un plan arriesgado.[111]

El 30 de junio de 1792, tres meses después de que se publicara el *Ensayo de una crítica de toda revelación*, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Jena, la revista literaria más importante de Alemania, anunció algo que cambió la vida de Fichte. La publicación informaba de que Immanuel Kant había escrito por fin su cuarta «Crítica». Para la comunidad intelectual aquello supuso un auténtico terremoto. Cualquiera que hubiera estudiado a Kant, escribía el *Allgemeine Literatur-Zeitung*, se daría cuenta de que este libro, publicado de forma anónima, era la tan esperada obra del filósofo sobre la religión.[112]

A medida que la expectación crecía y los ejemplares del *Ensayo de una crítica de toda revelación* llegaban a sus destinos, una revista tras otra se hacía eco de que aquella nueva obra era de Kant. En Jena, donde enseñaban muchos de los discípulos del viejo filósofo, no se hablaba de otra cosa. En las tabernas atestadas de humo, en los pasillos de la universidad, en las reuniones semanales del Club de Profesores y en las de la redacción del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, todo el mundo comentaba la nueva gran obra. Solo en Jena, al menos ocho expertos en Kant coincidieron en que su autor no podía ser otro que el sabio de Königsberg. Era de él, sin duda, «del gran Maestro», afirmó un profesor de filosofía, añadiendo después que la emoción no lo dejó casi pensar durante varios días. «Léanlo, conviértanse en creyentes y encuentren la salvación», les dijo a sus colegas. Fichte guardó silencio.[113]

Entonces, exactamente un mes después, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* publicó otro artículo sorprendente: el de la enmienda del propio Kant. No, él no era el autor del *Ensayo de una crítica de toda revelación* —decía—; la obra la había escrito un tal herr Fichte, que lo había visitado en Königsberg el año anterior. «No he contribuido de ninguna manera, ni mediante conversación ni en la propia escritura, al libro de este hombre tan habilidoso», escribió Kant. Aclarar la verdadera autoría de aquella obra importante lo alegraba. «Honra al hombre que lo merece», dijo, y, con esta frase, el filósofo más famoso

de Europa consagraba a un escritor desconocido; aquel era el mejor respaldo imaginable. Los que creían que Kant era el autor se quedaron estupefactos, pero también se emocionaron con la aparición de este «tercer sol en el firmamento de la filosofía».(5)[114]

El anuncio de Kant hizo famoso a Fichte al instante y marcó el comienzo de su meteórico ascenso como uno de los filósofos más eminentes de Alemania, además de procurarle la cátedra de Jena. Contratar al propio Kant habría sido demasiado caro, dijo Goethe a Christian Gottlob Voigt, su colega en la administración ducal de Weimar, pero debían hacer una oferta a Fichte antes de que fuera demasiado tarde. «Con la teoría kantiana pasa lo mismo que con los productos de moda que sacan las fábricas», bromeó Goethe, «el primero que los compra paga el precio más alto, pero pronto todo el mundo los copia y son más baratos». A finales de 1793, dieciocho meses después de aquella primera reseña del *Ensayo de una crítica de toda revelación* en el *Allgemeine Literatur-Zeitung*, el Gobierno de Weimar le ofreció formalmente un puesto a Fichte. Él aceptó encantado y recorrió a pie los casi seiscientos kilómetros que distaban desde su casa de Zúrich a Jena, y allí llegó, de un humor excelente, en mayo de 1794. Su tediosa vida como tutor había terminado por fin. [115]

«Solo mi voluntad [...] flotará con osadía entre los escombros del universo», clamó Fichte desde su atril. Sus alumnos estaban enfervorizados. Aquel profesor los hacía sentirse vivos. Fichte dotó a la filosofía de un poder revolucionario y al individuo, de libertad. «¡Actuad! ¡Actuad! Para eso estamos aquí», dijo al cierre de su primer ciclo de conferencias. Cuando abandonó el auditorio, muchos de los asistentes contaban cómo sus estudiantes se fueron detrás de él como si fuera «un emperador romano triunfante».[116]

No había nada de amabilidad en Fichte. Hablaba con voz atronadora, insultaba y vociferaba, desdeñando cualquier sutileza y refinamiento. Más que caminar, atropellaba; cada paso que daba era una afirmación de su propia existencia. Mascaba el rapé y se lo tragaba, en lugar de inhalarlo. En las reuniones sociales, se levantaba de pronto en mitad de una conversación y se marchaba diciendo: «No he escrito mi *Louis d'or* del día; tengo que llenar una o dos páginas. Buenas noches».(6) Con sus ropas sencillas y, por lo común, sucias —«mugrientas y repugnantes», según un conocido—, al lado de los demás profesores, que vestían chalecos de seda coloreados y camisas blancas impecables, Fichte no resultaba muy elegante, pero a los alumnos les daba igual: estaban deslumbrados por su combativo profesor, que había tenido a bien descender de la elevada torre de

marfil de la filosofía y parecía estar «firmemente enraizado en la tierra».[117]

Cuando llegó a Jena, Fichte ya no creía en la cosa en sí de Kant. Criticó la opinión del maestro de Königsberg según la cual el mundo exterior existía con independencia de la mente. La única certeza, les decía a sus alumnos, era que el mundo se experimentaba a través del yo, del «*Ich*». El *Ich*, decía, «se afirma, de una manera absolutamente original y sin reservas, en su propio ser» y, a través de este poderoso acto inaugural, el «no *Ich*» —esto es, el mundo externo, que incluía la naturaleza, los animales, las demás personas, etcétera— llegaba a existir.[118]

Para Fichte, este no *Ich* comprendía todo «lo que es diferente y opuesto al *Ich*». Esto no quería decir que el *Ich* cree el mundo; lo que crea es nuestro *conocimiento* del mundo. En pocas palabras, el mundo es tal como *creemos* que es y, por tanto, es cognoscible, a diferencia de la cosa en sí kantiana. El punto de partida de Fichte era el yo, y no la doble visión de Kant de «la cosa en sí» y «la cosa tal como nos parece a nosotros». El yo pasaba a ser el principal objeto de estudio —y el yo consciente de sí mismo, o lo que ahora llamamos «autoconciencia»—. Y, con esto, Fichte cambió los fundamentos de nuestra forma de entender el mundo.[119]

Cuando subió al estrado, en Jena, Fichte infundió al yo un nuevo poder: el de la autodeterminación. El *Ich* se postula a sí mismo y deviene, por tanto, libre. Es el agente de todo. Todo lo que pueda restringir o limitar su libertad —cualquier aspecto del no *Ich*— viene a la existencia a través del *Ich*. La libertad era una chispa, decía Fichte, que podía brillar secretamente en la oscuridad durante mucho tiempo, pero que más pronto que tarde se convertía en un fuego ardiente que abrasaba nuestras almas.[120]

Sus alumnos estaban embelesados, porque la filosofía de Fichte prometía libertad en una época en que los gobernantes de los estados alemanes legislaban hasta en los más mínimos detalles de la vida de sus súbditos. Solo unos años antes, Friedrich Schiller había sido encarcelado y se le había prohibido escribir. Y el joven filósofo Friedrich Schelling tuvo que pedir permiso para aceptar un puesto fuera de su estado natal, el ducado de Wurtemberg, llenando su carta de expresiones zalameras tales como «Su Serenísima Alteza Real» o «a vos suplico servilmente el más piadoso de los despidos». Los gobernantes locales eran la ley, la policía y el juez, todo en uno. Algunos podían exigir a un campesino una vaca como impuesto de sucesiones, mientras que otros subían los tributos de forma totalmente arbitraria.[121]

Incluso en el ducado de Sajonia-Weimar, más liberal, eran el duque y su administración los que decidían quién podía casarse, o si alguien

podía representar una obra de teatro en la intimidad de su casa —a veces esto último se denegaba en Jena con el argumento de que una obra de teatro no era compatible con la vida académica—. En una época en la que los gobernantes alemanes esperaban y exigían el completo sometimiento de sus súbditos, las nuevas ideas de Fichte sobre el *Ich* como primer principio de todo fueron tan revolucionarias como cualquiera de los cambios políticos presenciados en Francia. [122]

La Revolución francesa lo había trastocado todo: el orden social en el que se basaron las sociedades occidentales durante siglos había sido puesto patas arriba por la voluntad del pueblo. Los revolucionarios franceses declararon el fin del feudalismo y de los privilegios aristocráticos, restringieron el poder de la Iglesia y abolieron el derecho divino de los reyes. Cambiaron también el nombre de la famosa catedral de Notre Dame, que pasó a llamarse «Templo de la Razón», y el nuevo calendario revolucionario comenzó a contar el tiempo y la historia del mundo a partir del nacimiento de la República francesa.[123]

Con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, los franceses introdujeron los ideales de la Ilustración en la identidad nacional: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos», decía el primer artículo de la Declaración. Los individuos tienen derecho a ser libres, a la propiedad y la libertad de expresión, y las leyes deben protegerlos. Los representantes elegidos debían formar el Gobierno que el pueblo exigía, y la ley debía ser la expresión de la «voluntad general» —es decir, la voluntad del pueblo en su conjunto—, un concepto basado en los escritos del filósofo francés Jean-Jacques Rousseau. Fichte, que observó el desarrollo de los acontecimientos desde la distancia, había escrito dos panfletos en respuesta y apoyo a la Revolución.(7) Para él, una nueva era había comenzado.[124]

Aunque la Declaración era más el anuncio de una visión que de una realidad, lo cierto es que contenía la posibilidad de un futuro mejor. Lo que había ocurrido en Francia era una revolución de las ideas y una prueba vívida del poder de la filosofía. Todo el mundo podía ver cómo un nuevo Estado surgía de la *idea* de Estado. La *Ich-Filosophie* de Fichte se levantó a partir de la chispa de la Revolución francesa. «Mi sistema», afirmó, «es, de principio a fin, un análisis del concepto de libertad».[125]

«Señores, entren en sí mismos», les espetaba Fichte a sus alumnos. «No estamos aquí para hablar de nada externo, sino del yo, de nuestro interior, así de simple». Vería, seguramente, entonces, a los jóvenes

revolverse en sus asientos, algunos con los ojos fijos en el suelo, otros cerrándolos en señal de concentración, a la caza de sus *Ichs*. «Señores, piensen en el muro», bramaba, para hacer, acto seguido, una pausa teatral, y ordenar a continuación, «y ahora piensen en ustedes mismos como algo diferente del muro». Esta división entre el muro y el yo fue la primera lección para distinguir el no *Ich* del *Ich*.[126]

Los profesores más veteranos se compadecían de los estudiantes, que tenían que mirar una pared en blanco para ver el no *Ich*, y ridiculizaban los intentos excéntricos de explicar su concepto del yo a los que se lanzaba su colega más joven. Y aunque atacaron la «arrogancia» y la «pomposidad» de Fichte, nada pudo impedirle a este catapultar el *Ich* al primer plano de la escena filosófica.[127]

No había verdades absolutas ni leyes divinas que configuraran nuestra comprensión del mundo. Solo existía el yo. La libertad y la autodeterminación se convirtieron en los fundamentos de la filosofía fichteana. Al igual que Kant, Fichte no predicaba un mundo caótico, sino uno ordenado, donde la libertad y la moral —o el deber moral de cada individuo— estaban íntimamente ligadas. Si los empiristas británicos habían insistido en que las personas se movían por sensaciones y deseos como el hambre, el miedo o la avaricia, y no por principios morales autoimpuestos, Kant situó la voluntad racional en el centro de su argumentación. A diferencia de los animales, los seres humanos tienen la capacidad de decidir sobre sus acciones y pueden fijarse deberes. Somos libres en la medida en que también podemos actuar de forma diferente. Los individuos pueden escoger cómo actuar y comportarse.

Pero esta elección no significa que se pueda hacer lo que a uno le venga en gana. O, mejor dicho, podemos, sí, pero, si lo hacemos, debemos esperar que los demás hagan lo mismo. Si todo el mundo hiciera lo que le diera la gana, sería el caos. Por lo tanto, es mejor actuar de la manera en que deseamos que actúen los demás. Kant había condensado esta idea en su famoso «imperativo categórico», argumentando que uno debe actuar únicamente de modo que sus acciones puedan convertirse en una ley universal. A menos que quieras que arrojar basura por ahí se convierta en una ley, por ejemplo, no deberías hacerlo. La libertad es el triunfo sobre nuestros instintos básicos e impulsos. Fichte estaba de acuerdo, pero iba más allá: si Kant consideraba estas decisiones una responsabilidad, para Fichte eran una elección. En otras palabras, el *Ich* de Kant cargaba con el deber de cumplir, mientras que el de Fichte actuaba desde el libre albedrío.[128]

Sin libertad, decía Fichte, la moral no era posible. Sostenía que solo aquellos que intentaban hacer libres a los demás eran libres. El fin último de cada individuo era «el ennoblecimiento moral de la

humanidad», y la tarea del filósofo y del erudito, convertirse en maestros de la raza humana; para ello, debían ser «en lo que respecta a la *moral*, las mejores personas de su tiempo».[129]

Este concepto de «libertad» entusiasmaba a algunos y asustaba a otros. Al tiempo que aquel nuevo entusiasmo por las ideas democráticas se propagaba en Jena, los padres temían que sus hijos cayeran bajo el hechizo de Fichte. Apenas unas semanas después de la conferencia inaugural de este, los estudiantes ya hablaban de igualdad y libertad. El poeta de Weimar, Christoph Martin Wieland, decía sobre su hijo y los estudios que este realizaba en Jena: «Cuando se abandona a la filosofía del *Ich* de Fichte, me saca de quicio».[130]

La influencia del joven filósofo crecía semana tras semana: «Quien no aprenda a pensar por sí mismo con Fichte», decía un admirador, «nunca lo hará». Más de la mitad de los ochocientos estudiantes de Jena acudían a sus clases y muchos lo proclamaban su ídolo. La mayoría procedían de los territorios alemanes, pero también había algunos de Francia, Inglaterra, Polonia, Rusia y otros lugares de Europa. Los más aplicados eran los húngaros: vestidos con amplios abrigos negros y sombreros negros redondos, se sentaban siempre en la primera fila, garabateando cada palabra de Fichte.[131]

«Mi fama», señaló el filósofo, «es, en verdad, mucho mayor de lo que imaginaba». Después de todo, había sido el gran Goethe la pieza fundamental para que consiguiera su puesto, e incluso el mismo Schiller asistía a sus conferencias. Cuando escuchaba los argumentos de Fichte, Schiller no tenía la más mínima duda de que «se podían esperar grandes cosas de él». Pronto, entre los pensadores de toda Alemania, se habló del surgimiento de un nuevo rey-filósofo en Jena.[132]

Goethe, que nunca fue muy aficionado a las teorías filosóficas laberínticas, decía que las ideas de Fichte lo reconciliaban con los filósofos. Aunque a veces fuera demasiado excéntrico —«un tipo extraño», a decir del propio Goethe—, el poeta disfrutaba de su compañía. Cuando Goethe lo invitó por primera vez a su casa de Weimar, Fichte estaba tan emocionado que entró allí sin ceremonias y dejó caer su sombrero y su bastón sobre la mesa —sin esperar a que el criado se los llevara— mientras hablaba sin parar.[133]

Las ideas de Fichte sobre el libre albedrío y la elevación del yo a ente creativo cautivaron a Goethe, entre otras cosas, porque parecían conectar con su interés por la óptica y la teoría del color. Goethe creía que la óptica era algo más que leyes físicas o ecuaciones matemáticas, ya que el acto de ver, lo que el ojo percibía, era diferente para cada individuo y, por tanto, debía de ser de naturaleza subjetiva. Se oponía así a las teorías predominantes establecidas por el científico británico Isaac Newton. A finales del siglo XVII, Newton había refractado la luz

blanca a través de un prisma de cristal para dividirla en colores. De aquel experimento dedujo que los colores estaban contenidos en la luz; en cambio, Goethe creía que el color era un fenómeno creado por la interacción de la luz con la oscuridad. Cuando el blanco se oscurece, escribió, se vuelve más amarillo, y cuando el negro se aclara, se vuelve azul.[134]

Según Goethe, el papel del ojo era fundamental porque era el encargado de llevar el mundo exterior al interior. Para entender el color, había que saber tanto de la naturaleza del ojo como de la luz. Lo que, con Isaac Newton, había sido una investigación de la física de la luz se convirtió, en el laboratorio de Goethe, en un estudio sobre la naturaleza de la visión. A Goethe no le interesaba tanto la física de la luz como la forma en que se nos aparecen los colores, un punto de vista que convirtió las ideas de Fichte sobre la subjetividad en algo relevante para su trabajo. Sin embargo, a Goethe le resultaba difícil seguir a Fichte, le costaba entender qué quería decir exactamente. Su estilo de escritura se caracterizaba por su aridez, pero, cuando hablaba, su discurso era claro y coherente. Goethe aconsejaba escuchar a Fichte más que leer sus libros.[135]

No es de extrañar que la férrea determinación de Fichte fuera motivo de guasa; incluso sus amigos bromeaban sobre sus ideas. Goethe, por ejemplo, comenzó a dirigirse a sus corresponsales como «Querido no *Ich*». Otros se mostraban más críticos, preocupados por lo que llamaban «lo caprichoso y anárquico de los tiempos que corren». Esta nueva adicción al *Ich*, decían, acabaría destruyendo el mundo. Un crítico advirtió que la filosofía de Fichte conduciría inevitablemente al ensimismamiento egoísta, mientras que otro acusó a aquel «predicador de la libertad» de «querer gobernar como un déspota».[136]

Al filósofo Johann Gottfried Herder, que era el jefe del clero en el ducado de Sajonia-Weimar, no le gustaba nada la filosofía de Fichte (ni la de Kant).(8) Herder, que atacaba con todo lo que tenía, sin piedad, acusó a Fichte de «deleitarse asquerosamente consigo mismo, una masturbación de la razón pura-impura» aludiendo, con el juego de palabras, a la *Crítica de la razón pura* de Kant.[137]

Muchas de esas críticas eran injustas, porque Fichte no defendía un egoísmo implacable ni pintaba un mundo regido por egoístas. Algunas de ellas se aferraban al precario equilibrio establecido por el filósofo entre el yo empoderado, el escollo del narcisismo y las demandas radicales de una sociedad igualitaria; pero la personalidad de Fichte también tuvo su parte de culpa. No era prudente y su temperamento se encendía con facilidad. A cualquiera que estuviese en desacuerdo con él lo atacaba como si fuera su peor enemigo. Una vez que se

arrancaba, era prácticamente imposible frenarlo. A uno de los estudiantes se le ocurrió decir, con no poco ingenio, que era como si Fichte le hubiese declarado la guerra a todo el no *Ich,* es decir, a cualquiera que no fuese el propio Fichte.[138]

En vez de moderar sus convicciones políticas —el duque Carlos Augusto lo miraba con aprensión, temiéndose que fuera un «malvado jacobino»—, Fichte intensificó su apoyo a las revoluciones radicales francesas. «La finalidad de cualquier Gobierno es hacer innecesario cualquier Gobierno», les dijo a sus estudiantes en un momento en que los regidores de toda Alemania temían el contagio de la Revolución francesa. A diferencia de Kant, que había defendido una reforma paulatina en lugar de una revuelta violenta, Fichte declaró: «El mío es el primer sistema filosófico de libertad: del mismo modo que la nación francesa está liberando al hombre de sus ataduras externas, mi sistema lo libera de las cadenas de las cosas en sí, las ataduras de las influencias externas».[139]

Cuando llegó a oídos del duque Carlos Augusto el rumor de que Fichte decía a sus alumnos que, en una década o dos, no existirían los reyes ni los príncipes, empezó a preocuparse seriamente. Las hazañas juveniles de Carlos Augusto, que por entonces tenía más de treinta años y había madurado y crecido en su papel de gobernante del pequeño ducado de Sajonia-Weimar, quedaban ya muy lejos. Formado en el espíritu de la Ilustración y gran admirador de su tío abuelo, el rey prusiano Federico el Grande, Carlos Augusto se consideraba un gobernante ilustrado.[140]

A diferencia del Rey Sol francés, Luis XIV, a quien se lo identificaba con el lema «L'état c'est moi» —«el Estado soy Yo»—, Federico el Grande se había definido a sí mismo como un *representante* del Estado. El rey, escribió en 1781, era «el primer servidor de su Estado». En Prusia, en vez del despotismo arbitrario y el derecho divino, fue una administración de funcionarios, bajo una organización severa, la que gobernó y dirigió una nación que se enorgullecía de su libertad religiosa y de sus ideales ilustrados.[141]

Carlos Augusto, vinculado estrechamente a Prusia por lazos familiares, siguió derroteros parecidos, con el resultado de que el ducado de Sajonia-Weimar cambió drásticamente desde que gobernara su abuelo, el duque Ernesto Augusto I, que, en 1736, había decretado que «no quería a ningún pensador como súbdito», y amenazado con seis meses de cárcel a quien se atreviera a criticarlo. Su nieto Carlos Augusto, por el contrario, fomentó la espontaneidad y el pensamiento racional, lo que convirtió la Universidad de Jena en un destino muy popular entre los profesores y estudiantes de mentalidad liberal. Pero las declaraciones sediciosas de Fichte fueron demasiado para él.[142]

El duque, que había confiado en la recomendación de Goethe,

empezó a inquietarse casi en cuanto llegó Fichte. Que el filósofo defendiera el derecho de un pueblo a hacer una revolución, incluso si esta implicaba violencia, no ayudó mucho, desde luego, a tranquilizar a Carlos Augusto. En uno de los panfletos que Fichte escribió, solidarizándose con la Revolución francesa, exigía el fin del encarcelamiento de la mente. Acusaba, asimismo, a los gobernantes europeos de robar el pan de la boca de los niños hambrientos y de enviar a los soldados a la batalla sin concederles el derecho a decir lo que piensan. «Príncipe», escribió en aquel panfleto, «no tienes ningún derecho a reprimir nuestra libertad de pensamiento». Todo esto alarmó tanto a Carlos Augusto que envió a Goethe a Jena para investigar. Goethe informó de que Fichte era «una de las personalidades más competentes» que uno podía encontrar. No había nada de qué preocuparse.[143]

Fichte había llegado solo a Jena, tras considerar conveniente que su esposa Johanne se quedase en Zúrich hasta saber si el nuevo puesto iba o no para largo. La relación de la pareja estaba llena de altibajos. Dos años después de poner fin repentinamente a su compromiso y desaparecer rumbo a Königsberg en 1791, Fichte cambió de opinión, justo —qué casualidad— cuando la familia de Johanne se había recuperado de la bancarrota. Le escribió una carta, avergonzado, tratando de cortejarla otra vez, en la que le hablaba del espléndido futuro que se abría ante él y de sus importantes proyectos. Funcionó. Siete años mayor que Fichte —con casi cuarenta y «abandonada», según la descripción que de ella hizo un estudiante, «por todas las Gracias»— Johanne dijo sí. No tenía otros pretendientes.[144]

Era bajita, tenía la barbilla alargada y le habían extraído todos los dientes superiores a causa de un dolor insoportable. Su cara y su cuerpo estaban cubiertos de arrugas, como resultado de haber tenido bastante sobrepeso y haber adelgazado después mucho —según contó ella misma—, pero era inteligente, muy leída y capaz de lidiar con el temperamento volátil de Fichte.[145] Podía ser muy criticona, y cicatera en grado sumo, pero también paciente. Mientras que él era propenso a los arrebatos explosivos, Johanne era tranquila y sensata. El propio Fichte admitía que la necesitaba para calmarse. Y con un marido al que le gustaba el champán y cuyo dinero «estaba solo de paso por su cartera», era Johanne quien se encargaba de mantener al corriente el pago de las facturas. Mientras ella se ocupaba, con mano firme, de la economía del hogar, Fichte podía concentrarse en su revolución filosófica.[146]

Como su figura atraía cada vez a más estudiantes, que debían pagar por las lecciones —era lo habitual en la época— sus ingresos

aumentaron y decidió que Johanne se uniera a él en Jena. Había encontrado una casa en una zona tranquila de la ciudad, le dijo, «donde nada nos molestará». La casa se encontraba en el extremo sudeste, junto a una antigua torre que formaba parte de la muralla medieval, en la otra punta de Jena con respecto a donde estaba la universidad. Tenía siete habitaciones, dos cocinas, un par de salones y otras estancias, escribió Fichte en una carta, y, lo más importante, un salón de actos para sus lecciones privadas. Había también un pequeño jardín, y, desde los pisos superiores, podrían disfrutar de hermosas vistas del río Saale, al sur, y de las colinas, al este. Fichte insistió en que ya era hora de que Johanne viniera y de que establecieran allí su hogar.[147]

Pero a Johanne le costó aceptar el cambio. Después de haber vivido toda su vida en Zúrich, se sentía infeliz en Jena, y, además, a los pocos días de su llegada, la gente empezó a hablar de ella y de su extravagante estilo de vestir. Fichte, consciente del gusto poco ortodoxo de su esposa y tratando de evitar tener que avergonzarse demasiado, había informado a Johanne sobre la moda en Jena antes de su llegada. La mayoría de las mujeres de aquí no llevaban ropas elaboradas, le explicó, sino vestidos blancos sencillos. También la instó a cambiar su peinado, a lo que ella se negó. No era una veinteañera tímida y dispuesta a obedecer todas las órdenes de su marido. Recorría las calles con vestidos blancos vaporosos decorados con siemprevivas. Y cuando se colgaba en el pelo pequeños cestillos de mimbre rellenos con más flores, la gente la llamaba la «Diosa de la Abundancia».[148]

Fichte se desesperaba tanto que no tardó en entregarle su cartera a la mujer de un colega para que le comprara a Johanne un vestuario más adecuado, pero la mujer rehusó el encargo: Johanne, le dijo, no era una mala persona, era honesta y buena, pero carecía del más mínimo gusto. Sería inútil encargarle ropa nueva, porque ella se limitaría a mezclarlo todo a la buena de Dios. Su sentido de la vestimenta era tan terrible que la gente la señalaba con el dedo y a menudo la ignoraban en las fiestas y otras reuniones. A Fichte no le quedaba otra que aprender a vivir con los chismes.[149]

De todas formas, él andaba muy ocupado con sus alumnos y trabajando en su sistema filosófico, su *Wissenschaftslehre*(9) («Doctrina de la Ciencia» o, también, «Teoría del Conocimiento»). Su agenda lectiva estaba repleta. De lunes a viernes, daba tres clases al día. A las tres y a las cinco de la tarde exponía su sistema filosófico, y a las seis impartía una lección especial, dirigida a aquellos estudiantes que tenían dificultades para entender la *Wissenschaftslehre*. Los sábados ofrecía, también, una charla más abierta a la que podía asistir cualquiera y en la que, a diferencia de las lecciones más formales, el

público podía intervenir y hacer preguntas.[150]

Las ideas de Fichte se encontraban en continua elaboración. No llegó a Jena con un sistema filosófico totalmente formado, sino que lo fue desarrollando y ampliando a medida que impartía sus lecciones. Sus numerosos alumnos alimentaban su imaginación y su pensamiento. Exploraba, encontraba y generaba sus ideas —según decía— «*junto a* los oyentes y ante sus ojos».[151] Ellos, testigos directos de cómo se desarrollaba el pensamiento de Fichte, sentían que estaban presenciando algo trascendental. Les entusiasmaba ver a su héroe traer este nuevo mundo a la vida. La filosofía de Fichte era un ser vivo, tan innovadora y revolucionaria que su creador tenía que ir revisándola sobre la marcha. Algunos estudiantes fundaron un club filosófico —la «Sociedad de los Hombres Libres»— dedicado al estudio de la nueva doctrina de Fichte; a otros muchos se los podía encontrar hasta altas horas de la noche leyendo las obras del filósofo a la tenue luz de las velas, en las toscas mesas de madera de las numerosas tabernas de la ciudad.[152]

Uno de los colegas de Fichte, profesor de filosofía también, reconoció que tenía la sensación de no servir ya para nada, de haberse quedado obsoleto. Fichte arrasaba con todos los estudiantes, los arrastraba tras de sí. Fichte le caía bien personalmente a aquel profesor que, además, lo respetaba como filósofo, pero sus propios alumnos no sabían hablar de otra cosa que no fuera el *Ich* y el no *Ich*. El pensamiento de Fichte era tan original, tan singular, que parecía no haber espacio para los demás docentes. Con él en la ciudad, la vida de profesor —decía su colega— se había vuelto «insufrible».[153]

3
«LAS MENTES MÁS EXCELSAS DE LA NACIÓN»
Invierno de 1794-primavera de 1795:
Donde confluyen todos los caminos

Al sofocante verano de 1794 le sucedió un invierno terriblemente frío. En enero de 1795, la nieve cubrió el ducado de Sajonia-Weimar. Dos años antes, en enero de 1793, los estados soberanos de Europa se habían unido contra los revolucionarios tras la ejecución del rey de Francia, Luis XVI. Los franceses declararon entonces la guerra a un país tras otro. Pronto Prusia, Austria, Gran Bretaña, España, Portugal y Holanda se vieron implicados, con el ejército francés luchando en tantos frentes que era difícil estar al tanto de sus operaciones. Pero las personas de mentalidad liberal que apoyaban la Revolución y sus ideales les abrieron a los franceses las puertas de sus ciudades y estados. Del mismo modo que habían recibido los ciudadanos de Maguncia a las tropas invasoras, con celebraciones, en octubre de 1792, lo hicieron los revolucionarios holandeses en enero de 1795, cuando, con la ayuda de los franceses, proclamaron la República Bátava en La Haya.

A medida que el ejército francés avanzaba, se sucedían las victorias y los territorios alemanes al oeste del Rin iban cayendo bajo su control. Goethe, que estaba muy al día de la ofensiva francesa contra los estados alemanes occidentales y meridionales, andaba preocupado por su madre, que vivía en Frankfurt, y por sus amigos de otras ciudades. Los combates no implicaban solamente los estragos ocasionados por los fusiles y los cañones, sino también pillajes de todo tipo y soldados hambrientos. Las cosechas fueron saqueadas, los animales sacrificados y las bodegas vaciadas. Las fuerzas de ocupación se instalaron en casas particulares y había que alimentarlas. Robaron el dinero y todas las cosas de valor, como joyas y obras de arte. Se violaba a las mujeres, había que atender a los heridos y enterrar a los muertos. No, la guerra no solo era peligrosa para los soldados.

En abril de 1795, Prusia abandonó a Austria, su aliada. Ocupada en el reparto de Polonia en el este, Prusia solo se había implicado a medias en las guerras francesas. Cuando se anexionó grandes extensiones de Polonia satisfizo por fin sus ambiciones territoriales, pero sus arcas estaban vacías. No podía permitirse participar en una guerra costosa, de modo que firmó un tratado de neutralidad con

Francia.(10) Reclamó sus derechos sobre las orillas izquierda y derecha, y luego cedió a los franceses los territorios ya ocupados al oeste del Rin. Pero la neutralidad conllevaba grandes peligros. Prusia se había convertido en una precaria línea de contención situada entre Rusia, en el este, y los territorios en constante expansión de Francia en el oeste. Sin grandes alianzas, se encontraba aislada y se aferraba desesperadamente al cumplimiento de su tratado.

Goethe aborrecía la guerra y la Revolución francesa. Detestaba, asimismo, que lo presionaran para posicionarse. «La gente siempre quiere que tome partido; pues muy bien, tomo partido por mí», dijo más tarde. Schiller, por el contrario, se mostró entusiasmado en un principio, e incluso fue nombrado ciudadano honorario de Francia en 1792 por las tendencias revolucionarias de *Los bandidos*. Pero cuando la Asamblea Nacional francesa decidió ejecutar a Luis XVI, se horrorizó. No tardó en negarse a leer los periódicos franceses, según le dijo a un amigo, porque «esos verdugos tan abyectos me dan mucho asco».[154]

Schiller había cambiado en los últimos años. Su mujer era una aristócrata y él había conseguido incluso un mecenas principesco en Dinamarca, un admirador tan ferviente de su obra que le pagaba una pequeña pensión. Schiller, bromeó Goethe más tarde, era mucho más aristócrata que él mismo.[155] El horror de Schiller fue en aumento cuando las cabezas —más de quince mil— rodaron por las guillotinas de Robespierre. A su juicio, la humanidad no estaba lo suficientemente avanzada, no estaba aún a la altura de los principios que habían sustentado la Revolución. Los franceses no estaban preparados para la libertad y la igualdad. Seguían siendo como «bestias salvajes», afirmaba ahora, y el Estado debía mantenerlos «convenientemente encadenados». Para ser de verdad libre, hay que estar maduro desde el punto de vista moral, y la brutalidad que se apoderó de Francia demostraba que la Revolución francesa había acaecido demasiado pronto. Francia —y, con ella, Europa— había vuelto a hundirse en la barbarie y la tiranía.[156]

Su reacción ante el asunto fue la propia de un escritor: fundó *Horen*, una revista cuyo objetivo explícito era evitar toda discusión política. Llamada así por las Horas, las diosas griegas de las estaciones, la belleza, el orden y la justicia, *Horen* se centraría en el arte, la cultura, la filosofía y la poesía. El primer número se publicó a principios de 1795, mientras el fragor de la guerra retumbaba por toda Europa. La revista se concibió como una «distracción feliz». *Horen* pretendía también reunir lo mejor de la cultura alemana, ser un órgano de la *Kulturnation* germana, una nación cultural independiente de las

fronteras estatales pero unida por una lengua común. «El *Reich* alemán y la nación alemana son dos cosas diferentes», afirmó Schiller; «la majestad de los alemanes no ha descansado nunca en la cabeza coronada de sus príncipes».[157]

El filósofo de Weimar Johann Gottfried Herder había defendido durante mucho tiempo esta idea de parentesco cultural y lingüístico germánico: «Desembucha de una vez el agua del Sena», solía decir a los alemanes que preferían el francés a su propia lengua materna.[158] Los alemanes deberían hablar alemán, dijo, insistiendo en la importancia de la lengua, la cultura, las tradiciones y la historia compartidas. Herder creía que la lengua encarnaba una visión particular del mundo que unía a los alemanes más allá de las fronteras y los estados. La lengua era la manifestación de unos valores comunes. Esta «nación» lingüística alemana no se definía por las guerras, los imperios o las monarquías, sino por las palabras, los pensamientos y la cultura. «Un pueblo unido por una lengua está formado por cualquiera que se haya criado hablando esa lengua, que haya puesto en ella todo su corazón, que haya aprendido a expresar su alma en ella», escribió Herder el mismo año en que Schiller publicó *Horen*.[159]

Durante aquellos fríos meses de 1795, las cartas de Schiller recorrieron carreteras heladas y atravesaron frentes de batalla en busca de posibles colaboradores. Cuando su editor aceptó financiar el proyecto, Schiller pudo ofrecer unos honorarios inusualmente generosos para las colaboraciones —ensayos, poemas y textos en prosa —. A pesar de que el dolor crónico de pecho y las gélidas temperaturas le impedían salir de casa, ahora podía viajar cientos de kilómetros con la mente. Intentó atraer a los mejores escritores y pensadores.[160] Quería crear una «sociedad literaria», le dijo a Goethe, y juntar a «las mentes más excelsas de la nación». Y fue aquí, en las páginas de *Horen*, donde el Círculo de Jena se configuró, por primera vez, como un grupo propiamente dicho.[161]

En los primeros números, publicados mensualmente desde principios de 1795, Fichte disertaba sobre la verdad y Wilhelm von Humboldt, un joven aristócrata que acababa de trasladarse a Jena, investigaba los conceptos de masculinidad y feminidad en el mundo antiguo. Por su parte, el hermano menor de Wilhelm, el científico Alexander von Humboldt, contribuyó con una alegoría ambientada en la antigua Grecia, y el viejo admirador de Caroline Böhmer, el escritor August Wilhelm Schlegel, tradujo extractos del *Infierno* de Dante.(11)[162] Goethe contribuyó con varias piezas, incluyendo sus *Elegías romanas*. Algunos versos de estas últimas, sin embargo, se consideraron demasiado salaces, como estos que Goethe y Schiller decidieron finalmente no publicar:[163]

O si ella quiere a su amigo gratamente ocultar en su seno,
¿no la desea él ya libre cuanto antes de cualquier adorno?
¿No deben desaparecer todos juntos encajes y joyas,
rellenos, ballenas, para poder sentir a la amada?
¡Más cerca lo tenemos nosotros! Ya cae tu vestidito de lana,
al desatarlo tu amigo, al suelo, arrugado.
Rápido lleva él a la niña, en leves prendas de hilo,
como si fuera su ama, bromeando, hasta el lecho.
[…]
Nos divierten las alegrías del auténtico amor desnudo
y el sonido chirriante, armonioso, de la cama que traquetea. [164]

Pero el resto de las *Elegías romanas* ya era lo suficientemente sensual como para escandalizar a la alta sociedad de Weimar. Un escritor local se quejó de las descripciones explícitas de la desnudez y dijo que «todas las mujeres respetables» estaban «indignadas». Herder bromeó diciendo que *Horen* debería cambiar una letra y convertirse en *Huren* («putas», en alemán), mientras que el poeta de Weimar Christoph Martin Wieland se mofó con frases como: «En *Horen,* los grandes hombres han erigido un templo con forma de inodoro para poder responder a los requerimientos de la naturaleza». Pero la generación más joven adoraba las *Elegías romanas*. Era como respirar el aire italiano, le dijo August Wilhelm Schlegel a Schiller, y su hermano, Friedrich Schlegel, las calificó nada menos que de «Elegías divinas». [165]

Entre las contribuciones del propio Schiller a *Horen* se encuentra su obra *Cartas sobre la educación estética del hombre*, un extenso ensayo compuesto por veintisiete epístolas dirigidas a su aristocrático mecenas danés. A lo largo de más de cien páginas, Schiller sostenía que el arte era la herramienta para una revolución alternativa a la de Francia. La Ilustración, y su énfasis en la razón más que en el sentimiento —afirmaba— habían conducido a los horribles excesos de la Revolución francesa. [166]

Todo lo que podía lograrse mediante la razón ya se había conseguido, escribió Schiller. La razón, la racionalidad y el empirismo nos habían proporcionado un conocimiento poderoso, pero ahora era necesario perfeccionar la moral. Todo el conocimiento del mundo no bastaba para que una persona desarrollase el sentido de lo que está bien y lo que está mal: de acuerdo, tal vez le permitiera comprender las leyes de la gravedad o inventar una máquina de vapor, incluso definir y declarar derechos universales como la libertad y la igualdad; pero las cuchillas ensangrentadas de las guillotinas francesas habían demostrado fehacientemente que eso no bastaba.

«La utilidad es el gran ídolo de nuestro tiempo», escribió Schiller,

«al que todos los poderes rinden pleitesía». El beneficio, la productividad y el consumo se habían convertido en el faro de las sociedades modernas. Incluso la filosofía, con su entronización del pensamiento racional y el progreso científico, había desplazado a las artes. Pero era la belleza la que podía conducirnos hasta los principios éticos y convertirnos en mejores personas —afirmaba Schiller en las *Cartas sobre la educación estética del hombre*—. El arte mejora el carácter, y sin la belleza no hay sentido de la moral. Para Schiller, el gusto y la belleza eran el baluarte contra la brutalidad, la inmoralidad y la codicia.[167]

El sentimiento y la razón debían trabajar unidos, y el instrumento para lograrlo era el arte. Siguiendo el ejemplo de Kant, a quien había estudiado en profundidad, Schiller intentó conciliar estos dos mundos. En su tercera «Crítica», la *Crítica del juicio*, Kant había otorgado a la imaginación un papel vital en el pensamiento humano: la imaginación hacía de puente entre los sentidos y el entendimiento. La belleza, argumentaba ahora Schiller, tenía la capacidad de unir nuestros lados sensual y racional. La lucha entre lo sensual y lo racional era una batalla entre el corazón y la cabeza que ninguno de los dos podía ganar, proseguía Schiller, porque el corazón era «un líder tan poco fiable» como la razón. Solo el arte podía mediar entre ambos.[168]

Con la sombra del ejército francés entenebreciendo Europa, Schiller añadió una dimensión política a las ideas de Kant, al afirmar que «las artes» eran «hijas de la libertad». La Revolución francesa y las atrocidades subsiguientes habían demostrado con creces la urgencia con que se necesitaba una filosofía de la belleza. Para encontrar una solución a los problemas políticos, dijo, había que seguir los caminos de la estética: «Mediante la belleza, y no de otro modo, es como podemos alcanzar la libertad». Las *Cartas sobre la educación estética del hombre,* de Schiller, se convirtieron en el acta fundacional de una nueva generación de pensadores y escritores, los conocidos como románticos, que colocarían la imaginación por encima de la razón, la ciencia y la filosofía. En opinión del joven filósofo Hegel, aquel libro de Schiller era simplemente «una obra maestra».[169]

Los primeros números de *Horen*, publicados en entregas mensuales de unas cien páginas, se difundieron y leyeron a lo largo y ancho del país. La revista carecía de ilustraciones y cabeceras ornamentales, porque Schiller deseaba impresionar a sus lectores con el contenido y no con portadas elegantes o papel caro. Todo el mundo hablaba de *Horen*, según Goethe, y, en Weimar, «unos y otros se la quitaban mutuamente de las manos». No eran solo los particulares quienes encargaban los periódicos y las revistas, también lo hacían las sociedades de lectura, las bibliotecas y los salones privados. Los ejemplares circulaban así de un lector a otro y cada página la pasaban

a menudo varias docenas de manos; se compartían, muy manoseados ya, entre parientes, amigos y vecinos, y luego se enviaban por correo a otras personas repartidas por los pueblos y ciudades de Alemania. Con cada número, los poemas, ensayos o novelas por entregas se difundían por una red de lectores cada vez mayor, llegando a un público mucho más amplio que el que indicaba el número de suscriptores.[170]

Jena atraía como un imán. En ningún otro sitio se podía disfrutar de tanta libertad, decía Schiller, ni encontrar «tanta gente excelente en un espacio tan pequeño». Aquello se debía a la peculiar composición del consejo que dirigía la universidad, compuesto por cuatro gobernantes sajones de cuatro ducados diferentes que tenían que ponerse de acuerdo en todos los asuntos, lo que dificultaba la promulgación y el cumplimiento de las normas. Como consecuencia de ello, los teólogos no se sentían obligados a plegarse estrictamente al canon religioso, los profesores de derecho enseñaban teorías políticas revolucionarias, la censura era más indulgente en comparación con otros lugares y las materias podían impartirse con mayor alcance y amplitud. No había en Europa nada igual.[171]

En Francia, sin ir más lejos, se abolieron las universidades en 1793 y se sustituyeron por las *écoles spéciales*, escuelas especializadas de formación práctica, gestionadas por el Estado. Inglaterra contaba solo con dos universidades ancladas en tradiciones centenarias. Al contrario que en la de Jena, adonde acudían jóvenes profesores progresistas y estudiantes de mente abierta, en las universidades inglesas el profesorado lo componían clérigos conservadores. Ser miembro de la Iglesia de Inglaterra era un requisito indispensable para los estudiantes que desearan matricularse en Oxford o Cambridge, y el plan de estudios era famoso por sus limitaciones, ya que se reducía básicamente a los clásicos, la teología y los servicios religiosos obligatorios. Estudiar ciencias significaba leer a Aristóteles. Los catedráticos de Oxford y Cambridge impartían conocimientos universalmente aprobados y aceptados, pero no se dedicaban a realizar descubrimientos científicos o filosóficos. Mientras los estudiantes de Jena veían a un fascinante Fichte desarrollar sus últimas ideas ante sus propios ojos, los jóvenes de Oxford y Cambridge se aburrían como ostras con sus repetitivos y sosos profesores. Mientras Jena pasaba de ser una pequeña ciudad universitaria a convertirse en el corazón mismo de la filosofía moderna, las sagradas aulas de Oxford y Cambridge exudaban una tradición asfixiante. En Jena, tal como señaló un estudiante inglés, los alumnos recibían clases de «profesores de todas las ciencias y artes», y conocían a auténticos hombres de letras.[172]

Uno de ellos era Wilhelm von Humboldt, rico aristócrata que admiraba los ideales de la Revolución francesa. A finales de 1794, él y su esposa Caroline se mudaron a una casa en la plaza del mercado, tan cerca del apartamento de Schiller que podían organizar sus encuentros diarios hablándose de ventana a ventana. Caroline von Humboldt y Charlotte Schiller eran amigas desde hacía tiempo, y aquella amistad fue uno de los motivos por los que los Humboldt se trasladaron a Jena. Las visitas previas del matrimonio a la pequeña ciudad habían abundado en conversaciones inspiradoras, y eso los empujó a dar el paso.[173]

Caroline von Humboldt tenía veintiocho años cuando llegó a la ciudad. Era una mujer inteligente y bonita, de melena castaña, labios expresivos y unos ojos tan grandes y de un azul tan intenso que sus amigos la llamaban «die Wunderäugige», la muchacha de los ojos prodigiosos.[174] Procedía, como Charlotte Schiller, de una antigua familia aristocrática de la región que poseía tierras en Turingia, no lejos de Jena. Wilhelm —o Bill, como lo llamaba ella— era un año más joven que Caroline, pero parecía más mayor y su semblante, dominado por sus ojos de pesados párpados, era más serio. Le fascinaban las lenguas muertas y la Antigüedad grecolatina, y era tan rico que no tenía que trabajar. Era hijo de una familia de nobles prusianos muy vinculada al rey, y se había criado entre Berlín y la cercana finca familiar de Tegel.

Sin embargo, a pesar de su privilegiada educación, tanto Wilhelm como Caroline von Humboldt padecieron la soledad durante su infancia. Caroline perdió a su madre a una edad temprana y fue una anciana institutriz francesa quien la crio. Wilhelm solo tenía once años cuando su tierno y cariñoso padre murió repentinamente y quedó en manos de su madre, que nunca le mostró mucho afecto.[175] El joven Wilhelm se refugió en los libros y las lenguas, sumergiéndose en la mitología griega y las historias de la antigua Roma. Era aplicado, introvertido y serio, pero adoraba la soltura y la alegría de su esposa, así como su amabilidad y la perspicacia de su mente. Caroline era muy versada en todas las cuestiones literarias, dominaba el francés, el inglés y el griego, pero su tema favorito era el arte. La pareja hablaba de todo y se reía mucho: eran compañeros, se relacionaban de tú a tú. Ella amaba la mente privilegiada de él, sus conocimientos, sus ideas y la dulzura de su carácter. Pocos serían los que llegasen a comprender o a conocer realmente a Wilhelm, dijo una vez, porque era una persona muy reservada, «pero conocerlo era adorarlo».[176]

Durante sus primeros meses en Jena y a lo largo del frío invierno, pasaron muchas horas en el apartamento de Schiller, ajustando sus ritmos a los peculiares hábitos domésticos de este. Muchos profesores de la universidad tenían por costumbre reunirse cada semana en el

Club de Profesores de la taberna Zur Rose, y asistir a los conciertos populares en el gran salón contiguo a esta, pero Schiller prefería, en cambio, invitar a unos pocos elegidos a su casa. Aquel era su reino. Rara vez se aventuraba fuera de él y no le gustaba viajar. Odiaba las alteraciones, los trastornos. Nunca había visto la espuma de las olas del océano ni las cumbres nevadas de los Alpes, ni paseado por las calles de París ni admirado las antiguas ruinas de Roma. El mundo de ahí fuera —confesó— con sus ciudades grandes y ruidosas —«esos vastos y bulliciosos océanos atestados de gente»— podía ser emocionante, «pero yo me siento también muy a gusto en mi cáscara de avellana».[177]

Schiller viajaba con la mente. Solía leer relatos sobre grandiosas expediciones marinas antes de dormir. Cuando la ciudad se quedaba a oscuras, una lámpara titilaba en su estudio mientras él navegaba en compañía de intrépidos exploradores hacia islas tropicales o a través de cordilleras. En las páginas de aquellos libros se topó con animales feroces y huracanes mortales, vio relucientes icebergs y espejismos en tórridos desiertos. Pero el centro de su mundo fue siempre su estudio y su casa. En ella pasaba largas veladas con amigos e invitados, conversando sobre filosofía, poesía y arte. Únicamente allí, en su hogar —decía— era feliz.[178]

Wilhelm von Humboldt se convirtió enseguida en el contrincante ideal para su entrenamiento filosófico y en su asesor editorial para *Horen*. Schiller se benefició enormemente de la aguda capacidad de análisis de Wilhelm y de la serenidad de su mente crítica. «Todas mis ideas», le dijo a un amigo, «se desarrollan mucho mejor y con mayor rapidez cuando hablo con él». A ello contribuyó el hecho de que Wilhelm no fuera ni vanidoso ni competitivo, y aceptara sin problema que, de los dos, el genio fuese Schiller. Antes de hacer comentarios y sugerencias, Wilhelm von Humboldt escuchaba y analizaba. Mientras Schiller iba de un lado a otro, él diseccionaba meticulosamente su discurso, con precisión de cirujano. Tenía un don para detectar un problema o hacer que los demás tomaran conciencia de sus propias ideas.[179] Al igual que Schiller, Wilhelm von Humboldt también había estudiado la filosofía de Kant, y con tanta pasión que, a su hermano menor, Alexander, le angustiaba que pudiese llegar «a estudiarse a sí mismo al máximo». Tanto a Schiller como a Humboldt los fascinaba el concepto de autodeterminación. Schiller decía que el llamamiento de Kant a forjar el propio destino «desde dentro» lo sintetizaba todo.[180]

Cambiaban impresiones sobre Kant, asistían a las conferencias de Fichte, hablaban de poesía y, Wilhelm von Humboldt, de formación clásica, aconsejaba a Schiller en cuestiones de métrica. Wilhelm formaba parte, también, del consejo de redacción de *Horen* y trabajó

con esmero en la edición de los textos que estaban a su cargo. Pero sus propias contribuciones a la revista no pasaban de ser disquisiciones áridas que no llegaron nunca a entusiasmar a los lectores. Schiller se esforzaba por ser diplomático y le aseguraba a su amigo que «el gran talento propio» de este no residía en la creatividad, sino en su espíritu crítico. Con respecto a otros, sin embargo, era mucho más directo y se limitaba a decir: «Me temo que no tiene talento como escritor». Y así, Schiller asumió el mando y Humboldt le siguió con gusto, como su hombre de confianza para las correcciones, las sugerencias y los comentarios.[181]

Goethe estaba impresionado también por el nuevo miembro de su círculo y disfrutaba mucho discutiendo con él. De todo conversaban, menos de política. Goethe siempre agradeció no tener que hablar de la Revolución francesa con Schiller, y Wilhelm von Humboldt respetaba las reglas tácitas de sus amigos, a pesar del entusiasmo que despertaban en él los acontecimientos de 1789. Los tres eran, según dijo Schiller más tarde, como las tres hojas de un «trébol del pensamiento crítico».[182]

Humboldt llamaba a aquellas reuniones «pensamiento social». Y Goethe se refería al tiempo que pasaba en Jena como «alimento para el alma». Sus encuentros eran apasionantes, tanto que incluso a Schiller, poco a poco, se le fue levantando el ánimo. Cuando el sol primaveral disipó por fin el deprimente clima de febrero, la melancolía de Schiller se evaporó. «¿No te parece extraño», le dijo a Goethe a finales de febrero de 1795, «que estén irremediablemente atados a la naturaleza, por mucho que crean en el libre albedrío?».[183] Bastaron unas pocas hebras de sol para que de súbito se le aclarara todo aquello en lo que había estado meditando infructuosamente durante las cinco semanas anteriores.

Jena era una ciudad llena de posibilidades, inspiración e ideas visionarias. Las mentes más brillantes se habían concentrado en aquella pequeña ciudad como los rayos solares en una lupa. Schiller se sentía feliz y le dijo a un viejo amigo: «No cambiaría Jena y la libertad de la que gozo aquí por nada del mundo».[184]

La presencia de tan grandes pensadores atrajo a estudiantes procedentes de toda Alemania y Europa. En Jena no filosofaban, sino que «fichtosofaban».[185] El propio Fichte no lo ponía muy fácil porque, a diferencia de sus conferencias, siempre arrebatadoras, sus escritos eran densos y enrevesados. Los estudiantes podían verse frustrados por párrafos tortuosos, rebuscados y prácticamente incomprensibles, como este:

> Pero el no *Ich* solo puede proponerse como principio en la medida en que un *Ich* se propone en el *Ich* (en la conciencia idéntica), a la que (el no *Ich*) puede oponérsele.
>
> Ahora bien, el no *Ich* debe proponerse también como principio en la conciencia idéntica.
>
> Por consiguiente, en tanto que el no *Ich* se propone como principio en dicha consciencia, también el *Ich* debe hacerlo en ella.[186]

Fichte era el primero en reconocer que su *Wissenschaftslehre* estaba en proceso de elaboración. «De ella brotan chispas de ideas», dijo, «pero no es una *llama* unitaria». Schiller, Humboldt y Goethe confesaban que no lo entendían todo, pero, lo cierto es que, aunque ellos tuvieran sus dudas, la generación más joven acogía los argumentos de Fichte con los brazos abiertos, sin reservas. Uno de ellos fue el poeta de veinticuatro años Friedrich Hölderlin, que se había trasladado a Jena a finales de 1794 y estaba tan abducido por Fichte que no hacía otra cosa que asistir a sus conferencias. El filósofo era, para él, un «Titán» que luchaba «por la humanidad», y el «alma misma de Jena».[187]

La creciente popularidad de Fichte ocasionaba también problemas de organización. Con quinientos estudiantes matriculados, necesitaba coordinar su apretado programa con la programación general de la universidad si quería asegurarse el mayor público posible. Pero cuando decidió ofrecer otro ciclo de conferencias, el único espacio disponible era a las nueve de la mañana del domingo. Sus rivales lo acusaron *ipso facto* de celebrar un «servicio religioso de la Razón» en su «templo de la Razón». Y el mismo día que impartió su primera lección dominical, el Gobierno de Weimar recibió la primera queja —después vendrían unas cuantas más—. No había transcurrido ni una semana cuando el rector de la universidad comunicó a Fichte que tendría que suspender sus clases dominicales.[188]

Qué hacer entonces, preguntó Fichte al ministro Voigt, colega de Goethe en la administración de Weimar. Estaba dispuesto a cambiar el horario de sus conferencias, pero ¿a cuál? Sabía muy bien que los servicios religiosos se celebraban a las nueve de la mañana, pero antes de esa hora los estudiantes estaban aún durmiendo. Y después, a las once, la universidad celebraba su propio servicio religioso. No tenía sentido tampoco impartir una lección después del almuerzo, porque a los alumnos les sería imposible concentrarse con el «estómago lleno».[189] Y los domingos por la tarde había conciertos y los clubes aprovechaban para reunirse. No había más opción. Voigt se mostró de acuerdo, pero el departamento encargado de los asuntos religiosos en el ducado de Weimar decidió lo contrario, cosa no muy sorprendente, teniendo en cuenta lo poco que le gustaba Fichte —y su filosofía radical— a Johann Gottfried Herder, el superintendente de asuntos eclesiásticos de Weimar. Se discutió hasta la saciedad sobre el asunto

y, con el apoyo de Goethe y Voigt, la decisión fue finalmente revocada. Se le permitió a Fichte reanudar sus lecciones dominicales, pero tendría que ser a las tres de la tarde.[190]

Sin embargo, Fichte no tenía motivos para celebrarlo. Ahora se enfrentaba a un nuevo problema: a unos cuantos estudiantes les dio por romper las ventanas de su casa. Eran miembros de las fraternidades de la universidad, unas hermandades secretas que se vinculaban mediante la bebida y los duelos, tradiciones que Fichte despreciaba.[191] Cuando criticó abiertamente a las fraternidades durante sus clases, algunos de los alumnos se quedaron tan atónitos por lo que decía su nuevo profesor que dos de las tres cofradías acabaron disolviéndose. Los miembros más recalcitrantes, como era de esperar, no estaban muy contentos. La primera ronda de ventanas rotas dio lugar a una campaña de acoso de cinco meses en la que, noche tras noche, se lanzaron piedras contra la casa de Fichte.[192]

Las quejas de este ante el duque Carlos Augusto, Goethe y Voigt no consiguieron nada, y las hermandades continuaron con sus ataques. Los colegas se reían y le decían a Fichte que se acostumbrara, porque los estudiantes de Jena tenían fama de ser pendencieros: se batían en duelo, se emborrachaban, su aspecto era desaliñado, les gustaba protestar y a veces descargaban su agresividad contra las ventanas de sus profesores.[193]

Pero una noche, mientras volvía a casa después de una fiesta, Johanne Fichte se convirtió en el blanco de un puñado de estudiantes que salían dando tumbos de una taberna y empezaron a gritarle obscenidades. El incidente la asustó tanto que, desde entonces, rara vez se aventuró fuera de su casa. Allí se fue consumiendo hasta convertirse en un «esqueleto viviente», según comentó un amigo de la familia: se quedó, literalmente, en la piel y los huesos. Fichte escribió entonces cartas a Weimar y al rector de la universidad exigiendo protección, pero nadie estaba muy dispuesto a intervenir.[194]

El bombardeo continuó, una noche tras otra. En abril de 1795, varios meses después de que se lanzara la primera piedra, Fichte se despertó a las dos de la madrugada porque alguien estaba aporreando la puerta. Abrió una ventana y gritó: «¿Qué queréis?». «¡A Fichte, queremos a Fichte!», rugieron unos cuantos estudiantes borrachos. «Si tenéis algo que decirme», gruñó entonces Fichte, «venid a verme mañana por la mañana». Pero los estudiantes siguieron gritando improperios. Para ver mejor lo que ocurría, Fichte se dirigió a la casa aledaña donde vivía su casero. Desde allí pudo distinguir a tres jóvenes que intentaban lanzar ladrillos. Como no conseguían arrojarlos lo bastante lejos, cogieron piedras más pequeñas y la tomaron con los cristales de las ventanas. Fichte no aguantaba más. Cogió una pistola y una espada, se bebió una copa de champán y se

dispuso a enfrentarse a los alborotadores. Ellos empezaron entonces a amenazar al casero: «Que se largue, que se largue de aquí», le pedían, «o tus ventanas no dejarán de estar rotas mientras él viva en tu casa». Después de hacer añicos algunos cristales más, se alejaron finalmente hacia la plaza del mercado, cantando a voz en grito canciones revolucionarias francesas.[195]

Cuando Fichte regresó a sus aposentos, Johanne le contó que una enorme piedra no había llegado a alcanzar a su padre —que se había mudado con ellos a Jena— de puro milagro. No lo habían matado por poco. Al día siguiente, Fichte se dirigió a Weimar para presentar su dimisión, pero el ministro Voigt lo convenció de que se tomara un descanso, al menos hasta que la situación se calmara.[196] A finales de abril de 1795, un alterado Fichte se marchaba de Jena camino de Oßmannstedt, un pueblecito situado a unos veinticuatro kilómetros al noroeste de la ciudad. Toda esta experiencia, soltó Goethe, sacándole punta al asunto, debió de ser para Fichte un «modo muy desagradable» de «comprobar la existencia del no *Ich*».[197]

Pero los problemas de Fichte no acabaron ahí. Esta vez, vinieron de un lugar inesperado: Friedrich Schiller, un hombre en el que confiaba y al que respetaba. Fichte creía que Schiller lo apoyaba, y así había sido, de hecho. «El genio supremo de Fichte arrasará con todo lo que se le ponga por delante», había dicho Schiller tras escuchar por primera vez al filósofo y de proclamarlo como el mejor pensador después de Kant. Pero no tardó en cansarse de las especulaciones cada vez más abstractas de su *Wissenschaftslehre*; la obsesión por el yo y el no yo era como un remolino que se lo tragaba todo, se temía Schiller, y en privado advertía de que aquel camino conducía «a un abismo», y de que sería «necesario permanecer muy atentos para no caer en él». La idea de un yo libre atraía a Schiller, pero no podía aceptar la creencia de Fichte de que el mundo exterior no existía sin el *Ich*. El mundo de Fichte, le dijo a Goethe, era como una pelota que el *Ich* lanzaba y atrapaba después, cuando volvía de rebote.[198]

A pesar de sus discrepancias, Schiller y Fichte compartían muchas ideas. A los dos los había influido profundamente Kant y ambos insistían también en la importancia de la educación: para Schiller, el artista era el verdadero maestro de la humanidad, para Fichte lo era el erudito. Y, lo más importante de todo, ambos dotaban al *Ich* de libre albedrío. Nada de esto impidió, sin embargo, que acabaran enfrentándose.

El 21 de junio de 1795, estando aún en Oßmannstedt, Fichte mandó un artículo para *Horen* titulado: «Sobre el espíritu y la letra en la filosofía».[199] Cuando hojeó el farragoso manuscrito, a Schiller no le

gustó: era demasiado extenso y el contenido no tenía nada que ver con su título. Fichte había escrito sobre estética, en lugar de hacerlo sobre filosofía, y aquel era un tema que Schiller ya había tratado en *Horen*. En la respuesta que redactó, Schiller intentó, sin éxito, encontrar el tono adecuado. ¿De qué modo expresar sus reticencias? ¿Cómo reaccionaría el famoso —y temperamental— Fichte? Al final, desistió.

Pero al día siguiente, volvió a intentarlo. Y a medida que las hojas se llenaban con su pulcra caligrafía, que nunca se desviaba de las líneas rectas y perfectamente espaciadas, se encontraba con que tenía que volver a empezar de nuevo desde el principio, y así muchas veces. Una hoja tras otra. Reescribía, matizaba. Su frase: «exposición árida, engorrosa y [...] a menudo confusa», por ejemplo, se convirtió, en la versión definitiva, en la menos hiriente «extensión falta de forma». [200]

Schiller empleó dos días y cuatro borradores para elaborar su cuidadosa respuesta a Fichte, pero ni aun así podía ocultar el hecho de que se trataba de una dura carta de rechazo. A menos que Fichte diera un «salto mortal» —un salto trascendental—, había escrito Schiller, ¿cómo pasaría de la estética a la filosofía, el tema, presuntamente, del artículo? No ayudaba, proseguía Schiller, que el texto fuera rebotando continuamente de «las abstracciones más abstrusas a las invectivas». Por mucho que intentara suavizar sus críticas, la frustración y la indignación que Schiller había sentido al leer el artículo rezumaban de cada línea de aquella carta. «¿Esperas de verdad que le presente esto al público?», le preguntaba, para terminar.[201]

Profundamente dolido, Fichte respondió de inmediato con una larga misiva. ¿Acaso no confiaba Schiller en un viejo amigo y respetado filósofo? ¿No había admirado hasta ahora el talento filosófico de Fichte? ¿Cómo podía acusarle de pronto de ser «la más confusa de todas las mentes confusas»?[202] No le gustaba, escribió, que lo trataran como a un alumno y, en cualquier caso, el trabajo que había presentado no era, a su juicio, especialmente difícil. Si Schiller tenía problemas para entenderlo, el motivo era, sin duda, la falta de formación filosófica del dramaturgo. Fichte sugirió también pedirle a Goethe que mediara. Pero cómo podría Goethe resolver su desacuerdo, se preguntaba Schiller en su primer borrador de respuesta, si no sabía lo suficiente de filosofía.[203] De hecho, era *él* quien asesoraba sobre el tema a Goethe cuando lo necesitaba, escribió Schiller. Pero más tarde eliminó este comentario en la tercera y última versión de su respuesta.

Schiller desahogó su frustración con Wilhelm von Humboldt, quien estuvo de acuerdo en que Fichte era como «una vieja que se regodea en su manía de quejarse y regañar». Pero Fichte era incapaz de pasar página. ¿Por qué no publicar el artículo y dejar que los lectores

decidieran si era en verdad tan intragable como Schiller insinuaba? Pero este se negó de nuevo. No estaba dispuesto a conceder a los lectores ninguna autoridad editorial en *Horen*.[204]

«Somos de naturalezas muy distintas», le dijo, para zanjar el asunto, «y no se me ocurre ningún remedio contra eso». Pasarían años antes de que volvieran a dirigirse la palabra.[205]

4
«ELECTRIFICADOS POR EL MUTUO ROCE INTELECTUAL»
1795-1796: Amor, vida y literatura

Era un viaje largo e incómodo.[206] Desde Ámsterdam a Brunswick, en el principado alemán de Brunswick-Wolfenbüttel, había más de cuatrocientos ochenta kilómetros hacia el este por carreteras llenas de socavones. August Wilhelm Schlegel iba a encontrarse con Caroline Böhmer. Viajar por la Europa del siglo XVIII significaba sentarse en vagones de diligencia con una pésima amortiguación, en los que no había un solo centímetro libre de pasajeros y equipaje. Los desconocidos estaban tan juntos en los estrechos bancos que cada bache, piedra o curva los sacudía como si fueran bolos. Las rodillas chocaban, los brazos se rozaban, las piernas rebotaban y los cuerpos colisionaban entre sí. En invierno hacía un frío glacial dentro del vagón y en verano el aire se viciaba. La gente sudaba, se tiraba pedos, eructaba, fumaba y comía. Los objetos de valor se guardaban en bolsos y carteras; algunos pasajeros, preocupados por los robos y los salteadores de caminos, incluso cosían el dinero y las joyas en su ropa.

Las sacas de correo, los cajones y baúles se amontonaban en los techos, y los carruajes volcados en las rutas postales eran un fenómeno cotidiano, al igual que la rotura de amortiguadores y ruedas. Las estampidas de los caballos podían ser peligrosas, al igual que las roderas del camino, tan profundas que se habían convertido en peligrosos surcos. Los cocheros, unas veces, se quedaban dormidos, y otras se peleaban sin dar su brazo a torcer por el derecho de paso. Cada veinticuatro kilómetros aproximadamente, el carruaje se detenía de golpe en una estación de diligencias, donde se cambiaban los caballos y los pasajeros podían hacer sus necesidades. Mientras unos desembarcaban y otros subían, podían pasar horas antes de que el carruaje estuviera listo para partir de nuevo. Con una velocidad media de entre siete y once kilómetros por hora —sin contar los accidentes, las paradas en las estaciones y otros retrasos— el viaje era lento. A lo largo de la ruta había sucias posadas donde se podía comer y dormir en colchones de paja infestados de chinches. Cuando los pasajeros cruzaban las fronteras, se encontraban con funcionarios de aduanas que revisaban su documentación y equipaje. A veces estas inspecciones duraban varias horas, mientras se desempacaban y se registraban los baúles y cajones. La guerra, por supuesto, añadía más

inconvenientes. Ese mismo año, en los primeros y gélidos meses de 1795, las tropas francesas habían avanzado por Holanda, y ese fue uno de los motivos por los que, en el mes de junio, August Wilhelm Schlegel, de veintisiete años, había decidido finalmente empaquetar sus pertenencias y renunciar a su puesto de tutor de los hijos de una rica familia de banqueros, tras cuatro años en Ámsterdam.[207]

El otro motivo fue la carismática viuda Caroline Böhmer, que se había mudado a Brunswick unas semanas antes, en mayo de 1795. August Wilhelm Schlegel cayó a los pies de Caroline desde el mismo instante en que se conocieron, en Gotinga, cuando él era un joven estudiante aún. Pero ella lo había rechazado varias veces. «¡Schlegel y yo!», dijo, burlándose, en 1789. «No, no va a pasar nada entre nosotros, de eso estoy segura».[208] Y, lo que es peor, la habían acusado de varias aventuras amorosas, se había quedado embarazada tras un breve encuentro en un baile y la habían metido en la cárcel. A Schlegel se le había agotado la paciencia, pero no su amor.

August Wilhelm Schlegel nació en 1767. Era uno de los diez hijos de un respetado sacerdote luterano de Hannover que escribía poesía en sus ratos libres, y de una matriarca con un carácter contundente. Aunque no era rica, la familia vivía bien, y August Wilhelm se había criado en un ambiente intelectual que inculcó en él un profundo amor por la literatura y una estricta ética protestante del trabajo. Fue un niño formal, que prefería los libros al ejercicio físico, que aprendía con facilidad y absorbía rápidamente los idiomas. En Gotinga, donde estudió filología, se hizo famoso por su meticulosidad. Sereno y analítico, aunque con cierta inclinación a la pedantería, sus conocimientos de las lenguas —antiguas y modernas— y de poesía, pero también de literatura en general, eran muy vastos. Aunque tenía que trabajar como tutor para ganarse la vida, también había publicado algunas reseñas y poemas, y a Schiller le habían parecido tan buenos que le pidió que colaborara con *Horen*.[209]

August Wilhelm era guapo, con un mentón fuerte y unos ojos castaños enmarcados por cejas oscuras que le daban un aspecto serio. Le gustaba la moda y siempre iba de punta en blanco. Cuando se conocieron, Caroline le dijo al inmaculado August Wilhelm que solo en Gotinga podía un estudiante ir tan impecablemente vestido sin que le tomaran el pelo. Era aplicado, diligente y su familia lo amaba. Así que, a principios de julio de 1795, de camino a Brunswick, se detuvo en Hannover para ver a sus padres, a quienes desesperaba la decisión que había tomado su hijo. Él también estaba un tanto preocupado, pero ignoró las advertencias de su madre de que la relación con una mujer deshonrada podría perjudicar sus perspectivas de futuro. Le

había costado años llamar la atención de Caroline.[210]

August Wilhelm Schlegel llegó a Brunswick a finales de julio de 1795, justo cuando la lucha entre Schiller y Fichte alcanzaba su punto culminante. Mientras Schiller le escribía a Goethe y a Wilhelm von Humboldt cartas airadas sobre el «gran *Ich* de Oßmannstedt», Schlegel se encontraba con Caroline por primera vez en dos años.[211] Ella tenía treinta y dos, y seguía siendo guapa, a pesar de las penurias que había sufrido durante los dos años anteriores. Sus ojos eran azules y despiertos, sus dientes perfectamente rectos y su rostro, con forma de corazón, estaba enmarcado por rizos oscuros. Era hija de Johann David Michaelis, uno de los profesores más prestigiosos de Gotinga, y había recibido una educación muy superior a la de otras muchachas de su época. Criada a base de una dieta de literatura, filosofía y política en la casa paterna, en Gotinga, Caroline se sentía en su elemento entre conversaciones intelectuales.[212]

Los tutores privados la instruyeron, a ella y también a sus hermanos, en historia, religión, geografía, matemáticas e idiomas, antes de que la enviaran a la escuela de señoritas de Gotha, a los doce años. Enseguida habló con fluidez el inglés, el francés y el italiano, y se convirtió en una lectora voraz que asaltaba las estanterías de su padre y les leía en voz alta a sus hermanos y hermanas. Disfrutaba con Shakespeare y Milton en su lengua original, pero también con filósofos, como el pensador escocés de la Ilustración David Hume, y tradujo —por pura diversión— comedias del dramaturgo veneciano, y contemporáneo suyo, Carlo Goldoni. Su mente era tan aguda que incluso Wilhelm von Humboldt, un erudito, un polímata que jamás se había sentido inseguro ante nadie desde el punto de vista intelectual, dijo más tarde que evitaría a toda costa enfrentarse en un «torneo de ingenio y agudeza» con ella. Segura de sí misma, sin la más mínima intención de disimular sus conocimientos, sabía cómo usar sus armas con una ligereza de bailarina, como si jugara, entre la erudición y el coqueteo.[213]

El reencuentro fue un tanto incómodo, amistoso pero distante. A pesar de todo, August Wilhelm alquiló una habitación cerca del apartamento de Caroline y se vieron cada día. Él estaba dolido aún por los anteriores rechazos de ella, de modo que mantenía sus emociones bajo control. A Caroline aquello no la arredró: «Le enseñaré a dejar de ser tan frío», se prometió a sí misma.[214]

Había recorrido un largo camino desde su infancia en Gotinga hasta su nueva vida en Brunswick. En 1784, a la edad de veinte años, Caroline se casó con el médico Franz Böhmer, de treinta, y vecino de la familia en Gotinga. Como era habitual en la época, fue su padre quien eligió a

su marido. Caroline se vio obligada a trasladarse con su esposo médico a una pequeña ciudad minera en las montañas, a unos sesenta kilómetros al nordeste de su hogar, donde tuvo tres hijos enseguida y comenzó a sentirse atrapada en su matrimonio carente de amor, como una «prisionera en una mazmorra», dijo.[215]

Alejada de la vida intelectual que tanto le gustaba, cayó en la depresión y se refugió en los libros. Sin embargo, cuatro años después, su marido se contagió de fiebre a través de un paciente suyo y murió súbitamente, dejando a Caroline libre para volver a Gotinga. A los veinticuatro años, ya era viuda. Y entonces, su hijo pequeño murió con solo dos meses de edad. Un año después lo hizo su hija Röschen, de dos años y medio. Solo su hija mayor, Auguste, sobrevivió. Caroline ahogó su dolor en fiestas y coqueteos.[216]

Una corte de admiradores se disputaba su atención, y August Wilhelm Schlegel era uno de ellos. Cuando sus amigos identificaron en él a un marido conveniente, que podría haberle proporcionado seguridad social y financiera, Caroline lo rechazó sin pensarlo dos veces. No tenía ningún interés —contestó— en renunciar a su libertad y criar a media docena de hijos. Sus amigas, molestas, le advirtieron que no se dejara guiar por esas «ideas demasiado entusiastas de la libertad». Pero Caroline había tomado una decisión. A partir de ahora, ella controlaría su destino. Mientras uno esté dispuesto a asumir las consecuencias —pensaba— puede hacer lo que le venga en gana. Caroline «ama la libertad y no tener que rendir cuentas de cada uno de sus movimientos», le dijo su hermana a August Wilhelm.[217]

En 1792, Caroline se mudó a Maguncia, la ciudad donde las ideas de la Revolución francesa calaron a fondo entre sus partidarios alemanes. No tenía mucho dinero, pero sí el suficiente para sobrevivir. «No me iría de aquí ni aunque mi vida dependiera de ello», le escribió a su mejor amiga desde su nueva ciudad.[218] No iba a dejar pasar la oportunidad de ser testigo de aquellos emocionantes acontecimientos. Sin embargo, acabar en la cárcel por simpatizar con la Revolución no era precisamente algo que hubiera previsto.

Desde que salió de la cárcel de Königstein, Caroline había llevado una vida errabunda. Salió en libertad, después de estar más de tres meses presa, en julio de 1793, justo antes de que su embarazo se hiciera evidente. Al enterarse de la noticia, y sin dejarse intimidar por los numerosos rechazos de Caroline —y mucho menos por el hecho de que estuviera embarazada de otro hombre—, August Wilhelm hizo inmediatamente las maletas y viajó de Ámsterdam a Königstein para ayudarla. Acompañó a Caroline a Leipzig, en un viaje relámpago de más de mil seiscientos kilómetros. Sus empleadores holandeses insistieron en que regresara lo antes posible, pero, aun así, tuvo el tiempo suficiente para encontrar una familia en un pequeño pueblo

cercano a Leipzig con la que Caroline pudiera vivir durante los últimos meses de su embarazo, aunque eso hiciera creer a la gente que él era el padre del hijo ilegítimo.[219]

August Wilhelm pidió también a su hermano pequeño, Friedrich, que estudiaba en Leipzig, que estuviera pendiente de ella. Fue allí donde, a principios de noviembre, Caroline dio a luz a un hijo, y, cuando vio su carita, se alegró de que se pareciera a ella y no a su padre, el joven oficial francés de aquella noche loca en Maguncia. Se sintió aliviada, le escribió Friedrich Schlegel a su hermano August Wilhelm al día siguiente del nacimiento, «de modo que no viertas sobre la cabeza del bebé tu odio terrible». Caroline no habló a nadie más de su hijo, pero sobornó al párroco local para que lo bautizara. Las habladurías, sin embargo, no tardaron en propagarse por el pequeño pueblo y tuvo que marcharse, dejando a su hijo de tres meses con una familia de acogida. En cuanto lograra instalarse en algún otro sitio, prometió, volvería a por él.[220]

¿Pero dónde podría vivir? Dondequiera que fuese, su reputación la seguía y se le cerraban las puertas en la cara. Sus antiguos amigos ignoraban sus súplicas y muchas ciudades alemanas la rechazaron. Aunque los franceses hubieran declarado a todos los hombres iguales, lo cierto es que, en Alemania, las autoridades —ya fuera un duque, un gobernador local o un ayuntamiento— seguían teniendo derecho a decidir dónde podía o no vivir la gente. Y Caroline era una mujer deshonrada en todos los aspectos. No podía dejar atrás los rumores que la tachaban de «puta revolucionaria». Estaba hundida, pero no había perdido por eso su feroz sentido de la independencia. ¿Por qué iba a merecer que su vida quedase destrozada —se preguntaba— por «un simple desliz», por un error que no habría significado nada si hubiera sido un hombre?[221]

Durante un tiempo se quedó en casa de su mejor amiga de la infancia, Luise Gotter, en Gotha, una pequeña ciudad situada a unos ochenta kilómetros al oeste de Jena. Luise había sido la aliada más fiable de Caroline desde que se conocieron, de niñas, en la escuela para señoritas de Gotha, en 1774. Desde los once años, Caroline había compartido sus secretos, sus tribulaciones y sus alegrías con la apacible Luise, pero ahora las habladurías se habían vuelto insoportables: «Soy una apestada», escribió Caroline, decidida a abandonar Gotha, al darse cuenta de cómo la reputación de Luise se estaba resintiendo debido a su relación con ella. Berlín era una posibilidad. «Berlín es lo bastante grande como para ocultar a una mujer, ¿no?», se preguntaba. También lo eran Dresde y su ciudad natal, Gotinga. Pero todas le cerraron las puertas. Las autoridades de Gotinga y Dresde rechazaron su petición con el argumento de que debían velar por las «familias respetables», y eso que ni siquiera

sabían nada de su hijo ilegítimo. Su encarcelamiento y sus conocidas inclinaciones revolucionarias fueron suficientes para negarle la entrada: «Mi vida en Alemania ha terminado», le confesó después ella a un amigo.[222]

La madre de Caroline insistía en que solo el matrimonio podía salvarla. Angustiada por el precario futuro de su hija, pensó que el fiel August Wilhelm Schlegel era el aspirante perfecto. Caroline siempre había sido demasiado independiente como para seguir los consejos de su madre, pero esta vez estuvo de acuerdo. Casarse con August Wilhelm no lo habría considerado nunca su primera opción, y el matrimonio en sí mismo, como institución, no gozó nunca de sus simpatías. «Si pudiera ser dueña de mí misma», dijo, con dieciocho años, «preferiría no casarme jamás». Pero no tenía elección. Aún le quedaba alguna que otra posibilidad, como la del puesto de institutriz que le ofrecieron y que ella rechazó educadamente: una vida junto a August Wilhelm Schlegel se antojaba, desde luego, mucho más interesante.[223]

No era tan mal candidato, después de todo, aquel hombre morigerado, que disfrutaba de la buena comida y el vino, pero nunca en exceso, al que le gustaban el orden y la limpieza, que prefería la rutina diaria a las ideas improvisadas o las sorpresas y anhelaba tener unos ingresos fijos. Era el yerno perfecto y, aunque no fuese la persona a la que una mujer como Caroline pudiese llegar a entregarse apasionadamente, era también amable, trabajador y honesto, y había demostrado su lealtad una y otra vez. Caroline confiaba en él. La amistad, decidió, era más importante que el amor. Ayudaba, claro está, el hecho de que él fuera guapo y ambos compartieran el amor por el arte y la literatura. Sería un compañero bueno y cumplidor y, además, le proporcionaría la seguridad que tanto necesitaba desde el punto de vista social. Un nuevo apellido —se decía, esperanzada— anunciaría un nuevo comienzo. Todo lo que tenía que hacer era convencerlo de que se casara con ella.[224]

Pero el leal y firme August Wilhelm se lo estaba pensando. Caroline no estaba acostumbrada al rechazo. Antes de su encarcelamiento, había recibido tanta atención masculina que algunos la acusaron de disfrutarla demasiado. Siempre había sido una mujer diferente —seductora y decidida, aunque también respetable—, pero sus circunstancias habían cambiado drásticamente y a August Wilhelm le importaban la etiqueta y las convenciones sociales. ¿Se atrevería de verdad a arriesgar su futuro?[225]

En la primavera de 1795, tras pasar meses viajando, desesperada, y sufriendo el destierro de varias ciudades, Caroline llegó finalmente a

Brunswick, adonde su madre y su hermana menor, Luise, se habían trasladado desde Gotinga. Allí, solo unos días después de instalarse, Caroline recibió una carta en la que se le comunicaba que su hijo pequeño había muerto de fiebre en la casa de su familia de acogida. Durante el año anterior, Caroline había hecho todo lo posible para encontrar el modo de traérselo a vivir con ella. Como madre de un bebé ilegítimo, habría arruinado también el futuro de Auguste, pero esta muerte fue, para ella, el golpe más cruel de todos, después de perder dos hijos de su primer matrimonio. De los cuatro que había parido, solo le quedaba Auguste, de diez años, «mi niña de mi alma», su hija fuerte que, no se sabía cómo, había sobrevivido a la cárcel sin perder su gran sonrisa.[226]

Fue ella, Auguste, con su rostro iluminado, la única que vio llorar a Caroline, que no podía siquiera llevar luto públicamente porque nadie en Brunswick sabía lo del bebé, ni su propia madre. Pero no importaba cuán desesperada se sintiera, ella intentaba aferrarse a cualquier cosa que pudiera darle un poco de alegría: el sol sobre su piel, los carrillos rosados de Auguste, un libro. La vida podía seguir golpeándola, si es que ese era su destino, pero ella estaba decidida a no permitir que la destruyera. Incluso en los momentos de mayor angustia, siempre era capaz de encontrar algo bello a lo que agarrarse: «Puedo sacar felicidad hasta del sufrimiento», decía.[227]

Y fue Friedrich Schlegel quien instó a su hermano mayor, August Wilhelm, a visitar a Caroline en Brunswick. Ella lo necesitaba más que nunca, le dijo, y lo animó a pasar por alto las objeciones de su familia. «Estoy seguro de que serás capaz de calmarlos con una o un par de buenas cartas», escribió el 20 de mayo de 1795. No te demores, le advirtió poco después. Cuando August Wilhelm le confesó que estaba liado con otra mujer en Ámsterdam, Friedrich se disgustó. ¿Cómo podía August Wilhelm infligirle dolor a Caroline por unos simples buenos ratos?[228]

Durante aquellos meses de luto, Caroline vivió discretamente en Brunswick, escribiendo largas cartas a August Wilhelm. En ellas le pedía que la visitara, pero él seguía sin decidirse. Su amorío no era nada serio, pero lo mantenía entretenido. Desde el punto de vista profesional, estaba también meditando sus opciones. Si renunciaba a su puesto en Ámsterdam, necesitaría con urgencia ganar algo de dinero en cualquier otro sitio. Pero ¿dónde? Quizá no debería moverse de Holanda; aunque podría irse, por qué no, a Roma, Dresde, Praga, Estados Unidos... donde fuese. Friedrich Schlegel le desaconsejó que se mudase a Estados Unidos, no lo veía un destino muy apropiado para su hermano mayor. Allí, escribió Friedrich, a la gente le interesaba sobre todo el comercio y la economía, no la literatura. «Aparte de la libertad», dijo, «que, sin duda, es un tesoro inestimable, el país no

parece ofrecer mucho en lo que respecta a los placeres del espíritu». Caroline, impaciente por naturaleza, no podía hacer nada más que esperar. Tendría que dejar que August Wilhelm se tomara su tiempo.[229]

Cuando él se decidió por fin y viajó a Brunswick, se mostró, en un principio, indeciso y distante, pero su presencia bastó para reconfortar a Caroline. Tenerlo con ella en Brunswick, le escribió a un amigo de Leipzig, «es un verdadero consuelo, y lo agradezco mucho». Con cada día que pasaban juntos en Brunswick, su amistad se iba fortaleciendo. Pronto escribieron cartas a amigos comunes como si fuesen pareja y, a veces, August Wilhelm añadía una posdata a las cartas de Caroline o ella unas líneas a las suyas. En otoño, Caroline se sintió lo suficientemente segura como para escribirle a la madre de August Wilhelm, que seguía oponiéndose a la relación. Reacia a acogerla en la familia y preocupada por los rumores de un inminente matrimonio, madre Schlegel —como la llamaban sus hijos— respondió a aquella carta dirigiéndose a August Wilhelm en lugar de a la propia Caroline, pero a partir de ese momento no dejó de mandar saludos para «tu Caroline», a quien, hasta entonces, había llamado simplemente «Böhmer».[230]

En Jena, mientras tanto, Friedrich Schiller se sentía enfermo, agotado y solo. Goethe estaba de vacaciones en Karlsbad, una ciudad balneario del oeste de Bohemia, en la actual República Checa, y Wilhelm von Humboldt se encontraba en Berlín, cuidando de su madre enferma.

«Así que aquí estoy, prácticamente abandonado», escribió Schiller a su viejo amigo Christian Gottfried Körner,(12) a Dresde, en el verano de 1795.[231] El acalorado intercambio de pareceres con Fichte le había dejado secuelas y *Horen* había resultado un proyecto mucho más oneroso de lo que había previsto. Schiller no tardó en darse cuenta, tras la ilusión inicial, de lo estresante del trabajo. Ya era bastante malo tener que resolver los problemas logísticos que ocasionaban la recepción y el envío de manuscritos a través del frente, con el ejército francés luchando contra los austriacos en el sur de Alemania; también había que afrontar los problemas derivados del pago a los colaboradores, así como los comentarios editoriales, que requerían tiempo. Pero lo más desesperante de todo eran los autores. Algunos aguardaban con cautela para comprobar cómo reaccionaban los lectores a los primeros números de la revista antes de decidirse a colaborar, otros hacían caso omiso de las fechas de entrega o mandaban cosas distintas de las que se habían comprometido a escribir. Unos estaban enfermos, otros eran, simple y llanamente, unos vagos. «¡Que el Señor me ayude, o me iré a pique!», clamaba Schiller.

El fallido ensayo de Fichte valía como ejemplo de lo arduo que resultaba llenar las páginas con buen material. Wilhelm von Humboldt era un gran amigo y pensador, pero no un buen escritor. Lo más irritante de todo es que Goethe ya había prometido a otra editorial su novela *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister,* que habría sido perfecta para publicarla por entregas en *Horen,* a otra editorial. El colaborador más digno de confianza resultó ser August Wilhelm Schlegel. Era el único escritor, dijo Schiller, del que podía «esperar algo lo bastante enjundioso y extenso».[232]

Tras la publicación de los primeros números, el editor de *Horen* sugirió con delicadeza a Schiller que quizá podría incluir en la revista algunos artículos más ligeros, porque los lectores se quejaban de lo que consideraban un exceso de abstracción. Schiller se enfadó, pero Goethe trató de calmarlo. Conocía bien los desatinos del mundo literario alemán desde hacía veinte años y no tenía ningún sentido luchar contra ellos: «Sigamos adelante según lo previsto», le dijo. A veces, a Schiller le entraban ganas de abandonar, según le confesó a Wilhelm von Humboldt. Nunca había suficientes obras reseñables, y las buenas de verdad eran, por lo visto, demasiado complejas para los lectores. Plenamente consciente de sus propias limitaciones, Humboldt sugirió que encargaran trabajos a escritores más atrayentes. Pero, a finales de 1795, Schiller estaba ya tan fuera de sí que acabó diciéndole a su editor: «Si los lectores prefieren el aguachirle que les ofrecen otras revistas en vez de las ricas viandas que *Horen* pone a su disposición, que con su pan se lo coman».[233]

Para empeorar las cosas, los popes del mundo literario desplegaron contra *Horen* su «artillería pesada» y publicaron una reseña mordaz en la conocida revista *Deutschland*. El crítico y editor Friedrich Reichardt señaló que en *Horen* había demasiada filosofía superflua. Otro crítico dijo que Schiller había reunido en *Horen* a todos sus amigos, pero que el hecho de que disfrutaran hablando de sus ideas cuando estaban juntos no significaba que estas tuvieran ningún interés para los lectores en general. Schiller estaba furioso. «El insecto no puede dejar de picar, es su naturaleza», escribió Goethe refiriéndose a Reichardt. «Tenemos que cazarlo y aplastarlo, o nunca estaremos en paz». A diferencia de Goethe, que solía sacudirse de encima las críticas y comentarios negativos con agudeza, a Schiller se lo comían por dentro, y se volvía más tenso e irritable.[234]

«Vivimos en la era de la discordia, sin duda», anunció a Goethe. Había llegado la hora de sacar su propia artillería pesada. Preguntó a August Wilhelm Schlegel si estaba dispuesto a reseñar *Horen* en el *Allgemeine Literatur-Zeitung*, la revista literaria más leída en los territorios de habla alemana. Todo estaba arreglado —le explicó Schiller por carta a August Wilhelm—, había hablado ya con el editor,

un conocido suyo de Jena. Nadie prestó atención al hecho de que fuera precisamente August Wilhelm Schlegel, un colaborador de *Horen,* el encargado de reseñarla. Lo fundamental, dijo Goethe, era que la reseña la firmase «un hombre de la nueva generación».[235]

Schiller admiraba las contribuciones de August Wilhelm Schlegel a *Horen* —una traducción de Dante en cuatro entregas y un ensayo sobre poesía— y le pedía siempre más. «Envíanos cualquier cosa que consideres publicable», le había dicho a principios de ese verano. Cualquier cosa —una traducción, un poema, un cuento, un ensayo histórico, una novela— con tal de que la entregara pronto. Todas las dudas que August Wilhelm había tenido sobre su talento literario desaparecieron. Si el gran Schiller lo elogiaba, ¿cómo iba él a llevarle la contraria?[236]

Schiller también se preguntaba si no serían mucho más productivos sus intercambios con August Wilhelm Schlegel viviendo cerca. Pero ¿cómo llevarlo a Jena? Wilhelm von Humboldt ofreció información muy útil al respecto. La clave era Caroline Böhmer, porque August Wilhelm Schlegel estaba enamorado de ella. Humboldt los conoció a ambos durante su época de estudiante en Gotinga, a finales de la década de 1780, y cuando a Caroline la encarcelaron en Königstein, August Wilhelm le escribió de parte de ella solicitando su ayuda. Humboldt sabía también que Caroline había influido «decisivamente en la educación de Schlegel». Si no fuera por ella, dijo Humboldt a Schiller, atraer a August Wilhelm a Jena no sería difícil. Cuando Schiller se enteró de que August Wilhelm había dejado Ámsterdam para mudarse a Brunswick, le preguntó dónde pensaba vivir en el futuro.[237]

August Wilhelm Schlegel no tenía intención de abandonar Brunswick. Acababa de llegar, no estaba dispuesto a hacer de nuevo las maletas. Él no era un hombre que se precipitara. Necesitaba tiempo para pensar y estaba empezando a disfrutar de la compañía de Caroline. Todas las mañanas iba a su casa para trabajar en la ambiciosa traducción en verso de Shakespeare en la que se habían embarcado. Ambos dominaban el inglés y habían empezado con *Romeo y Julieta*. August Wilhelm traducía y Caroline escandía los versos para que fueran musicales —marcaba las sílabas dando golpecitos sobre la mesa con los dedos para transformar el texto de August Wilhelm en melodía y poesía—.[238] En ocasiones iban y venían, varias veces al día, añadiendo, retocando, haciendo todo tipo de cambios, hasta que ambos quedaban satisfechos.

Era la primera traducción en verso de las obras de Shakespeare al alemán. Se habían hecho versiones en prosa —terribles, a juicio de

Schiller y Goethe—. Aunque las traducciones fueran fieles, el gran problema era que la fuerza dramática de Shakespeare desaparecía en la prosa. «El ritmo recurrente», afirmaba August Wilhelm Schlegel, «es el latido mismo de la vida». Envió unas páginas de muestra a Schiller, contándole lo ardua que era la traducción. «Los nombres propios pueden llegar a ser realmente molestos», decía, «cuando no se ajustan a la métrica del verso y se repiten constantemente», y añadía que, a menudo, Caroline y él tardaban horas en traducir un solo verso. Schiller se quedó tan impresionado que incluyó inmediatamente las páginas enviadas por August Wilhelm en el siguiente número de *Horen*.[239]

Con su sentido del lenguaje y del ritmo, Caroline se convirtió en la pieza fundamental de un proyecto que abarcaría dieciséis obras en poco más de cinco años. Cuatro décadas más tarde, August Wilhelm Schlegel afirmaba todavía que su Shakespeare en verso había cambiado el teatro alemán: comparen la métrica de los versos de las primeras obras de Schiller con la de las últimas, insistía: «verán entonces cuánto aprendió en mi escuela».[240] Las traducciones de August Wilhelm y Caroline se siguen considerando, en la Alemania de hoy, canónicas. Gracias a ellas, August Wilhelm Schlegel se hizo célebre y los alemanes adoptaron a Shakespeare como poeta nacional. El bardo inglés sigue siendo tan popular en Alemania que sus obras se representan allí mucho más que en Inglaterra.

August Wilhelm necesitaba a Caroline tanto como ella a él. La refinada educación que había recibido ella estaba dando por fin sus frutos. Trabajaron juntos desde que él llegó a Brunswick, en el verano de 1795. Ella era una crítica extraordinariamente perspicaz, de mente cultivada y analítica, que diseccionaba la poesía, las obras de teatro, las novelas y los ensayos con un profundo conocimiento y olfato literario. August Wilhelm confiaba cada vez más en ella. Entre los más de trescientos artículos, reseñas y ensayos que publicó en los años siguientes bajo su autoría, había docenas de ellos escritos, en realidad, por Caroline.(13) Traducían, editaban, colaboraban, mano a mano, en todo, y Caroline a menudo leía los trabajos de viva voz.[241] Quienes la escuchaban, en sus lecturas, alababan la melodía y el ritmo encantador de su dicción, su hermosa voz y su entonación impecable. Daba la impresión de que tenía poderes mágicos, como escribió más tarde uno de sus amigos en un poema:

> [...] *Oh, si deseas oír cómo tu propia canción*
> *a las almas atrae hacia sí con poderes mágicos,*
> *pídele a Caroline que la declame.*[242]

Caroline se estaba haciendo indispensable.[243]

Y en medio de todo este trajín, en diciembre de 1795, llegó una

carta de Friedrich Schiller en la que instaba a August Wilhelm Schlegel a mudarse a Jena. «¿Por qué no vives aquí, en Jena, con nosotros?», le decía. «¿No sería mucho más fácil hablar de tú a tú que por correspondencia?». August Wilhelm respondió enseguida. Era indudable, escribió, que no había mejor lugar en Alemania para la actividad literaria que Jena. Algunos compromisos —no mencionaba a Caroline— se lo impedían en aquel momento, pero, si todo iba bien, en primavera podría hacer una «peregrinación» a Jena y ya se iría viendo. Schiller estaba encantado. El profundo conocimiento sobre la poesía y la métrica del que hacía gala August Wilhelm Schlegel —uno de cuyos ejemplos era su más reciente colaboración para *Horen*, «Cartas sobre poesía, métrica y lenguaje»— sería una inestimable aportación a las charlas que mantenían Schiller y Goethe.[244]

En cuanto al tema económico, Schiller le ofrecía los bien remunerados encargos de *Horen*, pero, además, estaba el *Allgemeine Literatur-Zeitung,* al que le encantaría contar con él como crítico habitual. Schiller también estaba seguro de que August Wilhelm Schlegel podría dar conferencias en la universidad para ganarse algo de dinero extra. «Una vez que estés aquí», le aseguró Schiller, «todo se resolverá sin contratiempos».[245]

Tras tantos años batallando con ideas abstractas y teorías, era hora de «echar el cierre por un tiempo al bazar filosófico», le dijo Schiller a Goethe unos días después de invitar a August Wilhelm Schlegel a Jena. La poesía había empezado ya a ganar protagonismo en las páginas de *Horen*, incluyendo varios poemas escritos por el propio Schiller. En el verano de 1795, justo antes de que August Wilhelm llegara a Brunswick, Schiller compuso su primer poema en casi siete años. Cansado y enfermo como estaba, le había costado Dios y ayuda llevarlo a término, pero su determinación pudo más.[246]

En el pasado, Schiller se esforzó por lograr un equilibrio entre sus escritos teóricos y sus esfuerzos líricos. Su filosofía era demasiado poética, temía, y cada vez que intentaba componer un poema, su mente analítica interfería en el proceso. Ahora, espoleado por su amistad con Goethe, recordaba que la poesía había sido siempre su verdadero amor. Pero tenía miedo de haber perdido sus habilidades. Hacía años que no se sentía tan atraído por la poesía, pero le preocupaba que las «musas tuvieran que vérselas con un alma seca». Era muy emocionante, pero también aterrador. ¿Y si ya no era capaz de hacerlo? ¿Y si su mente se había vuelto demasiado teórica? Una cosa era cierta, sin embargo, pensaba Schiller: «En lo que respecta a la poesía, he sido y seré siempre un patán comparado con Goethe». Cuando le confesó a Wilhelm von Humboldt sus tribulaciones, este le

escribió desde Berlín asegurándole que su capacidad para unir el genio poético y el filosófico era única, de ahí la «inquietud y la hiperactividad mental» que percibían en él todos los que le conocían. Humboldt estaba deseando ver de nuevo al Schiller poeta.[247]

Goethe, por su parte, confiaba cada vez más en las agudas observaciones de edición que hacía su amigo. Tras una sesión especialmente fructífera, Goethe le confesó a Schiller que había cogido unas tijeras y había cortado todos los pasajes del *Wilhelm Meister* que Schiller le había marcado. «Tus observaciones», le dijo, «han sido inestimables: no alcanzo a expresar cuánto me han hecho avanzar con mi obra». Si pudiera tener más tiempo… —se lamentaba—. En Weimar, estaba siempre demasiado ocupado como para conseguir progresos significativos en su escritura, pero, incluso allí, en Jena, siempre había asuntos administrativos de los que ocuparse —desde la negociación del salario del jardinero del jardín botánico hasta la supervisión de la construcción de los diques contra las inundaciones en el río Saale—. Daba igual de qué se tratara —si de los continuos problemas de Fichte con la universidad o de la consulta, a todas luces más trivial, de la propietaria del Zum Schwarzen Bären, que preguntaba si se le permitía tener una mesa de billar—: el mundo siempre se las arreglaba para interrumpirle. Goethe le dijo a un amigo que había trabajado durante tanto tiempo en *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* que su novela era «como una media tejida con tanta minuciosidad, tan lentamente, que acaba llena de mugre».[248]

Schiller y Goethe pasaban juntos todo el tiempo que podían. Schiller rara vez iba a Weimar, y era Goethe quien acudía con frecuencia a Jena. «Solo el silencio absoluto aquí, en Jena, y estar cerca de ti», le dijo Goethe a Schiller, le permitían pensar y trabajar. Adoraba aquel «rincón maravillosamente loco del mundo», hasta el punto de que algunos meses pasaba más días en Jena que en su casa de Weimar. Charlotte Schiller, que conocía a Goethe desde su infancia, se daba cuenta de lo diferente que era él allí: cualquiera que lo conociera en Weimar —dijo— lo vería como una persona formal y distante, pero allí, en Jena, era un hombre jovial y desenfadado.[249]

La estufa de la habitación de Goethe en el Castillo Viejo estaba siempre encendida porque él odiaba el frío. Se sentaba en su sillón con una gorra blanca de carretero, una cómoda chaqueta de franela y unos cálidos y suaves pantalones, en pantuflas y con las medias caídas por los tobillos.[250] Por las mañanas solía salir a pasear. El aire fresco y el ejercicio vigoroso le despejaban la cabeza y facilitaban su digestión. Dependiendo de cómo anduviese de salud el insomne Schiller, se acercaba o no a almorzar con él, pero siempre lo visitaba por la noche. Schiller se acababa de mudar de su estrecha vivienda en la plaza del mercado a un apartamento más grande y cómodo junto al Castillo

Viejo, en el extremo oriental de la ciudad. En lugar del ajetreo y el ruido del centro de Jena, ahora disfrutaba de unas vistas espectaculares de las colinas circundantes, y Goethe estaba a solo unos pasos. Hacia las cinco de la tarde, Goethe se ponía ropa adecuada y recorría a pie la corta distancia que lo separaba de Schiller. Normalmente, se quedaba en su casa hasta la medianoche, pero, a veces, hasta más tarde incluso.[251]

Un día, mientras esperaba en casa de su amigo a que este se reuniera con él, Goethe se sentó en el escritorio para tomar algunas notas. Mientras escribía, empezó a tener cada vez más náuseas y a sentir que estaba a punto de desmayarse. Le llevó un rato percatarse de que, de uno de los cajones, emanaba un olor repugnante. Con suma cautela, Goethe lo abrió y vio que estaba lleno hasta arriba de manzanas podridas. Se levantó, dando tumbos, para abrir una ventana. Cuando Charlotte Schiller se lo encontró tragando bocanadas de aire fresco y el cajón del escritorio abierto de par en par, le contó que su marido «no podía vivir ni trabajar» sin aquel olor. Le encantaba. A ella le revolvía el estómago, pero Schiller insistía en tener siempre cerca manzanas podridas. De algún modo, aquel aroma dulzón y fermentado estimulaba su creatividad.[252]

Durante esas largas estancias en Jena, Goethe echaba de menos a Christiane y a su pequeño hijo August, pero se mantenía en contacto con ellos a través del correo. Mandaba con regularidad cartas repletas de declaraciones de amor y de bromas, pero en las que también abordaba asuntos domésticos: desde instrucciones sobre cómo sembrar verduras hasta peticiones para que Christiane le enviase manuscritos o libros que había olvidado. ¿Cómo estaba August? —le preguntaba—. ¿Comía bien? ¿Había engordado por fin? Enviaba pequeños regalos para Christiane o fresas y melocotones frescos para August. A cambio, Christiane le enviaba jamón, salchichas, pescado ahumado, chocolate a la taza y cantidades ingentes de cerveza y vino para que se sintiera como en casa.[253]

También le dejaba claro lo poco que le gustaban sus largas ausencias y le decía cuánto lo echaba de menos. Se metía con él a causa de sus presuntos coqueteos —«deja de echar miraditas a todas esas mujeres»—, pero no dejaba por ellos de hacer su vida. Limpiaba la casa, lavaba la ropa, planchaba las cortinas, cuidaba de August y acudía religiosamente a su adorado teatro. Organizaba cenas para sus amigos, bebía champán hasta las dos de la mañana y le contaba a Goethe que había estrenado zapatos nuevos en una fiesta en la que había estado bailando con un apuesto joven.[254]

Goethe, en su respuesta, la camelaba y le tomaba el pelo. «Mi querida niña, no sé si podré volver o no en los próximos días», le escribió durante una estancia especialmente larga de varias semanas.

Todo dependería de si la inspiración llegaba. Si no, regresaría; pero si tenía suerte y se inspiraba, se quedaría en Jena y para escribir. Sus cartas rebosaban amor: «No quiero despedirme, cariño mío», le confesaba él, «sin decirte antes algo: que te quiero y pienso en ti». A veces la añoraba tanto que le pidió que fuese a Jena a pasar un par de días con él, y que se llevase a August. «Estoy harto, no paro de trabajar», le reconocía, «necesito apretarte contra mi corazón otra vez y decirte lo mucho que te quiero. Así de simple». Sin embargo, cuando ella lo visitó, no pudo quedarse con él en sus habitaciones del Castillo Viejo porque no estaban casados. Goethe reservó para ella una habitación en el Zum Schwarzen Bären, al otro lado de la calle, August, en cambio, sí se alojó con él.[255]

Era un padre paciente y cariñoso. August jugaba a menudo con otros niños en el patio del Castillo Viejo. De vez en cuando, Goethe ataba un trozo de bizcocho con un hilo y lo dejaba caer desde la ventana de su estudio para August y sus compañeros, que jugaban abajo. Disfrutaba contemplando sus caras de ilusión y sus risas lo hacían sonreír. Por más que trabajara, siempre sacaba un rato para estar con August. Un otoño, Goethe talló en una calabaza unos ojos y una boca terroríficos y puso una vela encendida en su interior; los niños estaban encantados de asustarse, riendo y huyendo al mismo tiempo de la aparición. Sus visitas se encontraban frecuentemente a August sentado en el regazo de Goethe mientras este leía, y los vecinos solían ver al gran poeta dando de comer a las palomas junto su hijo, en el patio.[256]

Daban largos paseos juntos, subiendo a veces a las colinas o explorando los sinuosos caminos del Paraíso, a lo largo del Saale, donde cazaban ranas. Goethe intentaba inculcar en August su amor por la naturaleza. Cuando fue creciendo, August empezó a añadir pequeñas notas a las cartas de su madre, sobre su pequeña parcela de jardín en Weimar, la mariposa que había cazado, los juegos a los que jugaba con los hijos del vecino, o dando las gracias a su padre por los dulces y las frutas. En invierno, cuando el río y los estanques se congelaban, Goethe se ponía su largo abrigo marrón, su sombrero de tres picos y sus patines, y se llevaba con él a August. A Goethe le encantaba deslizarse por el hielo y, a pesar de su abultada barriga, se movía con bastante rapidez y elegancia entre la multitud.[257]

También Schiller era un padre bueno e indulgente: los visitantes lo encontraban a veces a cuatro patas jugando a los leones con su hijo Karl y dejando que el pequeño se le subiera encima. A diferencia de otros padres de la época, Goethe y Schiller no arrumbaron a sus hijos en un cuarto para niños bajo la tutela de una institutriz, ni les dieron de palos, ni les inculcaron modales y conocimientos a base de bofetones y correazos. Sus hijos formaban parte de sus vidas, se

sentaban con ellos a la mesa; Charlotte Schiller amamantaba a los suyos y a veces August no dejaba dormir a Goethe.[258]

Ambos padres, Goethe y Schiller, eran seguidores de los novedosos puntos de vista sobre la infancia que había popularizado el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau, quien se rebelaba contra la doctrina religiosa de que los niños nacían con el pecado original. Rousseau insistía, por el contrario, en que estos eran esencialmente buenos por naturaleza. «Amad la infancia».[259] «Contemplad con mirada afable sus juegos, sus placeres, sus amables inclinaciones», escribió en su famosa novela *Emilio o De la educación,* en 1762, en la que pedía a los padres que otorgaran a los niños (esto es, a los varones) «una libertad controlada». La educación ha de basarse en proteger la inocencia original de los niños. Los padres deben alimentar la curiosidad natural de sus hijos y dejar que aprendan mediante el descubrimiento y el juego. La educación debe basarse en la libertad y no en la vara y en aprender las cosas de memoria.

Karl Schiller, de dos años de edad —el «Chico de Oro», como le llamaba su padre— era un poco salvaje, corría por el apartamento con un látigo en la mano y de vez en cuando arremetía contra los visitantes desprevenidos. A Goethe no le importaba. Lo cogía en brazos, le revolvía el pelo y hacía como que le regañaba. August era casi cinco años mayor que Karl, pero los dos niños se caían bien y jugaban juntos; «August está deseando ver a Karl», escribió Goethe.[260]

Cuando a finales de 1795 la amante de este, Christiane, estaba esperando otro hijo, Schiller deseaba que fuera una niña para que se casara con Karl; de este modo, él y Goethe estarían unidos por un verdadero vínculo familiar. Cuando nació el bebé y resultó ser otro niño, Goethe bromeó diciendo que ahora le tocaba a Schiller engendrar una niña para unir a las familias. Pero entonces llegó la tragedia. Dos semanas después, el bebé murió. Era el tercer hijo que la pareja perdía en cuatro años. Goethe rara vez hablaba de sus penas, ni siquiera con sus amigos íntimos, pero sufría muchísimo. Dos años antes, cuando su hija murió a los pocos días de nacer, se derrumbó en el suelo y se quedó llorando durante horas. La muerte de su hijo pequeño volvió a destrozarlo, pero se esforzó por mantenerse ocupado con el trabajo y con el pequeño August.[261]

A finales de 1795, pocas semanas después de la muerte del niño, Goethe y Schiller comenzaron a trabajar juntos en sus llamadas *Xenias*, (14) breves composiciones satíricas en las que atacaban a sus críticos. Su humor y su acidez fueron la mejor de las distracciones posibles, y Goethe se volcó en el trabajo. En los meses siguientes, compusieron casi un millar de *xenias*, mezclando y combinando sus versos y palabras de tal manera que no se sabía ya quién había escrito cada

una. Y esta estrategia de autoría oculta les permitió afinar la puntería y golpear con más fuerza.[262]

Las *Xenias*, decía Schiller, eran los hijos bastardos, traviesos y salvajes, de él y de Goethe. Mientras las componían, se reían tanto que los vecinos de Schiller podían oírlos. Cuando los versos les quedaban especialmente bien, se ponían a dar pisotones tan fuertes que temblaba toda la casa. Goethe «se paseaba con un matamoscas», dijo en broma, más tarde, Caroline, «y, de cada palmada que daba con él, salía un epigrama». Las *Xenias* alejaron los nubarrones negros y trajeron algo de sol y alegría —al menos para sus autores—. Después de cada sesión de escritura, los dos hombres salían del estudio de Schiller con los rostros iluminados y sonrientes.[263]

Fichte, por supuesto, fue objeto de sus burlas, y su filosofía del *Ich*, la protagonista de varios de los dísticos:

> *Yo soy yo, y a mí mismo me propongo como algo, y cuando me propongo como algo no propuesto, soy yo y todo lo demás que no soy yo. ¡Qué grande!*[264]

Al editor de *Deutschland*, Friedrich Reichardt —el periodista que se cebó con *Horen* en aquella reseña crítica— le dedicaron docenas de dísticos. «Aquí van otras pocas flechas, directas al costado de nuestro colega», le dijo Schiller a Goethe cuando le envió una nueva tanda en la que tachaba a Reichardt de escorpión ponzoñoso y mortífero:[265]

> *Ahí viene, escarabajeando, peloteando, el bichejo asqueroso de G-b-n.*(15)
> *Corre, huye, o habrás de sentir en tu piel su aguijón. ¡No hay quien lo frene!*[266]

Las *Xenias* estaban en boca de todo el mundo. Y a Schiller, por si no tenía bastante con los problemas que le ocasionaba *Horen,* le dio por publicar una nueva revista, el *Musen-Almanach* («Almanaque de las Musas»). La idea era que fuese menos erudita, más accesible y, por lo tanto, más rentable que la otra. Las *Xenias* serían perfectas para la nueva publicación, que muy pronto se ganó el apodo de «Almanaque de las Furias». Se vendió hasta el último ejemplar, y en un tiempo récord.[267]

Goethe y Schiller se embarcaron en otros proyectos conjuntos. Ya estaban con el *Wilhelm Meister*, pero Schiller hacía también una adaptación de una de las obras de Goethe para estrenarla en el teatro de Weimar. «Hasta cierto punto, la obra es tanto de él como mía», dijo. A principios de 1796, Schiller tenía ya claro que debía concentrarse en su obra lírica. «Este año», le confesó a Wilhelm von Humboldt, «voy a dedicarme por completo a la poesía».[268]

En mayo de 1796, seis meses después de que Schiller lo invitase a

Jena, August Wilhelm Schlegel llegó allí, de exploración, para encontrarse por primera vez con él en persona. Pasó varias semanas en la pequeña ciudad universitaria y disfrutó de cada minuto. Se veía con Schiller, pero también con Goethe, que llevaba en Jena desde finales de abril. En su equipaje había traído, ya terminada, la traducción de *Romeo y Julieta*, y un cuento escrito por Caroline.(16) El manuscrito de este se lo dejó a Schiller, y le leyó, de cabo a rabo, su Shakespeare a Goethe, que le dio, encantado, su aprobación.[269]

Goethe se acordó también de que había conocido a Caroline cuatro años antes en Maguncia, en casa del explorador y revolucionario Georg Forster. Quizá fuera la relación que August Wilhelm mantenía con Caroline lo que sacó a relucir el tema de las revoluciones, o quizá el panorama político general; como quiera que fuese, a Goethe le preocuparon un poco las peligrosas «tendencias demócratas» que mostraba August Wilhelm Schlegel. Pero le gustaban la mente brillante y la erudición de aquel joven escritor de veintiocho años. La presencia de August Wilhelm, le escribió Goethe a Wilhelm von Humboldt, hacía que sus discusiones fueran aún más entretenidas y chispeantes. Por su parte, August Wilhelm no podía creer que se encontrara entre los titanes literarios de su época: «Ahora estás», le escribió su hermano mayor, Moritz, «en el centro del gran mundo literario alemán». No había un lugar mejor.[270]

La decisión se tomó rápidamente. El 27 de junio de 1796, cinco semanas después de su llegada, August Wilhelm se dirigió a Weimar para un último encuentro con Goethe, que había vuelto a su casa tras una ausencia de seis semanas. De regreso a Jena, a August Wilhelm le cayó encima un violento y torrencial aguacero, pero se sorprendió al darse cuenta de que le importaba un comino. Su futuro estaba allí, junto a Caroline, y empezaría lo antes posible. El 29 de junio salió de Jena rumbo a Brunswick. Dos días después, el 1 de julio de 1796, Caroline y él se casaron.[271]

Al rescatarla del ostracismo social, August Wilhelm Schlegel ganó una colaboradora decisiva. El acuerdo era conveniente para ambos. «Su fama literaria despegó ahí, en ese instante», señaló uno de los más antiguos amigos de Caroline. El 8 de julio, una semana después de la boda, el matrimonio Schlegel llegó a Jena, y el círculo que Goethe llamaba la «nueva generación» se cerró así casi por completo.[272]

5
«LA FILOSOFÍA ES, EN SU ORIGEN, UN SENTIMIENTO»
Verano de 1796: Novalis enamorado

El 8 de julio de 1796, el mismo día en que Caroline y August Wilhelm Schlegel llegaron a Jena, el doctor Johann Christian Stark y dos de sus colegas se dirigieron a una pequeña casa situada más allá de las antiguas murallas de la ciudad para llevar a cabo una peligrosa operación quirúrgica.[273] El doctor Stark nunca anunciaba a sus pacientes el día ni la hora exacta de sus intervenciones. Había comprobado ya lo mucho que sufrían pensando en su futura operación, presas de la ansiedad y el pánico, y eso no les venía nada bien ni a ellos ni a él. Era mucho mejor tomarlos por sorpresa.

Al preparar la habitación del paciente, el doctor Stark y su equipo cubrían la cama con sábanas y colocaban el instrumental: bisturíes de diferentes formas, pinzas metálicas para retraer la piel y los músculos, jeringuillas, lancetas para abrir venas y perforar abscesos, tubos metálicos para drenar humores purulentos; y también vendas, gasas, hilo para ligaduras y un surtido de agujas rectas y curvas para ligar vasos sanguíneos y suturar heridas.[274] Nada se esterilizaba porque nadie sabía que los gérmenes eran la fuente de la infección.

Su paciente era Sophie von Kühn, de catorce años. Había viajado con su familia y su institutriz a Jena desde Grüningen, a unos sesenta kilómetros al noroeste. Sophie llevaba un año enferma, con una infección hepática y fiebres. Tenía un absceso en el hígado y un bulto en la cadera.[275] Sufría dolores terribles. Los tratamientos habituales para las fiebres inflamatorias incluían sangrías, cataplasmas de aceite, ampollas y pociones a base de minerales y hierbas que provocaban sudoración o vómitos, o ambas cosas. En ciertos casos, el doctor Stark recomendaba también colocar cinco o seis sanguijuelas en el recto y ponerle después al paciente un enema. La medicina del siglo XVIII era una tortura de «técnicas de limpieza» aplicada para purificar el cuerpo y que incluían también laxantes, purgantes y ventosas[276]. Durante el último año, Sophie había soportado todo el arsenal que tenía en su botiquín su médico de Grüningen, pero en el verano de 1796, los tratamientos se agotaron y se tomó la decisión, como último remedio, de operar a la paciente en Jena.

El doctor Stark era el mejor de la región.[277] Era el médico del duque, de Goethe y de Schiller, y había vacunado a los respectivos

hijos de estos últimos, August y Karl, contra la viruela. Enseñaba medicina en la universidad, dirigía un hospital materno en Jena y había publicado libros y artículos. Sin embargo, la intervención quirúrgica de Sophie era extremadamente peligrosa y la joven debía de estar aterrorizada.[278] Al no haber anestesia en aquella época, el único alivio que el médico podía suministrar era el láudano o el alcohol —vino, coñac, ron, etcétera—, que tal vez resultaran útiles en las intervenciones de poco calado, pero no ayudaban mucho en las cirugías importantes.

El día de la operación, Sophie ingirió la poción que el doctor Stark le había preparado y se acostó. Seguramente estaría vestida de la cabeza a los pies, aunque con las faldas remangadas. Los médicos siempre llevaban ropa de calle normal —bombachos, chaleco, chaqueta, peluca empolvada— y se cubrían con un delantal para protegerse de la sangre, el pus y otros fluidos corporales. El doctor Stark solía colocar un paño fino sobre la cara del paciente para que este no viera los instrumentos y la sangre.[279] Había llegado el momento de empezar.

Mientras el bisturí atravesaba la piel blanca de Sophie y la fina capa de grasa que envolvía al músculo, los ayudantes del doctor Stark sujetaban a la paciente con todas sus fuerzas. Con Sophie del todo consciente, el cirujano tenía que ser rápido. Se retiraron los colgajos de piel, los bisturíes extrajeron el bulto de la cadera y se ataron los vasos sanguíneos. Sophie experimentó el más insoportable de los dolores, pero lo resistió como una verdadera luchadora —pensaba su institutriz, mientras observaba el espantoso espectáculo—. El doctor Stark introdujo asimismo un tubo metálico en el absceso del hígado para drenar el líquido, pero había tanto que no dejó de fluir durante lo que pareció una eternidad. Era simplemente inconcebible «la de cosas que podían llegar a salir de la herida»,[280] señaló la institutriz, mientras veía a su querida Sophie sangrar y supurar. La herida rezumaba tanto que había que cambiar los vendajes constantemente, y hasta el por lo común confiado Stark no las tenía todas consigo sobre si su paciente saldría adelante.[281]

Aquella noche, la institutriz escribió una carta al prometido de Sophie, Novalis, instándole a que acudiera a Jena de inmediato.[282] Nadie le había informado del procedimiento para no angustiarlo. En cuanto recibió la carta, Novalis ensilló su caballo y cabalgó tan rápido como pudo los sesenta kilómetros que separaban Dürrenberg, donde trabajaba en las minas de sal, de Grüningen, para sentarse junto a la cama de Sophie. Cuando entró en la habitación de la paciente, se sorprendió al ver a su prometida alegre y tranquila, a pesar del dolor tan atroz que había sufrido, aunque el médico le advirtió de que quizá no sobreviviría. Novalis no estaba dispuesto a aceptar aquel desenlace.

Tenían demasiadas cosas que hacer.[283]

Novalis era un poeta y escritor de veinticuatro años que se llamaba, en realidad, Friedrich von Hardenberg.(17) Pertenecía a una antigua familia de aristócratas sajones, ricos en tierras, pero pobres en dinero. Fue uno más entre once hermanos, un niño enfermizo que estuvo a punto de morir de disentería a los nueve años y que, después de pasar meses en la cama, luchando por su vida, salió del trance más fuerte y decidido. Antes de aquello, era un niño soñador y retraído, pero su enfermedad lo transformó: se volvió vivaz, impaciente y curioso. Aprendió latín y griego, le gustaban los poemas y entretenía a sus hermanos menores inventando cuentos de hadas.[284]

En 1790, con dieciocho años, Novalis se matriculó en la Universidad de Jena, donde cayó bajo el hechizo de Schiller, su profesor. Fue él quien convenció a aquel joven impresionable para que dejara de beber y de batirse en duelo, «actos insensatos y locos», como él mismo se referiría después a sus primeros excesos juveniles y se tomara sus estudios más en serio. Como a tantos otros jóvenes, a Novalis le fascinó *Los bandidos* y Schiller se convirtió en el héroe de su juventud. Schiller, según Novalis, «valía más que un millón de personas corrientes».[285] Después de Jena, se fue a estudiar a Leipzig, donde también salía a divertirse y se hizo amigo del hermano menor de August Wilhelm Schlegel, Friedrich. Desde entonces, se había calmado un poco y ahora trabajaba en las minas de sal, repartidas por los estados sajones, junto al cascarrabias de su padre. La familia vivía en Weißenfels, una ciudad situada a unos cincuenta kilómetros al nordeste de Jena. Y aunque Novalis tenía que trabajar para ganarse la vida, gozaba de la confianza que otorgan el linaje y los privilegios.

Era alto, delgado y guapo, casi como una niña, de rostro y labios delicados. Su piel era casi translúcida y su largo cabello de un color castaño claro. Vestía ropas sencillas y sus ojos, según decían sus amigos, tenían un brillo etéreo y embriagador que los cautivaba a todos.[286] Hablaba deprisa, saltando de un tema a otro sin descanso. Y era también un lector voraz, capaz de absorber un libro en una cuarta parte del tiempo que empleaban sus amigos en leerlo y relatar en detalle su contenido meses después. Tenía una voz melodiosa, a decir de uno de sus amigos, y poseía una gracia y ligereza naturales. Nunca fue altivo ni arrogante, estaba siempre animado, con una alegría casi infantil.[287]

Contemplaba lo ordinario con asombro y lo inusual con aceptación. Dormía poco y trabajaba mucho. Novalis decía que no se aburría nunca. Todo lo que estudiaba o aprendía lo hacía con entusiasmo, ya fuera leer libros filosóficos, poesía o trabajar como empleado de un

magistrado y recaudador de impuestos con la intención de prepararse para el trabajo en las minas de sal que dirigía la familia. Todos coincidían en que había algo mágico, intenso y casi hipnótico en aquel joven. Tanto las mujeres como los hombres se enamoraban de él. «Me deslumbró», dijo una mujer.[288] Otra admiradora suya confesó que pocas personas en toda su vida habían dejado en ella una impresión tan profunda.[289]

En los últimos años, Novalis había hecho con regularidad el viaje de cinco horas desde la casa familiar en Weißenfels hasta Jena.[290] Seguía siendo devoto de Schiller, pero también había conocido a Fichte el año anterior.[291] Después de ver «las primeras chispas eléctricas que brotaron de esta ardiente cabeza»,[292] como dijo él mismo más tarde, se puso a estudiar con pasión la filosofía del *Ich* de Fichte en el invierno de 1795-1796. Pluma en mano, no dejaba de tomar notas en sus cuadernos mientras leía y profundizaba en los escritos del filósofo, desesperado a veces por los «terribles bucles de abstracción» a los que este acostumbraba.[293] No obstante, perseveró, llenando más y más páginas. Puede que Fichte no fuera el mejor intérprete de su propio instrumento, concluyó Novalis —otros quizá fuesen mejores «fichtosofando que el propio Fichte»—,[294] pero había inventado una forma de pensar completamente nueva. Para Novalis, Fichte era un segundo Copérnico, «el que me hizo despertar».[295]

Novalis tomaba sus apuntes a trompicones, unas veces concentrándose durante largos periodos exclusivamente en la filosofía de Fichte, y otras robándole alguna que otra hora al sueño, por la noche, después de un largo día de trabajo. En el transcurso de estos estudios, llenó quinientas páginas con sus notas, un largo diálogo con Fichte en el que Novalis preguntaba, cuestionaba, extraía, refutaba, dudaba y respondía. Algunas de estas notas, divididas en casi setecientas secciones numeradas, eran extensos discursos filosóficos sobre temas planteados por la *Wissenschaftslehre* de Fichte; otras, solo el núcleo de una idea o un pensamiento, o simples listas de preguntas y recordatorios destinados a sí mismo. En muchas de las páginas se elaboraban procesos de pensamiento complejos que mostraban una profunda comprensión filosófica, y algunos apuntes servían como máximas de autoayuda: «practica la lentitud»,[296] «basta que uno lo quiera para que pueda»[297] o «por dónde salir, adónde ir, cómo debo actuar».[298] Algunas secciones tenían varias páginas de extensión, otras se reducían a una o dos líneas, pero muchas de ellas mostraban un compromiso feroz con las ideas de Fichte. Sus estudios ayudaron a Novalis a entenderse a sí mismo y su lugar en el universo. «¿De dónde sacaré mis ideas?», se preguntaba. «De mí, de mí mismo necesariamente. Yo soy, para mí, la base de todos los pensamientos».

[299]

La entronización del *Ich* que llevó a cabo Fichte inspiró a Novalis para aprender de sí mismo. «La filosofía de Fichte», anotó, «es un llamamiento para que uno ponga en marcha su sí mismo», pero también creía que la argumentación del filósofo era, en esencia, circular. «Si el *Ich* se propone a sí mismo y con este acto crea el no *Ich*», se preguntaba Novalis, «¿de dónde viene entonces el *Ich* original?». Ni la realidad ni el mundo externo —acabó por pensar— podían ser una construcción del *Ich*, sino que ya debían estar ahí, de algún modo. Aunque no pudiera conocerse, sí podía percibirse. «La filosofía es, en su origen, un sentimiento», dijo.[300]

Durante aquel año de intensa lectura y de estudio, Novalis llegó a admirar a Fichte, aunque con reservas. ¿Por qué, por ejemplo —se preguntaba— el gran filósofo había pasado por alto el «amor», el asunto más importante de todos?[301] «La libertad y el amor son una sola cosa»,[302] insistía Novalis. Un niño era la encarnación misma del amor —la prueba viviente del vínculo entre dos personas—, decía, y la humanidad era la expresión del amor entre la naturaleza y la mente.[303]

Aunque el *Ich* de Fichte era poderoso y libre, a Novalis le costaba encajar que permaneciera separado del no *Ich*. Con su *Ich* autopropositivo, Fichte había definido un punto de partida singular, pero que no desembocaba en un mundo unificado. Novalis se alejaría del frío y alienante no *Ich* de Fichte añadiendo a la ecuación el amor. «El amor», escribió, era una «fuerza sintetizadora»[304]. Eso significaba que el no *Ich* de Fichte se volvía humano —se convertía en un «Tú»—.[305] La teoría del amor era la más alta de las ciencias, según Novalis.[306]

En aquella época, el amor estaba muy presente en la mente y la vida de Novalis. «Las ciencias y el amor colman toda mi alma»,[307] confesó. Novalis había conocido a su prometida Sophie dieciocho meses antes, a finales de 1794, cuando ella tenía solo doce años. Sophie, que, como él, procedía también de una familia aristocrática sajona, había crecido en un hogar cálido, ruidoso y de mentalidad abierta, muy diferente al del poeta. El padre de Sophie podía llegar a ser un tanto bruto a veces, pero también era amable y afectuoso. En vez de con una oración, bendecía las comidas con el brindis: «Por aquello que amamos».[308] El padre de Novalis, por el contrario, era un antiguo soldado y un devoto moravo que consideraba la religión no como una elección personal, sino como un mandamiento, la condición indispensable para la vida.[309] Sus maneras de educar en la religión consistían en abroncar a voz en grito a la familia y a los sirvientes.

El padre de Novalis estaba constantemente arrodillado, rezando y prohibiendo cualquier reunión social en Weißenfels. Pero a los miembros de la familia de Sophie les gustaba beber y cantar mientras se tomaban el pelo mutuamente. Era gente alegre que solía jugar a las cartas después del desayuno, la comida y la cena.[310] Poco convencionales y muy tolerantes, abrazaron las ideas de la Revolución francesa, algo que el padre de Novalis rechazaba de plano. La revolución, la reforma y la Ilustración eran temas que Novalis evitaba en su casa.[311] Las diferencias entre padre e hijo no podían ser más evidentes. El hermano menor de Novalis señaló que el «ciego celo religioso y la furiosa hostilidad hacia cualquier cosa llamada "reforma"»[312] de que hacía gala el padre abrieron un profundo abismo entre los dos. En cambio, Novalis se sentía como en casa entre la ruidosa y atenta familia de Sophie.[313] Ella, Sophie, era el centro de todo. A los quince minutos de conocerla —le dijo Novalis a su hermano— su vida dio un vuelco. Aunque no fuera más que una niña, Novalis la escogió como esposa. Hasta el momento había sido un joven indómito y apasionado; de repente, deseó casarse.[314]

No se conserva ninguna carta de Sophie al poeta, pero a juzgar por un breve diario y las pocas frases que añadió a las notas de su familia para él, era la típica adolescente, de ortografía errática, que escribía «de oído», cuyos temas de conversación eran el tiempo que iba a hacer o las cosas de su familia, y cuyo diario estaba lleno de entradas de dos líneas que repetían hasta la saciedad frases como «Una vez más no pasó nada»,[315] o listas en las que enumeraba las visitas de Novalis, con su nombre escrito de múltiples maneras. Le gustaban la música, la comida y sus hermanas, pero, a pesar de su edad, le plantaba cara a Novalis. Jugaba con él como en una partida de cartas, decía su hermano. Le levantaba el ánimo y, al minuto siguiente, era capaz de aplastarlo,[316] todo ello mientras se paseaba por la habitación silbando inocentemente una tonadilla. «Yo también pienso en ti», le dijo a Novalis, y añadió: «Cada vez que me acuerdo».[317]

Nada de esto le importaba a Novalis. Era enamoradizo y, en los últimos dos años, había coqueteado con varias jóvenes.[318] Las páginas de su diario revelan a un hombre que lucha contra sus deseos carnales y que registra obcecadamente su excitación sexual y sus masturbaciones. Un día anotó: «Esta mañana he vuelto a ser sensual», unos días después: «La lascivia se prolongó desde la mañana hasta la tarde»; pasados dos días: «Mucha lascivia»; y, menos de una semana más tarde: «He llevado la lascivia un poco lejos»; para terminar con: «La fantasía lasciva de esta mañana provocó una explosión por la tarde». Se felicitaba cuando no cedía a la tentación: «Hoy he sido bastante bueno».[319] De adolescente, había escrito poemas eróticos en los que candorosas jovencitas de mejillas sonrosadas jugaban

desnudas en los arroyos, con sus pechos incipientes como brotes:

Besamos y besamos esas bocas tan dulces,
pero tan solo aquí, en nuestros poemas.
Y esos pechos pequeños y rosados
en sueños del color de las violetas.[320]

O:

La seda rosada envolvía su cuerpo agitado y las rosas
de sus senos tímidamente asomaban tras su ceñida prisión.[321]

Pocos meses antes de conocer a Sophie, Novalis y su hermano menor Karl pasaron el verano en Wittenberg, en Sajonia —varias semanas en las que se dedicaron básicamente a cantar, beber, bailar y seducir—. En vez de visitar los lugares de interés de aquella ciudad donde Martín Lutero inauguró la Reforma protestante al fijar sus «Noventa y cinco tesis» en la puerta de la iglesia del castillo, los hermanos prefirieron dedicarse a «explorar a las chicas guapas y estudiar la física experimental de sus pechos y sus físicos»,[322] se vanagloriaba Novalis. Pero se alegró de que aquel verano lleno de tentaciones se acabara: ¿cómo iba a poder controlarse rodeado de mujeres dispuestas a ser seducidas? Era mejor distanciarse un poco. «Al final evité todos los *tête-à-tête*»,[323] le dijo a su otro hermano. «Eran demasiado tentadoras». Incluso el día antes de conocer a Sophie, Novalis le escribió una carta a un amigo en la que describía al «Diablo de la lascivia»,[324] que no lo dejaba en paz ni en el viejo despacho atestado de humo donde trabajaba.

Al principio, todo el mundo supuso que el enamoramiento de Novalis por Sophie no era más que otro capricho suyo y que se le pasaría enseguida, pero sus sentimientos no amainaron. ¿Es que solo una chica tan joven e ingenua como Sophie podía refrenar los impulsos sexuales de Novalis? Ella era, simple y llanamente, demasiado joven para ser seductora.[325] Cuatro meses después de su primer encuentro, Sophie aceptó casarse con Novalis. Se comprometieron en marzo de 1795, pocos días antes de que ella cumpliera trece años, pero mantuvieron el acuerdo en secreto durante un año más. Cuando los padres de él se enteraron, no les hizo, de entrada, mucha gracia, pero finalmente aceptaron que su hijo se casara con una chica tan joven.[326] Después de todo, comprometerse tan pronto no era tan inusual en los círculos aristocráticos y, en cualquier caso, la boda habría de esperar aún unos años más, hasta que Sophie creciera.

Pero entonces, ella enfermó.

El día de la espeluznante operación quirúrgica de Sophie, Novalis recibió una carta de su viejo amigo de la universidad Friedrich Schlegel. En ella le informaba de que se trasladaba a Jena, donde se reuniría con su hermano August Wilhelm y su cuñada Caroline. Como Weißenfels estaba de camino, sería fácil volver a verse, sugería. Hacía tres años que no se veían y los planes de Friedrich permitirían a Novalis ir a Jena antes de que el huésped llegara, para visitar a Sophie. Ven, dijo Novalis, y quédate «todo el tiempo que quieras».[327] Dos semanas después, Friedrich Schlegel envió su enorme maleta y partió a pie. Debido a sus cada vez más acuciantes deudas, había decidido tomar la diligencia solo hasta Leipzig y luego caminar los últimos cuarenta kilómetros hasta Weißenfels.[328] Tenía ganas de ver a Novalis.

Cuando en 1792 se conocieron en Leipzig, se gustaron de inmediato. Friedrich Schlegel y Novalis formaban un equipo perfecto.[329] Discutían y se peleaban constantemente, a menudo acusándose el uno al otro de arrogancia y orgullo, y enseguida alabando el uno el genio del otro. Novalis le reprochaba a Friedrich su vanidad, su susceptibilidad y su malicia, y Friedrich a su amigo su frivolidad, su veleidad y su falta de formalidad. Se instaban el uno al otro a ser coherentes, considerados y razonables, para tropezar, acto seguido, con líos amorosos, ofenderse mutuamente o sumergirse en la poesía. Se peleaban, se amenazaban con batirse en duelo y luego se reconciliaban. Aunque solo era siete semanas mayor, el impulsivo Friedrich asumió el improbable papel de mentor del no menos enérgico Novalis.[330]

En una larga carta a su hermano August Wilhelm, Friedrich describió a su nuevo amigo como alguien con potencial para convertirse en un gran poeta. Novalis era todavía demasiado distraído, demasiado errático y demasiado inmaduro, pero de una percepción original y con un fuerte acento sensual, decía Friedrich: «Puede hacer cualquier cosa, es capaz de lograrlo todo, pero también podría acabar no haciendo nada».[331] Novalis hablaba más —y más rápidamente— que nadie, con pasión, enfervorecido. Y aquel fuego que alimentaba sus palabras estaba también en todas partes, decía Friedrich: en sus ojos, en su voz, en su rostro.[332] A él, desde luego, lo había cautivado. «Es un placer sensual habitar en su corazón»,[333] escribió en la misma carta. Novalis, por su parte, admiraba la actitud poco convencional y la agudeza mental de su amigo. «Tú me introdujiste en el Cielo y el Infierno», le decía, «por ti probé el fruto del Árbol del Conocimiento». Friedrich era su «sumo sacerdote», y él, Novalis, el «profeta» de Friedrich.[334]

Pero había diferencias entre ellos. Friedrich tenía tendencia a la

autocompasión y Novalis era alegre y optimista. Friedrich se negaba incluso a pensar en hacer carrera y Novalis estuvo dieciocho meses con un magistrado y recaudador de impuestos preparándose para gestionar las minas de sal junto a su padre. Friedrich no tenía ningún deseo de «encadenarse a un yugo burgués»[335] y Novalis suspiraba por «una noche de bodas y un matrimonio con herederos».[336]

A finales de julio de 1796, cuando Novalis volvía de Jena tras visitar a Sophie, se encontró con Friedrich Schlegel en el camino.[337] Novalis estaba esperanzado con respecto a las perspectivas de recuperación de Sophie, y aguardaba con ilusión los próximos días en Weißenfels junto a Friedrich. Weißenfels, al igual que Jena, se encontraba a orillas del río Saale y, con cuatro mil habitantes, tenía más o menos el mismo tamaño, pero las dos ciudades no podían ser más distintas. El apogeo de Weißenfels era cosa del pasado. Un imponente castillo del Barroco temprano —donde un niño de ocho años, Georg Friedrich Händel, había tocado el órgano casi exactamente un siglo antes— se alzaba sobre la ciudad, pero hacía tiempo que estaba abandonado. Sin universidad, y sin ningún filósofo o poeta célebre paseándose por sus calles, Weißenfels debió de parecerle a Friedrich, que venía de las bulliciosas Dresde y Leipzig, una ciudad muy provinciana.[338]

Aunque Novalis procediera de una antigua familia aristocrática, no vivía en una gran finca rodeada de vastas extensiones de tierras. Cuando Friedrich Schlegel enfiló la Klostergasse de Weißenfels se encontró con una sencilla casa de tres plantas, de finales del siglo XVII, sin ornamentos. Detrás de ella, había grandes dependencias dispuestas alrededor de un patio y un pequeño jardín decorativo con un bonito pabellón de estuco que tenía ventanas en tres de sus lados. Se encontró también con mucho ajetreo. Los sirvientes subían y bajaban las escaleras, los empleados de las salinas trabajaban en las oficinas de la planta baja y los comerciantes iban y venían entregando mercancías. Con los dos padres, vivos aún, y los diez hermanos de Novalis, de entre dos y veinticinco años, viviendo también en la casa, la falta de espacio debía de resultar un tanto agobiante.

Novalis ya no era el mismo, había cambiado desde sus salvajes días de estudiante en Leipzig. «Ya no tengo tanta prisa», le dijo a Friedrich, «he aprendido a ir despacio». Pero por muy despacio que fuese ahora, lo cierto es que las palabras seguían saliendo por su boca a borbotones. No podía parar de hablar. Su tema favorito, le dijo a Friedrich, tenía el mismo nombre que su novia: «Sophie se llama: y Filo*sophie* es la esencia de mi vida y la puerta hacia mi yo más íntimo».[339] Para Novalis, la filosofía no era una simple asignatura académica, sino un camino hacia sí mismo. Solo daremos sentido al

mundo cuando nos comprendamos a nosotros mismos y viceversa, diría más tarde, «porque nosotros y él somos las dos mitades de un todo».[340] Formamos parte del sistema, insistía, y podemos «vislumbrarnos como un elemento del sistema».[341]

Tanto Novalis como Friedrich Schlegel desarrollaron la filosofía de Fichte y la volvieron más dinámica. En lugar de la oposición fichteana entre el yo y el no yo, Novalis describía un «movimiento de ida y vuelta»[342] en el que lo subjetivo se convierte en objetivo, lo espiritual en físico, lo particular en general y viceversa. La filosofía tenía que ser contradictoria, afirmaba, por su parte, Friedrich Schlegel.[343] Cada consecuencia lógica, cada pensamiento, cada conclusión se cuestionaba de inmediato, se hostigaba, se ponía a prueba una y otra vez. Querían dar vueltas y vueltas hasta marearse.

La filosofía de Fichte daba la sensación de ser un círculo cerrado. Su *Wissenschaftslehre* se basaba en la idea fundamental de que el yo se observaba a sí mismo al reflexionar sobre sí mismo como un yo pensante. Sin embargo, teóricamente, una vez que el yo se volviera del todo consciente de sí mismo, el proceso de autorreflexión también se completaría. En este punto, Novalis y Friedrich Schlegel discrepaban de Fichte, porque, para ellos, la filosofía era un proceso interminable de pensamiento sobre el propio pensamiento.[344] Era una reflexión infinita sobre el mismo acto de reflexionar. Y como Novalis creía que el mundo y nosotros somos una sola cosa, ese pensamiento oscilaba perpetuamente entre la reflexión sobre uno mismo y la reflexión sobre el universo. Friedrich y Novalis giraban en un remolino cada vez más grande y rápido que arrastraba al yo, al mundo, a la poesía y todo lo demás hacia la raíz misma de su centro.

La conversación con Novalis sobre filosofía, Sophie y el amor le recordó a Friedrich Schlegel sus propios sentimientos. Durante su estancia en Weißenfels, envió una carta a su cuñada Caroline, que acababa de llegar a Jena, en la que rememoraba cómo se habían conocido, en 1793, tres años antes, al poco de que ella saliera de la cárcel, en el pequeño pueblo cercano a Leipzig.[345] «Imagina», le escribió, «que me encuentro ante ti, agradeciéndote en silencio todo lo que has hecho por mí y conmigo». Ella había sido fundamental en su formación o, al menos, en parte: «Que sea quien soy, te lo debo, en cierta medida, a ti».[346] Que Caroline hubiera tenido un hijo de otro hombre y que su hermano mayor, August Wilhelm, la amara, poco importó. Friedrich Schlegel se enamoró de ella.

En aquel tiempo, él iba a verla a menudo desde Leipzig y pasaba horas hablando y discutiendo sobre política, poesía, Goethe y las poderosas figuras femeninas de las mitologías antiguas. Caroline le

leía y le recomendaba libros. Ella era casi nueve años mayor que él, de modo que llevaba la voz cantante. «Muy pronto sentí la superioridad de su mente sobre la mía»,[347] recordaba después Friedrich. Era como si Caroline reequilibrara y canalizara la inquieta energía de Friedrich Schlegel. Al hilo de sus conversaciones sobre los poetas de la antigua Grecia y Roma, él comenzó a escribir ensayos y ella se los corregía. Sus opiniones sobre la poesía, le dijo él a su hermano August Wilhelm, eran novedosas y fascinantes, al igual que su ferviente apoyo a la Revolución francesa. «Ella me convirtió en una persona mejor», confesó más tarde.[348]

Hasta que conoció a Caroline, no se había interesado realmente por la trascendental revuelta política que se estaba produciendo en Francia. Ella, que había sido testigo del nacimiento de la efímera República de Maguncia, le abrió la mente. Lo que ocurrió en Francia, decía ahora Friedrich Schlegel, fueron los primeros movimientos de conciencia del mayor de los *Ich*, el *Ich* de una nación. Esto no quería decir que Friedrich Schlegel fuera a echarse a las calles a luchar, pero la Revolución francesa había demostrado que las palabras eran tan importantes como la acción. «Las revoluciones no solo hay que hacerlas», escribió, «también hay que hablarlas».[349]

Al principio, a August Wilhelm le preocupaba la influencia política que Caroline ejercía sobre su hermano menor,[350] pero pronto él mismo se dejó convencer por ella. August Wilhelm también pensaba ahora «cosas un tanto diferentes sobre mis amigos, los republicanos», [351] le dijo Caroline a Friedrich poco después de que su hermano llegara a Brunswick. De todos los amigos que pronto estarían juntos en Jena, solo Caroline había vivido la Revolución en persona, pero todos ellos conocían bien el poder político de las palabras a través de la lectura de ensayos, tratados y periódicos. «Una orden, una palabra, movilizó a los ejércitos», escribiría pronto Novalis: «la palabra libertad».[352]

Friedrich Schlegel estaba maravillado con Caroline. Era una mujer rebosante de ingenio, de una brillantez cautivadora. Él había estado junto a ella cuando nació su hijo, paseándose por el patio como un padre nervioso, expectante,[353] mientras oía sus gritos al dar a luz. Si ella lo amara, ese amor sería, para él, la más sagrada de sus posesiones, dijo. Estaba locamente enamorado, pero se aferró a la amistad entre su hermano y él y reprimió sus sentimientos, a pesar de que «su pasión lo desbordaba, ardía y lo corroía en lo más profundo de su ser».[354] August Wilhelm nada sabía del asunto.

Tras una semana en Weißenfels, Friedrich se despidió de Novalis y recorrió los cincuenta kilómetros que le separaban de Jena.[355] A medida que se acercaba a la ciudad que acabaría convirtiéndose en su nuevo hogar, su inquietud aumentaba. Tan solo unos días antes, el

último número de la revista filofrancesa *Deutschland* llegó a manos de sus suscriptores. Contenía una reseña crítica de la nueva publicación de Schiller, *Musen-Almanach*, escrita nada menos que por Friedrich Schlegel. A diferencia de otros críticos, que preferían guardarse las espaldas y operar en el anonimato, Friedrich había añadido ingenuamente su nombre.[356] Sin embargo, poco antes de abandonar Dresde, se le ocurrió que Schiller podría estar molesto. Por eso le rogó a Christian Gottfried Körner, uno de los amigos más íntimos de Schiller, que abogara por él, cosa que Körner hizo obedientemente.[357] También pidió a su hermano August Wilhelm que intercediera, pero aún no sabía cómo se lo habría tomado Schiller, cuya susceptibilidad era más que notoria.[358]

6
«NUESTRO MARAVILLOSO CÍRCULO»
Verano-invierno de 1796: La llegada de los Schlegel

A los pocos días de llegar a Jena, el 8 de julio de 1796, August Wilhelm y Caroline Schlegel conocieron a todas las personas importantes. Siempre inmaculadamente vestidos, formaban una bonita pareja. August Wilhelm era meticuloso no solo en su trabajo y su escritura, sino también en su vestimenta. A diferencia de su hermano Friedrich, que nunca se había interesado por su ropa, ni por la higiene siquiera, August Wilhelm lucía siempre un aspecto perfecto, cuidado hasta el más mínimo detalle, con su abrigo cepillado, el chaleco derecho y bien colocado, y una corbata de seda blanca anudada al cuello. Sin embargo, a pesar de toda su corrección, llevaba el pelo rizado corto y sin empolvar —la generación más joven solía mostrar así sus simpatías republicanas— en una época en que la mayoría de los hombres seguía llevando el pelo atado en una coleta.[359]

Caroline, que tenía talento también como costurera, confeccionaba ella misma la mayor parte de su ropa y sus sombreros, y a menudo copiaba la última moda francesa llevando vestidos de muselina flotante que colgaban holgadamente sobre los senos y se ataban con un cinturón de seda justo por debajo del pecho. Afortunadamente, en la vecina Weimar se editaba la popular *Revista del lujo y la moda*, una de las primeras revistas de este género que se publicó en el mundo. En sus números mensuales se comentaban vestidos, sombreros y peinados, junto a ilustraciones en color que Caroline podía utilizar como patrones.[360]

La moda había cambiado radicalmente durante la edad adulta de Caroline. De joven, en Gotinga, había llevado corsés ajustados para sujetar la cintura y faldas llenas con amplias enaguas.[361] Desde entonces, los escotes se habían reducido, las cinturas se habían elevado y los finos vestidos de algodón acariciaban el cuerpo en lugar de aprisionarlo. Eran diseños inspirados en los vestidos drapeados de la Antigüedad clásica, que gustarían mucho a Caroline, seguro, tanto por su comodidad y belleza como por su asociación con la cuna de la democracia. Los chales de seda o lana mantenían caliente la carne expuesta, las plumas rebotaban en el cabello y las mangas ajustadas dejaban ver los brazos torneados. La mayoría de los vestidos eran blancos, a veces de un delicado amarillo claro o rosa, pero nada

demasiado brillante o llamativo. Algunos bordados, o cintas y cinturones exquisitamente anudados, añadían elementos de discreta elegancia y ornamentación.

Su aspecto preocupaba a Caroline tanto cuanto estaba orgullosa de su educación. Era inteligente, erudita y encantadora, y lo sabía. Confiaba en sus opiniones sobre literatura, arte y política, y su forma de hablar de estos asuntos nunca era árida ni academicista. Pasaba sin esfuerzo de un tema a otro, entrelazando alguna anécdota frívola con sus reflexiones literarias. Friedrich Schlegel dijo que Caroline exhibía una «mezcla audaz de cualidades muy diferentes»: podía ser una dulce esposa y una madre cariñosa, una amante coqueta y una sabia colaboradora. Los hombres se enamoraban fácilmente de ella. «Con una sola mirada es suficiente», dijo Friedrich después de conocerla.[362]

Otro admirador declaró que Caroline lo había subyugado en un cuarto de hora, pero también confesó que no habría sobrevivido a un duelo intelectual con ella.[363] A Caroline no le interesaba hacer de esposa recatada y doméstica, y reconocía su «necesidad firme, casi instintiva, de independencia». Esta actitud le granjeó la animadversión de otras mujeres toda su vida.[364]

Al día siguiente de su llegada, Caroline y August Wilhelm visitaron a los Schiller. El embarazo de Charlotte Schiller estaba muy avanzado, pero a pesar de que el bebé se esperaba de un momento a otro, ella les ayudó a encontrar una criada y les prestó el té que habían olvidado empacar en Brunswick. Aunque andaba inquieto debido al inminente nacimiento, Schiller encontró tiempo para dar una cálida bienvenida a Caroline y August Wilhelm. Dos días más tarde, mientras cruzaban la ciudad para visitarlos de nuevo, alguien les dijo que el bebé de los Schiller acababa de nacer hacía apenas quince minutos. En Jena, las noticias volaban. No obstante, Schiller bajó a conversar brevemente con ellos a la puerta de su casa, antes de volver corriendo con su mujer y su hijo recién nacido.[365]

Schiller se alegraba de que August Wilhelm estuviera por fin en Jena y se quedó muy impresionado con Caroline. Disfrutaba en su compañía, como le escribió a Wilhelm von Humboldt unos días después, aunque solo el tiempo diría si «bajo la rosa» se ocultaba «alguna espina».[366] Goethe no estaba en la ciudad, pero tenía muchas ganas de ver a los Schlegel. Una semana después, viajó a caballo desde Weimar a Jena, habló con Schiller sobre el manuscrito de la octava y última parte del *Wilhelm Meister* y, al día siguiente, se dirigió a la pequeña villa con jardín que August Wilhelm y Caroline tenían alquilada al sur de las antiguas murallas de la ciudad.[367]

Goethe conoció a Caroline en 1783, en la casa del padre de esta, en Gotinga, y luego se la volvió a encontrar en Maguncia, en 1792, un

año antes de que la encarcelaran. Pero cuando la criada le anunció la llegada del famoso poeta, Caroline apenas lo reconoció de lo gordo que estaba. Era un caluroso día de verano y Caroline se alegró de no haberse quitado las medias o de no andar en ropa interior, cosa que solía hacer en cuanto subía la temperatura.[368]

Estaba encantada con la visita. Se dedicaron a recordar tiempos felices, cuando eran despreocupados y alegres. Posiblemente sintiéndose un poco culpable, Goethe no le dijo que había desechado una petición para ayudarla en 1793, cuando ella estaba en la prisión de Königstein. Una de las muchas cartas que Caroline, August Wilhelm y su familia escribieron en aquella época llegó a manos de un viejo amigo de Goethe, que le transmitió la petición. Goethe la recibió en el campo de batalla, durante el bombardeo de Maguncia, justo en un momento en que tenía el ánimo por los suelos. Sin ninguna gana de ayudar a los simpatizantes franceses, respondió que los prisioneros se encontraban bajo la jurisdicción del gobernante del electorado de Maguncia y que él no podía hacer nada. Caroline, que nunca llegó a saberlo, estaba encantada con su atención. Cuando Goethe se marchó, «amenazó» con pasar a menudo a visitarlos, aprovechando sus paseos diarios por el Saale.[369]

Durante las semanas siguientes, August Wilhelm y Caroline recorrieron los salones de Jena, en los que conocieron a escritores, profesores y algunos estudiantes. Estaban el Club de Profesores y los conciertos en la taberna Zur Rose, y, al no haber teatro en Jena, los invitaron a participar en las obras de aficionados que se organizaban en casas particulares.[370] Les presentaron a Fichte —«un hombre bajito y corpulento, de ojos ardientes, muy descuidado en su vestimenta», observó Caroline—, que acababa de llamar a su hijo recién nacido Immanuel, en honor a su héroe filosófico. Tras la pelea de Fichte con Schiller a causa del ensayo para *Horen*, su relación se había enfriado y ahora se evitaban mutuamente, lo que en una ciudad tan pequeña solo era posible porque Schiller apenas salía de casa. El propio Fichte había retomado sus seminarios, tras pasar unos meses en Oßmannstedt, en el verano anterior, y «ejércitos de jóvenes creyentes» seguían llenando su auditorio.[371]

Diez días después de que Caroline y August Wilhelm se mudaran a Jena, unos trescientos estudiantes atravesaron la ciudad desde la universidad hasta la casa de Fichte, esta vez no para lanzar piedras a las ventanas, sino para dar una serenata a su profesor y felicitarle por el nacimiento de su hijo.[372] Cuando Fichte salió a recibirlos, se emocionó tanto que se le quebró la voz varias veces. Todo era demasiado para él. Para su sorpresa, y la de todo el mundo, Johanne,

que era ya cuarentona, había dado a luz un niño sano y allí estaban sus alumnos, cantando en su honor. Qué diferencia entre su situación actual y la de un año antes.

August Wilhelm y Caroline también se veían regularmente con Schiller, pero este no se sentía bien. La edición de *Horen* y *Musen-Almanach* ocupaba gran parte de su tiempo, aunque su malestar no era solo una cuestión de trabajo. Su hermana menor había muerto a principios de año, otra hermana y su padre estaban gravemente enfermos, y él andaba inquieto a causa de los avances militares de los franceses,[373] que habían llegado ya hasta Italia, mientras otros dos ejércitos se adentraban en los territorios alemanes. Todo el mundo estaba conteniendo la respiración.

La gente en Jena «temblaba», le escribió Caroline a Luise Gotter poco después de su llegada.[374] La guerra colocaba a quienes habían abrazado los ideales de la Revolución francesa en una posición incómoda. ¿Debían apoyar un conflicto que amenazaba a sus propios estados o dar la bienvenida a los franceses? ¿Debían ser patriotas y luchar por sus países, o esperar que los franceses les trajeran la Revolución? Un escritor alemán preguntó: «¿Por quién lucháis, valientes alemanes? ¿Por la prole vulgar de los nobles y príncipes?».[375]

Admirar a los franceses y su revolución resultaba relativamente fácil desde la distancia; a otros estados alemanes no les había ido tan bien como al ducado de Sajonia-Weimar. Los ejércitos pasaban por los pueblos y ciudades dejando un reguero de destrucción y hambre, saqueando a la gente y quemando sus casas. Hasta ahora, las batallas habían parecido bastante lejanas, pero cuando la vecina Sajonia decidió luchar junto a los austriacos contra los franceses, el ducado de Sajonia-Weimar, aliado, lo secundó. En mayo de 1796, la infantería uniformada de verde y amarillo del duque Carlos Augusto recorrió cuatrocientos kilómetros para luchar cerca de Tréveris y Maguncia.[376] Pero el ejército francés siguió haciendo acopio de fuerzas y pocas semanas después cruzó el Rin. A mediados de julio, los franceses ocuparon Stuttgart, en el ducado de Wurtemberg, donde vivían los padres de Schiller.(18) Este temía por sus vidas.[377]

Desde Weimar, Goethe envió a su amigo de Jena todas las noticias que pudo conseguir a través de los canales gubernamentales, pero pasaron semanas antes de que Schiller recibiera por fin una carta de su hermana. Los soldados franceses habían aporreado su puerta, le escribió, y después irrumpieron exigiendo comida y ropa. Metieron en sus petates camisas, zapatos, cucharas de plata y dinero, y arrancaron los chales de los hombros de las mujeres. Los informes sobre las mujeres locales violadas por los soldados franceses aterrorizaron a la hermana de Schiller.[378] Un día, la familia se escondió en una cueva

de un bosque cercano. Allí estaba a salvo, por el momento, pero la situación seguía siendo muy complicada. «Los asuntos políticos, que tanto me gusta evitar», le escribió Schiller a Goethe, «encuentran el modo de regresar a mi casa para pasar la noche». Con el enemigo a solo trescientos kilómetros de distancia, Schiller temía que los franceses pudieran llegar a Jena en cuestión de semanas.[379] Hasta la impresión de *Horen* se retrasó por la guerra.[380]

En julio, los franceses llegaron también a Frankfurt, donde vivía la madre de Goethe. Una imperturbable frau Goethe, de sesenta y cinco años, hizo saber a su preocupado hijo que no les tenía miedo ni pensaba abandonar la ciudad. Solo cuando comenzó el bombardeo y las casas ardieron aceptó finalmente que quizá fuera demasiado peligroso quedarse, pero por el fuego, no por los franceses, recalcó. Regresó después de tres noches, preocupada por la posibilidad de que su bonita casa fuera saqueada. Sin dejarse llevar por el pánico, frau Goethe abrió las ventanas y tocó el piano tan fuertemente que todo el vecindario podía oírlo. De qué sirve estar abatida, le dijo a su hijo.[381] Goethe trató de ser optimista también, esperando que la cordillera del bosque de Turingia, justo al sur de Jena —«las montañas que, por lo demás, nos mandan un viento frío»— detuviera a los franceses. Mientras tanto, los amigos enviaron a Goethe sus joyas, monedas y documentos valiosos de los territorios ocupados para que los custodiara en Weimar.[382] Goethe decidió, a regañadientes, cancelar el viaje que tenía previsto realizar a Italia.[383]

El 6 de agosto de 1796, cuatro semanas después de que Caroline y August Wilhelm se mudaran a Jena, llegó Friedrich Schlegel desde Weißenfels. En las primeras cuarenta y ocho horas conoció a Fichte, hizo la visita que había prometido a Sophie, la convaleciente novia de Novalis, y le presentaron a Schiller.[384] Al día siguiente de aquel encuentro, Schiller les dijo a Goethe y a Wilhelm von Humboldt que le gustaba bastante el hermano menor de Schlegel, una valoración que no sobreviviría a la lectura de la dura crítica de Friedrich en *Deutschland*.[385]

Nacido en 1773, el menor de diez hermanos, Friedrich Schlegel fue el niño que más preocupaciones dio a sus progenitores, un hijo insolente que desesperaba y enfurecía a su padre. Friedrich se alegró de escapar del hogar paterno en Hannover para estudiar en Gotinga y más tarde en Leipzig. Además de asistir a clases de matemáticas, medicina, filología y derecho, se abrió camino a través de una impresionante lista de lecturas que iban desde Kant hasta Goethe y Schiller, pasando por Voltaire, Dante y Shakespeare. Leía tanto que la gente se quedaba perpleja ante sus conocimientos y su originalidad. El

único objetivo de Friedrich Schlegel era leer, pensar y escribir. Las mejores mentes, le había dicho al diligente e industrioso August Wilhelm, se atrofiaban con las profesiones convencionales. «Mi objetivo es vivir, vivir siendo *libre*», proclamaba, pero también quería ser famoso.[386]

Friedrich era lo contrario de su hermano mayor. August Wilhelm se caracterizaba por su serenidad y por tener los pies en la tierra, Friedrich era una persona irritable y arrogante. August Wilhelm era concienzudo, minucioso y puntual; su hermano menor, descuidado, desordenado y, a veces, desconsiderado. Recio, aunque sin sobrepeso, de rostro pensativo y tez pálida, su aspecto amable ocultaba un carácter voluble. Su talón de Aquiles era que juzgaba con precipitación e imprudencia, criticando y molestando a menudo a mecenas y amigos influyentes. Incluso el propio Friedrich admitía que no era lo que se dice una persona especialmente simpática. «La gente prefiere observarme a debida distancia», decía, «como a una bestia rara y peligrosa».[387]

No era capaz de mantener, ni quería, un trabajo, y oscilaba entre los impulsos suicidas y los anuncios triunfales. Cuando leyó por primera vez el *Hamlet* de Shakespeare, por ejemplo, se identificó con la confusión interna del protagonista. «Durante varios días estuve desquiciado», declaró, «sometiéndome a un constante y despiadado autoanálisis». Además, andaba en la más completa ruina. Novalis había dejado de prestarle dinero y su hermano ya le había sacado de apuros varias veces, al igual que sus padres. Su madre le escribió muchas cartas a August Wilhelm, rogándole que hiciera entrar en razón a su hermano menor. «Fritz nos está llevando a la quiebra», le dijo, y le pidió, también, que le diera a su hermano «algún buen consejo y un serio aviso».[388]

Los Schlegel no tardaron en vivir juntos. Caroline y August Wilhelm alquilaron al principio la pequeña villa con jardín que Goethe había visitado justo al sur de las murallas de la ciudad, pero poco después de la llegada de Friedrich se mudaron a una casa más grande, en la Leutragasse, a una manzana de distancia de la plaza del mercado. Su nuevo hogar se encontraba en la parte trasera de un gran edificio de tres plantas que daba a un patio y no a la calle. Al menos aquí los estudiantes no podrían romper sus ventanas, bromeó Caroline. En la planta baja había tres habitaciones reservadas para los invitados y un gran salón con cinco ventanales altos que daban al patio en dirección oeste, lo que permitía que el sol de la tarde entrara en la estancia. En la primera planta se encontraba el estudio de August Wilhelm, el dormitorio de la pareja y la habitación de Auguste. Friedrich tenía su reino en la buhardilla, bajo el tejado.[389]

Tan práctica como elegante, Caroline pronto hizo que la casa fuera

cómoda. Los Schlegel tenían poco dinero y la vivienda era grande, pero decorando, cosiendo cortinas nuevas, moviendo los muebles y desempacando su atesorado juego de porcelana, Caroline creó un hogar cálido y acogedor. Su marido admiraba su sentido de la belleza: «No es uno de esos eruditos sin gusto para el diseño y la elegancia», le contó ella a su amiga Luise Gotter.[390]

En noviembre de 1796, los Humboldt regresaron a Jena, después de haber pasado más de un año en Tegel, la finca familiar a las afueras de Berlín, cuidando a la madre de Wilhelm.[391] Schiller se alegró de tener a su amigo de vuelta. Había sido un otoño difícil. Su hermana menor había muerto, y su padre también. Luego, su hijo recién nacido enfermó tanto que todos temían por su vida. Para colmo, el propio Schiller sufría de úlceras y calambres. Ante tantas desgracias consecutivas, Goethe se preocupó tanto por él que retrasó su marcha a Weimar. No podía dejarlo. Intentó por todos los medios animar a su amigo, pero «fue imposible sacarlo de casa, como de costumbre», dijo. Poco a poco, sin embargo, Schiller se recuperó y reanudó sus encuentros con Wilhelm von Humboldt, a los que también fue invitado August Wilhelm Schlegel.[392]

Wilhelm von Humboldt tenía ganas de reencontrarse con August Wilhelm —se conocieron siendo estudiantes, en Gotinga—, pero Caroline von Humboldt decidió rápidamente que prefería al hermano menor de los Schlegel. Friedrich Schlegel era guapo e inteligente, decía, aunque era una pena que pareciese «haber llegado a formarse una opinión desmesurada de sus talentos siendo aún tan joven». Nunca llegó a congeniar con Caroline Schlegel, a pesar de que ambas eran mujeres fuertes, inteligentes y cultivadas, con una actitud poco convencional ante el matrimonio.[393]

Además de sus dos hijos pequeños, en la casa de los Humboldt en Jena vivía también Wilhelm Friedrich Theodor von Burgsdorff, un joven aristócrata que se había convertido en amante de Caroline von Humboldt en Berlín.[394] Cuando se casaron en 1791, Wilhelm y Caroline von Humboldt habían llegado al inusual acuerdo de mantener una relación abierta. En el pasado, a Wilhelm le había bastado con visitar a las prostitutas, un hábito que registraba meticulosamente, como un contable, en su diario: «27 de julio en Spa: 1 corona por una puta; 30 de julio en Bruselas: 7 *sous* por una puta; 6 de agosto en París: media corona por una puta», y así sucesivamente.[395] Pero Caroline von Humboldt había dejado muy claro que ella también necesitaba libertad. Incluso antes de casarse, le dijo que tenía que vivir libre de toda atadura. Como atestiguan sus cartas, la búsqueda de placer en otros lugares nunca afectó a su amor mutuo.

«Encontré lo que anhelaba», le escribió Wilhelm a su esposa, «porque te amo profundamente». Caroline von Humboldt, como podemos suponer, era una de las pocas personas que consideraba ridículas las habladurías sobre Goethe, Christiane Vulpius y su hijo August. «Todo este jaleo por el niño. Es increíble», dijo. «¡Menuda estupidez!». [396]

Los chismes no perturbaban a los Humboldt, ni los celos. «Renunciar a algo que se desea, eso sí que puede poner patas arriba toda mi vida interior y exterior», le dijo Wilhelm a su esposa más tarde, de modo que el amante de Caroline von Humboldt se unió a todas sus actividades. Burgsdorff los acompañó a Weimar para visitar a Goethe y pasó la mayoría de las tardes con ellos en el salón de Schiller, donde también conoció a Fichte y a los Schlegel. [397]

Burgsdorff, que era casi siete años menor que Caroline, estaba apasionadamente enamorado de ella, aunque en aquel momento estuviera embarazadísima de su tercer hijo. Aquejada de fiebres y dolores de cabeza, por las tardes solía quedarse descansando, y tanto su amante como su marido, según ella, tenían la amabilidad de dejarla tranquila. A Burgsdorff no le importaba. Ella era su «amada», su «dulce y gran amor», decía. Contemplaba, extasiado, cada uno de sus movimientos. Cuando ella servía el té en aquellas oscuras tardes de invierno, él la miraba fijamente, embelesado por la forma en que la luz de las velas acariciaba su piel. Cuando ella levantaba la vista y le sonreía, se le derretía el corazón. «Es la criatura humana más noble y hermosa del mundo», reconocía. [398]

Cuando nació su hijo, los Humboldt incluso le pusieron el nombre de Theodor en honor de Burgsdorff. Wilhelm von Humboldt parecía estar contento con la situación y dejaba a su mujer en compañía de su amante cuando tenía que viajar. Sus hijos pequeños adoraban a aquel joven que jugaba con ellos como un cariñoso tío: «Corretean alrededor, bailan y se le suben encima», le escribió Caroline a su marido. [399]

Las largas cartas de Caroline y Wilhelm von Humboldt rebosaban amor. Estaban unidos para siempre, le decía Wilhelm, y quería que ella fuera feliz porque él lo era. «Haré cualquier cosa, cualquiera, para que estés contenta», decía Wilhelm, porque «te quiero para siempre jamás». Wilhelm, que era reservado con todo el mundo, se abría completamente con su amada esposa. No había recelos. «Decide por ti misma, con respecto a Burgsdorff», le escribió una vez desde Weimar, «cómo te gustaría llevar las cosas». El romance duró cuatro años, y Burgsdorff acompañaría más tarde a los Humboldt a Viena y París. [400]

El hecho de que a nadie en Jena le llamara demasiado la atención este

inusual acuerdo matrimonial debió de resultar alentador para Caroline Schlegel. Ella y August Wilhelm también habían acordado una relación similar. La suya era «una alianza que, para nosotros, y entre nosotros, nunca dejará de ser completamente libre», contó Caroline más tarde.[401] Y, aunque los rumores sobre su encarcelamiento en Königstein no dejaban de correr por la buena sociedad de Jena, el matrimonio abierto de los Humboldt le dio a Caroline la confianza necesaria para ignorar los cuchicheos y las murmuraciones. Cuando a Caroline Schlegel le ofrecieron un papel en una de las obras de teatro de salón, se sintió lo bastante segura de sí como para ofrecerse a interpretar a una mujer involucrada en un *ménage à trois*. Por primera vez desde Königstein, se sintió libre.[402]

En una época en la que los padres y los maridos determinaban todos los aspectos de la vida de una mujer, Caroline Schlegel y Caroline von Humboldt tomaron las riendas de su propio destino. Pero no siempre había sido así. Aunque Caroline Schlegel había recibido una educación mucho más esmerada que la mayoría de las mujeres, su padre fue quien se encargó de los arreglos para casarla con su primer marido. La religión, la clase social y las consideraciones económicas eran los factores determinantes para el matrimonio. Mientras permanecían solteras, las mujeres estaban legalmente vinculadas a la voluntad de su padre o de un pariente masculino, y, con el matrimonio, pasaban a ser sus maridos quienes se hacían cargo. Las mujeres tenían pocos derechos legales. Las solteras estaban bajo la tutela de su familia y a menudo se las trataba como sirvientas o parias. Sin acceso al dinero, a la sociedad o a una profesión, el matrimonio se consideraba a menudo como la única salida. Y aunque todos los bienes e ingresos de ellas pasaban automáticamente a ser propiedad del marido el día de la boda, al menos tenían cierto control sobre la esfera doméstica una vez casadas.[403]

El papel de la mujer, su cometido y su ámbito eran los hijos, el hogar y el bienestar de su marido. Las Leyes Estatales Generales para los Estados Prusianos, promulgadas recientemente, lo detallaban así: «El hombre es el cabeza de familia y sus decisiones sobre los asuntos comunes se consideran inapelables». Las expectativas de la sociedad también estaban claramente definidas: el hombre debía ser racional, fuerte y asertivo, la mujer, en cambio, debía ser dulce, pasiva y resistente. Él era el roble —se decía en un libro contemporáneo sobre la educación femenina— y la esposa, una hiedra enroscada que trepaba alrededor del sólido tronco. El marido estaba a cargo de la vida pública de ambos, mientras que el papel de su esposa era establecer una vida privada que transcurriera en paz.[404]

Incluso los enfoques más nuevos e ilustrados situaban, sin cuestionarlo lo más mínimo, a la mujer en un papel subordinado.

Puede que Jean-Jacques Rousseau tuviera ideas radicales y progresistas sobre la infancia —desde la lactancia materna hasta dejar que los niños vagasen libremente—, pero estas ideas se referían en exclusiva a los varones. Aunque Rousseau había admitido que la mujer nacía igual que el hombre —«tiene los mismos órganos, las mismas necesidades, las mismas facultades»—, sin embargo, insistía en que la mujer debía ser completamente sumisa y obediente. Las mujeres deben aprender desde el principio a soportar la injusticia, escribió en el *Emilio o De la educación*, «y a sobrellevar los yerros del marido sin quejarse». Ni Caroline Schlegel ni Caroline von Humboldt estaban de acuerdo.[405]

Las reglas en Jena parecían ser más laxas que en otros lugares, como lo demuestra el número excepcionalmente alto de hijos ilegítimos. Friedrich Schlegel tenía un amigo que parecía «haberse acostado con todas las mujeres de Jena», decía, incluida la escritora Sophie Mereau, infelizmente casada, que vivía a poca distancia de su nueva casa en Leutragasse.[406] La «bellecita», como llamaba Goethe a la diminuta joven de veintiséis años, acababa de publicar una novela, una historia de amor que defendía la igualdad y la libertad. Impresionado por la poesía de Sophie, Schiller fue el primero en publicar sus escritos y ella, la única mujer que asistió a los seminarios privados de Fichte. Pero como si ser una mujer escritora no fuera ya, de por sí, lo bastante insólito, Sophie Mereau iba saltando de un amorío al siguiente. Media Jena parecía estar enamorada de la «adorable Gracia en miniatura», como la describió un estudiante loco por ella. Siempre había un nutrido rebaño de admiradores correteando a su alrededor. Friedrich Schlegel, al que le habían dicho que Sophie Mereau era «una compañera de cama adorable», también cayó a sus pies.[407]

Caroline Schlegel advirtió, por su parte, que Anna Henriette Schütz, la esposa de uno de los editores del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, era un poco coqueta, y muy aficionada a los escotes pronunciados. Se rumoreaba que Fichte había tenido un pequeño escarceo con ella antes de que su esposa llegara de Zúrich, y Caroline bromeaba diciendo que madame Schütz no solo servía una deliciosa tarta de manzana en su fiesta de té, sino que, además, mostraba un «pecho de lo más provocador». También Karoline Paulus, la esposa de otro profesor, tenía fama de ser bastante abierta en lo concerniente a hombres. Solo Charlotte Schiller se indignaba por toda esta situación. Hasta sus amigos íntimos, Wilhelm y Caroline von Humboldt —le dijo a su marido— habían pisoteado «cualquier asomo de decoro».[408]

No había forma de escapar de los cotilleos ni de los demás. Jena era

tan pequeña que se tardaba menos de diez minutos en cruzarla. Caminando desde su casa en la Leutragasse y atravesando la plaza del mercado, Caroline tardaría tres minutos en pasar por delante de la casa de los Humboldt y de la de los Paulus, que estaba al lado; y, si continuaba otros cien metros, podría ver la vivienda de Fichte, ligeramente retirada, a la derecha, cerca de la torre que formaba la esquina sudeste de las antiguas murallas de la ciudad. Si giraba entonces a la izquierda, subiría por una calle que la llevaría al Saaltor, una de las antiguas puertas. Al pasar por ella y cruzar el viejo foso, se encontraría con el monte Jenzig enfrente. Ya fuera de las murallas medievales, caminaría por una calle paralela al límite oriental de la ciudad. Justo al lado de la puerta, pero dentro aún de las murallas, se encontraba el auditorio donde Fichte y Schiller habían impartido sus lecciones inaugurales, y, si miraba hacia arriba, podría ver, quizá, a Schiller paseando tras las ventanas de la gran casa de al lado, a la que se había mudado el año anterior. Más allá de la vivienda de Schiller, se alzaba la silueta del Castillo Viejo, donde se alojaba Goethe. A medida que avanzara, el Zum Schwarzen Bären, justo después de la torre de la esquina del castillo, surgiría ante ella.[409]

La taberna era muy popular entre los estudiantes y los viajeros. Allí se alojaba Christiane Vulpius en las raras ocasiones en que Goethe le pedía que fuese a Jena. Más de doscientos cincuenta años antes, en 1522, Martín Lutero también se detuvo en el Zum Schwarzen Bären para discutir sus ideas religiosas con los estudiantes. En 1796, cuando Caroline pasó por la taberna, los estudiantes que se encontraban en ella debatían más sobre la filosofía de Fichte que sobre religión. En verano, los comensales se sentaban junto a una pocilga en el jardín y, en invierno, la famosa y maleducada propietaria echaba a los estudiantes borrachos cuando ponía un colchón de paja en medio del suelo del comedor para que durmiera el conductor de la diligencia.

Al girar a la izquierda desde el Zum Schwarzen Bären hacia Fürstengraben —un amplio paseo arbolado fuera de las antiguas murallas y junto al foso ahora cegado—, Caroline llegaría al límite norte de Jena. Caminando, a la sombra, vería las casas más altas de la ciudad y la iglesia de San Miguel, a su izquierda, y las suaves colinas con viñedos detrás de las casas y los jardines, a su derecha, para pasar por delante, poco después, de la vivienda de su médico, Christoph Wilhelm Hufeland, profesor en la universidad y uno de los primeros defensores de la naturopatía y de la importancia de llevar una dieta vegetariana saludable,(19) y primo también de Gottlieb Hufeland, uno de los editores del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, que vivía al otro lado del patio, junto a los Schlegel, en Leutragasse.

Más allá de la residencia del doctor Hufeland, el nuevo jardín botánico de Goethe se extendía a lo largo del paseo. El Fürstengraben

acababa en la esquina noroeste de la antigua muralla, en el punto más alto de la ciudad. Había también allí una torre redonda almenada, construida con la piedra local de color arena, que formaba parte del horizonte de Jena desde el siglo XV. Y desde allí, solo había unos metros hasta la Johannistor, una de las antiguas torres de la puerta. Al pasar bajo su arco, Caroline vería la taberna Zur Rose, donde se reunía el Club de Profesores, o bien podría optar por bajar a lo largo de la calle paralela al límite occidental. Si se quedaba fuera del centro amurallado, podría ir hacia el Saale, pasando junto a las casas ajardinadas, por huertas, plantaciones de árboles frutales y estanques, a la derecha. A la izquierda, Caroline habría podido ver la universidad y la torre donde se encontraba el gabinete de anatomía, en la esquina sudoeste de la muralla. La universidad ocupaba un antiguo convento de dominicos con una gran iglesia en el centro. Por sus pasillos, iban y venían a toda prisa los estudiantes, agarrados a sus libros y carteras.

Si dejaba atrás la ciudad amurallada, Caroline pasaría por Ratsteich, un gran estanque donde los estudiantes solían patinar en invierno, y luego vería, a su derecha, la Engelplatz, donde vivía Christian Gottfried Schütz, el otro editor del *Allgemeine Literatur-Zeitung*. Caminando hacia el sur, en dirección al Saale, no tardaría en llegar al Paraíso, el popular parque contiguo al río. Aquí, una recta avenida arbolada invitaba a los ciudadanos a pasear a la sombra o a tomar uno de los caminos de grava que descendían, en suaves curvas, alrededor de pequeñas arboledas y anchos prados. En verano, una barca atracaba en el río para transportar a los ruidosos estudiantes y otros juerguistas a las cervecerías de los pueblos vecinos. El paseo completo, incluso a un ritmo pausado, no le habría llevado a Caroline más de media hora.[410]

Era un buen momento para estar en Jena. Tras un verano lleno de inquietud por los avances militares franceses, el duque había decidido aliarse con Prusia, que había firmado un tratado de neutralidad con Francia en 1795. A finales de año, Jena se sentía segura.[411] Las tropas francesas que habían cruzado el Rin y avanzado hacia Baviera habían sido rechazadas. La posibilidad de que tres grandes ejércitos franceses convergieran para atacar Austria desde Italia y Alemania estaba descartada, los austriacos habían ganado algunas batallas decisivas y, por ahora, la acción militar se concentraba en la lejana Italia. La «Tormenta francesa», como la había llamado Goethe aquel verano,[412] parecía haber pasado de largo.

Caroline, que había experimentado en carne propia las consecuencias de hacer públicas sus convicciones políticas, guardó silencio. Pero le sorprendió que Karoline Paulus llevara abiertamente

por las calles los colores rojo, azul y blanco de la Revolución francesa prendidos en su sombrero. «Aquí se le permite hacerlo, y yo jamás —nunca jamás— llegué tan lejos en Maguncia», le escribió Caroline a su amiga de la infancia Luise, que seguía viviendo en Gotha: «Para ti, eso es justicia».[413]

Los Schlegel aceptaron encantados su nueva vida. En su gran salón de la planta baja, Caroline colocaba su porcelana, servía vino y entretenía a sus invitados. La gran mesa tenía capacidad para veinte personas, y había un par de sofás y un piano que Auguste tocaba a menudo. La comida, con su escaso surtido de pepinillos, patatas, arenques y una insípida sopa aguada, era todo lo contrario de las conversaciones, tan sofisticadas. Daba la impresión de que Caroline no sabía por la mañana qué serviría en el almuerzo, señaló un invitado. A ella le daba igual: tenían poco dinero y su cocinera era muy apañada, en su opinión.[414] Si los invitados refunfuñaron o no por lo poco apetitosa que resultaba la comida, nadie se lo dijo nunca a la anfitriona. El sabor —afirmó uno de ellos— no lo daba la comida, sino el menú intelectual que les preparaba Caroline. No había ni un solo momento de aburrimiento cuando ella estaba en la mesa, de modo que los invitados ni reparaban en la comida de sus platos. Caroline era tan culta que un conocido llegó a calificarla de «dios de la inteligencia».[415]

En diciembre, cinco meses después de su llegada, Caroline y August Wilhelm Schlegel fueron a Weimar para ver una obra de teatro y asistir al «gran almuerzo enteramente literario» al que les había invitado Goethe.[416] Sentados en el elegante salón amarillo del primer piso, donde el poeta solía recibir a sus visitas, veían a su anfitrión ir de un lado a otro, atendiendo a sus invitados. Obsesionado con la teoría del color, Goethe había elegido la pintura amarilla brillante de las paredes porque, según él, creaba una atmósfera alegre y suavemente estimulante. Cuando los sirvientes aparecieron, con los patés y los platos humeantes, fue el propio Goethe quien sirvió la comida y charló con cada uno de sus huéspedes. Caroline disfrutó de cada minuto de la velada. La casa era elegante y estaba repleta de dibujos, pinturas y esculturas. Era la expresión perfecta de la variada sensibilidad artística de su dueño.[417]

Caroline se encontraba en su elemento hablando de arte y literatura, y quienes la conocieron en Weimar quedaron encantados con ella. Un admirador la llamó la «gran sacerdotisa» y pidió a August Wilhelm unos días más tarde que saludara mil veces de su parte a su «encantadora esposa».[418] Como siempre, Christiane Vulpius se mantuvo apartada, en la parte trasera de la casa. Caroline se cruzó con ella, brevemente, en el teatro y, como tantos otros, fue incapaz de entender qué le veía Goethe. ¿Por qué, le preguntó a Charlotte Schiller

unos días más tarde, «no se trae ya de Roma a una hermosa mujer italiana?». Y este fue, probablemente, el único punto en el que coincidió jamás con Charlotte Schiller.[419]

Durante aquellos primeros meses tras la llegada de los Schlegel, Novalis acudía a Jena siempre que su agenda de trabajo se lo permitía.[420] Su prometida, Sophie von Kühn, se había quedado en la ciudad para someterse a otras dos operaciones. Sorprendentemente, a pesar de las altas fiebres y las heridas infectadas, no perdía el buen humor. Sufría muchísimo, pero el doctor Stark le decía a Novalis que se tranquilizara, que todo iría bien.[421] Cuando Sophie estaba descansando o dormía, Novalis se acercaba a ver a Friedrich Schlegel para hablar de libros, poesía, filosofía y el *Ich*. «Cada vez soy más amigo de Fichte», le dijo Friedrich. «Me gusta mucho, y creo que es algo mutuo».[422]

En su estudio del último piso de la casa de Leutragasse, Friedrich trabajaba a un ritmo frenético. En los últimos años había publicado ensayos sobre la antigua poesía griega, varias reseñas y un artículo sobre el republicanismo en el que abogaba por un Gobierno democrático para una república global. Las revoluciones, había dicho unos meses antes de trasladarse a Jena, eran su mayor pasión. «Cuando algo bulle dentro de mí como lo hace esto», le había dicho a August Wilhelm, «no puedo ponerme como si nada a hacer otra cosa».[423]

También había decidido convertirse en lo que él llamaba un «crítico dictador», esto es: un crítico literario con una pluma tan afilada como las guillotinas francesas.[424] La poesía moderna, y la alemana en particular —sostenía—, se encontraba en un estado terrible. No era más que un «gabinete geográfico de curiosidades» donde todo estaba manga por hombro porque no había una nación alemana unificada y, por tanto, no había una voz unificada.[425] Tan obstinado como siempre, afirmaba que solo tres poetas modernos merecían ser leídos: Goethe, Shakespeare y Dante. Schiller, desde luego que no.

Friedrich Schlegel suscitaba opiniones muy dispares. Mientras que Novalis creía que su mejor amigo estaba destinado a grandes cosas, Wilhelm von Humboldt lo describía como vano y rencoroso, y, sin embargo, también como una de las mentes más agudas que había conocido.[426] Los amigos de Friedrich pensaban que su ingenio era infalible, mientras que Schiller afirmaba que no tenía talento como escritor.[427] Goethe creía que la exaltación del joven lo llevaba a menudo a juzgar erróneamente las cosas. «Es extraño», le escribió a Schiller, «coge siempre la buena senda, pero, aun así, se las apaña para quedarse atascado en ella».[428]

Cuando Friedrich Schlegel llegó a Jena, precedido por aquella reseña sobre el *Musen-Almanach* de Schiller, su destino ya estaba trazado. Dado que se enorgullecía de poder lanzar palabras como puñales, no se contuvo lo más mínimo cuando la escribió.[429] El poema de Schiller «La dignidad de la mujer», publicado en el *Musen-Almanach,* era tan malo y monótono —afirmaba Friedrich en dicha reseña— que era mejor leerlo al revés.[430] Nada de aquello desmerecía, desde luego, la vuelta de Schiller a la poesía —proseguía —, pero lo cierto es que el lenguaje de aquel poema era demasiado opulento y las alegorías estaban mal concebidas. Encima, como para socavar aún más los logros de Schiller, Friedrich Schlegel no dejaba de alabar los de Goethe. Los dos poetas no podían compararse. Sería injusto para Schiller, sentenció, porque Goethe era, sencillamente, un genio. Como cabía esperar, Schiller se ofendió.[431]

La animosidad entre Schiller y Friedrich Schlegel era recíproca. Friedrich llevaba mucho tiempo expresando su antipatía por Schiller en privado. La filosofía de este era demasiado árida, su prosa demasiado previsible y estaba claro que, como dramaturgo, tenía que «bombear sus pensamientos con el mayor esfuerzo».[432] Todo esto no impidió que Friedrich tratara de conseguir un encargo bien remunerado de la revista *Horen* de Schiller. Había preparado varias piezas cortas, así como algunos ensayos más extensos, y le dijo a su hermano: «Solo estoy esperando un guiño del muy gentil caballero». August Wilhelm Schlegel pidió por su hermano en varias ocasiones, pero Schiller hizo caso omiso. Este era «tan infantilmente susceptible», le escribió un exasperado Friedrich a su amigo Körner, que había pocas probabilidades de que llegaran a llevarse bien. Fue, sin duda, una ingenuidad creer que Schiller perdonaría aquella crítica.[433]

Sin embargo, Caroline se alegró de tener a su cuñado en Jena. Hablaban, escribían y daban largos paseos juntos. Friedrich «nos entretiene mucho con su cabeza, que está encrespada tanto por dentro como por fuera», le escribió a Luise Gotter. Caroline era feliz en Jena y se veía viviendo para siempre allí. Por fin estaba de nuevo en compañía de grandes mentes, en una animada ciudad literaria, y no en un pueblecito perdido en mitad de la nada. Y no era solo por su propia cordura, decía, sino también por el bien de su hija Auguste, que de otro modo podría haber acabado casándose con un cura de pueblo.[434]

No había peligro, desde luego, de que a Auguste le aguardara una vida vulgar. En su corta existencia, la niña de once años había experimentado ya la muerte de su padre y la de sus dos hermanos, la vida en una ciudad revolucionaria, el encarcelamiento junto a su

madre y el nacimiento, abandono y muerte de su hermanito ilegítimo. Después de haberse mudado once veces en otros tantos años, era, como comentó Friedrich Schlegel, una «Ulises femenina».[435] Había llegado el momento de centrarse en su educación. Durante mucho tiempo, Caroline creyó que esta no era tanto una cuestión de formación reglada como «el despliegue de las cualidades innatas en un entorno determinado» —en la línea de Rousseau, pero aplicado a una chica—. Caroline había enseñado a su hija, hasta el momento, no tanto basándose en un «arte» pedagógico, decía, como en «una estrategia de dejarle hacer», con objeto de permitir así su desarrollo natural.[436]

Los hermanos Schlegel pensaban de un modo distinto, y ambos comenzaron a enseñar a Auguste. El conocimiento es poder, le decía Friedrich Schlegel, y todos, mayores y jóvenes, niñas y niños, debían aprender lo máximo posible. Pronto establecieron un régimen en el que August Wilhelm —a quien Auguste llamaba ahora «padre»— le daba clases de escritura por las mañanas, y Friedrich, su «tío Fritz», le ponía ejercicios por las tardes. Las matemáticas y el griego antiguo formaban parte del programa. Friedrich no tardó en entablar una relación tierna y burlona con ella, a quien llamaba su «cielito». Y Auguste se sentía querida por su extraña familia hecha a base de remiendos.[437]

Su madre pensaba que era bonita y brillante, pero no le gustaba la amistad de Auguste con la hija del jefe de los establos de la universidad. Caroline, que nunca se había dejado influir ni impresionar por la nobleza o los títulos aristocráticos, podía permitirse ser esnob. La amiga de Auguste era tan vulgar, se quejaba a su amiga Luise. Creía que Auguste era lo que era gracias a haberse mantenido «a debida distancia de lo ordinario». Durante los años siguientes, «Gusteline», como apodó Friedrich Schlegel a Auguste, se convirtió en el centro de atención del Círculo de Jena. «¿Es posible querer tanto a una niña?», le escribió Friedrich a Novalis, que quizá no era la persona más indicada para hacerle esa pregunta.[438]

August Wilhelm Schlegel también estaba contento. Se encontraba junto a sus héroes literarios, trabajaba duro y cobraba bien, adoraba a su hijastra y por fin se había casado con la mujer a la que amaba desde hacía tanto tiempo. En sus cartas a los amigos la llamaba «mi Caroline», casi como si tuviera que asegurarse de que era en verdad suya.[439] Felizmente asentados ya, marido y mujer continuaron con su hercúleo proyecto de traducir a Shakespeare. En la Semana Santa de 1797, nueve meses después de su traslado, habían completado y publicado sus traducciones en verso de *Romeo y Julieta* y *El sueño de una noche de verano*, y estaban con *Julio César* y *Noche de Reyes*. Las críticas fueron muy elogiosas y las traducciones ganaron enseguida

mucho prestigio.[440]

A menudo trabajaban codo con codo en el estudio de August Wilhelm, en el primer piso, rodeados de pilas de libros, mientras llenaban hoja tras hoja con diferentes borradores de sus traducciones. Tachaban y reescribían encima de lo que habían escrito ya, cambiaban palabras, negociaban sus respectivas sugerencias y volvían a empezar. Las páginas se llenaban con la caligrafía de ambos, prueba de que realizaron un verdadero trabajo de colaboración. A veces, cuando traducían en el salón de abajo, Friedrich Schlegel los observaba en silencio desde un sillón. Le encantaba ver cómo Caroline hacía bailar sus dedos sobre la mesa, repitiendo el patrón métrico, mientras componían los versos. Bromeaba diciendo que debían pedirle ayuda a Auguste para que aquella fuera una verdadera empresa familiar. «No creerías cuán indispensable me he vuelto para mi querido Schlegel», le escribió Caroline a Luise.[441]

Gran parte de sus ingresos procedían de los bien pagados artículos de August Wilhelm para *Horen* —varias traducciones, pero también un ensayo sobre Shakespeare, para el que copió pasajes enteros de las cartas y notas de Caroline—, mientras que ella seguía corrigiendo su trabajo y escribiendo críticas para el *Allgemeine Literatur-Zeitung* que aparecían con la firma de su marido. Las pocas mujeres escritoras que había solían publicar bajo el nombre de sus maridos o anónimamente. La novela de Sophie Mereau *Das Blüthenalter der Empfindung* («La flor primera del sentimiento»), por ejemplo, se publicó sin su nombre en la cubierta, al igual que *Agnes von Lilien*, una novela de la hermana de Charlotte Schiller. Todos los poemas de autoras aparecidos en *Horen* lo hicieron de forma anónima y, aunque Schiller publicó sus obras, su concepción de la mujer ideal no podía estar más lejos de la figura de Caroline Schlegel.[442]

En el poema de Schiller «La célebre esposa», un marido se queja de estar casado con una escritora que ha descuidado su verdadero deber como madre y esposa obediente. «Nadie se fija en *mí*, todas las miradas se dirigen / a mi media naranja», se lamenta el marido, y continúa:

Apenas ha nacido el nuevo día
cuando los uniformes,
amarillos y azules,
toman las escaleras. Los escalones crujen.
Cartas, gavillas y paquetes,
todos a portes debidos, le traen
a La Célebre Esposa.
Pero ella duerme aún —¡tan dulcemente…!—,
No, no debo comportarme como si fuera
su cuidador: «¡Los papeles, madame, desde Jena y Berlín!».
Los ojos de la señorial durmiente

se abren de inmediato
y su primera mirada recae sobre...
¡Las nuevas reseñas!
¡Esos encantadores ojos glaucos
—ni una sola mirada para mí—
se pasean por una triste hoja de papel!
Irrumpe un llanto entonces
muy fuerte desde el cuarto de los niños,
y ella, por fin, lo deja y pregunta por sus vástagos. [443]

Tres décadas más tarde, August Wilhelm afirmaba que Caroline tenía todo el talento y las habilidades «para convertirse en una escritora brillante», pero que le faltaba ambición, lo cual suena un poco falso, teniendo en cuenta lo mucho que trabajó en las traducciones de Shakespeare, además del cuento que escribió y que su marido había entregado a Schiller. Es posible que decidieran simplemente que podrían obtener mayores honorarios si publicaban bajo el nombre de August Wilhelm, o que tal vez Caroline siguiera recelando de llamar excesivamente la atención. Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto es que los amigos cercanos se dieron cuenta de hasta qué punto August Wilhelm confiaba siempre en el criterio de su mujer. Tenía tan buen oído, dijo un amigo más tarde, que siempre que August Wilhelm no estaba seguro sobre algún pasaje de sus traducciones o poemas, le concedía la última palabra.[444]

En Jena reinaba el «*esprit* de Caroline». Por primera vez en mucho tiempo, se sentía satisfecha.[445]

SEGUNDA PARTE

Experimentos

Cuando veo lo que estáis creando allí, juntos, se me antoja parecido a un caldero mágico, burbujeante... Y cuando os oigo hablar de alguna de las obras que emprendéis, una no sabe si se convertirá en un libro o no; cuando habláis de enamoraros, no sabe tampoco si oye la armonía de las esferas, o una armónica.

CAROLINE SCHLEGEL a NOVALIS, 4 de febrero de 1799

7
«NUESTRA PEQUEÑA ACADEMIA»
Primavera de 1797: Goethe y Alexander von Humboldt

Alexander von Humboldt y Goethe se sentaron en una mesa en el centro del gabinete de anatomía. La sala, ubicada en la robusta torre medieval redonda que formaba la esquina sudoeste de la antigua muralla de Jena, junto a la universidad, se había concebido como un anfiteatro, con asientos en filas circulares a lo largo de la pared, para que los estudiantes pudieran observar cada movimiento e incisión practicada por sus profesores. Los gruesos muros de piedra mantenían la sala fresca. Aquel día de primavera de 1797 no había estudiantes inclinados para ver más de cerca, ni cadáveres o partes del cuerpo humano en exposición. En su lugar, sobre la mesa, había un montón de pobres ranas diseccionadas. Había también un aparato eléctrico, fórceps, placas de cristal, bisturíes, pinzas, imanes y cables metálicos; frascos llenos de diferentes productos químicos y hojas de papel cubiertas con la indescifrable letra de Alexander.[446]

Los dos hombres cortaron, punzaron, agujerearon y electrocutaron. Alexander von Humboldt colocó una pata de rana sobre una placa de cristal y conectó sus nervios y músculos a diferentes metales siguiendo un orden —plata, oro, hierro y zinc—, lo que generó tan solo una desalentadora —por ligera— contracción. Sin embargo, cuando se inclinó para comprobar a qué metales estaba conectada, la pata se convulsionó de pronto con tanta violencia que rebotó en la mesa. Tardaron un momento en darse cuenta de que había sido la humedad del aliento de Alexander la que había provocado aquel brinco. Cuando las diminutas gotas tocaron los metales, se creó una corriente eléctrica que movió la extremidad. Aquel fue el más mágico de los experimentos, dijo Alexander, porque al exhalar sobre la pata de la rana fue como si «le hubiera insuflado vida».[447]

Alexander von Humboldt y Goethe investigaban en un tema que traía de cabeza a los científicos de toda Europa: el concepto de «materia» orgánica e inorgánica. A diferencia de Isaac Newton, que había descrito la materia como esencialmente inerte, o del filósofo francés René Descartes, para quien los animales no eran más que máquinas, algunos científicos cuestionaban ahora ese modelo mecánico de la naturaleza. ¿Cómo puede explicarse la materia viva? ¿Podrían las plantas y los animales regirse por un conjunto de leyes

diferentes de las que gobiernan a los objetos inanimados? Para Alexander von Humboldt, sus experimentos sobre «electricidad animal» o «galvanismo»,(20) como también se les llamaba, fueron el punto de partida de su pensamiento sobre las fuerzas de la naturaleza. En lugar de encerrar a la naturaleza en un corsé clasificatorio, o de considerarla un simple mecanismo de relojería organizado por Dios, él la describirá como una red de vida. Percibirá el mundo natural como un todo unificado, animado por fuerzas interactivas.[448]

Alexander von Humboldt llegó a Jena el 1 de marzo de 1797, al mismo tiempo que la noticia de que el joven general Napoleón Bonaparte estaba derrotando a las fuerzas austriacas en Italia.[449] Todas las mañanas, Alexander recorría a pie la corta distancia que separaba la casa de su hermano Wilhelm, en la plaza del mercado, del gabinete de anatomía. Allí pasaba entre seis y siete horas, experimentando y diseccionando, para ultimar su libro sobre «electricidad animal». Durante los dos años anteriores había llevado a cabo unos cuatro mil experimentos con ranas, ratones y lagartos, tratando de descubrir si los nervios de los animales contenían electricidad u otras fuerzas.[450]

El joven científico también había probado sus teorías en su propio cuerpo. Se frotaba productos químicos en las incisiones realizadas sobre sus brazos y su torso, se pegaba metales, cables y electrodos en la piel y bajo la lengua, y anotaba meticulosamente cada contracción, convulsión y dolor sufridos. No importaba cuánto se infectaran sus heridas ni cuántas ronchas llenas de sangre cubrieran su cuerpo, Alexander se encontraba en su elemento.[451] En Jena, puso corazones de rana en oxígeno y se asombró al ver que seguían latiendo durante tres horas más; investigó el líquido de un cerebro humano y diseccionó los cuerpos de un granjero y su esposa que habían muerto a causa de un rayo durante una violenta tormenta. A pesar del olor cada vez más putrefacto de la muerte, la carne quemada y los animales en descomposición, disfrutaba de cada minuto. «No sé vivir sin hacer experimentos», le escribió a un amigo aquella primavera.[452]

Goethe estaba encantado con la prolongada visita de Alexander. «En ocho días de lectura no se saca tanto provecho como el que él proporciona en una hora tan solo», le escribió Goethe al duque Carlos Augusto unos días después de que Humboldt llegara.[453] En los tres años anteriores, Goethe se quedaba a menudo en Jena, pero, en la primera mitad de 1797, pasó más tiempo allí que en su casa de Weimar. Se vio con Schiller a diario, además de con Fichte y los Schlegel, sin embargo, la atracción principal fue Alexander von Humboldt. Con veintisiete años y una gran curiosidad por el mundo que le rodeaba, Alexander dormía poco y viajaba mucho. Durante los

dos años anteriores se había alojado regularmente con su hermano y su cuñada en Jena. Consciente del amor que Goethe profesaba a las ciencias, Wilhelm presentó a Alexander al poeta de más edad durante su primera visita, en marzo de 1794.[454]

La relación entre los hermanos era complicada. Alexander era aventurero y necesitaba estar fuera, Wilhelm era serio y estudioso. A Alexander lo desbordaban sus emociones, Wilhelm tenía mucho más autocontrol. Aunque solo se llevaban dos años de diferencia, Wilhelm se tomó muy en serio el papel de hermano mayor. En sus cartas y comentarios sobre Alexander, parecía más un padre rezongón y desesperado que un hermano. Su madre fue una persona fría, emocionalmente hablando, pero les proporcionó la mejor educación disponible entonces en Prusia. Los dos niños recibieron clases de pensadores de la Ilustración que les inculcaron el amor por la verdad, la libertad y el conocimiento. Wilhelm se refugió en los libros, y Alexander encontró consuelo en la naturaleza. Vagaba por el campo, por los bosques de Tegel, soñando con países lejanos y con las aventuras de grandes exploradores como el capitán Cook y Louis de Bougainville. Volvía todas las tardes de sus excursiones con los bolsillos llenos de plantas, insectos y piedras, y su familia lo apodó «el pequeño boticario».[455]

Alexander se convirtió en un joven apuesto. Medía un metro con setenta y cinco, era delgado y ágil. Daba la impresión de estar desgarrado, entre su afán de superación y una soledad que nunca lo abandonaba. A veces, se sentía inseguro y anhelaba la aprobación, pero creía en sus capacidades intelectuales.[456] Wilhelm estaba orgulloso de la extraordinaria mente de Alexander, pero también preocupado por su salud mental. «El pobre chico no es feliz», le dijo a su mujer; Alexander era demasiado inquieto y estaba demasiado ansioso por deslumbrar a todo el mundo con sus conocimientos y su genialidad.[457]

El propio Alexander confesaba que se sentía impulsado por una energía impaciente y enojosa, como si lo persiguieran «diez mil cerdos». Hablaba sin cesar y saltaba tan rápidamente de un tema a otro que pocos podían seguirle. Algunos lo describen como un meteorito que pasa zumbando por una habitación, otros como un «instrumento sobrecargado» que nunca deja de sonar. «Hay un arrebato en mí», le dijo el propio Alexander a un amigo, «que a menudo me hace sentir como si estuviera perdiendo la cabeza». Caroline von Humboldt tenía miedo de que «estallara».[458]

Seis años antes, cuando se matriculó en la famosa Academia Minera de Freiberg, cerca de Dresde, Alexander superó rápidamente a sus

compañeros. En ocho meses completó un programa que a otros les solía llevar tres años y se convirtió en inspector de minas. Aprendió y trabajó tanto que algunos decían, de broma, que debía de tener «ocho piernas y cuatro manos».[459]

Unos meses antes de su llegada a Jena, la madre de Alexander y Wilhelm von Humboldt murió, tras una larga enfermedad. Los hijos nunca se habían sentido muy unidos a ella, y ninguno de ellos asistió a su funeral. Y aunque Wilhelm se había trasladado a Berlín durante unos meses para cuidarla, se alegró cuando la noticia de su muerte llegó a Jena.[460] Los hermanos heredaron una fortuna y Alexander dimitió inmediatamente de su puesto en el Ministerio de Minas prusiano. Un mes después anunció su «gran viaje».[461]

Alexander von Humboldt quería explorar el mundo, recolectar plantas, semillas, rocas y animales, medir la altura de las montañas, determinar la longitud y latitud, tomar la temperatura del agua y del aire y hacer observaciones astronómicas, dijo, pero el verdadero propósito de su exploración era investigar el modo en que «todas las fuerzas de la naturaleza se entrelazan y unen».[462] Sin embargo, antes de poder embarcarse en su gran aventura, tuvo que terminar los proyectos en los que andaba inmerso, comprar los mejores instrumentos, reunirse con los mejores científicos para aprender todo lo que había que saber y, lo más importante, encontrar un destino para su viaje, lo que resultó ser más difícil de lo que había previsto, ya que gran parte de Europa estaba inmersa en las Guerras Revolucionarias francesas. Con todos los bandos acusando sus pérdidas y consiguiendo victorias, firmando tratados y desechándolos, Alexander von Humboldt vio sus movimientos restringidos por la guerra y los ejércitos. De modo que, de momento, se quedó en Jena para terminar sus experimentos sobre la electricidad animal.

La presencia de Alexander von Humboldt coincidió con uno de los periodos más productivos de Goethe en años. Aunque era poeta, a Goethe le interesaban cada vez más las ciencias. «Nunca observé el mundo natural por motivaciones poéticas», dijo más tarde.[463] Durante el bombardeo de Maguncia, en 1793, había trabajado en su teoría de los colores, y el verano anterior había experimentado con el efecto del color y la luz en el crecimiento de las plantas. Más tarde, realizó experimentos químicos, escribió sobre la metamorfosis de las plantas y comenzó a estudiar los insectos.

Últimamente andaba obsesionado con las mariposas y las polillas. Justo antes de la llegada de Alexander von Humboldt, en marzo de 1797, había estado observando cómo las orugas que había recogido el otoño anterior dejaban atrás sus crisálidas y sus capullos sedosos.

Durante los fríos meses de invierno había mantenido las pupas calientes en su salón, donde los visitantes, seguro, debían de asombrarse ante tantos frascos de cristal, colocados entre las esculturas italianas y la porcelana fina. Cuando las pupas estuvieron por fin listas para salir del cascarón, Goethe pasó muchos días intentando captar los momentos de su metamorfosis. Se sentaba tranquilamente durante horas con un diario y una pluma en la mano, observando cómo se desplegaban las delicadas alas. Minuto a minuto, anotaba el desarrollo y los cambios. ¿Cómo puede un ser vivo cambiar tan radicalmente de un estado a otro? Era el «más bello de los fenómenos», le dijo a Schiller.[464]

Durante este tiempo, Goethe también diseccionó insectos, gusanos, caracoles y orugas, y preparó un banco de muestras. Les inyectó pegamento y cera, clavó algunos en cartones y otros los aprisionó entre dos láminas de cristal. En sus etiquetas se documentaban las distintas etapas de desarrollo: «oruga cerca de la metamorfosis», «oruga con las entrañas extirpadas», «oruga con la garganta y el estómago llenos aún de comida». Hurgó en los minúsculos huevos de los ovarios de la polilla esfinge, investigó el sistema digestivo de los caracoles e, inspirado por los experimentos de Alexander von Humboldt, se dedicó también a las ranas (que atrapó, junto a su hijo August, en los prados húmedos del Saale). Goethe comparó los intestinos de las ranas macho y hembra. Con un bisturí, extrajo pequeños órganos y los colocó en agua, y los roció con vinagre y con ácidos. Los olfateaba, los tocaba y los apretaba con suavidad.[465]

Pronto, su estudio pareció un gabinete de anatomía en miniatura, con fragmentos de pequeños cuerpos, instrumentos, frascos y tarros por todas partes. El olor de los caracoles y los anfibios en descomposición debía de ser apabullante, aunque, en una ocasión, tras disecar los ovarios de una rana, Goethe anotó, sorprendido: «30 de marzo: ni rastro aún de mal olor». Todo se registraba meticulosamente.[466] Caroline Schlegel dijo de él, bromeando: «Actualmente se dedica a las orugas: primero las mata y luego las resucita».[467]

Goethe sentía la urgente necesidad de hablar de sus estudios científicos. El intercambio y el diálogo eran esenciales para el descubrimiento, decía. Enviaba a Schiller informes periódicos —«mis recientes disecciones de peces y gusanos me han proporcionado de nuevo ideas muy fructíferas», o «he empezado a examinar más detenidamente los intestinos de los animales»—, pero su colaborador literario no comprendía este profundo amor por las ciencias y rara vez se limitaba a escuchar amablemente. Sin embargo, con Alexander von Humboldt en la ciudad, Goethe encontró por fin un compañero de batalla para sus investigaciones. «Mis estudios científicos», le dijo a

Schiller con entusiasmo, «han vuelto a salir de la hibernación gracias a su presencia».[468]

Alexander se interesaba por todo: zoología, magnetismo, geología, botánica, química, medicina y mucho más. Ya había publicado un libro sobre la flora subterránea —raras variedades de mohos y plantas parecidas a esponjas que crecían con formas intrincadas en las vigas húmedas de las minas— y un tratado sobre el basalto del Rin, así como unos cincuenta artículos. Inventó una máscara respiratoria para los mineros, así como una lámpara que funcionaba incluso en los pozos más profundos, donde el oxígeno escaseaba, y este era otro tema que fascinaba a Goethe, entre cuyas muchas funciones se encontraba la de responsable de las minas del ducado.[469] En Jena, Alexander estudió y dio conferencias sobre electricidad animal, llevó a cabo experimentos químicos, probó un nuevo electrómetro plegable y subió sus barómetros a todas las colinas para practicar la medición de altitudes.[470] Incluso el duque vino desde Weimar a Jena para conocer a Alexander, y le dijo después a todo el mundo que estaba encantado con el joven científico.[471]

Durante esas semanas, Alexander y Goethe se entregaron en cuerpo y alma a las caminatas, discusiones, experimentos científicos y comidas compartidas. Aunque era veinte años más joven que Goethe, Alexander tomaba a menudo la iniciativa. Nos «obligó» a adentrarnos en las ciencias naturales, decía entusiasmado Goethe, y agradecido por escapar de las interminables discusiones sobre la audaz invasión de Italia que acababa de llevar a cabo Napoleón.[472]

Sin embargo, por mucho que lo intentara, ni siquiera Goethe fue capaz de sustraerse a las noticias que llegaban de los campos de batalla, ya que el joven general francés —que era exactamente un mes mayor que Alexander von Humboldt— iba de una victoria en otra. Napoleón, un hombre bajo y delgado, no daba la impresión de ser un líder militar muy apasionado, pero cuando el invierno anterior cogió la bandera francesa y marchó directamente hacia el fuego enemigo, al frente de sus tropas, en la batalla de Arcole, cerca de Verona, sus hombres lo siguieron. Fue ese día, dijo Napoleón más tarde, cuando tuvo conciencia de su trascendental destino. Durante los meses siguientes, los franceses diezmaron el ejército austriaco y lo expulsaron de Italia. A veces las tropas francesas marchaban al doble de velocidad que sus enemigos, cogiendo a todos por sorpresa. «No marchamos: volamos», dijo uno de los oficiales de Napoleón.[473] El mapa de Europa parecía redibujarse cada pocos meses, y todos los días podían llegar nuevas e inquietantes noticias. «Ahora no puedo ya ni enviar una carta sin que el mundo haya cambiado para cuando llegue la respuesta», se lamentaba Goethe.[474]

Alexander von Humboldt era la distracción perfecta. Animado por

él, el poeta volvió a sus estudios sobre anatomía comparada y sobre las fuerzas que daban forma a la flora y la fauna.[475] Goethe distinguía entre la fuerza interna —la *Urform* o arquetipo—, que proporcionaba la forma general de un organismo vivo, y el entorno —la fuerza externa—, que daba forma al organismo particular. Según Goethe, una foca, por ejemplo, tenía un cuerpo adaptado a su hábitat marino (la fuerza externa), pero al mismo tiempo su esqueleto mostraba la misma estructura general o *Urform* (la fuerza interna) que la de los mamíferos terrestres.[476]

Al igual que el naturalista francés Jean-Baptiste Lamarck y, posteriormente, Charles Darwin, Goethe admitía que los animales y las plantas se adaptaban a su entorno y no según un plan divino o en función de su utilidad para el ser humano. Escribió que la *Urform* podía encontrarse en todos los organismos vivos en diferentes etapas de metamorfosis. Incluso existían similitudes entre los animales y los seres humanos. Y para demostrar su punto de vista, Goethe comenzó a agitar sus dos brazos cada vez que salía a pasear. Este balanceo exagerado de las extremidades era un vestigio del animal de cuatro patas y, por tanto, una de las pruebas de que los animales y los humanos tenían un ancestro común, explicaba Goethe a sus vecinos, que encontraban su comportamiento bastante estrambótico.[477]

Durante aquella primavera, la de 1797, el Círculo de Jena se reunió casi todos los días. «Nuestra pequeña academia», como la llamaba Goethe,[478] estaba muy ocupada. Wilhelm von Humboldt se afanaba en una traducción en verso de una de las tragedias griegas de Esquilo, que discutía con Goethe. Mientras tanto, este trabajaba en su poema en prosa *Hermann y Dorotea*, para el que consultaba sobre cuestiones métricas al hermano mayor de Humboldt, al tiempo que realizaba experimentos con Alexander, como el análisis de la luz y el origen de la luminiscencia del fósforo, para los que instalaron un aparato óptico. August Wilhelm y Caroline Schlegel estaban inmersos en sus traducciones de Shakespeare, y Schiller escribía su obra *Wallenstein*. Les interesaba todo, el arte, la ciencia y la literatura, y su enfoque interdisciplinario adquiría cada vez más importancia, a medida que su pensamiento evolucionaba.

Acudían a las conferencias de Alexander, a los atestados auditorios en los que impartía sus lecciones Fichte, a las cenas y a otras reuniones sociales. Aquella primavera, un estudiante de filosofía no podía creer lo que veían sus ojos cuando descubrió a tantos hombres famosos sentados en una fila durante un concierto: Goethe, Fichte, Alexander von Humboldt y August Wilhelm Schlegel. Eso solo podía pasar en Jena, dijo. Otro estudiante quedó igualmente impresionado

cuando lo invitaron a una fiesta en la que todos los grandes pensadores y escritores de Alemania parecían estar hacinados en una misma sala.[479]

La Universidad de Jena «estaba en el apogeo de su éxito», solía decir Goethe.[480] Por la tarde o por la noche, cuando terminaban de dar clases en la universidad o de trabajar en casa, todos corrían por las calles empedradas hasta el apartamento de Schiller, cerca del Castillo Viejo. Allí, en el salón, Goethe recitaba sus poemas y otros presentaban sus trabajos hasta altas horas de la noche. A mediados de marzo, Wilhelm von Humboldt leyó en voz alta la última edición de la *Wissenschaftslehre* de Fichte. A continuación, leyó extractos de la publicación de Friedrich Schlegel sobre la antigua Grecia y Roma, así como la traducción de *Julio César* realizada por August Wilhelm y Caroline Schlegel. Alexander von Humboldt, por su parte, presentó los resultados de sus experimentos con electricidad animal.[481] Mientras leían, discutían y reían, el tiempo corría, según Goethe, «como una roca que se desprende de lo alto de una montaña». El hermano menor de Humboldt lo mareaba tanto con sus ideas, le dijo Goethe a un amigo, «que a veces uno ni sabe, o ni le importa, dónde anda su propia cabeza».[482]

Contagiado por la energía de Alexander, Goethe trabajaba ahora también a un ritmo frenético, e iba de un tema a otro sin parar. «Por la mañana: revisión del poema, luego A. v. Humboldt, más experimentos ópticos. Luego Schlegel. Almuerzo con Schiller. Después W. v. Humboldt y el Prof. Niethammer; discusión de la teoría de Fichte. Tarde en el club», se lee en una entrada de las muchas similares que se pueden encontrar en su diario de aquella primavera. El diario de Goethe durante la visita de Alexander von Humboldt lo abarca todo, desde los paseos por el Saale hasta la composición de poemas y el estudio de libros científicos. Enumera discusiones sobre filosofía, literatura y geología, así como sobre la teoría del color, la química y el magnetismo. Mencionaba comidas, cenas y otras visitas. Registraba las clasificaciones de su colección de huesos, sus lecturas de Aristóteles y sus exámenes de conchas fosilizadas. Y a pesar de tanta actividad, se las arregló para encontrar tiempo que dedicar a sus experimentaciones: «experimentos químicos con insectos», «anatomía de las ranas», «anatomía de los caracoles, de madrugada» y «anatomía de las lombrices de tierra».[483]

Después de unas semanas en Jena, Goethe estaba tan agotado que confesaba su deseo de pasar unos días en Weimar para recuperarse.[484] Pero cuando dejó Jena, echó tanto de menos a Alexander von Humboldt que inmediatamente envió una carta en la que le pedía a su nuevo colaborador que se reuniera con él. Alexander aceptó y se quedó allí una semana, pero cuatro días después de que el joven

científico dejara Weimar, Goethe estaba de vuelta en Jena. No estaba dispuesto a perder ni un segundo del valioso tiempo que pasaba con Alexander.[485]

Fue durante la visita de este a Weimar cuando Goethe recibió también la noticia de que Austria y Francia habían firmado un acuerdo preliminar de paz, el Tratado de Leoben. Napoleón había expulsado al ejército de los Habsburgo de Italia y, justo cuando los franceses se preparaban para adentrarse en los territorios alemanes, se acordó una tregua. «La paz se ha conseguido», le dijo Goethe a Schiller, para tranquilizarlo, a finales de abril de 1797.[486]

En los años siguientes, Goethe incorporó a menudo la ciencia en su obra literaria. La poesía y la ciencia, dijo, llevaban ya demasiado tiempo considerándose «las más grandes antagonistas».[487] Compuso el poema «Metamorfosis de las plantas», para el que transcribió en verso su anterior ensayo sobre la *Urform* de los vegetales. Del mismo modo, *Fausto*, su obra más célebre —en la que el personaje central del drama hace un pacto con el diablo, Mefistófeles, a cambio del conocimiento infinito—, está repleta de teorías científicas, incluyendo conceptos geológicos sobre la creación de la Tierra enfrentados entre sí, y las propias teorías del color de Goethe. Las últimas ideas filosóficas también se incorporaron en *Fausto*, donde hasta un idealista hacía acto de presencia:

> *EL IDEALISTA*
>
> *El poder de mi fantasía*
> *parece hoy desbordante.*
> *Verdaderamente,*
> *si yo soy el todo,*
> *es que tengo demencia transitoria.*[488]

Al igual que Alexander von Humboldt, el erudito Fausto intenta descubrir «todos los poderes ocultos de la naturaleza». Y cuando declara su ambición en la primera escena —«Que pueda yo detectar la fuerza más recóndita / que une el mundo y guía su curso»—,[489] las palabras pronunciadas por Fausto bien podrían haber sido del propio Alexander. Más tarde, para su novela sobre el matrimonio y el amor, Goethe eligió como título un término científico contemporáneo que describía la tendencia de ciertos elementos químicos a combinarse: *Afinidades electivas*. Utilizó esta «afinidad», característica propia de los elementos químicos que los empuja a unirse activamente entre sí, para evocar las relaciones cambiantes entre los cuatro protagonistas de la novela.[490]

La influencia y la inspiración iban en ambas direcciones. Como Alexander recordaría más tarde, la estancia en Jena «me afectó poderosamente».[491] Goethe cambió la forma en que entendía el mundo natural y le hizo pasar de la investigación puramente empírica a una interpretación de la naturaleza que combinaba datos científicos con respuestas emocionales. «La naturaleza debe experimentarse a través de los sentimientos», le escribió más tarde a Goethe, insistiendo en que quienes trataran de describir el mundo simplemente clasificando plantas, animales y rocas nunca podrían acercarse a él.[492] Al mismo tiempo que la filosofía del *Ich* se centraba, cada vez más, en la subjetividad, la perspectiva de Alexander von Humboldt cambiaba, y casi cincuenta años después escribiría en su superventas internacional, *Cosmos,* que «el mundo exterior solo existe para nosotros en la medida en que lo recibimos dentro de nosotros mismos». La naturaleza, las ideas y los sentimientos «se funden entre sí».[493]

El hecho de que la naturaleza y la imaginación estuvieran, en sus libros, tan entrelazadas, se debió a la «influencia de tus escritos», le dijo más tarde Alexander von Humboldt a Goethe. Este lo había dotado de «nuevos sentidos» para ver y comprender el mundo natural, y con esos nuevos órganos exploraría América del Sur dos años más tarde.[494] Una década después de aquella larga primavera en Jena, Alexander le mostró su agradecimiento a Goethe dedicándole su *Ensayo sobre la geografía de las plantas*. En la cubierta del *Ensayo* aparecía Apolo, el dios de la poesía, levantando el velo a la diosa de la naturaleza, dejando perfectamente claro lo necesaria que era la poesía para comprender los misterios del mundo natural.[495] A su vez, Goethe, a través de Ottilie, una de las protagonistas de su novela *Afinidades electivas,* decía: «¡Cómo me gustaría oír hablar a Humboldt, aunque fuera una vez!».[496]

Pero a Schiller le empezó a preocupar que Goethe se alejara demasiado de la poesía y la estética, y lanzó esta advertencia en *Horen*: «Cuanto más se expanden las fronteras de la ciencia, más se reduce el reino del arte».[497] También estaba celoso de la influencia que Alexander ejercía sobre Goethe. Schiller nunca se lo manifestó a ninguno de los dos, pero sus cartas a uno de sus amigos más cercanos, Christian Gottfried Körner, rebosaban comentarios cáusticos. Alexander von Humboldt nunca lograría nada grande, escribía Schiller, porque le interesaban demasiadas cosas. El joven científico solo se guiaba por la «razón desnuda y analítica», carecía de imaginación y sensibilidad, y lo movía la pura vanidad. En pocas palabras, decía Schiller, Alexander von Humboldt era un bocazas y un fanfarrón.[498]

Cegado por los celos, Schiller no vio ningún potencial en aquel

hombre que acabaría convirtiéndose en el científico más célebre de su época, el creador de un concepto de la naturaleza que todavía hoy da forma a nuestro pensamiento. A diferencia de Wilhelm von Humboldt, que pensaba que su hermano menor era la mente más grande que había encontrado y alguien con la capacidad de conectar ideas y «ver cadenas de cosas», Schiller creía que Alexander «nunca podría crear, solo dividir».[499] Y no era solo Alexander von Humboldt quien lo molestaba. La creciente cercanía de Caroline Schlegel a Goethe tampoco lo agradaba lo más mínimo. ¿Cómo era posible, se preguntaba, corroído por la envidia, que Caroline ya hubiera recibido y leído las pruebas del volumen final de la novela de Goethe, *Wilhelm Meister*, cuando él —que había aconsejado, editado y comentado los borradores— aún no lo había hecho?[500] Mientras tanto, Goethe, felizmente inconsciente de todo aquello, pasaba cada vez más tiempo con Alexander. Unos días junto al joven científico, decía Goethe, eran equivalentes a «haber vivido varios años».[501]

Entonces, cuando la primavera se convirtió lentamente en el comienzo del verano y la temperatura subió, Schiller se mudó a una nueva casa. Aunque era reacio a salir a la calle o a dar paseos, se dio cuenta de que un poco de aire fresco y ejercicio sería bueno para su frágil salud. Así que, cuando se puso a la venta una casa con un gran jardín y a un precio bajo, Schiller la compró. Fue en marzo de 1797, y el 2 de mayo ya estaba instalado en ella. La «Casa del Jardín», como él la llamaba, era un edificio hermoso y compacto situado más allá de las murallas medievales, al sudoeste, no lejos del Saale y del Paraíso. En el primer piso había una luminosa y aireada buhardilla con vistas al jardín, donde Schiller podía escribir en paz, lejos del jaleo de la familia. Aunque seguía trabajando en *Wallenstein*, también componía baladas, escribía poemas y publicaba sus revistas, *Horen* y *Musen-Almanach*. El plan era utilizar la casa durante el verano, cuando en la ciudad hacía calor y era agobiante, pero mantener el apartamento alquilado cerca del Castillo Viejo para los fríos meses invernales.[502]

Goethe se alegraba por él, aunque ahora tenía que cruzar la ciudad para ver a su amigo, en lugar de dar los pocos pasos que separaban su alojamiento del apartamento de Schiller. «Todo me resulta ahora muy incómodo e inconveniente», le escribió a Christiane, pero la compañía era demasiado irresistible como para renunciar a la diversión.[503] De modo que, casi todos los días, iba a pie hasta la nueva casa de Schiller. Allí, en el extremo del jardín, bordeando un terraplén cubierto de maleza que descendía hasta un pequeño arroyo serpenteante, Schiller y sus invitados se sentaban en un pequeño cenador, ante una mesa redonda de piedra donde se amontonaban los vasos, los libros, la comida y los papeles. Hacía un tiempo espléndido aquel mes de mayo, y mientras los ruiseñores cantaban sus dulces melodías, los hombres a

menudo se quedaban hasta tarde, disfrutando de las agradables tardes de principios de verano.[504] Pero aquella paz pronto iba a terminarse.

Durante los tres meses que duró la visita de Alexander von Humboldt a Jena, la relación entre Schiller y Friedrich Schlegel se fue volviendo cada vez más tensa. Ya no tenía sentido fingir lo contrario. Declara la guerra a alguien como Schiller, le dijo Friedrich Schlegel a un amigo, y tendrás que usar armamento pesado. Y eso es exactamente lo que hizo.[505] Había reseñado y atacado el *Musen-Almanach* de Schiller, pero también *Horen*. En mayo de 1797, justo cuando Schiller abría las puertas de su nuevo jardín a sus amigos, Friedrich Schlegel escribió otra mordaz crítica de *Horen*. Su principal pega era que no había suficiente contenido original y que Schiller se basaba demasiado en traducciones de teatro y poesía extranjeros, muchas de las cuales, de hecho, eran obra de August Wilhelm Schlegel.[506]

A Friedrich no se le había ocurrido que su crítica tocaba también los bien pagados encargos que su hermano recibía de *Horen*. Friedrich se regocijaba con su «genial diablura», pero a August Wilhelm le horrorizó.[507] Había pasado demasiado tiempo de su vida adulta tratando de poner orden en la cabeza exaltada de su hermano, calmando a sus padres y pagando sus deudas. Pero Friedrich estaba a sus anchas. «Me gusta que la gente diga, públicamente y sin ambigüedades, lo que piensa y lo que quiere», confesaba.[508]

Al final, después de leer esta última crítica, Schiller se hartó. El 16 de mayo le dijo a Goethe: «Este herr Friedrich Schlegel ya pasa de castaño oscuro».[509] La crítica dio en el punto débil porque Schiller había tenido problemas para llenar las páginas de *Horen*. Sus colaboradores eran poco fiables y su material no era, a menudo, lo bastante bueno. Las traducciones servían para llenar los huecos. Con las suscripciones de capa caída, Schiller tenía ganas de mandarlo todo a paseo.

Goethe, al que no le gustaban los conflictos, siempre trató de ser diplomático, pero nunca disfrutó de su papel de mediador. Ahora, sin embargo, cogió a Friedrich Schlegel, se lo llevó a dar un paseo y trató de hacerle entrar en razón. Pero ¿cómo convencerle para que aminorara sus ataques? Goethe habló con todas las partes implicadas y escuchó pacientemente las quejas de Schiller. A finales de mayo, cuando las tensiones aumentaron, escribió una breve carta a Christiane, en Weimar, en la que mencionaba un par veces que prefería estar en casa, no allí, en Jena.[510]

Fue Schiller quien lanzó el siguiente ataque. Tras fracasar en su intento de silenciar a Friedrich Schlegel, puso el ojo en su hermano

mayor, el inocente y juicioso August Wilhelm, y lo despidió de *Horen* sin contemplaciones. El 31 de mayo de 1797, Schiller le escribió a August Wilhelm: «Ha sido un placer darte la bienvenida a las páginas de *Horen*, al incluir tus traducciones de Dante y Shakespeare, pero veo que herr P. Schlegel, mientras yo intento beneficiarte, me regaña públicamente y dice que hay demasiadas traducciones en *Horen*; me perdonarás en el futuro [por decir que no]».[511] Con esta única carta, la amistad con Schiller, principal motivo del traslado de August Wilhelm Schlegel a Jena el año anterior, terminó abruptamente.

Sorprendido y angustiado, August Wilhelm contestó inmediatamente e insistió en que no había sabido de la crítica de Friedrich, ni ejercía ninguna autoridad o influencia sobre su hermano menor. «Me disgustaría mucho, la verdad, que se me considerara responsable de todos sus actos», le aseguró a Schiller. Y, en todo caso, como Friedrich había criticado la excesiva confianza de *Horen* en las traducciones, de algún modo, aquello implicaba también a August Wilhelm. Dejando a un lado el orgullo, Caroline añadió su propia posdata a la carta de su marido, suplicando el perdón de Schiller. «Le admiramos sinceramente y le queremos», escribió. Luego envió una nota a Goethe, pidiéndole ayuda, y August Wilhelm llamó a su puerta.[512]

Al día siguiente, a las seis de la tarde, Goethe fue a dar un largo paseo con August Wilhelm, y luego a cenar con Schiller. Pero no sirvió de nada. No tenía ningún interés en continuar con su acuerdo, respondió Schiller en una escueta nota a August Wilhelm, y no podía volver a confiar en él. ¿Cómo podía ser amigo de August Wilhelm y, al mismo tiempo, recibir insultos de su hermano? Mejor poner fin de una vez a su asociación, lo cual, aunque era «una necesidad desagradable», también era inevitable. La amistad nunca se recuperó.[513]

En medio de todo esto, Alexander von Humboldt se marchó. Después de tres meses en Jena, el joven científico se despidió a finales de mayo de 1797 de su cuñada Caroline. Wilhelm von Humboldt había dejado Jena a finales de abril para ocuparse de la herencia de los hermanos en Berlín: vender los muebles de su madre, empaquetar la plata y la porcelana, y, quizá, vender Tegel, la finca familiar.[514] El amante de Caroline von Humboldt, Wilhelm von Burgsdorff, también había partido para buscar en Dresde un lugar donde pudieran reunirse todos, como tenían previsto. Desde Dresde, Alexander, Wilhelm y Caroline von Humboldt, además de los niños y Burgsdorff, planeaban viajar a Italia.(21) La salud de Caroline von Humboldt no había llegado a restablecerse del todo tras el nacimiento de su tercer hijo, en enero, y siempre sufría durante los gélidos inviernos alemanes. Los Humboldt habían decidido abandonar Jena para siempre.[515]

Alexander se reunió con su hermano y su cuñada a fin de continuar con los preparativos de su expedición. En Dresde, había quedado con un astrónomo para aprender a utilizar su nuevo sextante, y también quería entrevistarse con su antiguo profesor de la cercana academia de minería de Freiberg sobre algunas cuestiones geológicas urgentes. En su camino hacia el sur, Alexander tenía intención de escalar los Alpes, según le dijo a Goethe, y explorar el Vesubio, en Italia, para poder compararlos después con montañas y volcanes de otros lugares. Con el nuevo armisticio que habían firmado los franceses y el Sacro Imperio Romano Germánico, esperaba poder viajar a Italia sin problemas.[516]

Pero, aunque estaba emocionado por la perspectiva de nuevas aventuras, también estaba triste. «Me voy de esta ciudad con el corazón encogido», le escribió a un amigo, «¿dónde encontraré otra vez algo así, todo reunido en un mismo lugar?».[517]

Goethe no tuvo mucho tiempo para echar de menos a Alexander. Las desavenencias entre los Schlegel y Schiller lo mantenían ocupado. En el transcurso de la semana siguiente, vio a August Wilhelm Schlegel cuatro veces y a Schiller seis. Hasta que se marchó a Weimar, el 16 de junio, Goethe osciló entre las partes enfrentadas. Salió a pasear por separado con Friedrich y August Wilhelm Schlegel, y pasó las tardes con Schiller.[518] Leyó el borrador de la que sería la última contribución de August Wilhelm a *Horen,* un ensayo sobre *Romeo y Julieta,* de Shakespeare, que se le encargó antes de que estallara el conflicto. Se lo había entregado a Schiller, pero este le pasó sus indicaciones para los cambios a Goethe, que al final fue quien se las hizo llegar a August Wilhelm. Schiller estaba harto de los jóvenes exaltados. Toda esa generación estaba demasiado desatada y ensimismada, pensaba él. Estaba claro que se habían tomado la filosofía del *Ich* de Fichte demasiado al pie de la letra.[519]

Friedrich Schlegel agravó aún más la situación al acusar a un colaborador de *Horen*, profesor de historia en la Universidad de Jena, de plagiar a un famoso historiador inglés. La redacción, según Friedrich Schlegel, era tan parecida que bien podría haberse pagado como una traducción, no como un original. Enfurecido, el profesor publicó una réplica en el *Allgemeine Literatur-Zeitung* en la que rechazaba la acusación de Friedrich como una «mentira desvergonzada». En el alboroto que siguió, Goethe aconsejó a Friedrich Schlegel que abandonara Jena por un tiempo. La retirada parecía la única solución.[520]

El 8 de junio de 1797, exactamente una semana después de que Schiller rompiera todo contacto con los Schlegel, Friedrich informó a

Novalis de que tenía previsto trasladarse a Berlín a finales de ese mes.[521] Su estancia en Jena tocaba a su fin, por ahora, pero las sospechas de que sus críticas a *Horen* contenían algo de verdad no dejaron de crecer, al tiempo que las suscripciones disminuían, y el número de diciembre de 1797 —que apareció al final en marzo de 1798— resultó ser el último de la revista.[522] Friedrich se sentía poco menos que exultante por haber ganado su lucha contra uno de los gigantes de la literatura de Alemania. La confianza en sí mismo nunca le faltaba, y le escribió a Novalis que soñaba «con ser, de alguna manera, el último hombre en pie».[523]

El daño estaba hecho y los Schlegel y los Schiller perdieron todo contacto. Los amigos y conocidos fueron eligiendo sus alianzas, solo Goethe permaneció neutral. Caroline von Humboldt abandonó Jena justo cuando Schiller leía la crítica de *Horen* que hizo Friedrich Schlegel, y llevó el cotilleo a Dresde. El viejo amigo de Schiller en Dresde, Körner, que conocía bien a los hermanos Schlegel, se puso rápidamente en contra de ellos: incluso las respetadas traducciones de Shakespeare empezaron a considerarse ahora demasiado burdas. Además, no le gustaba Caroline Schlegel —le escribió Körner a Schiller el 10 de junio, tras conocer todos los detalles a través de los Humboldt—. Aunque el autor de la crítica había sido Friedrich Schlegel, era Caroline Schlegel el foco de los rumores maliciosos. Ella había corrompido a los hermanos, afirmaba Körner.[524]

Pero ella nunca había sido una persona capaz de sufrir en silencio. Cuando los Humboldt se pusieron del lado de Schiller, se convirtieron en el blanco de sus comentarios. Su recién nacido Theodor, le escribió a su vieja amiga Luise, era «tan feo como los dos primeros». La aversión era mutua. «Me alegro de que ya no salgas con madame Schlegel», le escribió Caroline von Humboldt a Charlotte Schiller mientras estaba de viaje, «que ha resultado ser, después de todo, una serpiente».[525]

Las relaciones entre Charlotte Schiller y Caroline Schlegel nunca habían sido muy estrechas. Aunque al principio fueron amistosas, no trataron de pasar por alto sus diferencias cuando estas se hicieron evidentes. Charlotte Schiller era tranquila y reservada, y se atenía a las convenciones; Caroline era sociable, franca y poco ortodoxa. Aunque amaba a su marido, Charlotte Schiller se había hartado de su mundo literario bohemio, y prefería estar consigo misma antes que asistir a las ruidosas fiestas. Era una música talentosa y una traductora consumada, pero había asumido los valores tradicionales de su educación aristocrática y se dedicaba a sus hijos, su hogar y su marido. El hecho de que fuera religiosa, conservadora y un poco esnob le hizo sospechar de un espíritu libre como Caroline, que había desafiado su destino y el lugar designado para ella dentro de la

sociedad. A medida que aumentaba su aversión, Charlotte Schiller comenzó a aconsejar a los demás que fumigaran sus habitaciones una vez que Caroline Schlegel se hubiera marchado. «En cuanto salga de tu casa, abre sin demora todas las puertas y ventanas», le dijo a una amiga, «y quema dos libras de incienso para purificar el aire hasta que desaparezca el último aliento de su ocupante anterior».[526]

Goethe estaba extenuado. Algo no funcionaba bien en Jena, y el mal tiempo que hacía no ayudaba mucho. Después de un mayo maravillosamente cálido, volvió a hacer frío y llovió tanto que parecía que no iba a escampar nunca.[527] La única solución era tomarse unas vacaciones. En junio de 1797, en medio de las negociaciones entre los Schlegel y Schiller, Goethe escribió al duque Carlos Augusto pidiéndole permiso para viajar. El hecho de ver a los Humboldt haciendo las maletas y marchándose había despertado en Goethe el espíritu viajero. Lo invadió «el deseo de volver a ver mundo». Y el permiso se le concedió, pero se le pidió que retrasara su partida hasta julio, cuando el duque regresara de sus propias vacaciones.[528]

En Weimar, mientras esperaba su partida a Suiza y posiblemente a Italia, Goethe desempacó el manuscrito de *Fausto*. Era una obra a la que le venía «bien un estado de ánimo agitado», afirmaba ahora, después de haber trabajado en ella de forma intermitente durante años.(22) Schiller había animado durante mucho tiempo a Goethe para que la retomara. Ya en diciembre de 1794, unos meses después de que se conocieran, Goethe había dicho que ni siquiera se atrevía a desatar el paquete que mantenía preso a Fausto. Pero el 22 de junio de 1797, apenas tres semanas después de la larga visita de Alexander von Humboldt a Jena, Goethe abrió por fin el material de su *Fausto*. Como si la personalidad de Humboldt le hubiera inspirado. El inquieto y erudito Fausto, al igual que Humboldt, se ve impulsado por una búsqueda incesante del conocimiento, por un «desasosiego febril», como declara en la primera escena de la obra.[529]

Ese mismo día, Goethe pidió a su insomne amigo Schiller que pasara una de sus muchas noches en vela pensando en *Fausto*, «para que me cuentes mis propios sueños y los interpretes, como un verdadero profeta». Schiller respondió de inmediato. Dijo que sería difícil representar adecuadamente la obra, y que Goethe tendría que encontrar un equilibrio entre el ingenio y la seriedad, entre la mente y la razón, y entre el cuento popular y el significado universal.[530] La obra trataba del «vano intento de unir el lado divino y el material de la naturaleza humana», pensaba Schiller, y el *Fausto* tenía que ser a la vez filosófico y poético para cumplir ese objetivo.[531] Por qué Goethe quería abordar esto ahora, poco antes de su partida; Schiller

no lo entendía, pero dijo «Hace tiempo que he renunciado a intentar juzgarte con los criterios lógicos normales».[532]

Schiller se sentía aislado. Con Goethe en Weimar, los Humboldt desaparecidos y el abrupto final de su amistad con los Schlegel, le confesó a Körner: «Este verano me siento muy solo», hasta el punto de que incluso fue a Weimar durante una semana para ver a Goethe.[533] Los dos estuvieron dándole vueltas a una idea para una nueva balada, «Las grullas de Íbico», de Schiller, en la que un famoso poeta griego antiguo era asesinado.[534] Y quizá no fuese casualidad que Schiller lo considerase un buen tema, después de los despiadados ataques de Friedrich Schlegel. Aunque la visita fue breve, Schiller se sintió mejor después. Cada vez que se separaban, decía, era como si algo de Goethe se hubiera plantado en su interior: un grano o un esqueje que acabaría creciendo.[535]

Goethe no había abandonado la idea de que Schiller y August Wilhelm Schlegel pudieran retomar el contacto. Pidió a August Wilhelm que contribuyera con un poema, una balada o una pieza en prosa al *Musen-Almanach* de Schiller. Desesperado por hacer las paces y recuperar parte de sus ingresos, August Wilhelm aceptó y envió un poema a mediados de julio, justo cuando Schiller llegó a Weimar. Goethe lo leyó junto con Schiller, y le dio las gracias a August Wilhelm diciéndole que lo habían disfrutado y mandando saludos al resto de la familia.[536] Cuatro días después, August Wilhelm fue a Weimar con la esperanza de encontrar a Schiller en casa de Goethe, pero llegó demasiado tarde. En el momento en que cerró la puerta tras la marcha de su visitante, Goethe le escribió a Schiller: «Parece que lo único que le ha traído aquí ha sido su deseo de volver a estar cerca de ti».[537]

Con sumo cuidado y delicadeza, Goethe consiguió negociar una breve tregua. Schiller aceptó el poema, pero no sin sugerir cambios sustanciales. August Wilhelm respondió con una carta de ocho páginas, en la que explicaba con excesivo detalle lo que podía y no podía cambiar.[538] Schiller aceptó, publicó el poema y después le pidió una balada. Aliviado, August Wilhelm se puso a trabajar y, dos semanas después, entregó «Arion».[539] No hubo respuesta. Tres semanas más tarde, y todavía sin noticias de Schiller, August Wilhelm le envió una carta de once páginas a Goethe, que ahora se encontraba en Suiza. En ella le decía que había hecho todo lo que estaba en su mano, pero Schiller seguía evitándolo. Estaba perdido. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Seguro que su voluntad de colaborar con el *Musen-Almanach* bastaba como prueba de su lealtad?[540]

August Wilhelm Schlegel no tuvo desde el principio la más mínima posibilidad. Schiller ya le había escrito a Goethe para decirle que la balada era «fría, árida y carecía del más mínimo interés».[541] Sin

embargo, tuvo que admitir que los versos sobre *Romeo y Julieta* eran excelentes, estaban llenos de brío y emoción. Tan buenos, de hecho, que en una carta a su amigo de confianza Körner, se preguntaba si August Wilhelm Schlegel «no los habría robado de algún sitio», un comentario que nunca se habría atrevido a hacerle a Goethe.[542]

A partir de entonces, los Schlegel intentaron ir con cuidado. «Si tratamos mal a Schiller», le escribió August Wilhelm a un amigo, «arruinaremos nuestra relación personal con Goethe».[543] El poeta de más edad, sin embargo, se las arregló para evitar tomar partido públicamente. Schiller se sentía seguro de la amistad de Goethe, al igual que August Wilhelm Schlegel. «Su atenta consideración por Schiller», le dijo más tarde August Wilhelm, «que es como la de un marido afectuoso por una esposa con los nervios delicados, no le impide seguir en los términos más amistosos con nosotros».[544]

8
«PRENDE, PUES, UN PUÑADO DE OSCURIDAD»
Verano-invierno de 1797: El anhelo de muerte de Novalis

Novalis cogió el largo vestido gris que Sophie llevaba puesto el día de su muerte y lo colocó cuidadosamente sobre su cama. Extendió las estrechas mangas justo por debajo del escote y apoyó el delgado libro que estuvo leyendo en sus últimos instantes como si aún lo sostuviera en sus manos. La falda del vestido se extendía sobre la cama. Sobre la almohada en la que descansó su cabeza, colocó su tocado, y dispuso las cintas alrededor del vacío donde solía estar aquel rostro que ya nunca volvería a sonreírle. Allí permaneció, en la habitación de Sophie, durante los días siguientes, releyendo sus cartas y contemplando el vestido sin vida. «Sin ella, *nada* hay ya para mí en este mundo», escribió.[545]

Sophie von Kühn falleció el 19 de marzo de 1797, dos días después de cumplir los quince años. Tras soportar tres operaciones terribles en Jena, finalmente murió en su casa, acompañada por su familia.[546] Novalis, que rara vez tenía una jornada libre en las minas de sal, había visto a Sophie nueve días antes, pero no había vuelto, porque se sentía incapaz de ver sufrir a la «criatura celestial».[547] Desde que la conoció, en noviembre de 1794, no dejó de sentirse abrasado de amor. Siempre que podía, ensillaba su caballo y se dirigía a la finca de la familia de ella, Schloss Grüningen, a unos ochenta kilómetros al oeste de Weißenfels.

Novalis la describió, como lo describía todo, mediante opuestos. Sophie era a la vez una niña y una mujer, decía, una mujer «aficionada a los juegos infantiles», pero una niña con opiniones firmes. Podía ser irritable, pero soportó sus dieciocho meses de enfermedad y sus aterradoras cirugías con valentía y fuerza, y sabía hacerle frente a Novalis. A los catorce años, fumaba tabaco y le gustaba el vino, pero también disfrutaba de las ocupaciones femeninas más tradicionales, como la costura y la música. Novalis dijo de ella que era imperiosa, pero también caritativa; contenida, pero salvaje. Estaba deseosa de complacer, pero podía ser caprichosa. Le gustaba la lectura, pero no le interesaba la poesía, y odiaba el chismorreo.[548] Podía mostrarse fría con él, y Novalis era consciente de que su amor la asfixiaba, pero era incapaz de evitarlo. Ella era un espíritu libre, pero se empeñaba en mantener las formas. Aunque eran novios, no le

permitía usar el informal *Du* cuando se dirigía a ella. Sus contradicciones tenían a Novalis fascinado. Como decía la hermana de Sophie, en tono burlón, ella era su «no *Ich*».[549]

Al principio, a los amigos de Novalis les sorprendió su amor por la joven Sophie. Pero lo adoraban y, con el tiempo, terminaron por aceptar sus sentimientos. Él siempre había sido diferente. Era un aristócrata y, sin embargo, el único de su grupo con una profesión práctica, que se ensuciaba las manos en las minas de sal. Escribía poesía, pero también le volvían loco las ciencias. A pesar de sus orígenes familiares, abrazó de lleno la Revolución francesa. Quería vivir una vida diferente de lo que se esperaba del hijo mayor de una familia aristocrática, pero anhelaba casarse y tener herederos. Era melodramático, apasionado y se enamoraba con facilidad, pero su afecto por Sophie había perdurado.[550]

Y estaba lleno de contradicciones. A menudo callaba cuando se encontraba en compañía de extraños, y se mostraba locuaz y deslumbrante cuando estaba entre amigos. Podía ser encantador y gentil, pero también impulsivo, rebosante de «una alegría ajetreada y nerviosa». Friedrich Schlegel siempre consideró a Novalis como la encarnación misma de la vida: «Tú vives, los demás solo respiran».[551] Por fuera, llevaba una vida profesional que complacía a su padre, pero intentaba dar sentido al mundo mirando hacia el interior y practicando lo que él llamaba su «Sichselbstfindung» —el «Encontrarse a sí mismo»—, inspirado en su intensa lectura y análisis de las obras de Fichte.[552]

Y ahora quería morir. La muerte de Sophie lo sumió en una confusión que se hizo aún más oscura y profunda cuando, un mes más tarde, su hermano favorito, Erasmo, falleció también, tras una larga enfermedad.[553] Novalis anunció que seguiría a Sophie, que se quitaría la vida para unirse a ella. Comenzó a hablar de su deseo de «Nachsterben», una palabra inventada por él que se traduce como «morir después» o «seguir a la muerte».[554] Quería reunirse con Sophie, y afirmaba con ademanes teatrales que su muerte sería como una noche de bodas repleta de los más dulces misterios.[555] Pero no se pondría una pistola en la cabeza ni una soga al cuello. En su lugar, utilizaría la pura fuerza de voluntad. Su *Ich* era lo suficientemente fuerte como para matarlo, creía, si se comprometía de verdad con la tarea. Nada podría hacerle cambiar de opinión. Con el *Ich* de Fichte reverberando en su corazón como un «pensar incesante sobre mí mismo», su determinación de morir creció.[556]

Sus pensamientos volvían una y otra vez a la filosofía de Fichte, y en sus notas escribió: «Prende, pues, un puñado de oscuridad».[557]

Tras la muerte de Sophie, Novalis tomó el *Ich* libre de Fichte y lo reformuló a través de su propio y excéntrico concepto de *Nachsterben*.

Otorgó a la mente la capacidad mágica de mover las cosas sin tocarlas. Si nuestro *Ich* puede crear el mundo, escribió, entonces seguro que puede hacer que un brazo vuelva a crecer cuando se lo amputa o insuflar vida a un objeto tan solo mediante el poder del pensamiento. Del mismo modo que podemos dirigir la mente para que piense o haga cualquier cosa, podemos influir sobre nuestros órganos y partes del cuerpo. La mente puede obligar a un brazo a levantarse o a un ojo a parpadear, así que ¿por qué no podría obligar a nuestro cuerpo a producir o hacer lo que le pidamos? Y si eso fuera posible —creía Novalis—, entonces uno podría «matarse a sí mismo a base de fuerza de voluntad». Si lo deseaba lo suficiente, sería, por tanto, capaz de morir.[558]

Sin Sophie, todo se había detenido. «Mi petrificación avanza a buen ritmo», escribió Novalis cinco días después de su muerte. Se estaba desintegrando y, a medida que su mente se desmoronara, también lo haría su cuerpo. Tras despedirse de las minas, se alojó en casa de unos amigos, cerca de la casa de Sophie. Se sentía como un «extraño en la Tierra».[559] Se sentaba en su habitación y, por las tardes, solía cruzar la finca hasta llegar al cementerio, que estaba en la cima de una pequeña colina a la que se llegaba pasando por los jardines floridos del pequeño pueblo y subiendo por una ladera cubierta de hierba. Una vez allí, Novalis accedía al recinto por una sencilla puerta de madera. Aquí, entre los dientes torcidos de generaciones de lápidas, había un nuevo bloque de piedra con el nombre de Sophie, «mi santuario sagrado», como él lo llamaba. Depositaba las flores que había recogido en sus paseos y se sentaba junto a la tumba. Y, mientras el sol se ponía y la oscuridad se tragaba el pequeño patio de la iglesia, se sentía íntimamente unido a Sophie y al universo que inspiraría los *Himnos a la noche*, la colección de seis poemas que lo harían famoso.[560]

«Caminé hasta la tumba, donde medité largamente y sentí una paz indescriptible», escribió una noche, y: «Me siento indeciblemente solo», otra. También hubo momentos de euforia —«momentos fulgurantes de entusiasmo»— en los que se sentía con Sophie. Y entonces, el 13 de mayo de 1797, anotó en su diario: «Soplé sobre la tumba y echó a volar como el polvo —los siglos fueron como instantes —, la sentí junto a mí», una frase que se convertiría en el núcleo del tercer poema de *Himnos a la noche*.[561] El tiempo y el espacio parecían haberse vuelto elásticos. Un solo instante podía convertirse en años, en siglos, y la sólida tierra firme tornarse en polvo. Las emociones podían manifestarse en los objetos, y los propios objetos podían disolverse en la nada. Todo era uno. Y como ya había señalado

Novalis en sus estudios sobre Fichte, la fuerza unificadora de ese todo era el amor. El amor era el puente entre el yo y el no yo, entre lo real y lo ideal, entre la mente y el mundo físico de los sentidos.[562]

El diario de Novalis revela su implacable autoexamen. Día tras día, lo volcó todo en sus páginas —su dolor físico, su estado emocional, su enfoque artístico, sus recurrentes impulsos sexuales, sus luchas intelectuales— junto con su vida cotidiana. Las páginas son el testimonio de una investigación y meditación sobre el yo sin concesiones, una búsqueda de las conexiones entre su cuerpo y sus respuestas emocionales a la muerte de Sophie. Todo anotado con una prosa concisa, casi clínica, muy parecida a la de un médico que describe los síntomas de un paciente.

Las entradas se registraban por el número de días transcurridos desde la muerte de Sophie: así, el 30 de abril era simplemente el día 43, o el 13 de mayo el día 56. El diario se convirtió en un barómetro del dolor, un informe casi diario sobre el progreso de la decisión de morir que había tomado Novalis. Un día anotaba que su resolución se mantenía firme, otro, que «vacilaba y se tambaleaba», y, después, que se volvía «firme de nuevo».[563] Observó sus cambios de humor, que fluctuaban entre el castigo y el consuelo, entre las lágrimas y la euforia, la soledad y las animadas conversaciones con los amigos. Novalis vivía en los extremos, como lo había hecho siempre. Despiadadamente honesto, se alababa a sí mismo por llorar a Sophie y se reprendía por no pensar lo suficiente en ella, y por sus impulsos sexuales y sus masturbaciones. «Muy lujurioso», anotó, entre un informe meteorológico y el título del libro que estaba leyendo, y: «Mucha lascivia», al día siguiente.[564]

Sophie estaba en todas partes. Cada vez más idealizada, era «el principio» y sería «el final» de su vida.[565] La chica fumadora de tabaco que se había reído en su cara cuando la había mandado callar durante una discusión había sido mitificada. La Sophie jugadora de cartas, de mente fuerte, la danzarina Sophie, había pasado a ser un ángel etéreo, tan piadoso y sereno que era «como si no formara parte de este mundo».[566] Él la sentía y, sin embargo, estaba ausente. Tenía que reunirse con ella. Su muerte sería «un auténtico autosacrificio», escribió en su diario dos meses después de la muerte de ella. El suicidio no era una opción, ni tampoco la enfermedad. Si su muerte debía significar algo, tenía que acaecerle únicamente por la convicción de su *Ich*. Su deseo de morir era un signo de fortaleza. «Morir es conquistarse a uno mismo», escribió.[567]

Durante aquellas semanas, Novalis siguió manteniendo correspondencia con su mejor amigo, Friedrich Schlegel. Menos de un mes después del fallecimiento de Sophie, le escribió: «Para mí es muy obvio qué clase de accidente celestial ha supuesto su muerte: se ha

convertido en la clave de todo». Su amor por Sophie, contaba, era una llama que consumía la realidad. Él la seguiría.[568] Aunque Friedrich no tenía muy claro qué quería decir Novalis con todo esto, le aseguró a su amigo que podía contar con él: «Estoy contigo de todo corazón».[569] Los grandes cambios de humor en las cartas de Novalis eran la consecuencia de ataques maniacos, que oscilaban entre la excitación eufórica por su próximo reencuentro con Sophie y el reconocimiento de que, como él mismo dijo, sus entrañas se estaban desmoronando.[570] Friedrich Schlegel se compadecía de su amigo, pero estaba también al borde de los celos: ¿no significaba acaso el sufrimiento de Novalis que había experimentado un amor verdadero y correspondido?[571]

Los sentimientos de Novalis estaban entretejidos con la misma obsesión y anhelo melodramático de los que hacía gala el joven suicida Werther en la novela homónima de Goethe, escrita casi treinta años antes. Todos habían leído el libro. *Las penas del joven Werther* influyeron en una generación entera con su exploración del amor desesperado, la introspección sentimental y el suicidio. El propio Friedrich Schlegel habló de quitarse la vida tras un fracaso amoroso cuando estudiaba en Leipzig, cinco años antes. «Tengo un respeto ilimitado por la belleza de tu idea», le aseguró Novalis.[572]

La traducción de August Wilhelm y Caroline Schlegel de *Romeo y Julieta* de Shakespeare —el más famoso de los suicidios— se publicó también pocas semanas después de la muerte de Sophie. Cuando Friedrich Schlegel le envió un ejemplar del libro a Novalis, el 7 de mayo de 1797, escribió: «Creo que te sentirás muy atraído por la figura de Romeo [...] esto es más que poesía». A Novalis le encantó y se enamoró de Shakespeare. La traducción, como género en sí, era poesía, decía, y toda la poesía era traducción. El «Shakespeare alemán», le dijo a August Wilhelm Schlegel, «es ahora mejor que el inglés».[573]

Ese mismo verano, el poeta Friedrich Hölderlin también abordó el tema del suicidio. Tras abandonar sus estudios en Jena, en el verano de 1795, encontró un puesto como tutor de los hijos de un rico banquero, en Frankfurt. Y se enamoró de la madre de sus pupilos. Mientras se enredaba cada vez más en este complicado amor, escribía un drama sobre Empédocles, el antiguo filósofo griego que se quitó la vida arrojándose al monte Etna.(23)

Para aquellos tres hombres —Hölderlin, Friedrich Schlegel y Novalis— el acto de suicidarse tenía una dimensión profundamente emocional que se asociaba con el amor en todas sus formas, además de ser la máxima expresión del libre albedrío. Pero Novalis fue el primero, según Friedrich Schlegel, que alcanzó una «comprensión artística de la muerte».[574]

Con el paso de los meses, Novalis empezó a preocuparse por la fuerza de su resolución. Su decisión de morir se mantenía, pero, a veces, hasta él mismo se cuestionaba hasta qué punto era práctico su *Nachsterben*. Le preocupaba que su dolor estuviera remitiendo. Aquella herida, decía Novalis, debía mantenerse abierta a toda costa: «Que Dios conserve para siempre este querido dolor indescriptible». Aquel verano escribió en su diario: «Cristo y Sophie», y esas palabras fueron casi su epitafio. Sophie era un objeto sagrado. Mientras la niña real se desvanecía, se iba convirtiendo, a su vez, en su religión. Novalis nunca abrazó las creencias de su padre moravo, devoto y severo, pero lamentaba la pérdida de sentimientos e imaginación en la Iglesia cristiana. La poesía y el amor, decía ahora, debían convertirse en el centro de su nueva religión. «Para la querida Sophie tengo una religión, no amor», escribió.[575]

Novalis volvió lentamente a la realidad. Empezó a frecuentar a sus amigos y a dar vueltas a nuevos proyectos literarios.[576] Su estilo de escritura cambió. Sus frases se volvieron más cortas y aforísticas. Sustituyó las comas, los puntos y comas y los puntos suspensivos por guiones (*Gedankenstriche* en alemán, cuya traducción literal es «línea para pensar», es decir, una pausa para pensar y tomar aliento. «Piensa de forma elemental», decía Friedrich Schlegel: «sus frases son átomos»).[577]

El 3 de julio de 1797, cuando Friedrich Schlegel abandonó Jena tras la pelea con Schiller, se detuvo en Weißenfels, de camino a Berlín, para ver a su amigo.[578] Habían transcurrido casi cuatro meses desde la muerte de Sophie y estaba claro que la resolución de Novalis de morir se estaba desvaneciendo. Mientras reían, discutían y cotilleaban día y noche, Novalis se reprendía a sí mismo por divertirse. «Este modo de vida me está echando a perder por completo», confesó en su diario el 6 de julio. Esta fue la última anotación que Novalis fecharía a partir de la muerte de Sophie: 110 días desde su fallecimiento. Novalis anotó una advertencia dirigida a sí mismo: «Ten cuidado cuando trates con Schlegel». El entusiasmo de su amigo lo empujaba de nuevo a las garras del mundo real.[579]

En agosto, y de nuevo en septiembre de 1797, Novalis fue a Jena.[580] Con Friedrich en Berlín, pasó gran parte de su tiempo con August Wilhelm y Caroline Schlegel. Le caían muy bien, pero la que le gustaba de verdad era Caroline. Impresionado por sus traducciones, Novalis pasaba horas hablando y leyendo a Shakespeare con ellos. Las obras del inglés los atraían por muchos motivos y en muchos aspectos. Para ellos, era el epítome del «genio natural», en contraposición al pulido refinamiento de los dramaturgos franceses Jean Racine y Pierre

Corneille.[581] Racine, por ejemplo, había seguido las estrictas reglas de la tragedia clásica, ciñéndose a un vocabulario prescrito de cuatro mil palabras; era famoso por su uso económico de las imágenes y la metáfora. La tradición francesa, decía Goethe, nunca pudo expresar la intimidad y las pasiones humanas como lo hizo Shakespeare. Sus obras eran instintivas y emotivas, su lenguaje era orgánico y evolutivo. Y lo más importante: el poder de la imaginación creadora era fundamental en sus obras: «El ojo del poeta, en divino frenesí», le escribió Novalis a Friedrich Schlegel tras leer el mismo verso en la traducción de August Wilhelm y Caroline de *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare.[582]

La cita no solo sintetizaba perfectamente su idea del papel del poeta, también la de los románticos ingleses, que la usarían mucho y adorarían a Shakespeare tanto como el Círculo de Jena.[583] Los motivos de aquella admiración tenían mucho que ver con el libro de August Wilhelm Schlegel *Lecciones sobre arte dramático y literatura*, que publicaría en 1809.(24) A pesar de su título, un tanto árido, el libro entusiasmó a toda una generación al confrontar lo antiguo y lo nuevo —lo clásico y lo romántico— como nadie lo había hecho antes. En contraste con las estrictas reglas de la poesía antigua, August Wilhelm definió el nuevo movimiento romántico como salvaje, puro, misterioso, caótico y vivo. La poesía antigua podía ser más sencilla y clara, pero el arte romántico estaba «más cerca del secreto del universo»: era la expresión del «amor original». Y Shakespeare, escribió, era el escritor romántico por excelencia.[584]

August Wilhelm atacó también a los críticos anteriores que habían juzgado la escritura de Shakespeare desordenada, antigramatical, vulgar e inculta. Voltaire, por ejemplo, afirmó que *Hamlet* era «la obra de un salvaje borracho».[585] Nada de eso —argumentaba August Wilhelm a lo largo de más de doscientas páginas—, Shakespeare había sido malinterpretado por los comentaristas del siglo XVIII. Ya era hora de otorgarle el lugar que se merecía a este maestro de la emoción humana que se oponía a la insípida uniformidad de las normas. En lugar de seguir reglas rígidas, la escritura de Shakespeare estaba llena de alma, era orgánica, y se desarrollaba desde su propio interior como una planta a partir de una semilla. El dramaturgo inglés mezclaba naturaleza y arte, poesía y prosa, lo terrenal y lo celestial, la comedia y la tragedia. Una obra de Shakespeare, escribió August Wilhelm, «es el espíritu de la poesía romántica en forma de drama».[586]

Poetas y escritores ingleses, como Percy Bysshe Shelley, William Hazlitt y Thomas Carlyle, leyeron y admiraron el libro de August Wilhelm Schlegel. Samuel Taylor Coleridge quedó tan impresionado que más tarde utilizó pasajes enteros que citaba textualmente para sus propias conferencias sobre Shakespeare en Londres.[587] El amigo de

Coleridge y también poeta William Wordsworth opinaba que había sido «un crítico alemán el primero en enseñarnos a pensar correctamente sobre Shakespeare». August Wilhelm Schlegel había resucitado al dramaturgo incluso para los ingleses y se convirtió nada menos que en el «descubridor de Shakespeare», según afirmó un crítico estadounidense en una reseña sobre *Lecciones sobre arte dramático y literatura*.[588]

Tras meses de duelo por Sophie, Novalis emergió, fortalecido y lleno de energía. Disfrutaba mucho de la compañía de Caroline y August Wilhelm. «Poca gente hay más viva que ellos dos», le dijo por carta a Friedrich Schlegel. Su mente se sentía más creativa que nunca. Como le escribió August Wilhelm a Goethe, que seguía en Suiza: «Su melancolía lo ha devuelto a sus estudios abstractos con una fuerza redoblada». Friedrich también recibió con alivio la noticia y le escribió a Novalis: «Andas tan ocupado otra vez que estás vivo».[589]

A finales de ese año, Novalis escribía y leía a un ritmo frenético. Estaba a punto de entrar en el periodo más productivo de su vida. Además, se había matriculado en la famosa Academia Minera de Freiberg, donde Alexander von Humboldt estudió unos años antes. Si algún día Novalis iba a dirigir las minas, tendría que ocuparse de los informes anuales y los presupuestos, así como de encontrar vetas de carbón e inspeccionar pozos. Para ello, necesitaba aprender sobre geología y estar al día de los últimos avances tecnológicos.

Al llegar a Freiberg, a principios de diciembre de 1797, se lanzó a estudiar.[590] Al igual que Alexander von Humboldt, Novalis se sintió inspirado por su carismático profesor, Abraham Gottlob Werner, el padre de la geología alemana. Las enseñanzas de Werner sobre la creación de la Tierra atrajeron a estudiantes de toda Europa. Werner era el principal defensor de la teoría neptunista, creía que las montañas y la corteza terrestre se habían formado por la sedimentación gradual de depósitos procedentes de un océano primordial. Goethe era seguidor de las ideas de Werner, como también lo era Alexander von Humboldt(25) y ahora Novalis. Lo más importante es que Werner fue el primero en comprender que las rocas no debían clasificarse solo por su mineralogía o su química, sino también por su edad. Era la formación de las rocas y los fósiles que se encontraban en ellas lo que revelaba la historia de la Tierra, decía a los estudiantes. La geología se había convertido en el estudio de un proceso orgánico.[591]

Todas las mañanas, Novalis bajaba por las empinadas escaleras hacia las minas, acompañado por el chirriante sonido de una gran rueda que bombeaba el agua subterránea. El agua goteaba por todas

partes. Una vez abajo, se arrastraba por la laberíntica red de túneles angostos. Incluso con una brújula, era fácil perderse. Durante quinientos años, los mineros habían cincelado y cortado estas rocas para extraer mineral y plata. Los pozos y túneles se entrecruzaban a diferentes alturas y niveles, algunos a varios cientos de metros de profundidad. Como parte de sus estudios, Novalis pasaba a menudo horas allí abajo, investigando la construcción, los métodos de trabajo de los mineros y la naturaleza de las rocas expuestas. Con la débil luz de una lámpara y las rocas cubiertas de polvo húmedo, era difícil entender la historia geológica. Pero le encantaba el trabajo. El subsuelo era un mundo tranquilo y misterioso, escribiría más tarde Novalis en su novela *Enrique de Ofterdingen*, un mundo que revelaba «el camino hacia las cámaras del tesoro oculto de la Naturaleza».[592]

Cuando emergía de la oscuridad, se sacudía el polvo y regresaba a la academia para asistir a seminarios y conferencias sobre minerales y geología. Por las noches seguía estudiando, pero también escribía su novela. Dormía poco y trabajaba mucho. Los siguientes dieciocho meses en Freiberg fueron exigentes tanto desde el punto de vista físico como intelectual, pero estaba tan vivo que un amigo lo comparó con una chispa capaz de encender «un fuego que todo lo consume». Sin embargo, Novalis echaba de menos a sus amigos de Jena y «la electricidad» que sentía cuando estaba con ellos.[593]

Los libros y los papeles se apilaban en su habitación mientras Novalis estudiaba matemáticas, geología, física y biología. A veces le asustaban un poco tantos datos y cifras, decía, pero las ciencias tenían «maravillosos poderes curativos». Al igual que los «opiáceos», aliviaban su dolor y le daban consuelo. En Freiberg, Novalis se convenció de que la física y la química eran tan creativas como la pintura y la poesía. «Los laboratorios serán templos», escribió en su novela *Los discípulos en Sais*. La ciencia, la poesía y el arte iban de la mano. Todo era uno.[594]

Una manifestación de esta creencia cada vez más en auge fue su «enciclopedia»,(26) un proyecto que Novalis comenzó en Freiberg y que llamó así, deliberadamente, para confrontarlo con la famosa *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, publicada entre 1751 y 1780. Al igual que Diderot y D'Alembert, Novalis quería recopilar información de todas las disciplinas y áreas temáticas, pero su objetivo, a diferencia de las entradas ordenadas alfabéticamente de la *Encyclopédie*, era fusionarlo todo.[595]

Sus cuadernos se dividen en más de mil apartados que analizan, sintetizan y conectan la música y la física, la poesía y la química, la filosofía y las matemáticas, con una fluidez y claridad que revelan una mente abierta de verdad a todo. Novalis empezó a agrupar sus ideas y materiales bajo epígrafes convencionales, como arqueología, religión,

naturaleza, política, medicina, etcétera, pero también bajo títulos más inusuales, como «teoría del futuro», «física musical», «fisiología poética» y «teoría de la emoción». Algunas de estas entradas solo tenían una línea o un par de frases, otras se extendían a lo largo de varias páginas.[596]

Su enciclopedia era el ambicioso intento de crear un «cuerpo de conocimiento universal absoluto», decía, un sistema científico que reuniera lo que durante demasiado tiempo había estado separado. Al igual que la luz podía refractarse en un espectro de colores, la mente había estado dividida, explicaba Novalis. Era hora de unir lo que se había separado. Su enciclopedia sería una biblia científica, declaró Novalis, y nada menos que la «semilla de todos los libros». Era un proyecto audaz, atrevido y excéntrico.[597]

«Las ciencias deben ser poetizadas», escribió Novalis desde Freiberg. Sí, exclamaba Friedrich Schlegel, sí, ¿por qué no?(27) Él también convertiría la física en música, dijo Friedrich: «Lo que realmente quiero es hacer que Euclides sea cantable».[598] Un poeta comprendía el mundo mejor que una mente científica —creían los amigos— porque el lenguaje de la ciencia era demasiado mecánico y atomístico. «La poesía», recalcaba Novalis, «es la verdadera realidad absoluta».[599]

Para Novalis, esto era su «idealismo mágico», su idea un tanto idiosincrática de que podemos transformar la naturaleza con nuestra «mágica y poderosa facultad de pensar».[600] En su mundo, los pensamientos podían convertirse en objetos reales, y los objetos, en pensamientos. En pocas palabras, un día la naturaleza se ajustaría a nuestra voluntad, siempre que la mente fuera lo suficientemente sofisticada o poética. No importaba que no hubiera querido morirse con el suficiente empeño después de la muerte de Sophie, Novalis seguía creyendo que el yo tenía el poder creativo de controlar el mundo exterior.[601]

Esto era justo lo contrario de lo que creían otros científicos. Desde finales del siglo XVII, la comunidad científica había intentado eliminar de sus disciplinas y métodos todo lo que fuera subjetivo, irracional y emocional. Querían extirpar cualquier vestigio del misticismo de la Edad Media. Los científicos de la Ilustración habían intentado llevar la «luz» —de ahí el término— a los laboratorios. Experimentos rigurosos, datos exactos, informes precisos, observaciones escrupulosas e instrumentos sofisticados se convirtieron en la base de este nuevo enfoque. Todo debía estar bajo control, ser repetible, mensurable e idealmente clasificable.

El siglo XVIII fue la era de la clasificación. En la década de 1730, el botánico sueco Carlos Linneo había introducido su llamado sistema sexual, que clasificaba el mundo de las plantas con flores basándose en

el número de órganos reproductores: los pistilos y los estambres. Con el tiempo, se popularizaron otros sistemas y los botánicos entronizaron la taxonomía como la reina de su disciplina. También se clasificaron los animales, los insectos, los minerales y las sustancias químicas. Linneo inventó, además, un sistema estandarizado para denominar las plantas. En lugar de nombres científicos que incluían las descripciones de las hojas y las flores que tuviesen «treinta centímetros de largo», dio a las plantas nombres latinos cortos de dos palabras que serían iguales en todo el mundo y se entenderían en todos los idiomas.[602] La naturaleza del siglo XVIII era ordenada y limpia.

Y en el mismo momento en que Novalis hacía su llamamiento para poetizar las ciencias, los franceses introducían su nuevo sistema métrico, que venía a sustituir los cientos de unidades de medida diferentes que se habían utilizado durante siglos en todo el mundo. El «metro» no se basaba en partes del cuerpo como un brazo, un dedo o el «pied du roi» (el pie del rey), sino en el propio planeta: era la diezmillonésima parte de la distancia entre el polo norte y el ecuador. El «metro» transformó la naturaleza en una unidad mensurable.(28)

Novalis se rebeló contra el mundo aquel, cada vez más racionalizado. La Ilustración, decía, había privado de todo sentimiento y espiritualidad no solo al conocimiento, sino también a la vida misma. Las mediciones, los datos científicos, los experimentos y las clasificaciones no podían dar respuesta a todo. Eso no significaba que estuviese en contra de la razón o la investigación, sino que él apostaba por la síntesis. El pensamiento poético, afirmaba, era capaz de llegar a lugares inaccesibles para la filosofía o la ciencia. «Cuanto más poético, más verdadero», escribió.[603]

A Novalis se le reveló esta síntesis en la Academia Minera de Freiberg. Allí aprendió sobre geología y métodos mineros, sobre las teorías científicas de la creación de la Tierra y sobre cómo encontrar vetas de mineral; pero las minas también le proporcionaron una nueva imaginería de la oscuridad, que se convirtió en un sello distintivo de su poesía.

Durante siglos —desde la Biblia hasta Shakespeare— la oscuridad había simbolizado el terror, la destrucción, el mal y la muerte, pero Novalis le dio un nuevo significado. Adentrarse en las entrañas de la Tierra se convirtió en una metáfora de adentrarse en uno mismo. Dos años más tarde, convertiría su experiencia de las minas y la muerte de Sophie en *Himnos a la noche*, en los que el *Ich* y la noche son los protagonistas. «Hacia abajo me dirijo, a la santa, indecible y secreta Noche», dice el *Ich* en el primer poema, y, de nuevo: «Hacia el vientre mismo de la tierra», en el último. Novalis escribió sobre el anhelo de

la noche —ese «mensajero silencioso de misterios infinitos»— y preguntó: «¿No está teñido todo lo que nos inspira del color de la Noche?».[604]

Al adentrarse en el interior —en la oscuridad—, el *Ich* iba —según afirmaba Novalis en sus escritos— más allá de la muerte, hacia una existencia superior. ¿Por qué soñar con viajes a través del universo cuando el universo estaba dentro de nosotros?, escribió también en otro lugar: «Hacia dentro va el camino misterioso».[605] Mientras Alexander von Humboldt recorría el Orinoco, en lo profundo de la selva tropical, donde pocos europeos se habían aventurado, Novalis se sumergía en la jungla de su ser.

Novalis yuxtapuso, rompió y trascendió los géneros. Sus *Himnos a la noche* eran algo mágico, con versos extraños que disolvían el orden y las divisiones. Una vez más, Novalis jugó con los opuestos: la noche y el día, la vida y la muerte, el aquí y el más allá, lo personal y lo universal. Utilizando metáforas e imágenes aparentemente contradictorias, como «Y tú eres la Muerte que nos sana al fin» o «Dulce Sol de la noche», invirtió las ideas convencionales sobre la noche y el día. Al mismo tiempo que el poeta británico Samuel Taylor Coleridge escribía su célebre poema *Kubla Khan* después de un sueño bajo los efectos del opio, Novalis escribió que sentía la alegría de la noche eterna en la embriaguez del vino, la lujuria sexual y el opio (el «zumo marrón de las amapolas»).[606] *Himnos a la noche* ha sido aclamado como el poema más importante de los jóvenes románticos, pero con su cambiante punto de vista lírico, sus saltos —de la autobiografía a la historia de la humanidad— y sus estilos alternados de verso blanco, rima y prosa, tiene también un aire casi posmoderno.

La celebración de Novalis del «anhelo de muerte» y de la oscuridad lo puso todo patas arriba.[607] No fue Freud el primero en explorar los sueños y las regiones más oscuras de la mente, ni William Blake o Coleridge, sino el Círculo de Jena. Si los pensadores de la Ilustración habían declarado que la razón era el camino de la humanidad hacia la luz, el Círculo de Jena iluminó con su antorcha otra realidad. «El mundo se convierte en un sueño, el sueño se convierte en el mundo», escribiría más tarde Novalis en su novela inacabada *Enrique de Ofterdingen*.[608]

En una época en la que estados como Prusia eran gobernados, como si fueran fábricas, por un ejército de funcionarios —una «administración mecánica», como él la llamaría— y en la que la Revolución Industrial empezaba a convertir a Europa en una máquina ruidosa, Novalis tomó su pluma para luchar contra un sentimiento de desencanto con respecto al mundo. A medida que las máquinas de vapor, los relojes y las manufacturas racionalizaban la vida cotidiana, Novalis se volcaba en su interior. Fue una reacción contra el creciente

materialismo del mundo moderno; contra una nueva realidad en la que las personas se convertían en engranajes de esa gran maquinaria y el dinero lo gobernaba todo. Para qué sirven las riquezas, se preguntaba Novalis, ¿para que el globo terráqueo gire cada vez más rápidamente?[609] Romantizar el mundo, proponía, es hacernos ver la magia y la maravilla que contiene. La misión era ver lo extraordinario en lo ordinario.[610]

9

«UNA SUBLIME IMPERTINENCIA»

Verano de 1797-invierno de 1798: Los albores del romanticismo

Friedrich Schlegel se lo pasaba en grande yendo de una fiesta en otra y enardeciendo los círculos literarios de Berlín. Con su pelo castaño oscuro sin empolvar, sus ropas viejas remendadas y su raído abrigo del color del ruibarbo, recorría los elegantes salones de techos altos en los espaciosos apartamentos de la capital prusiana, bebiendo champán en copas de cristal y comiendo en platos de porcelana fina. Bajo las lámparas de araña que proyectaban la luz parpadeante de cientos de velas sobre los suelos pulidos y los espejos dorados, se divertía con ganas.[611]

Friedrich, de veinticinco años, era un invitado estimulante, franco y provocador, que abogaba por el caos creativo en las artes. Afirmaba que había que derribar el viejo sistema, y que a quién le importaba si los sistemas filosóficos, los géneros literarios y las convenciones burguesas también se iban al traste. Tenía la esperanza de que una nueva «anarquía estética» incitase una «catástrofe dichosa», similar a la Revolución francesa. Su visión se caracterizaba por el trazo grueso. No le interesaba lo sutil, el detalle. Veía el mundo a través del prisma de su personalidad, «una analogía de su propio carácter», como dijo un amigo suyo. Todo tenía que ser ardiente, fuerte y audaz.[612]

«Mis conocidos se multiplican tan rápidamente como mis obras», le escribió Friedrich a su hermano en septiembre de 1797, dos meses después de llegar a Berlín.[613] Uno de sus nuevos amigos era Friedrich Schleiermacher, de veintinueve años, capellán del Hospital de la Caridad. Su firme brújula moral, empapada de religión y ética, impresionó a Friedrich Schlegel. Schleiermacher, a su vez, se vio arrastrado por las nuevas ideas filosóficas de su amigo. Según le contó a su hermana, era como si de Schlegel brotara un «torrente inagotable de nuevas opiniones e ideas».[614]

Pronto los dos hombres compartieron el pequeño alojamiento de Schleiermacher en el Hospital de la Caridad y establecieron rápidamente una rutina diaria. Friedrich Schlegel se levantaba temprano y preparaba el café. Schleiermacher solía despertarse con el tintineo de la porcelana y, con la puerta abierta entre sus habitaciones, los dos comenzaban a hablar mientras aún estaban en la

cama y bebían su primera taza del día. Después de desayunar, trabajaban, leían y escribían hasta el almuerzo, que tomaban en una taberna cercana y regaban con unos vasos de vino. A continuación, Schleiermacher se marchaba para cumplir con sus obligaciones de capellán y a ver a otros amigos. Volvían a reunirse a última hora de la noche, después de las fiestas o las cenas. Como solían decir ellos mismos, en broma, los dos amigos eran como un matrimonio.[615]

Allí también, en Berlín, poco después de su llegada, conoció Friedrich Schlegel a Dorothea Veit,[616] una judía de treinta y tres años que estaba en el meollo mismo de la cultura de salón de la capital prusiana.(29) Dorothea era hija de Moses Mendelssohn, un filósofo de la Ilustración tan venerado que se lo conocía como el «Sócrates judío». Mendelssohn había escrito sobre metafísica, literatura, política, estética y teología, y era famoso por defender la tolerancia religiosa. Nacida en el seno de esta aristocracia intelectual, Dorothea se había criado en un hogar lleno de libros y allí había conocido a algunos de los más grandes pensadores de la época.[617]

Dorothea heredó la mente brillante de su padre, junto con sus ojos oscuros, sus fuertes pómulos y su nariz estrecha. Puede que no fuera guapa —incluso su amiga más cercana opinaba que su belleza residía más en su espíritu que en sus rasgos—, pero era tremendamente inteligente, obstinada, muy culta y tan ingeniosa como Friedrich Schlegel, al que le llevaba siete años y medio. Estaba, también, casada. A los catorce años, y sin poder opinar al respecto, la comprometieron con Simon Veit, un banquero de veinticuatro años. Moses Mendelssohn podía ser un famoso filósofo de la Ilustración, pero cuando se trataba del futuro de su hija gobernaba su casa como la mayoría de los padres de la época.[618]

Dorothea no tenía nada en común con su marido, que prefería los libros de contabilidad y las hojas de cálculo a la poesía y las novelas. Aunque los Veit tenían dos hijos pequeños, Dorothea era «terriblemente infeliz»,[619] tal como había señalado su viejo amigo Wilhelm von Humboldt después de verla en Berlín, unos años antes. Antes de Friedrich Schlegel, Dorothea se había enamorado de un encantador aventurero aristócrata italiano que hizo escala en Berlín durante un viaje relámpago por Europa. Trotamundos, independiente y siempre en busca de libertad, el joven no se quedó mucho tiempo y su romance acabó pronto, pero eso hizo que Dorothea sintiera más agudamente aún las carencias de su matrimonio sin amor.[620]

Para escapar de su deprimente vida doméstica, se integró en los salones literarios judíos, los únicos lugares de Prusia en los que no existían fronteras religiosas, de clase ni de género. A diferencia de las

reuniones de la *bourgeoisie*, donde las mujeres y los hombres se mantenían al margen, bordando o hablando de negocios respectivamente, los salones judíos los organizaban las mujeres. Hombres, mujeres, pensadores judíos, aristócratas protestantes, músicos famosos, empresarios de éxito, soldados uniformados, diplomáticos extranjeros y artistas en apuros se reunían para hablar de literatura, conciertos, exposiciones y del sentido de la vida. Los hermanos Humboldt también formaban parte de aquel mundo, ya que pasaron allí mucho tiempo cuando tenían poco más de veinte años, para escapar del «Castillo del Tedio», como llamaba Alexander von Humboldt a la finca familiar de Tegel. También conocían bien a Dorothea. En los salones, Dorothea pudo experimentar cómo a la gente se la respetaba por su personalidad e intelecto, más que por su posición social, fortuna o género. «La mente es un poderoso nivelador», decía Henriette Herz, la más antigua amiga de Dorothea y una de las grandes anfitrionas judías.[621]

Fue en uno de estos salones donde Friedrich y Dorothea se conocieron. Se gustaron inmediatamente. A diferencia de Novalis, Friedrich nunca se había interesado por las jóvenes tímidas y pálidas, y prefería más bien a las mujeres fuertes, como su cuñada Caroline. Al igual que a Friedrich le gustaban los libros impresos en letra grande, comentaba Schleiermacher, solo le interesaban las personas de carácter fuerte y audaz.[622] Friedrich Schlegel, que nunca había tenido mucha suerte en el amor, quedó cautivado por el intelecto de Dorothea. «En cuanto a finura, está muy por detrás de mi cuñada», le escribió a Novalis, pero a quién le importaba eso: «Ella es solo un boceto, un borrador, pero en un estilo maravillosamente grandioso», afirmó. A Caroline le dijo, en otra carta, que Dorothea era decente y recta, y pronto no pudo imaginar la vida sin ella. Dorothea, a su vez, se enamoró de su indomabilidad, de su erudición y de su energía infantil. Su relación se convirtió, como la describiría Friedrich, en una «unión eterna de sus mentes», aunque la admiración de Dorothea se acercaba a la devoción desenfrenada. No estaba segura de ser digna de «El Magnífico», como le dijo a Schleiermacher, porque todo lo que hacía Friedrich «exhalaba un hálito casi divino».[623]

En pocas semanas, ya eran amantes. En septiembre de 1797, Friedrich le escribió a Novalis: «Esta noche espero un hermoso *notturno*», es decir, una noche gloriosa con Dorothea. Ya había habido «varias explosiones», le decía, «en las que me descargué de materia volcánica».[624] Para Dorothea, sin embargo, la relación significaba arriesgar su matrimonio, la custodia de sus dos hijos pequeños, la seguridad financiera, su reputación y posiblemente también su libertad. Las nuevas Leyes Estatales Generales para los Estados Prusianos, publicadas en 1794, eran muy claras al respecto. El

adulterio podía castigarse con penas de prisión de hasta un año. Pero, al igual que Friedrich, se sentía tan asfixiada por las convenciones que ya no estaba dispuesta a transigir. «O todo o nada», le confesó a una amiga, pero «se acabó lo de ir a la deriva por el mezquino camino del medio». Su amor por Friedrich la envalentonó.[625]

No fue solo el placer lo que espoleaba a Friedrich Schlegel durante aquellos meses en Berlín. Su intención era cambiar el mundo y quería hacerlo rápido, con palabras, no con espadas. «La letra es la verdadera varita mágica», escribiría más tarde. Al igual que Schiller, había decidido publicar su propio diario. A finales de octubre de 1797, tres meses después de su abrupta salida de Jena, Friedrich anunció su «gran plan» a su hermano mayor, August Wilhelm. En lugar de escribir artículos por encargo como esclavos asalariados para editores imprevisibles —un acto de «prostitución», a juicio de Friedrich—, los hermanos se convertirían en sus propios patronos y harían lo que les apeteciese.[626]

Lucharían contra la división entre razón y sentimiento. Celebrarían la subjetividad y la imaginación. Se enfrentarían abiertamente al sistema literario imperante. Y, sobre todo, su revista se caracterizaría por «una sublime impertinencia». Pero no era solo el amor por la literatura lo que impulsó a Friedrich y August Wilhelm, sino, como le dijo su hermana mayor y más convencional, Charlotte Ernst,(30) a Novalis, fue la pura vanidad: sus hermanos querían simplemente mostrar al mundo lo brillantes e inteligentes que eran.[627]

El plan era que todos sus amigos contribuyeran. Aunque la mayor parte del contenido la aportarían los propios hermanos Schlegel, Friedrich esperaba que su querida cuñada Caroline participara en la medida de lo posible, ya fuera de forma independiente o en colaboración. Friedrich, más que nadie en su grupo, creía en la igualdad de hombres y mujeres. Después de todo, Caroline influyó de forma decisiva en su pensamiento cuando se conocieron, poco después de su encarcelamiento, y él admiraba su mente y su espíritu, además de sus expresivas cartas. Juntos podrían moldear la opinión pública. ¿Quizá la revista tendría que llamarse *Herkules*? Seguro que el dios de la fuerza sería capaz de transmitir con eficacia su mensaje al mundo.[628]

Con cada diligencia, llegaba a Jena otra carta desde Berlín, a veces una breve nota, pero a menudo una docena de páginas o más. La letra de Friedrich Schlegel era como su mente. Su pluma se precipitaba sobre el papel, con algunas palabras tachadas y otras apretadas entre las líneas o subrayadas para darles énfasis. Frases enteras estaban repletas de garabatos en bucle. La tinta se corría tanto por el papel

que a menudo era casi imposible leer el reverso. No tenía paciencia para las frases elegantes, los pensamientos cuidadosamente formulados o las cartas pulcramente copiadas. A diferencia de la inmaculada escritura de August Wilhelm, las palabras de Friedrich caían de golpe sobre la página.

No había tiempo. ¿Qué pensaban August Wilhelm y Caroline de su idea? ¿Y del título de la revista? ¿Cuándo deberían empezar? ¿A quién debían pedir su colaboración? ¿Caroline iba a escribir? ¿Por qué August Wilhelm no estaba lo bastante entusiasmado? «Con qué impaciencia —sí, con qué hambre abrasadora— espero tu respuesta a mi última carta de hoy», le escribió Friedrich a principios de noviembre. Tenía tantas ideas que no podía concentrarse ni trabajar.[629]

Al final se decidió por *Athenaeum*,(31) un título que representaba la libertad, la democracia y el saber.[630] En medio de las fiestas, las cenas y los encuentros con Dorothea, Friedrich Schlegel trató de encontrar un editor, y hasta se rumoreó que se había embarcado en un romance con la esposa de alguien para conseguir cerrar un trato.[631] Envió notas a las imprentas y a Jena, exigiendo una y otra vez colaboraciones a Caroline. El género literario para el que estaba dotada por naturaleza, según le dijo él, era la rapsodia. Salpicados de chistes, mitos, cuentos e improvisaciones, estos poemas épicos, que habían sido interpretados por los rapsodas en griego antiguo, eran los que mejor reflejaban la animada personalidad de Caroline. ¿Podría tal vez coger sus ricas y suntuosas cartas y transformarlas en «una gran rapsodia filosófica»? El carácter de August Wilhelm se adaptaba mejor a las piezas más largas y densas, mientras que el propio Friedrich se inclinaba por los fragmentos, de los que, según él, tenía un suministro infinito. «Todo mi ser», decía, era en realidad «un sistema fragmentario».[632]

Los fragmentos eran la expresión perfecta para Friedrich, pero también para Novalis, que decía: «Mi naturaleza está hecha de momentos».[633] Los dos amigos fueron los primeros en elevar un fragmento deliberadamente —en contraposición a los accidentales, por ejemplo, los pocos versos que se conservan de un poema antiguo— a la categoría de género literario, y ambos convirtieron dicho género en su favorito. Algunos fragmentos se reducían a una o dos líneas breves, otros tenían varios párrafos. Abarcaban todo, desde el arte y la naturaleza hasta el ser, desde el derecho y la filosofía hasta la historia. Nada estaba prohibido. Algunos eran graciosos, como «el historiador es un profeta que mira hacia atrás», o «publicar es para el pensamiento lo que la cuarentena puerperal para el primer beso».[634] Otros abarcaban temas más serios: religión, sociedad, política y revoluciones. Friedrich Schlegel, por ejemplo, escribió: «A las mujeres

se las trata injustamente tanto en la poesía como en la vida. Si son femeninas, no son ideales, y si son ideales, no son femeninas».[635] Novalis se anticipó a Karl Marx en medio siglo cuando escribió: «La llamada religión funciona como un opiáceo: estimulando —sedando— calmando el sufrimiento de la debilidad».[636]

Los fragmentos, que se utilizaban tanto para hacer críticas concisas como para lanzar pullas o breves retazos de sabiduría, requerían poca investigación y podían componerse mientras se tomaba una copa de vino o se comía, e, idealmente, cuando los amigos estaban juntos. Los fragmentos eran «las notas al pie de los escritos de la época», como los definía August Wilhelm. Dorothea los llamaba los «niños mimados» de Friedrich, y Novalis, «semillas literarias»: algunas resultaban ser estériles, pero otras brotaban.[637] Una ventaja adicional era que los sentimientos incendiarios podían camuflarse entre cientos de fragmentos menos radicales. Era poco probable que los funcionarios prusianos encargados de la censura en Berlín los detectaran, pensaba Friedrich; «Si solo se escribe para los filósofos, se puede ser increíblemente atrevido antes de que la policía se dé cuenta de nada, o incluso entienda la audacia».[638]

Estos fragmentos también les permitían publicar la mayor variedad de ideas en muy pocas páginas: por muy graciosos e ingeniosos que fueran, no dejaban de ser, también, eficaces y concisos. «Amigos, la tierra es pobre», escribió Novalis, «debemos esparcir la semilla abundantemente para obtener una modesta cosecha». Cuantos más fragmentos, mejor. Se trataba de una empresa colectiva a la que todos contribuirían, una «sinfonía gigante», como decía Friedrich. Juntos, bajo el paraguas del *Athenaeum*, se inspirarían unos a otros y trabajarían mejor. La nueva revista sería su obra de arte comunitaria.[639]

Friedrich era implacable. ¿Tenían Caroline y August Wilhelm noticias de Novalis? ¿Cuándo iba a enviarle Caroline sus fragmentos? ¿Dónde estaban los de August Wilhelm? ¿Y qué hay de Auguste, su «niña testaruda»? ¿Iba a colaborar? Aunque solo tenía doce años, los adultos le enseñaban mucho y bien, desde matemáticas hasta poesía. Aprendía latín y griego, August Wilhelm le daba clases de escritura todas las mañanas y Friedrich le pedía desde Berlín una lista semanal de los libros que iba leyendo. Su correspondencia con Friedrich Schlegel durante esta época revela a una muchacha vivaz, que no tenía problemas para seguir el ritmo de su espabilada familia. Friedrich adoraba a su «Äffchen Augustchen» —su monito—, pero también le recordaba que debía proseguir con las clases de lengua que habían iniciado.[640]

«Adiós, niña mía, y estudia tu griego», le decía, al final de una carta en la que le pedía, también, una lista de los temas científicos que

estaba estudiando y que dejara márgenes en blanco en sus traducciones al griego para que él pudiera añadir sus comentarios y correcciones. Le tomaba el pelo y le escribía divertidas cartas en las que le hablaba sobre su vida en Berlín.[641] Auguste, por su parte, le contaba cotilleos. En su casa de Jena, debió de enterarse de la nueva relación amorosa de Friedrich con Dorothea y enseguida le preguntó. Friedrich le respondió que no tenía por qué estar celosa, que ella siempre dispondría de un lugar especial en su corazón. Las cartas eran tan juguetonas como su relación. Ella era una niña *y* una jovencita, decía Friedrich, por lo que podía besar su mano y apretarla después contra su pecho.[642] Aunque era la más joven de su grupo, Friedrich pensaba que sería una buena incorporación al *Athenaeum*. El 5 de diciembre de 1797, cuando todavía no había recibido ningún fragmento, preguntó: «¿Es que Auguste no va a mandarme algo? A todos se nos ocurren cosas interesantes durante las comidas y ella las puede apuntar en ese mismo instante».[643]

A mediados de diciembre, seis semanas después de su primera carta, Friedrich Schlegel bombardeaba a Caroline y August Wilhelm con tantas peticiones de material que la pareja empezó a volverse uno contra el otro. En un momento dado, August Wilhelm llegó a despertar a Caroline en mitad de la noche gritándole que tenía que escribir algo. El problema para Caroline era que la casa estaba siempre llena de invitados, a lo que se sumaba que había estado enferma la mayor parte de ese invierno con una tos crónica, dolores de cabeza y de muelas. Desesperada, Caroline comenzó a mandar a los de la casa a cenas y conciertos, solo para poder tener una noche a solas.[644]

Friedrich insistía, de un modo que llegaba a resultar fastidioso, en pedirle (a través de August Wilhelm) que extrajera fragmentos de sus cartas: «de las suyas, de las tuyas, de las mías, de las de Hardenberg [Novalis], o de donde quisiera, del cielo y la tierra». Caroline, proseguía Friedrich, tenía un gran talento para olfatear fragmentos. Que se pusiera manos a la obra, pues, y los cazara —concluía— «como un perro trufero».[645]

Por qué Caroline no lo ayudaba a escribir sobre la novela de Goethe *Wilhelm Meister* —le suplicaba—, su análisis sería diferente al suyo. ¿Había enviado ya fragmentos? ¿Podría componer algunos que fueran inconfundiblemente suyos? ¿Debería ayudar a August Wilhelm con una de sus reseñas, o escribir tal vez algunas propias? Y, en un raro momento de reflexión, Friedrich se planteaba si dejar a Schiller fuera de su estudio crítico de la literatura más reciente era una buena idea. «¿No llamaría ese hecho demasiado la atención?», le preguntó a su hermano.[646]

Friedrich había encontrado en Berlín un editor para financiar el proyecto del *Athenaeum*, y cuando empezaron a llegar las

colaboraciones, Caroline asumió el papel de editora. Segura de sí misma, cultísima y sin miedo a decir lo que pensaba, estaba perfectamente capacitada para la tarea. Acortaba, eliminaba, añadía y reorganizaba. Se movía con facilidad entre temas y disciplinas. A diferencia de los demás, Caroline no publicaba libros, poemas o tratados teóricos firmados con su propio nombre, pero sus numerosas cartas revelan la facilidad con la que saltaba de la crítica literaria más aguda a las noticias chismosas y los acontecimientos políticos. En una página, o incluso en un párrafo, podía diseccionar astutamente una obra de teatro o un poema, hacer sugerencias editoriales sobre el trabajo de su marido o de sus amigos y bromear sobre sus adversarios. Los golpes de Caroline daban siempre en el blanco, pero nunca eran acerbos ni agresivos. Confiaba plenamente en su juicio y dispensaba las críticas con una sonrisa. Sus pensamientos, ideas y sugerencias estaban en el centro del trabajo y las ambiciones de los amigos, pero mientras todos los demás trataban de reclamar un pedazo de tierra en el que clavar su propia bandera, Caroline era como un río que fluía por el paisaje, regando la tierra seca y convirtiéndola en fértiles campos de cultivo.[647]

En mayo de 1798, August Wilhelm viajó a Berlín. El teatro real de la ciudad le había pedido que asesorara su primera puesta en escena del *Hamlet* de Shakespeare —para el que iban a usar la traducción en verso que habían hecho él y Caroline— y quería ayudar a Friedrich con el *Athenaeum*. Pero August Wilhelm no solo se centró en el trabajo. Pronto se quedó embelesado con la bella Friederike Unzelmann, una de las actrices más célebres de Berlín. A pesar de su diminuta estatura, la pequeña Friederike tenía una fuerte presencia y una gracia sobre el escenario que fascinaba a August Wilhelm y a muchos otros admiradores. Era una «extraña niña hada», escribió en un poema, y pronto llegaron a Caroline rumores de que su marido había iniciado un romance con la actriz, que estaba casada.[648]

Si aquello le dolió, desde luego, no lo manifestó: su matrimonio siempre había sido un acuerdo práctico basado en el respeto mutuo, la amistad y su interés compartido por la literatura. Si August Wilhelm se divertía en Berlín, que así fuera. Como le decía, bromeando, Caroline a su vieja amiga Luise: a su marido lo agasajaban «incluso las actrices», a quienes dedicaba poemas llenos de «tiernos suspiros».[649]

A pesar de andar tan ocupados con su vida social y sus coqueteos, los hermanos Schlegel no dejaban de trabajar en el *Athenaeum*. El primer número estuvo listo en mayo de 1798 y el segundo unas semanas más tarde, en julio.(32) Al igual que el *Horen* de Schiller, el

Athenaeum se imprimió en papel barato y sin ilustraciones, y cada número tenía algo menos de doscientas páginas. Producido en el llamado tamaño octavilla, no era mucho más grande que un libro de bolsillo moderno. A pesar de su pinta tan poco llamativa, contenía el manifiesto de los amigos al mundo.

Era una revolución hecha de palabras. El lenguaje formaba las mentes, escribió August Wilhelm Schlegel en un fragmento que hablaba sobre la Revolución francesa, y por lo tanto el lenguaje debía ser «republicanizado mediante el poder de la voluntad general».[650] Si el lenguaje tenía poder político, debía evolucionar consecuentemente con ello. ¿No abundaban en Francia los neologismos asociados a la Revolución? *Sans-culottes*, por ejemplo, que significaba literalmente «sin pantalones», se refería a la gente común que llevaba pantalones holgados en lugar de bombachos y que eran los revolucionarios auténticos. O *terroriste*, término acuñado en 1794 tras el brutal reinado de Robespierre. Como escritores, poetas y filósofos que eran, los amigos utilizaban la palabra como arma. Era el momento de desplegar lo que Friedrich llamaba el «alfabeto omnipotente».[651]

Los dos primeros números del *Athenaeum* estaban repletos de colaboraciones de los Schlegel y Novalis. Entre sus contenidos, había un panorama general de la literatura contemporánea, una larga reseña de la novela de Goethe *Wilhelm Meister* y un artículo sobre la poesía griega antigua, pero la mitad de las páginas las llenaban fragmentos. Novalis había escrito más de cien de diversa extensión, agrupados bajo el título *Pollen*.(33) Otro conjunto de más de cuatrocientos se llamaba simplemente *Fragmentos,* escritos en su mayoría por Friedrich Schlegel, aunque incluían también varias docenas de Caroline y August Wilhelm, así como algunos de Schleiermacher.[652]

Aquellas dos secciones, *Pollen* y *Fragmentos,* se convirtieron en los textos fundacionales de un nuevo movimiento, el romanticismo, que apareció así por primera vez en público —fue «nuestra primera sinfonía», como dijo August Wilhelm Schlegel—.[653] Allí, en las páginas del *Athenaeum,* fue donde se acuñó el término «romántico» y se utilizó por primera vez en prensa con su nuevo significado literario y filosófico. La palabra alemana *romantisch* deriva de la palabra francesa para «novela», *roman*. *Romantisch* o «romántico» se había utilizado en el sentido de *romanhaft*, «novelesco», y también como término para referirse a ciertos paisajes pintorescos; pero fue en las páginas del *Athenaeum* donde adquirió una nueva definición. Cuando August Wilhelm le pidió a su hermano que le enviara su explicación de la palabra «romántico», Friedrich le respondió que era imposible, porque necesitaba para ello dos mil páginas.[654] En el *Athenaeum*, consiguió resumirla en un fragmento, aunque largo, de tres páginas de

extensión.

> La poesía romántica es progresista y universal. Su objetivo no es simplemente reunir todos los tipos de poesía existentes y separados, o poner en contacto a la poesía con la filosofía y la retórica. Intenta (y debe) mezclar y fusionar poesía y prosa, inspiración y crítica, la poesía del arte y la de la naturaleza; y hacer que la poesía sea algo vivo y social, y que la vida y la sociedad sean poéticas; poetizar el ingenio y llenar y saturar las formas del arte con todo tipo de asuntos y materias instructivos, y animarlos con el latido del humor [...] [655]

Pero ¿qué significa todo esto? Romantizar *no* era ser sentimental, ni sufrir por amor o mostrarse emocional en exceso. Romantizar no tenía nada que ver con cenas a la luz de las velas o con declaraciones de amor, como solemos entender hoy en día el término. La palabra «romántico» ha pasado por varias etapas desde mediados del siglo XVII. Existe el significado original de «novelesco» y nuestra concepción moderna, que asocia la palabra con el amor o el romance; pero para los amigos de Jena era algo mucho más ambicioso. Querían romantizar el mundo entero, y eso significaba percibirlo como un todo interconectado. Hablaban del vínculo entre el arte y la vida, entre el individuo y la sociedad, entre la humanidad y la naturaleza. Al igual que dos elementos podían crear un nuevo compuesto químico, la poesía romántica podía aunar diferentes disciplinas y temas para crear algo distintivo y nuevo. Novalis lo explicaba así: «Al dar a lo común un significado más elevado, al hacer que lo ordinario muestre su misterio, al conceder a lo conocido la dignidad de lo desconocido y al transmitirle a lo finito un resplandor de infinito, estoy romantizando». [656]

Aunque el significado del término «romántico» pudiera resultar confuso, lo que le gustaba al grupo era la falta de rigor del concepto: su definición nunca tuvo la pretensión de convertirse en una entrada de diccionario, ordenada y sistematizada. La poesía romántica era rebelde, dinámica, viva y siempre cambiante —creían— y no debía estar encorsetada en patrones métricos, porque era un «organismo vivo». Su esencia era «estar siempre en proceso de formación, nunca ultimada, nunca perfecta», afirmaba Friedrich Schlegel. Era, por naturaleza, incompleta, inacabada. Y debido a ese carácter incompleto, afirmó Goethe unos años más tarde, dejaba espacio a la imaginación del espectador o del lector. [657]

Los amigos emplearon el mismo *modus operandi* de apertura, de desarrollo constante, cuando pensaron y escribieron. Fichte, por ejemplo, iba desplegando su filosofía ante sus alumnos; Novalis daba forma a sus ideas a medida que leía y anotaba apuntes; y Friedrich Schlegel moldeaba sus pensamientos mientras hablaba. Las ideas se formulaban, se derruían y se desechaban. No les interesaban los

sistemas cerrados y sujetos a reglas rígidas, sino una visión del mundo abierta y en constante flujo. De la misma manera que desafiaron las reglas que la sociedad les había impuesto, desafiaron los límites de la filosofía y la literatura.[658]

En el centro de todo estaba la poesía, pero no la poesía tal y como la entendemos hoy. Los amigos volvieron al término original del griego antiguo *poiētikós*, «creativo», «productivo». Para ellos, la poesía romántica podía ser cualquier cosa: un poema, por supuesto, pero también una novela, un cuadro, un edificio, una pieza musical o un experimento científico.[659] Discutieron el concepto con minuciosidad. ¿Significaba esto que todo podía transformarse en poesía? Sí, o eso creía Friedrich Schlegel, siempre que «posea un espíritu invisible». De hecho, la poesía estaba dentro de todos nosotros. Coincidieron en que la poesía, en su sentido original, era el fundamento de su nuevo enfoque. August Wilhelm Schlegel la describió como el poder de crear lo bello, y Novalis dijo simplemente que «poetizar es crear». Estaba dentro de nosotros y en la naturaleza, era un principio activo y productivo. Y, lo que es más importante, no se regía por reglas. «Los comentarios a un poema», afirmaba, jocosamente, August Wilhelm en un fragmento, «son como una lección de anatomía sobre un trozo de carne asada».[660]

Lo que conectaba todo esto era la imaginación, la facultad más importante de la mente, subrayaban, porque la razón por sí sola no era suficiente para captar el mundo. Sin la imaginación no existía el mundo exterior. Este nuevo enfoque sirvió de puente entre Isaac Newton, que había explicado que el arcoíris se creaba por la refracción de la luz a través de las gotas de lluvia, y el poeta británico John Keats, que declararía veinte años después que Newton «había destruido toda la poesía del arcoíris, al reducirlo a un prisma».[661]

La lógica ordinaria era un modo de pensar mecánico y frío, escribió Novalis, pero la imaginación era creativa, estaba viva. El mundo del futuro era un «caos racional», decía, y en el centro de todo ello estaba el poder ingobernable de la mente para crear. El «poeta no es más que el más alto grado del pensador», afirmaba Novalis. Esto no significaba que se volvieran contra la ciencia o la filosofía, sino todo lo contrario: querían unir lo que había estado separado durante demasiado tiempo. Y eso solo podía hacerse a través de la imaginación, algo abundante en Novalis, según decía él mismo, porque era el «rasgo más destacado de mi identidad».[662]

Durante siglos, la imaginación había sido relegada a un papel subordinado en la disciplina de la filosofía. Ya Platón había afirmado que la imaginación solo venía a la vida en los momentos de éxtasis, cuando a un artista o un poeta lo poseía un espíritu divino. Más tarde, filósofos como Descartes, Spinoza y Leibniz miraron con recelo a la

imaginación porque creían que solo podía dar cuenta de la realidad de forma ilusoria. El escritor británico Samuel Johnson la calificó de «facultad promiscua y vagabunda». Aquellos primeros pensadores creían que la imaginación era poco fiable y oscurecía la verdad.[663]

Por fin, en 1740, David Hume le otorgó un papel más importante en su filosofía, al sostener que «los hombres están poderosamente gobernados por la imaginación». Sin embargo, Hume creía que el poder de la imaginación era limitado, ya que, según él, esta facultad derivaba de nuestras experiencias e impresiones sensoriales. La imaginación solo combinaba lo que ya estaba en nuestra mente. Cuando «imaginamos» una montaña de oro, afirmaba, lo que hacemos es unir nuestras ideas compartidas, familiares, de «oro» y de «montaña».[664]

Fueron Kant y Fichte quienes declararon que la imaginación era esencial para el proceso de adquirir conocimientos. Kant le concedió el importante papel de mediadora entre el mundo sensorial y el conceptual.[665] Del mismo modo, Fichte la situó en el centro de su filosofía del *Ich* al sostener que la imaginación traía el no *Ich* a la existencia. «La imaginación, únicamente ella, es el fundamento de toda conciencia», escribió.[666] O, en palabras de Friedrich Schlegel: la naturaleza era como una obra de arte o un poema —«escribimos el mundo como un poema, por así decir, solo que al principio no lo sabemos»—.[667] El ascenso del poder de la imaginación en el pensamiento de Fichte fue un primer paso, pero, para los Schlegel y Novalis, no llegó lo suficientemente lejos, porque no incorporó el arte o la poesía a su filosofía. Alexander von Humboldt se aventuró incluso más cuando hizo hincapié en la importancia de la imaginación para las ciencias naturales, a la que definió como «un bálsamo de propiedades curativas milagrosas».[668]

El *Athenaeum* nunca se vendió en grandes cantidades, pero fue muy leído y el estamento literario se percató, a buen seguro, de cómo se castigó a Schiller con el más absoluto de los silencios. A Goethe, por el contrario, lo colmaron de elogios:(34) «Goethe es, en la actualidad, el verdadero regente del espíritu poético en la tierra», decía uno de los fragmentos de Novalis.[669]

Con la excepción de Goethe, el lema era «fuera lo viejo, venga lo nuevo». «Quien sea demasiado viejo para dejarse llevar por el arrebato, debería evitar las reuniones juveniles», escribió Novalis, de veintiséis años, en el *Athenaeum*, pues «ahora es el momento de la Saturnalia literaria: cuanto más colorida sea la vida, mucho mejor».[670] La época del *Sturm und Drang* y, en particular, el *Werther* de Goethe habían preparado el camino para la elevación de la juventud y

la protesta contra las convenciones, pero el Círculo de Jena proporcionó la base filosófica. En su *Fausto*, Goethe inmortalizó más tarde el culto a la juventud con estos versos:

> *Una vez pasada la treintena*
> *la vida ya no es vida:*
> *más vale darte un golpe en la cabeza*
> *y acabar contigo mismo de una vez.* [671]

Aunque hoy en día solemos asociar a los románticos con la idealización del pasado, esta primera generación se veía a sí misma como moderna, hasta el punto de que esto se reflejaba incluso en su ortografía. Por ejemplo, su guía de estilo para el *Athenaeum* escribía la palabra alemana para «imaginación», *Phantasie*, con una F, porque la forma en que utilizaban el término «no era griega, sino romántica y moderna», como explicó Friedrich Schlegel. Esto no significaba que se alejaran de la Antigüedad; al fin y al cabo, Grecia fue la cuna de la democracia. Caroline bromeó con Friedrich Schlegel diciendo que lo único que diferenciaba a sus «viejos griegos» de sus «nuevos franceses» era el grado de pasión. [672]

Friedrich Schlegel se sirvió de la Antigüedad como prisma para ver el presente. Quería aprender de ella para encontrar respuestas a las cuestiones del arte, la literatura y la vida contemporáneas. La cuestión no era *qué* habían pensado los antiguos, sino *cómo*; no *qué* eran sus poemas, sino *cómo* los habían compuesto. No le interesaba el orden medido y elegante que tanto fascinó a Goethe y Schiller, sino el elemento dionisiaco salvaje: lo sensual, lo embriagador. Quería derribar las reglas del clasicismo, pero no la propia Antigüedad. Remitiéndose a Platón, Friedrich Schlegel puso la «poesía de los frenéticos» por encima de la «poesía de los sobrios». Una de las razones por las que todos ellos amaban a Shakespeare era por su lenguaje emocional y a menudo desatado. La «línea torcida», como dijo Novalis, era una «victoria de la naturaleza libre sobre la regla». [673]

El *Athenaeum* fue su intento de trabajar colectivamente, como grupo. Querían «sinfilosofar», un neologismo que acuñaron ellos. Añadieron el prefijo «sym» (que significa «juntos», «en común») a palabras como filosofía, poesía, evolución y física, como ejemplo de su esfuerzo por alcanzar una especie de simbiosis intelectual. «Sinfilosofía, así se llama verdaderamente lo que nos conecta», dijo Friedrich Schlegel. Se trataba de un concepto basado en la idea de que dos mentes podían juntarse. Al igual que las mitades de un todo dividido, solo podían alcanzar su pleno potencial cuando se unían. [674]

El *Athenaeum* era, según decía el eminente poeta de Weimar, Christoph Martin Wieland, «un fenómeno extraño», y Friedrich Schlegel informaba con orgullo desde Berlín de que todo el mundo hablaba de «nuestra desfachatez».[675] Y esto era exactamente lo que él pretendía. «Los Schlegel», afirmaba un viejo amigo un tanto descontento, «están en contra de todos los vivos y de todos los que han vivido».[676] Solo Goethe se mostraba encantado con el trato que le dispensaban sus jóvenes amigos. ¿Y cómo no iba a estarlo? Cuando Wieland se preguntaba cómo era posible que Goethe permitiera alabanzas tan exageradas de los hermanos Schlegel, que ¿dónde quedaba la modestia?, Goethe se limitó a responder: «Hay que aceptarlo, de la misma manera que se aceptan las críticas más duras». Estaba disfrutando de lo lindo y deseando tener una conversación sobre el primer número del *Athenaeum* con August Wilhelm en persona.[677]

No es de extrañar que a Schiller la revista de los Schlegel no le entusiasmara mucho. «Ese tono sabelotodo, cortante, implacable y unilateral me pone físicamente enfermo», le escribió a Goethe, después de leer los dos primeros números. A esas alturas, Schiller odiaba todo lo relacionado con los Schlegel: sus publicaciones, sus personalidades y su influencia en los demás.[678] Sin embargo, por una vez, a pesar de su profunda lealtad a Schiller, Goethe apoyó abiertamente a los Schlegel. Los fragmentos eran un maravilloso «avispero», le respondió Goethe, y una tremenda réplica a la mediocridad y la trivialidad reinantes en el mundo literario.[679]

Pero Schiller no se dejó ablandar. Los hermanos Schlegel eran egoístas, fríos, repelentes, pretenciosos, partidistas y despiadados, replicó, dos días después, y predijo —o tal vez esperó— que nunca serían influyentes. El *Athenaeum* estaba lleno de tonterías, le dijo Schiller a su esposa, y cualquiera que pretendiera entenderlo debía de tener, seguro, algún trastorno mental. Goethe, por su parte, le dijo a August Wilhelm lo mucho que le gustaban los fragmentos, pero le advirtió de que la revista había puesto a los hermanos en pie de guerra con el estamento literario dominante.[680]

Resultó que las cifras de ventas no reflejaban para nada su ambición: solo se vendían unos cientos de ejemplares por número.[681] Pero como la revista circulaba, se prestaba y pasaba de un lector a otro, su impacto a largo plazo fue enorme. Algunos de los textos más importantes del proyecto romántico se publicaron por primera vez en el *Athenaeum*: los ya citados *Fragmentos* y *Pollen*, pero también los *Himnos a la noche* de Novalis. La celebración de la imaginación por parte del grupo, su rechazo a las formas y estilos

literarios tradicionales, así como su insistencia en el valor de la experiencia individual, se encontrarían más tarde en la mayoría de las obras de los escritores y poetas románticos. Sus ideas le dieron forma al romanticismo en todo el mundo.

En junio de 1798, exactamente al mismo tiempo que los jóvenes amigos publicaban sus nuevas ideas en el *Athenaeum*, el poeta británico Samuel Taylor Coleridge se preparaba para lo que él llamaba «mi expedición alemana». Un día después de que se publicara la colección de poemas de William Wordsworth y Coleridge, las *Baladas líricas* —que pronto se harían famosas— en septiembre, los dos poetas zarparon de Yarmouth hacia Hamburgo, en el extremo norte del Sacro Imperio Romano Germánico. A los pocos días, Coleridge se dio cuenta de que no podía permitirse recorrer los casi quinientos kilómetros hacia el sur, hasta Jena y Weimar. «Asustado por los gastos», tal como escribió en su diario, pasó, en cambio, cinco meses en la cercana Ratzeburgo y estudió varios meses en Gotinga. Pronto habló alemán con fluidez, aunque admitía que su pronunciación era «horrible». El verano siguiente partió hacia Inglaterra con una bolsa llena de libros de filosofía. La estancia de Coleridge en Alemania supuso un punto de inflexión en su vida.[682]

Había partido de Inglaterra como poeta, pero regresó con la mente de un filósofo. «Ningún hombre ha sido nunca un gran poeta», escribió más tarde Coleridge, «sin ser al mismo tiempo un filósofo profundo», o, tal como lo veía el Círculo de Jena, la poesía y la filosofía eran hermanas que nunca debían separarse. Coleridge vivió y respiró las ideas que surgieron en Jena. Estudió las obras de Kant, Fichte y Schelling, y más tarde tradujo el *Fausto* de Goethe y el *Wallenstein* de Schiller. «No hay duda», dijo más tarde uno de sus amigos, «de que la mente de Coleridge es mucho más alemana que inglesa».[683]

Había muchas similitudes entre las ideas que brotaron en Jena y las que se desarrollaron entonces en Inglaterra. En 1801, solo dos años después de la publicación del primer número del *Athenaeum*, William Wordsworth escribiría en el nuevo prefacio de las *Baladas líricas* que la buena poesía era «el desbordamiento espontáneo de poderosos sentimientos». Del mismo modo, muchos de los otros románticos ingleses —Coleridge, Lord Byron, Percy Bysshe Shelley y William Blake— se volvieron contra las rigurosas reglas de la poesía neoclásica. Anteriormente, poetas como Alexander Pope habían escogido como tema a personajes famosos o asuntos de la esfera pública, pero ahora los amigos de Jena —como harían luego los románticos que vinieron después— incluían sus propias experiencias personales en sus escritos. En lugar de la razón, el intelecto y las

reglas, recurrieron a la imaginación, al yo y a las emociones, algo que sigue dando forma a nuestro mundo actual. La imaginación, creía Coleridge, tendía un puente entre lo subjetivo y lo objetivo: era la prueba de que nuestras mentes son verdaderamente libres.[684]

También fue entonces cuando, por primera vez, el fragmento se convirtió en una manifestación artística y literaria por derecho propio, y la predilecta de una gran cantidad de autores. Se puede apreciar muy bien en las primeras décadas del siglo XIX, en *The Giaour,* de Byron, o en los poemas de Pushkin, que él llamaba «fragmentos». Los escritores románticos de toda Europa, desde España hasta Polonia, celebraron este nuevo género literario.

En la década siguiente, el impacto de los fragmentos del *Athenaeum* alcanzó también otras formas de arte. Pronto se expusieron en galerías y museos dibujos a lápiz, bocetos y estudios. La razón era, según explicaba el pintor francés Eugène Delacroix, que una «obra abocetada» dejaba más espacio para la imaginación. En la década de 1830, compositores como Frédéric Chopin y Robert Schumann aplicaron el concepto de fragmento a la música. Los preludios de Chopin, por ejemplo, son solo preludios de sí mismos. Schumann los describió como «bocetos, apuntes para estudios, o, por así decirlo, incluso ruinas, una sola ala de águila, colorida y en salvaje confusión». Estas piezas podían terminar en un acorde de dominante a modo de preparación para otro movimiento, o podían comenzar en una clave ambigua que parecía surgir de la nada. Los fragmentos no tardaron en llegar a todas partes.[685]

10

«“SINFILOSOFÍA”, ASÍ SE LLAMA VERDADERAMENTE LO QUE NOS CONECTA»

Verano de 1798: Unas vacaciones en Dresde y la llegada de Schelling

A principios de julio de 1798, la mayor parte de los integrantes del Círculo de Jena se encontraba en Dresde. Con el segundo número del *Athenaeum* ya en la calle, había llegado la hora de cambiar de aires y la deslumbrante Dresde era el sitio perfecto para unas vacaciones. Conocida también como la «Florencia del Norte» y la «Florencia del Elba», por el río que la cruza, Dresde era una de las ciudades más fascinantes del territorio alemán. Se encontraba a poco más de ciento sesenta kilómetros al este de Jena, tenía unos sesenta mil habitantes y era un popular destino turístico. Altos edificios barrocos ricamente ornamentados se alineaban en bulevares bañados en sombra, y la Frauenkirche (iglesia de Nuestra Señora) luterana, uno de los mayores templos de Europa, dominaba el horizonte. Un elegante paseo construido sobre las fortificaciones de la ciudad se extendía sobre el Elba. Y un enorme puente de piedra arenisca, de más de cuatrocientos metros de largo y más de diez de ancho, atravesaba el río. En un día tranquilo, cuando el agua estaba en calma, las aguas reflejaban la espectacular silueta de la ciudad. Todo en Dresde desprendía grandeza.[686]

Dresde era la capital de Sajonia y la sede real del príncipe elector sajón Federico Augusto.(35) El príncipe era un gran amante de las artes que había regresado de un largo viaje por Francia e Italia con el ardiente deseo de que su palacio fuera igual al de Versalles. Había dotado a su ciudad con una de las mejores colecciones de pintura, grabado, escultura y porcelana de Europa. Gran parte de las obras que Federico Augusto llevó a Dresde se exponen ahora en sus museos y galerías públicas. Los turistas de todo el continente acudían en masa para disfrutar de la mayor colección de escultura antigua, griega y romana, de los territorios alemanes, y de obras de maestros alemanes como los Cranach y Durero, además de pinturas y grabados de Rubens, Rembrandt, Tiziano, Goya, Velázquez, Veronese y Correggio. La obra más famosa de cuantas se podían contemplar en la ciudad era la *Madonna Sixtina,* de Rafael.[687]

Caroline Schlegel y Auguste, que tenía ya trece años, se adelantaron a los demás y llegaron a mediados de mayo. August Wilhelm y

Friedrich Schlegel lo hicieron desde Berlín a finales de junio. Los cuatro se alojaron en la gran casa de la hermana mayor de los hermanos, Charlotte Ernst, cuyo marido era funcionario de la corte. Charlotte era sociable, su casa estaba abierta para todos y era tan ingeniosa como sus dos hermanos menores.[688] Al día siguiente de la llegada de los Schlegel desde Berlín, Caroline escribió a Novalis a la Academia Minera de Freiberg para decirle que todo el mundo estaba deseando verle. «Ven pronto, viejo amigo, no nos hagas esperar mucho», añadió Friedrich Schlegel en una posdata. Les aguardaba un verano rebosante de «sinfilosofía».[689]

Novalis recorría los cuarenta kilómetros que separan Freiberg de Dresde tan a menudo como se lo permitían sus estudios. Le encantaba ir a caballo y nunca le importó pasarse horas cabalgando sin parar.[690] Los amigos lo veían cambiado desde la muerte de Sophie. Aunque su físico seguía siendo esbelto y delicado, su rostro parecía diferente. Sus ojos eran ahora los de un «vidente», señaló Friedrich Schlegel, casi incoloros pero penetrantes, y sus ideas, cada vez más oscuras. En el laboratorio químico de la Academia Minera de Freiberg, entre las redomas y las ampollas de vidrio, Novalis había comenzado a mezclar polvos y líquidos en un intento de elaborar un elixir que le permitiera trascender su cuerpo. Desde que leyó a Fichte, su interés por los conceptos de mente y cuerpo se intensificó. Pero ¿podría hacer desaparecer su cuerpo y convertirse solo en espíritu? A Friedrich Schlegel le encantó la idea. «Está buscando —también a través de la química— una droga para curar la fisicidad (a través del éxtasis)», escribió Friedrich, emocionado. En cierto modo, se trataba de otro intento de liberar la mente. Sin las ataduras del cuerpo, creía Novalis, la mente podía hacer cualquier cosa.[691]

Mientras paseaban por las calles de Dresde, o durante las cenas nocturnas, Novalis intentaba elaborar sus ideas. ¿Es que no eran conscientes de la importancia de trascender los límites entre el cuerpo y la mente? Había que olvidarse de lo del *Ich* y el no *Ich* eternamente divididos de Fichte. Lo que Novalis quería era «tocar su propia mente» —aunque Friedrich Schlegel se veía obligado a admitir que no tenía ni idea de lo que eso significaba realmente ni de cómo iba a funcionar. Estaba demasiado entusiasmado para prestar demasiada atención a los aspectos prácticos—. Había mucho que hacer. El aire, decía Novalis, estaba «lleno de las semillas de todas las cosas».[692] Fichte, que había pasado el verano con su esposa Johanne en la ciudad balneario favorita de Goethe, Karlsbad, en el oeste de Bohemia, también se detuvo en Dresde durante unos días para ver a sus amigos de Jena.[693]

Los amigos estaban impacientes por explorar. Dresde era una ciudad repleta de historia y de cultura. En Jena, la gente se reunía en tabernas y salones para discutir las ideas revolucionarias, pero en Dresde, los centros eran las óperas, los conciertos y las exposiciones. En Jena, los amigos solían dar largos paseos por el Saale, pero aquí admiraban la arquitectura, la pintura y la escultura. Pasaban la mayor parte de sus horas de vigilia juntos. Cuando los artistas, los poetas y los pensadores se reunían como una familia —escribió enseguida Friedrich Schlegel en el *Athenaeum*— aquello se convertía en una «*ur*-asamblea de la humanidad».(36)[694] Paseaban por los bulevares, conversando, gesticulando, riendo. Caroline, rodeada por una pandilla de jóvenes poetas, pensadores y filósofos, se encontraba en su salsa. Auguste, que había heredado el ingenio y el espíritu de su madre, la acompañaba: bromeaba, discutía y se formaba sus propias opiniones sin dejarse amedrentar por el grupo. Todo el mundo la consideraba encantadora.[695]

Caroline ya había explorado la ciudad con Auguste durante las seis semanas anteriores a la llegada del resto del grupo, de modo que se convirtió en su líder y en su guía. Estaba el Japanisches Palais —el Palacio Japonés—, que parecía cualquier cosa menos japonés, pero era un gran edificio barroco situado en hermosos jardines al otro lado del Elba. En él se encontraban la famosa Galería de Estatuas Antiguas y Modernas, la Biblioteca Real y las magníficas colecciones de porcelana y monedas que había reunido Augusto «el Fuerte». Frente al Japanisches Palais, los amigos verían, escritas allá en lo alto, en letras doradas, sobre el arquitrabe de la entrada, las palabras museum usui publico patens —«un museo abierto al uso público»—. En el interior, repartidas en las diez grandes salas de la planta baja, había trescientas esculturas y bustos, así como jarrones, un altar etrusco, un sarcófago romano e incluso algunas momias.[696]

Otro museo en el que los amigos pasaron muchas horas fue la impresionante Gemäldegalerie, la famosa pinacoteca que se encontraba en un elegante edificio del siglo XVI, en el Neumarkt, una gran plaza pública situada a una manzana al sur del río, cerca de la Frauenkirche. Aquí los turistas podían admirar unas mil cuatrocientas pinturas y ochocientas copias en yeso de antiguas esculturas griegas y romanas: una de las mayores colecciones de arte de Europa. Pero los amigos no entraban allí en silencio, con veneración, sino hablando, discutiendo, dando vueltas y más vueltas ante las obras de arte para observarlas desde todos los ángulos, gritando cuando se emocionaban, sin reparar en la presencia del resto de los visitantes ni de quienes estaban allí dibujando tranquilamente. Cada mañana «tomaban posesión de las galerías», dijo, quejándose, un espectador. Las paredes de la Gemäldegalerie estaban atiborradas de cuadros —como era

habitual en la época— a menudo dispuestos en varias filas de altura, y todo el espacio se llenaba de un derroche de colores y marcos dorados, mientras los retratos, los paisajes y los temas religiosos se disputaban la atención de la gente. Durante las semanas siguientes pasaron de una obra de arte a otra, debatiendo, deliberando ruidosamente. Para Novalis, las galerías eran un «depósito lleno de toda clase de estímulos para el poeta».[697]

Admiraban especialmente la *Madonna Sixtina*, de Rafael, de principios del siglo XVI, un enorme óleo de casi dos metros por tres, que representa a una tierna Virgen con su hijo. Vestida con un manto flotante y suspendida sobre nubes arremolinadas, dos santos y dos querubines la acompañan mientras lleva a su hijo al mundo, bajando de los cielos. La obra la encargó el papa Julio II en 1512, pero esta obra de arte era algo más que una mera pintura religiosa. Para muchos, unía los reinos terrenal y celestial: la Virgen era una visión que se presentaba a los santos, pero también al observador, mientras traía a Cristo a la Tierra.

Aquella obra maestra se convirtió en la predilecta del grupo. Embriagados por la belleza de la Virgen, los jóvenes románticos veían en este cuadro el ejemplo perfecto de la fusión de la sensualidad, la religión y el arte. El encanto y la gracia de la Virgen no podían expresarse con palabras, les decía Caroline a sus amigos, porque «va directamente de los ojos al alma». Para ellos, el arte religioso había abandonado la iglesia y se había convertido en poético, y este sería un tema de discusión que iría ganando importancia durante el año siguiente.[698]

Un día, Caroline los llevó ante tres cuadros distintos de la *Magadalena penitente*(37) —es decir, María Magdalena, a quien durante mucho tiempo se la consideró una pecadora, una libertina o una prostituta. Ella fue, sin embargo, quien se quedó junto a Jesús cuando lo crucificaron—. ¿Cómo era posible, se preguntaba Caroline mientras observaba con atención el primero de los cuadros, que se le echaran en cara sus pecados de juventud? ¿Acaso no tenía María Magdalena derecho a ser feliz? ¿No parecía como si estuviera inquiriendo a quien la miraba: «No me ayudarás a salir de este laberinto»? «Oh, mirad esta imagen», les dijo, mientras pasaba a la segunda *Magdalena penitente*. «¿Por qué penar? No tiene ningún sentido», afirmó. ¿Por qué tendría que arrepentirse? Al llevar a sus amigos hasta la tercera María Magdalena, Caroline dijo que «un desliz juvenil» jamás podría desfigurar «su alma pura». ¿Pensaba acaso Caroline en sí misma? Son evidentes, desde luego, las concomitancias entre su vida y la del personaje bíblico.[699]

Los amigos discutían mientras caminaban, le daban vueltas al asunto de cómo entender el arte, cómo abordarlo. ¿Era el arte una

representación de la naturaleza? ¿Por qué era importante, y cuánto? ¿Existían reglas? ¿Cómo juzgarlo? ¿Era objetivo o subjetivo? ¿Qué es más trascendental, la escultura o la pintura? ¿El retrato o el paisaje? Caroline dio forma a todas esas discusiones en un ensayo: «Pinturas. Una conversación», que se publicó en el *Athenaeum* unos meses después.(38) Escribirlo en forma de diálogo le permitió explorar las diferentes escuelas de pensamiento sin caer en la aridez de los tratados de historia del arte. Era un ensayo erudito, pero accesible gracias a su tono conversacional.

Todo el mundo disfrutaba de las animadas conversaciones en las galerías; solo Fichte, que sabía poco de arte, se encontraba por una vez fuera de su zona de confort. Un pintor y amigo de la familia escribió a Charlotte Schiller desde Dresde, después de toparse con el grupo en la Gemäldegalerie, sabedor, como era, de lo mucho que disfrutaba ella con los chismes sobre los amigos. «Te habrías reído, querida Lotte», le decía, «si hubieras visto a los Schlegel arrastrándolo [a Fichte] de un lado a otro y acribillándolo con sus más recientes creencias».[700]

En Dresde solo faltaba Dorothea Veit, que aún no conocía a August Wilhelm y Caroline Schlegel. Friedrich no logró convencer a su hermana mayor de que permitiera a su amante alojarse en su casa. Ella se lo dejó muy claro: su marido era parte de la corte sajona y, bajo ningún concepto, permitiría que Friedrich tuviera una aventura con una mujer casada bajo su techo. La otra razón era el dinero, porque, al entrar en Dresde, Dorothea habría tenido que pagar el llamado «peaje judío», un impuesto que los miembros de esa religión tenían que abonar cuando viajaban de un territorio alemán a otro. No solo era bastante elevado, sino insultante y humillante, ya que al ganado se le imponía el mismo tributo. Unos veinte años antes, el padre de Dorothea, el filósofo Moses Mendelssohn, se quejó de que le habían cobrado lo mismo que «a un buey polaco» para entrar en Dresde. Prusia había abolido el peaje una década antes, pero Sajonia no. De modo que Dorothea estaba atrapada en Berlín, pero Friedrich le mandó un retrato suyo que se hizo pintar en Dresde para que no se olvidara de él.[701]

Friedrich Schlegel, con todo, disfrutaba. Bebía buen vino, comía bien, deleitaba sus ojos y alimentaba su imaginación. A veces, a última hora de la tarde, cuando los rayos oblicuos del sol aureolaban la piedra amarillenta de la magnífica cúpula de la Frauenkirche, partían de nuevo hacia Neumarkt. Y cuando la última luz del día se adentraba en el río, subían por las escaleras hasta la entrada de la Gemäldegalerie. Allí les esperaban unos guías con antorchas encendidas que, por un módico precio, los llevaban por las desiertas salas que guardaban las colecciones de moldes de yeso en la planta

baja.[702]

Mientras iban detrás de las parpadeantes y cálidas luces, contemplando en la penumbra las esculturas expuestas, veían cómo el juego teatral de luces y sombras suavizaba los contornos de los fríos cuerpos de yeso. Las salas, salvo por la luz de las antorchas, estaban envueltas en una oscuridad total. Qué diferente parecía el espacio por la noche: vacío, silencioso y mágico, como la celebración de la oscuridad de Novalis, pero en tres dimensiones. Si la imaginación era como un edificio con muchas habitaciones distintas, quizá esto fuera lo más parecido a pasear por la propia mente. En su laboratorio de Freiberg, Novalis había estado buscando una forma de disolver los límites entre la mente y el cuerpo. Allí, en las oscuras galerías, la imaginación se materializaba.

El arte no era el único tema del que trataban. También hablaban de revoluciones y de la guerra. La vida en Jena era segura desde el armisticio entre Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico del año anterior. Aunque los franceses habían invadido Suiza para ayudar a los revolucionarios suizos a proclamar una república en marzo de 1798, Napoleón se concentraba ahora principalmente en Egipto. Creía que esta región era la clave para aplastar el dominio británico en el Mediterráneo y debilitar su acceso al subcontinente indio. Napoleón había zarpado hacia Egipto con su flota desde Tolón en mayo de 1798, justo cuando Caroline y Auguste llegaron a Dresde. El 2 de julio, treinta mil soldados franceses tomaron Alejandría.[703]

Para entonces, ya eran muchos lo que veían a Napoleón como el mejor general desde Alejandro Magno. No solo comandaba su propio ejército, decía Fichte, sino también el de sus adversarios «porque siempre sabe cómo arreglarlo todo para que el enemigo haga exactamente lo que él quiere que haga». Napoleón representaba, en cierto sentido, el ideal romántico de genio para todos ellos, una personalidad impelida por sus propios talentos y capacidades, más que tocado por la inspiración divina. Para ellos, el general francés encarnaba una fuerza de la naturaleza: poderoso, majestuoso y enigmático. A ello contribuyó, sin duda, el hecho de que a Napoleón lo estimulara tanto la pasión revolucionaria como un profundo interés por las ciencias, las artes, la Antigüedad y la literatura, hasta el punto de que hizo que alrededor de doscientos eruditos se unieran a su ejército en Egipto. Su misión era recopilar todo el conocimiento disponible en lo que se consideraba, por aquel entonces, la cuna de la civilización.[704]

En los años anteriores, los ejércitos franceses recorrieron Europa y saquearon colecciones privadas y religiosas. Carros y barcos repletos

de cajas con cuadros, esculturas y libros llegaron a París para llenar de tesoros el Louvre. Solo en los Países Bajos se robaron cientos de obras de maestros antiguos, entre ellos más de cincuenta Rubens y una docena de Rembrandts. Magníficos retablos, brillantes bodegones y pinturas históricas, así como objetos de historia natural y bibliotecas enteras de libros raros y manuscritos fueron empaquetados y enviados a Francia. A veces parecía que el ejército se guiaba por la ubicación de las grandes obras maestras más que por motivos políticos.

«Sobre todo», le había exigido Napoleón al enviado francés en Génova dos años antes, en 1796, «envíeme una lista de los cuadros, estatuas, vitrinas y curiosidades de Milán, Parma, Piacenza, Módena y Bolonia». Las campañas en Italia en 1796 dejaron un botín particularmente rico, ya que Napoleón confiscó decenas de miles de objetos que iban desde arte y murales renacentistas hasta monedas romanas y bustos de bronce. A medida que más ciudades y regiones iban cayendo en manos de los franceses, los italianos se veían obligados a entregar sus obras de Rafael, de Correggio, así como valiosos manuscritos y preciadas antigüedades.[705]

Napoleón, que se enorgullecía de ser culto y erudito, siempre se llevaba a sus campañas militares su amplia y manoseada biblioteca. Tan grande era su amor por las artes y las ciencias que parecía estar más orgulloso de haber sido elegido miembro del Institut National des Sciences et des Arts,(39) que de ser general y comandante en jefe de los ejércitos franceses. Las cartas que enviaba desde Egipto las firmaba como «Membre de l'Institut National, Général en Chef», anteponiendo su título académico al militar. Cuando Wilhelm von Humboldt vio a Napoleón a finales de 1797, en París, lo describió como un hombre delgado y vestido con sencillez, que parecía un intelectual, serio y reflexivo, un hombre al que podía imaginar escribiendo en su escritorio, leyendo un libro o experimentando en un laboratorio, pero no en un campo de batalla. La admiración de los amigos por él era tan grande que incluso compraron bustos del general francés para ponerlos en su casa. Y, como todas las batallas tenían lugar tan lejos de Jena, la guerra no parecía real del todo.

En Dresde, los amigos recibieron una noticia que los entusiasmó mucho: una de las mentes más grandes de Alemania iba a unirse a ellos en Jena. Friedrich Schelling, de veintitrés años, había sido nombrado el profesor de filosofía más joven de la universidad. Todos habían leído los libros de Schelling, y August Wilhelm Schlegel, Fichte y Novalis lo conocían. Schelling irradiaba infinito, decía Novalis, y tenía el potencial de superarlos a todos. Fichte se unió al sentir general, entre otras razones porque estaba convencido de que las

publicaciones de Schelling eran «de cabo a rabo, comentarios» sobre las suyas.[706] Y a August Wilhelm le gustaba tanto el joven filósofo que lo invitó a Dresde. Cuando Schelling llegó, a mediados de agosto de 1798, fue rápidamente adoptado como nuevo miembro del grupo.[707]

Nacido en 1775, en un pequeño pueblo no lejos de Tubinga, en el ducado de Wurtemberg, Schelling se crio con unos padres amables y pacientes. Su padre, un teólogo erudito, muy docto, había sido, casualmente, compañero de estudios del padre de Caroline en Gotinga.[708] Schelling despuntó siendo muy joven. Era brillante y su padre le había enseñado bien. Con solo once años, Schelling comunicó a sus profesores que no tenían nada nuevo que enseñarle. Dominaba el latín y el griego antiguo, y estaba infinitamente por delante de sus compañeros. Sin embargo, a pesar de su precocidad, también era sociable y se le daba bien hacer amigos.[709]

En 1790, a los quince, a pesar de ser tres años más joven que los demás alumnos, se matriculó en la universidad local, un seminario protestante conocido como Tübinger Stift. Su padre había decidido que fuera clérigo, aunque a Schelling no le interesaba la teología. Sin embargo, su estancia en el seminario tuvo un profundo impacto en su vida. Pronto se encontró compartiendo habitación con Friedrich Hölderlin y Georg Wilhelm Friedrich Hegel, ambos pensadores profundos que, como Schelling, también se harían famosos.[710]

El Tübinger Stift era un enorme edificio de piedra situado en lo alto del río Neckar. La sencillez del interior le daba un aire monástico. Los jóvenes estudiantes dormían en habitaciones frías y sus rígidas rutinas diarias eran supervisadas por monjes. La disciplina era estricta. El rector de la universidad dejó perfectamente claro que quería quebrar la voluntad de sus estudiantes mientras fueran jóvenes. No se les permitía fumar, bailar, visitar tabernas o incluso montar a caballo. Se les obligaba a llevar el mismo corte de pelo y tenían que vestir un uniforme: un largo abrigo negro parecido a una sotana, adornado únicamente con un alzacuello blanco de clérigo. Todos los aspectos de sus vidas estaban controlados, y el castigo se aplicaba en la propia cárcel del seminario. Los estudiantes decían que se sentían como remeros en una galera de guerra o como «un miserable engranaje en una máquina de esclavos».[711]

Se aburrían, sus mediocres profesores no los inspiraban apenas. Schelling se sentía asfixiado por las convenciones intelectuales conservadoras. Obediente en un principio, no tardó mucho en empezar a rebelarse. Se saltaba las clases y los servicios religiosos, y era castigado por su desobediencia. Sin embargo, sus notas nunca bajaron. En lugar de seguir las reglas, Schelling y sus dos amigos, Hölderlin y Hegel, celebraban la Revolución francesa, cantaban la

Marsellesa, leían *Los bandidos* de Schiller, estudiaban a Kant y admiraban la nueva filosofía de Fichte. También leían en secreto los periódicos franceses y, como Tubinga estaba más cerca de Francia que la mayoría de las ciudades alemanas, casi podían oler las ideas incendiarias que propagaban al otro lado de la frontera.[712]

Habiendo sido criado en el ducado de Wurtemberg —bajo el mismo gobernante absolutista que tanto le amargó los primeros años de su vida a Schiller—, Schelling estaba desesperado por «respirar aire libre».[713] Una revolución política por sí sola, creía, no era suficiente. No solo había que reformar el Estado, también era necesario cambiar las mentes de forma radical. Había que ir más allá de lo que Kant se había atrevido a hacer, les dijo Schelling a Hölderlin y a Hegel. Había que destrozarlo todo y reconstruirlo. Los jóvenes como ellos tenían que unirse.[714]

El resultado de todo esto fue un acuerdo de una página que, a pesar de su brevedad, era tan radical y visionario que abarcaba todo lo que conformaba e impulsaba el pensamiento del Círculo de Jena.(40) Está sembrado de nuevas ideas. Unir lo que se había mantenido separado, se decía en él. Derribar todas las divisiones. La filosofía debe ser sensual, la mitología debe ser filosófica y la poesía debe ser «la maestra de la humanidad». Tal como pedían Novalis y los Schlegel, era necesario poetizar las ciencias, «volver a dar alas a la física».[715] Al igual que las *Cartas sobre la educación estética del hombre* de Schiller, de 1795, este breve manifiesto consideraba la belleza como la clave para unificarlo todo. Y, por supuesto, ahí estaba de nuevo el *Ich*, proclamando su poder:

> La base es, naturalmente, la concepción de *mi yo* como un ser absolutamente libre. Junto con el ser libre y consciente de sí mismo surge simultáneamente un *mundo* entero de la nada.[716]

Schelling, Hölderlin y Hegel, que habían crecido con la Revolución francesa como telón de fondo, habían sido testigos de cambios políticos tan trascendentales que la perspectiva del libre albedrío parecía, por primera vez, algo realmente posible. «El alfa y el omega de toda la filosofía es la libertad»,[717] había escrito Schelling, con veinte años, en su primer libro, *Del Yo como principio de la filosofía*, publicado en 1795, el año en que dejó el Tübinger Stift. El título revelaba su deuda intelectual. Cuando Schelling escuchó una de las lecciones que Fichte impartió en Tubinga, le dijo a Hegel: «La edad de las tinieblas filosóficas ha terminado».[718]

Al igual que Fichte, Schelling escribió sobre el yo y su relación con el mundo exterior, pero pronto se separó de su maestro en un punto

crucial. A diferencia de Fichte, Schelling no afirmó que el mundo exterior fuera simplemente un no *Ich*. Sostenía, en cambio, que la naturaleza y el *Ich* eran un todo interconectado. Y este es el fundamento de lo que se conoció como la *Naturphilosophie* de Schelling —su «filosofía de la naturaleza»—, y el tema de los tres libros que había publicado durante los tres años anteriores. Aunque estas obras le granjearon fama, todavía tenía que ganarse la vida. Al igual que Fichte y August Wilhelm Schlegel en su momento, y ahora Hölderlin y Hegel, Schelling trabajaba como profesor particular para una familia rica. Pero al menos sus alumnos eran mayores, y en 1796 los pudo acompañar a Leipzig, donde estudiaban. Fue allí donde conoció a August Wilhelm y a Novalis.[719]

A Schiller también le había impresionado la obra del joven filósofo, y habló con Goethe para intentar encontrarle un puesto en la Universidad de Jena. Goethe se mostró reacio, al principio. ¿Otro filósofo del *Ich*? ¿Otro idealista? Él siempre se consideró «un realista estricto», pero, desde que conoció a Schiller y a Fichte, había empezado a apreciar algunos aspectos del idealismo, una escuela de pensamiento que insistía en que la realidad era inseparable de nuestra mente y de nuestra percepción.(41) Lejos quedaban ya los tiempos en los que Goethe, como dijo un conocido, se «ahogaba en la materia», pero, aun así, no estaba del todo convencido. Se situaba *entre* los realistas y los idealistas. Schiller le había mostrado, sí, un camino alejado del «estricto e innecesario examen de las cosas externas», decía Goethe, pero él se encontraba a gusto en su término medio.[720]

Ahora, sin embargo, después de pasar cuatro años en compañía de sus nuevos amigos, sentía que no se podía conocer la naturaleza únicamente mediante la observación. Admitía que las categorías de la mente dotaban de sentido al mundo exterior, pero eso tampoco significaba que los idealistas tuvieran razón. Fichte, que nunca fue aficionado al término medio, se oponía a este punto de vista y argumentó con vehemencia contra los pensadores que basaban su conocimiento en la experiencia y la observación. ¿Cómo podían pretender saber lo que es un árbol, por ejemplo, con solo mirarlo? ¿Cómo podían «saber, la primera vez que veían un árbol, que era un árbol y no su nariz»? Fichte creía que no era nuestra experiencia, sino el *Ich* lo que creaba nuestro conocimiento del árbol. El árbol estaba en nuestra mente, así de simple.[721]

Goethe discrepaba. ¿Qué le hacía pensar a Fichte que la suya era la única forma correcta de entender la naturaleza? ¿Cómo encajaban en eso los propios estudios de Goethe? Lo que había aprendido a través de sus investigaciones en anatomía comparada, por ejemplo, evidenciaba que a los animales los moldeaba su entorno y no la mente

o la imaginación del observador. El cuerpo de un pez estaba adaptado a su hábitat acuático, del mismo modo que el cuello de la jirafa lo estaba al alto follaje de los árboles de la sabana africana y las alas de un pájaro a su vida en el aire. El clima, la altitud, la temperatura, el agua y el aire, entre otros, eran, según Goethe, los factores que determinaban el desarrollo de los animales.[722]

¿Cómo explicaban eso los filósofos del *Ich*? ¿Realmente creían que el *Ich* se había propuesto a sí mismo y que ese acto había traído a la existencia el no *Ich*, o, al menos, el conocimiento del no *Ich*? «En fin, hasta que los filósofos lleguen a algún tipo de acuerdo sobre cómo reunificar lo que han dividido», decía, bromeando, Goethe, él seguiría disfrutando de su «existencia indivisa». No estaba seguro de que Schelling fuera capaz de dar respuestas, pero sí lo suficientemente intrigado como para invitarlo a Jena.[723]

En mayo de 1798, Schelling recorrió los cien kilómetros que separan Leipzig de Jena para encontrarse con Goethe. El poeta le había pedido al joven filósofo que acudiera a sus dependencias en el Viejo Castillo, y allí se lo encontró Schelling, rodeado de libros, papeles e instrumentos científicos. Durante aquella visita de cuatro días, también vieron a Schiller tres veces y a Fichte una noche. A Goethe le gustaba Schelling. Ayudó el hecho de que, a diferencia de Fichte, Schelling estuviera profundamente interesado en las ciencias naturales.

Dos días después de la llegada del nuevo huésped, Goethe escribió en su calidad de consejero privado al ministro Voigt, su colega en la administración de Weimar, sugiriendo que la Universidad de Jena le hiciera una oferta. Schelling era brillante y erudito, escribió Goethe. Sería un orgullo para la universidad y una gran incorporación al Círculo de Jena. La administración de la universidad deliberó y unas semanas más tarde, el 5 de julio de 1798, Goethe pudo informar a Schelling de que se lo esperaba en Jena a principios de octubre. Schelling solicitó entonces formalmente a su gobernante, el autocrático duque de Wurtemberg, el permiso para marcharse a Jena y avisó a sus patrones cuando se lo concedieron.[724] Empaquetó sus pertenencias y pidió a sus padres que le enviaran ropa de cama a Jena, para evitar «dormir en un lecho de alquiler, cuando solo Dios sabe quién ha dormido antes ahí». Luego, el 18 de agosto, llegó a Dresde para disfrutar, como le dijo a su padre, de «unos meses de libertad».[725]

Schelling pasó las siguientes seis semanas con el Círculo de Jena. A todos les gustó. «Parece tener una mente muy poética», dijo de él Novalis, agasajándolo con su mayor cumplido.[726] El aspecto de

Schelling reflejaba la fuerza y la energía de su mente. De hombros anchos y recios, el apuesto joven de veintitrés años tenía unos ojos azules increíblemente claros, que desprendían seguridad. Parecía tan joven como era. Tenía el cabello rizado, los pómulos anchos, los labios carnosos y una nariz ligeramente respingona. Parecía «fuerte, testarudo, duro y noble hasta la médula», más un general francés que un profesor, pensó Dorothea Veit cuando lo conoció algo más tarde. Caroline Schlegel lo veía simplemente como «el tipo de hombre que rompe moldes».[727]

En Dresde, Schelling pasaba casi todos los días con sus nuevos amigos, aunque no siempre era capaz de pillar sus bromas. Callado y serio, era, en gran medida, incapaz de mantener una charla informal y rara vez hablaba de sus sentimientos. Si no tenía nada interesante o importante que decir, guardaba silencio, aunque en Dresde cobró vida y explicó con entusiasmo sus ideas filosóficas. A cambio, los amigos lo acogieron en su gran proyecto romántico de poetizar el mundo.[728]

Schelling quedó impresionado por todo. El arte era divino, las esculturas antiguas estaban vivas, la arquitectura era imponente, la campiña era maravillosa, pero, sobre todo, lo fascinó aquel grupo de personas. Tanto que se olvidó de todo lo demás. «¡Adelante, vamos, enfadaos!», les escribió a sus padres a finales de septiembre, reconociendo que no había escrito nada desde su llegada a Dresde. Había estado demasiado ocupado. No tenía tiempo para hacerles un retrato detallado, escribió, no les quedaría más remedio que esperar hasta que los visitara, al año siguiente. «¿Y qué es un año?», les decía. «Trescientos sesenta y cinco días, nada más». Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.[729]

Y entonces, cuando el verano se convirtió en otoño, llegó el momento de partir. Novalis volvió a la Academia Minera de Freiberg y Friedrich Schlegel a los brazos de Dorothea, en Berlín. Como siempre, Friedrich se había quedado sin blanca. ¿Dónde podría vivir por un módico precio? ¿Cómo podría ganar más? ¿Dónde trabajar? «Y de este modo, amigo, se liga el ideal a lo real», le dijo a Schleiermacher.[730] Fichte, que se había marchado antes de tiempo, dejó a un lado su orgullo y visitó por sorpresa a Schiller a su regreso a Jena, lo que supuso el primer paso hacia la reconciliación después de su enfrentamiento por el ensayo aquel que había escrito para *Horen* tres años antes. Porque había sido Fichte quien dio el primer paso —le dijo Schiller a Goethe— le seguiría el juego, a pesar de que nunca estarían de acuerdo en cuestiones filosóficas. August Wilhelm Schlegel, Caroline y Auguste se quedaron en Dresde hasta principios de octubre, fecha en la que regresaron también a Jena.[731]

Schelling partió al mismo tiempo con un amigo que había conocido en Dresde, pero recorrió una ruta diferente porque quería hacer una

parada en Freiberg. Después de estar con Novalis en Dresde, tenía ganas de ver las minas, los oscuros pozos que conducían a otro mundo, al «oscuro y seductor regazo de la Naturaleza», como lo describió Novalis más tarde. Desgraciadamente, Novalis no se encontraba en Freiberg el día que Schelling lo visitó, aunque otro estudiante le mostró el lugar.[732]

Cuando bajaron por las empinadas escaleras de madera, casi verticales, y el último resto del azul del cielo desapareció allá arriba, los envolvió una fría oscuridad. Se arrastraron por estrechos y húmedos túneles, apenas iluminados por la débil luz de sus lámparas. El único sonido que se escuchaba era el de las piquetas de los mineros y el constante goteo del agua en los charcos del suelo. El compañero de viaje de Schelling se asustó tanto que salió huyendo hacia la luz del día. A Schelling, sin embargo, le dio igual. Estaba en el mundo mágico de Novalis, un mundo de oscuridad y asombro.[733]

TERCERA PARTE

Conexiones

La palabra consoladora, como dices tú, me conmueve hasta lo más hondo de mis entrañas: amor, dices. ¿Pero qué amor? ¿Y dónde? ¿En el cielo o en la tierra? Ya sabes el amor que te profesamos aquí, de modo que no hay ningún amor que sientas y que no puedas compartir con nosotros.

CAROLINE SCHLEGEL a NOVALIS, 4 de febrero de 1799

11

«SER UNO CON TODO LO QUE VIVE»

Otoño de 1798-primavera de 1799: La *Naturphilosophie* de Schelling

Mientras los amigos disfrutaban de su verano en Dresde, Goethe y Schiller pasaron el tiempo en compañía de albañiles, carpinteros y pintores. Schiller había añadido un pequeño edificio en el extremo de su jardín para albergar una cocina y un pabellón independiente de dos pisos, con un baño en la planta baja y un estudio en la superior. Goethe, por su parte, se dedicó a trabajos de mayor envergadura como supervisor de las reformas del teatro de Weimar. Se deleitaba en el proceso creativo de construir y renovar casi tanto como en el de componer un poema; Schiller, en cambio, odiaba el desorden y el polvo. Y, además, Goethe le ponía peros a las mejoras que estaba llevando a cabo en su casa. ¿Por qué había colocado Schiller la nueva cocina tan cerca de la encantadora pérgola bajo la que solían sentarse, al fondo del jardín? Las humaredas, mezcladas con los olores de la grasa quemada, la col hervida y la carne frita —básicamente, el menú de la cena— vagaban ahora entre las flores y los arbustos hasta alcanzar la mesa de piedra donde conversaban en las cálidas tardes de verano. Puede que Schiller fuera un gran poeta y dramaturgo, pensaba Goethe mientras contenía la respiración para no inhalar aquellos vapores, pero sus habilidades arquitectónicas dejaban mucho que desear.[734]

Siempre que pudo, durante aquel ajetreado verano de 1798, Goethe cabalgó hasta Jena.[735] Allí experimentó con el magnetismo, inspeccionó el jardín botánico y vio a Schiller casi a diario. Durante esas semanas, ambos discutieron sobre la posibilidad de convertir la nueva filosofía de Schelling en un poema, lo que llevó a Goethe a desempolvar su ensayo de 1790, *Metamorfosis de las plantas*, para reescribirlo en verso. Como a la generación más joven, a Goethe le atraía la idea de difuminar los límites entre las ciencias y el arte.[736]

Iba por la vida con la curiosidad de un científico. Indagaba, preguntaba y lo anotaba todo, hasta lo más nimio. Un día de finales de julio de 1798, por ejemplo, mientras paseaba por su jardín de Weimar, se dio cuenta de que todas las moscas parecían zumbar alrededor de una flor en particular. Cuando se fijó más detenidamente, se percató de que no había abejas ni escarabajos cerca de la planta. Se preguntó por qué solo una especie de insecto se sentía atraída por aquella

especie, y anotó en su agenda que investigaría otras flores. «El malévolo ángel del empirismo», le dijo, bromeando, a Schiller, «no deja de sacudirme».[737]

Cuando Schelling llegó a Jena, el 5 de octubre de 1798, fue enseguida a ver a Schiller, a quien encontró angustiado por el inminente estreno de la primera parte de su trilogía *Wallenstein*. Goethe, le dijo a Schelling, se había marchado cuatro días antes para preparar el recién reformado teatro de Weimar con vistas al estreno de esta tragedia basada en Albrecht von Wallenstein, el caudillo militar más tristemente célebre de la guerra de los Treinta Años. Después de trabajar esporádicamente en su drama durante años, Schiller se animó a retomarlo —gracias a Goethe— y estuvo trabajando en serio para culminarlo desde finales de 1796. La obra supuso para Schiller una renovación de sus presupuestos dramáticos, y se alejaba claramente del registro emocional de sus obras anteriores, como *Los bandidos*. *Wallenstein* es una obra cínica y pesimista sobre las tensiones originadas por el choque entre el interés personal y la lealtad política, entre la individualidad y el deber moral. Hoy se considera una de las más importantes de Schiller.[738]

Goethe iba leyendo todas las escenas mientras Schiller trabajaba en la obra, y había convencido a su amigo de que *Wallenstein* debía abrir la temporada de invierno del teatro de Weimar. Pero Schiller era incapaz de darla por terminada, y siguió retocando sin parar el texto. Cuando la fecha del estreno se acercaba, Goethe tuvo que arrancarle el manuscrito de las manos. Empezaron los ensayos y Schiller siguió reescribiendo. Los actores se desesperaban porque los versos cambiaban ante sus mismos ojos. Pero no se detuvo y, a diario, una criada llevaba, de Jena a Weimar, correcciones y añadiduras. El 9 de octubre, a tres días del estreno, Schiller seguía enviando nuevos versos.[739]

August Wilhelm Schlegel también andaba ocupado. Durante su estancia en Dresde, recibió la noticia de que también a él lo nombraban profesor. Por fin podía complementar los ingresos que obtenía con la escritura dando clases en la Universidad de Jena. No tardó en verse desbordado por el trabajo, obligado a compaginar sus obligaciones docentes con la traducción, la revisión, la edición de sus poemas y las colaboraciones para el *Athenaeum*. Perfeccionista y obsesivo hasta el extremo, a August Wilhelm se le daba bien cargarse a las espaldas trabajo innecesario.[740] Cuando Christian Gottfried Schütz, uno de los editores del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, hizo un pequeño cambio editorial en una de sus reseñas, por poner un ejemplo, August Wilhelm le envió una carta quejándose. Schütz

contestó con todo el aplomo que ni siquiera los escritos de August Wilhelm Schlegel eran «inmejorables». Aunque vivían en la misma ciudad y se veían a menudo en cenas o fiestas, August Wilhelm respondió entonces con una carta de ocho páginas en la que enumeraba, con todo detalle, sus objeciones a aquel cambio. Su atención a las minucias le robaba mucho tiempo y era extenuante. Tenía treinta y un años, pero había empezado a avejentarse debido al esfuerzo, y en su rostro se echaban de ver las huellas de la fatiga y la tensión.[741]

La carga de trabajo de Caroline, por consiguiente, aumentó. Rara vez podía abandonar el estudio de su marido, según le contó a Novalis, pero el poco tiempo libre que tenía lo pasaba con el nuevo residente de Jena, el «testarudo Schelling».[742] Doce años más joven que Caroline, que tenía treinta y cinco, Schelling rebosaba del vigor y la energía que le faltaban al agotado August Wilhelm. Pronto se convirtió en un visitante habitual. Desde el alojamiento de Schelling, fuera de las antiguas murallas, justo enfrente de la torre de la puerta occidental, se podía llegar a pie a la Leutragasse. Y como los requisitos para sus lecciones no eran demasiado onerosos, Schelling se juntaba a menudo con los Schlegel para almorzar y participar en fiestas y otras reuniones sociales.[743]

A mediados de octubre, poco después de volver todos de Dresde, los Schlegel, Fichte, Schelling y otros amigos fueron a Weimar para asistir al estreno de *Wallenstein* de Schiller, aunque dejaron a Auguste en Jena —algo del todo inusual— porque las entradas eran demasiado caras.[744] Siempre que iban en grupo a Weimar, alquilaban un carruaje, pero cuando iban solos, los hombres solían ir a pie para ahorrar dinero. Esta vez eran bastantes como para justificar el coste del transporte,(42)[745] y estaban deseando ver el teatro recién renovado.

Goethe había sido el director durante varios años, añadiendo así una función más a sus otras —y numerosas— obligaciones.[746] Su cometido se limitaba a las representaciones y la escenografía, pero también había supervisado, como hemos visto, la remodelación del interior. El resultado, en palabras de Caroline, había convertido el antiguo teatro en un «reluciente palacio de ensueño».[747] Cuando llegaron, aquella noche, descubrieron nuevos palcos y galerías en forma de herradura. Las columnas se habían pintado para que parecieran de mármol amarillo y las cortinas estaban decoradas con alegorías griegas. Todas las superficies estaban recién pintadas y patinadas de un tono dorado, y un enorme candelabro nuevo con un círculo de lámparas de aceite a la última moda londinense iluminaba la sala. El entusiasmo de Goethe durante la realización de su obra había sido casi infantil —le escribió Caroline a Friedrich Schlegel al

día siguiente— y hasta había trabajado codo con codo con los carpinteros y pintores. Todo tenía que estar perfecto para la noche del estreno y Goethe se había implicado en todos los detalles. El gran telón de fondo de la escenografía, que representaba el campamento militar de Wallenstein en la guerra de los Treinta Años, por ejemplo, se basaba en una escena que Goethe había visto pintada en una vieja estufa, en una de las tabernas de Jena: Goethe «secuestró» la estufa y la llevó a Weimar para que el artista copiara la escena.[748]

Amaba el teatro, que le ofrecía la oportunidad de ser el maestro que conjuraba historias y hechizaba a su público. Y era, también, un gran anfitrión que siempre llevaba comida y vino a su palco para repartir. Charlaba con amigos y conocidos a medida que iban llegando, y se inclinaba sobre su palco para ver quién entraba en su auditorio como un emperador romano que observara a sus gladiadores en la arena.[749]

A Caroline le encantaba el teatro y, en particular, las noches de estreno. La primera representación, decía, era como «la primera copa de una botella de champán».[750] Aquella noche fue, para ella, un regalo especial. Goethe estaba allí, el teatro resplandecía y Schelling los había acompañado. Pero la obra no le gustó. Desde que se pelearon, más de un año antes, los Schlegel habían mantenido las distancias con Schiller y se habían vuelto cada vez más críticos con sus escritos, por mucho que les hubieran influido sus obras anteriores. «Schiller ha tardado años en producir lo que Goethe probablemente podría haber escrito... en una tarde», decía Caroline ahora. Sin embargo, el vestuario era bonito —le dijo por carta a Friedrich Schlegel— y los actores lo hicieron bien, inyectándole un vivo entusiasmo a la árida prosa de Schiller.[751]

Tras la representación, August Wilhelm se quedó en Weimar para reunirse con Goethe al día siguiente y Schelling acompañó a Caroline de vuelta a Jena esa misma noche. El viaje en carruaje desde Weimar a Jena duraba tres horas, lo cual resultaba ya bastante agotador a la luz del día, pero por la noche, a mediados de octubre, podía ser, además, muy frío y peligroso. La primera parte del viaje discurría por tierras de cultivo, donde los fuertes vientos de finales de otoño soplaban a menudo campo a través, pero lo más preocupante era el espeso bosque y la empinada y sinuosa carretera que venía luego. Aquella zona era famosa por sus salteadores de caminos, y a lo largo de la ruta reinaba una oscuridad total, excepto por las linternas sujetas al carruaje. Pero Caroline estaba muy animada.[752]

La noche había sido divertida y estaba un poco mareada después de las cuatro copas de champán que Fichte le había obligado a tomar en el teatro. En el pasado, a Caroline siempre le había excitado el peligro, ya fuera asistiendo en persona a la revolución en Maguncia o

embarcándose en una aventura ilícita con un oficial francés. Eso nunca la había detenido. Y tres horas en un carruaje oscuro por una carretera desierta y llena de baches significaba también estar sentada junto a Schelling durante todo el tiempo. Las tentaciones eran tan deliciosas como arriesgadas.[753]

Cuando, unas semanas más tarde, se representó la segunda parte de la trilogía de *Wallenstein*, Caroline decidió quedarse en Jena. La primera parte no le había gustado nada, le dijo a su marido, así que ¿por qué iba a tener que soportar la segunda? Convenientemente, Schelling tampoco fue, alegando compromisos laborales. Nadie sospechó nada.[754]

Caroline fue la única que criticó la obra de Schiller. *Wallenstein* fue un gran éxito y el público se peleaba por las entradas. Schiller había dado un giro de ciento ochenta grados. Durante días no se habló de otra cosa, le escribió él, orgulloso, a su viejo amigo Körner, a Dresde. De hecho, el *Wallenstein* impreso se vendió tan bien que el editor de Schiller, Johann Friedrich Cotta, empezó a preocuparse por la seguridad de su valioso autor.[755] Un día, poco después de una visita a Schiller, Cotta se vio sorprendido por una repentina tormenta eléctrica. Mientras los violentos relámpagos desgajaban el cielo, se descubrió a sí mismo pensando en la Casa del Jardín de Schiller, que se encontraba aislada y expuesta a los elementos en las afueras de Jena. Al día siguiente, le escribió para ofrecerse a pagar la instalación de un pararrayos.[756]

Poco a poco, el otoño dio paso al invierno. A mediados de noviembre de 1798, Goethe regresó a Jena con las primeras nieves y, mientras el sonido de las campanillas de los trineos llenaba el aire helado, el invierno más duro y largo del siglo empezó su andadura. Siete vigilantes habían muerto congelados en una sola noche, escribió Friedrich Schlegel desde Berlín, y en todos los territorios alemanes la gente se quejaba de las temperaturas árticas. «Mucho frío, un frío terrible, espantoso. Nunca he sentido tanto frío en mi vida», le escribió el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge a su mujer desde Gotinga cuatro meses después, en marzo, tras un viaje en diligencia de seis días desde Ratzeburgo.[757]

Envuelto en su abrigo de pieles y con el más grueso de sus chalecos a rayas bien abrochado sobre su vientre, Goethe disfrutaba del blanco vestido de invierno de Jena. La nieve crujía bajo los zapatos, bajo las correderas de los trineos, y relucientes carámbanos se alineaban en los tejados. La estufa mantenía calientes sus habitaciones en el Castillo Viejo y podía concentrarse. Nueve días después de su llegada, le envió una nota a Christiane, a Weimar, informándole de que tendría que

esperar un poco más a que regresara, porque necesitaba más tiempo para terminar sus proyectos.[758]

En Jena, trabajaba en su teoría del color, seguía estudiando la *Naturphilosophie* de Schelling y se veía con sus amigos. Pasaba noches tranquilas en el apartamento de Schiller, pero también acudía a las cenas con los Schlegel en su casa de Leutragasse, así como a grandes fiestas privadas y reuniones en el Club de Profesores de la Zur Rose. Mientras Goethe iba de fiesta en fiesta, Schiller se quedaba en casa y a veces pasaba la noche jugando a las cartas con Schelling. De nuevo Goethe se sentía inspirado por la efervescencia intelectual de Jena: «Siempre encuentro de lo más estimulante y contagioso todo este ajetreo», le escribió a un viejo amigo el 28 de noviembre de 1798. Y, por una vez, ni siquiera Schiller se sintió deprimido por las largas noches oscuras, sino que se alegró por el cielo despejado y el frío radiante. «El día invernal de hoy, interrumpido por las campanillas de los trineos, no ha sido desagradable», le escribió a Goethe a finales de noviembre. Las semanas que este pasó en Jena eran siempre las predilectas de Schiller. La llegada de Goethe cada tarde le «daba cuerda al reloj» de sus pensamientos.[759]

Pero, incluso cuando no estaba en la ciudad, Goethe seguía formando parte de la vida de sus amigos. Dos veces por semana, cartas y libros prestados, pero también salchichas, fruta, vino, té y otros comestibles, recorrían la sinuosa carretera que unía Weimar con Jena. A veces Goethe se limitaba a enviar breves notas que acompañaban a los manuscritos, otras veces sugería libros para reseñar o pedía información. Visto en conjunto, el conocimiento disponible en las mentes de quienes vivían en Jena era como una gran enciclopedia viviente que abarcaba una amplia gama de temas, desde la Antigüedad hasta la anatomía comparada, desde la electricidad hasta la literatura española, desde la filosofía hasta la poesía, desde la historia hasta la botánica, todo lo contrario de las conversaciones que Goethe acostumbraba a mantener con los cortesanos en Weimar.

A principios de 1799, tres meses después de mudarse a Jena, Schelling comía casi siempre en casa de los Schlegel, y el 27 de enero celebró su vigesimocuarto cumpleaños con la pareja y Auguste. De vez en cuando, él y Caroline salían a dar largos paseos, mientras August Wilhelm se quedaba en su estudio.[760]

Caroline estaba embelesada. No podía permanecer en una habitación con Schelling más de unos minutos sin discutir, le dijo a Novalis, pero «es, de lejos, la persona más interesante que he conocido». Sin embargo, seguía siendo el hijo de un pastor suabo y no podía soportar su humor —se burlaba, con cariño, Caroline— ni la

habitual «ironía de la familia Schlegel». Schelling era serio y podía hablar gustosamente de filosofía, naturaleza, el ser y la ciencia, pero se sentía perdido cuando la conversación se volvía más desenfadada. [761]

Estaba atrapado «en una especie de estado de tensión crónico», observó Caroline, «y no he encontrado aún el secreto para que se relaje». Dijo también que él aún era joven y que tenía tiempo para templar los ánimos, pero que se enfadaba fácilmente cuando se lo criticaba. El caso es que no podía dejar de hablar de él. Si Schelling fuera un mineral, le escribió a Friedrich Schlegel, sería «granito puro», a lo que Friedrich contestó de forma mordaz: «Pero ¿dónde va a encontrar Schelling, nuestro señor Granito, a su señora Granito?». August Wilhelm no parecía darse cuenta del enamoramiento de Caroline, o quizá no le importaba. Después de todo, el año anterior había coqueteado abiertamente con la actriz Friederike Unzelmann en Berlín. Él había retozado, ¿por qué no iba a poder hacerlo Caroline? [762]

Mientras tanto, la fama de Schelling seguía extendiéndose y sus conferencias atraían a un número cada vez mayor de estudiantes internacionales. Mientras que a August Wilhelm Schlegel le costaba juntar a más de cinco estudiantes, Schelling se hizo tan popular que la gente de Jena podía saber cuándo iban a empezar sus lecciones por el gran número de jóvenes que se apresuraban a cruzar la plaza del mercado. En ningún otro momento del día había tanta actividad. Schelling era más joven que muchos de sus alumnos, pero tenía fascinados a todos. Su presencia en el atril irradiaba seguridad y fuerza, y se contradecía con su edad. Su rostro y sus ojos penetrantes desprendían pura energía.

También sabía cómo sacarse partido escénico. El invierno avanzaba y al cielo despejado de noviembre lo sustituyó otro de un gris plomizo que pesaba en el ánimo de la gente. Durante semanas, dio la impresión de que no llegó nunca a amanecer del todo. Y cuando la oscuridad se instalaba definitivamente, al final de la tarde, Schelling entraba en el auditorio y colocaba cuidadosamente sus notas frente a él. Lenta y deliberadamente, encendía dos velas en el atril, mientras el resto de la sala permanecía en la sombra. Estaba tan oscuro que no podía distinguir las caras de los estudiantes, pero ellos lo veían, envuelto en luz. Se hacía el silencio, excepto por una tos reprimida o el crujido de un banco. Nadie decía una sola palabra hasta que Schelling comenzaba a hablar.[763]

Cuando era estudiante, en Tubinga, Schelling se inspiró en la obra de Fichte, pero luego había forjado su propio camino. Se adentró en terrenos en los que Fichte nunca había puesto un pie, al explorar el mundo exterior y la naturaleza. Mientras que el *Ich* fichteano se

afirmaba por su oposición al no *Ich*, para Schelling, el yo y la naturaleza eran idénticos.(43)[764] En lugar de dividir el mundo en mente y materia, como habían hecho los filósofos durante siglos —siendo el más famoso de ellos el pensador francés del siglo XVII, René Descartes—, Schelling insistía ahora en que todo era uno. Había un «vínculo secreto que conectaba nuestra mente con la naturaleza», les decía a sus alumnos.[765]

Cuando estaba en el atril, Schelling tenía algo «maravilloso, mágico», dijo un estudiante. Era como si la realidad desapareciera. Otro estudiante lo comparó con un valiente general dispuesto a luchar contra el ejército enemigo. Con la pluma preparada para garabatear cada una de sus palabras, los jóvenes sabían que estaban siendo testigos de algo trascendental. A diferencia de otros profesores, que enseñaban las obras de pensadores ya muertos, desde Aristóteles hasta Leibniz, Schelling ofrecía a sus alumnos una visión del futuro, no una interpretación del pasado.[766]

El nuevo universo de Schelling estaba vivo. En lugar de un mundo fragmentado y mecanicista en el que los seres humanos eran poco más que engranajes de una máquina, Schelling hizo aparecer un mundo de unidad. El mundo vivo y el no vivo, afirmaba, se regían por los mismos principios subyacentes. Todo —desde las ranas hasta los árboles, pasando por las piedras, los insectos, los ríos y los seres humanos— estaba «unido, todo era parte de un organismo universal». A diferencia de Kant, que había señalado los límites del conocimiento al sostener que solo podemos conocer las cosas tal como nos parecen, pero nunca la cosa en sí misma, Schelling reveló un mundo que era intuitivamente cognoscible. ¿Por qué? Porque el sistema de la naturaleza era también el sistema de nuestra mente. Como él mismo afirmó: «La mente es la naturaleza invisible, y la naturaleza es la mente visible». Si mente y naturaleza eran realmente una sola cosa, eso significaba que debíamos tener, por fuerza, acceso directo al funcionamiento de la naturaleza y la capacidad para comprenderlo.[767]

Schelling situó al ser humano en la naturaleza como parte de ella y en armonía con ella. «En tanto que yo mismo soy idéntico a la naturaleza», les decía a sus alumnos, «entiendo la naturaleza viva tan bien como me entiendo a mí mismo». Por lo tanto, estar en la naturaleza —caminar, explorar, pensar— era siempre un autodescubrimiento. La idea era apasionante, sin duda.[768]

Durante milenios, los pensadores habían recurrido a sus deidades para entender su lugar y su propósito en el incognoscible plan divino. Entonces, a finales del siglo XVII, una revolución científica empezó a alumbrar el mundo. Los científicos se asomaron a través de los microscopios a las minucias de la vida o dirigieron sus nuevos

telescopios a los cielos para descubrir el lugar de la Tierra en el universo. Diseccionaron corazones humanos para saber cómo funcionaba el cuerpo y clasificaron plantas, animales y minerales en categorías ordenadas para imponerle un orden al mundo en el que vivían. Calcularon la distancia entre el Sol y la Tierra, describieron la circulación de la sangre por el cuerpo y navegaron hasta Australia, un «nuevo» continente situado a unos dieciséis mil kilómetros de distancia, en la otra punta del mundo. Descubrieron el oxígeno y usaron las matemáticas para definir las leyes del movimiento planetario y la gravedad.

El Siglo de las Luces había resultado, en verdad, iluminador. Pero este nuevo enfoque racional también había originado un distanciamiento con respecto a la naturaleza y marginalizado el papel de la belleza y los sentimientos. La naturaleza se había convertido en algo que se investigaba desde una perspectiva supuestamente objetiva. La luz, por ejemplo, ya no se apreciaba por su juego caleidoscópico de colores iridiscentes, decía Novalis, sino por su refracción y «obediencia matemática», de ahí su encumbramiento en la expresión que dio nombre a la época: «Siglo de las Luces».[769] Y por todas estas razones, los alumnos de Schelling se enamoraron de su joven profesor. Él reunía lo que la revolución científica había separado: la naturaleza y el ser humano. Por mucho que los científicos observaran, calcularan y experimentaran, había algo emocional, algo visceral y quizá inexplicable en la conexión de la humanidad con la naturaleza. Lo sintamos como lo sintamos, la naturaleza puede aliviarnos, curarnos o simplemente regocijarnos. Schelling nos dio la explicación filosófica.

Y al hacerlo, su filosofía de la unidad se convirtió en el latido mismo del movimiento romántico.

Los relatos de viajes de aquella época ilustran bien estos cambios. La mayoría de los viajeros del siglo XVIII describían un pueblo, una ciudad, un paisaje o un país como observadores desapegados, como alguien que mira desde la distancia. Veían el campo desde las ventanillas de sus carruajes y accedían al arte y la arquitectura a través del prisma de sus conocimientos y sus libros. A principios del siglo XIX, con la difusión de las ideas de Schelling, los jóvenes románticos comenzaron a sentir una profunda conexión con el mundo que los rodeaba. Querían ver el mundo a través de la lente de su propio yo. En lugar de limitarse a visitar museos y ciudades, esta nueva generación se metió en cuevas, durmió en bosques y subió a las montañas. Querían sentir, en lugar de observar lo que estaba ante sus ojos. Querían descubrirse a sí mismos en la naturaleza y «ser uno con todo lo que vive», como escribió el amigo de Schelling, Friedrich Hölderlin, en su novela *Hiperión*.[770]

En el auditorio de Jena, lleno hasta los topes, Schelling era como un mago poderoso, un brujo lanzando su encantamiento. Uno de los estudiantes contó que, mientras lo escuchaba, había alcanzado «el éxtasis»; otro quiso arrojarse a los brazos de Schelling y algunos incluso lloraban. Sus cartas a casa y a los amigos describen una epifanía casi religiosa. Un «poder celestial» guiaba sus palabras —decían, exaltados— y, en lugar de frío razonamiento, era una «vida nueva, cálida, brillante» lo que daba sentido a aquel nuevo mundo de Schelling: lo contrario del universo autómata de Newton, regido por las leyes naturales. «La filosofía aplicada a la naturaleza», dijo Schelling, «ha de sacar a esta del mundo mecánico y muerto en el que parece estar atrapada». El mundo natural ya no era el mecanismo de relojería bien ordenado de Dios o una mera artesanía suya: estaba vivo.[771]

Durante los primeros seis meses de 1799, mientras el invierno se convertía en primavera y esta en verano, las visitas acudieron sin parar, con un flujo constante, a la casa de los Schlegel en Leutragasse. Familiares y amigos venían para quedarse —unos días algunos, otros, varias semanas— y se amontonaban en las habitaciones y las camas libres. En mayo, Caroline organizó un baile en su amplio salón.[772] A él acudió Novalis, al igual que las nuevas incorporaciones del grupo, la joven pareja formada por Ludwig y Amalie Tieck. Friedrich Schlegel había conocido en Berlín a Ludwig Tieck, novelista y dramaturgo de veintiséis años, e inmediatamente reconoció en él a un espíritu afín. «Llenas el espacio que te rodea como un aroma que se extiende por todo», le dijo Novalis a Tieck cuando se conocieron, sentados a la mesa de Caroline.[773]

Como Schelling y Fichte, Tieck fue un niño prodigio, capaz de recitar la Biblia a los cuatro años y el drama de Goethe, *Götz de Berlichingen,* a los diez. Escribió novelas, comedias, obras de teatro y poemas, además de traducir literatura inglesa y española —incluido el *Quijote,* de Cervantes—, moviéndose constantemente entre distintos géneros y estilos. En su comedia *El gato con botas*, Tieck creó una obra dentro de la obra. Un público en el escenario comentaba la acción, su autor discutía con un ficticio personal del teatro y los actores en el patio de butacas gritaban y abucheaban a los que estaban en escena. Era como si Tieck sostuviera un espejo frente a otro, creando así un conjunto de historias que se reflejaban a sí mismas. Y a esto precisamente se refería Friedrich Schlegel con su concepción de la poesía romántica, vertiginosa y siempre cambiante.[774]

La creatividad de Tieck tenía algo febril con lo que todos se identificaban. Una noche de verano, después de una larga cena,

regada con abundante vino, decidieron subir a una colina cercana. Treparon hasta la cima, mientras la luna les alumbraba el camino, y allí arriba, Tieck declaró que terminaría su última novela a su regreso a Leutragasse. Todos se echaron a reír. Pero cuando volvieron casa y se metieron en la cama, borrachos y agotados, Tieck se quedó despierto. A la mañana siguiente, había rematado las últimas páginas.[775]

Aunque Friedrich Schlegel seguía en Berlín, estaba con ellos en espíritu. Él y Auguste continuaron con su correspondencia. Ella se había convertido en una encantadora, pero testaruda joven de catorce años, y en Jena aprendía y prosperaba. Era inteligente y bonita. Tenía el pelo rizado, como su madre, y las cejas arqueadas sobre sus grandes ojos. Estaba dotada, también, de una hermosa voz y a menudo cantaba y tocaba el piano en sus reuniones nocturnas. Auguste, que se sentía cómoda en compañía de adultos y junto a las mentes más brillantes de la época, absorbía los conocimientos con facilidad. A diferencia de otras niñas de su edad, nada parecía habérsele ocultado. Auguste se burlaba de Friedrich por la coqueta esposa de su editor —que lo bombardeaba con cartas apasionadas— y sabía lo de Dorothea. Le escribía rimas ingeniosas y le rogaba que volviera a Jena. Era, sin duda alguna, hija de su madre.[776]

Y su madre seguía siendo el centro de lo que Novalis llamaba «nuestro espléndido círculo».[777] Escribía críticas y se había hecho cargo de la traducción de la obra *Como gustéis*, de Shakespeare. De vez en cuando, Goethe se separaba de Schiller y recorría los cientos de metros que mediaban entre la plaza del mercado y la Leutragasse para unirse a las reuniones o para hablar de poesía con August Wilhelm. «Está siempre aquí», le escribió Caroline a Novalis. «Ayer cené con él, hoy volveré a cenar con él y pronto organizaré una fiesta para él».[778]

Por las noches acudían a los saraos o a los conciertos populares en la Zur Rose. Aunque a menudo eran varios cientos de personas los que se daban cita allí para escuchar música, Caroline siempre destacaba entre todos ellos. Irradiaba confianza en sí misma y los jóvenes estudiantes la admiraban de lejos. Si decidían no salir, los amigos se reunían en el salón de Caroline, donde leían, hablaban y reían. La noche avanzaba, las velas se consumían y nadie se acostaba temprano. Cuando Luise Gotter, la amiga más antigua de Caroline, la visitó unas semanas durante el invierno, comentó en broma que, aunque presumía de ser siempre la primera en irse a la cama, fue incapaz de renunciar a tan tonificantes conversaciones. En casa de Caroline —le escribió a su hija— siempre se quedaban despiertos como mínimo hasta la medianoche.[779]

No es de extrañar que Novalis proclamara a Caroline el corazón del

Círculo de Jena. Estaba donde tenía que estar. «Debes permanecer en esa atmósfera mágica que te rodea», le escribió a principios de 1799. Era Caroline, en su opinión, quien protegía a su maravillosa «familia de espíritus afines» de los oscuros nubarrones y las tormentas que llegaban de todas partes.[780]

12
«IDÓLATRAS, ATEOS, MENTIROSOS»
1799: Escándalos (primera parte) El despido de Fichte

El duque Carlos Augusto estaba furioso con Johann Gottlieb Fichte. El filósofo del *Ich* no hacía más que suscitar quejas. Durante los años previos, el duque había oído hablar de padres que protestaban por la influencia que ejercía Fichte en sus impresionables hijos y de hombres piadosos de Jena que se oponían a sus lecciones de los domingos por la mañana. Pero esta vez, los reparos procedían nada menos que del poderoso vecino del duque, Federico Augusto, el elector de Sajonia. Y esto era serio. Se acusaba a Fichte de ateísmo. El motivo de la queja del elector fue el ensayo «Sobre el fundamento de nuestra fe en un gobierno divino del mundo», publicado en una revista que las autoridades de Sajonia ya habían confiscado.[781]

En aquel artículo transgresor, el filósofo afirmaba que su Dios tenía muy poco que ver con la deidad cristiana. Según Fichte, la creencia en Dios era esencialmente una creencia en un mundo moral, nada más. Dios no era una entidad separada de nosotros, sino que estaba dentro de nosotros y se expresaba en nuestra capacidad de decidir actuar de forma altruista o bien egoísta. El «orden moral vivo y activo es, en sí mismo, Dios», escribió Fichte, porque «no necesitamos otro Dios y no podemos comprender tampoco ningún otro».[782]

No es de extrañar que estas declaraciones causaran consternación en Sajonia, la cuna del protestantismo y el estado natal de Martín Lutero. Un panfleto publicado anónimamente acusó a Fichte de ateísmo, así como de incitar a la rebelión y subvertir a los jóvenes estudiantes de Jena. Cuando alguien del Alto Consistorio de Dresde —el órgano que gobernaba los asuntos eclesiásticos en Sajonia— leyó el panfleto, se lo hizo llegar al elector. Sin embargo, al no tener jurisdicción en el ducado de Sajonia-Weimar, este pidió encarecidamente al duque Carlos Augusto que castigara a Fichte. Y, con esto, la disputa alcanzó otras cotas. Lo que podría haberse quedado en un debate público sobre religión entre pensadores y filósofos se convirtió en un asunto grave que implicaba a las autoridades de dos estados.[783]

Las órdenes de Carlos Augusto a la Universidad de Jena fueron raudas e inequívocas. Exigió que se investigara el caso y que Fichte fuera «severamente castigado». En otra carta dirigida a sus ministros, Voigt y Goethe, el duque estaba que echaba chispas porque, según

decía, Fichte acabaría arruinando la reputación de la universidad con su filosofía incomprensible que no era más que una «enfermedad mental».[784]

Como Jena era famosa por su actitud liberal, a Fichte no se le había ocurrido que su artículo pudiera provocar la ira de su gobernante. La censura era un tema preocupante en otros lugares, pero no en el ducado de Sajonia-Weimar. De hecho, Fichte fue uno de los varios profesores a los que se les concedió la «libertad de censura». Eso significaba que, como representante de la universidad y, por tanto, del estado, la administración del ducado había encomendado a Fichte la censura de su propia obra.[785]

La legislación de otros países europeos era mucho más estricta. En Gran Bretaña, el primer ministro William Pitt el Joven, por ejemplo, acababa de introducir una serie de leyes parlamentarias represivas para controlar el pensamiento radical.(44) El Gobierno británico tenía ahora el poder de considerar actos de «traición» los escritos revolucionarios y los discursos públicos, así como las reuniones. Además, Pitt había subido los impuestos sobre los materiales impresos y ordenado que se llevara un registro riguroso de todas las imprentas en activo, unas medidas que hacían más cara y difícil la difusión de ideas incendiarias en Inglaterra.[786]

Era una época en la que a los monarcas de toda Europa les preocupaba que las ideas de la Revolución francesa pudieran contagiar a sus súbditos. A los países con gobiernos centralizados, como Gran Bretaña o Francia, les resultaba más fácil controlar la disidencia, pero en el entramado de los territorios alemanes la censura era aleatoria y difícil de aplicar. Preocupado por los escritos cada vez más politizados, el difunto rey de Prusia, Federico Guillermo II, había promulgado el Edicto de Censura en 1788. Todos los textos impresos —panfletos, libros, periódicos y otros tratados— debían someterse a inspección. Como resultado, un par de periódicos tuvieron que trasladarse a otros estados —uno de ellos al ducado de Sajonia-Weimar en concreto— e Immanuel Kant se vio obligado a publicar una obra fuera de Prusia.[787] En realidad, sin embargo, la aplicación de la ley, incluso en Prusia, era relativamente ligera porque muchos funcionarios seguían creyendo en los ideales ilustrados de tolerancia y librepensamiento que habían guiado el gobierno de Federico el Grande a mediados del siglo XVIII. Y en caso de conflicto, los escritores siempre podían imprimir sus obras en otros estados alemanes. De hecho, cuando el elector de Sajonia pidió a la administración prusiana que confiscara el panfleto de Fichte, los funcionarios de Berlín se negaron. A su entender, aquello daría a la obra de Fichte más

importancia de la que, en realidad, tenía y, con ello, empeorarían el daño que intentaban evitar.[788]

En Jena, sin embargo, la queja del elector de Sajonia sobre Fichte había metido el dedo en la llaga. La carta de Carlos Augusto a sus ministros Voigt y Goethe era, según decía él mismo en ella, una «explosión», años de resentimiento reprimido contra las ideas revolucionarias de Fichte derramándose sobre las páginas. Carlos Augusto detestaba a Fichte y su «cháchara envuelta en palabras y frases incomprensibles» con la que seducía a los jóvenes estudiantes.[789]

Goethe pidió calma. Tal vez, sugería, fuese aconsejable escuchar primero qué tenía que decir Fichte en su defensa antes de juzgar el caso. Todo podría resolverse a satisfacción de todos. Esta era la idea: el duque escribiría a la universidad exigiendo que se investigara el asunto y que se castigara a Fichte, con la esperanza de aplacar al elector de Sajonia. A continuación, amonestaría oficialmente a Fichte, pero sin más represalias; así mostraría su autoridad, pero también su gobierno ilustrado. Fichte aceptaría la advertencia y, tal vez, pediría disculpas públicamente, antes de proseguir con su trabajo en la universidad. Era un plan sencillo, pero Voigt y Goethe no habían tenido en cuenta el temperamento explosivo de Fichte y habían subestimado el enfado del duque.[790]

Lejos de apaciguar a sus acusadores, Fichte lanzó un contraataque con un nuevo panfleto, «Llamamiento al público», que inflamó aún más la ya difícil situación. Que el público juzgue —venía a decir el filósofo— porque él no iba a caer sin luchar. En un estilo arrogante, melodramático, subrayaba la urgencia de expresarse, de escribir, antes de que pudieran terminar de construir la pira en la que planeaban quemarlo. «Llamamiento al público» era más una embestida que una defensa. Él no era ateo —afirmaba Fichte—, pero sus adversarios sí: «Idólatras, ateos, mentirosos, verdugos despiadados, creadores de falsos ídolos». Prohibir su obra era nada menos que un plan perverso de los enemigos de la libertad de expresión: sus oponentes no temían al ateísmo, sino al cambio radical. La confiscación de su artículo no era más que el primer paso de su intento de socavar la imparable marcha de la filosofía de la libertad; su filosofía del *Ich*.[791]

Por algo se referían a él como «el poderoso Fichte que arrollaba con su *Ich* a todo el mundo». Una vez que se alteraba, era difícil de frenar. Habitualmente encantador y divertido en las fiestas y reuniones, su humor podía cambiar repentinamente y volverse colérico. Era como si su fuerza se despertara cuando se sentía atacado, señalaba un conocido, «y, como no es consciente de su propia fuerza, destroza a

sus oponentes». Su hijo de tres años había heredado los mismos rasgos, decía Johanne Fichte. El pequeño Immanuel Hartmann era adorable, pero cuando se enfadaba se convertía en un «pequeño león». [792]

Friedrich Schiller consideró que debía intervenir. El duque Carlos Augusto y la universidad —le escribió a Fichte— no intentaban limitar su libertad para escribir. El problema real era que Fichte había llevado a imprenta el «Llamamiento al público». ¿Por qué no se había limitado a escribir un ensayo sobre la religión sin involucrar al Gobierno? ¿Y por qué no argumentar de forma más comedida? [793]

Pero la religión nunca había sido el problema. Ni siquiera el duque creía que Fichte fuese ateo. Lo que le preocupaba de verdad eran las inclinaciones revolucionarias del filósofo. Fichte era «el representante de una nueva especie de hereje», advirtió Carlos Augusto. El duque nunca habría aceptado el nombramiento de un «revolucionario confeso» en Jena, reconocía, pero se encontraba luchando contra los franceses en 1793 cuando se tomó la decisión. [794]

¿Por qué —clamaba el duque— Goethe no había utilizado su influencia en Jena para detener las abominaciones de Fichte? ¿Por qué era tan descuidado en los asuntos universitarios? ¿Por qué no denunció a los alborotadores? ¿Por qué no orientó a los jóvenes en la dirección correcta? ¿Por qué no los reprendió? ¿Y por qué, en lugar de ayudar, encontraba «encantadora a esa gente indigna»? El duque parecía ahora más molesto con el propio Goethe que con Fichte. Ni siquiera había podido hablar con él en persona sobre el tema. Siempre que lo intentaba, escribió Carlos Augusto en otra carta a Voigt, Goethe se ponía a repetirle los conceptos filosóficos de Fichte. El duque había perdido la paciencia y Goethe, su claridad de pensamiento. Todo era culpa de Fichte. «No puedo parar de hablar de esto», terminaba diciendo Carlos Augusto en su carta a Voigt, «menos mal que en la hoja ya no cabe una sola palabra más». [795]

El duque insistió en que se llevase a cabo una investigación oficial y la noticia de la disputa entre Fichte y las autoridades de Weimar se extendió rápidamente. Los primeros cinco mil ejemplares de «Llamamiento al público» se agotaron en dos semanas, seguidos rápidamente por otros cinco mil. Los periódicos de todo el territorio alemán informaban del escándalo casi a diario —incluso el *St James's Chronicle* de Londres se hizo eco de él—, y el debate protagonizó también cientos de cartas. Schiller preguntó a Körner qué decía la gente de Dresde sobre el tema, Friedrich Schlegel escribió desde Berlín a su hermano, Caroline Schlegel a Novalis. Todo el mundo hablaba de ello. [796]

Cuando al poco se publicaron unos cuarenta panfletos de respuesta, la mayoría de ellos críticos con Fichte, la generación más joven se escandalizó.[797] «El valiente Fichte está luchando por todos nosotros», le escribió August Wilhelm Schlegel a Novalis, «y si cae, encenderán hogueras alrededor de nuestros pies». Si la Universidad de Jena —el único lugar de los estados de habla alemana famoso por su apertura— acusaba a Fichte, todos estaban en problemas. Todo el mundo parecía tener una opinión, se quejaba Johanne Fichte, el asunto escandalizaba tanto «que, hasta los sastres, los zapateros, e incluso las mendigas» pontificaban sobre él. Se sentía angustiada, agotada y frustrada. ¿Por qué su marido se veía siempre envuelto en polémicas?[798]

Tras varias semanas en la picota, Fichte se sentía tan contrariado a la espera de que finalizase la investigación oficial que escribió una larga carta al ministro Voigt en la que le comunicaba que no aceptaría ninguna forma de «reprensión pública o legal».[799] Su honor estaba en juego, advertía, y si las autoridades de Weimar decidían amonestarle, se vería obligado a presentar su dimisión. ¿Y por qué, dicho sea de paso, no se había acusado de ateísmo a Johann Gottfried Herder, el encargado de los asuntos eclesiásticos del ducado? Al fin y al cabo, el ensayo que Herder había escrito sobre Dios y Spinoza era mucho más ofensivo que el suyo —alegaba Fichte—.(45) De hecho, el ensayo de Herder y el ateísmo eran, según él, «idénticos como dos gotas de agua». Y para redondear su afrentosa protesta, Fichte amenazó también con que otros profesores dimitirían tras él, en solidaridad, y fundarían una nueva universidad en otro sitio. «Me han dado su palabra», decía.[800]

Y el tiro le salió por la culata. Tres días más tarde, el 25 de marzo de 1799, Voigt respondió que el duque había decidido, de hecho, amonestarlo oficialmente y que, por lo tanto, su dimisión se aceptaba. El farol que se había marcado fracasó estrepitosamente. Fichte no había tenido nunca la intención de abandonar su puesto en la universidad, pero Voigt tergiversó el contenido de la carta, interpretándola como una dimisión de facto. Casi exactamente cinco años después de acceder a su puesto, la carrera de Fichte en Jena llegaba a su fin. La carta había brindado al duque y a las autoridades de Weimar la oportunidad perfecta para deshacerse de aquel profesor tan incómodo y lenguaraz.[801]

Goethe lamentó «tener que prescindir de él y que su estúpida soberbia» le hubiera costado el puesto, pero la amenaza de Fichte a las autoridades no le gustó nada tampoco. Durante años, lo había defendido. Aquella vez, sin embargo, el filósofo había ido demasiado lejos. El duque estaba furioso y Fichte se había mostrado muy insolente. Era uno de los pensadores más lúcidos que había conocido

—dijo Goethe—, pero «me habría puesto en contra incluso de mi propio hijo si se hubiera arrogado el derecho a usar semejante lenguaje contra un Gobierno».[802]

En Berlín, Friedrich Schlegel montó en cólera. Todo lo que le ocurriera a Fichte, le escribió a August Wilhelm, les concernía a ellos. La consecuencia más inmediata sería que Jena se hundiría «en el caos de la banalidad universal», pero las consecuencias a largo plazo serían aún más graves.[803] Lo que estaba en juego era la libertad de pensamiento. Caroline se hizo eco de las preocupaciones de Friedrich cuando le habló del despido de Fichte a su vieja amiga Luise Gotter, a finales de abril de 1799. La situación era terrible para todos aquellos que decían lo que pensaban, le escribió.[804] Si a Fichte lo censuraban y lo destituían por lo que había publicado, ¿qué consecuencias tendría eso en todos los demás? ¿Se enfrentarían ahora a restricciones? ¿Qué iba a ser de su Jena? Por una vez, hasta el juicioso August Wilhelm estaba dispuesto a luchar. «Schlegel está urdiendo malvados planes», le dijo Caroline a un amigo. Schelling se ofreció a escribir una defensa pública, pero ninguna revista se atrevió a publicarla.[805]

No ayudó el hecho de que muchos de los colegas de Fichte le tuvieran envidia. Cuatrocientos estudiantes habían asistido, previo pago, a las lecciones del filósofo durante el invierno anterior, un aforo mayor que el de ningún otro docente. Nadie dimitió en solidaridad con él. Caroline, en las noticias que iba mandando regularmente a los amigos, daba parte del comportamiento de los compañeros profesores, que ahora acusaban a Fichte de impulsividad e indiscreción. Lo han «abandonado y rechazado», escribió, pero «nos mantenemos unidos en estos malos tiempos».[806] Al menos los estudiantes sí lucharon por la reincorporación de Fichte, presentando dos peticiones con varios cientos de firmas ante el tribunal de Weimar. «La celebridad de Fichte», afirmaban los alumnos, fue la razón principal de que vinieran a Jena; sin él, perdían a su maestro. Todo el asunto, decían, era un «ataque contra el espíritu del libre pensamiento». Carlos Augusto rechazó las peticiones.[807]

La polémica sobre el ateísmo se produjo cuando Fichte estaba en el apogeo de su éxito. Incluso Karl Leonhard Reinhold, uno de sus adversarios declarados y su predecesor en Jena, se había proclamado públicamente «fichteano», una confesión que originó mucho revuelo. Pero ya era demasiado tarde. El «gran *Ich* de Jena», como Wieland, el poeta de Weimar, lo llamaba, se vio obligado a marcharse. «Una estrella declina y otra se levanta», dijo Goethe con frialdad, pronosticando el próximo advenimiento de Schelling como sucesor de

su maestro.[808]

Friedrich Schlegel, que seguía atentamente los acontecimientos desde Berlín, no dejaba de bombardear a Caroline con preguntas. ¿Qué tenía que decir Goethe sobre Fichte? ¿Adónde iba a ir este ahora, y cuándo? ¿Se iría también Schelling? ¿Cómo debía mostrar su lealtad? Iba a componer una defensa pública de Fichte: «Yo también me he pasado a un estado totalmente revolucionario». Cumplió su palabra solo en parte. Aunque escribió un artículo en el que acusaba al público alemán de devorar aviesamente el escándalo de Fichte como si se hubiera tratado de una pelea de gallos callejera, Friedrich Schlegel nunca lo publicó. Quería mantener sus opciones de un posible regreso a Jena abiertas.[809]

Los horizontes de Fichte, entre tanto, se volvían cada vez más sombríos. Sin su puesto remunerado en Jena, necesitaba desesperadamente encontrar una fuente de ingresos. Johanne, además, estaba harta. «Eres muy orgulloso», le dijo a su marido. «Creo que ese orgullo, que nadie puede tragar, es la auténtica razón de que vayamos de desastre en desastre». Pero ella no podía hacer gran cosa. La humildad, le respondió su marido, no era una cualidad que él admirara, y se sentía orgulloso de su orgullo. No sería nunca «un cerdo cortesano y lameculos» como los otros profesores. Su tiempo en Jena había terminado.[810]

Pero ¿adónde ir? La casa familiar de Johanne en Zúrich estaba descartada; la región entera era el campo de batalla de Austria y Rusia con los franceses.[811] Desde los tratados de paz de abril y octubre de 1797, Europa había disfrutado de una relativa paz, hasta la primavera de 1799, cuando los aliados —entre los que se encontraban Austria, Rusia, Gran Bretaña y varios estados alemanes— formaron otra coalición contra Francia. Prusia, sin embargo, se declaró neutral y se mantuvo al margen del conflicto. La lucha se concentraba en Suiza, Italia, Austria y los territorios del sur de Alemania. Para los Fichte, era más conveniente encontrar algo en los estados del norte, lejos de los campos de batalla.

El filósofo se puso en contacto con gobernantes y universidades, pero no llegó ninguna oferta. Preguntó a un conocido danés para ver qué posibilidades tenía de ir a Copenhague y a otro por la Universidad de Maguncia. Nadie parecía dispuesto a emplear a un profesor que había conseguido ofender al famoso duque Carlos Augusto. La Universidad de Gotinga, por ejemplo, recibió instrucciones expresas de su Gobierno para que rechazaran a Fichte si se presentaba. Por qué dar alas a un filósofo «cuyos escritos contienen tanto veneno», se preguntaba el duque de Brunswick, otro gobernante que se

enorgullecía de apoyar las artes y las ciencias. Cuando Fichte preguntó en el pequeño estado de Schwarzburg-Rudolstadt, a solo treinta y dos kilómetros de Jena, fue igualmente rechazado. ¿Por qué debería el príncipe Luis Federico II dar protección pública a Fichte —dijo Schiller— y comprometer así su propia reputación, arriesgándose a molestar a otros gobernantes al dar su apoyo a un revolucionario? [812]

Al verse rechazado en todas partes, Fichte escribió a Friedrich Schlegel, a mediados de junio de 1799, tres meses después de su despido, preguntando por Berlín.[813] Friedrich le respondió inmediatamente. Si Fichte fingía ser un visitante de paso —le dijo—, era poco probable que las autoridades prusianas lo interrogaran o expulsaran. Él estaría encantado de buscarle un alojamiento, pero le aconsejó que pasara desapercibido durante su estancia en la ciudad. Los dos se habían hecho amigos en los tres años anteriores. Friedrich admiraba la filosofía de Fichte y, al contrario que a muchos otros, le traía sin cuidado su brusquedad. «Sus bordes afilados y sus recias esquinas nunca me molestaron», dijo, eran más bien las personas refinadas las que, por lo general, resultaban demasiado insípidas para su gusto.[814]

Sin más opciones, Fichte hizo las maletas y llegó a Berlín a principios de julio de 1799. Johanne se quedó, porque su hijo pequeño estaba enfermo y demasiado débil para viajar.[815] Una vez en Berlín, Fichte alquiló una habitación en una taberna y pasó la mayor parte de sus días con Friedrich Schlegel. Disfrutaba mucho de su compañía, pero no le gustaba Berlín, y no era el único que consideraba la ciudad un páramo desde el punto de vista cultural e intelectual. A Goethe le disgustaba tanto Berlín que se negaba a visitarla, y Alexander von Humboldt, que se había criado allí, la consideraba una «necrópolis carnavalesca».[816]

Con solo ciento setenta mil habitantes, Berlín se sentía provinciana en comparación con otras capitales europeas: Londres tenía un millón y París seiscientos cincuenta mil. Puede que Berlín fuera la capital de Prusia, uno de los estados alemanes más poderosos, pero no era una metrópolis resplandeciente. A diferencia de Dresde, no había arte a disposición del público. Por no haber, no había ni siquiera una universidad. La escasa cultura de la ciudad se limitaba a los salones literarios, un par de teatros de renombre y una próspera industria editorial.[817]

Berlín era una ciudad marcadamente militar, con centinelas apostados en el exterior de la mayoría de los edificios públicos. A los visitantes les llamaban la atención el perpetuo redoble de tambores y los desfiles de soldados. A mediados del siglo XVIII, Federico el Grande convirtió Prusia en una poderosa fuerza militar con Berlín como

centro. Por la mañana, la gente se despertaba con los pasos sincronizados de los regimientos ante sus casas y, con casi treinta mil militares en la ciudad, a veces parecía haber allí más soldados que civiles. Los turistas se quedaban mirando la «interminable exhibición de uniformes de lo más variados, en todos los lugares públicos». Y el hecho de que los berlineses tuvieran fama de esnobs y superficiales, y de que el paisaje que rodeaba la ciudad fuera llano, monótono y un tanto desértico, no contribuía mucho a su fama.[818]

Era un verano caluroso y seco. Mientras el polvo se arremolinaba en las calles, Fichte se quejaba a Johanne de que los «desiertos de arena» de Berlín se parecían a los de Arabia. No estaba bien allí. Las únicas personas con las que se veía eran Friedrich Schlegel, Dorothea Veit y sus pocos amigos leales, como el teólogo Friedrich Schleiermacher. «Incluso la gente medianamente inteligente es bastante escasa aquí», le escribió a Schelling.[819] Sí, estaban los salones literarios, pero Fichte nunca los disfrutó especialmente. Prefería un público de verdad, no una fiesta. En Jena daba clases a diario, desde las tres hasta las siete de la tarde.[820] Nunca había tenido tiempo para escribir y, de pronto, no era capaz de hacer nada. Estaba acostumbrado a desarrollar sus ideas mientras las iba exponiendo, en el auditorio, y se daba cuenta de lo mucho que necesitaba a sus alumnos. «Perdió toda su fuerza, como Sansón al perder sus rizos», señaló más tarde Caroline, «cuando perdió su atril».[821]

Aquel año parecía venir repleto de dificultades y los problemas de Fichte continuaron. A finales de agosto de 1799, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* publicó una extensa y dura declaración del septuagenario Immanuel Kant, en la que el filósofo afirmaba: «A mi modo de ver, la *Wissenschaftslehre* de Fichte es un sistema totalmente insostenible». El hombre que había inspirado la filosofía del *Ich* y sacado a Fichte del anonimato se le había puesto en contra. Lo que más soliviantaba a Kant era la arrogante suposición de que su propia filosofía se considerase una especie de mera introducción al sistema de Fichte. ¿Cómo se atrevía Fichte a insinuar semejante cosa? Sus *Críticas*, concluía Kant, no tenían ninguna necesidad de que viniera un Fichte a corregirlas o a desarrollarlas. Su sistema era algo completo en sí mismo y nada menos que indispensable para el futuro de la humanidad.[822]

En un primer momento, Fichte se quedó estupefacto, pero su conmoción no tardó en transformarse en ira y su ira en represalia. Había guardado, convenientemente, una carta que Kant le había enviado casi dos años antes, en la que el filósofo admitía ser demasiado viejo ya para estar al corriente de las nuevas ideas. Fichte

le pidió a Johanne que la sacara de la caja donde guardaba su correspondencia. Menos de tres semanas después se publicó en el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. Aquello bastaría —pensaba Fichte—. ¿Qué podría ser más convincente que la admisión, por parte del propio Kant, de «la debilidad» de su vejez? [823]

La obra de Kant era, de hecho, un preludio de la filosofía del *Ich* —le escribió Fichte a Schelling aquella misma semana—. Estaba claro que Kant ni siquiera entendía sus propias *Críticas*. El antiguo rey filósofo, afirmaba ahora Fichte con audacia, «nunca había estado especialmente familiarizado con su propia filosofía». Schelling estuvo de acuerdo: dejemos que Kant «arrastre los bustos sin vida de sus *Críticas*», le respondió. El pobre viejo no se había dado cuenta de que el tiempo de regurgitar sus ideas ya había pasado. Más valdría que se retirara elegantemente y le dejara el trono a la siguiente generación. [824]

El entusiasmo de sus alumnos era prueba suficiente de que Fichte y Schelling ya llevaban la corona de Kant. Ellos guiarían a la humanidad hacia un nuevo mundo de libertad y autonomía. Sus propias vidas ilustraban cómo el *Ich* consciente de su poder era capaz de dirigir su propio destino. ¿No había Fichte, el hijo de un pobre cintero, trascendido su origen para convertirse en un célebre filósofo? ¿Acaso Schelling no se apartó de su destino como teólogo? ¿No habían abandonado ambos sus lugares de origen para forjarse una nueva vida en otra parte? Fichte había superado a Kant en su propio juego y Schelling, con solo veinticuatro años, ya era famoso. Ambos hombres se habían sacudido de encima la camisa de fuerza de las expectativas sociales, y eso mismo también podían hacerlo sus seguidores. Sus respectivos *Ichs* y sus filosofías tenían el poder de cambiar el mundo.

13

«UNO SE PIERDE EN UNA VORÁGINE VERTIGINOSA»

1799: Escándalos (segunda parte) Divorcio, mujeres y sexo

Al tiempo que la polémica sobre el ateísmo de Fichte se desencadenaba, Friedrich Schlegel y Dorothea Veit se veían envueltos en su propio escándalo. En enero de 1799, justo cuando Fichte publicó su airado «Llamamiento al público», Dorothea y su marido, Simon Veit, se divorciaron en un tribunal judío de Berlín. El procedimiento lo inició Dorothea, que se sentía profundamente infeliz en aquel matrimonio sin amor. Ella, una mujer talentosa e inteligente, no tenía nada en común con su marido banquero: «No encuentro palabras para expresar lo banal, hueco e insensible que es», dijo sobre él Wilhelm von Humboldt unos años antes, tras conocer a los Veit en los salones judíos. A Simon Veit le interesaban más los números que la poesía o la literatura, y Dorothea estaba profundamente enamorada de Friedrich Schlegel.[825]

Ya era bastante escandaloso tener un lío extramatrimonial, pero al buscar y obtener el divorcio Dorothea pasó por alto todas las convenciones y la moral de la sociedad prusiana y judía. Hacía cinco años solo, en 1794, que las nuevas Leyes Estatales Generales para los Estados Prusianos establecieron por primera vez los requisitos legales para un divorcio, pero obtenerlo era una empresa difícil. Pocos motivos eran aceptables: las amenazas a la vida, por ejemplo, así como la sodomía, la locura, la carencia de hijos y el «incumplimiento de los deberes conyugales». La simple aversión o la violencia no eran suficientes, salvo en circunstancias muy raras en las que un juez pudiera estar convencido de que «el odio mutuo era tan fuerte y estaba tan arraigado» que no había esperanza de reconciliación. Pero incluso si se concedía, el divorcio condenaba a los implicados al ostracismo.[826]

Simon Veit era incapaz de comprender lo que pasaba. ¿Acaso no había cuidado de Dorothea? ¿No era un marido amable? ¿No sería la aventura de su mujer con Friedrich Schlegel solo eso, una aventura? El proceso de divorcio fue muy doloroso. Veit le dio largas todo lo que pudo, suplicó y discutió, pero Dorothea no dio su brazo a torcer. Al final, fue necesaria la intervención de una de sus más antiguas amigas para convencer a Veit de que diera su consentimiento.[827] Dorothea sabía que se estaba jugando su seguridad económica y su posición

social. Peor aún, ninguna ley del siglo XVIII permitía a una adúltera quedarse con sus hijos. El marido de Dorothea tenía derecho a la custodia de Jonas, de ocho años, y Philipp, de cinco.

Tras meses de negociaciones, el divorcio se concedió finalmente en enero de 1799. Dorothea se sintió libre por primera vez en su vida. Afortunadamente, Simon Veit resultó ser más generoso que la ley. Aunque no devolvió a Dorothea su dote ni la herencia que había recibido tras la muerte de su padre, Moses Mendelssohn, que ahora le pertenecía legalmente, concedió a su exesposa una pequeña renta anual e invirtió el resto de su patrimonio a nombre de sus hijos. El mayor, Jonas, se quedaría con su padre, pero Dorothea podría verlo regularmente. Veit aceptó que el hijo menor, Philipp, viviera con su madre hasta que cumpliera diez años, pero con la condición de que Dorothea no se volviera a casar.[828]

Esta prohibición convenía a Friedrich Schlegel, que hacía tiempo que había dejado clara su oposición al matrimonio. Además, aunque la diferencia de edad no importaba de momento —le dijo Friedrich, de veintiséis años, a Caroline—, en años posteriores Dorothea, que era más de siete años mayor que él, podría sentirse demasiado mayor para la consumación física de su unión y «para ser su esposa en ese sentido». Aunque Dorothea era su gran amor, no sería seguramente la última mujer de su vida, señaló.[829]

Una oleada de indignación se abatió sobre Dorothea cuando el divorcio se hizo público. Viejos amigos y conocidos se apartaron de ella, el marido de su mejor amiga le prohibió cualquier contacto —una orden que la amiga ignoró— y muchos se sintieron demasiado avergonzados para dejarse ver en público junto a ella. La gente se comportó como «una jauría de perros rabiosos», se quejaba Friedrich. Una mujer no tomaba las riendas de su vida, ni abandonaba a su marido. Al hacerlo, Dorothea había manchado el nombre de su respetado padre y la reputación de la comunidad judía de Berlín. Era todo bastante hipócrita, entre otras cosas porque algunas mujeres de los círculos berlineses de salón más tolerantes se habían divorciado y lo seguirían haciendo; pero ella era la hija del fallecido gran Moses Mendelssohn y, para más inri, había decidido no ocultar su romance con un intelectual sin blanca. Si por lo menos hubiera legalizado su situación, o se hubiera casado con un aristócrata prusiano…[830]

Aunque lo había perdido casi todo, Dorothea le dijo a una amiga: «No sabes *de lo que me he librado*». Por primera vez en su vida se sentía independiente, «se pertenecía a sí misma». Puede que filósofos como Fichte y Schelling escribieran sobre un yo poderoso, sobre el *Ich* dueño de su destino, pero Dorothea lo estaba experimentando en lo más profundo de su ser. Qué importaba que le quedaran pocas posesiones. Se le permitía ver a su hijo mayor, Jonas, y se había quedado con la

custodia de su hijo menor, Philipp. Y ya no tendría que soportar otra conversación desagradable ni ninguna «grosería desmoralizadora» de su tedioso marido. Por fin tenía el control. «Ahora soy feliz», escribió tres semanas después del divorcio, «puedo vivir en paz».[831]

Se mudó a un pequeño apartamento en las afueras del norte de Berlín, frente a una fábrica de piedra caliza y el cuartel del regimiento de artillería. Sus nuevos vecinos eran un ganadero, el dueño de una destilería y un pescador. Aunque no había mucho espacio, a ella le gustaba porque era suyo. Había pocos muebles, pero se las había arreglado para traer su hermoso y muy apreciado escritorio.[832] Friedrich mantenía su propio alojamiento junto al teólogo Schleiermacher, que distaba unos quince minutos, pero pasaba todos los días con su amante. Atrás quedaron los momentos robados y las citas secretas. Aquí, en la nueva vivienda de Dorothea, hacían el amor tan larga y apasionadamente como querían. Sus manos jugueteaban con los botones, los cinturones y las cintas. Se aflojaron los corsés, se quitaron las camisas y se bajaron los pantalones. Cuando sus pieles se tocaban, decía Friedrich, la sangre le hervía, se convertían en un solo ser.[833]

Dorothea había estado dieciséis años casada, pero jamás había sentido algo así. Se sentía amada, deseada, viva. «Eres el punto fijo donde mi espíritu encuentra su paz», le decía. Después de hacer el amor, Friedrich se quedaba mirando cómo la luz de las velas acariciaba la suave piel de Dorothea y titilaba sobre sus curvas. Cuando ella se tumbaba con el pelo suelto, con los largos rizos oscuros cayendo sobre su pecho voluptuoso, él apoyaba su cabeza para escuchar los latidos de su corazón. No podía dejar de besarla. «Eres la sacerdotisa de la noche», le confesaba.[834]

No todo era sexo y pasión. Dorothea era, además de amante, madre, musa, colaboradora y amiga. A Friedrich nunca le habían interesado las adolescentes que se sonrojaban a la mínima. Le gustaban la madurez y la experiencia de Dorothea, sus formas rollizas y sus fuertes rasgos, pero sobre todo su mente. Trabajaban juntos, y Friedrich escribía casi siempre a su lado. Discutían sobre literatura, editaban y comentaban. Y, al igual que Caroline con August Wilhelm, Dorothea se convirtió para él en una colaboradora indispensable.[835]

Era feliz, le dijo a Caroline en una carta. Dorothea le había dado un propósito y le hacía sentirse vivo. El enorme sacrificio que había hecho ella lo hacía sentirse, además, humilde. Y gracias a Simon Veit se había resuelto incluso el delicado asunto de las finanzas. El acuerdo de divorcio de Dorothea los mantendría a flote por ahora.[836] Se sentía con los pies en la tierra por primera vez en su vida, preparado para «cosas extraordinarias». Dorothea estaba tan enamorada que lo seguiría hasta la muerte —le dijo él a Novalis, que, por supuesto,

apreciaba mucho esas declaraciones melodramáticas—. «Si me perdiera», se jactaba Friedrich, «seguiría como un indio mi rastro hasta dar conmigo».[837]

Las cartas que iban y venían entre Berlín, Jena y la Academia Minera de Freiberg en aquellos primeros meses de 1799 estaban pletóricas, rebosantes de alegría por su amistad. El último aliento y pensamiento antes de cerrar una carta, decía Dorothea, se sellaba entre las páginas y pertenecía al destinatario. A veces había quejas si alguien no escribía con suficiente frecuencia. ¿En qué andaba Novalis?, le preguntó Friedrich Schlegel a Caroline. Luego disparó una docena de preguntas más: ¿Por qué no respondía? ¿Por qué no le enviaba más fragmentos? ¿Quiénes le fascinaban ahora? ¿Aún seguían fascinándole? ¿Qué decía sobre la expulsión de Fichte de la universidad? ¿Cómo era posible que no hubiera dicho nada al respecto?[838]

Las cartas los unían y eran parte de su pensamiento común, de su «sinfilosofía». También las usaron para desarrollar sus ideas. Novalis consideraba su correspondencia esencial para ponerse en disposición de escribir una novela: «*Cartas* al anochecer —ligeras, libres, románticas, variadas—. Trabajo preparatorio para la novela», escribió en su cuaderno.[839] Juguetonas, burlonas y alentadoras, aquella correspondencia también contenía planes para reunirse pronto. ¿Quizá Caroline y August Wilhelm podrían venir a Berlín? Después de todo, Caroline no conocía aún a Dorothea. Pero ¿dónde se alojarían? ¿Con Dorothea, o en un cuarto de alquiler? ¿Cuándo volvería a pasar Novalis por Jena? ¿Visitaría, por un casual, Schelling Berlín? ¿O deberían, tal vez, Friedrich y Dorothea mudarse a Jena? ¿Era buena idea, o quizá no?

Novalis no era el único que había empezado a darle vueltas a lo de las novelas. Durante esos primeros meses de 1799, Friedrich Schlegel estaba terminando la primera de ellas, *Lucinde*. «Ya veréis», les dijo a Caroline y a August Wilhelm, «por fin seré un tipo práctico y útil». Pero práctico, lo que se dice práctico, no lo fue mucho, porque cuando *Lucinde* se publicó, en mayo de 1799, resultó ser una novela explícitamente erótica que apenas disimulaba la propia historia de amor de Dorothea y Friedrich.[840]

A juicio de Friedrich Schlegel, la novela era el género más adecuado para expresar el espíritu de la época moderna. Novalis estaba de acuerdo e incluso hablaba de pasar toda su vida trabajando en una novela, nunca terminada, siempre en proceso, que evolucionara infinitamente y llenara una biblioteca entera con lo que vendría a ser el proyecto romántico definitivo. Por encima de todo, querían

provocar a la élite literaria.[841]

Las novelas se seguían considerando un género literario menor. Muchos las despreciaban, por sentimentales y frívolas, y les preocupaba que las mujeres, en particular, fueran seducidas por la irracionalidad o incluso la inmoralidad que contenían. Otros creían que las bibliotecas que las prestaban eran perjudiciales para la sociedad. Las novelas evocaban un mundo de ensueño tan alejado de la realidad, advertía un crítico, que los jóvenes corrían el riesgo de dejarse llevar por ideas peligrosamente idealistas y revolucionarias.[842] Y esa era precisamente la intención de Friedrich Schlegel: «Quiero que en mi escritura se desencadene una verdadera revolución», le dijo a Caroline.[843]

Lucinde contaba la historia del despertar sexual del protagonista masculino, Julius, y su relación con su amante, el personaje que daba título al libro. Las escenas eróticas, descritas con una precisión digna de un forense, escandalizaron a la sociedad, aunque la novela no fuese, en sentido estricto, pornográfica. *Lucinde* se publicó en una editorial respetable de Berlín e incluso pasó la oficina de censura. Había un mercado para la literatura erótica, pero sus autores preferían el anonimato y no eran, además, críticos literarios, como Friedrich Schlegel. Lo que resultó de verdad escandaloso fue que todo el mundo supiera que la novela era autobiográfica.

Friedrich Schlegel invitaba a sus lectores a entrar en su habitación para ver cómo hacían el amor él y Dorothea. A medida que pasaban las páginas, los lectores veían a los amantes arrancarse la ropa y los oían rogarse el uno al otro: «No pares, no te sacies nunca». Se encontraban junto a Friedrich cuando este describía cómo «la sangre salvaje» se desbordaba en sus «venas hinchadas» y cómo su boca estaba «sedienta de unión». Los lectores vislumbraron la blancura de las caderas de Dorothea brillando bajo la luz roja filtrada por las cortinas corridas, y contemplaban a Friedrich enfriando sus labios «en la nieve» de sus pechos.[844]

Igual de perturbador para la mayoría de los lectores fue ver cómo los amantes intercambiaban los papeles al hacer el amor: Lucinde/Dorothea asumía el papel dominante y Julius/Friedrich se convertía en sumiso.[845] Para Friedrich, se trataba de algo más que un juego de roles sexuales: su novela era una alegoría de la igualdad entre hombres y mujeres. Animado por Caroline, había estudiado las ideas sobre la feminidad en la Antigüedad, a las heroínas y las poetas.(46)[846] *Lucinde* era una celebración del amor sexual, espiritual e intelectual entre hombres y mujeres como compañeros iguales. Los hombres y las mujeres eran tan iguales como los «pétalos de una sola flor», escribió, un sentimiento que contradecía radicalmente la imagen predominante que se tenía de las mujeres: seres indulgentes,

maleables, complacientes y tranquilos que vivían para cumplir los deseos de sus maridos y sus padres. En su opinión, el fuerte empeño que la sociedad tenía en señalar las diferencias entre hombres y mujeres era el origen de los «obstáculos más peligrosos para la humanidad».[847]

Lo inusual del pensamiento de Friedrich Schlegel se hace aún más evidente cuando se lo compara con el de sus contemporáneos. Fichte, por ejemplo, parecía olvidar su celebración del libre albedrío cuando se trataba de las mujeres. Su *Ich*, autónomo y poderoso, era solo masculino. A su modo de ver, las mujeres debían someterse por completo a sus maridos. Casarse significaba, para la mujer, renunciar a su patrimonio, a su dinero, a sus derechos cívicos y a su libertad. «Ella ha dejado de vivir como individuo; su vida se ha convertido en una parte de la de él», escribió el libertador del *Ich*, y lo remató diciendo que una esposa no tenía más voluntad que la de su marido.[848]

Aunque Johanne Fichte era inteligente y decía lo que pensaba, Fichte la reprendía cuando lo criticaba. Le daba igual que ella diera su opinión sobre asuntos domésticos —el hogar era su esfera, al fin y al cabo—, pero bajo ninguna circunstancia se le permitía comentar, por ejemplo, los problemas de él con la universidad. Su argumento era simple: «No eres un hombre».[849] Del mismo modo, Immanuel Kant había afirmado que el único propósito de una mujer era la «preservación de la especie» y entretener a su esposo. Aunque Kant nunca se casó, creía en lo que llamaba la «superioridad natural del marido». Schiller también suscribía esta idea de la esposa complaciente, bella por fuera, refinada en su interior, que enriquecía la vida del cónyuge.[850] En poemas como «La dignidad de las mujeres» las idealizó:

> *¡Honor y gloria a las mujeres!*
> *Rosas del cielo entretejidas*
> *en terrenales vidas*
> *para dar forma al más bendito amor,*
>
> *que, ocultas por los púdicos ropajes de las Gracias,*
> *la llama inextinguible mantienen encendida*
> *de los más primorosos sentimientos*
> *y la empuñan por siempre con sus brazos en alto.*[851]

«La dignidad de la mujer» le parecía a Friedrich Schlegel tan aburrido que aconsejaba leerlo al revés. La visión que Schiller tenía de las mujeres, según Friedrich, era ridícula. Animado por Caroline, August Wilhelm Schlegel escribió una parodia del poema y, aunque se abstuvo de publicarla hasta después de la muerte de Schiller y Goethe, se la leyó a sus amigos en su casa de Leutragasse. La poesía de August

Wilhelm empezaba igual que la de Schiller, con las mismas palabras, pero su enfoque sobre las fatigas diarias que debían soportar las mujeres era bastante más realista:

¡Honor y gloria a las mujeres!
Pues ven las cálidas calcetas
que zurcen con primor pisar el fango.
Y apañan pantalones rotos
hasta que parecen nuevos.
Guisan delicias para sus maridos,
lavan los muñequitos de su prole,
y mantienen el hogar a flote
con una miserable asignación semanal. [852]

Uno de los poemas más famosos de Schiller, «El canto de la campana», ha sido memorizado por generaciones de escolares alemanes. Se publicó el mismo año que la *Lucinde* de Schlegel, y en sus versos se dan cita todos los tópicos de género al uso:

El hombre ha de salir a la intemperie,
ha de enfrentar la vida hostil,
ha de obrar y luchar,
y plantar, producir.
Usar ardides y quitar por fuerza,
ser audaz y jugársela
si quiere ser feliz y hacer fortuna.
[…]
la casta y decorosa ama de casa,
madre de las criaturas,
y gobierna prudentemente
el hogar y todos los que en él habitan.

A las hijas instruye,
refrena a los muchachos.
Sus manos afanosas
no dejan de moverse ni un instante.
Y con su natural talento para el orden,
sus ganancias no paran de aumentar.
Y llena de tesoros fragantes los arcones
y el hilo enrolla alrededor del huso,
y la lana y el lino, de blancura impoluta,
va guardando en su cómoda sin mácula,
añadiendo a sus bienes esplendor y brillo,
y no descansa nunca. [853]

Pero no era solo la actitud de Friedrich Schlegel hacia las mujeres lo que llamaba la atención en *Lucinde*. El proyecto era audaz en muchos sentidos, desde su enfoque de la feminidad y su contenido sexual explícito hasta su estructura. Su lectura no resultaba tampoco fácil porque Friedrich deconstruyó el marco tradicional de la novela. Sin

línea argumental ni cronología, *Lucinde* era un mosaico de géneros literarios, desde cartas y divagaciones filosóficas hasta observaciones psicológicas y alegorías, sin que faltaran, por supuesto, los fragmentos, tan caros al autor. Esta «estructura caótica» intencionada, según él, debía ser la característica fundamental de una novela. Y como saltaba de una escena a otra, de una idea a la siguiente, el libro se leía más como una corriente de pensamiento inconsciente que como una narración lógica.[854]

Lo que estaba claro es que *Lucinde* trataba sobre el propio Friedrich Schlegel. «Las confesiones son inherentes a las novelas románticas», aseveraba. Las novelas, a su entender, debían ser impactantes y revolucionarias: «Solo un genio puede escribir una verdadera novela», afirmaba.[855] Los amigos estaban ciertamente sorprendidos. Cuando Caroline le mandó a Novalis el manuscrito inédito, este leyó la «estrafalaria *Lucinde*» de una sentada.[856] Una cosa era indudable, le respondió Novalis: Friedrich estaba presente en cada página. Sus pensamientos más íntimos se disolvían y transformaban como reacciones químicas —decía Novalis— hasta el punto de que «uno se pierde en una vorágine vertiginosa». Los dos coincidían en que el mundo no estaba preparado para *Lucinde*, y a Novalis le preocupaba especialmente que se esperara de ellos que sostuvieran «la lámpara para alumbrar sus orgías». Pero, a pesar de ello, todos los amigos apoyaron a Friedrich cuando comenzaron los ataques.[857]

Y llegaron en tropel. Se acusó a Friedrich Schlegel de «sensualidad desvergonzada», de imaginación obscena y de salacidad. En Jena, el árbitro del gusto literario, el *Allgemeine Literatur-Zeitung*, lo calificó de lascivo, vanidoso y de «mente enferma». En aquella reseña, que era más un maltrato que una crítica, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* hizo añicos el libro. La «cháchara huera», la «pedantería inacabable», el «asco» y las «mistificaciones intencionadas» fueron algunas de las perlas que se dijeron sobre la obra. Al autor se lo describió como «una cabeza hueca, presa de un rapto de locura». Otro crítico ridiculizó la «metafísica del acto sexual» presente en *Lucinde*.[858]

Schiller, como era de esperar, abominó de la novela y expuso su desagrado en una larga carta a Goethe. El libro era una aberración —decía Schiller—, se sentía incapaz de leerla entera, de navegar por aquel batiburrillo fragmentario. Era, según él, un «absoluto y vano sinsentido».[859] Goethe, como siempre, diplomático, contestó que, aunque todos la leían y todos la criticaban, él aún no lo había hecho; pero añadió: «Si cae en mis manos, le echaré un vistazo».[860] A Friedrich Schlegel no le importaban demasiado las críticas, pero estaba ansioso por saber, a través de Caroline, lo que pensaban sus amigos. ¿Cómo reaccionó Novalis? ¿Con quién había hablado Caroline del tema? Y, lo más importante: ¿alguien sabía decirle qué pensaba

Goethe?[861]

Todo el mundo tenía una opinión, pero la que sufría de verdad era Dorothea. La tormenta desencadenada por *Lucinde* se cebó con ella. La tacharon de «judía vulgar y fea», de puta jorobada y bizca. Se moría de la vergüenza. «Siento cómo me hierve la sangre y se me hiela el corazón», le escribió a una amiga, «al ver todas mis intimidades expuestas de este modo». Lo sagrado estaba ahora al descubierto. Sin embargo, Dorothea no podía evitar sentir que *Lucinde* era también la más grande de todas las declaraciones de amor.[862]

Cuando Fichte leyó *Lucinde*, prefirió pasar por alto el punto de vista radical sobre las mujeres y la proclamó obra de un genio.[863] Friedrich Schlegel y Dorothea Veit eran sus únicos amigos en Berlín, y por una vez tuvo cuidado de no complicarse la vida. Aunque había alquilado sus propias habitaciones en la Friedrichstrasse, en el centro de la ciudad, pasaba gran parte de su tiempo con Friedrich en el apartamento de Dorothea, al otro lado del río. La rutina de Fichte era la misma cada día. Se levantaba temprano y pasaba las mañanas escribiendo. A mediodía, un criado lo ayudaba a empolvarse el pelo y a vestirse —«Sí, sí, arreglarme el pelo», le decía a su mujer, que debió de preguntarse por qué su marido, que nunca se había preocupado por esas cosas, de repente prestaba atención a su aspecto—.[864] Todos los días, a la una, Fichte recorría a pie los diez minutos que separaban su casa de la de Dorothea. Desde la Friedrichstrasse, cruzaba el famoso bulevar Unter den Linden y se dirigía al nuevo puente levadizo del río Spree. A veces tenía que esperar a que el puente se cerrara después de permitir la entrada a los grandes veleros, pero una vez cruzado el río y tras dejar atrás el cuartel del ejército, solo tenía que girar a la derecha y entrar en la Ziegelstrasse, la calle de Dorothea.[865] Allí se reunía con sus amigos para almorzar, aunque se quejaba de que las raciones eran tan escasas que nadie salía de allí con el estómago lleno.[866]

Las tardes las pasaban trabajando en sus propios proyectos o leyendo y, cuando empezaba a anochecer, dejaban a un lado sus papeles e iban a pie hasta Unter den Linden. Allí, paseaban a la sombra de los grandes tilos. Quizá no fueran el trío más elegante del mundo —con Friedrich Schlegel vistiendo su viejo abrigo de color ruibarbo junto a Dorothea, que ya no podía permitirse llevar ropas bonitas, y Fichte, a quien la moda siempre había traído sin cuidado, pero que, por una vez, llevaba el pelo bien peinado—; sin embargo, su conversación era siempre animada y disfrutaban de la compañía mutua. «Al fin y al cabo», escribió Friedrich Schlegel a Jena, «todos formamos parte de la misma familia de grandiosos forajidos». A las diez u once de la noche, Fichte estaba ya en la cama, después de una

cena ligera y una o dos copas de vino del Médoc.[867]

Las cosas funcionaban bien entre ellos. Friedrich Schlegel estaba contento de tener al célebre pensador a su disposición y Fichte, agradecido por su hospitalidad. Se encariñó con Dorothea. Era inteligente y culta —escribió Fichte a su casa, asegurando a su esposa, al mismo tiempo, que Dorothea tenía «pocos, o, para ser más preciso, ningún encanto físico»—. Tierna con Friedrich, hospitalaria con Fichte y bondadosa en general, Dorothea disfrutaba de, como ella lo llamaba, su «convento de filósofos». Al principio la presencia del famoso Fichte le infundía temor, pero no tardó en sentirse del todo a gusto con él. «No puedo decir ni una palabra más», escribió Dorothea poco después de la llegada de Fichte a Berlín: «Me estoy mareando con estos filósofos míos paseándose por aquí, a mi lado».[868]

Pero, tras el escándalo de *Lucinde* y el recrudecimiento de las habladurías, Friedrich y Dorothea empezaron a pensar en mudarse a Jena. Fichte trató de disuadirlos porque, de lo contrario, «quedaría totalmente abandonado».[869] ¿Por qué no vivir todos en Berlín? ¿Schelling, Friedrich y Dorothea, así como Caroline y August Wilhelm? Si él, Fichte, no podía estar en Jena, ¿por qué no establecer una «colonia de Jena» en Berlín? «Seremos como una familia, alquilaremos una casa grande, contrataremos un cocinero, etcétera», le escribió a Johanne, pidiéndole que hiciera lo posible por convencer a Caroline Schlegel.[870] Fichte parecía ignorar el hecho de que Johanne había sido, durante cinco años, poco más que una extraña en Jena. Se la tenía por estrafalaria y poco sociable, y tan frugal que la llamaban «la tacañería y la ruindad personificadas». Caroline, que temía sus encuentros, la apodaba «la gansa».[871] No obstante, Fichte instó a su esposa a «no dejarse intimidar por madame Schlegel». Pero Johanne Fichte no era tonta. Caroline Schlegel no había hecho ningún esfuerzo por ser su amiga. Bajo ningún concepto, le dijo Johanne a su marido, viviría con ella en la misma casa.[872]

Durante las semanas siguientes, los amigos discutieron sin cesar sus opciones. Schelling estaba dispuesto a mudarse a Berlín si iban todos juntos, le dijo Friedrich Schlegel a su hermano, pero ¿qué pasaba con August Wilhelm y Caroline? Friedrich preferiría vivir en Jena, pero si todos se venían a Berlín, él se quedaría.[873] Con tanto marear la perdiz, Dorothea ya no veía nada claro. ¿Se mudaban a Jena o se quedaban en Berlín? A ella le parecía bien cualquier opción, le escribió a Caroline, pero tenía que informar a su casera. «Escríbeme», le dijo, «enseguida, lo antes posible».[874] Mientras tanto, Schelling intentó convencer a August Wilhelm Schlegel, pero este no cedió: estaba a gusto en Jena. A mediados de agosto, Schelling informó a Fichte de que el plan de una «colonia de Jena» en Berlín había fracasado.

Friedrich Schlegel y Dorothea Veit decidieron finalmente trasladarse a Jena en otoño de 1799 para vivir con Caroline y August Wilhelm.[875] Habían pasado dos años desde la ruptura de Friedrich con Schiller, el tiempo suficiente para que todo se hubiera calmado. Sin embargo, Dorothea estaba nerviosa por mudarse a Jena, nada menos que a la casa de la formidable Caroline Schlegel. Aunque todos vivirían bajo el mismo techo y compartirían los gastos, aquel era el hogar de Caroline. Dorothea podía tener un carácter fuerte e independiente, pero Caroline era el centro indiscutible del Círculo de Jena. Peor aún, Dorothea sabía que Caroline había sido el primer gran amor de Friedrich.[876] Con su característica y casi infantil inconsciencia, Friedrich ni reparó en ello. «Es imposible imaginar», había escrito en uno de sus fragmentos para el *Athenaeum*, «qué objeciones fundadas podría tener uno en lo que respecta a un matrimonio *à quatre*».[877]

14
LA CUADRILLA SCHLEGEL
Otoño de 1799: Trabajo y diversión

Friedrich Schlegel llegó a Jena a principios de septiembre de 1799 y se plantó en el salón de Caroline, en la Leutragasse, luciendo una gran sonrisa, con un bastón en la mano y una pequeña bolsa de viaje a la espalda. Estaba feliz de haber vuelto. A pesar de sus diferencias de temperamento y carácter, los hermanos estaban muy unidos. Aunque Friedrich pecase de informal e impulsivo, era también enérgico y estaba siempre lleno de nuevas ideas. Se necesitaban. El hermano menor sacaba al mayor de su zona de confort y August Wilhelm refrenaba un poco la impulsividad de Friedrich.[878]

También Caroline estaba deseando que su cuñado volviera a vivir con ellos. Ella y su criada pasaron días preparando la casa para recibirlo, lavando y colgando veinte cortinas, fregando los suelos de madera con arena y redecorando las habitaciones. Recolocaron los sofás, las camas, las mesas y las sillas, llevándolos y trayéndolos por las escaleras, reorganizaron la disposición de todos los muebles y llenaron los jarrones de flores aromáticas.[879]

Cada uno tendría su territorio propio. Dorothea y Philipp —su hijo de seis años— se unirían a Friedrich en un mes aproximadamente desde la llegada de este. Ella viviría en la planta baja, en la parte reservada hasta ese momento a los invitados, y que constaba de un pequeño salón, con un sofá y una alcoba adyacente, y de un cuarto más, destinado a Philipp. Un piso más arriba estaba el estudio de August Wilhelm, con el dormitorio de la pareja a un lado y el cuarto de Auguste al otro. Friedrich, por su parte, volvería a sus antiguos aposentos, en el ático. La habitación más grande de la casa era el salón de Caroline, también en la planta baja, con sus cinco grandes ventanales que daban al patio de atrás. Aquí sería, en esta sala abierta e iluminada por el sol, donde todos se reunirían para hablar y comer.[880]

Aquel verano la casa estuvo repleta de huéspedes. Algunos se quedaron semanas, otros una o dos noches. La familia y los amigos vinieron de visita, a menudo acompañados por sus hijos y sirvientes. Las abarrotadas habitaciones resonaban con las risas, los debates y las bromas. Todos los días se ponía la mesa para dar de comer y beber a una docena o más de invitados.[881] La frecuencia y el ritmo de las

discusiones los marcaba la personalidad de Caroline. Eran como una orquesta y ella la directora que daba vida a la partitura. Escuchaba, objetaba y guiaba las conversaciones. Exigía que todos dieran su opinión y fomentaba los debates serios, pero también cambiaba fácilmente a otros temas, más desenfadados. Dorothea anotó más tarde en su diario que Caroline estaba tan segura de sí misma porque creía que todo el mundo era «más estúpido que ella». Sus amigos e invitados adoraban su hospitalidad tanto como sus aportaciones intelectuales. Siempre fue «extremadamente inteligente», dijo de ella un admirador, y cuando hablaba, lo hacía con tanto entusiasmo que se le escapaban mechones de rizos castaños de las horquillas. Según Ludwig Tieck, el ligero estrabismo de sus ojos azules daba a Caroline una expresión tan intensa que era imposible escapar de su hechizo. Todos se sentían irresistiblemente atraídos hacia ese «círculo mágico». [882]

La ciudad no había perdido tampoco su magnetismo. Johanne Fichte, que se había quedado en Jena para cuidar a su hijo enfermo, intentó convencer a su marido de que volviera. Fichte se había marchado tres meses antes, pero aún no había encontrado un puesto remunerado. Escribir libros como académico independiente en Berlín parecía su única opción, pero odiaba las prisas. «No paro de trabajar», le dijo a su editor, «pero no soy una fábrica; las cosas se terminan cuando se terminan». Johanne tenía otras ideas. Si Fichte fuera capaz de dejar a un lado su orgullo y se disculpara, ella estaba segura de que recuperaría el favor de las autoridades de Weimar. Pero él no se dejaba convencer. «¿Cómo puedes creer», le escribió, «que quiero volver a relacionarme con esa chusma?».

Novalis acudía regularmente desde Weißenfels. Era el huésped favorito de Caroline, que deseaba que un día pudieran vivir todos unidos bajo «*un mismo* techo». Cuando estaban separados, se escribían largas cartas y Novalis añoraba a sus amigos en cuanto se marchaba. [883] Aunque en aquel momento estuviese feliz porque se había enamorado de Julie von Charpentier, la hija de veintidós años de uno de sus antiguos profesores en Freiberg. Aquel era un amor más tranquilo. Su corazón no tardó unos pocos minutos, sino varios meses, en abrirse, poco a poco, a las suaves facciones y a los ojos melancólicos de Julie. Era hermosa, cariñosa, amable y atenta: la esposa perfecta, pensó Novalis.[884] «¡Amor! ¿Qué clase de amor? ¿Celestial o terrestre?», le preguntó Caroline tras recibir su carta con la noticia. Se sintió aliviada de que Novalis encontrara por fin la felicidad en el mundo real.[885]

Una vez terminados sus estudios en Freiberg, Novalis trabajaba con

su padre en las minas de sal, y el elector de Sajonia lo había contratado, además, para inspeccionar otras minas del estado. Esto significaba viajar mucho, estudiar ubicaciones, explorar posibles vetas de carbón y recopilar todo tipo de datos e informes. La parte técnica y práctica de su vida le hacía, en sí misma, disfrutar, pero, además, calaba en sus escritos. Un capítulo entero de *Enrique de Ofterdingen*, la novela que había comenzado ese mismo año, ensalza a los mineros, esos «héroes subterráneos» que desvelan los secretos de la naturaleza.[886]

¿No deberían todos ellos convertir sus vidas en una novela? —le escribió a Caroline—.[887] A principios de ese mismo año, él la estuvo animando para que escribiera una novela, una sugerencia que Friedrich Schlegel también le había hecho muchas veces. A ella no le disgustaba la idea, pero entre su trabajo con August Wilhelm y el interminable flujo de visitas, nunca consiguió escribir más que una breve sinopsis. Aquel esbozo, sin embargo, revela que Caroline también se sirvió de su propia vida para urdir la trama. En él describe a su protagonista como una mujer independiente, encantadora e inteligente, que podía ser temeraria y apasionada, pero que siempre sabía arreglárselas por sí misma. El padre de la protagonista, un filólogo erudito, se basaba también en el padre de Caroline.[888]

Dorothea también estaba escribiendo una novela inspirada en ella misma. El protagonista, Florentin, se basaba en el amante que había tenido en Berlín antes de conocer a Friedrich. Las similitudes eran notables: un aventurero aristócrata de Italia que se había criado en un monasterio y que vagaba por Europa en busca de amor, amistad y libertad.[889]

Novalis, Friedrich, Caroline y Dorothea creían que sus experiencias personales eran el reflejo de un mundo más amplio. Veían sus vidas y sentimientos privados lo suficientemente importantes como para resonar en un nivel más universal. Al igual que un rayo de luz que se refracta a través de un prisma en un espectro de colores, su concentración en el yo se refractaba a través de sus escritos hacia territorios más amplios. En *Lucinde*, Friedrich se había servido de su relación amorosa con Dorothea para explorar la igualdad entre hombres y mujeres, y Novalis se basó en su dolor por la muerte de Sophie von Kühn para sus *Himnos a la noche* como medio para explorar el amor, la muerte, lo divino y el yo. «Debemos levantar un mundo poético a partir de nosotros mismos», le había dicho a Caroline,[890] pero ella no tenía tiempo, así de simple. Nunca pudo volver a su novela.

En la Leutragasse siempre había demasiadas cosas que hacer. El hogar

de los Schlegel «rebasaba con creces cualquier idea que uno pudiera tener del caos y su potencia creativa», dijo un invitado, pero la vida allí era todo menos aburrida. Puede que la casa no estuviera muy ordenada, pero a los invitados les encantaba su animado ambiente intelectual. Aquel verano, sin embargo, Caroline y August Wilhelm habían empezado a discutir. Los montones de maletas y ropa sucia que traían las numerosas visitas empezaron a irritar al quisquilloso August Wilhelm.[891] Otro motivo del creciente encono entre la pareja era que August Wilhelm se había enamorado de una célebre belleza, Elisa van Nuys, que estaba pasando el verano en Jena. Caroline, que siempre se había mostrado tolerante en lo que respectaba a estos asuntos, se acabó enfadando. Nunca se había preocupado en exceso por los devaneos pasajeros de su marido, pero no le gustaban nada sus «aventuras serias», y aquel enamoramiento parecía ir en esa dirección.[892] Un sorprendido August Wilhelm se encontró de pronto luchando contra la ira de su esposa. Aquella vez había subestimado a Caroline. De acuerdo, habían pactado la «libertad mutua», pero eso no implicaba que él tuviera derecho a alardear de su nueva obsesión. Aquellas aventuras indiscretas —como diría ella más tarde— socavaron su matrimonio.[893]

La propia Caroline había sido prudente. Ella y Schelling estaban enamorados. Y aunque él acudía a diario a comer y pasaba gran parte de su tiempo en la Leutragasse, ella había sido tan cuidadosa que ni siquiera Friedrich Schlegel había notado nada sospechoso, a pesar de vivir en la misma casa. Pero cuando August Wilhelm empezó a coquetear abiertamente con su nueva amante, Caroline abandonó toda precaución, y se sintió incapaz de disimular su fascinación por cada movimiento de Schelling. Los invitados notaban a August Wilhelm tenso y malhumorado, y a Caroline fría y exasperada cuando se encontraba en compañía de cualquiera que no fuese Schelling.[894]

Auguste, que por entonces tenía catorce años, estaba más cerca de la edad de Schelling, de veinticuatro, que él de su madre, de treinta y seis. Aquel asunto la perturbó. Amaba a su padrastro y cuando Schelling intentaba ser especialmente amable con ella, lo rechazaba. Cegada por la pasión, Caroline regañó a su hija con dureza. Sus modales eran «agrios como el vinagre», le dijo, y añadió: «Si sigues siendo tan grosera con Schelling, empezaré a creer que estás celosa de tu querida mamá». Al final, acabó mandando a la niña a casa de unos amigos en Dessau, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte, para que perfeccionara —esa fue la excusa— su canto con un profesor de música. Auguste, que siempre había estado muy unida a su madre, se vio de pronto sin ella por primera vez en su vida.[895]

Solo Schelling parecía insensible a aquella atmósfera enrarecida.[896] Caroline era su musa y su amor, y no podía imaginar la vida sin

ella. Y ella lo amaba con la misma intensidad. El hecho de que fuera doce años mayor y la esposa de su amigo daba igual. Sus palabras lo inspiraban, su intelecto lo entusiasmaba y su vivacidad rompía su natural reserva. Solo Caroline lo comprendía de verdad. Ella era, según escribió en un poema ese mismo año, el amor de su vida. Caroline unía la fuerza y la claridad de pensamiento —dijo más tarde — con la ternura del corazón más amoroso. Al igual que Friedrich Schlegel seis años antes, Schelling quedó cautivado por las cualidades aparentemente contradictorias de Caroline: su sensibilidad y su tenacidad, su refinamiento y su valentía, su mente aguda y su alma amable. Era una «mujer magnífica», dijo, una «obra maestra de los dioses».[897]

Como prenda de su amor, le regaló una pluma negra que ella llevaba en su sombrero todos los días,[898] y compuso un poema que, a pesar de lo que trata de esconder, no podía resultar más claro:

> *Cuando en horas tempranas de mi vida*
> *elegí libremente luchar por lo que es santo,*
> *un dios te unió a mi alma en un vínculo irrompible,*
> *en un solemne enlace de belleza inmortal.*
> *Y aunque de nuestro amor las más dulces primicias*
> *ninguna canción grabe en la memoria del mundo,*
> *su enigma en el arcano jeroglífico*
> *de este poema habrá de descifrarse.*[899]

Pronto toda Jena hablaba del asunto, y Johanne Fichte informó con detalle a su marido, que seguía en Berlín. Schelling «adora a madame Schlegel», escribió. «Han intimado de manera inmoral».[900] Fichte se quedó patidifuso. ¿Qué estaba pasando en Jena? ¿Es que se habían vuelto todos locos? ¿Por qué August Wilhelm no había puesto fin a todo aquello? Fichte se angustió tanto por la posibilidad de que aquel amorío contagiara a su esposa que le escribió: «En lo que respecta a Schelling y a madame Schlegel, ¡no indagues! Te lo suplico, por nuestro amor».[901] A Friedrich Schlegel tampoco le hizo ninguna gracia todo aquello. Normalmente, todo lo que fuera romper con las convenciones lo acogía de buen grado, pero le preocupaba que el asunto de Caroline y Schelling pudiera complicarlo todo mucho. ¿Tendría que elegir un bando? ¿Cuál? ¿El de su hermano o el de la mujer a quien amó una vez? De momento, optó por callar y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.[902]

Aunque Schiller hacía tiempo que se había alejado de los Schlegel, Goethe seguía viéndolos. Estar con ellos y sus amigos era como un «sueño hecho realidad», decía, porque estaban «en continua fermentación y conflicto». Su energía era vigorizante. «Si tuviera

veinte años menos», dijo pocos días después de su quincuagésimo cumpleaños, en septiembre, «me involucraría como el que más».[903]

Goethe se sentía respirar en medio de toda aquella juventud. «Ahora que somos mayores, es difícil conocer a los jóvenes», había dicho cinco años antes, pero no tenía ninguna intención de renunciar a ellos porque a Schiller les cayeran mal o porque la gente cotilleara sobre sus amoríos poco convencionales. La aventura de Schelling y Caroline, en cualquier caso, no podía impresionarle mucho, ya que él había tenido también su propia cuota de enredos apasionados. Más de una vez, había caído en los tentadores brazos de las bellas y jóvenes actrices del teatro de Weimar, y aún no se había casado con Christiane Vulpius.[904]

Aquel verano, sin embargo, Goethe se encontraba atrapado en Weimar, encargado de supervisar las obras del castillo del duque. En lugar de ver a sus amigos de Jena, trataba con el arquitecto, el duque y ciento sesenta trabajadores —artesanos, constructores, doradores, escultores y obreros—, además de dedicarse a sus habituales tareas ministeriales, visitas reales y deberes en el teatro. A finales de julio de 1799 le dijo a Schiller en una carta que estaba demasiado ocupado para ir a Jena: «Mis asuntos aquí son como pólipos: ya puede uno cortarlos en cien pedazos que hasta el último de ellos revive».[905]

Schiller andaba malhumorado y le costaba concentrarse. Estaba trabajando en una nueva obra, *María Estuardo*, pero tenía invitados en casa que lo distraían y hacía, además, demasiado calor. Un calor tan agobiante y un verano tan seco que el césped de su Casa del Jardín estaba agostado.[906] Schiller anhelaba la compañía de Goethe. «Debido a tu larga ausencia, casi no tengo contacto con el mundo exterior», le dijo a su amigo, convencido de que no podría escribir ni una palabra «hasta que nos veamos de nuevo y tengamos una buena y larga charla». Schiller se percató también de que nada le unía ya a Jena. No tenía compromisos docentes en la universidad, nunca salía para hacer vida social y evitaba a los Schlegel.[907] «Los odiaba», le dijo, décadas después, Goethe a un amigo, añadiendo que había intentado en lo posible fomentar algún tipo de acercamiento. Pero cada vez que alguien mencionaba a los hermanos Schlegel delante de él —proseguía Goethe— a Schiller se le descomponía el rostro.[908]

Durante aquellos largos y solitarios meses de verano de 1799, Schiller empezó a pensar seriamente en mudarse a Weimar. El año anterior había pasado allí varias semanas, supervisando los ensayos de su trilogía sobre Wallenstein. Las obras habían tenido un gran éxito, tanto de crítica como económico, y se estaban representando en todos los estados alemanes. Cada vez que un nuevo teatro las programaba, Schiller recibía unos honorarios. Siempre preocupado por el dinero, decidió enfocarse en la escritura de obras teatrales. Si vivía en

Weimar, podría representarlas en el teatro de la ciudad, pero, sobre todo, estaría cerca de Goethe y lejos de los Schlegel.[909]

Empezó a buscar alojamiento allí y, a principios de septiembre de 1799, justo cuando Friedrich Schlegel acababa de regresar a Jena, Goethe firmó un contrato de alquiler de un apartamento en Weimar en representación de su amigo. El edificio estaba a solo tres minutos a pie de la casa de Goethe y el plan de Schiller era trasladarse a finales de octubre o principios de noviembre. Todo estaba preparado, dijo, «para nuestro trasplante a Weimar».[910]

Mientras tanto, Goethe se había escapado a su casa ajardinada junto al río Ilm, al otro lado de las antiguas murallas de Weimar. Este pequeño y acogedor edificio, que estaba a solo diez minutos a pie de su casa principal en el centro de la ciudad, había sido su primer hogar en Weimar. Al no poder disfrutar de la «soledad de Jena» debido al trabajo, Goethe se quedó allí durante seis semanas. Adornada con vides y madreselva aromática, la casa estaba en un gran parque que el propio Goethe diseñó para el duque. Había allí huertos, un prado con árboles frutales y un largo camino bordeado de las malvarrosas que tanto le gustaban. Desde su estudio se podían contemplar los prados y arboledas del parque. Aunque el lugar le encantaba, no había pasado mucho tiempo en él durante los últimos años.[911]

Mientras estuvo alojado allí, Goethe supervisó las obras del castillo y preparó una colección de sus poemas para publicarlos. El aislamiento le convenía. No había vecinos ruidosos ni carros traqueteando por los adoquines, solo el canto de los pájaros y el sonido del viento que hacía susurrar a las hojas. En las noches despejadas y cálidas, instalaba su nuevo telescopio para «visitar la Luna», según le contaba a Schiller, y su mirada se paseaba por sus cráteres y montañas desiertos. La claridad de las imágenes lo fascinaba. Y como no podía alejarse de Weimar, envió a Christiane y a su hijo August a Jena, «porque así es: sin una soledad absoluta no consigo escribir ni una línea».[912]

Regresó por fin a Jena el 15 de septiembre de 1799, tras una ausencia inusualmente larga de casi cuatro meses.[913] Schiller seguía allí y los días de Goethe estaban repletos, tal y como deja claro su diario: «Un pequeño trabajo sobre *Fausto*. *Naturphilosophie* de Schelling. *Voyage de Constantinople*. Al atardecer, a casa de Schiller. Primero leímos sobre el magnetismo, luego sobre la relación entre el empirismo y la filosofía trascendental, después el primer acto de *María* [*Estuardo*]. Durante la cena hablé de la teoría de los colores, especialmente de sus aspectos históricos».[914] Goethe trabajaba, se relacionaba y paseaba durante el día, y después, casi todas las noches, visitaba a Schiller. Como para

compensar su ausencia estival, en los meses siguientes pasó más tiempo en Jena que en su casa. Por fin leyó *Lucinde* y estudió el último libro de Schelling. También vio a los hermanos Schlegel y a Schelling la mayoría de los días, pero no junto a Schiller.[915]

Goethe no cejó en su intento de mediar entre Schiller y August Wilhelm. «¿Lo has vetado definitivamente, también para el futuro?», le preguntó a Schiller. ¿Una reconciliación sería posible?[916] De vez en cuando, Schiller cedía y le solicitaba sin mucho entusiasmo a August Wilhelm una colaboración para su revista *Musen-Almanach*. Pero su displicencia era tan notoria que August Wilhelm se quejó ante Goethe de que a duras penas podía creerse que se lo estuviera pidiendo en serio.[917] Schiller, por su parte, no quería parecer entusiasta —como le dijo él mismo a Goethe— porque lo último que necesitaba era que Caroline Schlegel le fuera diciendo a todo el mundo que estaba desesperado por la obra de su marido. Los Schlegel lo habían tratado de forma tan deshonrosa que a Schiller no le salía ser amable con ellos.[918]

Goethe defendía a menudo a los hermanos Schlegel. Sí, a veces se pasaban de la raya, pero su franqueza era preferible a la hipocresía de la clase literaria. También protegía a Schiller. En una ocasión, por ejemplo, cuando se enteró de que algunos profesores y sus esposas estaban montando una parodia en la que se burlaban de las obras de su amigo, Goethe les pidió que escogieran otra víctima. «Sería preferible dejar a nuestro buen amigo Schiller fuera de la obra», dijo amablemente, pero sin que cupiera duda alguna sobre la seriedad de sus palabras.[919]

Era más fácil evitar las disputas por completo. La polémica sobre el ateísmo de Fichte había sido demasiado para él. Los amigos estaban a veces excesivamente ensimismados, para su gusto. «Estos caballeros», le escribió a Wilhelm von Humboldt, «se dedican a masticar el bolo alimenticio de sus *Ichs*», y él prefería no tomar partido.[920] El grupo respetó la postura de Goethe. Mientras todos fingieran ser civilizados y lo mantuvieran al margen de sus mezquinas peleas, la paz se mantendría. Goethe nunca le dijo a Schiller que había leído *Lucinde*, y este y su esposa nunca confesaron que llamaban a Caroline «madame Lucifer».[921] Caroline, por su parte, no le dijo a Goethe que habían parodiado los poemas de Schiller en la Leutragasse.[922]

Y así, Goethe siguió formando parte de todas sus vidas. Johanne Fichte informó a su marido en Berlín a mediados de octubre de que «los Schlegel cortejan a Goethe de un modo, cuando menos, asombroso; cada día lo visita uno de ellos».[923] En los últimos años, Goethe se había servido de August Wilhelm Schlegel casi como si fuera una enciclopedia de la antigua literatura griega, además de hojear la bien surtida biblioteca de la casa de la Leutragasse. Las

cartas de Goethe desde Weimar a August Wilhelm estaban salpicadas de peticiones de libros e información. August Wilhelm era algo así como un «vecino intelectual», le decía Goethe, como si «vivieran juntos en una especie de colonia».[924]

A menudo daban largos paseos. August Wilhelm era el compañero perfecto, erudito pero lo suficientemente en forma como para seguir el ritmo rápido de Goethe. Hablaban de poesía y Goethe le pedía su opinión sobre métrica. Habían dado ya tantos paseos que August Wilhelm pensaba que acabaría «perdiendo las piernas».[925] Para Schiller no debía de ser fácil ver a su amigo y colaborador de confianza pidiéndole consejo poético a su némesis. De vez en cuando, la frustración de Schiller afloraba y arremetía contra él. Aquel otoño, por ejemplo, le dijo a Goethe que la última traducción de Shakespeare de August Wilhelm era «más rimbombante que la de los volúmenes anteriores». Goethe prefirió pasar por alto el comentario.[926]

Con Schelling, Goethe hablaba de filosofía. Leyeron juntos los *Escritos sobre filosofía de la naturaleza* —el último libro de Schelling— y el filósofo respondió pacientemente a las preguntas de su interlocutor.[927] Goethe siempre había creído que el proceso de adquisición de conocimientos —*Erkenntnis*—(47) se producía a través de la observación directa. La mayoría de los idealistas, incluido Fichte, rechazaban esta idea e insistían en que todo conocimiento de la realidad se originaba en la mente. Pero Schelling no. Él era un idealista, pero creía que «absolutamente todo nuestro conocimiento se origina en la experiencia».[928]

El pensamiento de Schelling había evolucionado. Ya no era un idealista puro, tampoco un realista que veía en el mundo externo toda fuente de conocimiento. «Cualquier experimento es una pregunta planteada a la naturaleza», había escrito en su último libro, «que ella se ve obligada a responder». Esto atrajo a Goethe, que creía que los experimentos y las observaciones científicas eran herramientas importantes para dar sentido al mundo.[929] Pero también era muy consciente de las limitaciones humanas. «Clasificar y enumerar no están en mi naturaleza», afirmaría más tarde.[930] O, como hizo decir a Fausto:

> *En vano alzamos de la naturaleza el velo.*
> *Es misteriosa incluso a plena luz del día.*
> *Por más que la forcemos no habrá de revelar*
> *los enigmas que puso fuera de nuestro alcance.*[931]

Schelling iba a contracorriente. En un momento en que los científicos empezaban a especializarse en disciplinas cada vez más delimitadas, su *Naturphilosophie* abría la puerta a un mundo en el que todo —desde la gravedad, el magnetismo y la luz, hasta las plantas, los animales y

los seres humanos— estaba interconectado. Su enfoque holístico favorecería las colaboraciones interdisciplinarias que hoy en día están en la vanguardia de la investigación y los descubrimientos.

El viaje en diligencia desde Berlín a Jena era largo. Si se iba directamente, la distancia era de unos doscientos cuarenta kilómetros, pero si se seguía la ruta postal, que pasaba por Halle, Leipzig y otras ciudades, el trayecto se ampliaba a casi trescientos cuarenta kilómetros. Las paradas eran numerosas y se tardaba varios días en llegar al destino. A principios de octubre, el calor del verano hacía tiempo ya que se había evaporado y la lluvia pertinaz embarraba los caminos. Las gotas se deslizaban en patrones siempre cambiantes por la ventana del carruaje. A medida que fueron pasando los días, Dorothea Veit se había ido angustiando cada vez más por su nueva vida. Echaba de menos a Friedrich. Tras cinco semanas de separación, no veía el momento de estar, por fin, en sus brazos, pero después de haber oído hablar tanto de Caroline, no estaba segura de qué le esperaría allí, en Jena. Todos los que conocían a Caroline elogiaban su ingenio y su gracia, pero también destacaban su agudeza mental y sus rápidos juicios. Dorothea no se veía muy suelta, más bien lo contrario, solía sentir cierta incomodidad cuando conocía a gente nueva. Ni siquiera se atrevió a llamar a Novalis, el mejor amigo de su amante, cuando el carruaje se detuvo durante unas horas en Weißenfels. «Solo las mujeres hermosas tienen una audacia tan imperiosa», aseveraba. [932]

Para la última parte del viaje, había alquilado un carruaje porque la diligencia se retrasaba. Todo había durado mucho más de lo previsto. Finalmente, el 6 de octubre de 1799, Dorothea vio por primera vez las colinas que abrazaban Jena, y su corazón latió con fuerza. Ya casi habían llegado. Cuando el carruaje atravesó la antigua puerta de las murallas de la ciudad, los cascos herrados de los caballos repiquetearon sobre los adoquines y su corazón se aceleró cada vez más. Giraron en la Leutragasse y se detuvieron. Allí estaba la casa, su nueva casa. Mientras bajaba del carruaje, miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Entonces, la puerta se abrió y Friedrich Schlegel bajó lentamente las escaleras hacia ella, seguido por Caroline. [933]

Después de saludarse amistosamente, las dos mujeres se miraron, examinándose la una a la otra con detenimiento. Dorothea no era especialmente guapa, según le escribió Caroline aquella tarde a Auguste, que seguía en Dessau. Era más o menos de su misma altura, pero más pesada y ancha. Sus ojos eran ardientes y su voz suave. «No tengo ninguna duda de que me gustará». [934] Dorothea, por su parte, se fijó en lo bien vestida y arreglada que iba Caroline. Parecía

elegante y mucho más joven de lo que en realidad era, pensó Dorothea. El rostro de Caroline se iluminó con una sonrisa abierta y Dorothea se relajó un poco. Friedrich se alegraba de tenerla de vuelta, August Wilhelm se mostró cordial, como siempre, y Caroline se esforzó por hacer que se sintiera como en casa.[935]

«Parece que este va a ser un invierno muy muy entretenido», le dijo, contenta, Dorothea en una carta a una amiga suya de Berlín al día siguiente. Caroline era mucho más simpática de lo que se esperaba. Es cierto que era obstinada y podía ser muy crítica, pero también era encantadora y no tan arrogante como algunos decían. Había algo franco y directo en Caroline que le gustaba mucho a Dorothea. Caroline no tardaba en revelar lo que le gustaba o lo que le interesaba, sin fingimientos de ningún tipo ni cumplidos. No era tímida ni insegura y disfrutaba siendo el centro de atención.[936]

Dorothea, que se sintió muy bien acogida, no tardó en adaptarse al ritmo de la casa de los Schlegel.[937] Por las mañanas, cada uno trabajaba en su habitación, con una pausa para comer. A diferencia de Auguste, que de niña había sido educada en casa, Philipp, el hijo pequeño de Dorothea, iba a la escuela todos los días y tenía clases de dibujo semanales. A Caroline le gustaba. Era como un pequeño paje, le dijo a Auguste, y un bribón encantador.[938] Después del almuerzo, los adultos reanudaban sus proyectos antes de dar largos paseos al atardecer que a veces duraban varias horas.[939] Por la noche se reunían de nuevo en el salón de Caroline para recibir clases de italiano y leer la *Divina Comedia* de Dante en su lengua original. Schelling acariciaba el proyecto de convertir su filosofía en un gran poema —una idea que entusiasmaba a todo el mundo— y quería estudiar la métrica y los tercetos de Dante.[940] En la casa se respiraba actividad.

Friedrich Schlegel intentaba terminar la continuación de *Lucinde*.[941] Dorothea también estaba escribiendo su novela, *Florinde*,(48) y, a pesar de su enfrentamiento, Caroline seguía trabajando con August Wilhelm. En solo cuatro años habían traducido diez obras de Shakespeare, entre ellas *Hamlet, Como gustéis* y *La tempestad*. El volumen más reciente, que presentaba al público alemán *Ricardo II* y *El rey Juan*, acababa de ver la luz, y estaban ya con *Enrique IV*, además de con la edición de los poemas reunidos de August Wilhelm, que pensaban publicar pronto, y reseñas y ensayos. Dorothea se dio cuenta enseguida de lo mucho que August Wilhelm dependía de la ayuda de su esposa.[942]

Dorothea observaba en silencio la dinámica familiar. No parecía tan perfecta como se veía desde fuera. A veces, cuando nadie la miraba, la alegre fachada de Caroline se desvanecía y afloraba en ella la tristeza. La pareja discutía mucho y Caroline estaba claramente más interesada

en Schelling. El matrimonio Schlegel, pensaba Dorothea, parecía más bien una alianza entre buenos amigos. «No veo en él muchas señales del sacramento», le escribió a Schleiermacher, a Berlín, convencida de que Caroline no amaba a su marido.[943]

Durante aquellas semanas del otoño de 1799, Schelling preparó su nueva serie de conferencias para el semestre de invierno. Inspirado por las numerosas discusiones en el salón de Caroline, el arte y la poesía se habían convertido en su nuevo objetivo. Las conferencias de Schelling, que se publicaron unos meses más tarde bajo el título *Sistema del idealismo trascendental*, presentaban la estética y las artes como las herramientas que revelan la unión entre el mundo subjetivo del yo y el mundo objetivo de la naturaleza.[944]

Schelling sostenía que el yo inconsciente era el que traía a la existencia el mundo externo y, mediante este acto, se convertía en el *Ich* consciente. «El mundo objetivo», creía Schelling, «no es más que la poesía original, inconsciente aún, de la mente». Pero ¿qué tenía que ver el arte con esto? ¿Acaso no era el arte únicamente algo bello o decorativo? ¿Una pintura de paisaje cuidadosamente elaborada, por ejemplo, o un busto de mármol exquisitamente cincelado? ¿O tal vez una elegante pieza musical, o incluso un emocionante drama representado en un escenario? No, afirmaba Schelling, el arte es mucho más. Como formamos parte de la naturaleza, una obra de arte producida por nosotros es, en realidad, un reflejo de la naturaleza.[945]

Una obra de arte —un cuadro, una escultura, un poema— era, pues, la expresión de la unión entre el ser y la naturaleza. Todo lo que un artista producía lo creaba la naturaleza a través de él. La naturaleza —el producto inconsciente del yo— y el yo consciente se unían en la creación artística. El arte era, por tanto, esencial para dar sentido al mundo, afirmaba Schelling. Ni el pensamiento racional ni los instrumentos científicos más precisos tenían la clave para entenderlo. El arte era la representación finita o concreta de lo infinito. El arte abría «el sanctasanctórum», escribió Schelling. Era la revelación del universo a través de la imaginación creadora del artista.(49)

Para los alumnos de Schelling el *Sistema del idealismo trascendental* era una obra maestra y el trabajo filosófico más importante de la época. Si Schelling tenía razón, los científicos necesitaban la sensibilidad artística para dar sentido a la naturaleza. El genio ya no se limitaba al ámbito artístico y la razón no era el único árbitro de la verdad.[946]

Schelling se basaba en las ideas que sus amigos de Jena habían estado discutiendo durante los dos últimos años. Ya en 1797, por

ejemplo, Friedrich Schlegel había exigido que «todo arte se convierta en ciencia y toda ciencia en arte»,[947] y Novalis había afirmado que «la ciencia, en su más perfecta expresión, debe ser poética».[948] Al alinear su filosofía con estas ideas, Schelling enmarcó el pensamiento de sus amigos en una compleja estructura teórica que elaboró a lo largo de casi quinientas páginas. Su *Sistema del idealismo trascendental,* al conceder al arte un papel protagonista, se convirtió en la base filosófica del romanticismo.

Schelling publicó cinco libros en otros tantos años. Cada uno de ellos llevó más lejos, y en una dirección diferente, su filosofía. Al igual que Fichte, que durante mucho tiempo consideró su propia *Wissenschaftslehre* como una doctrina en continuo desarrollo, Schelling cambiaba y reformulaba constantemente sus ideas. Mientras que, para algunos, esta evolución podía interpretarse como una debilidad, para los amigos, la disposición a adaptarse y cambiar de opinión era una señal de una mente activa. Sus obras podían parecer efímeras, y «ya marchitas» en el momento de su publicación, decía Novalis, pero a quién le importaba. ¿Acaso una época de agitación y revolución no exigía este tipo de fluidez de pensamiento? Todo estaba en movimiento y eso era un «fenómeno moderno». La filosofía no era tanto una disciplina como una actividad.[949]

15
«UN SOLEMNE LLAMAMIENTO PARA CONSTITUIR UNA NUEVA CONFEDERACIÓN DE MENTES»
Noviembre de 1799: Reunión en Leutragasse

La noticia del golpe de Napoleón llegó a Jena a mediados de noviembre de 1799. Cuando el ejército francés sufrió vergonzosas derrotas a manos del ejército austriaco en los territorios del sur de Alemania, Napoleón volvió a casa desde Egipto a toda prisa. En París, no solo se hizo con el control de todo el ejército francés, sino que el 9 de noviembre derrocó al Gobierno en un acto que acabaría convirtiéndolo en el soberano de Francia. «Oh, niña mía», le escribió Caroline a Auguste, que todavía estaba en Dessau, «no dejes de repetirte a ti misma que "todo se arreglará"». Los rusos habían sido expulsados de Suiza por el ejército de Napoleón, los ingleses se vieron obligados a capitular en Holanda y los franceses marchaban hacia Suabia desde el sur. «No te olvides de estar alegre», escribió también Caroline, «de lo contrario, pensaré que no haces más que perder el tiempo, sin un solo pensamiento inteligente en tu cabeza».[950]

Las inclinaciones revolucionarias de Caroline no habían desaparecido a raíz de su encarcelamiento seis años antes, ni era la única que admiraba a Napoleón. Con la poderosa Prusia respetando los términos de neutralidad acordados en la Paz de Basilea de 1795, la vida en el ducado de Sajonia-Weimar, aliado de Prusia, se sentía segura. Nadie en Jena temía los saqueos de los soldados y la escasez de alimentos que afectaban a gran parte de Europa. Para los amigos, era fácil apoyar a los franceses así, desde la distancia.

A Johanne Fichte, por ejemplo, la alegraba la manera en que Napoleón estaba poniendo en orden Europa: por fin, los rusos dejarían de ser una amenaza para su ciudad natal, Zúrich. «Qué feliz coincidencia de noticias»,[951] le escribió a su marido, a Berlín. Sus predicciones sobre el éxito francés habían sido correctas. ¿Qué piensas de Bonaparte? Le preguntó Dorothea Veit por carta a Schleiermacher. ¿No era un «hombre verdaderamente grande»?[952]

El 11 de noviembre, justo cuando se conocía la noticia del golpe de Estado de Napoleón, Novalis llegó a Jena. Los amigos llevaban tiempo deseando estar juntos en un mismo lugar y, con la visita de Novalis, la

«alianza de los elegidos» —los hermanos Schlegel, Caroline, Dorothea, Schelling, Novalis y su nuevo amigo, Ludwig Tieck— por fin se había completado. Cada uno de ellos recordaría los cuatro días siguientes como unos de los más extraordinarios y creativos de su vida. Trabajando juntos en la casa de los Schlegel, en la Leutragasse, compusieron poemas, redactaron tratados filosóficos, editaron ensayos, establecieron experimentos científicos y tradujeron pasajes del *Quijote* y de obras de Shakespeare.[953] Durante las comidas, el ambiente se caldeaba con las discusiones sobre religión, filosofía y poesía, pero enseguida se aligeraba, cuando se lanzaban «con ardor y furia a las estrofas», componiendo las más ingeniosas rimas y poemas. «Wilhelm escribe versos», le contaba Friedrich Schlegel a Auguste en una carta, «yo leo algunos, madame Veit escucha otros, tu madre piensa otros tantos, Tieck lo hace todo a la vez».[954]

No había nunca ni un solo instante de aburrimiento. Sus días eran un vertiginoso ir y venir, saltando entre poesía, arte, ciencia, filosofía y religión. Todos participaban, de acuerdo en que jamás debían ponerse de acuerdo, ya que no había nada más insípido que la «obtusa uniformidad de opiniones».[955] Novalis siempre había disfrutado de aquel «sinfilosofar» porque, según decía él mismo, necesitaba gente que pudiera electrizarlo. Inspirado, entusiasmado por esta forma de trabajar en común, afirmó: «Yo produzco mejor en el diálogo».[956]

Friedrich Schlegel estaba trabajando en un artículo para el *Athenaeum*, basado en sus acaloradas discusiones sobre poesía. Lo había escrito en forma de conversación entre cuatro hombres y dos mujeres, y en él evocaba sus largas tardes y noches en la Leutragasse. ¿Se puede aprender y enseñar poesía? ¿Debe haber una teoría de la poesía? ¿No es acaso imposible clasificar la poesía? ¿Por qué? ¿Cómo hablar de la poesía? ¿Es el teatro poesía aplicada? ¿No debería la filosofía ser poesía? ¿Era todo poesía, entonces? ¿Y el amor? ¿No debería el espíritu del amor «flotar por todas partes, visible en su invisibilidad, en la poesía romántica»?[957]

Friedrich se deleitaba en estas discusiones. Su teatralidad a la hora de argumentar era bien conocida por todos. Se reclinaba en su sillón mientras se presionaba las sienes con los dedos índice y pulgar, moviendo lentamente los dedos en círculo hacia el centro de la frente, hasta que se encontraban. Era como si estuviera masajeando los pensamientos que bullían en su mente. Al deslizar los dedos por el estrecho puente de su pequeña nariz, comenzaba a hablar.[958]

Ludwig Tieck también se había unido a ellos para la reunión de cuatro días. Su larga visita a la Leutragasse en verano había resultado para él tan inspiradora —una interminable «fiesta de ingenio, buen humor y filosofía», dijo— que volvió a Berlín, recogió todas sus pertenencias y a su familia, y se mudó a Jena en octubre.[959] Con

veintiséis años y una espesa melena negra, Tieck era un hombre robusto y enérgico. Y un actor dotado que entretenía al grupo durante horas leyendo obras en voz alta: una auténtica «máquina de leer» que no parecía cansarse nunca, como lo definió Caroline.[960] Con el libro en la mano, asumía todos los papeles, cambiando sin esfuerzo entre diferentes voces, acentos y expresiones faciales. Personajes femeninos de tono chillón, campesinos gritones, dulces amantes, gobernantes aristócratas... Cualquier cosa que la obra exigiera, Tieck podía encarnarla, incluso hizo una vez de orangután.[961]

Era muy feliz. En Jena, con sus nuevos amigos, sentía el «aliento de almas afines» verterse en él.[962] Lo adoraban, aunque recelaban un poco de Amalie Tieck. «Oh, esa esposa, esa esposa», le decía Friedrich Schlegel a Caroline. Amalie era callada y tímida, y la literatura le interesaba tan poco que normalmente se quedaba dormida durante las lecturas de su marido. Y quizá fuera muy tímida, pero probablemente también se sentía abrumada. Los demás eran demasiado ingeniosos e instruidos para ella, y le aterraba la lengua afilada de Caroline.[963] Sin embargo, lo que más le preocupaba a Amalie era el efecto que Caroline tenía sobre los hombres, incluido su marido. Después de su visita veraniega, había confiado sus temores a su cuñada, Sophie Bernhardi, a quien no se le ocurrió nada mejor que hacer que informar de ello a una vieja amiga: Dorothea. Amalie no tiene por qué estar celosa, le respondió esta, porque «Caroline está muy ocupada con Schelling». Caroline no tenía tiempo para otros flirteos. Solo a Novalis le gustaba la amable Amalie, tanto que Caroline se dio cuenta. «Estoy segura», le escribió a Auguste, «de que prefiere a madame Tieck antes que a mí».[964]

Unas cuantas personas más se unieron a ellos durante aquellos días de noviembre de 1799: el hermano menor de Novalis, Karl von Hardenberg, Henrik Steffens, uno de los alumnos de Schelling, y el científico de veintidós años Johann Wilhelm Ritter. Brillante, pero siempre sin blanca y viviendo miserablemente en un cuartucho en las afueras de Jena, Ritter fue rápidamente acogido por sus amigos. Al igual que Alexander von Humboldt, Ritter estaba obsesionado con el galvanismo: experimentos con electricidad, animales, metales y productos químicos. A veces, Ritter llevaba su equipo a la Leutragasse, junto con ranas recién capturadas. Allí instalaba sus aparatos, conectaba los cables a las ranas y a los productos químicos, y experimentaba con distintos metales e imanes.[965] Cuando logró producir corrientes eléctricas en la materia orgánica e inorgánica, pareció demostrar la concepción que tenía Schelling de la naturaleza como un solo organismo. Si tanto la materia animada como la inanimada —músculo de rana y metal— reaccionaban a la electricidad, ¿no significaba eso que había una conexión subyacente?

¿Qué diferencia había entre un animal, una planta, un trozo de metal o una piedra? ¿No formaban todos ellos parte del mismo universo orgánico? Los amigos estaban fascinados por estas ideas, según escribió Novalis en uno de sus cuadernos, porque Ritter buscaba el «alma real del mundo».[966] Dorothea lo llamaba simplemente la «máquina eléctrica».[967]

Solo faltaba Auguste, «mi querida *Hühnchen*», su «pollito», como a veces la llamaba Caroline. La envió a Dessau a mediados de septiembre, pero durante esas largas semanas de ausencia, Caroline no dejó de mantener al día a su hija con cotilleos y noticias de la familia: «Estaba atrevidamente guapa con mi vestido» y «Friedrich y yo nos emborrachamos».[968] Auguste, sin embargo, sentía nostalgia y le rogaba a su madre que la dejara volver a casa. El tono juguetón de Caroline cambió al recibir las súplicas de su hija. La vida no es solo diversión, le dijo, regañándola, y añadió que la habían malcriado. Después de años tratándola como a un adulto más, Caroline había decidido ponerle límites. Auguste debía quedarse en Dessau para continuar con sus clases de canto, por mucho que deseara volver.[969]

A esas alturas, los amigos eran tan famosos —o tan infames— que recibían críticas de muchos frentes. Sin embargo, en lugar de volverse más cuidadosos, aquello no hizo más que acentuar su ánimo combativo. Friedrich y August Wilhelm Schlegel acababan de regresar de la Feria del Libro de Leipzig, en la que se había hablado mucho de una obra satírica de gran éxito que atacaba a los hermanos. El autor, August von Kotzebue, era uno de los dramaturgos más populares de Alemania y un enemigo declarado de la nueva escuela «romántica». Kotzebue, que fue objeto de la atención de la prensa a raíz de su detención, por error, acusado de espía durante un viaje a Rusia, se había basado en Friedrich Schlegel para crear al personaje principal, representándolo como un joven desaliñado a quien el gobernante de su estado internaba en un manicomio y cuyos diálogos eran citas de los fragmentos publicados por los hermanos en el *Athenaeum* y en *Lucinde*. Después de ver una representación en Leipzig, Friedrich quedó más que contento con que se le hiciera tanto caso. Un dramaturgo famoso había escrito una obra entera sobre él y estaba en boca de todo el mundo. ¿Qué había de malo en eso? ¿Qué más daba que lo ridiculizara? Su revolución estaba teniendo éxito.[970]

A August Wilhelm Schlegel no le hacía tanta gracia. «Cuando se trata de escritos y personas ignorantes», dijo, «la burla es lo único que tienen».[971] Así que devolvió el favor escribiendo una breve obra sobre Kotzebue, así como una parodia del padrenuestro en la que se

burlaba de la reciente detención del dramaturgo en Siberia.

> *Padre nuestro que estás en Siberia, aplaudido sea Tu nombre. Venga a nosotros tu teatro, que tu humor funcione en Gran Bretaña como en Alemania. Danos hoy nuestro papel de cada día, y perdona nuestro aburrimiento, como nosotros perdonamos a quienes nos aburren. No nos lleves a la poesía, sino líbranos de* Gustav Wasa.(50) *Porque Tuyo es el teatro y las multitudes y la popularidad, ahora y en la hora de la nueva era. Amén.*[972]

Caroline tenía su propia manera de enfrentarse a las reseñas y comentarios críticos: utilizaba las páginas en las que se imprimían «como rulos de papel» para rizarse el pelo.[973] Pero, independientemente de las armas que empuñaran, el caso es que los amigos estaban beligerantes. No les faltaba razón, porque las embestidas llegaban de todos los rincones.

El *Allgemeine Literatur-Zeitung* acababa de publicar, desde su cercana oficina, dos críticas negativas sobre la *Naturphilosophie* de Schelling.[974] Y este se enfureció. Cuando se sintió atacado, lo demostró maldiciendo, pataleando y tildando a sus adversarios de «chupatintas», tal como recordaría más tarde uno de los viejos amigos de Caroline en Gotinga. Schelling envió a los editores una carta malhumorada, exigiendo que se le permitiera reseñar *su* propio trabajo. ¿Quién mejor que él mismo, se preguntaba, para hacerlo? Como era de esperar, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* no aceptó su oferta.[975]

Menos comprensible fue la persistente negativa del periódico a reseñar el *Athenaeum*. Durante más de un año, August Wilhelm Schlegel lo había venido pidiendo, al principio de forma amistosa, después con creciente irritación, pero los editores ignoraron sus demandas. No entendía por qué. Durante cuatro años había sido uno de los colaboradores más regulares del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, escribiendo y publicando casi trescientas reseñas con la ayuda de Caroline. Y uno de los dos editores, Gottlieb Hufeland, era vecino suyo, de la Leutragasse, justo al otro lado del patio de su casa. Los Hufeland y los Schlegel se reunían en fiestas y otros encuentros sociales, y su relación era cordial. Pero no hubo forma de convencer a Hufeland.

Los problemas no acabaron ahí. Fichte escribió desde Berlín para informar de que un periodista de esa ciudad estaba ridiculizando la última obra de Tieck, además de difundir falsos rumores de que el duque de Sajonia-Weimar había reprendido a los Schlegel por una de sus publicaciones en el *Athenaeum*.[976] Los amigos escribieron poemas satíricos en represalia. Mientras los versos y rimas se derramaban por el salón, los ojos marrones de August Wilhelm Schlegel y Ludwig Tieck lanzaban chispas, le escribió Caroline a Auguste. Todos se reían tanto que casi acabaron rodando por el suelo.

[977]

Los amigos se sentían invencibles. Se creían más inteligentes, más ingeniosos y con más talento poético que nadie. Criticaban a las altas esferas del mundillo literario y hacían chistes sobre los poemas de Schiller. La única voz cautelosa era la de August Wilhelm, que, de vez en cuando, aconsejaba no pasarse con las «diabluras». Si tratamos a Schiller con demasiada dureza, advirtió, «estropearemos nuestra relación personal con Goethe».[978]

Pero Schiller tenía preocupaciones más urgentes. Después de dar a luz a su tercer hijo a mediados de octubre, Charlotte había enfermado tan gravemente que su médico, el doctor Stark, le diagnosticó una «fiebre nerviosa». Los síntomas típicos eran fiebres, pérdida de apetito, náuseas, escalofríos, debilidad general, pulso irregular e insomnio, pero lo más inquietante era que Charlotte también sufría ataques de locura. En lugar de empacar felizmente sus pertenencias para mudarse a Weimar, tal como estaba previsto, Schiller tuvo que ver cómo su amada Lolo se veía arrastrada por una especie de espiral de locura. Charlotte pasó semanas sin dormir. No podía quedarse sola y sus gritos, según le confesó Schiller a Goethe, le atravesaban el corazón. Aunque la madre de Charlotte se mudó con ellos para ayudarla, Schiller no se atrevía a abandonar el lecho de su esposa, ni siquiera por la noche.[979]

El doctor Stark probó todo lo que tenía en su botiquín, y a Schiller le preocupaba que la inventiva del médico no diera para más. A lo largo de varias semanas, según le contó a Goethe, el doctor Stark le había recetado almizcle contra la fiebre nerviosa en general, opio para calmar sus nervios, beleño contra la irritabilidad, quinina para bajar la temperatura, alcanfor para inducir la sudoración y óxido de zinc contra la neuralgia. El médico también probó, para purificar el cuerpo, a mezclar un polvo irritante en una cataplasma y aplicarlo a la piel de Charlotte para levantar ampollas. Una vez llenas de líquido o pus, las ampollas se abrían con un corte. Nada había servido, escribió Schiller a principios de noviembre, pero «hoy van a probar con la belladona».[980]

Tres semanas después de su aparición, la fiebre finalmente cedió y el doctor Stark prometió que Charlotte sobreviviría. Pero seguía delirando y a menudo estaba inconsciente. A Schiller, que siempre había sido enfermizo, le afectaron mucho la preocupación y la falta de sueño. Cuando el doctor Stark probó con compresas frías de amoniaco en la cabeza, los desvaríos de Charlotte cesaron, pero cayó en un estupor silencioso y en un letargo apático. Schiller tenía miedo de que no se recuperara nunca.[981]

Todo el mundo en Jena lo sabía. Johanne Fichte informó a su marido, que seguía en Berlín, de que Charlotte Schiller llevaba semanas trastornada. El dramaturgo no podía trabajar ni pensar, le escribió Johanne, y la familia no había podido trasladarse a Weimar, como tenía previsto.[982] Schiller estaba tan devastado por el sufrimiento de Charlotte que necesitaba unas horas con Goethe en Weimar «para distraerse» un poco.[983] Se llevó a su hijo Karl, de seis años, y lo dejó al cuidado de la amante de Goethe, Christiane Vulpius, que se encargó del niño durante aquellas semanas.

El pequeño Karl, que al principio añoraba su casa cuando llegaba la hora de acostarse, pronto se entregó a «su querida Damela» —su forma de pronunciar «Demoiselle»— e iba detrás de Christiane a todas partes.(51)

Todos en la casa de los Schlegel sabían lo de la enfermedad de Charlotte, pero nadie se acercó al apartamento de los Schiller para ofrecerles ayuda o condolencias. La ruptura era demasiado profunda. August Wilhelm Schlegel se limitó a decir: «Nosotros no nos creamos enemigos, los tenemos ya de por sí».[984]

Los odiaban porque hacían temblar los cimientos del poder literario. Él, su hermano, Tieck, Schelling y algunos otros, afirmaba August Wilhelm, eran los contribuyentes más radicales a la revolución de la literatura y la filosofía alemanas.[985] Para que no cupiera duda de sus intenciones, llenaron el último número del *Athenaeum* con tantos ataques duros contra sus adversarios que Caroline, que rara vez evitaba una pelea, no se atrevía ni a leerlo. Cada vez que veía la revista por ahí, decía August Wilhelm, «se llevaba las manos a la cabeza».[986]

Su fama de pensadores y críticos radicales había llegado incluso a la corte prusiana. El año anterior, cuando Novalis publicó *Fe y amor* —un ensayo en el que sugería que un Estado debía ser dirigido por el lenguaje universal del sentimiento y el amor en lugar de ser gestionado como una fábrica—, el rey prusiano se había quedado tan confundido que no supo si debía o no censurarlo.[987] Vencido por el texto, se dedicó a pasarlo de un ministro a otro. También a ellos les resultaba imposible entenderlo, pero estaban seguros de una cosa: el ensayo debía de estar escrito por uno de los Schlegel. «Claro, cuando alguien no entiende algo», le dijo con guasa Friedrich Schlegel a Novalis, «es que lo ha escrito un Schlegel».[988]

El 14 de noviembre de 1799, el tercer día de su reunión, las discusiones se intensificaron cuando Novalis leyó al grupo su nuevo ensayo, *Europa*.(52) En él abogaba por una nueva religión basada en el sentimiento, la belleza y el amor, más que en las doctrinas o en una

iglesia institucionalizada. Para Novalis, la Reforma no era el comienzo de la democratización de la religión, sino el de la destrucción de una Europa que antes había profesado *una* sola fe. Lutero y el advenimiento del protestantismo habían abierto una brecha en la unidad, argumentaba Novalis, porque «separaron lo inseparable» y vaciaron el cristianismo de los «grandes y maravillosos milagros religiosos».[989]

Aunque criticaba la Reforma, Novalis no propugnaba una vuelta a la Iglesia católica. Se volvía contra la era moderna, una época que, a su juicio, había extraído lo sublime y la santidad de la religión, así como la belleza, la bondad y la humanidad. Mientras leía, evocaba la Edad Media, un tiempo —dijo— en el que la Iglesia era un lugar misterioso, repleto de pinturas coloridas, fragancias agradables y música celestial.

Mientras la sangre de decenas de miles de personas abonaba los campos de una Europa asediada, Novalis hablaba de un futuro de unidad. «Hubo una vez una edad resplandeciente», empezó diciendo, evocando así, irónicamente, con una metáfora de luz, lo que muchos identificaban con una edad oscura, y pasando por alto el salvaje historial de las torturas sistemáticas, violaciones y caza de brujas de la Inquisición. Novalis idealizaba una comunidad espiritual «que no prestaba atención a las fronteras nacionales» y que habría de traer a Europa una paz perpetua. Reunámonos todos para «la gran fiesta del amor», decía, para la «fiesta de la paz». Su nueva religión hacía «un solemne llamamiento para constituir una nueva confederación de mentes».[990]

La Ilustración, con su enfoque en el pensamiento racional, sostenía Novalis en su ensayo, había despojado al mundo de espiritualidad. ¿Por qué el entusiasmo religioso se equiparaba ahora con el fanatismo —se preguntaba— y a la imaginación y los sentimientos se los llamaba los nuevos herejes? El mundo se había convertido en una máquina materialista, en una gigantesca rueda de molino que giraba sin cesar y lo seguiría haciendo hasta molerse a sí misma y convertirse en polvo. Con su discurso sobre la razón, la productividad y la utilidad, los científicos y filósofos de la Ilustración habían tratado de borrar toda maravilla, cualquier fuente de asombro, de la naturaleza.[991]

«Los caballeros están un poco mal de la cabeza», pensaba Dorothea, mientras estallaban las discusiones en cuanto Novalis terminó de leer el ensayo. Algunos se preguntaban cómo podía crearse un futuro volviendo al pasado. ¿No era eso reaccionario?[992] Pero Novalis no quería retroceder. Quería crear una *nueva* religión. La Revolución francesa había preparado el terreno, decía. Era el momento de sembrar el campo recién arado. Algo nuevo brotaría del caos. «La verdadera anarquía es lo que da lugar a la religión», afirmaba.[993]

¿Es que no sentían la «poderosa fermentación» que estaba teniendo

lugar en las artes y las ciencias? ¿No había un poder creativo omnipotente en todas partes? ¿Una variedad infinita de pensamientos? ¿Una imaginación sin límites? Para Novalis, su Cristo era un «verdadero genio» que podía ser inhalado como el aire, abrazado como un amante, escuchado en las canciones, experimentado en el amor, la muerte y los anhelos celestiales, consumido como el pan y el vino, y sentido como parte del propio cuerpo. «Tened paciencia», escribió al final de su ensayo. «Vendrá, ha de venir, la era sagrada de la paz eterna».[994]

Los amigos no paraban de pensar en la religión. Aquellos días en Jena —diría más tarde Ludwig Tieck— estuvieron marcados por un «profundo anhelo religioso». Pero ¿por qué ese repentino entusiasmo? ¿De dónde procedía? No es que de pronto se hubieran convertido en asiduos de la iglesia, ni tampoco les interesaba la religión como institución. Más bien, abrazaban la espiritualidad como parte del gran proyecto romántico. Estaban interesados en inyectar sentimientos, imaginación y belleza en un mundo cada vez más materialista. No se trataba de una búsqueda de Dios, sino de una búsqueda de sí mismos como parte del universo.[995]

La religión también era el tema central de la nueva obra de Tieck *Vida y muerte de Santa Genoveva*, una tragedia ambientada en la Edad Media que leyó también a los amigos durante aquellos inspiradores días de noviembre.[996] También Friedrich Schlegel estaba trabajando en una nueva colección de fragmentos religiosos, e incluso August Wilhelm, que nunca fue muy propenso a los arrebatos melodramáticos, se sumó con su largo poema «El vínculo de la Iglesia con las artes».[997]

Al igual que Novalis, August Wilhelm creía que la Reforma les había robado los colores y los relatos, la pintura y la poesía. Martín Lutero había, sí, llevado la Biblia a las masas, pero, al hacerlo —pensaban ellos— había extirpado la magia del mundo. Las artes fueron literalmente blanqueadas en las paredes de la Iglesia. La religión de la Iglesia medieval, diría más tarde August Wilhelm, estaba «magníficamente vestida de fiesta, no envuelta en el monótono vestido de luto de la Iglesia protestante». En su poema, August Wilhelm evocaba una iglesia decorada con esculturas de alabastro, techos con incrustaciones de piedras preciosas y pinturas gloriosas, un lugar donde los himnos sublimes llenaban el aire y donde se contaban historias sagradas.[998] Esta era su nueva iglesia romántica. «El cristianismo está aquí a la orden del día», le escribió Dorothea a su amigo Friedrich Schleiermacher.[999]

Schleiermacher —«Schleier», como ellos, los amigos, lo llamaban—

era una de las razones del reciente interés de estos por la religión. Unos meses antes, a principios del verano, el teólogo y capellán había publicado anónimamente un libro titulado *Sobre la religión: Discursos a sus menospreciadores cultivados*. Cuando Friedrich Schlegel regresó a Jena, en septiembre, trajo consigo varios ejemplares. Schelling lo leyó, al igual que Caroline, y Novalis había enviado un mensajero a Jena para conseguir su ejemplar.[1000] La religión, sostenía Schleiermacher, era simplemente «la contemplación del universo», no había necesidad de un Dios personal, de una doctrina o de una liturgia. La religión estaba en la naturaleza y en nosotros.[1001]

Basándose en el concepto de unidad de Schelling y en la idea de Spinoza de que Dios es naturaleza, Schleiermacher definió un nuevo tipo de religión. «Considerar cada cosa finita como parte de un todo mayor: eso es la religión», sostenía. Se trataba de un enfoque radical, sobre todo porque provenía de un capellán y teólogo. Habiendo pasado los dos años anteriores en compañía de Friedrich Schlegel en Berlín, la importancia del *Ich* había hecho mella en Schleiermacher. Su nueva religión era personal e íntima, solo se podía encontrar dentro de uno mismo. Era la maravilla de conectar con el infinito de forma directa e intuitiva. Ser religioso, escribió Schleiermacher, era «beber en la belleza del mundo». Su religión era una «música sagrada» que acompañaba a la humanidad. Ni los sacerdotes, ni la racionalidad, ni los argumentos morales allanaban el camino hacia la fe. Todo lo que se necesitaba era imaginación.[1002]

Si alguna vez una religión atrajo a los jóvenes románticos, fue una basada en la imaginación. «La religión es todo poesía», dijo Friedrich Schlegel, para proclamar a continuación, con su habitual bravuconería, que quería escribir una nueva biblia, fundar un nuevo credo y seguir los pasos de Mahoma y Lutero.[1003] Como Mahoma, utilizaría la «espada flamígera de la palabra» para conquistar el mundo de la mente. Como Cristo, estaba dispuesto a morir por ello. Él sería el nuevo mesías, proclamaría su nueva religión, y los artistas y poetas serían sus sacerdotes. «La nueva religión debe ser totalmente *mágica*», le había escrito a Novalis cuando empezaron a hablar del tema, el año anterior.[1004] No, no estaban bromeando, le dijo Friedrich Schlegel a su incrédulo hermano mayor cuando este le preguntó qué estaba pasando allí. Una cosa era dejar que las artes volvieran a cantar y a brillar, pensaba August Wilhelm, pero que Friedrich se declarara profeta era del todo absurdo.[1005]

Como siempre, August Wilhelm puso en todo aquello unas gotas de prudencia. Cuando Friedrich sugirió publicar el ensayo *Europa*, de Novalis, en el *Athenaeum*, no estuvo de acuerdo.[1006] Creía que los filósofos debían dejar la religión a los teólogos. ¿Es que la polémica del ateísmo y el despido de Fichte no habían sido ya suficiente? ¿No

habían llevado quizá Novalis y Friedrich su nuevo entusiasmo demasiado lejos? Caroline tampoco estaba segura. Para ella, la religión era como la Antigüedad y la filosofía, le dijo Friedrich a Novalis, porque «siempre le ha gustado maravillarse con estas cosas», pero hasta ahí llegaba su interés.[1007] Schelling sí se mostró a favor, y mientras las discusiones iban y venían en el salón de Caroline, compuso un largo y escéptico poema allí mismo, *in situ,* que incluía los siguientes versos:

> *Oh, que mi única religión consista*
> *en amar unas piernas preciosas, torneadas,*
> *unos pechos turgentes, caderas delicadas*
> *y flores olorosas, exquisitas,*
> *todos los goces que nos dan sustento,*
> *cuanto el amor permite amar del universo.*[1008]

Mejor aún, pensó Friedrich Schlegel, ¿por qué no publicar juntos el poema de Schelling y el ensayo de Novalis? August Wilhelm, al igual que Dorothea, se mostró cauteloso, pero los demás querían incluir ambas contribuciones. Tal vez si añadiéramos un comentario editorial, sugirió August Wilhelm Schlegel, pero Schelling se negó a que sus versos tuvieran que someterse a ningún moderador: las obras debían hablar por sí mismas. No pudieron ponerse de acuerdo.[1009]

Era el momento de despejar la cabeza con un largo paseo por los Jardines del Paraíso. Hacía un calor inusual para mediados de noviembre y solo las hojas amarillentas en el suelo, a lo largo del río, les recordaban que el invierno estaba a la vuelta de la esquina. Mientras los Schlegel, Dorothea, Schelling y Novalis deambulaban por los senderos, cogidos del brazo, vieron acercarse a Goethe y se detuvieron para charlar. Goethe acababa de llegar a Jena y Dorothea aún no lo conocía. Desde que se mudaron a Jena, unas semanas antes, estaba deseando conocer a «su excelencia, el viejo y divino Goethe».[1010]

August Wilhelm se la presentó y Goethe se dio la vuelta amablemente para acompañar a los amigos. Nerviosa y desesperada por causar buena impresión, Dorothea se afanaba en pensar en un tema de conversación que no aburriera a Goethe. El silencio era incómodo. Entonces, al echar un vistazo a su alrededor, se topó con el río y soltó una pregunta sobre las rápidas corrientes del Saale. Cuando Goethe le respondió, tan atentamente como solía, Dorothea se le quedó mirando con fijeza, deslumbrada, enmudecida. Pero, a medida que avanzaron, se fue sintiendo cada vez más reconfortada por la amabilidad del gran hombre y pronto se recuperó. Fue uno de los mejores días de su vida, les escribió a sus amigos de Berlín.[1011]

¿Y quién mejor para preguntarle si era buena idea publicar el

ensayo de Novalis sobre la religión? Los hermanos Schlegel lo vieron muy claro y Goethe, más mayor, menos impetuoso, más cuidadoso, en suma, se convirtió en su «árbitro».[1012] En los días siguientes se reunió individualmente con Schelling y los hermanos Schlegel para discutir la situación en detalle. Goethe, que jamás se precipitaba, se tomó su tiempo y al final desaconsejó la publicación.[1013] Después del desastre de Fichte, aquel mismo año, no tenía ningún interés en que se publicara otro tratado religioso provocador, y menos aún uno que atacara la Reforma en la tierra natal de la fe protestante. Había una diferencia, le dijo a August Wilhelm Schlegel, entre lo que se podía pensar en privado y lo que se podía publicar. A veces era mejor contenerse.[1014]

Novalis no dijo nada. A diferencia de Schelling o Fichte, nunca tuvo problemas con las críticas o los desacuerdos. Qué más daba. Tarde o temprano, su religión del amor triunfaría, y de eso estaba bien seguro.[1015]

CUARTA PARTE

Fragmentación

Mira, la entrañable Jena no es más que una cueva de ladrones, después de todo. No te haces una idea de cómo alcahuetea todo el mundo a tus espaldas por cualquier cosa, cualquier detalle, da igual. Todo el mundo, hasta gente de la que nunca te lo esperarías.

CAROLINE SCHLEGEL a AUGUST WILHELM SCHLEGEL,
5 de mayo de 1801

16
«LA REPÚBLICA DE LOS DÉSPOTAS»
Invierno de 1799-verano de 1800: Distanciamientos

La casa de los Schlegel se estaba quedando aislada. Sí, sus habitaciones estaban llenas de invitados y la mesa seguía puesta para una docena de personas, pero solo veían a sus amigos íntimos. A finales de noviembre de 1799, la gente se refería a ellos como los «miembros de la cuadrilla Schlegel» y, como notaba Dorothea Veit, rara vez salían ahora para acudir a actos públicos, conciertos y clubes. El cambio se produjo lentamente. Casi sin darse cuenta, los amigos se fueron retirando del mundo. Su alegría por participar en la vida social de Jena se había visto mermada por varios motivos: la disputa con Schiller, el despido de Fichte, el escándalo provocado por la publicación de *Lucinde* y la continua lucha con el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. La gente cotilleaba tanto que era más fácil quedarse en casa. [1016]

El problema con el *Allgemeine Literatur-Zeitung* era especialmente exasperante. Schelling seguía indignado por las dos reseñas críticas de su obra y August Wilhelm seguía molesto por la negativa del periódico a reseñar el *Athenaeum*. A principios de aquel año, August Wilhelm le advirtió a uno de los dos editores, su vecino Gottlieb Hufeland, que no volvería a escribir para ellos hasta que publicaran una reseña del *Athenaeum*. Pero Hufeland no cedió. No era culpa suya, respondió, habían intentado encargarles la reseña a algunas personas, pero nadie quería escribir sobre el *Athenaeum*.[1017]

La situación se deterioró aún más cuando los Schlegel se enteraron de que el otro redactor del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, Christian Gottfried Schütz, había ridiculizado al *Athenaeum* en una representación teatral de aficionados en su casa. August Wilhelm solía mantener la calma, no se dejaba, por lo general, arrastrar a los extremos. Le costaba enfurecerse, pero, una vez lo hacía, poco podía detenerlo. Los editores habían ido demasiado lejos. Se sentía como un «león rugiente», «en busca de algo que destrozar». Exigía ver el texto de la obra que se había representado en casa de Schütz y amenazaba con emprender acciones legales contra el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. [1018] ¿Por qué a August Wilhelm le había dado por escribirle cartas como si fuera un abogado?, le preguntaba Schütz, que tenía todo el derecho del mundo, según le decía, a representar lo que le viniese en

gana en la intimidad de su casa.[1019]

Finalmente, a mediados de noviembre, August Wilhelm Schlegel comunicó a los editores que jamás volvería a escribir para el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. En lugar de retirarse discretamente, hizo públicos sus motivos. Las suyas habían sido —decía— las únicas reseñas significativas de toda la revista y se marchaba porque, simplemente, era demasiado vergonzoso escribir junto a tantos colaboradores inferiores.[1020] En una refutación igualmente larga y pública, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* respondió que todas sus reseñas eran anónimas. ¿Cómo podría el público juzgar la absurda afirmación de August Wilhelm Schlegel, se preguntaban los editores, cuando nadie sabía quién había escrito qué? Habían prometido a sus colaboradores el anonimato para garantizar la honestidad de las reseñas, y no estaban dispuestos a exponer sus identidades para satisfacer las ansias de *vendetta* de August Wilhelm Schlegel.(53) [1021]

Enfrentarse al *Allgemeine Literatur-Zeitung* era una apuesta arriesgada. Los elogios en sus páginas podían acarrear la fama, como le había sucedido a Fichte al principio de su carrera.[1022] Pero el propio Fichte espoleaba a los amigos desde Berlín. Los editores del *Allgemeine Literatur-Zeitung* no eran más que unos diletantes y unos incompetentes, le dijo a Schelling, que merecían «ser atacados a título personal».[1023] El ambiente cada vez estaba más tenso y Johanne Fichte le escribió a su marido: «Aquí hay más enfrentamientos que nunca antes». Por muy difícil que fuese evitar a los vecinos y colegas en una ciudad tan pequeña como Jena, las partes ofendidas se las arreglaban para mantener las distancias. «Apenas vemos a nadie fuera de nuestro grupito», le escribió Caroline Schlegel a una amiga suya de Gotinga.[1024]

A finales de noviembre de 1799, el *Allgemeine Literatur-Zeitung* publicó por fin una crítica del *Athenaeum*. Y era una crítica brutal. Más dolorosa aún porque los amigos no tardaron en descubrir que la había escrito un viejo conocido de la época de Caroline en Maguncia, Ludwig Ferdinand Huber. Caroline estaba furiosa, sobre todo porque la esposa de Huber, Therese, era una vieja amiga suya de Gotinga y Maguncia. Cogió su pluma y, en caliente, le escribió una larga carta a Huber, a la que siguió otra más, dos días después. En primer lugar, ¿por qué había aceptado el encargo? ¿Cómo se atrevía a apuñalar a sus amigos por la espalda en aquel momento? ¿Es que desconocía el significado de la palabra lealtad? Y, en cualquier caso, no entendía nada de los temas que se trataban en el *Athenaeum*. Huber —proseguía Caroline— no tenía conocimientos de filosofía, se hacía un lío con las artes y, desde luego, no era un experto en poesía. Con tantas carencias, ¿cómo se había atrevido a aceptar el encargo? Le dijo

también que se arrepentiría de sus acciones porque, claramente, había elegido el lado equivocado en aquella «batalla universal del bien contra el mal».[1025]

«Caroline mandó una carta desatada, insultando a diestro y siniestro», escribió más tarde Therese Huber. Sus inclinaciones revolucionarias, le advirtió Caroline a Huber, se habían reavivado al recibir la noticia del golpe de Estado de Napoleón. Al igual que él, estaba dispuesta a luchar. Para disfrutar de un baile —le escribió a otra amiga, justificando su beligerancia— había que situarse en el centro de la pista y «dejarse llevar por el torbellino de la música». Y ahí era exactamente donde se encontraba en aquel instante: en el centro mismo de la pista, mientras la música alcanzaba su clímax. Afirmó que nunca podría perdonar a Huber y que no estaba dispuesta a escurrir el bulto ante la batalla.[1026]

La feroz oposición a su trabajo —le escribió August Wilhelm Schlegel en otra larga carta a Huber— era una señal de lo eficaces que habían sido. «La gente nos odia —¡bien!—. Nos maldice —¡mejor aún! —. Se santigua para alejarnos como a blasfemos, jacobinos y corruptores de la juventud —¡alabado sea Dios!—».[1027] Schleiermacher estaba encantado con las copias que August Wilhelm le había enviado de su correspondencia con Huber. El teólogo, sacándole punta a la situación, dijo que ahora los asediaba tal «fuego infernal» que solo podía adorar al «diablo», y ese diablo no era otro que August Wilhelm.[1028]

A finales de noviembre de 1799, Charlotte Schiller comenzó a sentirse mejor. Impaciente por abandonar Jena, Schiller comenzó a organizar su traslado a Weimar. Dos semanas más tarde, los muebles fueron empaquetados y enviados a su nuevo hogar en la Windischengasse, a poca distancia de la casa de Goethe. El apartamento estaba en el segundo piso, pero contaba con habitaciones adicionales en la buhardilla donde Schiller podía trabajar lejos del bullicio familiar. Durante las dos primeras semanas en Weimar, Charlotte se alojó en casa de unos amigos para poder descansar mientras su marido se ocupaba del caos de la mudanza, de los decoradores y los niños. «Deja todos los recuerdos de los dos últimos meses en el valle de Jena», le dijo Schiller a principios de diciembre. «Queremos empezar una vida nueva y ser felices aquí». En las semanas siguientes, Charlotte fue recuperando poco a poco las fuerzas y Schiller también se fue sintiendo cada vez mejor, más de lo que se había sentido en años: incluso salió a pasear y asistió a fiestas y al teatro. «Tengo la sensación de que he cambiado mucho», confesó.[1029]

En Weimar, la, por lo común, voluminosa correspondencia literaria

de Schiller y Goethe se redujo a breves notas. Goethe le escribía: «Está usted más que invitado, aquí encontrará habitaciones caldeadas y bien iluminadas... y un vaso de ponche», o le dejaba caer: «Me pregunto si le gustaría hacerme una pequeña visita hoy». La mayoría de las veces, Goethe iba al apartamento de Schiller, pero este también acudía al suyo; si se sentía débil, llamaba a unos porteadores, que lo llevaban a casa de su amigo o al teatro en una silla de manos. Todos los días, las criadas iban y venían, repartiendo notas entre las dos casas. «¿Vas hoy a la ópera? ¿Te veré allí?», preguntaba Schiller cuando el teatro de Weimar ofrecía una función especial, y el mismo día recibía la respuesta: «Te buscaré en el teatro». En las breves invitaciones se percibe el apremio de ambos, entusiasmados siempre por encontrarse. «Avísame de si te veré hoy, dónde y cuándo», le preguntaba Schiller a Goethe, quien, ese mismo día, le contestaba, impacientemente: «Ya son las tres de la tarde y aún no tengo noticias tuyas».[1030]

«Jena no era ya un buen sitio para mí», le contaba Schiller a su viejo amigo Körner unas semanas después del traslado. Y aunque los apenas veinticuatro kilómetros que lo separaban de los Schlegel fueron un alivio, no acabaron con la animosidad. Schiller decía que nunca había podido terminar ninguna de las obras de los hermanos, porque «encuentro realmente repulsivo todo ese individualismo de relumbrón que atiborra cada página». En su opinión, los Schlegel habían contaminado el concepto del *Ich* dueño de su propio destino con su ensimismamiento y su arrogancia.[1031]

Después de aquel noviembre inusualmente cálido, el invierno de 1799 fue tan extremadamente frío que los amigos pasaban los días acurrucados frente a sus chimeneas y estufas, abrigados con chales y mantas. Como las noches heladas no amainaban, las provisiones de leña se fueron agotando y el buen ánimo de los amigos también.[1032] Encerrados, sin ninguna distracción exterior, todos se volvieron irritables. En una ocasión, Friedrich Schlegel le gritó a Dorothea con tanta vehemencia porque no había captado inmediatamente el significado de unos nuevos poemas que había escrito que ella confesó: «Casi me muero de miedo».[1033] Friedrich también estaba de mal humor porque, una vez más, se había quedado sin dinero. ¿Cómo iba a concentrarse así en su trabajo?[1034]

El ambiente en la Leutragasse era tan cargante que ni siquiera volver a ver a Fichte les levantó el ánimo a los amigos. Fichte llegó de visita a principios de diciembre. Llevaba cinco meses sin ver a su mujer y a su hijo. Tras su vida solitaria en Berlín, estaba deseando reencontrarse con sus amigos de Jena, pero no tardó en sentirse totalmente fuera de lugar. Participó en un par de cenas en la

Leutragasse, en un ambiente tenso. Fichte percibió que sus amigos desaprobaban que hubiera seguido manteniendo su amistad con los editores del *Allgemeine Literatur-Zeitung*. Se sentía presionado. ¿Por qué no podían creer en su lealtad?[1035] ¿Y por qué Caroline y Schelling tenían que airear su relación? Fichte se sentía incómodo viendo a los amantes coquetear abiertamente. Nunca había aceptado el desafío de los amigos a las convenciones con aquello del amor libre. La filosofía de Fichte podía ser revolucionaria, pero su actitud ante el matrimonio era rotundamente tradicional.

Todo resultaba inoportuno. Fichte quería ver a Schelling para hablar de filosofía y coordinar sus respuestas a los detractores de su obra. Pero cada vez que acudía al alojamiento de Schelling, su amigo estaba con Caroline en la Leutragasse. Dolido, Fichte optó por no decir nada, tragarse su frustración y retirarse. Muchos meses después, le dijo a Schelling que no podía, ni quería, ir a buscarlo donde pasaba todo el tiempo, y que tenía sus buenas razones para no hacerlo.[1036]

Los sueños de Fichte de una Colonia de Jena se habían esfumado. Atrás quedaban los días del «sinfilosofar». En lugar de luchar contra el mundillo literario y el mundo carente de imaginación, se dedicaron a luchar entre ellos. Aislados por el hielo y la nieve, todos se peleaban como colegiales, le dijo Dorothea a Schleiermacher.[1037]

Tras semanas reprimiendo su frustración por el tema de Schelling, Friedrich Schlegel se revolvió abiertamente contra Caroline, que durante tanto tiempo había sido su amiga y colaboradora. Antes la había amado, pero, atormentado por un amor no correspondido, había desistido de su amor por favorecer a su hermano. Quizá no pudiera soportar ver a Schelling haciendo lo que a él le hubiera gustado hacer años atrás. Quizá se arrepentía de no haberla perseguido. O tal vez temiera que aquella aventura anunciara el fin del matrimonio de Caroline y August Wilhelm, y con ello su trabajo en común. Sean cuales fueran sus razones, los sentimientos de Friedrich por Caroline pasaron del amor al rechazo y, finalmente, al odio más crudo. Declaró que siempre se pondría del lado de su hermano, independientemente de que este se lo pidiera o no.[1038] En cualquier caso, Friedrich dejó de hablar con Caroline y Schelling. Ya no se guardaba ninguna apariencia de amistad o de civismo. Y eso hacía la convivencia bastante incómoda. Incluso Auguste, que por fin había regresado de su exilio en Dessau a finales de noviembre, pasaba de puntillas por la casa. Solo a August Wilhelm no parecía importarle que su mujer coqueteara con su amante delante de sus narices.[1039]

Después de las diez semanas que pasó en Dessau, Auguste se esforzaba por animarlos a todos. Cantaba, reía y hacía todo lo posible por complacer a su madre. Ahora era amable con Schelling y le dijo a una amiga que lo encontraba «mucho más simpático», pero que el

ambiente, antes agradable, se había agriado.[1040] Incluso su nuevo amigo, Ludwig Tieck, se volvió contra ellos. Con el frío, Tieck empezó a sufrir un reúma tan fuerte en las rodillas que apenas podía caminar. Atormentado por el dolor, su alegría natural se transformó en amargura. Sus achaques le hacían sentirse incómodo entre los Schlegel. Las interminables discusiones sobre el *Allgemeine Literatur-Zeitung* y demás enemigos le resultaban insoportablemente aburridas.[1041]

También le molestaban otras cosas de sus compañeros. Dorothea le parecía una mujer dura, antipática y demasiado terca, un «engendro», le dijo por carta a su hermana Sophie Bernhardi, que vivía en Berlín. Caroline no se llevó la mejor parte, tampoco. Si unas semanas antes, Tieck había quedado encantado con ella, y admirado su brillantez intelectual y su conocimiento y comprensión de la poesía, su erudición le resultaba ahora demasiado masculina. ¿Cómo podía una mujer ser tan segura de sí misma y tan intelectual? De repente, y sin venir a cuento, tachaba a Caroline de «hermafrodita». Todo se había salido de madre —seguía diciéndole Tieck a su hermana— porque Caroline tenía una aventura con Schelling, mientras que este, de alguna manera, mantenía su amistad con August Wilhelm Schlegel, que a su vez no hacía nada para poner orden en la situación. Además, *Lucinde* había revelado mucho más de lo que nadie quería saber sobre la relación de Friedrich y Dorothea, y no le habría sorprendido —escribía Tieck— descubrir que Dorothea estaba intentando tener una aventura con August Wilhelm. La casa era «como una enorme granja llena de cerdos». Todo el mundo en Jena los odiaba. Si no hubieran sido sus amigos, habría escrito una sátira basada en sus vidas.[1042]

Los Schlegel, por su parte, cotilleaban sobre los Tieck. «Con Tieck, uno no hace más que hablar y hablar consigo mismo hasta la saciedad. Así llevamos todo el invierno», le escribió Friedrich a un amigo de Berlín. La imaginación de Tieck, para Caroline, no hacía más que aletear, pero no acababa de despegar nunca. Y Amalie Tieck fue, una vez más, objeto de ataques. Simplemente no encajaba, le escribió Dorothea a la hermana de Ludwig Tieck, Sophie Bernhardi, que debía de preguntarse qué estaba pasando exactamente en Jena. Sin embargo, nada de esto fue un obstáculo para las visitas de Tieck a la Leutragasse, ni siquiera el dolor que le impedía caminar solo. De modo que, varias veces a la semana, Friedrich o August Wilhelm se ponían su ropa más abrigada y se enfrentaban al viento gélido que azotaba las estrechas callejuelas de Jena. Atravesaban la nieve y patinaban sobre los adoquines helados de la ciudad para recoger al inválido en su alojamiento, justo fuera de las murallas medievales.

Mientras Tieck se apoyaba en sus brazos, todos fingían que nada había cambiado desde el otoño.[1043]

La culpa era de Caroline —le dijo Tieck a su hermana— ella era «la verdadera causa de todos los desencuentros». Al tomar a Schelling como amante, había envenenado el pozo de la amistad. Y, cuando Friedrich Schlegel le declaró la guerra a su cuñada, Dorothea finalmente dio rienda suelta a sus recelos. Desde su primer intercambio de cartas, en marzo de 1799, había intentado seducir a Caroline para complacer a su amado Friedrich, pero ya no era necesario. Durante toda su estancia en Jena, se había sentido eclipsada por la personalidad de Caroline. Esta era más bella, parecía más joven, iba mejor vestida y tenía la capacidad de encantar a todo el mundo. Sin embargo, en realidad —le escribió Dorothea a una vieja amiga de Berlín— Caroline era «dura, dura como la piedra».[1044]

August Wilhelm mantuvo la calma durante aquellas frías semanas invernales, diciéndole una y otra vez a una exasperada Dorothea que no le importaba lo que pensaran los demás. Y tal vez no le importaba, o quizá el comportamiento de Caroline le daba licencia para embarcarse en sus propias aventuras. Su capricho veraniego, Elisa van Nuys, hacía tiempo que había abandonado Jena, pero vendrían otras. Fueran cuales fuesen sus razones, no se puso en contra del joven amante de su esposa, sino que bromeó diciendo que Caroline, con el tiempo, iría estando con hombres cada vez más jóvenes: «No, esto no es el fin, claro que no. ¡Su próximo amante todavía va vestido con un trajecito de marinero!».[1045]

Novalis también se mantuvo alejado de Caroline. Su relación había empezado a enfriarse el otoño anterior, cuando su aventura con Schelling se hizo pública. «Esta vez no me ha caído muy bien»,[1046] le dijo Caroline a Auguste después de que él los visitara, pero Novalis seguía sin ser muy consciente de lo enconada que se había vuelto la atmósfera en Leutragasse. Estaba demasiado ocupado en las minas de sal(54)[1047] y con su obra literaria: «En mi cabeza bullen las nuevas ideas para novelas y comedias», les dijo a Tieck y a Friedrich Schlegel. Cada vez que escribía una carta, enviaba saludos para el resto de «la familia poética».[1048]

Aquel mismo invierno, Goethe recibió una noticia muy esperada. Procedía de Madrid, donde Wilhelm von Humboldt estaba pasando una larga temporada. Alexander había llegado a Sudamérica, le escribió Wilhelm. Tras un viaje por mar de cuarenta y un días, su hermano había desembarcado por fin, en julio de 1799, en Cumaná, en la costa de Nueva Andalucía.(55)

En los cuatro meses que llevaba allí, había vivido ya su primer

terremoto y observado un eclipse solar y una espectacular lluvia de meteoritos. Se había dedicado, también, a experimentar con anguilas eléctricas —extraños peces de metro y medio que podían dar descargas de más de seiscientos voltios— y se había embarcado en una atrevida exploración hasta lo más profundo de la selva. Era peligroso, le decía Alexander a su hermano, pero nunca se había sentido más feliz y saludable.[1049]

Mientras sus viejos amigos de Jena intentaban mantenerse calientes junto a sus estufas, Alexander von Humboldt soportaba la sofocante humedad de la selva tropical. Mientras ellos se envolvían en mantas y se metían las manos frías en manguitos de piel, Alexander se las veía con hermosos jaguares moteados, con cocodrilos que permanecían inmóviles junto a su canoa, con enormes boas constrictoras que nadaban junto a él y con los incansables ataques de los enjambres de mosquitos. Él y su pequeño equipo remaron sin parar dos mil doscientos kilómetros a lo largo del Orinoco y las redes fluviales circundantes. Mientras Goethe, Schiller y los Schlegel oían el sonido de las campanillas de los trineos, Alexander escuchaba los ensordecedores bramidos de los monos aulladores y los enronquecidos ecos de los delfines fluviales. Los olores y los colores asaltaban sus sentidos: había tantos animales, insectos y plantas nuevos, le escribió Alexander a su hermano, que «nos pasamos el día corriendo tras ellos como tontos». Era un mundo palpitante de vida, una red de «poderes activos y orgánicos», un gran organismo en el que todo estaba interconectado.[1050]

Mientras tanto, en Madrid, alejado de todas las luchas internas de Jena, Wilhelm von Humboldt seguía leyendo las obras de sus viejos conocidos. Tanto Fichte como Friedrich Schlegel eran «mentes extraordinarias», pensaba, y su efecto en el mundo literario era muy parecido al de la levadura fermentada en la masa madre. «Si no temiera que te rieras de mí por dármelas de misionero», le dijo a Goethe, «te confesaría que me he dedicado a hacer proselitismo de la nueva filosofía aquí, en España».[1051]

A medida que se acercaba la primavera, Caroline Schlegel se iba encontrando cada vez más débil. A principios de marzo de 1800, los fuertes dolores de cabeza y la tos que padecía desencadenaron una fiebre. Durante semanas estuvo en cama y se sintió como si estuviera atrapada en lo más hondo de un pozo muy profundo. August Wilhelm temía por su vida y le confesó a Goethe su preocupación. Su médico, el doctor Christoph Wilhelm Hufeland (primo, por cierto, de su vecino Gottlieb Hufeland), le diagnosticó una «fiebre nerviosa», la misma enfermedad que casi había matado a Charlotte Schiller. El doctor

Hufeland había visto tantos casos últimamente que acababa de publicar un libro sobre la enfermedad. El estado de Caroline era grave, pero el doctor aseguró a la familia que sabía exactamente qué hacer. Prescribió un régimen de baños calientes, enemas y cataplasmas. [1052]

De repente, toda la familia de Leutragasse estaba ocupada atendiendo a Caroline. Había que preparar medicinas, administrar pociones y llevar interminables cubos de agua desde el pozo hasta la casa, que luego se calentaban para los baños que Caroline debía tomar dos veces al día. Pero ella seguía inquieta y no podía dormir. Cuando las fiebres finalmente bajaron, el doctor Hufeland le recetó un «emplasto de mostaza». Trituró treinta gramos de semillas de mostaza hasta convertirlas en un polvo fino que mezcló con una cucharada de rábano picante, masa madre y vinagre. Untando este brebaje en un trozo de lino, lo colocó en la pantorrilla de Caroline durante varias horas. La sensación de quemazón que sentía, le explicó, era parte del remedio. Pero cuando retiraron el emplasto, descubrieron que la pierna de Caroline se había inflamado. Y lo que era peor, las fiebres volvieron con fuerza, esta vez acompañadas de dolorosos calambres. [1053]

Auguste cuidaba de su madre, subiendo y bajando las escaleras día y noche para atenderla. Si no mejoraba pronto, confesó una exhausta Auguste al cabo de cuatro semanas, «moriremos todos con ella». [1054] Por la noche, cuando Caroline no podía dormir, la criada o Auguste encendían el fuego en la cocina para hervir el agua de otro baño. Le daban un caldo fuerte todos los días y tomaba quinina, almizcle y láudano. Bebía también tanto vino húngaro —un remedio que, según el doctor Hufeland, la fortalecería— que pronto agotó las provisiones de Jena y August Wilhelm tuvo que pedir a Goethe que les enviara más desde Weimar. Al final, el doctor decidió que la única manera de que Caroline se recuperara por completo era una cura en un balneario.[1055]

Caroline no era la única que luchaba contra la enfermedad. Todo el mundo parecía estar también enfermo. Ludwig Tieck seguía sufriendo ataques agudos de gota, y su vecina Wilhelmine Hufeland, esposa del editor del *Allgemeine Literatur-Zeitung*, tenía la solitaria. En Weimar, Schiller también estaba grave, con fiebres y calambres insoportables. A mediados de febrero, su médico, el doctor Stark, le recetó una sangría que no hizo más que empeorar los síntomas. El doctor Stark no tenía muchas esperanzas con respecto a su paciente. Desesperado por poner en orden sus asuntos antes de morir, Schiller pidió que le administraran fuertes estimulantes para poder aguantar unos días más. Temiéndose lo peor, Goethe se sentó a su lado. Sin embargo, para sorpresa de todos, Schiller se recuperó y volvió a su despacho a finales

de marzo, aunque seguía tosiendo violentamente. Estaba tan débil que le costaba subir las escaleras hasta su estudio y le temblaba la mano cuando escribía sus primeras cartas después de seis semanas.[1056]

Mientras Schiller se reponía, Goethe comenzó a preocuparse por las tropas francesas que marchaban hacia los territorios del sur de Alemania. Aunque el enemigo estaba todavía a varios cientos de kilómetros, las ambiciones de Napoleón lo desasosegaban. El general, ahora primer cónsul y gobernante de facto de Francia, pretendía consolidar su poder en su propio país, pero también en Europa. En abril de 1800, las tropas francesas cruzaron el Rin y se acercaron al ducado de Wurtemberg desde el sur. Otro ejército, bajo el mando directo de Napoleón, luchaba mientras tanto en Italia. «Las malas noticias», escribió Goethe, «me inquietan, sí, aunque provengan de tan lejos».[1057]

Al menos la primavera era todo un espectáculo y el sol brillaba por fin en el valle del Saale. A finales de abril, casi dos meses después de caer enferma, una debilitada Caroline se había recuperado ya lo suficiente como para aventurarse a dar cortos paseos en carruaje con Schelling y Auguste. Los frescos y verdes prados allende las murallas de la ciudad estaban alfombrados de purpúreas violetas y prímulas de un amarillo reluciente. En las orillas del Saale, los gráciles sauces dejaban caer en las aguas sus ramas recién reverdecidas y las lilas se disponían a esparcir su perfume.[1058]

Pero la paciencia de Dorothea se había agotado. Con todo el mundo pendiente de Caroline, no había podido trabajar en su novela y contaba los días que faltaban para que la inválida abandonara la ciudad. Agitada y propensa siempre a las migrañas, Dorothea aumentó su medicación y empezó a tomar una dosis diaria de quinina y valeriana para calmar sus nervios. También se dedicó a enviar un sinfín de largas cartas de queja a Schleiermacher.[1059] ¿Por qué todo el mundo seguía elogiando la «magia» de Caroline y su genialidad? ¿En qué consistía de verdad aquel famoso ingenio, aquella mente brillante, aquella sensibilidad para la poesía? ¿No eran acaso los juicios de Caroline simplemente superficiales y calculados? ¿No eran sus opiniones prejuiciosas? ¿Dónde quedaba su aclamada gracia? Dorothea insistía en que no había nada remotamente atractivo en Caroline: «Incluso su tono de voz te atraviesa como un cuchillo».[1060]

Aunque confesaba que había sido Caroline la primera en invitarla a su casa y ofrecerle su reconocimiento público tras su escandaloso divorcio, Dorothea no cejó en sus ataques. Caroline era egoísta, Schelling, «un fanfarrón vano y obstinado» y August Wilhelm demasiado cándido para afrontar la situación. ¿Cómo podía permitir que Caroline lo gobernara de aquel modo, lo dominara y ridiculizara?

¿Es que no se daba cuenta de cómo todo el mundo se reía de él? ¿Cómo podía seguir sintiendo algo por Caroline aunque ella nunca lo hubiera amado? ¿Y cómo pudo Caroline confundir la pasión del joven Schelling con el amor verdadero?[1061]

A esas alturas, los únicos que seguían entendiéndose entre ellos eran August Wilhelm, Caroline y Schelling. Entre los tres decidieron, de mutuo acuerdo, que lo mejor sería que Schelling acompañara a Caroline a Bamberg, a unos ciento sesenta kilómetros al sudoeste de Jena, donde ella quería consultar a un famoso médico, y luego a la ciudad balneario de Bocklet, donde pensaba continuar con su recuperación. Auguste también se uniría a ellos, pero August Wilhelm no. En un intento de disipar los rumores, cada vez más maliciosos, acordaron que sería mejor que Schelling saliera de Jena un poco antes y se encontrara con Caroline y Auguste en algún lugar del camino. Un coqueteo abierto ya era lo bastante escandaloso, pero pasar varias semanas de viaje con la esposa de otro hombre eran, desde luego, palabras mayores.

A principios de mayo, cuando Caroline se había repuesto lo suficiente como para afrontar las fatigas de un largo viaje, Schelling dejó Jena solo y viajó a Saalfeld, una pequeña ciudad a unos cincuenta kilómetros al sur. Caroline, Auguste y August Wilhelm Schlegel fueron poco después a su encuentro. Desde Saalfeld, August Wilhelm se dirigió a la Feria del Libro de Leipzig y se detuvo en Weißenfels para ver a Novalis, y Schelling, Caroline y Auguste se dirigieron a Bamberg. Aunque lo habían planeado todo al milímetro, la estrategia no acabó de funcionar. Todo era demasiado evidente, señaló Dorothea, todo el mundo sabía que August Wilhelm Schlegel «se la estaba entregando a su rival».[1062]

Con Caroline lejos, el resentimiento de Dorothea no hizo sino aumentar. Ni siquiera la joven Auguste se salvaba ya. Dorothea la acusaba en sus chismes de creerse que Schelling la cortejaba a ella y no a su madre, lo que, según decía, venía a «completar el matrimonio *en quatre*». No tenía, en realidad, ningún motivo para ponerse en contra de Auguste, pero no pudo evitarlo. La joven de quince años ya estaba completamente arruinada por su madre —decía—: al igual que Caroline, Auguste era una coqueta que buscaba atención y a la que solo le interesaba su fachada. Al pobre August Wilhelm lo cegaba su amor por la madre y la hija. ¿Cómo podía estar tan deslumbrado por Auguste como para afirmar que aquella joven superficial era capaz de comprender la poesía de Goethe, Shakespeare y la Antigüedad? Era simplemente absurdo —pensaba Dorothea—: nada podía estar más lejos de la realidad. Auguste «tomaba prestados los libros más

despreciables de la biblioteca», había dicho el protagonista de *Lucinde*. Incluso Friedrich, que siempre había adorado a Auguste, acusaba ahora a Caroline de conspirar para casar a Auguste con Schelling y así poder estar cerca de su amante.[1063]

Caroline, Auguste y Schelling vivían felizmente ajenos a todo aquello. Schelling había reservado varias habitaciones en la misma planta de su alojamiento en Bamberg: dos para Caroline, una para Auguste, una para la criada y dos para él. No era necesario que fueran grandes, pero tenían que ser agradables, indicó, solicitando un cómodo sofá, unos cuantos espejos, mesas, sillas y un escritorio para el salón de Caroline, así como un pequeño cuarto aledaño con una cama.[1064]

Schelling no se podía creer que la magnífica Caroline fuera por fin del todo suya. «Sabes que te seguiré adonde quieras», le había dicho ella, pero era él quien estaba haciendo exactamente eso.[1065] Al ver su entrega, Auguste se burlaba y alegraba a su madre diciéndole lo mucho que aquel hombre la quería.[1066] Lejos de Jena, la salud de Caroline empezó por fin a mejorar. A mediados de junio, después de seis semanas en Bamberg, viajaron a la ciudad balneario de Bocklet, a unos cien kilómetros al noroeste, justo a tiempo, porque el ejército francés se encontraba peligrosamente cerca y tan solo unos días más tarde acabaría derrotando a las fuerzas austriacas y tomando Höchstadt, una ciudad a unos veinticinco kilómetros al sur de Bamberg, antes de volverse de nuevo hacia el sur, en dirección a Múnich.[1067]

En Jena, las habladurías continuaron. En aquel mismo instante en que cuarenta mil soldados de Napoleón cruzaban los Alpes nevados hacia el valle del Po, en el norte de Italia, para atacar a los austriacos, Friedrich Schlegel solo era capaz de pensar en sus batallas domésticas. Mientras acusaba a Schelling de no ser más que «una herramienta en manos de Caroline», Dorothea, por su parte, decía que no sabía si «maldecir, reír o llorar» cuando pensaba en la permisividad de August Wilhelm.[1068]

Goethe seguía viniendo a Jena, aunque con menos frecuencia, y no acudió ni una sola vez durante los primeros meses de Schiller en Weimar. Los viejos amigos fueron a visitarle, pero para despedirse. El primero en marcharse fue Fichte, que finalmente rompió todos los lazos con Jena cuando se llevó a su familia a Berlín en marzo de 1800. Schelling había venido en abril, antes de su partida a Bamberg, y a mediados de junio lo hicieron Ludwig y Amelie Tieck, cuando se mudaban de nuevo a Berlín. Tieck ya estaba harto de tanta pelea mezquina, y los Schlegel le habían dejado muy clara su aversión:

[1069] «En la república de los déspotas, los Tieck son los proscritos», le había dicho Dorothea a Schleiermacher unos meses antes.[1070]

En la primera mitad de 1800, mientras el éxodo proseguía, August Wilhelm Schlegel se convirtió en el visitante y corresponsal más fiable de Goethe desde Jena. Schiller no podía entender por qué Goethe seguía viendo a los Schlegel. «Cabe preguntarse», le escribió a un amigo, «cómo es posible que mantenga su relación con gente como los hermanos Schlegel».[1071] La respuesta era sencilla. A Goethe le gustaban de verdad, su entusiasmo juvenil lo hacía reverdecer, pero también los utilizaba. August Wilhelm Schlegel lo ayudaba en la composición de versos, en las traducciones y en las consultas sobre la Antigüedad, y Friedrich Schlegel era tan culto que podía responder a casi cualquier duda. A cambio, Goethe asesoraba a August Wilhelm en sus continuas disputas con el *Allgemeine Literatur-Zeitung*.(56)[1072]

En julio de 1800, tras una ausencia de siete meses, Goethe decidió de pronto visitar Jena. En Weimar no era capaz de llevar a buen fin ningún trabajo, le dijo a Schiller: «Aquí no puedo concentrarme nunca». Después de haber estado ocupado todo el año con las obras en el castillo y sus deberes en la corte, había llegado el momento de escapar. Goethe hizo las maletas y se marchó en cuanto quedó libre de obligaciones. Schiller lo echó de menos, pero también lo comprendía. Todo lo que Goethe había producido en los últimos cuatro o cinco años, le dijo Schiller a su viejo amigo Körner, lo creó en Jena.[1073]

August Wilhelm Schlegel le había dicho a Goethe que se estaba tranquilo en aquel momento en Jena. Su hermano y Dorothea seguían allí, pero como todos los demás se habían ido, él pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su escritorio, tratando de reducir la cada vez más angustiosa pila de trabajo, ahora que no contaba con la ayuda de Caroline. En lugar de marcharse durante el verano, había decidido quedarse en la ciudad, hincarse en su silla y escribir.[1074]

Y entonces todo cambió. Después de pasar semanas cuidando de su madre, Auguste cayó repentinamente enferma, con fiebre, diarrea y dolorosos calambres de estómago. El 6 de julio, Schelling escribió desde Bocklet a August Wilhelm Schlegel diciéndole que Caroline estaba mucho mejor, pero que Auguste se encontraba indispuesta. Nada grave, le aseguraba, Auguste se pondría bien muy pronto. El médico local de Bocklet le administró opio mezclado con goma arábiga, así como una tintura de ruibarbo, que actuaban como laxantes, quizá la peor de las recetas para sus síntomas, pero muy común en la época. Schelling, que había conocido a varios médicos progresistas en Bamberg antes de llegar a Bocklet, se preocupó por la prescripción, pero tuvo fe en el diagnóstico optimista del médico.

[1075] Caroline, menos confiada, se negó a salir de la habitación de su hija. La fiebre de Auguste continuaba, así como su diarrea, agravada por la medicación. Padecía disentería.

Caroline no podía hacer mucho más que secar suavemente la piel húmeda de su hija, acariciarle el pelo mojado y ayudarla con el orinal. Cuando la fiebre le subía, le cambiaba el camisón a Auguste y sujetaba su cabeza para que pudiera beber y reponer los líquidos perdidos. Quizá le leía con su voz tranquilizadora, o le cogía, sin más, la mano. Los papeles de paciente y cuidador se invirtieron. Ya habían pasado por muchas cosas juntas. En la cárcel de Königstein, siete años antes, había sido la personalidad alegre de su hija la que mantuvo a Caroline en pie. Se necesitaban la una a la otra. Todo el mundo se había dado cuenta de lo mucho que Auguste adoraba a Caroline. Hasta Dorothea veía cómo «se aferraba a su madre con el más profundo amor». Independientemente de lo ocurrido en el pasado, madre e hija siempre se habían tenido la una a la otra.[1076]

Con el paso de los días, Auguste se debilitaba cada vez más y Schelling no tuvo dudas ya de que el tratamiento era inadecuado. Se preocupó tanto que sugirió administrarle opio puro en lugar de mezclarlo con los laxantes. Su interés por los últimos avances médicos era una de las razones por las que se habían detenido en Bamberg de camino a Bocklet. Los médicos de Bamberg practicaban el llamado brownismo o brunonianismo, un nuevo enfoque que consideraba el cuerpo un organismo que había que mantener en equilibrio. En su opinión, la intervención médica debía estar diseñada para ayudar a reforzar el sistema de defensa del cuerpo. Las enfermedades que debilitaban el cuerpo, por ejemplo, debían curarse con métodos de refuerzo como el calor, los alimentos nutritivos y los opiáceos. Los médicos que seguían la doctrina brunoniana renunciaron en gran medida a los vomitivos, los purgantes, los laxantes y las sangrías, los elementos básicos de la práctica vigente en el siglo XVIII y hasta ese momento.[1077]

Pero el médico de Bocklet se negó a aceptar cualquier consejo de un profesor de filosofía, y Auguste siguió empeorando. Finalmente, Schelling y Caroline enviaron un mensajero para que recorriera los cien kilómetros hasta Bamberg y trajese con él al médico que había tratado a Caroline unas semanas antes. Normalmente, el trayecto entre Bocklet y Bamberg era de dos días, pero ni siquiera un jinete rápido habría podido reducir el viaje a menos de un día de ida y otro de vuelta. El médico, por tanto, habría tardado al menos dos días en llegar.[1078]

Entonces ocurrió lo inimaginable. El 12 de julio, ocho días después de caer enferma, Auguste cerró los ojos y no volvió a despertar. Cuando el médico de Bamberg llegó por fin, su cuerpo estaba ya frío.

La negrura cayó sobre Caroline. ¿Cómo iba a sobrevivir sin su querida Auguste? «La luz de mi vida se ha ido», dijo, desesperada, para enmudecer, acto seguido, del todo. No escribía, no hablaba.[1079]

Culpándose por no haber llamado antes al médico de Bamberg, también Schelling cayó en una profunda depresión. Cuando la noticia le llegó a August Wilhelm, en Jena, lloró y lloró desconsoladamente. Estaba «hecho trizas», según le dijo a Luise Gotter, la vieja amiga de Caroline. Se sentía enloquecer, había querido a Auguste como a su propia hija, y abandonó inmediatamente Jena para dirigirse a Bamberg, donde Schelling había llevado a Caroline. «Con el corazón destrozado, solo puedo escribirte unas líneas», le dijo August Wilhelm a Goethe: «Mi hija, a la que tanto he querido, ha muerto de disentería».[1080] Se temía lo peor con respecto a la debilitada madre. ¿Cómo iba Caroline a sobrevivir?

17

«¡OH, QUÉ ESPANTOSA NEGRURA!»

Verano de 1800-primavera de 1801: Las tinieblas

El 24 de julio de 1800, dos días después de dejar Jena, August Wilhelm Schlegel abrazó por fin a su inconsolable esposa. Durante los siete meses siguientes no se separó de ella.[1081] Únicamente estando juntos podían encontrar consuelo. Caroline Schlegel se pasaba las noches en vela, llorando por su hija. «Solo estoy viva a medias», diría, muchas semanas después. «Vago por esta tierra como una sombra». No se atrevía a escribir una sola carta, pero August Wilhelm escribía obsesivamente. «Es como si hubiera estado guardando todas mis lágrimas solo para esto», le dijo a Ludwig Tieck. Evocaba a Auguste en cada página, su personalidad, el gran amor que sentía por ella.[1082] Cuando no pudo soportar más el dolor, viajó a Bocklet desde Bamberg para visitar la tumba. El pequeño y sencillo cementerio del pueblo estaba enclavado en una hondonada baja y rodeado de campo abierto. Era un verano caluroso y los prados cercanos estaban resecos. Aunque el lugar rezumaba calma, la tierra oscura de la tumba aún fresca donde Auguste yacía era un recordatorio visceral de su pérdida. Una única corona de flores, ya marchitas, reposaba junto a ella. August Wilhelm cayó de rodillas y lloró amargamente.[1083]

Friedrich Schlegel también estaba desolado. «Te acompaño con mi pensamiento en tu triste viaje», le escribió a su hermano. A pesar de su reciente rencor y de su rabia, Friedrich había querido a Auguste —su «dulce corazoncito»— como a una traviesa hermana menor. Siempre la trató como a un ser humano plenamente formado, no como a una niña. Le enseñó griego antiguo y aritmética, pero también le contó chismes de adultos. Y sin andarse por las ramas. El día de su duodécimo cumpleaños le describió la naturaleza de su madre como «político-erótica» y unos meses más tarde bromeó sobre el cacareado romance de August Wilhelm con una vecina.[1084]

Tras meses de riñas, Friedrich dejó de lado sus disputas y prometió ocuparse de los asuntos y la correspondencia de August Wilhelm en Jena. «La casa es un páramo desierto», le escribió a su hermano, a finales de julio.[1085] A Dorothea, sin embargo, se la seguían llevando los demonios. Menos de dos semanas después de la muerte de Auguste, le dijo a una amiga que una «desgracia siempre tiene también un lado bueno, como una buena tormenta, de esas que

purifican la atmósfera».[1086] Pero Dorothea no era la única en pie de guerra: hasta Novalis condenaba ahora a Caroline. Al no pensar en nada más que en su amor por Schelling, Caroline había acabado abandonando a su hija.[1087]

Pero ¿por qué Novalis se volvió contra Caroline? Tan afines en temperamento y gustos, se habían adorado el uno al otro desde el mismo instante en que se conocieron. Entre otros motivos, estaban las raíces aristocráticas de Novalis. De algún modo, en lo profundo, Novalis seguía siendo fiel al decoro y las barreras sociales. Aunque se lo considera, a menudo, el más romántico de los jóvenes románticos, en lo concerniente al matrimonio y a las mujeres era, en realidad, mucho más tradicional que los otros. Desde muy joven, anheló la «tranquila felicidad doméstica», y el año anterior había reprendido varias veces a Friedrich Schlegel y a Dorothea por no casarse. El sentido de la libertad de Novalis arraigaba en su interior, pero no en las cosas externas, y de ningún modo en la ruptura de las convenciones.[1088]

El romance de Caroline con Schelling era moralmente inaceptable para él y había dañado su singular amistad. Novalis culpaba ahora a Caroline de todas las tensiones existentes en su grupo. También culpaba a August Wilhelm por haber abandonado a su hijastra al aceptar a Schelling como amante de su esposa. Oh, hermosa y encantadora Auguste, decía, añadiendo que su tez blanca y su esbelta figura «sin duda presagiaban su temprana desaparición», y calificando de pronto, inexplicablemente, a la enérgica y contumaz adolescente de «frágil y delicada». Su muerte debía servirle a Caroline de advertencia —decía—. Alegrémonos por Auguste, le escribió a Friedrich Schlegel, ya que había escapado de un «oscuro destino» y alcanzado un mundo mejor.[1089]

Otros reaccionaron con más amabilidad. Fichte envió sus condolencias desde Berlín,[1090] y un desconsolado Ludwig Tieck se olvidó de todas las desavenencias de los meses anteriores. La muerte de Auguste lo puso todo en perspectiva. ¿Cómo estaba Caroline? ¿Y August Wilhelm? «Si pudiera hacer algo para consolarte», le escribió a este último. La muerte ponía las cosas en su sitio y ellos habían perdido un tiempo precioso. Como amigo, sentía Tieck, no había sido lo suficientemente bueno. «El tiempo pasa demasiado rápido», insistía. «Tenemos que hacer que dure más».[1091]

Su círculo de amigos y conocidos estaba conmocionado. «Esa magnífica muchacha... no puedo creer que haya muerto», escribió un amigo. No podía ser que la vivaz y animada Auguste se hubiera ido: «Tanta vida, en plena flor, y ahora muerta». Otros se preocupaban por el bienestar de Caroline. «Oh Dios mío, mi querida madame Schlegel, no hay nada que pueda decirte para consolarte», le escribió la esposa

de un pintor que se había quedado con ellos el verano anterior, adjuntando un retrato a lápiz de Auguste, la «muchacha celestial». Era la única imagen de su hija que Caroline tenía.[1092] August Wilhelm planeaba, por su parte, encargar un monumento para la tumba, en el cementerio de Bocklet.[1093]

Caroline se sumía en la oscuridad y August Wilhelm temía que ya nunca más la abandonara. ¿Cómo podría recuperarse? Ante aquel «colapso total de sus fuerzas», todo lo que él podía hacer era estar junto a ella. Pidió a su hermano que enviara ropa y libros desde Jena porque había decidido quedarse con Caroline todo el tiempo que fuera necesario. Nada más importaba. Caroline lloraba y lloraba, pero August Wilhelm sabía que nada podría librarla de aquel dolor, ni todo el llanto del mundo.[1094] Estaba junto a su hija, en el cielo —dijo más tarde Caroline— y su propio cuerpo terrenal no era más que una cáscara vacía.[1095]

Schelling, que se había quedado en Bamberg con Caroline y August Wilhelm, empezó a hablar de suicidio. Consumido por su creciente sentimiento de culpa, no podía soportar ver el dolor de Caroline, de modo que optó por apartarse y la dejó al cuidado de su marido.[1096]

En Jena, Dorothea se mostraba cada vez más desquiciada, diciendo a diestro y siniestro que Auguste no había muerto de disentería, sino a causa de los numerosos traumas emocionales que había sufrido a lo largo de los años. Con semejantes trastornos, no era de extrañar que la pobre muchacha se hubiera ido y que «por supuesto, dada su peculiar y precoz madurez», hubiera muerto tan joven. Sin duda —según decía —, fue un gran error tratar a Auguste como a un adulto. Pero no se quedó ahí. Culpó también a Schelling de su muerte. Unos amigos de Jena, que habían estado en Bocklet en aquella época, le contaron que Schelling había ignorado los consejos del médico local y había tratado a la enferma con remedios equivocados. Dorothea, alimentando así el remordimiento de Schelling, los acusó a él y a Caroline de no haber llamado a un médico experimentado de Bamberg hasta que Auguste no estuvo medio muerta, «hasta que no estuvo fría de cintura para abajo». Con Caroline se cebaba especialmente: «¡Y ahora este luto ostentoso!», proseguía. Sin haberla visto siquiera ni hablado con ella, afirmó que Caroline estaba demasiado sana y compuesta, que no lloraba de verdad la muerte de su hija.[1097]

Mientras tanto, Friedrich Schlegel aprovechó la prolongada ausencia de Schelling en Jena y anunció una serie de conferencias sobre filosofía trascendental para el siguiente semestre de invierno. Necesitaba desesperadamente dinero. Cuando August Wilhelm le aconsejó que no lo hiciera, Friedrich se sintió confundido. ¿Por qué

no, le preguntó a su hermano, a principios de agosto de 1800, «acaso te has enterado de que Schelling va a volver o algo así?».[1098] Necesitaba saberlo urgentemente —le escribió—. Incluso el siempre seguro de sí mismo y fanfarrón Friedrich Schlegel tuvo que admitir que nunca sería capaz de atraer a los estudiantes del profesor más popular de la universidad si también él estaba en Jena. ¿Por qué nadie le contaba sus planes? ¿Iba a venir alguien por fin? ¿Qué pasaba con Caroline? ¿Y con August Wilhelm? Friedrich no tenía ni idea de quién volvía y quién no. Un mes más tarde, seguía instando a su hermano a que le comunicara «cualquier noticia sobre el regreso de Schelling».[1099]

Para distraerse, Friedrich empezó a coquetear con Sophie Mereau, la novelista y poeta que seguía atrapada en un matrimonio sin amor y enredada en numerosos amoríos. En el pasado habían coincidido en fiestas y cenas, y Friedrich siempre se había sentido atraído por ella. Admiraba su belleza, su sensibilidad poética y su sexualidad visceral. Elogió su escritura, pero también le pidió que pensara en él «vestida o desnuda», y firmó una apasionada carta de amor con un: «Tu ardiente Friedrich».[1100]

No le importaba ya lo mucho que Dorothea había tenido que sacrificar por él, ni haber condenado a Caroline al ostracismo por su aventura con Schelling; por más que abogara por la igualdad entre hombres y mujeres en sus escritos, todo lo que deseaba ahora era tener a la esbelta Sophie Mereau entre sus brazos. «No renuncies a tu ligereza, entrégate sin trabas, con lascivia», le pedía. Al cabo de unas semanas, Sophie se hartó de las insinuaciones de Friedrich y mantuvo las distancias. Dorothea no sospechó nada. La aventura, si es que puede llamarse así, terminó casi tan rápidamente como empezó. Sin embargo, más tarde, ese mismo año, Friedrich se embarcó en un breve coqueteo con Karoline Paulus, la esposa de uno de los profesores de Jena y amiga de Dorothea.[1101] Esta, que ya tenía treinta y seis años, contraatacó con un breve romance con el científico de veintitrés, Johann Wilhelm Ritter. Años más tarde, un amigo dijo que Dorothea le había «ofrecido sexo [a Ritter] a modo de rito iniciático para unirse a la cuadrilla».(57)[1102]

Goethe compensó su ausencia de Jena, que había durado seis meses, en la segunda mitad de 1800.[1103] Por fin pudo concentrarse en su propio trabajo y, como siempre, se embarcó en numerosos proyectos a la vez, traduciendo una obra de Voltaire, estudiando la clasificación botánica y la anatomía de los insectos, y diseccionando un pie humano junto al profesor de anatomía. También retomó su manuscrito de *Fausto*: «Hoy he resuelto un pequeño rompecabezas en *Fausto*», le escribió a Schiller el 26 de agosto.

Goethe, que no podía contar más que con el menor de los Schlegel,

se dirigió a él para pedirle ayuda. Tenía problemas con la métrica en una de las escenas de *Fausto*. Pero, sobre todo, hablaron de filosofía. El poeta le confesó a Schiller que la poesía había quedado de nuevo relegada a un segundo plano, pero «no puedo culpar a nadie más que a mí mismo», le decía. Siempre que necesitaba compañía, Goethe enviaba una breve nota a Friedrich Schlegel pidiéndole que se reunieran para dar un paseo o cenar. Al principio, a Friedrich le encantó tanta atención, pero, a diferencia de su diligente hermano, las periódicas citaciones no tardaron en irritarlo. Por muy halagador que fuera el interés de Goethe, consumía demasiado tiempo. «Ya le he sacado todo lo que podía conseguir de él», se jactaba Friedrich, y, de todos modos, tenía la sensación de que Goethe nunca llegaría a entender su pensamiento.[1104]

También Novalis apareció por allí aquel otoño. Tosiendo sangre, casi sin poder respirar y con violentos calambres en el estómago, acudió a la consulta del doctor Stark.[1105] Para intentar reponerse, ya había cambiado radicalmente su dieta: bebía muy poco vino, apenas comía carne y vivía básicamente de leche y verduras. Friedrich Schlegel y Dorothea se quedaron muy impresionados al ver la fragilidad de su amigo. «Su aspecto nos pareció lamentable», le comunicaron a August Wilhelm en septiembre de 1800.[1106]

En octubre de 1800, poco más de tres meses después de la muerte de Auguste, Schelling, August Wilhelm y Caroline Schlegel abandonaron Bamberg. Schelling se dirigió a Jena y August Wilhelm llevó a Caroline junto a su madre y su hermana Luise, que aún vivían en Brunswick. A los pocos días de su llegada, Caroline volvió a caer enferma de fiebre nerviosa, y estuvo tan débil que rara vez salía de su habitación. August Wilhelm retrasó su partida a Jena. No podía dejarla así. Durante los cuatro meses siguientes, la pareja vivió en Brunswick con la hermana y la madre de Caroline.[1107] Poco a poco, a medida que Caroline salía de su dolor, August Wilhelm empezó a tentarla para que trabajara junto a él en otra traducción de Shakespeare. Volvieron a su antiguo ritmo, pero con más ternura y amabilidad. «Puedo vivir sin amor», había dicho Caroline muchos años antes, «pero si me quitan la amistad, me quitan todo lo que me hace amar la vida».[1108]

Schelling, de vuelta ya en Jena, reclamó a los estudiantes que se habían apuntado a las clases de filosofía de Friedrich Schlegel. No resultó difícil, Friedrich era un pésimo profesor: su único incentivo había sido el dinero, y se había aburrido enseguida. Los alumnos eran «indeciblemente estúpidos», le comentó Friedrich a su hermano dos semanas después de su primera conferencia. Ellos, a su vez, lo

encontraban a él incomprensible.[1109]

Llevando solo unas pocas notas en una única hoja de papel —«+ = φ ∩ y otros garabatos por el estilo», le contó Dorothea a August Wilhelm—, Friedrich Schlegel pecaba de dejadez y arrogancia. A diferencia de Fichte o Schelling, que pasaban semanas preparando sus lecciones, Friedrich creía en la improvisación. Después de todo —pensaba— hablar desde un atril no era tan diferente de exponerles sus teorías a sus amigos desde el sillón de su casa. Como era de esperar, los estudiantes no aprendían gran cosa y volvieron en masa al auditorio de Schelling. A juicio de este, Friedrich Schlegel estaba «muerto y enterrado».[1110]

Pero debajo de aquel orgullo fanfarrón, Schelling se sentía solo y desdichado, desgarrado por la culpa y echando desesperadamente de menos a Caroline. Sin embargo, en lugar de intentar consolarla, se encerró cada vez más en sí mismo, alimentando su dolor y los pensamientos suicidas.[1111]

En Brunswick, Caroline iba volviendo poco a poco al mundo de los vivos. La muerte de Auguste había sido el momento más negro de su vida, nada podría reemplazar nunca el halo de luz y felicidad que irradiaba en su hija; pero eso no significaba que no hubiera esperanza. Caroline siempre había sido capaz de encontrar la alegría en las cosas más pequeñas: cuando sus otros tres hijos murieron, cuando descubrió que estaba embarazada durante su encarcelamiento en Königstein, cuando la trataron después como una apestada, cuando Friedrich Schlegel y Dorothea se volvieron contra ella... Caroline siempre había encontrado algo para alegrar su corazón. Un libro, una flor, una sonrisa, o el tamborileo de la lluvia contra la ventana mientras estaba sentada en su escritorio. Durante toda su vida, esos pequeños momentos le habían proporcionado la fuerza necesaria para convertir el dolor en luz. Y volverían a hacerlo.[1112]

En su interior, había algo indestructible, capaz de vencer al trauma y la desesperación. Era como si ella fuese la encarnación misma de la filosofía del *Ich*. No escribía tratados teóricos ni ensayos, pero vivía y respiraba las nuevas ideas filosóficas. Era la encarnación del yo libre y dueño de su potencial. La vida no paraba de ponerle obstáculos, pero nunca se rendía. Siempre había tomado las riendas de su propio destino. «A pesar de Dios y de los hombres, quiero ser feliz», dijo una vez. No estaba dispuesta a sucumbir a la amargura.[1113]

Desde Brunswick, le enviaba a Schelling cartas de consuelo. «Mi corazón, mi vida, te amo con todo mi ser. No lo dudes». Cómo deseaba poder disipar la «espantosa negrura» que lo envolvía. Sí, todo parecía oscuro ahora —le dijo—, pero un día volverían a ver el cielo azul y a

sentir el sol dorado en sus rostros. Si la amaba de verdad, no tendría más remedio que dejar de hablar sobre la muerte en sus cartas. En Navidad, le envió un abrigo —«Le di órdenes estrictas de que te abrazara con fuerza y te mantuviera caliente»— y él le envió un anillo: «Mi primera, mi única y verdadera alianza», le respondió ella.[1114]

Profundamente preocupada, Caroline salió de su largo silencio y le escribió a Goethe, a finales de noviembre de 1800, para pedirle que cuidara de su amante. Schelling se había sumido en «un estado de ánimo que probablemente acabaría destrozándolo para siempre» —le decía—, y solo Goethe podía ayudarlo.[1115] El poeta mayor y el joven filósofo habían ido intimando cada vez más en los últimos dos años y Schelling confiaba en Goethe casi como en un padre. Ella estaba demasiado cansada y enferma para poder ayudarlo —le dijo Caroline— pero él, Goethe, era como un rayo de sol, capaz de dispersar la oscuridad en la que Schelling estaba preso. Caroline instó a Goethe a mirar más allá de la aparente desenvoltura y la coraza de hierro que acostumbraba a lucir su amante de cara al exterior.

De manera que cuando Goethe dejó Jena, tras una visita de dos semanas, a finales de diciembre, invitó a Schelling a acompañarle. Schelling aceptó y se quedó más de una semana, incluso lo convenció para que asistiera a un elegante baile de máscaras en la corte de Weimar, en Nochevieja. En su papel de encargado del baile, Goethe se había lucido. Las salas donde los invitados bailaban y bebían estaban iluminadas con cientos de velas. La música no dejó de sonar mientras todos charlaban, solo Schelling permanecía callado. Cuando se oyeron las campanadas de medianoche, Goethe condujo a su joven amigo y a Schiller a un pequeño salón, alejado de la fiesta. La mesa estaba cargada de botellas y, con el flujo incesante de champán. Goethe se iba poniendo cada vez más contento, mientras Schiller se ponía cada vez más serio y disertaba largamente sobre estética. De vez en cuando, Goethe intentaba interrumpir a su solemne amigo, bromeando y tomándole el pelo, pero Schiller se negaba a que lo distrajeran y proseguía con su árida charla. Schelling no abrió la boca.[1116]

En Brunswick, las celebraciones de Año Nuevo fueron más sobrias. Caroline y August Wilhelm Schlegel se quedaron en casa. Como no se encontraba bien, August Wilhelm durmió toda la noche en el sofá de la habitación de Caroline mientras ella estaba abajo, en el salón. Cuando el reloj marcó las doce, subió a despertar a August Wilhelm y lo encontró bajando hacia ella. «Así que nos encontramos en la escalera como los dos siglos»,(58) le escribió a Schelling. Su alma, sin embargo, estaba con su amante, como su anillo en su dedo.[1117]

Pocos días después de las fastuosas celebraciones en Weimar, Goethe cayó repentinamente tan enfermo que todo el mundo temió por su vida. Con fiebres altas, violentos ataques de tos y un doloroso brote de llagas en la boca y la garganta, apenas podía respirar y sentía que se asfixiaba. Su ojo izquierdo se infectó tanto que sobresalía como una pelota de su cuenca y goteaba pus sobre su mejilla. Cuando los ganglios, la cabeza y el cuello se le hincharon también, una erupción se extendió por su cara y empezó a delirar tan intensamente que no reconocía a nadie. El doctor Stark se trasladó de Jena a Weimar y le recetó una sangría y baños de pies. Christiane se ocupó de él, su hijo August tenía prohibido hablar y gritar y Schiller acudía todos los días a sentarse junto a la cama de su amigo.[1118]

Por las noches, Goethe tenía sueños vívidos y febriles. Sorprendentemente, el tema principal de estos desvaríos nocturnos era la *Naturphilosophie* de Schelling, según le comunicó sorprendido al joven filósofo. Al parecer, Goethe había interiorizado las ideas de Schelling tan profundamente que habían llegado a ocupar su mente inconsciente. Y al hacerlo, bromeó más tarde, casi se perdió a sí mismo. Goethe se refería una y otra vez a su recuperación, que fue avanzando lentamente, como su «reincorporación a la vida». El mayor alivio, le escribió después a un amigo, fue «reconocerme de nuevo en mi propio ser cuando volvió a mí la conciencia». ¿Qué quería decir? ¿Que volvía a tener el control de sus propios pensamientos? ¿O que había abandonado los desconcertantes peligros de un yo libre de restricciones?[1119]

El delirio desencadenó algo en él que lo hizo pensar de nuevo en *Fausto*, la obra que había estado escribiendo de forma intermitente durante tres décadas. Escribió parte de ella a principios de la década de 1770 y luego continuó con la tarea a finales de la década de 1780. En 1790 publicó algunas escenas con el título *Fausto*. *Un fragmento*, pero solo retomó el material poco después de la larga estancia de Alexander von Humboldt en Jena, en 1797. Desde entonces, animado por Schiller, había trabajado en la obra, pero nunca más de unos pocos días seguidos.[1120]

Cuando se recuperó del todo, a principios de febrero de 1801, sacó inmediatamente del cajón de su escritorio el manuscrito de *Fausto*. Durante las cuatro semanas siguientes trabajó en él casi a diario. Comenzó a componer las escenas que él llamaba el «gran vacío», y que unían el principio y las secciones posteriores, ya terminadas. Estas escenas que faltaban eran las causantes del estancamiento que había sufrido en los dos últimos años. Una de ellas era la del pacto entre Fausto y Mefistófeles, un momento crucial. La escena, que conforma la parte central de la obra, está salpicada de alusiones a la *Naturphilosophie* y al idealismo de Schelling.[1121]

Y he aquí el *Fausto* de Goethe maldiciendo su incapacidad para captar la cosa en sí, el mundo real, porque su mente está cegada y confundida por las cosas tal como se nos aparecen ante los sentidos:

> *Maldita sea la ilusión,*
> *malditos sean el sueño y el engaño,*
> *que halagan nuestra candidez...* [1122]

O, unas líneas más adelante, el coro de espíritus que acusa a Fausto de haber destruido el mundo y le exige que lo reconstruya dentro de su mente:

> *¡Que nazca otra vez dentro de ti!*
> *Y sea más admirable aún...* [1123]

En una de las escenas que Goethe escribió después de su enfermedad, Fausto intenta darle sentido a todo. ¿Cómo empezó el mundo?, se pregunta. «En el principio era el *Verbo*», afirma entonces, pero poco después lo descarta. «En el principio era el *Pensamiento*», dice a continuación, pero de nuevo lo rechaza. Se pregunta entonces si «En el principio» no sería «el *Poder*», eso funciona mejor. Pero también lo desecha. Finalmente, un espíritu lo conduce a una respuesta sacada directamente de la filosofía del *Ich* de Fichte y de la *Naturphilosophie* de Schelling: «En el principio fue el *Acto*», esto es, el acto fundacional del universo, o el acto original del *Ich* proponiéndose a sí mismo. [1124]

Schelling se referiría más tarde a *Fausto* como la «quintaesencia, el destilado más puro y más profundo de nuestra época». [1125] En su obra, Goethe entreteje muchos de los temas predilectos de él y del Círculo de Jena, como la fusión del arte y la ciencia, los escollos del racionalismo, la unidad del hombre y la naturaleza y, por supuesto, el yo y la subjetividad. En el centro está la relación entre el hombre y la naturaleza, con Fausto tratando desesperadamente de comprender esta como un todo interconectado, y exclamando en la primera escena:

> *Cómo se mueve cada cosa,*
> *cómo palpita y se entrelaza... ¡En un todo!*
> *Cómo da cada parte y recibe.* [1126]

Mientras Goethe deliraba con la *Naturphilosophie* de Schelling, inmerso en sus sueños febriles, el joven filósofo se enfrentaba a sus propios demonios. Se sentía desgarrado. En una carta, colmaba a Caroline de declaraciones apasionadas, mientras que en la siguiente insinuaba que podía suicidarse. A veces la acusaba de no quererle, para luego amenazar con dejarla. Sus cambios de humor eran tan extremos que

Caroline estaba perdida. A pesar de su propio dolor, intentaba por todos los medios que se sintiera seguro del compromiso de ella y de su amor por él. Cuando le recordó su propio dolor, Schelling recalcó que no se merecían el uno al otro después de lo que le había pasado a Auguste.

Hasta ese momento, a Schelling le había sonreído el éxito. Fue un estudiante excepcional que superaba a sus compañeros, publicó su primer libro a los veinte años, cuando aún era un alumno del Tübinger Stift, y lo habían nombrado profesor en una de las mejores universidades de los territorios alemanes solo tres años después. Formaba parte de un grupo de hombres y mujeres que creían haber desencadenado una revolución de la mente. Goethe, el más grande poeta alemán, lo admiraba. Había inspirado a una nueva generación de estudiantes. Y el amor de una mujer extraordinaria, fuerte, lo había hecho sentirse vivo. No, Schelling no estaba acostumbrado a los traumas y a la oscuridad. Por eso, cuando la pena lo engulló, no supo qué hacer. En lugar de abrirle su corazón a Caroline, la atacó.[1127]

«No me dejes, te amo», le imploró Caroline. «Oh, no interrumpas la suave deriva de mi dolor, mi querido Schelling, haciéndome derramar también amargas lágrimas por ti». Si ella había sido capaz de encontrar la fuerza para sobrevivir, ¿por qué no podía él? Le prometió que muy pronto estaría de vuelta en Jena. Leía sus cartas una y otra vez, desesperada, cuando él no le escribía. En otra ocasión, Schelling dejó caer que ella podría serle infiel algún día. ¿No había traicionado acaso a su propio marido por él? «No te burles de mí», le respondió ella, «serme fiel a mí misma significa serte fiel a ti».[1128]

Si lo que quería era condenarla, le advirtió, sería más amable de su parte abandonarla que mortificarla con acusaciones. Pero, a pesar de todo, la mayoría de sus cartas rebosaban ternura y amor. Le prometió que serían siempre el uno para el otro y que nunca abandonaría, dijo, «mi todo». Caroline confiaba en Schelling, y él debía también —le pidió— confiar en ella. «Quiéreme», le insistía. «Oh, pero ¿por qué estás tan triste?». Su melancolía la desgarraba. Comparaba sus respectivos estados de ánimo con términos sacados de la geografía: él era el oscuro y tormentoso Norte, escribió, «así que ven y quédate en mi Sur, ven, tú, mi más amado».[1129]

A principios de enero de 1801 llegó a Jena Georg Wilhelm Friedrich Hegel, antiguo compañero de habitación de Schelling en Tubinga. Wilhelm, como lo llamaba su familia, tenía treinta años, era casi cinco años mayor que Schelling y hablaba el mismo tosco dialecto suabo. Ya de estudiante, Hegel parecía mayor que sus contemporáneos. Los amigos del Tübinger Stift se burlaban de él por su afición al estudio, y

lo caricaturizaban dibujándolo encorvado y calvo, y llamándolo «el Viejo». En su rostro destacaban sus grandes ojos azules, serios y de párpados pesados. Si el joven Schelling había escrito un libro tras otro, Hegel se había dedicado a reflexionar, a leer, a tomarse su tiempo. Pese a esta descripción, lo cierto es que Hegel no era un misántropo introvertido, sino todo lo contrario: un tipo sociable y jovial al que le gustaba coquetear. Le encantaba el vino y jugaba a las cartas siempre que había ocasión, y no era un soñador ni un insensato. Tenía los pies en la tierra y rara vez mostraba sus sentimientos y emociones. En un viaje por los Alpes, por ejemplo, no se dejó impresionar por las majestuosas cumbres nevadas. La naturaleza no tenía nada que decirle. En cambio, los aspectos técnicos de la fabricación del queso suizo sí, cosa que le interesó mucho. Era concienzudo y nada propenso a los arrebatos.[1130]

Como tantos jóvenes eruditos sin ingresos, Hegel estuvo trabajando como profesor particular después de dejar el Tübinger Stift, en 1793. Mientras Schelling hacía historia como el profesor de filosofía más joven de Jena, a Hegel lo contrató primero una familia adinerada de Suiza y luego otra de Frankfurt. No había tenido mucho tiempo para dedicarse a sus propios escritos. En Suiza, se había sentido aislado, lejos de las últimas corrientes filosóficas, y se alegró de marcharse a Frankfurt en 1797, cuando su otro antiguo compañero de habitación en Tubinga, el poeta Friedrich Hölderlin, le encontró allí un puesto de tutor. Fue Hölderlin quien arrastró a Hegel al mundo de la filosofía del *Ich* de Fichte y al concepto de libre albedrío.[1131]

Entonces, en enero de 1799, murió su padre, dejándole el dinero suficiente para asegurarle su independencia durante unos años, pero Hegel, que nunca se caracterizó por su firmeza y por su arrojo, esperó casi dos años aún, antes de renunciar a su puesto en Frankfurt. Todo en su vida era meditado, deliberado, paulatino, modificado gradualmente. Pero Hegel estaba seguro desde hacía tiempo de que quería vivir en Jena, el centro de la nueva filosofía, cerca de su famoso amigo Schelling. No dejó por ello de preguntarse, sin embargo, si no sería más sensato ir antes a otra ciudad universitaria para hacer una prueba, «antes de exponerme al torbellino literario de Jena», tal como le escribió a Schelling.[1132]

Y cuando finalmente se decidió y llegó a Jena, el torbellino literario casi no existía ya. Fichte estaba en Berlín, al igual que Ludwig Tieck, y Novalis seguía demasiado enfermo como para visitarlo; August Wilhelm y Caroline Schlegel estaban en Brunswick, Schiller se había trasladado a Weimar y los únicos que quedaban —Schelling y Friedrich Schlegel— no se hablaban.

Pero Schelling estaba encantado de tener a su viejo amigo en la ciudad. Necesitaba un contrincante filosófico. Goethe se había

convertido en un amigo y mentor de confianza, pero en lo que respecta a la filosofía, Schelling siempre había sido el maestro. Además, sentía que había llegado a un callejón sin salida. Apesadumbrado, agotado y vacío, percibía que Jena estaba en decadencia y presentía que pronto llegaría su fin. Los viejos amigos se habían distanciado, la chispeante sed de vida de Caroline se había debilitado por la pérdida de Auguste y, lo que era peor, no había regresado aún de Brunswick.[1133]

El mundo estaba cambiando. Incluso la guerra con Francia había terminado. Tras el audaz cruce de los Alpes por parte de Napoleón rumbo a Italia en mayo de 1800, se habían sucedido más victorias francesas; y no solo en Italia, sino también en los territorios del sur de Alemania y en Austria. Las campañas francesas habían sido tan exitosas y decisivas que, a principios de febrero de 1801 —apenas un mes después de la llegada de Hegel a Jena—, Napoleón obligaría al Sacro Imperio Romano Germánico a firmar el Tratado de Lunéville. Los territorios alemanes al oeste del Rin fueron cedidos a Francia, al igual que algunas zonas de los Países Bajos y del norte y el centro de Italia. Solo los británicos siguieron luchando contra los franceses.

Mientras la República francesa y el imperio firmaban su tratado de paz, August Wilhelm Schlegel y Caroline acordaban los nuevos términos de su relación. Tras siete meses cuidando de ella, August Wilhelm sintió que había cumplido con su deber. No podía dedicarse a Caroline para siempre. Era obvio que ella amaba a Schelling y que había llegado el momento de ocuparse de sí mismo. August Wilhelm no quería volver a las ruinas de su antigua vida en Jena. En los cinco años de su matrimonio, Caroline había sido su amiga más fiel, pero entre ellos ya no había más que amistad. Así que la pareja acordó que August Wilhelm abandonaría Brunswick a finales de febrero de 1801 para dirigirse a Berlín.[1134]

Una vez allí, se lanzó de nuevo a los brazos de su antigua amante, la famosa actriz Friederike Unzelmann. Hermosa y, por desgracia, casada, le había alegrado la estancia en Berlín en 1798, antes de las vacaciones de verano de los amigos en Dresde. Era el momento de volver a disfrutar de la vida. Pero incluso entonces, August Wilhelm y Caroline no dejaron de mantener correspondencia regularmente. ¿Cómo era el lugar donde se alojaba en Berlín?, le preguntaba ella. ¿Estaba a gusto? ¿Dormía bien? ¿Necesitaba alguna cosa? ¿Y cómo se encontraba su «pequeña Unzeline»? ¿Cómo le iba en su trabajo? [1135]

Al volver a la vida, Caroline empezó a salpicar de nuevo sus cartas de sabios consejos, noticias y cotilleos. Las respuestas de él, más comedidas, estaban repletas de noticias literarias y comentarios sobre su obra. Caroline insistía en que August Wilhelm no debía seguir

escribiendo críticas, sino concentrarse en su poesía, porque «cuando el mundo arda como un trozo de papel, las obras de arte serán las últimas pavesas vivas». Debía ignorar también a los críticos molestos. Echaba de menos a su marido. «Por favor, escríbeme a menudo». Para distraerse, tradujo al alemán partes del *Decamerón*, escrito en el siglo XV por el italiano Boccaccio, pero el trabajo no era lo mismo sin él. Siempre le había gustado colaborar con August Wilhelm.[1136]

Y la tragedia golpeó de nuevo. En Brunswick, a principios de marzo, poco después de la partida de August Wilhelm, la hermana de Caroline, Luise, perdió a su hijo pequeño a causa de una corta y repentina enfermedad. El bebé había sido un niño alegre y vivaz. Durante una semana se retorció tan furiosamente en los brazos de Caroline que apenas podía sostenerlo; a la siguiente ya estaba muerto. Ella fue quien acunó el pequeño cuerpo mientras se enfriaba. Y el corazón se le volvió a romper cuando vio sus ojos cerrarse por última vez. El dolor de Luise sumió de nuevo a Caroline en una espiral de negrura. El bebé había seguido a Auguste, le escribió a August Wilhelm en una larga y emotiva carta, «y en plena noche besé fuertemente sus labios y lo dejé en manos de ella». Auguste estaba en todas partes. Había llegado el momento de dejar Brunswick y de volver a Jena.[1137]

A finales de marzo de 1801, mientras Caroline se preparaba para su partida, Friedrich Schlegel recorrió a galope los cincuenta kilómetros entre Jena y Weißenfels. Era una carrera contra el tiempo. Novalis llevaba nueve meses enfermo, tosiendo sangre, sufriendo insoportables dolores abdominales y con dificultades para respirar. Tenía tuberculosis y sus médicos le habían dado unos días como máximo. Pero estaba en paz, y con la poca energía que le quedaba había dictado una carta a Friedrich Schlegel, pidiéndole que le visitara por última vez.

Los tratamientos del doctor Stark, a quien Novalis vio por última vez en Jena, en septiembre de 1800, no habían surtido efecto. Un mes después, sus padres lo llevaron a los mejores médicos de Dresde. Dos de sus hermanos lo acompañaron también, junto con Julie von Charpentier, su prometida. Estando aún allí, en noviembre, les llegó la terrible noticia de que el más pequeño de la familia, Bernhard, de trece años, se había ahogado en el Saale, en Weißenfels. Conmocionado, Novalis sufrió una hemorragia tan violenta que ya nunca más llegó a recuperarse.[1138] En Dresde, durante los fríos días de diciembre y enero, el médico le prescribió excursiones diarias de cuatro horas en un carruaje abierto para despejar el pecho y la respiración, pero no sirvió de nada. Tras semanas de purgas e

hipnosis, ingiriendo grandes cantidades de quinina y bebiendo únicamente leche de burra, Novalis se sentía peor que nunca. Demacrado y sin fuerzas, no paraba de toser sangre.[1139]

Charlotte Ernst, la hermana mayor de Friedrich y August Wilhelm Schlegel, seguía viviendo en Dresde y lo visitaba casi a diario. Ponía al día a sus hermanos con regularidad. Novalis era una sombra de lo que había sido, estaba casi irreconocible —informó, en enero de 1801— y su estado era tan terminal que su prometida, Julie, se derrumbaba, anegada en lágrimas. Sus palabras, otrora tan rápidas que era difícil seguir sus pensamientos, apenas le salían ahora de la boca. Se tumbaba en el sofá y a menudo se quedaba dormido mientras los demás hablaban. Tenía el aspecto de «un muerto», escribió Charlotte. «Me duele no poder hablar», le escribió Novalis a Ludwig Tieck a principios de enero, «cuando hablar es prácticamente indispensable para mi pensamiento».

A mediados de enero, cuando los médicos llegaron a la conclusión de que no se podía hacer nada más, el padre de Novalis llevó a su hijo a casa, a Weißenfels. Allí comenzó a sentirse un poco mejor. Volvió a tener esperanzas y le dijo a su hermano Karl que, una vez recuperado, «oirás lo que es la verdadera poesía: tengo magníficos poemas y canciones en mi cabeza».[1140] Pero entonces, el 19 de marzo de 1801, cuando se cumplía el cuarto aniversario de la muerte de Sophie von Kühn, Novalis empeoró rápidamente. La noticia corrió por todo el país. Friedrich Schlegel informó a su hermano, quien a su vez informó a Caroline. Ludwig Tieck no podía soportar la idea de perder a Novalis. «Los buenos mueren», le escribió desde Berlín a Friedrich Schlegel, «y los villanos viven, para fastidiar a Dios y al diablo».[1141]

Cuando Caroline Schlegel se enteró de la enfermedad de Novalis, lo envidió porque pronto se reuniría en el cielo con su primer amor, Sophie von Kühn. Ella también habría preferido seguir a Auguste. Pero Caroline no podía perdonarlo por culparla de la muerte de Auguste: «No lo lamentaré cuando se haya ido», escribió.[1142]

Cuando Friedrich Schlegel llegó a Weißenfels, el 23 de marzo de 1801, se quedó profundamente impresionado. Aunque la hermana de Novalis se lo había advertido, Friedrich no había sido capaz de imaginarse a su amigo despojado de toda energía y vida. Sus pies estaban hinchados, al igual que su otrora bello rostro. Parecía desfigurado, le escribió a August Wilhelm. Durante dos largos días, Friedrich permaneció sentado junto a la cama de Novalis. Cuando este se despertaba, él le hablaba sobre sus últimos trabajos e ideas.[1143]

El 25 de marzo, tras una buena noche en la que pudo descansar, Novalis leyó un poco e incluso desayunó. Pero a las ocho de la mañana, el médico lo examinó y advirtió a todos de que aquel podría

ser su último día. Poco después, Novalis le pidió a su hermano que tocara el piano y, mientras la música llenaba el aire, cerró los ojos. A veces resollaba un poco, a veces se despertaba y soltaba incoherencias. Friedrich Schlegel escuchaba la ronca respiración de su mejor amigo. Justo después del mediodía, su respiración cesó definitivamente. Tenía veintiocho años.[1144]

Su muerte fue dulce. «Es casi imposible creer que exista una muerte tan suave y hermosa», le escribió Friedrich Schlegel a su hermano dos días después. Estaba demasiado afectado para decir más, pero se alegraba de haber podido estar con su mejor amigo en sus últimos momentos.[1145] A medida que la devastadora noticia se extendía por el grupo, saltaba a la vista lo mucho que este había cambiado. La muerte de Novalis fue como una amputación, le escribió Ludwig Tieck a Friedrich Schlegel. «Nuestra vida es compartida, como todas deberían ser», acababa diciendo Tieck en su carta, «pero ahora esa unidad se ha roto de la forma más cruel posible».[1146] El vacío que dejó Novalis, coincidía Friedrich Schlegel, no podrá, probablemente, llenarse de nuevo nunca. Novalis era nada menos que «divino».[1147] Siempre hubo en él algo casi mítico, como de otro mundo. Tieck confesó ahora que había tenido la premonición de que Novalis moriría joven. «Lo había visto como un hombre muerto», escribió. Poco después del fallecimiento de Sophie, el propio Novalis había dicho, casi proféticamente, «en plena flor, en plena juventud, habré de dejarlo todo».[1148]

Pero su obra sobrevivió: *Pollen*, su colección de fragmentos, junto con su magnífica inmortalización de Sophie en los *Himnos a la noche*. Después de eso, se había dedicado a escribir novelas. «La filosofía ya solo descansa tranquilamente en mis estantes», dijo.[1149] Había trabajado en *Enrique de Ofterdingen*, una novela ambientada en la Edad Media en la que el poeta protagonista busca una esquiva «Flor Azul», símbolo del anhelo de amor eterno, del autodescubrimiento y de la unidad perdida con la naturaleza. Novalis jugaba en ella una vez más con la tensión entre realidad y fantasía al incluir sueños, cuentos de hadas y canciones. Al igual que la *Lucinde* de Friedrich Schlegel, su *Enrique de Ofterdingen* también seguía líneas argumentales inconexas y era un libro deliberadamente fragmentario. ¿No debería una novela incluir todo tipo de estilos, unidos en un orden variable y animados por un espíritu común?, se había preguntado Novalis. Cuando Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck leyeron el borrador de la primera parte de la novela el año anterior, les encantó. Pero eso era todo lo que alcanzó a escribir. No obstante, aquel libro había que publicarlo, sin duda, acordaron los amigos. La cuestión era cómo...[1150]

August Wilhelm Schlegel sugirió que Ludwig Tieck lo completara. Al fin y al cabo, Tieck era novelista y había sido uno de los grandes

amigos de Novalis. Al oír esto, Friedrich Schlegel estalló. El propósito era absurdo, les escribió a su hermano y a Tieck en abril de 1801, solo tres semanas después de la muerte de Novalis. La idea de que otra persona completara la exquisita obra de Novalis era «sacrílega, atroz, blasfema, impía». ¿Es que se habían perdido todo respeto y reverencia? ¿Cómo podría alguien más llevar a buen fin un comienzo tan glorioso? El corazón y el alma de la novela estaban «muy lejos de todo lo que Tieck dice o puede decir», y nadie iba a tocar aquel «fragmento divino» de Novalis. Sí, había que publicarlo, pero nadie podía añadir una palabra.[1151]

18
«CUANDO LOS FILÓSOFOS EMPIEZAN A COMERSE LOS UNOS A LOS OTROS COMO RATAS HAMBRIENTAS»
Primavera de 1801-primavera de 1803: Separaciones

Tras pasar seis meses en Brunswick, Caroline partió el 21 de abril de 1801.[1152] Tardó tres días en recorrer los poco más de doscientos setenta y tres kilómetros que la separaban de Jena y, a medida que se iba acercando a su destino, su inquietud crecía. Con August Wilhelm Schlegel en Berlín, y las cartas de Schelling taciturnas aún, sombrías, no sabía muy bien a qué atenerse. Aunque Friedrich Schlegel y Dorothea Veit se habían mudado de la casa de Leutragasse a su propio apartamento, no se habían ido muy lejos, y Jena era pequeña. Caroline temía, sobre todo, volver a las habitaciones donde todo le recordaría a Auguste.

El 23 de abril de 1801, cuando la noche se cernía sobre la ciudad, llegó a su casa. Había pasado casi exactamente un año desde que ella y Auguste salieron camino de Bamberg y luego de Bocklet. Agotada por el largo viaje, entró en la vivienda, donde reinaba un extraño silencio. La suciedad y el abandono se habían adueñado de las habitaciones. No solo faltaba el piano, que Friedrich y Dorothea se habían llevado a su nuevo apartamento, tampoco estaban los somieres, y gran parte de su precioso juego de porcelana y cristal estaba rota. «Te ahorraré todos los detalles», le escribió de inmediato a August Wilhelm. Pero no solo faltaban todo tipo de cosas, como tenazas para el fuego, mesas, cobertores, ropa de cama, etcétera, también las risas y las conversaciones. Conmocionada como estaba, extenuada, Caroline no le dijo a Schelling que había llegado hasta el día siguiente.[1153]

A lo largo de varias semanas, Caroline y Friedrich Schlegel fueron de riña en riña, cada vez más enconados. Friedrich acentuó su distanciamiento utilizando el formal «frau Schlegel» en las escuetas notas que circulaban entre sus respectivas casas. Cuando Caroline exigió que le devolvieran sus propiedades, Friedrich accedió a regañadientes a desprenderse de algunas de ellas. Caroline le envió a August Wilhelm una larga lista de quejas: Friedrich y Dorothea habían destrozado la casa organizando fiestas salvajes, el piano se lo habían devuelto hecho una porquería, los huecos en los estantes saltaban a la vista, y la pareja seguía cotilleando sobre ella y Schelling. Dorothea

había destrozado su porcelana fina al usarla para calentar comida en la estufa, y Caroline se indignó al enterarse por su criada de que Friedrich había usado su salón privado como dormitorio y arruinado su sofá. Era todo un horror —se lamentaba—: «La entrañable Jena no es más que una cueva de ladrones, después de todo». Echaba terriblemente de menos a August Wilhelm: «No tardes mucho», le suplicó.[1154]

El enfrentamiento entre Caroline y Friedrich puso a August Wilhelm en una situación incómoda. Al principio trató de ser neutral porque odiaba, por naturaleza, los conflictos. «No me gusta nada tener que tomar partido», le dijo a Ludwig Tieck unos días después de que Caroline llegara a Jena, pero el comportamiento de su hermano y de Dorothea era simplemente inaceptable. Así que acabó apoyando a su esposa.[1155]

Schelling se sintió aliviado al tener a Caroline en Jena, aunque no pudiera vivir con ella en la Leutragasse. Por más que August Wilhelm siguiera en Berlín y todo el mundo supiera lo suyo con Caroline, ella era aún una mujer casada. Mientras eso no cambiase, Schelling nunca podría estar de verdad con ella. Podían quedar para almorzar, pasear juntos y compartir los días y las noches, pero no convivir. Al menos ella, por fin, había vuelto.

Y por si la vida no fuera ya lo bastante complicada, Schelling se vio envuelto en una amarga pelea con su viejo amigo Johann Gottlieb Fichte. Los problemas comenzaron el otoño anterior, cuando Friedrich Schlegel le dijo que Fichte había criticado la *Naturphilosophie* a sus espaldas. Dolido y furioso, Schelling le envió a Fichte una carta airada en la que lo acusaba de difundir falsedades. Esto sacó al colérico Fichte de sus casillas y desembocó en una acalorada disputa que se tradujo en un intercambio de cartas cada vez más furibundo.[1156]

Incluso los hermanos Schlegel, hasta entonces amigos íntimos de Fichte, se vieron involucrados. Fichte, que se sentía traicionado por las habladurías de Friedrich Schlegel, pensó que los hermanos se habían revelado como gente «falsaria, perversa y traicionera». ¿Por qué había creído Schelling a Friedrich Schlegel?, se preguntaba. También advirtió a Ludwig Tieck sobre Friedrich. Empezó diciéndole lo mucho que había querido a Friedrich en el pasado, pero terminó con la frase: «Como amigo, es mi deber advertir contra aquellos que no son verdaderos amigos».[1157]

La pelea se recrudeció cuando Fichte se refirió a Schelling como su colaborador, en lugar de como filósofo, en un periódico a principios de 1801.[1158] Mientras que a Goethe le hizo gracia, a Schelling, que tenía la piel muy fina, no, y Caroline animó a su amante para que

atacara.[1159] Fichte había intentado, según ella, convertirlo a él «y a su *Naturphilosophie* en una extensión de sí mismo», le dijo. Sí, Fichte poseía una extraordinaria mente conceptual y agudos poderes deductivos, admitió Caroline, pero no había ni una pizca de poesía en su pensamiento. «Tiene luz, una luz deslumbrante», le dijo a Schelling, «pero tú tienes, además, calor».[1160]

Cómo se atrevía Fichte a tratar así a Schelling, le dijo por carta Caroline a August Wilhelm. Su pensamiento podía ser revolucionario, pero su comportamiento era inaceptable y su escritura, abstrusa.[1161] La última obra de Fichte, *Un informe claro como la luz del día*, pretendía clarificar los aspectos más enrevesados de la *Wissenschaftslehre*, pero el libro resultaba ser todo lo contrario de lo que prometía su título.(59) Incluso Goethe, normalmente tan diplomático, bromeó diciendo que lo había comprado para que Fichte lo torturara durante unas horas.[1162]

Caroline era parcial, por supuesto. Tanto los escritos de Schelling como los de Fichte abundaban igualmente en frases enrevesadas e ideas complejas. No ayudaba mucho que ambos estuvieran en un continuo diálogo filosófico consigo mismos, revisando constantemente sus propias teorías y atacando las del otro. Fichte insistía en que el *Ich* creaba todo el conocimiento del mundo exterior. Y un incrédulo Schelling le preguntaba: «¿Es usted realmente de la opinión de que la luz existe solo para que los seres racionales puedan verse los unos a los otros cuando hablan entre sí? ¿No es esta opinión una «aniquilación de la naturaleza»? A Fichte esto lo indignó mucho y acusó a Schelling de ser corto de entendederas.[1163]

Sus filosofías eran dinámicas, casi como criaturas vivas, hidras con tantas cabezas que a menudo resultaba confuso seguir su pensamiento en todas sus derivas a lo largo de los años. Era una pena, pensaba Goethe, que los dos hombres no pudieran trabajar juntos; sus conceptos filosóficos ya eran lo bastante complicados, pero seguir sus argumentos siempre cambiantes resultaba una tarea casi imposible. Goethe tenía razón.[1164]

En el pasado, Schelling y Fichte habían explorado caminos diferentes. Schelling habló durante mucho tiempo de la naturaleza y del yo como un solo organismo, pero esto no había respondido a la pregunta de dónde se originó el yo consciente. ¿Qué había antes del *Ich*?

Schelling se inspiraba ahora en el filósofo holandés del siglo XVII, Spinoza. Según este, existía una sustancia o principio que lo abarcaba todo en el universo. Esta sustancia era el origen de todo y la esencia de la que derivaba todo. No podía ser producida por nada más. Esta sustancia era Dios, pero también la naturaleza, porque para él Dios era naturaleza y la naturaleza era Dios: los dos eran uno y el mismo.

Schelling aplicó el mismo principio a su filosofía y llamó a esta primera sustancia original el «Absoluto». Según Schelling, el Absoluto contenía todas las ideas, conceptos, cuerpos, almas, individuos, objetos, etcétera Era la unión de lo ideal y lo real, el Uno, o la unidad, antes de dividirse en el yo autoconsciente y la naturaleza externa. [1165]

El Absoluto de Schelling era el «*Urbild*» —término que utilizó para ampliar el concepto de *Urform* o «arquetipo», empleado por Goethe—. El *Urbild* era «increado y verdaderamente inmortal».[1166] Por consiguiente, el Absoluto era anterior a todo lo demás, pero también lo contenía ya todo. Este fue el último paso que separó la filosofía de Schelling de la de Fichte, quien había otorgado al *Ich* el papel de fundador del mundo externo. La filosofía de Fichte era un «idealismo del *Ich*», sostenía Schelling; su sistema, en cambio, era un «idealismo de la naturaleza».[1167]

Mientras los ataques y las acaloradas explicaciones iban y venían, hubo algunos intentos de reconciliación, aunque Fichte dejó muy claro que, a su entender, la filosofía de Schelling solo existía en el marco de la suya. Como un maestro de escuela condescendiente, siguió tratando a Schelling igual que a un alumno. Hegel salió en defensa de Schelling en un panfleto, «La diferencia entre los sistemas filosóficos de Fichte y Schelling», en el que adoptaba una posición partidista, y explicaba de forma práctica las limitaciones de la *Wissenschaftslehre*. Al igual que Schelling, Hegel no estaba de acuerdo con Fichte en que el *Ich* creara todo el conocimiento del mundo. Había algo antes del *Ich* que no era ni subjetivo ni objetivo, y ese algo era el Absoluto, la unidad de sujeto y objeto. Las lealtades estaban establecidas, o eso creía Schelling. [1168]

Centrado, como estaba, en Fichte, Schelling no se había dado cuenta de las corrientes subterráneas más sutiles que estaban erosionando su amistad con Hegel. Desde la llegada de Hegel a Jena, a principios de ese año, los dos viejos amigos habían trabajado juntos. Habían fundado una nueva revista, la *Revista Crítica de Filosofía*, e incluso habían compartido vivienda durante un tiempo.[1169] En su papel de sol resplandeciente en el firmamento filosófico, Schelling llevaba la voz cantante y consideraba a Hegel, que era más mayor, su discípulo, al igual que Fichte lo consideraba a él.[1170] Y eso parecía, ya que los seminarios universitarios de Hegel atraían a pocos estudiantes. Había empezado con once alumnos y llegó a tener casi treinta, pero nunca se acercaría a los números de Schelling. Las conferencias de Hegel, que no era un gran orador, resultaban a veces penosas, porque vacilaba, hablaba con lentitud y a menudo lo asaltaban largos y fuertes ataques de tos. «Cada palabra, cada sílaba», dijo un estudiante más tarde, «brotaba solo a regañadientes». Pocos alumnos suyos acudieron de

nuevo en el siguiente semestre.[1171]

Schelling parecía ajeno al desarrollo filosófico de Hegel. Por su parte, a este lo alegró, en un principio, su asociación con su famoso amigo, pero pronto empezó a no gustarle que lo consideraran «el escudero de Schelling».[1172] Inadvertidamente, casi en secreto, Hegel trabajaba sin prisa en sus propias ideas. Las de Schelling y Fichte brotaban en la misma página —a menudo crudas, inacabadas —, pero las de Hegel iban tomando forma con meticulosidad, las iba tallando y configurando hasta el más mínimo detalle, hasta que todo encajaba a la perfección. Durante los seis años siguientes se mantuvo en silencio, pero la publicación de su *Fenomenología del espíritu*, en 1807, supuso todo un ajuste de cuentas.

El termómetro se negó a subir durante los primeros compases del verano, tras el regreso de Caroline, y las chimeneas estaban aún encendidas en junio. La salud de Caroline seguía siendo frágil y a menudo sufría dolores de cabeza y fiebres. «La mayor parte del tiempo, estoy tan inerte como una planta», le escribió a August Wilhelm, «y, desde fuera, probablemente nadie me verá respirar, vivir, amar».[1173]

Luise Gotter, una de las amigas en la que Caroline más confiaba, estaba preocupada por ella y envió a su hija Julie a Jena para que le hiciera compañía durante los nueve meses siguientes. Julie, de diecisiete años, dormía en los antiguos aposentos de Dorothea, en la planta baja, y todas las mañanas subía a la habitación de Caroline para desayunar con ella. Julie ayudaba en las tareas domésticas, entretenía a Caroline y tocaba el piano. Se convirtió en una hija en la sombra.[1174] La hermana pequeña de Caroline, Luise, también se encontraba allí, había venido desde Brunswick para quedarse tras perder a su hijo a principios de aquel año. Schelling, además, la visitaba todos los días y se quedaba a almorzar con ella. Por las tardes, las mujeres se envolvían en cálidos chales y caminaban hasta el nuevo alojamiento de Schelling, en una de las villas con jardín de las afueras de Jena, para dar un paseo por el Saale.[1175]

Caroline echaba mucho de menos a su marido. Seguía dirigiéndose a él como «cariño mío» y «corazón mío». Incluso llegó a decirle que podía traer a su amante, Friederike Unzelmann, a Jena. A ella no le importaría. Necesitaba a August Wilhelm como aliado y amigo. «Estoy enferma de tanto llorar», le dijo, porque Auguste estaba en todas partes. «Dondequiera que vaya, veo rastros de ella y no puedo evitar sollozar sin remedio». «Mi querido y apuesto Wilhelm», le decía, ¿dónde debería colgar el retrato de Auguste? ¿Cuándo iba a venir? ¿Por qué seguía en Berlín? Él era su roca. Si volviera, todo se pondría

en su sitio. Juntos construirían una pequeña cabaña «bajo los escombros del antiguo esplendor».[1176]

Sus largas cartas a August Wilhelm Schlegel estaban repletas de cotilleos sobre los vecinos, noticias de los amigos y de su frustración con Friedrich y Dorothea, así como de asuntos domésticos que iban desde una receta para preparar el té hasta facturas pendientes. Bordaba sus camisas, le decía, «con los últimos restos de fuerza de mis ojos»,[1177] pero sobre todo escribía sobre asuntos literarios. Llenó páginas y páginas con consejos detallados: «Estoy absolutamente segura de que la estrofa es superflua: tienes que eliminarla», por ejemplo, o le instaba a no discutir con Ludwig Tieck sobre sus poemas.[1178] Cuando August Wilhelm tuvo problemas con el editor de sus traducciones de Shakespeare, le advirtió que no perdiera la calma y «se mantuviera muy muy firme».(60) Hablaba de poemas y obras de teatro, y se ofrecía para editar su obra. Y en cada carta le pedía que fuera a Jena, ya que sería mucho más fácil discutir sobre el trabajo en persona.[1179]

Pero August Wilhelm Schlegel estaba muy a gusto disfrutando de su libertad en Berlín. Tras su aventura con la actriz Friederike Unzelmann, se había enamorado de la hermana de Ludwig Tieck, la novelista de veintiséis años Sophie Bernhardi, infelizmente casada. Por casualidad, August Wilhelm vivía en casa de los Bernhardi cuando comenzaron su apasionado romance, sin que el marido de Sophie se percatara y a pesar de su avanzado embarazo (dio a luz a un hijo durante la primera semana de julio de 1801). «Nunca he amado como ahora», le dijo Sophie Bernhardi, y él declaró que el amor que sentía por ella era el «primer gran acontecimiento» de su vida.[1180] Por una vez, August Wilhelm ignoró los deseos de Caroline. Pero seguía preocupado y le envió una nota a Schelling —«Hazme saber, por favor, qué piensas sobre la salud de Caroline»— para averiguar cómo se encontraba realmente ella. Schelling le respondió y le aseguró que ella estaba bien. Aún un poco delicada, sí, pero nada que no pudiera solucionarse con paz y tranquilidad.[1181]

Después de pasar seis meses en Berlín, August Wilhelm Schlegel se separó de los brazos de Sophie Bernhardi y regresó finalmente a Jena a mediados de agosto de 1801. Se quedó impactado al ver lo mal que estaba Caroline y lo venenoso que se había vuelto el ambiente de la ciudad. «Es terrible», le dijo Caroline, «cómo todo el mundo chismorrea a tus espaldas». Friedrich Schlegel y Dorothea Veit mantenían las distancias, y los vecinos no paraban de cotillear.[1182] August Wilhelm volvió poco a poco a darle estabilidad al ritmo de la casa y a reintroducir sus antiguas rutinas, asegurándose, ante todo, de

que Caroline estuviera cómoda. Por las mañanas trabajaba y por las tardes salía a dar largos paseos. Después de tantos meses en Brunswick y luego en Berlín, era una alegría volver a remontar los arroyos de las montañas, en las afueras de Jena. Las horas de la comida eran más tranquilas que hacía dos años, pero por las noches, August Wilhelm seguía leyendo para todo el mundo, tal como siempre había hecho.

Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, la tensión entre él y Friedrich aumentaba. Las criadas llevaban las cartas entre la Leutragasse y el nuevo apartamento de este último, justo al otro lado de la plaza del mercado. Las discusiones epistolares iban volviéndose cada vez más mezquinas y pronto los dos evitaron todo contacto. Friedrich no podía perdonar a su hermano mayor por haber elegido a Caroline.[1183]

Todos necesitaban un descanso. A finales de septiembre de 1801, la familia Schlegel, incluidas Julie Gotter y la hermana de Caroline, así como Schelling, se marcharon a Weimar durante once días. August Wilhelm quería ver a su antigua amante, Friederike Unzelmann, actuar en el teatro de Weimar y Caroline había quedado con su mejor amiga, Luise Gotter —la madre de Julie—, que había llegado a la ciudad desde Gotha, a unos cincuenta kilómetros al oeste. Todos lo pasaron espléndidamente bien. Se alojaron en Der Erbprinz, en la plaza del mercado, una de las dos únicas posadas decentes de Weimar. Vieron a Goethe casi todas las noches, en el teatro y en las comidas, y contemplaron al artista Friedrich Tieck —hermano menor de Sophie Bernhardi y Ludwick Tieck— dibujando un retrato del autor de *Fausto*. Por unos instantes se sintieron como en los viejos tiempos, pero las vacaciones se acabaron tan rápidamente como habían empezado.[1184]

Durante aquellas semanas en Jena, August Wilhelm echó de menos desesperadamente a Sophie Bernhardi, que estaba en Berlín con su marido y su bebé recién nacido. Todo le resultaba «demasiado solitario y deprimente», le dijo, y le prometía volver pronto. August Wilhelm, que, según Caroline, era inmune a las pasiones desatadas, se había dejado llevar por una aventura turbulenta. Sus sentimientos se volcaron en las páginas de sus cartas a Sophie: «No descansaré hasta ver que mi amor te hace feliz», le escribió. «Tienes que saber que quiero vivir solo para ti»; «me pongo a tus pies». Pero eso se le quedaba corto a Sophie Bernhardi. «Mi deseo ardiente me come viva», le decía ella, y no tardó en acusar a August Wilhelm de mostrarse distante. «Soy tuyo», le contestó él, «todo tuyo, para siempre».[1185]

August Wilhelm insistía en dejar muy claro también que Caroline no le reclamaba nada. Ella tenía su vida. La relación entre los dos era

«amistosa y tierna», pero nada más. De hecho, Caroline siempre había sido su mejor amiga y deseaba poder hablarle de lo que sentía por Sophie. «Es doloroso no poder convertirla en mi confidente», confesó. En el pasado, había amado a Caroline como ahora amaba a Sophie —le dijo a esta, metiendo un poco la pata, desde luego—, pero sus sentimientos nunca habían sido correspondidos por su esposa. Por muy ineptos que fuesen, lo cierto es que los mensajes tranquilizadores de August Wilhelm surtían su efecto. «Tus besos me hacen tan dichosa», le escribió Sophie el 14 de octubre de 1801. «Ven, oh, ven a mí».[1186] Tres semanas después, estaba de regreso en Berlín, tras pasar menos de tres meses en Jena.[1187]

Un mes después de la partida de August Wilhelm, Friedrich Schlegel también se marchó a Berlín, dejando atrás a Dorothea. Estaba harto. Sus clases en la universidad no habían tenido éxito y con Schelling de vuelta en la ciudad, no tenía nada que hacer. Dorothea estaba casi siempre indispuesta, los viejos amigos se habían convertido en enemigos y se había quedado sin blanca. Toda la diversión se había esfumado. Al menos, en Berlín se distraería.[1188] Dorothea esperó pacientemente en Jena a que su amante tomara una decisión sobre el lugar donde debían vivir. «Todo depende de Friedrich», le escribió a Ludwig Tieck. «Estoy del todo dispuesta a mudarme; a decir verdad, no veo la hora de irme de aquí». Cuanto más se distanciaba Friedrich Schlegel, más sumisa se volvía Dorothea. La mujer que se había atrevido a divorciarse, que había experimentado en primera persona el *Ich* consciente de su poder del que hablaba Fichte, parecía haberse convertido en alguien del todo servil. «Cómo adoro a Friedrich», le escribió a una amiga.[1189]

Jena la hundía en la miseria. Sola y enferma, se dio cuenta de que nadie le hablaba, es decir, nadie, excepto el interminable flujo de tenderos que llamaban a su puerta para reclamar el pago de las facturas pendientes.[1190] Todo le sobrepasaba, y llegó a pedirle a su hijo Philipp, de ocho años, que avisara a Friedrich Schlegel de que un abogado se había presentado en la vivienda para exigir el dinero de los muebles y otros artículos impagados.[1191] A veces, los deudores iban a la casa de Caroline, en la Leutragasse, para intentar cobrar las sumas pendientes de Friedrich: posaderos, sastres, comerciantes de vino y zapateros. «Todo el mundo sabe lo vago, lo poco amigo de trabajar que es, por no hablar de su glotonería», le decía Caroline a August Wilhelm. En una sola taberna, Friedrich había acumulado una deuda de cincuenta y cinco táleros, y el vinatero le pedía setenta táleros (en una época en la que un estudiante de Jena necesitaba solo doscientos táleros al año para vivir y estudiar cómodamente). «Debe

de haberse bebido unas cantidades inconcebibles», proseguía Caroline, para subrayar después lo poco sorprendente que resultaba que Friedrich hubiera engordado tanto.[1192]

En Berlín, Friedrich Schlegel, mientras tanto, se dedicó a escribirle cartas desesperadas a su editor suplicando el pago de anticipos para cuatro dramas. Finalmente recibió el dinero, pero nunca entregó las obras, tan inmerso como estaba, aparentemente, en sus problemas que acabaron exasperando incluso a su leal amigo Schleiermacher.[1193] A Friedrich Schlegel solo le interesaba él mismo. Sus adversarios literarios siempre le dieron un poco igual, pero deseaba ser querido, admirado e idolatrado por sus amigos. «Me hace bien», le dijo a Schleiermacher, «que compitan entre sí por lo mucho que me quieren». Aunque se ganaba la vida a duras penas, Schleiermacher pagaba la mayor parte de los gastos de Friedrich en Berlín. Schleiermacher esperaba que reanudaran su antigua vida y trabajo, pero Friedrich tenía otras ideas y se dedicaba a zascandilear por los salones. Friedrich era un hombre «muy mimado y rico en pequeñas necesidades, para su gran desgracia», se quejaba Schleiermacher a su hermana.[1194]

Finalmente, tras casi dos meses en Berlín, Friedrich Schlegel se decidió y notificó a Dorothea que se trasladaban a Dresde. Para ahorrar dinero, él había decidido quedarse con su hermana Charlotte Ernst, pero Dorothea tendría que alquilar una habitación en la casa de al lado. Una vez más, Charlotte sacó de apuros a su hermano, pero se mantuvo firme en que los amantes solteros no podían convivir en su casa. A finales de enero de 1802, Dorothea abandonó Jena.[1195]

Solo se quedaron allí Caroline y Schelling. Uno a uno, todos los amigos se fueron marchando. Caroline apenas veía a nadie. «Puedes imaginarte la vida de ermitaños que llevamos aquí», le escribió a August Wilhelm. Se sentía como un barco «anclado, en una calma total, que ni avanzaba ni retrocedía».[1196]

La lucha entre Schelling y Fichte continuó durante aquellos meses de invierno, a finales de 1801 y principios de 1802. Enfurecido, Fichte le había escrito a uno de los profesores de Jena amenazando con «exponer hasta el último defecto» del pensamiento de Schelling y afirmando que el joven filósofo nunca había entendido la *Wissenschaftslehre*. Se suponía que Schelling no debía ver esta carta, pero Jena era demasiado pequeña para los secretos. El 25 de enero de 1802, justo cuando Dorothea Veit se marchaba de la ciudad, Schelling le escribió por última vez a Fichte; después, ambos dejaron de cartearse.[1197]

Ese mismo mes, Schelling publicó un artículo en el que aclaraba que

su propio sistema era una «filosofía completa en sí misma», no una parte, ni una subcategoría, ni mucho menos una explicación de la *Wissenschaftslehre*.[1198] Era, más bien, una alternativa a esta. Y con ello, su lucha se trasladó a la arena pública de las revistas y los panfletos. Sus antiguos adversarios se lo pasaban de lo lindo viéndolos despellejarse: «Todo lo que hay que hacer es dejarlos que cada uno se aferre al cuello del otro hasta que los dos caigan», escribió uno de ellos. Qué divertido, dijo otro, «cuando los filósofos empiezan a comerse los unos a los otros como ratas hambrientas». Qué espectáculo era ver a los alumnos comerse a sus maestros, a los protegidos devorar a sus mentores y a «cada criatura hacer lo mismo con su propio creador».[1199]

A los veintisiete años, sin embargo, Schelling estaba en la cúspide de su fama. Se había liberado de Fichte, sus publicaciones se leían en toda Europa, atraía a estudiantes internacionales y sus conferencias estaban repletas de oyentes. Muchos extranjeros acuden ahora a escucharme: «licenciados, militares y otras personas de nivel, también ingleses», le decía, con orgullo, a su padre. Incluso un acaudalado barón húngaro, que pagaba generosamente las clases particulares, y llenaba, según sus propias palabras, «mis bolsillos de dinero y mi bodega de vino de Tokay».[1200]

El auditorio estaba tan lleno que Schelling, ancho de hombros, como era, a menudo tenía dificultades para llegar al atril entre la multitud. No quedaba ni un asiento libre, ni un hueco de tantos estudiantes como había, de pie, en los pasillos, en la puerta y en los corredores. «Su sala de conferencias ya no puede albergar al público», le dijo Caroline a Julie Gotter, que había regresado a casa tras sus nueve meses en Jena.[1201]

Schelling estaba impartiendo una serie de lecciones sobre la «Filosofía del Arte», en las que unía sus ideas sobre la importancia del arte, presentadas previamente en su *Sistema del idealismo trascendental*, con su concepto del Absoluto como principio subyacente del universo. «Toda obra de arte es la expresión... del Absoluto mismo», les dijo a sus alumnos en 1802. El arte era la intersección entre lo ideal y lo real. La «Filosofía del Arte», afirmaba Schelling, era nada menos que el estudio de cómo el arte representa el universo. La música, por ejemplo, era, según Schelling, el ritmo original de la propia naturaleza, mientras que la escultura era la máxima expresión de la *Urform* de la naturaleza orgánica. Los seres humanos solo podían comprender verdaderamente la naturaleza a través de la producción y la imaginación de los artistas, no leyendo tratados o teorías científicas.[1202]

Los estudiantes estaban fascinados por esta «poesía del universo», como llamaban a la filosofía de Schelling.[1203] Algunos de los

alumnos ingleses, sin embargo, estaban menos eufóricos, debido a la aversión que Schelling les profesaba a los pensadores ingleses. ¿Cómo se podía esperar algo realmente sabio de un «país que valora las matemáticas solo en la medida en que ayudan a fabricar hiladoras y máquinas para tejer medias»?, preguntaba Schelling a sus alumnos. Los ingleses podían ser famosos por sus métodos de fabricación y producción, además de por su eficiencia, pero ¿dónde estaba la poesía en eso? Ese culto inglés por la utilidad había mancillado incluso el mismo término «filosofía», tan manoseado, sometido a tantos abusos y tan mal aplicado que, sin duda, pronto habría hasta «una Filosofía del Transporte y una Filosofía de la Cocina».[1204]

En Berlín, August Wilhelm Schlegel también daba conferencias, centradas en las artes y la literatura. Al no haber universidad en la capital prusiana, muchos eruditos alquilaban habitaciones privadas o salones de actos para dar charlas públicas. Aunque las de August Wilhelm no tenían ni de lejos el poder de convocatoria de las de Schelling, sus lecciones eran un éxito. Estaban dirigidas a un público general y las puertas estaban abiertas también a las mujeres. A diferencia de la mayoría de los hombres de su época, August Wilhelm siempre había admirado a las mujeres inteligentes, y se empeñaba en invitarlas, ya que no se les permitía asistir a la universidad y a menudo se las excluía de las conferencias públicas. Las famosas anfitrionas judías asistieron, trayendo a sus amigas de salón. Pronto, príncipes prusianos, condes polacos, diplomáticos austriacos, funcionarios, comerciantes y otros acudieron a escuchar a August Wilhelm.[1205]

Impartía dos seminarios a la semana en los que exponía las ideas desarrolladas por el Círculo de Jena, desde un análisis del proyecto romántico hasta un repaso de las artes de la Antigüedad al presente. A diferencia de los pensadores de la Ilustración, para quienes el «progreso» y el «futuro» fueron las consignas dominantes, August Wilhelm Schlegel investigó el pasado para dar sentido al presente. Buscó similitudes en diferentes épocas, disciplinas y formas de arte. Del mismo modo que Alexander von Humboldt comenzó a observar la naturaleza a escala global —comparando las plantas de los Andes, por ejemplo, con las de los Alpes y los Pirineos—, August Wilhelm Schlegel sintetizó la cultura a través de las disciplinas de la escultura, la literatura y la pintura.[1206]

Para ello, abarcó desde los antiguos griegos hasta la Edad Media, y desde la cultura india hasta la historia de Europa. Al igual que Alexander von Humboldt superó los estrechos límites de la taxonomía, August Wilhelm dejó de lado las clasificaciones estéticas

convencionales y estrechas, y trazó nuevas conexiones: la arquitectura, decía, combinaba las formas geométricas con el arte; la danza reunía la poesía y la música; la escultura unía la fluidez con la solidez; la poesía fusionaba la filosofía, la mitología y la imaginación. En enero de 1802, le dijo a Goethe, con orgullo, que sus conferencias «habían causado un gran revuelo». Parecía feliz. Vivía en Berlín, trabajaba y estaba junto a su amante, Sophie Bernhardi.[1207]

Poco a poco, durante los primeros meses de 1802, el tono de las cartas de Caroline y August Wilhelm fue cambiando. Lo que había sido hasta aquel momento una encantadora correspondencia basada en el cotilleo, se convirtió en una salpicada de quejas. A mediados de enero, Caroline envió una larga carta a Berlín en la que se defendía con vehemencia de la acusación de August Wilhelm de que gastaba demasiado. Su déficit, señaló con calma, se debía a su *falta* de ingresos y no a un *aumento* de sus gastos. Ella no le había costado nada. Todo lo contrario, escribió: ella había aportado el capital de su pequeña herencia y le había dado dinero en Bamberg y Brunswick. En su defensa no faltaba el humor, pero dejaba bien claro que él la había tratado injustamente.[1208]

August Wilhelm odiaba hablar de dinero. Cinco días después, Caroline recibió una dura respuesta de su habitualmente bondadoso marido. Como nunca anotaba lo que gastaba o ganaba, le dijo, no sabía quién le debía a quién ni cuánto, pero saldaría su deuda con ella. Si pudiera calcular de una vez por todas cuánto necesitaba para vivir, continuaba diciendo August Wilhelm, él podría calcular lo que tenía que ganar. Pero, aun así —subrayó—, ella tendría que apretarse el cinturón.[1209]

A pesar de aquel cambio de tono, Caroline comenzó a prepararse para una visita a Berlín que llevaba largo tiempo planeando. Su hermana Luise le hizo un abrigo de piel, así como una docena de gorros y sombreros. Schelling le regaló un par de zapatos forrados de piel, para que los usara en el teatro. Hizo una lista de libros para llevárselos a August Wilhelm y le pidió los nombres de las posadas fuera de Berlín donde él podría pasar a buscarla. Finalmente, el 19 de marzo, partió.[1210]

En las semanas anteriores, August Wilhelm había dejado caer en varias ocasiones que hubiera preferido que ella no viniera, pero Caroline ignoró las insinuaciones. En cualquier caso, se alojaría en casa de unos conocidos mientras él vivía a poco más de kilómetro y medio de distancia con Sophie Bernhardi y su cornudo marido.[1211] El ambiente era sombrío. Sophie acababa de perder a su bebé de ocho meses, pero ahora se encontraba de nuevo embarazada del —así lo

creía él— hijo de August Wilhelm. Presa del dolor y debilitada por el embarazo, Sophie estaba deprimida y enferma. Al verla, las viejas heridas de Caroline se reabrieron. Cada vez que se enteraba de que un niño había muerto, lloraba tanto que sus «lágrimas parecían lágrimas de sangre», diría después. Cuando August Wilhelm le escribió con la noticia de la muerte del bebé de Sophie, pocos días antes de su llegada a Berlín, Caroline se alegró de no estar en la ciudad en aquel momento. Se habría sentido como un «ángel de la muerte».[1212]

Pocas alegrías hubo durante aquellas largas y oscuras semanas en Berlín. Todo estaba cargado de tristeza. La vida en la ciudad era agotadora, y aunque Schelling había prometido reunirse con ella, no se encontraba en la ciudad a finales de abril. Cuando llegó, en mayo, para un descanso de dos semanas, fueron al teatro y se vieron con amigos y conocidos; pero entonces ocurrió algo que acabó para siempre con la profunda amistad de Caroline y August Wilhelm.[1213]

La ruptura se precipitó con el rápido intercambio de notas entre los dos durante los últimos días que ella pasó en Berlín. Caroline acusó a August Wilhelm de incumplir su promesa de pagarle el viaje. En una furiosa respuesta, su marido admitió que había accedido a cubrir los gastos, pero añadió que ya no se sentía obligado a cumplir sus promesas. ¿No es comprensible, le preguntó, «que me sienta liberado de mis obligaciones por lo ocurrido durante tu estancia aquí»?[1214]

No está claro a qué se refería, pueden haber sido muchas cosas: la negativa de August Wilhelm a volver a Jena, su aventura con la embarazada Sophie Bernhardi, la llegada de Schelling y sus disputas financieras. Sea cual fuese la razón —o las razones— Caroline regresó a Jena a finales de mayo de 1802 con la intención de legalizar su separación. Fue allí, en Berlín —dijo más tarde—, «donde todo me disgustaba y Schlegel quería quedarse a cualquier precio», «allí tomé mi decisión». La única salida, acordó la pareja, era el divorcio.[1215]

Caroline y Schelling abandonaron la ciudad el 19 de mayo de 1802. Cinco días más tarde llegaron a Jena y ella dejó inmediatamente su casa de Leutragasse. Con August Wilhelm instalado en Berlín, la vivienda era demasiado grande y cara para una persona sola. El nuevo apartamento que encontró estaba en la esquina nordeste de la ciudad, justo fuera de las antiguas murallas, junto al Zum Schwarzen Bären. Era más pequeño y barato que su antigua casa, y a veces podía resultar más ruidoso de la cuenta cuando los huéspedes y los estudiantes salían a la calle borrachos, por no hablar de los penetrantes olores de la tienda de curtidos de la planta baja que subían hasta sus ventanas. Sin embargo, a Caroline le gustaba. Se

sentía aliviada de no estar en Berlín. «Todos los días doy gracias a mi buena estrella por estar de vuelta aquí», decía.[1216]

Desde las ventanas del fondo se veían las colinas que rodeaban la ciudad y los campos de cereales y hortalizas que ascendían, en hileras ordenadas, por las laderas inferiores hasta las inmediaciones del bosque. Había incluso un pequeño jardín. A petición suya, el casero empapeló el salón de azul y ella trajo sus muebles de Leutragasse —sofás, sillas, mesas y camas— y lo convirtió rápidamente en su hogar. Las ventanas de la parte delantera daban a Jena y recibían todo el sol del mediodía. Y como el edificio se ubicaba en una zona un poco más alta que el resto de la ciudad, podía ver desde allí los tejados bajo los que todos habían vivido, discutido y escrito no hacía mucho tiempo.

El nuevo alojamiento de Caroline en la periferia de la ciudad parecía tener resonancias simbólicas. Veía a Schelling todos los días, pero a pocas personas más, y se aventuraba a dar largos paseos junto al río Saale, pero no acudía a fiestas o cenas. Siempre había encontrado consuelo en la naturaleza. Envuelta en su abrigo de cachemira gris oscuro, se enfrentaba a los vientos racheados. Desde la muerte de Auguste, el velo de tristeza que había caído sobre ella no había llegado nunca a levantarse del todo, pero aquí, al menos, estaba contenta.[1217]

Jena estaba tranquila ahora, y el resto de Europa también. A principios de febrero de 1801, Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico habían firmado un tratado de paz y, un año después, en la primavera de 1802, Gran Bretaña, España y los Países Bajos le siguieron con el Tratado de Amiens. Tras sus numerosas victorias, Francia se encontraba en una posición fuerte para negociar, y los términos del tratado la favorecieron. Mantuvo el control de los Países Bajos, partes de Italia y los territorios de la orilla occidental del Rin, mientras que Gran Bretaña aceptó abandonar Egipto y renunció a sus pretensiones sobre la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza. A cambio, los holandeses cedieron Sri Lanka a Gran Bretaña y los españoles aceptaron el dominio británico en su antigua colonia de Trinidad. Y por primera vez desde la Revolución francesa, los británicos reconocieron oficialmente a la República francesa como país.

Los soldados volvieron a sus casas, los cañones se desmontaron y los uniformes se guardaron en los baúles. Por primera vez en casi una década había paz en el continente. Como los viajes eran menos peligrosos, los que podían permitírselo hacían planes para unas largas vacaciones y estancias en el extranjero. Italia, Suiza, Francia y España volvieron a ser destinos accesibles. Los ingleses, que no habían podido cruzar el canal de la Mancha durante casi una década, acudieron en masa al continente y a París en particular. Todo el mundo quería ver

los tesoros que Napoleón había saqueado durante sus campañas militares: una vasta colección de arte de valor incalculable que iba desde estatuas romanas y retratos renacentistas hasta pinturas de paisajes holandeses y artefactos egipcios. Los pintores llegaron a París para llenar sus cuadernos de bocetos con copias de maestros italianos y escultura antigua. Lo que había estado repartido por toda Europa, y que antes solo podían contemplar aquellos que podían permitirse un costoso viaje, se reunía y exponía ahora en un solo lugar: el Louvre.

Los científicos también acudían a la capital francesa con la esperanza de compartir sus últimos descubrimientos e investigaciones. El Museo de Historia Natural de París se llenó asimismo de colecciones que las tropas de Napoleón habían expoliado: especímenes de plantas, criaturas disecadas y fósiles. Y en la colección de animales del Jardin des Plantes había incluso dos elefantes vivos, procedentes de Holanda.[1218] En ninguna otra ciudad había tanta ciencia como en París. La Revolución francesa había reducido la influencia de la Iglesia católica, y los científicos franceses se encontraban ahora liberados de dogmas. Podían cuestionarlo todo. Artistas, escritores, poetas y eruditos iban a París para reunirse, trabajar y divertirse. Uno de ellos fue Friedrich Schlegel.

Mientras Caroline se mudaba a su nuevo apartamento en Jena, Friedrich y Dorothea hicieron las maletas y dejaron Dresde. Una vez más, él había cambiado de opinión. Decidió que Alemania no era la solución a sus problemas económicos, de modo que probarían suerte en París. Enseñaría a los franceses la nueva literatura romántica de Alemania y a los alemanes la de Francia, y publicaría otra revista. La llamaría *Europa* y en ella pretendía informar sobre París —una ciudad que destilaba erudición, arte e intelectualidad— y sus tesoros. La idea era vender la revista en todas partes, desde Frankfurt, Londres y Copenhague hasta San Petersburgo y Estocolmo.[1219]

Friedrich quería abordar la cuestión de si los numerosos países que conformaban Europa podían llegar a entenderse como una sola nación. ¿Había unidad en la diversidad? La literatura europea, por ejemplo, era polifacética —afirmaba—, pero también un «todo interconectado» en el que nada se desarrollaba aisladamente. ¿No era Europa una construcción similar? ¿No habría que empezar a considerar los países del continente también como un «todo»?[1220]

Como tantas otras veces, Friedrich Schlegel pensó que huyendo se resolverían sus problemas. No le importaba lo que dijera de él la gente —le soltó a un sorprendido Schleiermacher—, como «si me creen un loco».[1221] Friedrich necesitaba una nueva aventura. Él y Ludwig Tieck acababan de editar el primer volumen de las obras completas de Novalis.(61)[1222] Era un proyecto que se sentía como el colofón de su tiempo en Jena y estaba listo para seguir adelante.

Era una época de finales. Friedrich Schlegel y Dorothea Veit dejaban Alemania. La obra de Novalis se publicó póstumamente. Schiller cortó su última relación con Jena cuando vendió su querida Casa del Jardín, en junio de 1802, para utilizar el dinero en la compra de una nueva vivienda en Weimar.[1223] La voluminosa correspondencia de Caroline con August Wilhelm se había reducido a breves notas sobre facturas y asuntos financieros. En junio de 1802 le envió ella las cuentas definitivas. «Si no tienes ninguna objeción general a mis cálculos, te pido que me ahorres cualquier comentario sobre los detalles», escribió, añadiendo que cualquier otra cosa tendría que resolverse durante el proceso de divorcio. Había llegado el momento de presentar la demanda.[1224]

Caroline creía que nunca deberían haberse casado: «Schlegel y yo nunca podríamos haber sido otra cosa que amigos». Solo los hijos podrían haber convertido su alianza en «indisoluble».[1225] Con la muerte de Auguste, Caroline había perdido a su familia y ahora buscaba la tranquilidad. Habían pasado demasiadas cosas. August Wilhelm acababa de iniciar una nueva vida en Berlín y, con treinta y cuatro años, estaba en la flor de la vida. Podía empezar de nuevo, con una nueva esposa quizá, tener hijos. Por su parte, ella estaba dispuesta a dejar Jena y a vivir con Schelling. Este estaba tan entusiasmado con la posibilidad de que Caroline fuera por fin libre que finalmente se atrevió a hablar de ella a sus padres. «Ha sido mi mejor amiga durante muchos años», escribió, informándoles de que pronto la visitarían. En ningún caso, les decía, podría ir solo porque sería demasiado doloroso dejarla atrás.[1226]

En septiembre de 1802, tres meses después de abandonar Berlín, Caroline escribió una última carta a su marido. Utilizando por primera vez el pronombre formal *Sie*, informaba a August Wilhelm de que había pedido ayuda a Goethe, porque el divorcio en sí estaba resultando un proceso complicado que implicaba obtener el permiso del duque Carlos Augusto. Schelling lo coordinaría todo con Goethe. «Por favor, manténgase en buenos términos con él [Schelling]», rezaba la última frase, «me quito de en medio de modo definitivo».[1227]

Sorprendentemente, la relación entre Schelling y August Wilhelm Schlegel durante los últimos años siempre había sido amistosa. Los dos hombres se habían escrito con regularidad sobre asuntos literarios y filosóficos, así como sobre la salud y el bienestar de Caroline. Se habían ayudado mutuamente en lo profesional, se habían transmitido mensajes para Caroline y habían intercambiado noticias de todo tipo. Así que, con August Wilhelm en Berlín, parecía natural que Schelling se encargara de todo.

Que su amistad fue duradera lo demuestra la intervención de August Wilhelm para defender a Schelling en otra de sus disputas con el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. En una crítica mordaz de «Elogio de la última filosofía» —un panfleto que alababa las ideas de Schelling— el *Allgemeine Literatur-Zeitung* se atrevió a acusar públicamente a Schelling de haber causado la muerte de Auguste al recomendar un tratamiento médico equivocado. El crítico anónimo bromeaba diciendo que solo cabía esperar que ningún otro idealista tuviera la desgracia de «coger a las personas que habían curado en términos ideales y matarlas en la realidad». Nada sino la pura ruindad podía haber empujado al periódico a atacar de forma tan despiadada a Schelling cuando se cumplían dos años exactos de la muerte de Auguste. Tanto él como Caroline y August Wilhelm estaban conmocionados.[1228]

Caroline se vio abruptamente arrastrada de nuevo a su dolor. La lectura de aquella crítica le hizo revivir todo. August Wilhelm estaba tan enfurecido que no podía pensar en otra cosa. Honesto e imparcial hasta más no poder, insistió en que Schelling no hizo nada malo. De modo que era él, August Wilhelm, quien se encargaría, como les comunicó a los editores de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, de «defender los derechos del profesor Schelling en este asunto». Publicó un relato de los últimos días de la vida de Auguste en el que acusaba a los «sinvergüenzas redomados» del *Allgemeine Literatur-Zeitung* de haber mancillado la sagrada memoria de su hijastra. Auguste, escribió, había sido utilizada como «peón en un rastrero juego de venganza, parcial, repugnante y miserable». El *Allgemeine Literatur-Zeitung* publicó entonces una retractación a medias en la que el crítico anónimo aclaraba que solo se había basado en habladurías y que de ningún modo había afirmado que Schelling fuera el responsable de la muerte de Auguste.[1229]

Durante aquellos meses, Schelling viajó también a Weimar para consultar a Goethe sobre el proceso de divorcio. Las negociaciones fueron tortuosas. El hecho de que la novelista Sophie Mereau se hubiera divorciado el año anterior no ayudaba, como señaló Caroline, porque el duque quería asegurarse de que «la excepción no se convirtiera en regla».[1230] Una junta formada por consejeros de Weimar tendría que decidir las formalidades y, para complicar aún más las cosas, a la mayoría de ellos no les gustaban los Schlegel, incluido Johann Gottfried Herder, que ejercía de presidente. Todo el mundo hablaba del divorcio. La mujer de Herder, por ejemplo, estaba indignada porque Schelling «vive en Jena con la mujer de Schlegel como si fuera suya».[1231]

Ni Caroline ni August Wilhelm querían dar a sus adversarios el placer de verlos comparecer personalmente ante el tribunal. Incluso

discutieron, aunque al final lo descartaron, sobre la posibilidad de sobornar a algunos miembros de la junta. Fueron unos meses estresantes. ¿Y si los consejeros decidían en su contra? ¿Y si todo aquello acababa convirtiéndose en un espectáculo público aún más lamentable de lo que ya era? Goethe asesoró y modificó el proyecto de petición antes de recurrir a sus contactos en la corte. A mediados de octubre de 1802, Schelling le envió la petición de divorcio firmada y Goethe entregó toda la documentación a los funcionarios correspondientes en Weimar. Goethe ayudó también a la pareja a evitar la temida comparecencia ante la junta. Solo tenían que seguir sus instrucciones, les dijo, «y yo me encargaré del resto».[1232]

Durante las semanas y meses siguientes, Schelling informó regularmente a August Wilhelm Schlegel sobre el proceso, escribiéndoles más de dos docenas de cartas a él y a Goethe para mantenerlos al día y hacer aclaraciones.[1233] Hasta que, por fin, nueve meses después, el 17 de mayo de 1803, el divorcio se concedió. Goethe se encontraba en Jena cuando llegó la noticia. La alambicada caligrafía del tribunal de Weimar decretaba que se «resolvía muy misericordiosamente que ambos cónyuges quedaran totalmente divorciados de su matrimonio». Caroline y August Wilhelm eran libres por fin.[1234]

Tres días más tarde, el 20 de mayo, mientras hacía el equipaje a toda prisa, Schelling le escribió una última nota a August Wilhelm. Se marchaban pronto, le decía, pero quería comunicarle que Caroline acababa de pasar unos días en Weimar, donde había asesorado al escultor Friedrich Tieck sobre el busto de Auguste que él le había encargado. El parecido era mucho mayor de lo que se habían atrevido a imaginar.[1235] Aquella noche, finalmente, Schelling se reunió con Goethe para cenar. No volverían a verse nunca más.[1236]

A las tres de la mañana del 21 de mayo, Caroline y Schelling subieron a un carruaje y abandonaron Jena para siempre. «Cuidaré de ella en todos los sentidos y me esforzaré por conservar su salud como un precioso tesoro sagrado», le prometió él a una amiga común.[1237] Ella estaba cerca de cumplir cuarenta años y Schelling veintiocho. Cinco años después de verse por primera vez, por fin podían estar juntos. Schelling no podía creerse la suerte que tenía al ser amado por aquella maravillosa mujer —aquella «criatura divina»—. Eran el uno para el otro y sentía como si sus vidas estuvieran entrelazadas por miles de raíces.[1238]

Por primera vez desde la muerte de Auguste, acaecida casi tres años antes, Caroline estaba mejor en todos los aspectos, incluso en lo que respectaba a su salud: «Casi casi soy feliz», dijo. Qué más le daban las mentiras malintencionadas y los rumores calumniosos que se difundían sobre ella. Había encontrado la paz y estaba con Schelling.

Nada más era importante.[1239] Un mes después se casaron. Era el tercer matrimonio de Caroline, que ahora pasó a llamarse Caroline Schelling.[1240]

19
«EL ÉXODO ACTUAL»
1804-1805: Jena abandonada

Mucho había cambiado desde que Goethe y Schiller hablaron por primera vez tras su encuentro en la Sociedad de Historia Natural de Jena en aquel caluroso día de julio de 1794. Goethe había visto partir a todo el mundo: primero a Fichte, en 1799, luego a los hermanos Schlegel y, finalmente, a Schelling y Caroline, en 1803. No fueron los únicos. El «éxodo actual», como lo llamó Goethe,[1241] continuó con la salida de otros profesores, muchos de ellos tras la estela de Schelling, que había aceptado un puesto bien remunerado en la Universidad de Wurzburgo, en Baviera.(62) Como le dijo Goethe al duque Carlos Augusto: ni siquiera él había podido detener «la migración de profesores».[1242]

Cuando empezó a correrse la voz de que «Jena ya no era la misma», los estudiantes empezaron a desaparecer. Unos sesenta jóvenes siguieron a Schelling a Wurzburgo.[1243] Era un círculo vicioso. A los profesores les pagaban directamente sus alumnos y, a medida que el número de estos disminuía, también lo hacían sus posibles ingresos. «Me temo que nuestra academia de Jena está llegando a su fin», le escribió Schiller a Wilhelm von Humboldt desde Weimar. «El éxodo de la filosofía se ha consumado con la marcha de Schelling». Todo el mundo hablaba de aquella decadencia. Henry Crabb Robinson, uno de los estudiantes ingleses, informó de que Jena parecía «estar ahora al borde de la ruina». Su palpitante corazón, alimentado por el entusiasmo de los jóvenes pensadores visionarios, simplemente se paró. El «Reino de la Filosofía», como Caroline llamó a la pequeña ciudad, había dejado de existir.[1244]

Sin embargo, Hegel se quedó allí. Tardo, como era, para tomar decisiones, se limitó a ver cómo los demás hacían las maletas y se marchaban. Goethe lo veía de vez en cuando. «Es una persona admirable, espléndida», dijo de él Goethe, pero no un gran conversador ni conferenciante. Goethe llegó a preguntarse si alguien podría enseñar a Hegel «el arte de hablar en público». El filósofo era un pensador profundo y minucioso que no sabía articular sus pensamientos, le dijo Goethe a Schiller. Mientras tanto, Hegel se sentía como si lo hubieran dejado solo en un barco que se hundía. Salvo por alguna cena ocasional y por sus conferencias, no salía

prácticamente; se quedaba en casa y trabajaba en sus ideas filosóficas.[1245]

Incluso Schiller añoraba la antigua Jena. Aunque los últimos cinco años habían estado marcados por el éxito profesional y económico —sus obras se representaron con gran éxito en toda Alemania—, echaba de menos pasar largas tardes en su salón discutiendo sobre ideas, obras, poesía y filosofía. Parecía como si hubiera pasado una vida entera —le escribió a Wilhelm von Humboldt, que ahora era ministro prusiano en el Vaticano, en Roma— «desde que filosofábamos juntos en Jena, electrizados mutuamente por nuestras fricciones intelectuales».[1246]

Ahora vivía en una elegante casa, en el paseo arbolado de moda de Weimar. El duque Carlos Augusto también lo había ennoblecido, y ahora era Friedrich von Schiller.[1247] A él no le importaba esta elevación, pero a su aristocrática esposa Charlotte sí. «Lolo está realmente en su elemento», bromeaba Schiller, «pavoneándose en la corte». Era un personaje célebre, sus obras de teatro, enormemente populares, cosechaban ovaciones en todas partes, le pagaban generosamente y ya no tenía que preocuparse por el dinero; pero la emoción intelectual que todos habían sentido durante aquellos primeros días en Jena se había esfumado. «Mi vida es muy monótona y vacía», escribió, excusándose por la brevedad de sus cartas. No tenía nada emocionante que contar.[1248]

En 1804, los viejos amigos estaban dispersos por Alemania y Europa: de Jena a Roma y Wurzburgo, de Berlín a Suiza, de París a Colonia. Fichte seguía en Berlín, donde continuaba dándole forma a su *Wissenschaftslehre*, revisando, explicando y aclarando su idea original del *Ich* y el no *Ich*. Trabajaba mucho —demasiado, pensaba Johanne Fichte— y solía escribir hasta media tarde, momento en el que impartía lecciones privadas a estudiantes ricos y aristócratas. Sus conferencias dominicales, con casi ciento cincuenta oyentes de pago, eran especialmente populares. Entre el público se encontraban príncipes, diplomáticos, duques, académicos y catedráticos, informó Johanne con orgullo a su primo. Pero su círculo de amigos era reducido y llevaba una vida tranquila y, en gran medida, feliz. El mayor motivo de queja que tenía Fichte era que sus discípulos difundían versiones inexactas de sus ideas filosóficas. Un día, esperaba, podría fundar una verdadera «Escuela de Filósofos», una academia que formara a hombres mayores y más sabios realmente capaces de entender su obra.[1249]

Schelling y Caroline, mientras tanto, empezaron su nueva vida en Wurzburgo. Schelling disfrutaba de la enseñanza, pero le decía a

Hegel que el espíritu intelectual de la ciudad estaba «todavía muy por detrás de lo que había en Jena».[1250] Caroline disfrutaba siendo la esposa del profesor más importante de la universidad y del principal filósofo de Alemania. Después de años de vivir en Jena con estrecheces, ahora habitaban un apartamento espacioso y elegante, y Caroline podía comprar artículos caros: alfombras, pantallas de chimenea pintadas a mano y otomanas, así como hermosos vestidos.[1251]

Y no tardó en enemistarse con las esposas de los colegas de Schelling. Algunas eran antiguas rivales suyas de Jena, y a otras no les gustaba la seguridad en sí misma que irradiaba Caroline. Al no haber desempeñado nunca el papel de esposa recatada, no ocultaba su elocuencia, ni sus conocimientos. Se negaba a participar en las habladurías domésticas, y no ayudó el hecho de que tildara a la esposa de un académico de «sirvienta suaba». Caroline acabó diciendo en sus cartas: «Nuestros buenos amigos de Jena son tan traicioneros aquí como allí».[1252] Pero ella era feliz: casada con el amor de su vida, estimulada intelectualmente y trabajando y escribiendo reseñas sin parar. Eran el uno para el otro, decía Schelling, porque estaban «unidos por los vínculos más sagrados».[1253]

Entonces, a principios de mayo de 1804, exactamente un año después de su divorcio, Caroline recibió una visita sorpresa. August Wilhelm Schlegel, que estaba en la ciudad de paso, solo una noche, había quedado con Schelling en una taberna, pensando que encontrarse con Caroline podría resultar demasiado incómodo. Sin embargo, el nuevo marido no lo veía así y, como un cachorro eufórico, arrastró a August Wilhelm a su apartamento. A las once de la noche, los dos hombres irrumpieron en el salón de Caroline. Por suerte, ella estaba despierta.[1254]

Fue un encuentro tierno. A August Wilhelm le pareció que Caroline tenía un aspecto más saludable que en los últimos meses que habían pasado juntos en Jena, y que iba vestida de forma muy favorecedora, como siempre. Hablaron hasta la una de la madrugada. Sentados bajo el retrato de su querida Auguste, revivieron el vínculo de su antigua amistad y se alegraron de verse. Al día siguiente, muy temprano, August Wilhelm volvió para una última despedida. Se abrazaron y se dijeron adiós sin saber si volverían a verse. Caroline «se emocionó cuando me fui», recordaría después August Wilhelm. A las ocho de la tarde ya estaba de camino a Suiza en compañía de otra mujer formidable: Germaine de Staël-Holstein, también conocida como madame de Staël. Su destino era el castillo de Coppet, en el lago de Ginebra, que pertenecía a la familia de ella.[1255]

August Wilhelm Schlegel se alegró de abandonar Berlín. Aunque sus conferencias habían sido un éxito, su vida personal era un desastre. Cuando Sophie Bernhardi dio a luz a un hijo, diecisiete meses antes, August Wilhelm creyó que era el padre. Había reunido los fondos que tenía para ayudar a su amante a escapar de su infeliz matrimonio, solo para acabar descubriendo, poco después, que el bebé era hijo de un tercer hombre. Sophie no solo había engañado a su marido, también a él. August Wilhelm estaba cansado. Parecía exhausto. Se moría de ganas de ver los Alpes suizos y de hacer excursiones, nadar y escribir. [1256]

Y hacia allí se dirigía, con la escritora francesa de treinta y ocho años madame de Staël. Brillante y extraordinariamente rica, madame de Staël había heredado una fortuna de su padre banquero, ministro de finanzas del difunto rey francés. Había vivido en París la mayor parte de su vida, rodeada de los más grandes pensadores. Era famosa en toda Europa, conocida tanto por su ingenio y sus escritos como por su vida amorosa poco convencional y su idiosincrásico vestuario, que a menudo revelaba más de lo que ocultaba. Se casó y se separó, tuvo numerosas aventuras y dio a luz a cuatro hijos, pero solo uno de ellos fue engendrado por su marido.(63) También era exigente. Como señaló uno de sus amantes habituales, todo el mundo tenía que estar a su disposición cada minuto del día o, de lo contrario, se producía «una explosión como todas las tormentas y terremotos juntos». Su carácter y su agudeza mental hicieron que el poeta inglés Lord Byron la calificara de «espantosa como un precipicio».[1257]

Madame de Staël, que era una partidaria ferviente de la Revolución francesa, se puso en contra de Napoleón cuando este se nombró a sí mismo primer cónsul vitalicio. Como castigo, este la desterró de París. En su exilio, se había propuesto conocer a los más grandes pensadores y escritores de Alemania, para un proyecto de libro sobre la nueva filosofía alemana y la literatura que había surgido en Jena. Si la Revolución francesa había desembocado en Napoleón, pensaba ella, es que algo había ido mal. Era hora de buscar respuestas en otra parte. Los franceses eran demasiado racionales, pensó, y los ingleses demasiado empíricos. Pero los alemanes habían ideado una nueva forma de entender el mundo. Madame de Staël quería saberlo todo sobre aquel *Ich* dueño de sus potencialidades.[1258]

A finales de 1803, viajó al ducado de Sajonia-Weimar para conocer esta nueva filosofía. Pagó a Henry Crabb Robinson, uno de los antiguos alumnos ingleses de Schelling, para que la instruyera, y exprimió cuanto pudo a Schiller y a Goethe para que le dieran explicaciones.[1259] Madame de Staël habló e interrogó sin descanso, pero se sorprendió al descubrir que ni Goethe ni Schiller leían periódicos políticos. Los poetas alemanes no parecían hablar de

política, observó. En cambio, seguían la filosofía de Schelling y preferían «el ideal» a la realidad. Tal vez, pensó, los alemanes escapaban a este mundo «ideal» porque su mundo real era poco sofisticado y muy restringido: el clima era duro, la comida era terrible y todavía estaban gobernados por monarcas, príncipes y duques en lugar de por gobiernos elegidos popularmente. Los alemanes vivían en sus mentes y encontraban allí lo que «su limitado destino les niega en la tierra», escribiría en *Alemania*, un superventas internacional que llevó las ideas del Círculo de Jena a los salones de Europa y Estados Unidos.[1260]

Madame de Staël fue como un fuego artificial que explotó sobre Weimar.[1261] Goethe y Schiller la querían, pero les parecía agotadora. Cuando finalmente se marchó a Berlín, después de once semanas, Schiller confesó que se sentía «como si hubiera sobrevivido a una grave enfermedad». Goethe le había dado una carta de presentación para August Wilhelm Schlegel porque nadie sabía más que él sobre las ideas del Círculo de Jena. A madame de Staël le gustó inmediatamente August Wilhelm. Tenía más «conocimiento e ingenio en asuntos literarios» que nadie que hubiera conocido antes, dijo. También se encontró con Fichte. Aunque no sabía hablar alemán y el francés de Fichte era pobre, madame de Staël le exigió que resumiera su *Wissenschaftslehre* en quince minutos. Al cabo de diez, lo interrumpió: «¡Ah! Es suficiente, lo entiendo, lo entiendo perfectamente, monsieur Fichté».[1262]

August Wilhelm Schlegel le encantaba. Hablaba inglés como un inglés y francés como un francés, decía. En Berlín, se veían casi a diario y asistía a sus conferencias. Con solo escucharlo durante unas horas, diría más tarde, «recogemos el fruto del trabajo de toda una vida». August Wilhelm quedó deslumbrado por su mente, su personalidad y su riqueza, y pronto lo convenció para que la acompañara a Suiza ofreciéndole un trabajo como profesor de sus hijos de trece y once años. Le prometió que sus compromisos no serían onerosos, pero que tendría que instruirla en todas las cuestiones literarias alemanas.[1263]

La oferta le proporcionó independencia económica, liberándolo de las exigencias de los editores y directores de revistas, y de sus compromisos como conferenciante. Cuando los niños crecieran, podría quedarse y recibir el mismo salario y una pensión vitalicia. August Wilhelm no lo dudó. No podía esperar a viajar a Suiza, le dijo, y comenzar «nuestro gran proyecto».[1264]

Mientras tanto, en París, los últimos proyectos de Friedrich Schlegel para ganar dinero no marchaban según lo previsto. Su nueva revista,

Europa, solo contaba con unos trescientos suscriptores y sus conferencias apenas atraían a veinte personas.[1265] Confiaba en que los franceses lo recibirían como la gran mente crítica de los jóvenes románticos, pero pronto descubrió que los parisinos no tenían ningún interés en aprender nada sobre la literatura alemana. No era así como había imaginado su vida. «París tiene un defecto», no tardó en decir Friedrich Schlegel: «está llena de franceses».[1266]

Desde que conoció a Caroline, en 1793, Friedrich había sido partidario de la Revolución francesa, pero la Francia que encontró era muy diferente de lo que esperaba. A medida que Napoleón acaparaba más y más poder, los antiguos ideales parecían desvanecerse como las pintadas con las palabras *liberté, égalité* y *fraternité* se iban borrando de los muros de París. Las iglesias volvieron a abrirse y, tras diez años de silencio, las campanas de Notre Dame volvieron a tañer. Los ruidos de las obras resonaban en las calles de la capital mientras Napoleón arrasaba las casas medievales de madera para dar paso a una ciudad moderna con grandes bulevares, canales y depósitos de agua, parques públicos y fuentes. El primer cónsul se hizo cargo de todos los aspectos de la vida: puso editores leales al frente de los periódicos y estableció una fuerza de policía nacional y un banco nacional, el Banco de Francia. Más tarde, al acabar la primavera 1804, Napoleón anunció su coronación como emperador de Francia, que tendría lugar a finales de ese mismo año. Todos los poderes estarían en sus manos y podría transmitirlos a sus herederos. Napoleón pretendía fundar una dinastía.

Desilusionado, Friedrich Schlegel abandonó su idea de una Europa unida con París en el centro. «Nunca he sido más obstinadamente, más estúpidamente alemán», confesó.[1267] Eso no significaba que no trabajara. Lo hacía. Friedrich era mucho Friedrich, y ya había encontrado un nuevo tema. Aprovechando los manuscritos persas e indios que los franceses habían saqueado de las bibliotecas y colecciones privadas en sus correrías por Europa, Friedrich Schlegel comenzó a estudiar el persa y el sánscrito. «Me siento tremendamente atraído por los temas orientales», le escribió a Ludwig Tieck, lleno de nuevas ideas sobre la importancia del sánscrito como «raíz de todas las lenguas» y su influencia en el griego, el latín y las lenguas germánicas. Estaba tan obsesionado con el tema que en 1808 publicó el primer estudio exhaustivo del sánscrito en Alemania, *Del idioma y la sabiduría de los indios*, que también incluía traducciones de textos antiguos.[1268] Sin embargo, nada de esto le permitió ganar dinero y, para complementar sus ingresos, Dorothea traducía textos y novelas francesas al alemán, además de alquilar habitaciones en su apartamento, al pie de Montmartre.[1269]

En París, se sentían aislados. El hecho de que Francia estuviera de

nuevo en guerra no hacía sino empeorar las cosas. Tras la efímera Paz de Amiens de 1802, Gran Bretaña había declarado la guerra a Francia en mayo de 1803. Marginada por el dominio francés en Europa, los ingleses estaban cada vez más preocupados por las intenciones colonialistas de Napoleón. Sus ambiciones parecían insaciables. Seguía interfiriendo en la política suiza y en los asuntos italianos y, de todos modos, pocos habían creído que alguna de las partes implicadas fuera a cumplir los términos acordados en el tratado de paz.

Friedrich Schlegel quería abandonar Francia. Pero ¿adónde ir? Quizá en la Universidad de Wurzburgo hubiera un puesto para él. ¿Por qué nadie se lo había ofrecido? ¿No era extraño —se preguntaba— teniendo en cuenta que parecía haber gente a la que habían enviado «por todos los caminos y zarzales del país en busca de profesores y eruditos a los que invitar a Wurzburgo y Múnich»? Pero, aunque indagó, no llegó ninguna oferta de trabajo. Dorothea no entendía por qué. ¿Por qué los gobernantes y los estados no apreciaban a su maravilloso Friedrich? ¿Por qué no buscaban su consejo? Si lo hicieran, «el mundo sería un lugar mucho mejor», decía.[1270]

Cuando sus inquilinos alemanes, que procedían de Colonia, sugirieron que podrían encontrar un puesto de profesor para Friedrich en su ciudad natal, no lo dudó.[1271] Pero Colonia era una ciudad católica, en la que no podría tener éxito sin legalizar su relación con Dorothea. Y así, con una perspectiva más que vaga de obtener un puesto, Dorothea renunció a su fe judía y se bautizó. Los amantes se casaron en una iglesia protestante en abril de 1804.(64)[1272] Poco después dejaron París y se mudaron a Colonia.

Por muy poco, solo un par de meses, no se reencontraron con un viejo amigo de Jena. Tras casi cinco años en Sudamérica, Alexander von Humboldt llegó a París a principios de agosto de 1804, con sus baúles llenos de cientos de bocetos y decenas de miles de observaciones y cálculos astronómicos, geológicos y meteorológicos. El científico, de treinta y cuatro años, había regresado con rocas, insectos y animales disecados, así como con unos sesenta mil especímenes de plantas. Más de lo que nadie había reunido nunca, se jactaba.[1273]

Alexander von Humboldt y su compañero de viaje, el botánico francés Aimé Bonpland, habían recorrido miles de kilómetros. Habían remado a lo largo del Orinoco, adentrándose en la selva tropical, y cruzado los Andes desde Bogotá hasta Lima, unos tres mil quinientos kilómetros a lo largo de la cordillera más larga del planeta. Acompañados por enormes cóndores andinos que planeaban sobre sus cabezas, habían subido y bajado montañas y valles nevados, luchando contra ventiscas, lluvias y tormentas eléctricas a gran altura, antes de

descender al fuerte calor de los bosques tropicales.[1274]

Por el camino habían subido a todos los volcanes alcanzables y habían llegado a alturas en las que apenas podían respirar. La cima de la obsesión de Humboldt fue el Chimborazo, un volcán inactivo situado a unos ciento sesenta kilómetros al sur de Quito, en el actual Ecuador. Con casi seis mil metros, se la tenía entonces por la montaña más alta del mundo. A pesar de la espesa nieve y la niebla, casi llegaron a alcanzar la cumbre.[1275] Más al sur, de camino a Lima, Alexander von Humboldt dibujó y admiró ruinas incas y entró en contacto con muchas de las tribus indígenas de la zona. También pasó un año entero en México, donde se quedó fascinado con la cultura azteca.

Mientras recorría el continente, se mantuvo fiel al espíritu de Jena. El hecho de que la naturaleza y la imaginación estuvieran tan estrechamente entrelazadas en su obra, le dijo a Goethe más tarde, se debía a la «influencia de tus escritos». Para mostrar su agradecimiento, Humboldt dedicó el primer libro que publicó tras su regreso a su viejo amigo. Goethe lo había dotado de «nuevos sentidos», y con ellos había explorado Sudamérica.[1276] Y aunque viajó con cuarenta y dos instrumentos científicos, no solo iba en busca de datos empíricos. Al igual que sus viejos amigos de Jena, creía que los sentimientos y la imaginación eran herramientas esenciales para dar sentido al mundo externo. Con sus libros quería alimentar, «al mismo tiempo, la sed de conocimiento y el poder de la imaginación».[1277]

Goethe estaba emocionado por el regreso de su amigo. Alexander había estado fuera tanto tiempo, dijo Goethe, que era como si «hubiese resucitado de entre los muertos».[1278] Sin embargo, cuando Schiller se enteró de la llegada de Humboldt, sus viejos celos volvieron a aflorar. Inmediatamente escribió a su editor, Johann Friedrich Cotta, aconsejándole que no encargara los diarios de viaje de Alexander von Humboldt. Todo el mundo los querría, dijo Schiller, «pero herr von Humboldt no es un escritor dotado».[1279] Cotta, una de las figuras más respetadas del mundo editorial, contaba con Goethe y Schiller en su catálogo, así como con Schelling, Fichte, August Wilhelm Schlegel y el poeta Friedrich Hölderlin.

Alexander von Humboldt creía pertenecer a esa compañía. «¿Quién mejor que tú?», le escribió a Cotta, «el amigo de mis amigos». Cotta, astuto hombre de negocios y mecenas de las artes, ignoró el consejo de Schiller. No iba a perderse la historia de la mayor exploración de la época. De hecho, le dijo a Alexander que igualaría cualquier oferta que pudiera recibir de otros editores.[1280]

Y así, los viejos amigos de Jena se reunieron todos en el catálogo de Cotta. Puede que se hubieran dispersado y distanciado, pero sus palabras estuvieron juntas para siempre gracias a Cotta, y sus libros

llevaron sus ideas al mundo entero. En la última década lo habían puesto todo patas arriba, redefiniendo la relación entre el yo y el mundo. Habían fundado un movimiento literario y filosófico que promovía la libertad y el pensamiento original. Al igual que la Revolución francesa no había seguido una trayectoria lineal simple, tampoco lo hizo su revolución. El camino había discurrido en bucle y en zigzag, sí, pero siempre en la dirección correcta, hacia delante, hacia una vida dueña de sí. Y no se detendría nunca. Con el tiempo, sus obras influirían en algunos de los más grandes escritores y pensadores de Europa y Estados Unidos.

El primer día de 1805, Goethe se despertó con la premonición de que él o Schiller morirían ese año. Dos semanas después, ambos se encontraban mal. Una infección cutánea que ya había causado problemas a Goethe reapareció, acompañada de fiebre y neumonía. A principios de febrero, su médico se temía lo peor. La perspectiva de perder a su amigo conmocionó tanto a Schiller que esa misma noche también se vio afectado por la fiebre.[1281]

Había sido un invierno largo y frío en el que las densas nevadas habían cubierto el ducado de Sajonia-Weimar durante meses. «Este invierno de Jena se niega a terminar», le escribió Hegel a un amigo a principios de marzo de 1805, preocupado, como todo el mundo, por el estado de salud de Goethe y Schiller.[1282] Los dos hombres se enviaban cartas y libros en la cama. El 1 de marzo, Schiller se había recuperado lo suficiente como para visitar a su convaleciente amigo. Se abrazaron con fuerza y sonrieron. Habían sobrevivido. O eso creían. Menos de una semana después, Goethe volvió a sufrir un colapso, esta vez a causa de una infección renal o un cólico nefrítico. Mientras se recuperaba lentamente, Schiller volvió a empeorar. Nadie podía mencionar la enfermedad de Schiller en la casa de Goethe: era como si el silencio pudiera remediarla. Durante las semanas siguientes, los dos viejos amigos oscilaron entre la recuperación y la fiebre. Cada vez que se sentían un poco mejor, intentaban trabajar e intercambiaban manuscritos.[1283]

«Tengo que forzarme», le dijo Schiller a Goethe el 27 de marzo, después de pasar unas horas escribiendo, «pero vuelvo a estar en marcha». Y así, poco a poco, fue mejorando. Un mes más tarde, a finales de abril, Goethe se sintió lo bastante fuerte como para visitar a su amigo y, una semana después, Schiller incluso se aventuró a ir al teatro. En el camino se encontró con Goethe y tuvieron una breve charla, pero esa noche Schiller se fue a la cama temblando y pronto sufrió otra fiebre alta.[1284]

Tres días más tarde, el 4 de mayo, se arrastró hasta su escritorio

para trabajar en su nuevo drama, *Demetrio*, pero al día siguiente estaba de nuevo en la cama, presa de la fiebre. En la mañana del 9 de mayo, el médico le recetó un baño y una copa de champán, para mejorar su circulación —no era aquel, seguramente, el mejor tratamiento para un hombre que había sufrido enfermedades crónicas durante más de una década—. Schiller se desmayó varias veces y se quedó sin habla. Al final de la tarde, estaba muerto. Tenía cuarenta y cinco años.[1285]

En los catorce años anteriores, había sufrido tantas enfermedades debilitantes que la mayoría de sus órganos estaban casi completamente destruidos. Era una sorpresa, según el informe de la autopsia, que hubiera conseguido vivir tanto tiempo. Schiller en realidad no tenía corazón, comentó con sorna Friedrich Schlegel tras escuchar que el médico solo había encontrado, al abrir su pecho, «una especie de esponja dura y petrificada». Su pulmón izquierdo se había colapsado, su corazón, deformado, su hígado parecía papel seco y sus intestinos estaban constreñidos. Las quejas sobre su mala salud que habían llenado sus numerosas cartas a amigos y familiares no fueron las de un hipocondriaco, sino las de un hombre que había producido algunas de sus mejores obras llevando su debilitado cuerpo al límite.[1286]

Cuando la noticia llegó a la casa de Goethe, a primera hora de la tarde del 9 de mayo, nadie se atrevió a decir nada. Su secretario se apresuró a salir sin ni siquiera dar las buenas noches. Todo el mundo estaba tan callado que Goethe se lo olió.[1287] Mientras lloraba en la cama, temiéndose lo peor, Christiane se hacía la dormida. A la mañana siguiente, él le preguntó si Schiller estaba muy enfermo, y ella se derrumbó, incapaz de mentirle. «¿Está muerto?», dijo él. «¡Muerto!». Y se enclaustró en su estudio. El teatro permaneció cerrado al día siguiente y el 12 de mayo, Schiller fue enterrado en el cementerio de la iglesia de San Jakobskirche de Weimar, a quince minutos a pie de la casa de Goethe. Fingiéndose enfermo, Goethe no asistió al funeral. No podía. «Pierdo un amigo y, con él, la mitad de mi propia vida», dijo, entre sollozos. «Mi irremplazable Schiller».[1288]

Todos estaban preocupados por Goethe. «Temo que el viejo acabe convirtiéndose en piedra», le escribió Friedrich Schlegel desde Colonia a su hermano, que seguía en Suiza.[1289] Debilitado por la enfermedad y por la pérdida de Schiller, a Goethe lo vigilaban estrechamente tanto Christiane como sus amigos. En su estudio, en la parte trasera de su casa, con vistas a su jardín, él intentaba ignorar la realidad trabajando. No mencionó a Schiller, y nadie más se atrevió a hacerlo.[1290] Pero su amigo estaba con él. Sobre el escritorio de Goethe había un montón de papeles garabateados con la letra de Schiller: era el borrador de su última obra, *Demetrio*. Habían hablado

de aquel drama con tanto detalle que se dijo: «Podría escribir yo mismo el resto».[1291] Y decidió completar la obra, «para fastidiar a la Muerte».[1292] Hacerlo los mantendría unidos. Aunque solo fuera en la mente de Goethe, podrían seguir trabajando juntos, discutiendo y escribiendo. Cuando se representara en los escenarios alemanes, la obra resucitaría a su amigo y el amor que ambos sentían por el teatro. Así que, mientras el verano llenaba de flores su jardín, más allá de las ventanas, Goethe no salió de su estudio. Lo intentó. Y volvió a intentarlo. Pero no pudo hacerlo. Echaba demasiado de menos a Schiller.

Cuando finalmente guardó el manuscrito, fue como si su amigo hubiera muerto por segunda vez. Se sentía angustiado y solo. Las páginas del diario de Goethe durante las semanas posteriores a la muerte de Schiller están en blanco; la manifestación, según dijo más tarde, del «estado de vacío» en el que se encontraba.[1293]

20
«¡LOS FRANCESES ESTÁN EN LA CIUDAD!»
Octubre de 1806: La batalla de Jena

En otoño de 1806, más de cien mil soldados prusianos y sus aliados sajones esperaban a los franceses en Jena y sus alrededores. Napoleón y su gran ejército de más de ciento cincuenta mil hombres marchaban desde el sur de Alemania hacia Berlín, la capital prusiana. El pequeño ducado de Sajonia-Weimar se encontraba directamente en su camino. [1294]

Las tropas prusianas y sajonas llegaron a Jena a finales de septiembre de 1806 e instalaron un enorme campamento en los Jardines del Paraíso, el parque junto al río Saale por el que tantas veces había paseado el Círculo de Jena. Interminables hileras de tiendas blancas salpicaban los prados y miles de finas estelas de humo ascendían, dibujando espirales, desde las hogueras. Mientras los caballos permanecían en filas perfectamente ordenadas, bebiendo en el río, el olor a pan procedente de una gran panadería al otro lado de los prados llenaba el ambiente. Los soldados habían sacrificado todas las vacas y bueyes en kilómetros a la redonda y habían talado también cientos de árboles para alimentar sus hogueras. Habían vaciado los almacenes de grano y los precios de los alimentos en Jena no paraban de aumentar.[1295]

Las calles de la ciudad estaban ahora abarrotadas de militares prusianos y sajones vestidos con uniformes vistosos. Dondequiera que los habitantes de Jena miraran, no veían más que adornos de plata, adornos de encaje, forros de piel, botones de todos los colores, ribetes rojos y azules, abrigos largos de doble botonadura, chaquetas cortas a medida y solapas bordadas. Los fajines se llevaban alrededor de la cintura o entrecruzados sobre el pecho, y los sombreros bicornes lucían una amplia variedad de grandes penachos, ornamentos, bordados y borlas. Los tacones de las botas pulidas repiqueteaban sobre los adoquines.[1296] Los soldados que portaban sables curvos, lanzas, mosquetes con bayonetas, pistolas y espadas llenaban la plaza del mercado con cañones, municiones y otros equipos de artillería. [1297]

Los generales eran fáciles de identificar, con sus chaquetas ricamente decoradas con borlas, charreteras doradas, medallas y estrellas bordadas, y sus espadas balanceándose mientras se

pavoneaban por la ciudad. Los oficiales llevaban sombreros con grandes plumas blancas que brincaban sobre las cabezas de la multitud.

Lo más impresionante de todo era el temido «Regimiento Cabezas de la Muerte», húsares prusianos con bigote y montados en veloces caballos grises con mantas de piel de oveja negra adornadas de color rojo amapola. Estos soldados de caballería vestían chaquetas negras cortas y sombreros negros con la insignia de la calavera y las tibias cruzadas. Para los habitantes de Jena, el ejército prusiano y sus aliados sajones desprendían poderío y confianza.

Era la primera vez desde la guerra de los Siete Años, acaecida más de cuatro décadas antes, que Jena se enfrentaba a un ejército enemigo. Incluso durante los catorce años anteriores, cuando gran parte de Europa se hallaba inmersa en el conflicto, los campos de batalla y los soldados habían estado lo suficientemente lejos como para que la ciudad se sintiera segura la mayor parte del tiempo. Lo más cerca que habían estado los franceses fue a doscientos veinticinco kilómetros al sudoeste, en el verano de 1800, cuando murió Auguste. Pero la guerra se había reanudado tras el efímero Tratado de Amiens, y Napoleón se movía ahora hacia el norte desde Wurzburgo y Bamberg, y se acercaba peligrosamente.[1298]

Conforme los franceses cosechaban una victoria tras otra, en el transcurso de la última década, el Sacro Imperio Romano Germánico iba a su vez desmoronándose. Y en el verano de 1806, su dominio milenario llegó a su fin cuando Napoleón lo sustituyó por la llamada Confederación del Rin, una alianza de dieciséis estados alemanes con el francés a la cabeza, en calidad de «protector». Los estados alemanes que no formaban parte de la Confederación del Rin fueron rápidamente declarados enemigos de Francia, y a medida que Napoleón marchaba por Europa los iba engullendo.

«Napoleón, con sus afilados dientes, va arrasando un país tras otro», escribió Caroline en marzo de 1806, desde Wurzburgo, ahora parte de la Confederación del Rin.[1299] Schelling esperaba las últimas noticias con gran expectación, deseando que las viejas monarquías y sus sistemas despóticos fueran finalmente barridos. «Por fin ha comenzado la revolución en Alemania», escribió. «Por fin habrá espacio para un mundo nuevo».[1300]

Durante más de una década, Prusia se había mantenido al margen de las guerras napoleónicas, permaneciendo neutral. Esta postura no le había granjeado al rey prusiano, Federico Guillermo III, mucha popularidad entre las naciones europeas que luchaban contra Francia, y muchos la consideraban una muestra de debilidad. A finales del verano de 1806, tras algunas escaramuzas fronterizas y provocaciones francesas, que reclamaban derechos territoriales sobre Hannover,

Federico Guillermo III empezó a movilizar a su ejército. A finales de septiembre, envió un ultimátum a Napoleón, en el que exigía que las tropas francesas se retirasen del territorio prusiano. Pero Napoleón lo ignoró y le declaró la guerra a principios de octubre de 1806. Con la Confederación del Rin del lado de los franceses y bajo su control de facto, Prusia se encontró de pronto en guerra con Francia contando como aliados únicamente con el electorado de Sajonia y los ducados sajones más pequeños.

Goethe intentaba aislarse del mundo exterior. Desde la muerte de Schiller, hacía ya un año, no había dejado de sentirse enfermo, pero unas vacaciones de verano en su balneario favorito, Karlsbad, le habían devuelto el ánimo. Ayudó el hecho de que no se vieran soldados en Karlsbad y que nadie hablara de política.[1301] Y mientras tenía lugar la amenaza del ejército francés, Goethe volvió a encontrar consuelo en el estudio de la naturaleza, reanudando su ensayo, aún inédito, sobre la teoría del color y catalogando su cada vez más imponente colección de rocas.[1302]

Se trasladó a Jena para concentrarse mejor. Allí, leyó y discutió con Hegel las últimas publicaciones filosóficas. Cuando envió muestras de rocas a la Universidad de Gotinga, el profesor que las recibió se sorprendió de que Goethe no tuviera nada más importante que hacer mientras el ejército se preparaba para la guerra.[1303] Goethe no podía, de hecho, descuidar sus obligaciones ministeriales, que incluían el aprovisionamiento de las tropas prusianas y sajonas. De modo que, cuando los generales y los soldados llegaron a Jena, cerró de mala gana sus cuadernos y sacó del baúl su traje de cortesano. Se puso los calzones de seda negra y el chaleco y el abrigo ricamente bordados. Se enfundó las medias blancas, se empolvó el pelo, se ciñó el cinturón de la espada bajo su abultado vientre y fue a recibir a los generales prusianos que se alojaban en el Castillo Viejo y, dejando libres sus habitaciones para ellos, se instaló en un ala lateral del edificio.[1304]

Mientras todos hablaban sin cesar de Napoleón, de la guerra y de política, Goethe se limitaba a escuchar amablemente y a decir lo mínimo.[1305] En su último día en Jena, el 6 de octubre, se encaminó al punto más alto de la ciudad, en el extremo norte, cerca del antiguo foso medieval. Allí, no muy lejos de la entrada de su querido jardín botánico, miró hacia abajo, por encima de los tejados inclinados, y dejó vagar sus pensamientos. Podía ver la alta aguja de la iglesia de San Miguel y la lejana torre de la universidad al sur. Se sentía solo. La mayoría de sus amigos ya no estaban. Algunos habían muerto, otros se habían ido, y solo unos pocos seguían escribiendo. Y ahora aquella pequeña ciudad, crisol de tantas ideas inspiradoras, se enfrentaba al

ejército francés.[1306]

Había un brillo en el cielo, observó Goethe, que le recordaba el aire que baila sobre las brasas. Aquello le pareció un presagio. Era el momento de regresar junto a su familia en Weimar. Aquel mismo día abandonó la ciudad, sin imaginarse que pasarían siete meses antes de que pudiera volver a ella.[1307]

Cinco días más tarde, en las primeras horas del 11 de octubre de 1806, llegó la noticia de que tan solo cuarenta y ocho kilómetros al sur de Jena algunos regimientos prusianos habían sido derrotados por los franceses. Los gritos resonaron en las calles: «¡Los franceses están en la ciudad!». Y los habitantes de Jena se apresuraron a comprar provisiones y a cosechar las verduras que quedaban en sus huertos, para abastecer sus despensas. Otros cavaron hoyos bajo los árboles y arbustos de sus jardines para esconder objetos de valor, como joyas, monedas y documentos importantes que guardaban previamente en baúles y cajas.[1308]

Reinaba el pánico. En un momento dado, un grupo de soldados prusianos empujó sus pesados cañones con tanta rapidez sobre los adoquines que las ruedas se hicieron añicos bajo el peso y la valiosa artillería quedó inutilizada. Se originó tal confusión que los regimientos se impedían el paso unos a otros. Un regimiento sajón perdió todo su equipaje y provisiones en medio de todo aquel tumulto y sus soldados tuvieron que dormir, hambrientos, bajo el frío cielo otoñal en un campo, en las afueras de la ciudad. El campamento prusiano a orillas del Saale fue desmontado a toda prisa y las tropas salieron atropelladamente de la ciudad por la carretera de Weimar para situarse en los campos circundantes; miles de recuadros de hierba amarillenta, los lugares donde se habían alzado sus tiendas, dejaron un recuerdo fantasmal de su paso. Las hogueras se habían apagado, pero la ceniza aún estaba caliente. Los prusianos y sus aliados tardaron casi dos días en marcharse. Después, todo quedó en silencio. Todo el mundo se quedó en casa, sin saber qué más hacer.[1309]

En la mañana del 13 de octubre aparecieron las primeras tropas francesas. Mientras los regimientos prusianos se preparaban para un ataque francés en las aldeas de más allá de Jena, los soldados de Napoleón cruzaron, sin más, las desguarnecidas puertas de la ciudad. Al mediodía, comenzaron los saqueos. Los soldados golpeaban las puertas con las culatas de los mosquetes y entraban en tromba en las casas. «Eran como demonios», le escribió un profesor a Goethe. Registraron a las mujeres, les arrancaron las joyas del cuello y les quitaron los relojes. Abrieron los cajones, desvalijaron los escritorios y volcaron y vaciaron los baúles.[1310]

Los habitantes de Jena estaban aterrorizados. Algunos colocaron mesas con comida delante de sus casas para alimentar al ejército invasor, con la esperanza de que les sirviera de protección. Pero los soldados no tuvieron piedad. Arramblaron con bolsos llenos de dinero, sacaron vino en cubos de las bodegas, se llevaron ropa de cama, vestimentas y comida. A punta de bayoneta, los franceses despojaban a los asustados ciudadanos de sus sombreros y botas, y los dejaban semidesnudos y descalzos en plena calle. A algunos incluso los obligaron a quitarse los pantalones. Al anochecer, miles de soldados franceses acamparon en la plaza del mercado y sus oficiales se alojaron en residencias privadas. Un sastre francés se instaló en el Zum Schwarzen Bären, junto al último apartamento de Caroline. Todo el material azul, ya fueran abrigos de mujer o capas de campesinos, era confiscado y convertido en calzones para los soldados franceses. Las tropas de Napoleón quedaron a la espera de que llegaran refuerzos para destruir al ejército prusiano.[1311]

Hegel seguía en la ciudad, intentando desesperadamente terminar su *Fenomenología del espíritu*, el libro en el que llevaba trabajando los últimos cinco años. Había enviado partes del manuscrito unos días antes, pero su editor en Bamberg le dijo que solo le pagaría cuando recibiera el manuscrito completo, y la fecha límite era el 18 de octubre. Tras racionar cuanto pudo su pequeña herencia durante los últimos siete años, Hegel se había quedado finalmente sin dinero. Necesitaba como fuese aquellos honorarios.[1312]

El 13 de octubre, con franceses marchando por las calles de Jena, Hegel envolvió la última parte del manuscrito y corrió a la plaza del mercado para enviar su paquete en la última diligencia que salía de la ciudad. Cuando el cochero tomó las riendas, espoleó a los caballos, y el carruaje se puso en marcha, Hegel se quedó mirando cómo se alejaba. «Solo Dios sabe qué oscuros presentimientos me embargaron cuando me aventuré a enviar aquellas páginas», le escribió a un amigo. Era su única copia y, durante días, había agarrado con fuerza y en todo momento su cartera, donde guardaba el manuscrito. Y no le faltaban motivos para preocuparse porque ese mismo día los franceses saquearon sus aposentos. Las posibilidades de que el manuscrito sobreviviera al fuego cruzado eran escasas.[1313]

Salvo algunos artículos y el panfleto aquel de 1801 en el que explicaba las diferencias entre la filosofía de Fichte y la de Schelling, (65) Hegel no había publicado nada en sus casi seis años en Jena. La *Fenomenología del espíritu* había sido un trabajo dolorosamente lento, y la lucha con sus propias ideas había sumido a Hegel en la melancolía. Sus estudios, contó más tarde, le habían llevado por caminos

laberínticos a los más profundos recovecos de su mente, a «dominios oscuros donde nada es estable, preciso ni seguro».[1314] Pero cuanto más descendía en esta oscuridad, más empeño ponía. El resultado fue un nuevo sistema filosófico que, según él, lo cambiaría todo.

Basándose en la obra de Schelling, Hegel se había propuesto explicar cómo la mente se presentaba a sí misma y cómo, al hacerlo, desarrollaba una comprensión tanto de ella como de la realidad, un proceso que pasaba de la conciencia a la autoconciencia y luego a lo que Hegel definía como «conocimiento absoluto». Lo que le interesaba a Hegel era el desarrollo de la mente, o lo que él llamaba «el proceso de su propio devenir». Su «conocimiento absoluto» no tenía nada que ver con una verdad objetiva ni con la incognoscible cosa en sí de Kant, conceptos que partían de una división entre mente y materia. Era «el espíritu conociéndose a sí mismo en forma de espíritu», explicaba Hegel en el capítulo final, la última etapa de la evolución de la mente, cuando se da cuenta de que la realidad es su propia creación y, por tanto, puede ser conocida directamente. El «conocimiento absoluto» de Hegel es la mente viéndose a sí misma construir la realidad.[1315]

Con el tiempo, la *Fenomenología del espíritu* convertiría a Hegel en el filósofo más famoso de su época, destronando a Fichte y Schelling. También fue el libro que desencadenó su ruptura con este último. Pero, por el momento, la única preocupación de Hegel era que su manuscrito llegara a la imprenta de Bamberg, para así poder cobrar. La perspectiva de perder el producto de años de trabajo era aterradora, inimaginable.

A primera hora de la tarde de aquel día, mientras Hegel cruzaba a toda prisa las abarrotadas calles de la ciudad, vio de pronto a Napoleón sentado a horcajadas en su caballo. Y se quedó embelesado. «He visto al emperador —esta alma del mundo— patrullando por la ciudad», le escribió a un amigo; «es realmente una sensación maravillosa ver a un individuo así, que, concentrado aquí, en un solo punto, sentado en un caballo, abarca todo el mundo y lo domina».[1316]

Hegel no era, desde luego, el único admirador de Napoleón. Los alemanes estaban divididos con respecto a él. Algunos lo consideraban un genio, otros, un tirano. Algunos creían que había traicionado los ideales de 1789 al coronarse emperador en 1804, mientras que otros esperaban que restaurara el orden en Francia y Europa para que aquellos ideales pudieran finalmente aplicarse y desarrollarse. Caroline lo llamaba simplemente «el destino personificado [...] que no odio, ni amo, a quien solo puedo observar mientras espero para ver adónde conducirá el mundo».[1317] Cuando Goethe conoció a Napoleón, dos años después de la batalla de Jena, también se sintió maravillado. Como contaría Hegel más tarde, Goethe admiraba el

genio y la fuerza de Napoleón, no al militar brutal ni al político que había en él. Para el poeta, Napoleón tenía la misma energía creativa y la actividad que un genio artístico. La diferencia era que su modo de expresarse era la acción directa, no la poesía. El emperador francés había puesto fin a la agitación provocada por la Revolución francesa, creía Goethe, y había restablecido la ley y el orden.[1318]

Napoleón era, como escribió Hegel en las mismas páginas que acababa de enviar a Bamberg, el ejecutor de los ideales de la Revolución francesa y la encarnación del espíritu: el «alma del mundo». Para él, el general francés era un paso más en el camino del «conocimiento absoluto». Y aunque el ejército que comandaba había saqueado su casa, y a pesar de que temía por su manuscrito, Hegel, como tantos otros en Jena y Alemania, quería que los franceses ganaran. «Ahora todo el mundo espera el éxito del ejército francés», le escribió a un amigo esa noche, «como lo espero yo desde hace tiempo». Puede que las intenciones originales de la Revolución francesa se hubieran diluido a lo largo de los últimos diecisiete años, pero lo que había sucedido en Francia seguía siendo mejor que las injusticias, desigualdades y opresiones que caracterizaban a los gobernantes de los estados alemanes.[1319]

Nada de esto hacía que la situación inmediata en Jena fuera menos peligrosa. Cogiendo lo que pudo, Hegel huyó de su alojamiento y se instaló con unos amigos que vivían en una gran casa en Fürstengraben, el paseo arbolado en el extremo norte de la ciudad.[1320] Al atardecer, unas ciento treinta personas se agolparon allí, entre ellas, unos setenta u ochenta oficiales franceses. Aquella noche, todos los habitantes de Jena se fueron a la cama completamente vestidos, listos para huir en cualquier momento. El saqueo continuó. Borrachos a causa del rico botín de las bien surtidas bodegas de Jena, los soldados rompían puertas y ventanas. El temido grito de «*Ouvrez la porte!*» —«¡Abran la puerta!»— no dejó de resonar en las calles toda la noche.[1321]

Los que huyeron de sus casas y no pudieron encontrar protección temporal en amigos y vecinos vagaban por las calles, cargando con lo que podían y arrastrando a sus hijos que lloraban. Un hombre tiraba de un gran baúl con cuerdas detrás de él, otro llevaba puestos una bota, una pantufla y su camisón roto. Una mujer a medio vestir había rescatado inexplicablemente sus dos mejores sombreros, pero ninguna otra prenda, y otros llevaban encima tantas capas que apenas podían moverse. Dormían al aire libre, en los campos y en los jardines, más allá de las murallas medievales, o se escondían detrás de las lápidas del cementerio y en las zanjas. Una espesa niebla se deslizaba por la superficie espejada del Saale y por las onduladas colinas. Hacía mucho frío: era la primera noche de aquel invierno en la que el hielo cubría

las ventanas, y los carámbanos, como rígidos caireles, encrespaban los tejados.[1322]

A las tres de la madrugada sonó la campana que servía para alertar de los incendios. La gente gritó «¡Fuego!», mientras las llamas iluminaban el cielo nocturno. «¡Fuego!». La hilera de casas entre la antigua vivienda de los Schlegel en Leutragasse estaba ardiendo y el incendio se extendía a lo largo de una manzana. Antes de que saliera el sol, veinte viviendas habían sido calcinadas. Por suerte, aquella noche no hubo viento y el resto de la ciudad se salvó.[1323]

Mientras la ciudad ardía, Napoleón ordenó a sus tropas que subieran los cañones y las municiones a una colina empinada, a menos de dos kilómetros al noroeste. La colina estaba justo al norte de la carretera de Weimar y, en plena oscuridad, los soldados franceses arrastraron a duras penas la artillería pesada por una estrecha hondonada. Los soldados estaban exhaustos. Durante las veinticuatro horas anteriores habían marchado hacia Jena, aguijados implacablemente por sus generales. Ahora empujaban y tiraban de los carros y los cañones sobre los pedregales y los peñascos. Más arriba, donde el camino se estrechaba aún más, el carro que iba en cabeza se atascó. Había doscientos más detrás de él, apilados. La oscuridad era total. Entonces, cuando algunos de los hombres miraron hacia arriba, vieron al propio Napoleón de pie, delante de ellos. Con una antorcha en la mano, comenzó a dar instrucciones a los hombres sobre cómo ensanchar el camino con hachas y palas. Y el general permaneció con sus soldados hasta que la lenta fila comenzó a moverse de nuevo. Cuando alcanzaron la cima, aún era de noche.[1324]

Unas horas más tarde, a las seis de la mañana del 14 de octubre de 1806, Napoleón se encontraba junto a sus tropas en lo alto de la colina. El valle de Jena quedaba a sus espaldas y delante se extendía la meseta abierta. En ella se alzaba la colina de Dornberg, la mayor de la zona, donde una pequeña parte del ejército prusiano se encontraba acampado. Cuando alboreaba, envueltos en una espesa niebla, unos veintidós mil soldados franceses atacaron a los ocho mil prusianos. Tres horas más tarde, Napoleón había capturado el Dornberg, desde donde dirigió su ejército durante el resto del día.

En los días anteriores, los regimientos franceses marcharon velozmente, divididos en tres columnas separadas, desde el sur de Alemania, antes de converger en Jena. Fueron tan veloces que los prusianos no estaban seguros de cuándo y dónde esperarles, ni estaban en absoluto preparados para un ataque francés aquel día. Con sus regimientos acampados en diferentes puestos alrededor de los pueblos y campos locales, solo cuando oyeron el fuego de los cañones y los

disparos que resonaban en la niebla desde el Dornberg, se dieron cuenta los prusianos de que los franceses los atacaban. El estruendo despertó a decenas de miles de soldados, que se vistieron a toda prisa antes de salir a trompicones de sus tiendas para ocupar su posición. [1325]

Cuando los generales prusianos y sajones terminaron de agrupar a sus hombres en largas formaciones lineales, las tropas francesas se echaban ya sobre ellos. Avanzaron, haciendo retroceder a los prusianos y estos, por su parte, intentaron enviar su caballería contra las líneas francesas, pero se vieron obligados a retroceder. A unos tres kilómetros de distancia, en Jena, el eco de los cañonazos reverberaba por las calles. «Ni todos los truenos del mundo reunidos», dijo uno, «rugen tan espantosamente como los cañones que sacudieron aquel día nuestra ciudad, desde las colinas».[1326]

En los campos de batalla, una densa humareda sustituyó a la niebla matinal. Más regimientos franceses se incorporaron a las pocas horas y así, oleada tras oleada, los soldados que habían marchado durante la noche iban entrando directamente en la batalla. Al retirarse, las líneas del ejército prusiano —famosas por su orden— se transformaron en un caos. Una delgada línea formada por soldados prusianos, de tres kilómetros de longitud, no pudo hacer mucho frente a la fuerza de los cañones y fusiles. A lomos de su caballo, en la retaguardia, Napoleón inspeccionaba grandes extensiones del campo de batalla desde su posición elevada en el Dornberg. Cuando sus hombres caían, nuevos efectivos tomaban el relevo. Los jinetes galopaban de un lado a otro transmitiendo órdenes para que los generales franceses coordinaran sus ataques.

En el caos del humo y el fuego de las balas, los prusianos tardaron en darse cuenta de que se enfrentaban a todo el poderío del ejército francés. Hombres y caballos cayeron, la sangre anegó el suelo, las armas cayeron y los gritos llenaron el aire. Cuando los soldados alemanes se dieron la vuelta para huir del avance francés, se encontraron con otros regimientos prusianos y sajones que venían hacia ellos. Al morir sus oficiales, las tropas alemanas se sumieron en la confusión, y pronto los regimientos no supieron qué debían hacer ni adónde ir. Los prusianos entraron en pánico y huyeron a la desbandada. Otro ejército prusiano de unos sesenta mil hombres fue aniquilado por una fuerza francesa de la mitad de tamaño, a pocos kilómetros al norte de Jena. En pocas horas, el otrora formidable ejército de Prusia había sido totalmente aplastado al ritmo de los tambores franceses. A las cuatro de la tarde la batalla finalizó.

Decenas de miles de prusianos fueron hechos prisioneros y muchos miles murieron en el campo de batalla, pero no hubo víctimas civiles. [1327] Llevaron a los heridos al lugar más emblemático de Jena, la

imponente iglesia de San Miguel, convertida a la sazón en hospital. Se arrancaron las bancas y se cubrió el suelo con paja para acostar a los soldados. Las heridas eran espantosas. Faltaban manos, brazos, pies y piernas, la piel estaba quemada y los órganos destrozados. Algunos hombres estaban inconscientes. Otros gritaban. El doctor Stark, el médico que operó en su día a Sophie von Kühn, la prometida de Novalis, amputó, operó y cosió tantas heridas que apenas pudo mover los dedos durante los días siguientes. Pronto no quedó sitio en la iglesia para los heridos que no paraban de llegar, y los fueron repartiendo por la universidad, el ayuntamiento, el Castillo Viejo y las posadas y tabernas, así como las casas particulares.[1328]

Los atendían incluso en la Leutragasse 5, donde antes los amigos habían trabajado, reído, comido y discutido en las hermosas habitaciones de Caroline. El auditorio donde Fichte liberó al *Ich* en su conferencia inaugural, doce años antes, se llenó de moribundos.[1329] El flujo de soldados con uniformes rotos y ensangrentados parecía no tener fin. Era una horripilante orquesta, compuesta por los gemidos de los heridos, el tañido de la campana de incendios, los lamentos de los habitantes, los disparos del campo de batalla y el sonido de las botas que marchaban a toda prisa sobre los adoquines. Cuando el sol se puso, tanto los vencedores como los vencidos acudieron a la ciudad.[1330]

Esa noche ardieron más casas y continuó el saqueo. Los soldados franceses cocinaron sus comidas en fuegos abiertos en las calles y plazas donde antes se habían reunido los filósofos y los poetas. Se desplumaban y asaban pollos mientras los soldados cantaban y bebían.[1331] Cuando Napoleón regresó del campo de batalla, se alojó en las habitaciones del Castillo Viejo donde Goethe había pasado tanto tiempo y había escrito algunas de sus obras más célebres. Por la tarde, se podía ver a Napoleón paseando de un lado a otro de la habitación, junto a la ventana, mientras dictaba cartas a su secretario. Aquella noche, el emperador de Francia durmió en la cama de Goethe.[1332]

La semana anterior, cuando Goethe regresó a Weimar, encontró la ciudad revuelta. La gente gritaba, los baúles se cargaban en los carruajes y, cada día que pasaba, el desorden aumentaba. Para un hombre que se irritaba fácilmente con el ladrido de un perro o el lejano traqueteo de un telar, la situación se había vuelto insoportable. Peor aún, los soldados prusianos borrachos habían destrozado las ventanas y los muebles de su querida Casa del Jardín, en el parque, a las afueras de Weimar. Estoicamente, Goethe hizo como si no hubiera ocurrido nada. Tampoco se inmutó cuando los mensajeros le informaron de la inminente llegada de decenas de miles de soldados

franceses, e insistió en abrir el teatro de Weimar. La noche anterior a la batalla de Jena, mientras otros escondían sus objetos de valor o cantaban canciones patrióticas, Goethe organizó una representación de una opereta ligera llamada *Fanchon, la muchacha de la zanfoña*. La actriz principal estaba indignada. «Deberíamos estar rezando», dijo, «y no representando una comedia».[1333]

La entrada del diario de Goethe correspondiente al 14 de octubre de 1806, el día de la batalla de Jena, era breve: «Cinco de la tarde: las balas de cañón sobrevuelan los tejados. Cinco y media: los *chasseurs*(66) entran en la ciudad. A las siete: fuego, saqueo, una noche terrible. Solo la entereza y la suerte salvaron nuestra casa». Estaba aterrorizado.[1334] Decenas de personas se habían alojado con él y varios vecinos asustados acudieron a su casa. A última hora de la noche, los soldados franceses irrumpieron en la habitación de Goethe, con las bayonetas caladas. Vestido únicamente con su voluminoso camisón —su «manto de profeta», como él lo llamaba—, Goethe se quedó paralizado. A Christiane le tocó salvar la situación. Gritando y pateando, ella y algunos de los vecinos que se habían refugiado en la casa echaron a los soldados de la habitación y cerraron la puerta. Tuvieron suerte de no perder más que algo de comida, vino y dinero.[1335]

Durante los días siguientes no hubo noticias de sus amigos de Jena. Preocupado, Goethe envió un correo el 18 de octubre con una lista de todos sus nombres y direcciones, pidiéndoles que cada uno escribiera una o dos palabras para tranquilizarle sobre su seguridad. Todos lo hicieron. «Dios sabe de qué voy a vivir este invierno», le escribió uno de ellos. Los estudiantes también habían sufrido el saqueo y la mayoría había huido de la ciudad, le informó otro. «Yo, mi mujer y mis hijos seguimos vivos», decía otro en una breve nota, aunque los soldados habían golpeado tan brutalmente a su mujer que se temía que su salud sufriera daños a largo plazo. La mayoría llevaba días sin dormir, y un profesor, tras haberlo perdido todo, había decidido abandonar Jena para siempre. Estaban preocupados por el futuro de la universidad y necesitaban desesperadamente la ayuda financiera de la administración de Weimar, «de lo contrario, nos iremos a pique.[1336]

Durante aquellos primeros días después de la batalla, Goethe también escribió para comunicar a sus amigos de los territorios alemanes que tanto él como su familia estaban bien. «Seguimos vivos», era la primera frase de muchas de sus cartas. La invasión marcó un punto de inflexión para Goethe. Aunque había salido relativamente ileso, la intrusión en su casa lo había perturbado más de lo que estuvo dispuesto, en un principio, a admitir. Desde el 14 de octubre —le escribió más tarde al duque Carlos Augusto— sufro de algo, algo que

es también físico, pero no soy capaz aún de ponerlo en palabras». [1337]

Cinco días después de la batalla, se casó con Christiane, con August, su hijo de dieciséis años, y el secretario de Goethe como únicos testigos. Es significativo que la fecha que hizo grabar en sus anillos de boda fuera «14 de octubre de 1806», el día de la batalla. En tiempos de paz, contaba Goethe, se pueden ignorar las convenciones y la etiqueta, pero «en tiempos como estos tenemos que honrarlas». Era como si Goethe necesitara estrechar los lazos, escribió Caroline al enterarse de la boda, justo cuando todo lo demás se desmoronaba. [1338]

Como era de esperar, la alta sociedad de Weimar no reaccionó bien. Al convertir a Christiane en su esposa, Goethe había alterado la dinámica social de la ciudad. Ahora no podían ignorarla. Tendrían que invitar a Christiane a los actos que organizaran e incluso sería admitida en la corte. Charlotte Schiller se negó a felicitar a su antigua amiga. «¿Qué derecho tiene», se quejaba otra, «a obligarnos a reconocerla y a relacionarnos con ella como si fuera digna de nosotros?». Solo Johanna Schopenhauer, madre del filósofo Arthur Schopenhauer, recién llegada a Weimar, invitó a Christiane a su salón. «Creo que si Goethe le da su nombre», le escribió a su hijo, cinco días después de la boda, «bien podemos nosotros darle una taza de té». [1339]

Cuando la noticia de la batalla de Jena se extendió por los estados alemanes y por Europa, las cartas empezaron a llegar a raudales. «Me faltan las palabras para decirte lo preocupado que estoy por el destino de nuestra pobre Jena», escribió Schelling desde Múnich, adonde él y Caroline se habían mudado a principios de aquel año. Solo ahora se daba cuenta Schelling de lo preciosa que era Jena para él, afirmando que su destino le afectaba «como el de mi verdadera patria».[1340] Caroline y Schelling no podían soportar la idea de una Jena devastada y simplemente eran incapaces de imaginar cómo era posible que un cuarto de millón de soldados hubiera caído sobre la pequeña ciudad y los pueblos de alrededor. Leyeron todos los periódicos que pudieron conseguir para conocer más detalles.[1341]

Pero quien más les preocupaba era Goethe. «Nuestros corazones están temblando», le escribió Schelling una semana después de la batalla.[1342] Sin embargo, ni aun así odiaban a los franceses. Al igual que Hegel, que se había quedado de piedra al ver a Napoleón atravesar Jena en vísperas de la batalla, Caroline, Schelling y muchos otros se alegraron de la victoria francesa. Su corazón había sangrado por Jena, dijo Caroline, pero ya era hora de cambiar. Así fue y así

tenía que ser, y «lo que no puede durar más debe perecer», le escribió a Luise Gotter. Schelling estaba de acuerdo. La destrucción de Jena fue una tragedia para sus habitantes, pero había sido necesaria, le dijo a un amigo, porque los gobiernos despóticos y las monarquías tenían que caer. Qué importaba que Europa estuviera de nuevo troceada y dividida, decía Caroline, «en realidad, ninguno de esos gobernantes derrotados supone una gran pérdida; los países siempre pueden reemplazarlos».[1343]

La propia Jena estaba devastada, las ruinas ennegrecidas de las casas quemadas se alzaban como centinelas de la muerte. El paso de dos ejércitos tan enormes había sido demasiado para la pequeña ciudad. Cuando las tropas francesas continuaron con su avance, no quedaba comida ni bebida. Los almacenes de vino se habían vaciado, todos los animales habían sido sacrificados y no se podía encontrar ni una miga de pan. Cuando agotaron las reservas de leña del pueblo, los soldados quemaron sillas, mesas, camas, armarios y otros muebles. Los agricultores no podían trabajar sus campos porque les habían robado todos los caballos y se habían comido los bueyes. Incluso el agua escaseaba, porque los pozos y las fuentes se habían secado cuando la pesada artillería francesa destrozó las tuberías. Había montones de puertas, ventanas y muebles rotos en todas las calles.[1344]

Después de la batalla, la universidad envió una delegación a Napoleón, rogándole que no dejara morir el «vivero donde florecieron los más grandes eruditos». Su deseo fue concedido, pero el semestre de invierno fue escaso en estudiantes, con solo un poco más de un centenar de matriculados que regresaban y una mísera treintena de nuevas incorporaciones.[1345] Los profesores de la universidad también se sorprendieron al descubrir que sus libros y manuscritos habían sido utilizados para calentar hornos y chimeneas. Algunos perdieron todas sus pertenencias. «Sin pan, despojados hasta del último céntimo, y sin alojamiento: más miedo del que puedas imaginar», le escribió un profesor a Goethe. «¡Oh, que Dios se apiade de mi familia!... Mis lágrimas me impiden seguir escribiendo».[1346] Los vasos y frascos de la colección de anatomía del Castillo Viejo habían sido destrozados, aunque el jardín botánico de Goethe se había salvado milagrosamente, excepto por algunas plantas que habían sido arrancadas y unos cuantos cristales del invernadero, hechos añicos.[1347]

El profesor de botánica, que también dirigía el jardín, salió peor parado. Tuvo que ver cómo su apartamento era saqueado, sus colecciones esparcidas por el suelo y su valioso herbario completamente destruido cuando los soldados franceses vaciaron el gabinete de botánica para utilizarlo como armario. Preciosos especímenes estaban «tirados por el suelo, entre la tierra

desparramada y el agua», le escribió, desesperado, a Goethe, y sus preciados libros de botánica habían sido utilizados como leña.[1348]

Sin nadie allí, no estaba seguro de quién estaba al mando. ¿Habría clases? ¿Habría estudiantes? ¿Y quién le pagaría? Como lo que le quedaba cabía en una maleta, le dijo a Goethe que había aceptado la oferta de un general francés para acompañarle como médico privado. «Pero, en cualquier caso, había que enviar a alguien desde Weimar, porque las autoridades de aquí han perdido completamente la cabeza». Goethe le envió dinero, víveres, ropa y lo tranquilizó. No tenga miedo, le dijo al aterrorizado profesor, «cuando pase la tormenta, haremos que todo vuelva a la normalidad».[1349]

Para los habitantes de Jena, no parecía que fuese a ser así. Dondequiera que miraban, no veían más que signos de horror. En el río Saale flotaban caballos muertos, uniformes ensangrentados y brazos y piernas cortados, algunos todavía con las botas puestas.[1350] Cuando los cadáveres empezaron a pudrirse en las calles, los residentes temieron que se desencadenase una epidemia. Con unos seis mil soldados heridos, los hospitales improvisados estuvieron repletos durante semanas y pasarían aún más de seis meses antes de que se reanudaran los servicios en la iglesia de San Miguel. Todas las mañanas, a las nueve, «el carro de la muerte subía con espantosa puntualidad», contaba uno de los viejos amigos de Auguste. El carro se detenía en los hospitales para recoger a los muertos de la noche anterior. Cubierto solo con paja, las cabezas, los brazos y las piernas de los cadáveres asomaban a menudo cuando las ruedas avanzaban por las calles empedradas.[1351]

«Nos vamos arrastrando como podemos, día a día», le escribió un amigo a Goethe dos meses después de la batalla. Goethe no se sentía capaz de enfrentarse con el espectáculo de su querida Jena arrasada. «Todos estos trastornos me afectan demasiado», le confesó al duque a finales de diciembre, y evitó ir a la ciudad hasta principios del verano del año siguiente.[1352]

Como resultado de la batalla de Jena, Prusia perdió la mitad de su territorio a manos de los franceses. El 27 de octubre de 1806, Napoleón tomó Berlín y entró a lomos de su caballo blanco por la Puerta de Brandenburgo. Dominique-Vivant Denon, director del Louvre, llegó ese mismo día para examinar y llevarse las reales colecciones de arte. Ciudades y fortalezas capitularon y cayeron en manos de los franceses a medida que estos avanzaban por Prusia, durante los meses siguientes. A la zaga del ejército, Denon recolectó esculturas, medallas, antigüedades y más de mil cuadros. Exactamente un año después de la batalla de Jena, ya se podían ver en el Louvre.

Prusia dejó de ser una gran potencia europea, su economía estaba paralizada debido a las inmensas reparaciones de guerra impuestas por los franceses en su tratado de paz.[1353]

En diciembre de 1806, dos meses después de la batalla de Jena, Francia también firmó un tratado de paz con Sajonia y los ducados sajones más pequeños por el que pasaban a formar parte de la Confederación del Rin ideada por Napoleón. El ducado de Sajonia-Weimar debía pagar a Francia dos millones de francos, algo imposible, según señaló el ministro Voigt, colega de Goethe, ya que los ingresos anuales del pequeño estado ascendían solo a ciento cincuenta mil francos.[1354]

Un comandante francés fue destinado a Jena como administrador, lo que provocó una gran confusión, ya que pocos sabían hablar francés lo suficientemente bien como para comunicarse con el nuevo Gobierno de la ciudad.[1355] Los libros y periódicos se imprimían ahora bajo la supervisión de las autoridades francesas. Los censores galos abrían todas las cartas y se castigaba a quienes criticaban al Gobierno o al ejército franceses. El pueblo se replegó sobre sí mismo.[1356]

El estimulante ambiente intelectual de Jena se había esfumado. «El intercambio académico que existía cuando usted estaba aquí ha desaparecido por completo», le escribió un joven profesor a Schelling, informándole de que comía siempre solo, en su casa, y que no había reuniones sociales.[1357] Cuando el número de estudiantes descendió de casi novecientos en la década de 1790 a menos de doscientos en 1806, los comerciantes de la ciudad perdieron sus clientes y las tiendas cerraron. Casi todas las profesiones pasaron apuros. Los carpinteros, los panaderos, los carniceros, los sombrereros y los sastres quebraron, y los alimentos se encarecieron al multiplicarse por siete el precio del grano. En los años siguientes, la universidad —y con ella Jena— se estancó y decayó. Un amigo le escribió a Goethe que no había muchas esperanzas de que «renaciera», ya que «no disponemos de ningún Salvador que despierte a los muertos».[1358]

Incluso Hegel acabó por marcharse. Con tan pocos estudiantes en la ciudad, no podía ganar dinero. Después de que el director del jardín botánico huyera de Jena, un desesperado Hegel solicitó su puesto, pero otra persona se lo había arrebatado. También lo intentó sin éxito en las universidades de Heidelberg y Wurzburgo.[1359] La única opción que le quedaba era una oferta para ser editor de un periódico en Bamberg. Así que, a finales de febrero de 1807, cuatro meses después de la batalla, se apresuró a empaquetar sus pertenencias y se subió a una diligencia con destino al sur de Alemania. No tenía dinero, estaba agotado y huía, también, de la paternidad, pues su hijo ilegítimo había nacido pocos días antes. La madre era la casera de Hegel, una mujer casada a quien su marido había ya abandonado.

Hegel se sentía culpable por haberla dejado así, aunque no demasiado. Pasarían nueve años antes de que aceptara la responsabilidad de su hijo.[1360]

La única buena noticia era que el manuscrito de la *Fenomenología del espíritu* había sobrevivido a su peligroso viaje a través de las líneas enemigas. Se publicó cinco meses después de la batalla de Jena, en marzo de 1807, y se convirtió en la obra más influyente de Hegel. En ella explicaba cómo la humanidad había progresado a través de una serie de etapas, pasando de los sistemas feudales a las sociedades democráticas. Al final de este proceso, pensaba él, llegaría el momento en que la humanidad viviera en una sociedad regida por el derecho universal a la libertad. Ese momento había sido la victoria de Napoleón en los campos de batalla de Jena, en la que Hegel vio nada menos que el «fin de la Historia», el final de la larga evolución de la sociedad humana en su conjunto y el comienzo de una era de libertad.[1361]

EPÍLOGO

> Desgraciadamente, todos los que una vez se juntaron en nuestro pequeño círculo de Jena andan ahora dispersos por el mundo [...] Lo único que lamento es que ya no hagan poesía juntos, que nada oigamos ya de sus canciones.
>
> CAROLINE SCHLEGEL a LUISE GOTTER,
> 4 de enero de 1807

PARTE I: DESPUÉS DE JENA

Un frío domingo de diciembre de 1807, poco más de un año después de la victoria de Napoleón en Jena, Johann Gottlieb Fichte inició un ciclo de conferencias titulado «Discursos a la nación alemana», en la Academia Prusiana de Ciencias de Berlín. A pesar de la derrota ante los franceses, dijo a su audiencia, y de las numerosas fronteras estatales que dividían los territorios de Alemania, los alemanes constituían una sola nación.[1362] ¿Acaso no formaban todos ellos parte de una entidad mayor basada en una lengua y una cultura compartidas? A diferencia de idiomas como el francés o el italiano, que no eran más que injertos en una raíz latina muerta y ajena, el alemán era una lengua viva que ellos habían hablado desde el principio de los tiempos. Su lengua los conectaba «a una única visión compartida». Los unía a sus raíces y a ellos entre sí.(67)[1363]

A Fichte, según parecía ahora, le interesaba el «*Ich* nacional». Hasta la decisiva victoria de Francia, experimentar el propio *Ich* había sido, para los amigos de Jena, experimentar la realidad. Ahora Fichte preparaba el camino para un *Ich* más grande: el de una nación. Era una idea peligrosa, que sería llevada hasta el extremo, en el futuro, en Alemania.[1364]

Fichte permaneció en Berlín el resto de su vida. En 1808, enfermó tan gravemente que su brazo y pierna izquierdos quedaron parcialmente paralizados, pero ni siquiera eso lo detuvo.[1365] Por fin volvió a subirse a un atril universitario, en 1810, cuando lo nombraron primer profesor de filosofía en la nueva Universidad de Berlín, que Wilhelm von Humboldt había fundado el año anterior. En 1811, los colegas de Fichte lo eligieron rector. Pero su carácter combativo no tardó en enemistarlo con estudiantes y colegas, de modo que se vio obligado a dimitir menos de un año después. Siguió

revisando su *Wissenschaftslehre* hasta el final e impartiendo lecciones privadas, pero la edad no calmó su temperamento.[1366]

Con Berlín ocupada por los franceses, Fichte dirigió su ira contra Napoleón, que, según él, había traicionado los ideales de la Revolución francesa. Cuando se formó una milicia en Berlín, en el verano de 1813, se pudo ver a Fichte pavoneándose por las calles con una larga daga y un escudo.[1367] Sin embargo, poco después, el 29 de enero de 1814, murió repentinamente tras contraer el tifus de su esposa Johanne, que había estado cuidando a los soldados heridos. Tenía cincuenta y un años. Los periódicos de todo el territorio alemán informaron de su muerte y centenares de estudiantes desfilaron detrás de su ataúd. «El ojo de Alemania se ha cerrado», dijo Rahel Levin, una de las anfitrionas literarias más famosas de Berlín. No cabe duda de la importancia de las aportaciones de Fichte. Su filosofía del *Ich* supuso el punto de partida para las ideas y las teorías del Círculo de Jena.[1368]

Caroline encontró por fin la felicidad en su tercer matrimonio. En la primavera de 1806, pocos meses antes de la batalla de Jena, la pareja se mudó a Múnich cuando la Academia Bávara de Ciencias y Humanidades le ofreció a Schelling un puesto bien remunerado. El aire de la montaña le devolvió las fuerzas y se sintió más sana que nunca. A Caroline le gustaba vivir a la sombra de los magníficos Alpes, según le dijo a su vieja amiga Luise Gotter, pero a los cuarenta y tres años también se había dado cuenta por fin de que no quería echar raíces. Se había entregado a lo pasajero. «No quiero volver a establecerme en ningún sitio», dijo, «quiero tomarme al pie de la letra eso de que todos somos, en cierto modo, vagabundos en la tierra».[1369]

Escribió críticas, fue al teatro y trabajó con Schelling, pero no dejó nunca de sentir nostalgia de la antigua Jena. «Lo que echo de menos, y a Schelling le pasa igual, es cómo cada noche se abría la puerta y veíamos un par de caras conocidas», dijo. Sin embargo, aunque una parte de ella añoraba ese pasado, nada era más importante que su presente junto al hombre que amaba. La pareja no podía soportar estar separada. Toda su vida, Caroline había disfrutado de la compañía de otras personas. Había organizado fiestas y animadas reuniones en su salón, cuantas más, mejor. En Múnich, sin embargo, su círculo de amistades era reducido, le dijo a Luise, y no hubiera querido que fuese de otra manera. Caroline tenía a Schelling, y él la tenía a ella, con eso bastaba.[1370]

Schelling también era feliz. Sin obligaciones docentes en la Academia de Ciencias y Humanidades, podía concentrarse en su

trabajo filosófico. Se interesó por la religión y comenzó a explorar una síntesis de ciencia y fe. Tenía tiempo para escribir, le pagaban bien y estaba casado con la mujer que había adorado y admirado durante tanto tiempo. De Caroline le gustaba todo: su mente brillante, su energía, su gracia y su voz melodiosa.[1371]

Pero entonces ocurrió lo impensable y todo se detuvo en seco. En septiembre de 1809, solo seis años después de su boda y pocos días después de su cuadragésimo sexto cumpleaños, Caroline murió repentinamente durante una visita a los padres de Schelling, que vivían en un pueblecito a unos doscientos cuarenta kilómetros de Múnich. Había pasado un día extrañamente tranquila. Por la noche tuvo fiebre, calambres y diarrea. Acudieron los médicos y le prescribieron tratamientos. Schelling no se separó de su cama, pero en los días siguientes no dejó de empeorar. Había contraído disentería, la misma enfermedad que se llevó a Auguste.[1372]

En la mañana del 7 de septiembre, Caroline se durmió y ya no despertó. Schelling se derrumbó a su lado, sosteniendo su enflaquecido cuerpo. ¿Cómo podía seguir pareciendo tan viva y elegante? «Me quedé helado, aplastado hasta el fondo de mi alma e incapaz de comprender mi dolor», le escribió a Luise Gotter dos semanas más tarde. ¿Cómo iba a sobrevivir? Aquello era insoportable. «Lo único que me queda es el dolor y la pena, que solo la muerte puede remediar», se lamentaba. La enterró dos días después e hizo colocar un gran obelisco en su tumba con las palabras «DIOS me la dio / La muerte no puede arrebatármela». Schelling le dijo a Luise que Caroline sabía que se estaba muriendo, pero que pasó sus últimos días contenta. La suya fue una vida exprimida hasta la última gota. Se había arriesgado, había cometido errores y también había sufrido mucho dolor, pero, a diferencia de la mayoría de las mujeres, había *vivido* con determinación, confianza y controlando su propio destino. También había formado parte de algo más grande que una mera vida individual. Caroline había sido el corazón del Círculo de Jena. Musa, colaboradora, escritora y amante, actuó como la directora de su gran sinfonía.[1373]

Con solo treinta y cuatro años, Schelling cayó en una depresión cada vez más profunda. Muchos temían que perdiera la cabeza. Caroline lo había sido todo para él. No había nadie como ella, se lamentaba, ella tenía una categoría propia. «Esta obra maestra de las mentes» se había ido para siempre, escribió Schelling poco después de su muerte. «Oh, no habrá nadie como ella jamás». Se alejó de los amigos. Solo en la soledad, decía, podía encontrar consuelo. Según se rumoreaba, siguió poniendo un plato en la mesa para ella cuando comía y colgando su bata de la silla para fingir que aún estaba allí, con él».[1374]

Sin embargo, los cotilleos no la dejaron en paz ni después de muerta. A principios de octubre de 1809, menos de un mes después de su fallecimiento, Hegel, a quien aparentemente nunca le había gustado la mujer de su antiguo amigo, escribió a uno de sus antiguos colegas de Jena. Él y sus amigos, dijo Hegel, habían «propuesto la hipótesis de que el diablo había venido y se la había llevado». Charlotte Schiller, por su parte, le dijo al editor Johann Friedrich Cotta que la muerte de Caroline había liberado finalmente a Schelling, mientras que Friedrich Schlegel fingió que no le importaba. «¿Qué efecto tiene esta noticia en mí? Debo pensar en ello», le dijo a Dorothea. «Evidentemente, ella ha estado muerta para mí durante mucho tiempo».[1375]

Poco menos de tres años más tarde, en junio de 1812, Schelling emergió de la oscuridad y se casó con Pauline Gotter, de veinticinco años, hija de Luise, la más antigua amiga de la infancia de Caroline, y hermana de Julie, que había pasado varios meses en Jena tras la muerte de Auguste. Tuvieron seis hijos y llamaron a su primogénita Caroline. Schelling nunca amó a Pauline tan apasionadamente como a Caroline, pero creó junto a ella un hogar tranquilo.[1376] Enseñó en la Universidad de Múnich y luego en Berlín, pero publicó poco hasta su muerte, en 1854, unos meses antes de cumplir los ochenta años. Su obra fue volviéndose cada vez más oscura, más enfocada en temas religiosos y míticos, y Schelling tuvo que enfrentarse a la amarga constatación de que Hegel se había hecho mucho más célebre que él. Había sido eclipsado por su viejo amigo.

August Wilhelm Schlegel estuvo con madame de Staël desde 1804 hasta la muerte de esta, acaecida en 1817. La ayudó con su libro *Alemania*. La aconsejó, la ilustró y, sobre todo, la orientó hacia las obras e ideas que él y sus amigos habían desarrollado en Jena. Ella le pagaba con creces, pero le exigía una devoción inquebrantable. Había jurado ser leal hasta la tumba y August Wilhelm no era un hombre que incumpliera sus promesas. «Estoy orgulloso de ser de tu propiedad», le escribió poco después de su llegada al castillo de Coppet, en Suiza; «Declaro que tienes todo el derecho sobre mí, y yo ninguno sobre ti». Nunca fueron amantes, a madame de Staël le bastaba con su sumisión total.[1377]

Su vida con madame de Staël fue turbulenta. Aunque le exigía lealtad a August Wilhelm Schlegel, ella iba de una aventura en otra. Dos semanas antes de cumplir los cuarenta y seis años, dio a luz a otro hijo, esta vez de un amante veintidós años más joven que ella y solo dos años mayor que su hijo mayor.[1378] Era tan imprevisible que August Wilhelm se sentía mortificado por lo que él llamaba sus «repentinos y enloquecidos cambios de humor». Podía ser encantadora

y al minuto siguiente acusar a August Wilhelm de complicado, sombrío y de ser una presencia del todo intolerable. «Llevo heridas incurables en mi corazón y tú me has infligido una de ellas», le soltó él en un raro rapto de coraje. Otra de esas heridas llevaba la firma de Caroline, su mejor amiga, que nunca lo había amado de verdad. «Mi juventud se ha ido, mi vida ha sido un desperdicio, y aquí estoy, solo, en el lado oscuro de la existencia», dijo en 1813.[1379]

Lo peor estaba por llegar. En 1818, un año después de la muerte de madame de Staël, August Wilhelm Schlegel, ya cincuentón, se casó de nuevo. Su segunda esposa, Sophie Paulus, que tenía la mitad de años que él, era la hija de un antiguo colega de Jena. Aunque nadie sabe exactamente lo que ocurrió, el matrimonio duró menos de dos semanas. Al parecer, los padres de Sophie acusaron a August Wilhelm de libertinaje e impotencia, y él, a su vez, culpó a la madre de Sophie, Karoline Paulus, de negarse a dejar marchar a su hija. Nunca más volvió a casarse.[1380]

August Wilhelm Schlegel hizo lo que mejor sabía hacer: se volcó en su trabajo. «Al fin y al cabo, uno solo puede aspirar a intentar dejar tras de sí un rastro lo más brillante posible de su oscura vida en esta tierra», había dicho.[1381] Fascinado por las lenguas, tomó el testigo de su hermano Friedrich, que hacía tiempo que había dejado sus estudios de sánscrito, y comenzó a investigar las culturas no europeas. August Wilhelm Schlegel, que siempre fue un lingüista dotado, no tardó en traducir importantes obras hindúes. Se convirtió en el primer profesor de indología en la Universidad de Bonn, adonde se trasladó tras la muerte de madame de Staël. Fiel el espíritu romántico de aunar las ciencias, el arte y la poesía, sus conferencias en Bonn abarcaron una amplia gama de temas, desde la historia del arte hasta la filología, a través de vastas regiones geográficas y largos periodos de tiempo.

August Wilhelm Schlegel siguió siendo uno de los principales intelectuales y lingüistas de Alemania. Sin embargo, con la edad se volvió cada vez más pomposo. Siempre había ido impecablemente arreglado y bien vestido, pero a medida que envejecía su vanidad no hacía sino aumentar. Llevaba chalecos bordados y pantalones de seda a la última moda parisina, aparecía en el auditorio muy perfumado y con guantes de cuero blanco. Un criado uniformado lo seguía a todas partes y se lo veía a menudo de pie junto al atril, sacando brillo a los candelabros de plata que iluminaban los apuntes de su patrón o llevándole un vaso de agua azucarada.[1382] A los estudiantes los asombraba la mente y la erudición del mayor de los Schlegel. Murió en 1845 en Bonn, a los setenta y siete años.

La vida de Dorothea en Colonia fue profundamente desgraciada.

Friedrich Schlegel seguía siendo imprevisible y poco fiable, y desaparecía a menudo durante semanas o meses con el pretexto de investigar. Eran pobres, no tenían trabajo y Dorothea se sentía desesperadamente sola. Poco después de su decimotercer cumpleaños, su hijo Philipp volvió con su padre a Berlín, en 1806.[1383] Como divorciada judía convertida al protestantismo, Dorothea se encontró con un doble ostracismo en la católica Colonia. Echaba de menos Jena. «Sí, a menudo pienso en ella con verdadera nostalgia», le escribió a una vieja amiga de allí. Puede que el pelo de Dorothea encaneciera de pura tristeza, pero Friedrich nunca fue —para ella— culpable de nada. No le importaba que cambiara constantemente de opinión, ni que fuera incapaz de obtener ningún tipo de ingresos, ni tampoco que se hubiera convertido en un gordo cascarrabias. Friedrich Schlegel, decían algunos amigos, jugaba con Dorothea «como un bulldog con un perrillo faldero».[1384]

Después de cuatro años en Colonia, Friedrich y Dorothea se convirtieron al catolicismo, en abril de 1808.[1385] Aunque en un principio esto resultó, cuando menos, sorprendente, las semillas de este paso habían estado germinando durante algún tiempo. Siete años antes, en noviembre de 1799, durante el inspirador encuentro de cuatro días en Jena, cuando los amigos se reunieron en el salón de Caroline para trabajar juntos, hablaron de fundar una nueva religión, llena de sentimiento e imaginación. Al no conseguirlo, Friedrich echó la vista atrás para encontrar la espiritualidad en el mundo medieval de la Iglesia católica. Era un paso que también reflejaba sus actitudes cada vez más conservadoras.[1386] Friedrich Schlegel desechó sus ideas de juventud y a todos los que integraron el Círculo de Jena. Profundamente religioso, ahora insistía en que la filosofía de Fichte no era más que «la idolatría del *Ich* y del uno mismo». Fichte, escribió Friedrich, había confundido el yo con lo divino. Fichte, Schelling y Hegel estaban enredados en «abstracciones muertas».[1387]

En un extraordinario giro de ciento ochenta grados, Friedrich llegó a declarar su aversión a Goethe, describiéndolo como «ese viejo y gastado semidiós». A Friedrich lo ofendió que Goethe nunca lo mencionara públicamente. ¿No fueron acaso los elogios de los hermanos Schlegel en sus numerosas publicaciones, reseñas y ensayos los que habían hecho famosa la obra de Goethe desde la década de 1790, se preguntaba? Nunca falto de autoestima, creía que él era quien había elevado a Goethe al olimpo literario. «El viejo», le escribió a un amigo, «está empezando a ponerme de los nervios».[1388]

Tras su conversión, la pareja vivió en Viena —otra ciudad católica —, donde se mudaron ocho veces en los dos primeros años, de un apartamento húmedo a otro.[1389] Friedrich editaba revistas, incluida una claramente antinapoleónica, y daba conferencias sobre

arte, literatura, historia y filosofía. Dorothea complementaba sus irregulares ingresos traduciendo textos históricos, leyendas y novelas del francés al alemán, incluyendo un libro de madame de Staël. Como siempre antes, la obra de Dorothea se publicó bajo el nombre de Friedrich.[1390]

En 1809, con la ayuda de su hermano y de la bien relacionada madame de Staël, Friedrich acabó encontrando empleo como secretario de la corte en la administración pública austriaca. Ingresó en el cuerpo diplomático, lo que, dada su personalidad, nunca fue la carrera más adecuada. En 1816 había enfadado a tanta gente que lo trasladaron a un puesto en los archivos del Estado, pero incluso allí creó tensiones y dos años más tarde fue despedido. Siguió dando conferencias y viajando. Al envejecer, el otrora apuesto Friedrich se volvió enormemente obeso, y en 1829 murió repentinamente de una apoplejía durante una visita a Dresde, a la edad de cincuenta y seis años. Dorothea recibió la noticia en Viena tres días después de su funeral. Estaba conmocionada. Llevaban treinta años juntos y, al ser casi ocho años mayor, siempre había supuesto que ella sería la primera en morir.[1391]

Él le legó una montaña de deudas y baúles llenos de notas y manuscritos inéditos. Dorothea se trasladó a Frankfurt para estar cerca de su hijo Philipp y su familia. Murió diez años más tarde, con más de setenta años.[1392] Los verdaderos logros intelectuales de Friedrich Schlegel solo se reconocieron plenamente cuando, más de un siglo después, una edición crítica puso a disposición de los lectores sus documentos inéditos, revelándose como uno de los grandes pensadores de la primera generación de románticos.[1393]

Tras su regreso de Sudamérica en 1804, Alexander von Humboldt vivió en París y Berlín. Llegó a ser tan famoso que los cocheros no necesitaban que les dieran una dirección para saber adónde debían llevar a los visitantes: «*Chez Monsieur de* Humboldt», con eso bastaba.[1394] Escribió docenas de libros —muchos de los cuales se convirtieron en superventas internacionales— y se mantuvo en contacto con la mayoría de los viejos amigos de Jena. No dejó de ver a los hermanos Schlegel, fue vecino de Fichte en Berlín durante un tiempo y se mantuvo cerca de Goethe, quien describió el encuentro con Alexander como uno de los «momentos estelares de mi vida».[1395]

Alexander von Humboldt también mantuvo correspondencia con Schelling. La *Naturphilosophie,* escribió a Schelling unos meses después de que Humboldt regresara de América del Sur, era nada menos que «revolucionaria», un rechazo de las ciencias entendidas como un «seco

amontonamiento de hechos».[1396] Aunque Alexander von Humboldt nunca se alejó de los métodos racionales, le abrió silenciosamente la puerta a la subjetividad.(68)[1397] Los instrumentos, las mediciones, los datos y la observación rigurosa no eran suficientes, decía, porque «aquello que le habla al alma, escapa a nuestras mediciones». Escribió libros que combinaban una prosa viva y ricas descripciones del paisaje con la observación científica. La nueva forma de escribir sobre la naturaleza que ideó Humboldt era tan evocadora que «uno tiene la sensación de estar surcando las olas con él», dijo el escritor romántico francés François-René de Chateaubriand, «perdiéndose junto a él en las profundidades del bosque».[1398]

Alexander von Humboldt describió la Tierra como un organismo palpitante de vida. «La naturaleza es un todo vivo», escribió en su libro *Cosmos*, leído en todo el mundo, en 1845, «no un conjunto de cosas muertas». Un organismo interconectado en el que todo está entrelazado en «una maravillosa red de vida orgánica», un concepto de la naturaleza que sigue vigente entre nosotros.[1399] Cuando murió, en 1859, unos meses antes de cumplir noventa años, era el científico más famoso de su tiempo. Thomas Jefferson lo definió como «el mejor científico de su época»,[1400] y Ralph Waldo Emerson como «una de esas maravillas del mundo».[1401] Charles Darwin dijo, por su parte, que Humboldt fue la razón por la que se embarcó en el Beagle para cruzar el mundo. Humboldt era el «Shakespeare de las ciencias».[1402]

Wilhelm von Humboldt fundó la primera universidad de Berlín, que hoy lleva su nombre y el de su hermano. Como nuevo ministro de Educación prusiano, Wilhelm se propuso reformar el sistema educativo del país. En lugar de la formación técnica y profesional que convertía a los hijos de los carpinteros en carpinteros, quería que los niños se convirtieran «en personas». El aprendizaje, insistía, no se centraba tanto en la materia como en inculcar la capacidad de pensar. La educación superior, explicaba, era un proceso de autoemancipación. Formado por su época en Jena y por el concepto del *Ich* dueño de sí mismo, insistía en que la educación debía permitir a los estudiantes pensar de forma independiente y creativa. Abogó por un enfoque holístico, que combinara la enseñanza y la investigación, así como las artes y las ciencias. Hoy en día, su modelo es seguido por universidades de todo el mundo.[1403]

En sus últimos años, Wilhelm von Humboldt trabajó como diplomático prusiano en Viena y Londres antes de volver a Tegel, su finca familiar en las afueras de Berlín, en 1819. En su jubilación, encontró tiempo para proseguir con sus estudios lingüísticos y

desarrollar aún más las ideas de Herder y Fichte sobre la conexión entre lengua y nación. Estudió el sánscrito, el chino y el japonés, así como el polinesio y el malayo, analizando las lenguas a través de sus contextos culturales, geográficos y demográficos. «Cada lengua contiene su propia visión del mundo», explicó, y afirmó que, «en este sentido, cada nación es un conjunto mental, una forma particular de humanidad caracterizada por una lengua específica».[1404]

Caroline von Humboldt permaneció al lado de su marido. Dondequiera que vivieran, ella abría siempre las puertas de su casa a artistas, poetas, pensadores y escritores. Escribió sobre arte, apoyó a los creadores y siguió teniendo aventuras. El amor de Wilhelm von Humboldt por ella nunca decayó. «Te lo ruego una vez más, disfruta como quieras y no dejes que nada te limite», le dijo él. Nadie más, comentaban los amigos, vivía en una relación que diera y tomara «una libertad tan completa».[1405]

Entonces, a finales de 1828, Caroline enfermó tan gravemente que sus médicos perdieron toda esperanza. Al ver el declive de su amada esposa, Wilhelm no podía soportar la idea de sobrevivirla. Su amor era la base de su existencia, le escribió Wilhelm a Goethe en febrero de 1829. ¿Qué iba a hacer sin ella? «El amor es el propósito de nuestra vida», escribió en una de sus últimas cartas, «y le quita a la muerte su amargura».[1406] Un mes después de su sexagésimo tercer cumpleaños, Caroline murió en Tegel, en la madrugada del 26 de marzo de 1829. Llevaban casi cuarenta años de matrimonio. Wilhelm von Humboldt la siguió seis solitarios años más tarde, a la edad de sesenta y siete, después de haber caído enfermo tras visitar su tumba un frío y húmedo día de la primavera de 1835.[1407]

Tras ser testigo de la batalla de Jena y de la larga sombra que esta dejó caer sobre la pequeña ciudad a orillas del Saale, Hegel se marchó a Bamberg, donde trabajó como editor de un periódico y donde se publicó su *Fenomenología del espíritu*. El libro fue el ajuste de cuentas de Hegel con la filosofía de Schelling y sus fanáticos y exaltados discípulos. El enfoque de Schelling, escribió Hegel, carecía de lógica y rigor intelectual. En lugar de imaginación, Hegel exigía métodos científicos.[1408] «Hoy en día, la gente intenta sustituir el trabajo lento y duro por el ingenio», se lamentaba, pero la filosofía no tenía por qué ser divertida. De hecho, era un «asunto serio».[1409] La celebración del artista y del genio como heraldo del conocimiento era un sinsentido, escribió Hegel, y la entronización del arte que había llevado a cabo Schelling, un error. Era hora de librar a la filosofía del entusiasmo, la imaginación y el sentimiento: Hegel quería devolver la ciencia y la lógica al discurso. Con la *Fenomenología del espíritu*, señaló

un escritor contemporáneo, Hegel se liberó de Schelling.[1410]

La *Fenomenología del espíritu*, uno de los textos filosóficos más famosos hoy en día, fue ampliamente ignorada cuando se publicó, en la primavera de 1807. Como de costumbre, nada en la vida de Hegel ocurrió con rapidez, y la primera reseña tardó dos años en publicarse. Pero la fama acabó llegando. En 1818, más de una década después de dejar Jena, Hegel aceptó la cátedra vacante de filosofía de Fichte en Berlín y más tarde se convirtió en rector de la universidad.[1411] Cuando murió, a los sesenta y un años, en 1831, hacía tiempo que había dejado atrás a Schelling. Se le veneraba tanto que sus seguidores eran conocidos como «hegelianos». No es de extrañar que a Schelling no le hiciera mucha gracia que lo hubieran relegado. «Si no fuera por mí —refunfuñaba— no habría ni Hegel ni hegelianos», pero nadie lo escuchó. En la actualidad, se considera a Hegel uno de los pensadores más importantes de la filosofía occidental.[1412]

Tras la muerte de Novalis, en 1801, a la edad de veintiocho años, Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck editaron y publicaron su obra. Trocearon, reordenaron y acortaron sus fragmentos, suprimieron sus ensayos políticos e ignoraron su obra científica. Con ello, desconectaron al poeta de sus intereses prácticos y teóricos. Si hubieran incluido ese material, le dijo Friedrich Schlegel a Tieck en 1801, habrían dado una imagen «engañosa del carácter del autor».[1413]

En lugar de eso, se dedicaron a forjar un mito, y, a su debido tiempo, Novalis se convirtió póstumamente en el joven poeta romántico por antonomasia. En el núcleo de aquel mito, Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck colocaron el amor de Novalis por Sophie, su muerte y los *Himnos a la noche*. Sophie se convirtió en una «criatura de otro mundo», demasiado etérea para este, y Novalis, en su poeta. Y así, el joven que había trabajado en las minas, y que había llenado su diario con descripciones de sus impulsos sexuales, se transformó en algo parecido a un santo patrón de los románticos. Después de su muerte, sus poemas y fragmentos se leían como si fuesen «oráculos», y se convirtió en una especie de figura crística para el movimiento. Novalis seguía teniendo una presencia intangible en sus vidas, decían los viejos amigos y conocidos, como una melodía que siempre los acompañaba.[1414]

A diferencia de los otros, Novalis no había vivido lo bastante como para ver a Napoleón coronándose emperador, ni el descenso de Francia en la política reaccionaria. Todo eso que empujó a Friedrich Schlegel, Schelling y Fichte a volverse conservadores y nacionalistas, le faltó a Novalis, que seguiría siendo para siempre el joven poeta

inspirado que conocieron durante sus años en Jena. Mientras los demás envejecían, Novalis, congelado en el tiempo y la juventud, se convirtió en la encarnación del «Primer Romántico». Esta imagen atrajo a poetas, artistas y lectores de todo el mundo: el amante desamparado que experimentaba el «poder sagrado del dolor», el poeta mítico que celebraba la oscuridad. Hasta el aspecto de Novalis —sus delicados rasgos, sus profundos ojos, su larga cabellera— formaba parte del mito. Había sido un genio que vivió «incluso la vida cotidiana como un maravilloso cuento de hadas», escribió Ludwig Tieck en su introducción a la obra de su amigo.[1415]

Irónicamente, el héroe no reconocido del Círculo de Jena fue Friedrich Schiller, el hombre que había llevado a todo el mundo a la pequeña ciudad del ducado de Sajonia-Weimar. Él fue la razón por la que Goethe pasó tantas semanas, y a menudo meses, cada año fuera de Weimar, y por la que Novalis había estudiado en Jena cuando tenía dieciocho años. Schiller, dijo Novalis, fue el «ídolo de los momentos más sagrados de mi primera juventud». Antes incluso de que todos vivieran en Jena, Schiller ya los había reunido en las páginas de *Horen*: Fichte, los hermanos Humboldt, Goethe y August Wilhelm Schlegel. Aunque rara vez salía de su casa, el dramaturgo fue un imán para la generación más joven.[1416]

Fue él quien invitó a August Wilhelm Schlegel a Jena y le pagó generosamente por sus colaboraciones en *Horen*. Si August Wilhelm no se hubiera mudado allí, ni Caroline ni Friedrich Schlegel y Dorothea habrían venido después. Schiller también había contribuido a traer a Schelling a la ciudad. Astuto y muy al tanto de las últimas ideas filosóficas, Schiller animó a Goethe a encontrarle un puesto al joven filósofo en la universidad. Puede que Schiller no se uniera a los demás en el salón de Caroline, pero había hecho posible su «Alianza de Mentes».[1417]

Aunque los Schlegel se volvieron contra Schiller e ignoraron sus contribuciones literarias en sus conferencias y publicaciones posteriores, sus *Cartas sobre la educación estética del hombre*, de 1795, publicadas en *Horen*, fueron fundamentales para ellos. Su celebración de la imaginación y la elevación del arte como la fuerza que unifica la razón y el sentimiento constituían el núcleo de sus creencias. Schiller tenía una edad más cercana a la de August Wilhelm Schlegel, Caroline y Fichte que a la de Goethe, aunque a veces daba la sensación de que era mucho mayor que los miembros del impetuoso grupo de la Leutragasse. El propio Schiller resumió la situación cuando le dijo a Fichte que la historia los juzgaría tal vez como aliados, aunque en realidad hubieran compartido pocas creencias. «Vivimos en la misma

época y la posteridad nos convertirá, de contemporáneos, en vecinos», dijo, «aunque tuviéramos, en realidad, tan poco en común».[1418]

Johann Wolfgang von Goethe nunca se alejó del pequeño ducado de Sajonia-Weimar. Siguió siendo consejero privado del duque Carlos Augusto, pero no le gustaba el nuevo —y marcadamente emocional— nacionalismo que surgió después de la batalla de Jena. Tras formar parte de la administración de Weimar durante treinta años, Goethe era un *realpolitiker*. A lo largo de su vida había visto cómo las alianzas cambiaban durante las guerras, ya fuera la guerra de los Siete Años de 1756-1763 o las Guerras Revolucionarias Francesas. Los aliados de hoy se convertían fácilmente en los enemigos de mañana. Su lema fue siempre la cooperación y no la resistencia. De niño, cuando los franceses ocuparon la casa de su familia en Frankfurt, Goethe reaccionó aprendiendo francés. ¿Qué sentido tenía luchar contra los franceses? En aras de la paz y el orden, aceptó el poder de Napoleón, e incluso se refirió a él como «mi emperador».[1419]

Goethe y Napoleón se reunieron dos años después de la batalla de Jena, en Erfurt, no lejos de Weimar, donde el emperador francés invitó a los gobernantes de la Confederación del Rin y a sus cortesanos para consolidar la alianza. Napoleón había pedido expresamente conocer al poeta más famoso de Alemania, y los dos hombres hablaron durante una hora sobre el teatro y *Las penas del joven Werther*. Napoleón también concedió a Goethe la Legión de Honor, que él lució con orgullo.[1420]

Al final, el avance imparable de Napoleón por Europa se estancó. En 1812, perdió casi medio millón de soldados en Rusia y al año siguiente una coalición de ejércitos austriacos, rusos, suecos y prusianos derrotó decisivamente a los franceses en la batalla de Leipzig. Napoleón fue exiliado a Elba, una pequeña isla del Mediterráneo. Sin embargo, al año siguiente escapó y volvió de nuevo a París, donde reunió otro ejército de doscientos mil hombres. Se trataba de un último y desesperado intento de volver a tener a Europa bajo su control. Unas semanas más tarde, en junio de 1815, fue derrotado por los británicos y los prusianos en la batalla de Waterloo. Goethe acabó exhausto, tratando de seguir los acontecimientos en los periódicos, pero su fascinación permaneció. «Se paseó por la vida como un semidiós», dijo de él Goethe, años después de que Napoleón muriera en el exilio, en la remota isla de Santa Elena.[1421]

Goethe siguió escribiendo y experimentando durante el resto de su vida. En la primavera de 1808, con cincuenta y ocho años, publicó por fin la primera parte de *Fausto*. Schelling calificó la obra como la esencia de la época, Samuel Taylor Coleridge quedó tan embelesado

que comenzó a traducirlo al inglés y madame de Staël le dedicó un largo capítulo en *Alemania*, donde escribió: «*Fausto* nos asombra, nos conmueve y nos ablanda».[1422]

En junio de 1816, Christiane murió tras una larga enfermedad, a la edad de cincuenta y un años. Al igual que con Schiller, Goethe se negó a darse por entendido cuando falleció su esposa. No habló de ella y no asistió a su funeral. Era como si creyera que, ignorándola, desaparecería. Llevaban veintiocho años juntos. «El vacío y el silencio mortal, dentro y fuera de mí», escribió en su diario. Goethe se encerró en sí mismo y trabajó sin descanso.[1423]

Se sentía cada vez más alejado del mundo y echaba también de menos los animados intercambios que había mantenido con los amigos del Círculo de Jena. A diferencia de París, se quejaba Goethe, donde los pensadores franceses se congregaban en una gran ciudad, en Alemania todos vivían separados. Con una persona en Berlín, otra en Múnich y otra en Bonn, el intercambio de ideas se veía ahogado por la distancia. Qué diferente sería la vida, pensó Goethe después de que su viejo amigo Alexander von Humboldt lo visitara a finales de 1826, si pudieran volver a vivir todos juntos.[1424]

Conforme envejecía, Goethe empezó a echar la vista atrás y a contemplar su vida ya pasada. Comenzó (pero nunca terminó) una autobiografía, reuniendo para ella materiales de su pasado: recuerdos, cartas y otros manuscritos. «Cada vez me parece todo más histórico, incluso para mí mismo», le escribió a Wilhelm von Humboldt.[1425] También editó y publicó un esperado volumen de su correspondencia con Schiller. Cuando August Wilhelm Schlegel leyó aquellas cartas, se sorprendió al descubrir la crueldad con la que Schiller había hablado de él. Que había disgustado a Schiller lo sabía, pero no que su «odio implacable» hubiera sido tan amargo, le escribió a Ludwig Tieck.[1426]

Goethe murió en marzo de 1832 a la edad de ochenta y dos años. Un mes antes le había dicho a un joven estudioso: «Tomé y utilicé todo lo que se presentó ante mis ojos, mis oídos y mis sentidos. Miles de personas contribuyeron a la creación de mis obras: sabios y locos, intelectuales e idiotas, niños, hombres en la flor de la vida y ancianos... A menudo coseché lo que otros habían sembrado. La obra de mi vida es la de un colectivo».[1427]

PARTE II: INFLUENCIA

El primer libro que difundió las ideas del Círculo de Jena por toda Europa fue destruido antes de que llegara a distribuirse. Cuando se publicó la *Alemania* de madame de Staël en París, en 1810, Napoleón

ordenó la destrucción de todos los ejemplares —diez mil— y las planchas de impresión originales. Cuando leyó que madame de Staël se refería a Alemania como una nación de poetas y pensadores, el emperador se indignó. ¿Cómo podían las ideas y las obras nacidas en Alemania ser superiores a las de los filósofos y literatos franceses? Alemania nunca superaría a Francia, ni en lo político ni en lo económico, y mucho menos en lo intelectual.[1428]

Madame de Staël no estaba de acuerdo. Los franceses tenían ingenio, pero eran también frívolos y materialistas. Los alemanes, por el contrario, eran pensadores profundos y serios. «Un francés puede hablar, incluso sin ideas», observaba, «pero un alemán siempre tiene más en la cabeza de lo que es capaz de expresar». Mientras que las ambiciones intelectuales de Francia se habían estancado tras la Revolución —sostenía madame de Staël—, los alemanes habían descubierto el poder de un yo libre. Las buenas conversaciones y la moda elegante podían dar lugar a cenas entretenidas, pero también eran el caldo de cultivo de personas superficiales a las que solo les importaba lo que los demás pensaran de ellas. El resultado de todo ello fue que el conformismo generalizado se adueñara de Francia, mientras los alemanes descubrían el poder de la individualidad.[1429]

Incluso durante la Revolución, escribió madame de Staël en *Alemania*, los franceses se habían limitado a seguir la voluntad general. El pueblo se había sublevado y otros lo habían seguido ciegamente. «Los franceses solo son todopoderosos en masa», mientras que los alemanes celebraban la autodeterminación y el librepensamiento. Francia debería aprender de Alemania, «la tierra natal del pensamiento», les decía a los lectores. A Napoleón no le gustó nada todo eso. Francia había estado en guerra con los estados alemanes durante casi dos décadas, le dijo su ministro de policía a madame de Staël, así que ¿a cuento de qué había escrito un libro que alababa a los alemanes por encima de todas las demás naciones?[1430]

Como castigo, Napoleón dictó una orden de confinamiento que abarcaba ocho kilómetros alrededor del castillo de Coppet, en el lago de Ginebra, lo que supuso su arresto domiciliario. Pero a madame de Staël aquello no la intimidó. No tenía intención de ser encarcelada ni de permitir que su obra se eliminara. Con todas las copias de *Alemania* destruidas por los censores de Napoleón, sacó de contrabando las pruebas originales de Coppet y escapó, con la ayuda de August Wilhelm Schlegel. Pasaron meses vagando por Europa y Rusia antes de que los tres volúmenes se publicaran finalmente traducidos al inglés, en Londres, en octubre de 1813.(69)[1431]

La primera edición se agotó en tres días y *Alemania* se convirtió en un superventas internacional. Madame de Staël escribía allí sobre

obras concretas, como el *Fausto* de Goethe y varios dramas de Schiller, sobre poesía y novelas, pero también sobre escritores y pensadores. Dada la presencia de August Wilhelm Schlegel en su vida, no es de extrañar que la «nueva filosofía» del Círculo de Jena le interesara especialmente. «Con la antorcha del genio», escribió, «penetran en el interior del alma». La *Alemania* de madame de Staël definió y promovió el romanticismo en todo el mundo y presentó las ideas del Círculo de Jena al público internacional.[1432]

En Jena, escribió madame de Staël, «se reunieron las luces más asombrosas del entendimiento humano».[1433] La influencia de August Wilhelm estaba en cada página de *Alemania*, hasta el punto de que Goethe lo llamaba «el libro de Staël-Schlegel».[1434] Todo el mundo en Francia, informó un periódico, usa el término «romantique», desde que Schlegel y madame de Staël lo popularizaran. Aquella palabra, que los amigos habían utilizado por primera vez en el *Athenaeum*, en 1798, se había convertido en la principal corriente estética y de pensamiento.[1435]

Las ideas del Círculo de Jena se expandieron desde la pequeña ciudad del ducado de Sajonia-Weimar por el resto del mundo. Su énfasis en la experiencia individual, su descripción de la naturaleza como un organismo vivo, su rechazo a las reglas rigurosas en la poesía y su insistencia en que el arte era el vínculo unificador entre la mente y el mundo exterior se convirtieron en temas populares en las obras de artistas, escritores, poetas y músicos de toda Europa y Estados Unidos. Y en el centro del romanticismo estaba su concepto de la unidad del hombre y la naturaleza.

El *Ich* era idéntico a la naturaleza, decía Schelling, lo que significaba que estar en la naturaleza —ya fuese en un bosque o en una montaña, caminando por un sendero o mirando al cielo— era siempre un viaje hacia uno mismo. Este sentimiento atrajo a poetas y artistas de todo el mundo. El pintor alemán Caspar David Friedrich, por ejemplo, trasladó las nuevas ideas a los lienzos. Sus figuras solitarias, que a menudo eran autorretratos, se representan en vastos paisajes desiertos, contemplando la naturaleza. «El pintor no solo debe pintar lo que ve», decía Friedrich, «sino también lo que ve en su interior». Inspirado por los escritos del Círculo de Jena, el artista exploró la relación entre el yo y el mundo externo.[1436]

Los fundadores del movimiento romántico en Inglaterra, William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge, tenían un punto de vista muy similar. Eran «poetas ambulantes» que no solo necesitaban estar en la naturaleza, sino que también escribían al aire libre. Allí encontraron su voz y se encontraron a sí mismos. El famoso poema de Wordsworth

«La abadía de Tintern», por ejemplo, contrasta fuertemente con las descripciones distantes de la naturaleza que habían caracterizado la poesía del siglo XVIII. Es la respuesta emocional de Wordsworth ante su contemplación de la naturaleza:

> *... el gozo de reconocer*
> *en la naturaleza y el lenguaje*
> *de los sentidos, el ancla de mis pensamientos*
> *más puros, la enfermera, la guía, la custodia*
> *de mi corazón y del alma*
> *de mi entero ser moral.*[1437]

Que el impacto de Schelling en el pensamiento de Coleridge fue profundo queda gráficamente ilustrado por los cambios que hizo en «El arpa eólica», un poema que había escrito en 1795. Veintidós años después, en 1817, tras sumergirse en la *Naturphilosophie*, Coleridge volvió a publicar el poema añadiendo estos nuevos versos en la segunda estrofa:

> *La vida dentro y fuera de nosotros,*
> *que anima el movimiento y es su alma,*
> *la luz en el sonido y el sonido en la luz,*
> *ritmo en el pensamiento y alegría*
> *en todo…*[1438]

He aquí la *Naturphilosophie* de Schelling escrita en verso.

A Coleridge le habían influido profundamente las ideas que brotaron en la pequeña ciudad del Saale. Aunque no llegó a visitar Jena para conocer a sus héroes, aprendió alemán y leyó sus obras. En 1814, cuando estaba atrapado en la vorágine de su adicción al opio, explicó que se aferraba a las ideas de los amigos del Círculo de Jena como la hiedra enroscada alrededor de un roble para apoyarse. Para él, Schelling era «un genio grande y original» que desveló una nueva forma de pensar la poesía. Coleridge era un «schellingiano», señaló su amigo Henry Crabb Robinson, que «"metafisicaba" *à la* Schelling». [1439]

Siguiendo el ejemplo de Schelling, Coleridge escribió sobre la unidad entre el mundo interno y el externo, y declaró que el arte era el «mediador entre la naturaleza y el hombre, y la reconciliación de ambos». Tan obsesionado estaba que insertó en su obra páginas enteras y largos pasajes de Schelling. Frase a frase, párrafo a párrafo, Coleridge tradujo las palabras de Schelling y las hizo pasar como propias. Cuando se publicó su *Biographia Literaria*, su amigo y colega Thomas de Quincey lo acusó de «plagio descarado», afirmando que «todo el ensayo, desde la primera palabra hasta la última, es una traducción literal de Schelling».[1440]

Aunque De Quincey exageraba, no le faltaba razón. Famoso por sus memorias sobre la adicción, *Confesiones de un inglés comedor de opio*, Thomas de Quincey pudo reconocer el préstamo, ya que él también había devorado las obras del Círculo de Jena. Sus libros eran como un «El Dorado» inagotable, dijo, y su biblioteca abundaba «en las más retorcidas especulaciones alemanas». La energía de la juventud y el instinto para la verdad palpitaban en sus páginas, escribió.[1441]

A medida que la fama del Círculo de Jena se extendía, una nueva generación de románticos se formaba leyendo sus obras. El poeta inglés Lord Byron conoció a August Wilhelm Schlegel en 1816, en compañía de madame de Staël, en Suiza, y lo encontró en «plena forma».[1442] Aquel mismo verano, la joven escritora Mary Shelley escribió su famosa novela *Frankenstein* en compañía de Lord Byron, en una villa situada al otro lado del lago Lemán, frente al castillo de Coppet de madame de Staël. En la novela saltaba a la vista la influencia de las ideas en las que habían trabajado los amigos a finales de la década de 1790, como los experimentos eléctricos de Alexander von Humboldt y Johann Wilhelm Ritter. En *Frankenstein*, el protagonista, Víctor Frankenstein, crea un monstruo a partir de partes del cuerpo y luego anima la materia sin vida con una chispa eléctrica galvánica. Ritter y Humboldt fueron probablemente los «escritores fisiológicos de Alemania» mencionados en la primera frase del prólogo de la novela.[1443]

Dos años más tarde, en marzo de 1818, Mary Shelley volvía a viajar de Inglaterra al continente para reunirse con Lord Byron. Poco después de desembarcar en Calais, su marido, el poeta romántico Percy Bysshe Shelley, abrió un ejemplar de la edición inglesa de las populares *Lecciones sobre arte dramático y literatura,* de August Wilhelm Schlegel. Durante seis largos días, mientras viajaban por las carreteras llenas de baches de Reims a Lyon, Shelley le leyó el libro en voz alta a Mary y a los demás pasajeros. La poesía romántica, sostenía August Wilhelm Schlegel en su libro, era «la expresión de la atracción secreta hacia un caos [...] que se esfuerza perpetuamente por lograr nuevos y maravillosos nacimientos». Y eso, aquel sentimiento, era lo que los atraía a todos ellos.[1444]

Cuando las ideas del Círculo de Jena se hicieron populares en Estados Unidos, el estudio y el aprendizaje del alemán se pusieron de moda. Las listas de lectura incluían a Goethe, Kant, Fichte, Schelling y, más tarde, Novalis y Alexander von Humboldt, esos «pensadores poderosos y profundos», como los llamaban los trascendentalistas. Este grupo de escritores y pensadores estadounidenses, que se reunieron en la pequeña ciudad de Concord, en Massachusetts, en las décadas de 1830

y 1840, llegarían a definir la relación de los estadounidenses con la naturaleza. Compraban los libros del Círculo de Jena o los tomaban prestados de las bibliotecas de las cercanas Boston y Harvard, además de escribir y leer reseñas, ensayos y traducciones en revistas de Estados Unidos.[1445]

Quienes no podían leer las obras en alemán, accedían a ellas a través de la edición inglesa de *Alemania*, de madame de Staël, y de los escritos teóricos de Coleridge, en particular su *Biographia Literaria*. También hubo otras fuentes. El escocés Thomas Carlyle, por ejemplo, popularizó su obra en Gran Bretaña y Estados Unidos con sus ensayos, reseñas y traducciones, muy leídos, en *Foreign Review* y otras revistas. Los trascendentalistas se inspiraron en la unidad de la mente y la materia de Schelling, en el concepto de la naturaleza como organismo vivo de Alexander von Humboldt y en la evocación del asombro y la maravilla ante la naturaleza de Novalis, temas todos sobre los que se articularon sus propios escritos y que los harían, también, famosos.[1446]

Entre aquellos pensadores se encontraba uno de los escritores sobre la naturaleza más queridos de Estados Unidos, Henry David Thoreau, un hombre que se pasó la vida caminando, observando e investigando lo que él llamaba la «misteriosa relación entre yo mismo y estas cosas». Nacido en 1817, Thoreau fue un niño tímido que prefería la compañía de los animales a la de otros niños. A los dieciséis años se matriculó en Harvard, donde estudió griego, latín y alemán, además de matemáticas, historia y filosofía, pero pasaba todo el tiempo posible al aire libre. Algunos pensaban que era un cascarrabias, mientras que otros lo describían como «un tanto rústico», y con sus ropas mal ceñidas, su barba desaliñada y su tez rojiza, su aspecto coincidía con su carácter.[1447]

Ciertamente, se sentía más a gusto con la naturaleza y las palabras que con las personas. Las ardillas se le acercaban, los pájaros se posaban en sus hombros, los ratones corrían por sus brazos y las serpientes se enroscaban en sus piernas. Llenaba su diario con observaciones sobre el canto de los pájaros, el chirrido de los grillos, el tinte escarlata de las hojas de otoño y las primeras y delicadas floraciones del año, y sentía visceralmente su sincronía con la naturaleza y los cambios de estación. En armonía con la naturaleza, captó la unidad de la que habló el Círculo de Jena.[1448]

A mediados de la década de 1840, Thoreau pasó dos años en una cabaña en Walden Pond, para vivir con sencillez, como él decía, y enfrentarse a los hechos esenciales de la vida.[1449] Cuando regresó a Concord, se dispuso a plasmar la experiencia en un libro, pero le costó alinear su pasión por las observaciones detalladas de la naturaleza y su amor por la poesía. Con toda tu ciencia, ¿puedes decir cómo —

preguntaba, desesperado— llega la luz al alma? Entonces Thoreau leyó los libros de Alexander von Humboldt y todo cambió para él. La naturaleza, explicaba Humboldt, debía describirse con precisión científica, pero sin «privarla del aliento vivificante de la imaginación». Humboldt poetizó las ciencias y mostró a Thoreau cómo entrelazar lo empírico y lo maravilloso, lo particular y el conjunto. Sus libros proporcionaron una respuesta para Thoreau y sus dificultades para equilibrar la investigación científica meticulosa y la poesía. Después de estudiar los libros de Humboldt, Thoreau empezó a «mirar la naturaleza con nuevos ojos» y reescribió por completo su *Walden*. [1450]

El amigo y mentor de Thoreau, Ralph Waldo Emerson, estaba aún más inmerso en los escritos del Círculo de Jena. El hermano mayor de Emerson lo había instado a «aprender alemán lo antes posible», y su biblioteca acabó repleta de libros de Goethe, Schiller, Novalis, Alexander von Humboldt, Fichte y los hermanos Schlegel, así como de las obras completas de Schelling. «Algunas mentes piensan en las cosas; otras piensan las cosas mismas», escribió Emerson sobre Schelling, garabateando la frase bajo la palabra «Genio», en su cuaderno. Al igual que el Círculo de Jena, celebró el poder del individuo dueño de sí mismo y autoconsciente.[1451]

En enero de 1836, con la nieve acumulándose en lo que llegaría a ser el invierno más frío registrado en Nueva Inglaterra, Emerson escribió *Naturaleza*, el manifiesto de los trascendentalistas sobre la relación entre la naturaleza y la mente. Solo unas semanas antes, había leído uno de los capítulos de la *Biographia Literaria* de Coleridge que este había tomado prestados tan generosamente de Schelling. No es de extrañar, por tanto, que *Naturaleza* introdujera la idea de la unidad, de la unidad del ser y la naturaleza, en muchos estadounidenses.[1452] Cada hoja, cristal o animal formaba parte del todo, explicaba Emerson, «cada partícula es un microcosmos y representa fielmente la semejanza del mundo». Somos naturaleza, escribió Emerson, porque «la mente es una parte de la naturaleza de las cosas».(70) O, como dijo Thoreau: «¿No soy yo mismo, en cierto modo, hojas y moho vegetal?».[1453]

El poeta Walt Whitman fue otro de los escritores norteamericanos que respiró las ideas surgidas en Jena. Aunque dejó la escuela a los once años, Whitman siempre fue un lector voraz y autodidacta. Antes de publicar su famosa colección de poesía, *Hojas de hierba*, en 1855, trabajó como oficinista, impresor, profesor y periodista. Nunca se apresuró, siempre fue un hombre pausado que confesaba tener «una capacidad inusual para quedarse quieto». Pensaba, postergaba y seguía el camino de los «cuatro ilustres» —Kant, Fichte, Schelling y Hegel— «desde el punto de vista de un poeta».[1454]

También Whitman se sentía en armonía con la naturaleza, especialmente cuando estaba desnudo. «Nunca antes me había acercado tanto a la naturaleza; nunca antes ella se había acercado tanto a mí», escribió, siendo ya mayor, después de un largo y caluroso verano nadando y tomando el sol desnudo. «Esta teoría de que la mente humana y la naturaleza externa son esencialmente una», anotó Whitman en su cuaderno a mediados del siglo XIX, «es hermosa y majestuosa». *Hojas de hierba*, decía, era una destilación poética de lo que él llamaba el «gran sistema de la filosofía idealista alemana». [1455] Su poema *Canto a mí mismo,* por ejemplo, versa sobre la relación entre el ser humano, el yo y la naturaleza. Comienza así:

> *A mí mismo me canto y me celebro,*
> *porque lo que yo tengo, lo tienes también tú,*
> *y cada átomo de mi cuerpo tu cuerpo es también.* [1456]

En la primera edición de *Hojas de hierba*, Whitman no incluyó su nombre en la cubierta. En su lugar, colocó un retrato suyo como frontispicio. El grabado muestra a un joven apuesto con una camisa sencilla y unos pantalones de trabajo arrugados: la mano derecha en la cadera, la izquierda en los bolsillos del pantalón, la cabeza ladeada. Solo en la página 29, un verso revela el nombre del autor: «Walt Whitman, un americano, uno de los duros, un cosmos»,(71) quizá un guiño al *Cosmos* de Alexander von Humboldt, un libro que estaba presente siempre, encima de su escritorio mientras componía. [1457]

Los escritos del Círculo de Jena calaron en el mundo literario estadounidense. Además de Whitman, Thoreau y Emerson, muchos otros escritores del siglo XIX leyeron sus obras, entre ellos Nathaniel Hawthorne, Edgar Allan Poe y Herman Melville. Este último, por ejemplo, extrajo gran parte de sus conocimientos de la *Biographia Literaria* de Coleridge, pero también relató discusiones nocturnas, regadas de whisky, con eruditos alemanes sobre Hegel, Friedrich Schlegel, Kant y el concepto de «libre albedrío» durante una travesía marítima en 1849. [1458]

La admiración de los norteamericanos llegó a tal punto que Edgar Allan Poe acusó a Nathaniel Hawthorne de copiar tan implacablemente la obra de Ludwig Tieck que «no es original en ningún sentido». Este era un pecado que Poe podía reconocer, ya que él mismo se había apropiado de varias páginas procedentes de las *Lecciones sobre arte dramático y literatura*, la obra de August Wilhelm Schlegel, y las había publicado con su propio nombre. [1459]

Los estudiantes internacionales que asistieron a la Universidad de Jena también difundieron el evangelio romántico. Uno de ellos fue Henry

Crabb Robinson, el inglés que enseñó a madame de Staël la filosofía de Schelling durante su estancia en Weimar, a principios de 1804. Deslumbrado por su estancia en Jena, Crabb Robinson dijo: «Allí contemplé una galaxia de talentos y genios literarios que las épocas futuras honrarán como las luminarias poéticas del siglo XVIII».[1460] O el noruego Henrik Steffens, uno de los alumnos más devotos de Schelling y un admirador que describió a Caroline como una «mujer de primera clase y muy inteligente». Steffens introdujo en Escandinavia la *Naturphilosophie* de Schelling cuando comenzó a dar conferencias y a publicar en Copenhague.[1461]

Las ideas del Círculo de Jena arraigaron en Italia, Francia, Rusia, España y Polonia. Al pianista y escritor polaco Maurycy Mochnacki lo influyeron profundamente August Wilhelm Schlegel y Schelling, por ejemplo, y se convirtió en uno de los fundadores del romanticismo polaco. «Si no podemos ser originales», escribió, «entonces lo mejor es imitar la gran poesía romántica de los alemanes y rechazar decididamente los modelos franceses». Todos sufrían de «germanomanía», dijo Adam Mickiewicz, uno de los principales poetas polacos.[1462]

Asimismo, en la Universidad de Uppsala, un grupo de jóvenes románticos suecos creó una asociación inspirada en el Círculo de Jena. (72) Y, tras conocer a Schelling en Múnich a finales de la década de 1820, el poeta romántico ruso Fyodor Tyutchev escribió poemas que incorporaban el concepto de la *Naturphilosophie* de la unidad de la mente y la materia. «Todo está en mí, yo en todo», escribió Tyutchev a principios de la década de 1830, y también: «Busca ese mundo dentro de tu alma».[1463]

Más adelante, en el siglo XIX y a principios del XX, en Viena, Sigmund Freud volvió sobre las obras del Círculo de Jena. La biblioteca de Freud contenía muchos de sus libros, y contaba con Goethe, Schiller y Schelling entre sus pocas grandes influencias. Las ideas del Círculo de Jena sobre la centralidad de la autoconciencia contribuyeron a allanar el camino de la psicología moderna y el psicoanálisis. En 1930, Freud llegó a hablar de «la conexión de Goethe con el psicoanálisis» y aventuró que al poeta podría haberle gustado. ¿No había dicho Goethe: «Mirad dentro de vosotros mismos y lo encontraréis todo»? Existen numerosos paralelismos entre las teorías de Freud y las ideas surgidas en Jena, como la unidad del yo y la naturaleza, el concepto del yo inconsciente y la importancia de la imaginación.[1464]

Quizá más que ningún otro escritor moderno, fue el novelista irlandés James Joyce quien llevó algunas de las ideas del Círculo de Jena a su conclusión lógica al definir la poesía romántica como inherentemente incompleta. Como tantos otros en el mundo

anglosajón, Joyce había leído sobre las obras del Círculo de Jena en la *Biographia Literaria* de Coleridge, aunque es posible que estudiara también otras traducciones y ensayos críticos.[1465]

La poesía romántica estaba siempre en evolución, había escrito Friedrich Schlegel en el *Athenaeum*, «debe estar siempre en proceso de formación, nunca perfeccionada». Al igual que la *Lucinde* de Friedrich Schlegel, la novela *Finnegans Wake* de Joyce tiene una estructura fragmentaria y una cronología y líneas temporales disueltas. En ella, Joyce fusiona poesía y prosa, trascendiendo los géneros. *Finnegans Wake* era «schlegeliana», escribió un crítico, porque no había un orden evidente en lo que ocurría, ni un por qué, ni un cuándo, ni un dónde ni un a quién. Estos eran el desenfreno y la anarquía en las artes que el Círculo de Jena había proclamado: el «caos... del que todo un mundo puede surgir». Una novela debería desafiar todas las clasificaciones, había escrito Friedrich Schlegel, e incluirlo todo, desde cuentos de hadas y sueños hasta fragmentos, cartas, canciones y confesiones. La esencia de una novela es su estructura caótica», afirmó. Incluso Joyce, el más moderno de los modernistas, se basaba en las ideas que habían surgido en Jena.[1466]

PARTE III: EL ARTE DE SER EGOÍSTA

El Círculo de Jena cambió nuestro mundo. Sus integrantes lo hicieron de forma irrevocable. Es imposible imaginar nuestras vidas, pensamientos y forma de entender la realidad sin la base de sus ideas innovadoras. «Tal vez Jena haya sido el último acontecimiento verdaderamente vital en los siglos venideros», le escribió Schiller a Wilhelm von Humboldt en 1803.[1467] Tenía razón. Podríamos haber olvidado esta pequeña ciudad del ducado de Sajonia-Weimar y su breve reinado intelectual, pero los amigos hicieron algo totalmente nuevo al situar audazmente el yo y el libre albedrío en el centro del escenario. Sus ideas están arraigadas en nosotros.

Fichte ubicó el yo en el nexo de su filosofía, y ahí ha permanecido desde entonces.

Esta revolución de la mente no solo modificó nuestra perspectiva de quiénes somos y qué podemos hacer, sino también nuestro lugar en el mundo. Hemos interiorizado el *Ich* de Fichte, aunque no hayamos oído hablar de él. Creemos que somos dueños de nuestras vidas, al menos los que tenemos la suerte de vivir en estados democráticos. Pero esta libertad conlleva responsabilidades y peligros. Los amigos de Jena lucharon contra estos, igual que hacemos nosotros hoy en día.

Desde el momento en que se produjo este cambio sísmico en Jena, la gente ha tenido que lidiar con los peligros de este nuevo ser

envalentonado. Pero, aunque algunos de los críticos del Círculo de Jena describieran la filosofía de Fichte como «fetichismo del yo» y como «egotismo metafísico», lo cierto es que Fichte nunca pretendió que sus ideas se convirtieran en una celebración narcisista del yo. Por el contrario, siempre insistió en que nuestra libertad estaba estrechamente entrelazada con nuestras obligaciones morales. «Solo son libres», dijo a los estudiantes durante su primera serie de conferencias, en 1794, «aquellos que intentan hacer libres a todos los que les rodean». La libertad nos da la posibilidad de elegir cómo actuar y comportarnos, y nos eleva por encima de las bajas pasiones como la codicia, el hambre o el miedo. La libertad siempre viene acompañada de su hermano gemelo: el deber moral.[1468]

La elección sigue siendo nuestra. La vida es una negociación entre nuestros derechos como individuos y nuestro papel como miembros de una comunidad, incluidas nuestras responsabilidades con respecto a las generaciones futuras que habrán de habitar este planeta. ¿Cómo podemos vivir una vida con sentido en la que determinemos nuestro camino siendo a la vez buenas personas desde el punto de vista moral? ¿Cómo se puede conciliar la libertad personal con la libertad moral? ¿Cómo conciliamos la libertad personal con las exigencias de la sociedad? ¿Somos egoístas? ¿Perseguimos nuestros sueños? ¿Estamos pisoteando la libertad de los demás? ¿Nos preocupamos solo de nosotros mismos? ¿De los demás? ¿De ambos? Hemos firmado un contrato social entre nosotros y con nuestros gobiernos, acordando cumplir las leyes y las convenciones, pero esto solo funciona si nos sentimos libres y confiamos en los demás al mismo tiempo.

El Círculo de Jena creía que teníamos que ser conscientes de nuestro yo, ser «egoístas» en el sentido de ser conscientes y controlar nuestro propio ser y nuestro libre albedrío. Hoy en día, cuando hablamos de egoísmo, nos referimos a una persona obsesionada con su propio placer y beneficio, preocupada únicamente por su provecho. Pero visto en su contexto histórico y en su concepción original, el «arte de ser egoísta» liberó al *Ich* con la intención de crear una sociedad mejor: una sociedad que se fundaba en individuos que ya no estaban encadenados por monarcas y gobernantes a un lugar y un camino predeterminados, sino que eran dueños de su propio destino y de su identidad.

El «arte de ser egoísta», en el contexto de la *Naturphilosophie* de Schelling, también significa comprender el lugar de uno en este gran organismo vivo interconectado que es la naturaleza. «Puesto que encontramos la naturaleza en el yo», concluyó uno de los alumnos de Schelling, «también debemos encontrar el yo en la naturaleza». Ser egoísta en ese sentido significa comprender y reconocer el concepto de unidad con el universo. Por lo tanto, no dañar el planeta significa no

dañarse a sí mismo. La «era de la introversión», decía Ralph Waldo Emerson en 1837, refiriéndose al nuevo enfoque basado en el *Ich*, era fácilmente criticable, pero era «muy buena, si sabemos bien qué hacer con ella».[1469]

«El fenómeno más maravilloso, el hecho eterno, es nuestra propia existencia», escribió Novalis en 1797. La tarea más importante de la vida era comprender el yo, porque «sin una perfecta comprensión de uno mismo nunca aprenderemos a comprender verdaderamente a los demás».[1470] Deja, lector, que la frase de Novalis se quede en tu cabeza unos instantes. Lo que él quería decir es que estamos moralmente obligados a volvernos hacia dentro para ser buenos miembros de la sociedad. Solo si somos plenamente conscientes de nosotros mismos —de nuestras necesidades, nuestros deseos y nuestros pensamientos— podemos abrazar verdaderamente al otro. Este énfasis en el *Ich* significa que ser «consciente de uno mismo» es el requisito previo para «ser consciente y preocuparse del otro». Solo mediante la autoconciencia podemos sentir compasión por los demás. Solo mediante la reflexión sobre nosotros mismos podemos cuestionar nuestro comportamiento. El objetivo de este autoexamen es, por consiguiente, lograr un bien mayor: para nosotros, para nuestra comunidad, para la sociedad en general y para nuestro planeta.

El Círculo de Jena dio alas a nuestras mentes. Pero el uso que hagamos de ellas depende enteramente de nosotros.

AGRADECIMIENTOS

Gran parte de este libro se escribió durante la pandemia, pero, por suerte, había hecho la mayoría de mi investigación antes de que se decretase el confinamiento. En los últimos veinte años, internet ha facilitado mucho la investigación. Muchas cartas, manuscritos e ilustraciones originales están ahora disponibles en línea (y en realidad son más fáciles de leer, ya que se puede usar el *zoom*); también un gran número de libros de los siglos XVIII y XIX. No sé qué habría hecho sin la vasta colección de libros escaneados en la página web de Internet Archive y de muchas de las bibliotecas digitales alemanas, como las de la Sächsische Landesbibliothek -Staats-und Universitätsbibliothek Dresden (SLUB Dresden), el Münchener Digitalisierungs Zentrum, y sin las obras de escritores alemanes recogidas en Zeno.org, etcétera. Durante la crisis sanitaria, el maravilloso equipo de la Biblioteca de Londres me envió libros muy necesarios y cartas escaneadas; he amado siempre la Biblioteca de Londres, ahora la amo aún más.

Pero echaba de menos a la gente que normalmente me encuentro en los archivos y las bibliotecas. En ese sentido, escribir *Magníficos rebeldes* fue lo contrario del proceso de escritura de *La invención de la naturaleza*, para el que viajé por todo el mundo, encontrándome en el camino con gente estupenda. De alguna manera, como si el tema del libro determinara la forma en que llevé a cabo la investigación, me hizo viajar hacia dentro en lugar de hacia fuera. Así que, en cierto modo, este ha sido un libro solitario. Cuando el mundo real se volvió demasiado sombrío y deprimente, entré en la Jena de finales del siglo XVIII. Cuando las bibliotecas cerraban, yo abría los libros que mis protagonistas habían leído y escrito, y cuando lo hicieron los bares y restaurantes, me reunía con el Círculo de Jena en sus salones y me sentaba con ellos a su mesa. En este sentido, *Magníficos rebeldes* no se parece a nada de lo que he escrito antes, pero esto no significa que se haya hecho sin ayuda: nada podría hacerse sin esa gente maravillosa, inteligente y generosa que siempre anda por ahí, tanto viejos amigos como amables desconocidos. Mi más profundo agradecimiento a todos ellos: por leer, por escuchar, por compartir sus investigaciones y conocimientos, por su tiempo y recomendaciones, y por enviarme libros, capítulos, documentos escaneados. Todos vosotros habéis traído el mundo a mi pequeña casa de campo en medio de la nada y habéis

sido mis salvadores.

Gracias (por orden alfabético) a Jerry Brotton, Jennifer Croft, Tom Holland, Jeanette Lamble en la Staatsbibliothek zu Berlin, Vicki Müller-Lüneschloß en la Schelling Edition and Archive de la Bayerische Akademie der Wissenschaften, Ulrich Päßler, Ingo Schwarz y Wiebke Witzel en la Berlin-Brandenburgischen Akademie der Wissenschaften, Günther Queisser en el Museum 1806 de Jena, Regan Ralph, Kerstin Schellbach en SLUB Dresden, Robert Rowland Smith, Doug Stott en <www.carolineschelling.com> (cuyas referencias, notas editoriales e ilustraciones contemporáneas adjuntas fueron un recurso inestimable en una época en la que los archivos y las bibliotecas estaban cerrados), y James Vigus, en Queen Mary, Universidad de Londres. Y gracias a todos los del Instituto Santa Fe por crear un lugar tan inspirador y por concederme la generosa beca Miller: en particular a David Krakauer, Tim Taylor y Caroline Seigel, una bibliotecaria excepcional que desenterró las publicaciones alemanas más oscuras del sistema de préstamo interbibliotecario y envió escaneos, libros electrónicos y artículos al otro lado del Atlántico durante la pandemia.

Un agradecimiento enorme a Paul Hamilton, de la Universidad Queen Mary de Londres, que respondió al correo electrónico de una completa desconocida y accedió a leer un primer borrador de todo el manuscrito, enviándome sabios comentarios y preguntas; gracias por ser tan generoso con su tiempo y conocimientos. Del mismo modo, a Robert J. Richards, de la Universidad de Chicago, autor de un libro que me ayudó a entender el mundo de la *Naturphilosophie* de Schelling más que ningún otro, gracias por escribir *La concepción romántica de la vida* y por leer y comentar los primeros borradores de los capítulos. Un enorme agradecimiento también a Damion Searls por las perspicaces, bellas y perfectas traducciones de cientos de citas alemanas y numerosos poemas. Y, tras meses de discusiones sin resultados, la brillante Kirsty Lang finalmente dio con el mejor de los títulos: gracias por rescatarme. Un agradecimiento especial a Heidrun Gebhart, de C. Bertelsmann, que me ayudó a dar con la idea de este libro haciendo las preguntas adecuadas cuando no sabía cómo encontrar un nuevo tema después de Alexander von Humboldt.

Gracias a mi madre, Brigitte Wulf, por su habilidad para descifrar cartas alemanas del siglo XVIII escritas en Sütterlin, y a Trixi Wulf, por las largas jornadas de marcha por las calles de Jena, una y otra vez. Y a Reiner Bauer —gracias infinitas— por dar conmigo en la húmeda jungla de Sudamérica y llevarme a los amplios horizontes y la soledad del norte de Alemania, donde finalmente pude terminar este libro (y por mucho más).

Soy muy afortunada por poder contar con las personas más

inteligentes y perspicaces en mi vida, personas que están dispuestas a pasar horas, días, semanas leyendo y releyendo cada línea del manuscrito: son mis primeros editores, mis sabios y sagaces consejeros. Este libro sería muy diferente sin ellos. Gracias a mi magnífica amiga rebelde Julia-Niharika Sen, que se afanó en el primer borrador, palabra por palabra y línea por línea, sin importar lo ocupada que estuviera, durante todas esas noches, revisándolo página por página, diseccionando y sugiriendo: te quiero y te debo mucho. Y gracias a mi padre, Herbert Wulf, el más ávido de los lectores —que me hizo comentarios valiosos de todas las versiones previas—, todavía afilado como una navaja de afeitar. También a mi extraordinario amigo Misha Glenny, que sigue sorprendiéndome regularmente con sus profundos conocimientos de historia alemana, gracias por leer, escuchar y discutir este libro desde el principio. A mi generosa amiga Victoria Johnson, por leer cada página y por muchas sabias sugerencias (así como por la investigación de emergencia sobre la medicina del siglo XVIII): muchas gracias, de verdad. Por último, pero no por ello menos importante, gracias a Patrick Walsh, el mejor de los amigos y el mejor de los agentes: ¿qué haría yo sin ti? No puedo expresar lo profundamente agradecida que estoy por tus maravillosas ediciones, sabiduría, generosidad, cenas, risas y amistad.

Y un gran agradecimiento al increíble equipo de Patrick en PEW Literary, en particular a John Ash y Margaret Halton. También al maravilloso equipo de Knopf y, en particular, a mi editor de confianza, Edward Kastenmeier. Y en la editorial John Murray, me gustaría dar las gracias a Georgina Laycock, Nick Davies y Caroline Westmore, por su continuo apoyo, y a Hilary Hammond, por su corrección de estilo.

Este libro está dedicado a Saskia «Robinson-Nixdorf-Manners» (casi a la altura de Caroline), que sabe muy bien por qué es mi nave nodriza. Gracias por estar en mi vida.

IMÁGENES

Vista de Jena desde el sur, con la iglesia de San Miguel en el centro y el río Saale en primer plano. Los montes Jenzig y Hausberg se encuentran a la derecha de la imagen, con campos de cultivo en las laderas. Los árboles frente a la ciudad forman parte de los Jardines del Paraíso.
Procedencia: Jena desde el sur, hacia 1790, Johann Lorenz Julius von Gerstenberg
© Stadtmuseum Jena.

La imponente fortaleza de Königstein, donde Caroline fue encarcelada en 1793.
Procedencia: Fortaleza de Königstein, 1793, Johann Christian Berndt © Freies Deutsches Hochstift/ Frankfurter Goethe-Museum.

Caroline Michaelis-Böhmer-Schlegel-Schelling en 1798.
Procedencia: Johann Friedrich August Tischbein © Museos de la ciudad de Jena.

Auguste Böhmer poco antes de su muerte, en 1800.
Procedencia: Johann Friedrich August Tischbein, Wieneke 1914.

August Wilhelm Schlegel en 1793.
Procedencia: Johann Friedrich August Tischbein, Freies Deutsches Hochstift/ Frankfurt Goethe Museum. Foto © Ursula Edelmann-Artothek.

Johann Wolfgang von Goethe en Italia.
Procedencia: Johann Wolfgang von Goethe, 1787, según Johann Heinrich Wilhelm Tischbein © Wellcome Collection.

Johann Gottlieb Fichte en Berlín, en 1800.
Procedencia: Friedrich Bury, Wahl y Kippenberg 1932.

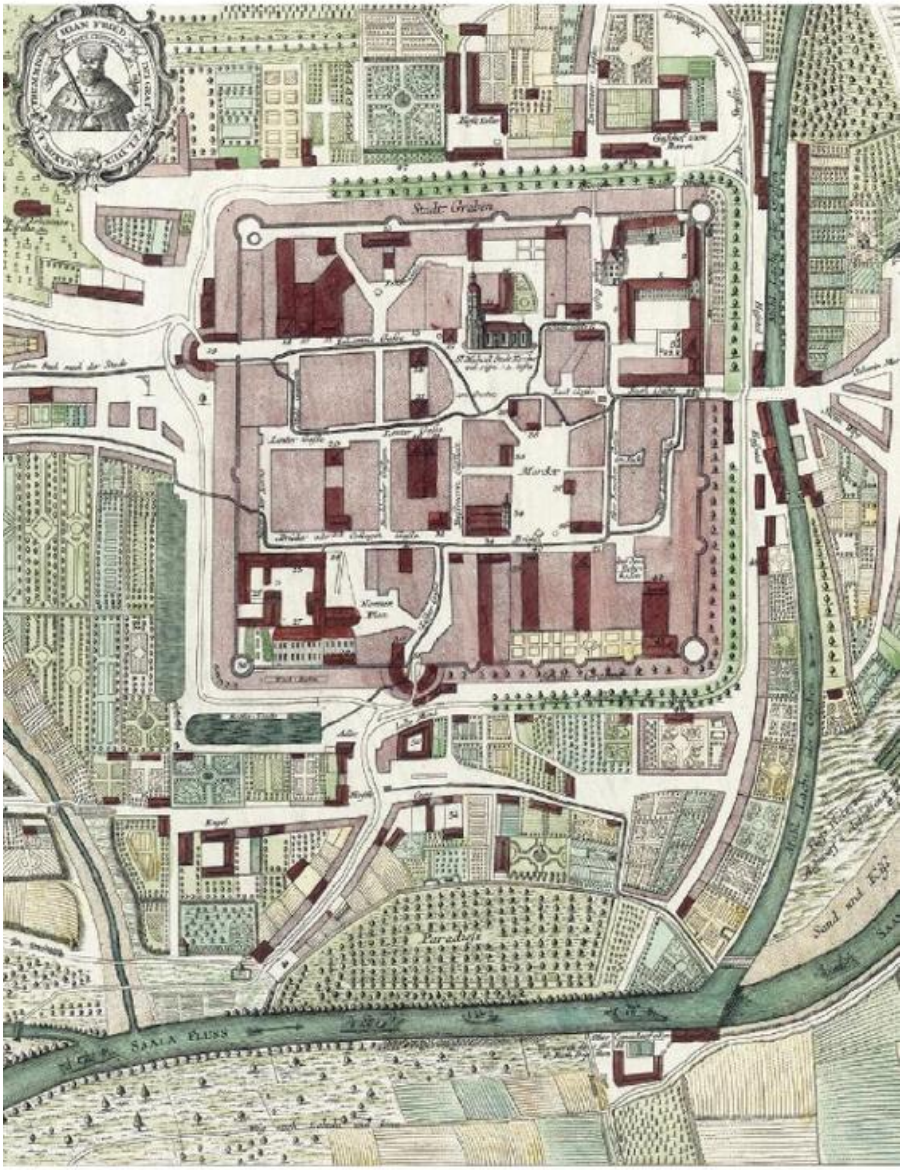
Friedrich Schiller a principios de la década de 1790.
Friedrich von Schiller, 1791, según Anton Graff © Wellcome Collection.

La plaza del mercado de Jena vista desde el sur. El ayuntamiento es el edificio con la torre blanca, a la izquierda de la imagen.
Procedencia: Jena, 1812, Ludwig Hess © Städtische Museen Jena.

El popular paseo Fürstengraben marcaba el límite norte de la ciudad. En esta vista de la época se ve la calle de oeste a este. En ella se encontraba el jardín botánico de Goethe y la gran torre redonda, delante, a la derecha, es uno de los torreones medievales que formaban parte de las antiguas murallas de la ciudad. Al fondo, al final de la calle, a la derecha, se puede ver el Castillo Viejo.
Procedencia: Fürstengraben, Jena, hacia 1791, Carl Benjamin Schwarz, SLUB Dresden/Deutsche Fotothek.

Alexander von Humboldt en Sudamérica.
Procedencia: Friedrich Weitsch © Wellcome Collection.

Caroline Dacheröden-von Humboldt hacia 1810.
Procedencia: Gottlieb Schick, Oeser 1932.



Mapa de Jena de mediados del siglo XVII con la iglesia de San Miguel en el centro. El Castillo Viejo está en la esquina superior derecha y la universidad en la esquina inferior izquierda. Las partes rojas del mapa representan la ciudad dentro de las murallas medievales. Más allá de estas hay viviendas con grandes jardines, como la Casa del Jardín de Schiller. El Saale bordea la ciudad por la parte inferior, con el Paraíso junto al curso del río.
Procedencia: Matthäus Seutter, SLUB Dresden/Deutsche Fotothek.

Novalis (Friedrich von Hardenberg) en 1799.
Procedencia: Franz Gareis, Oeser 1932.

Patio de la calle Leutragasse 5, donde vivieron los Schlegel a partir de 1796, según una fotografía de alrededor de 1910. La casa fue destruida en 1945.
Procedencia: Fotógrafo desconocido © Städtische Museen Jena.

Friedrich Schlegel hacia 1790.
Procedencia: Caroline Rehberg, Wieneke 1914.

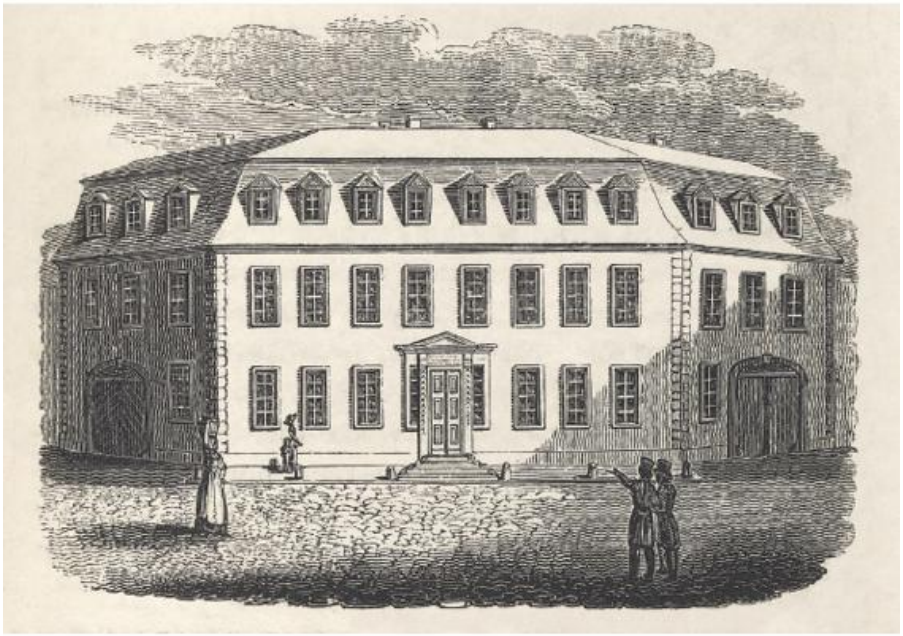
Dorothea Mendelssohn-Veit-Schlegel en 1798.
Procedencia: Artista desconocido, Wieneke 1914.

El Círculo de Jena pasó el verano de 1798 en Dresde. Esta vista del Neumarkt en el siglo XVIII es de un grabado de Canaletto: a la izquierda está la pinacot eca (Gemäldegalerie), donde los amigos pasaron muchas horas discutiendo sobre arte, y en el centro la magnífica Frauenkirche con su cúpula.
Procedencia: Canaletto, SLUB Dresde/Deutsche Fotothek.

El famoso bulevar berlinés Unter den Linden, por donde les gustaba pasear a Friedrich Schlegel, Dorothea Veit y Johann Gottlieb Fichte en 1799.
Procedencia: Granville 1829 © Wellcome Collection.

Friedrich Wilhelm Joseph Schelling en 1801.
Procedencia: Friedrich Tieck, Wahl y Kippenberg 1932.

Georg Friedrich Wilhelm Hegel, con casi sesenta años.
Procedencia: Julius Ludwig Sebbers © Städtische Museen Jena.



Residencia de Goethe en Weimar.
Procedencia: Granville 1829 © Wellcome Collection.

Un grabado de la época en el que se puede ver el paisaje escarpado y las montañas del último tramo del camino que llevaba de Weimar a Jena.
Procedencia: Georg Melchior Kraus, SLUB Dresden/Deutsche Fotothek.

Goethe y Schiller en 1804: el dramaturgo sobrepasa en altura al poeta, de mayor edad.
Procedencia: Atribuido a Johann Christian Reinhart o Johann Gottfried Schadow, 1804, Oeser 1932.

La Casa del Jardín de Schiller allende las antiguas murallas de Jena. Justo detrás del árbol de la izquierda, en las habitaciones del ático, se pueden apreciar las ventanas del estudio del escritor.
Procedencia: Artista desconocido, SLUB Dresden/ Deutsche Fotothek.

Jena vista desde el norte (grabado de la época).
Procedencia: Georg Melchior Kraus, SLUB Dresden/Deutsche Fotothek.

Los populares Jardines del Paraíso al sur de la localidad, donde los habitantes de Jena disfrutaban paseando y navegando.
Procedencia: Christian Gotthilf Immanuel Oehme, SLUB Dresden/ Deutsche Fotothek.

Escena invernal de la década de 1790, donde se ve a la gente patinando en el Ratsteich, uno de los estanques de la ciudad, justo al otro lado de las antiguas murallas.
Procedencia: Ernst Friedrich Ulrich Schenk © Städtische Museen Jena.

La batalla de Jena, el 14 de octubre de 1806, con Napoleón y sus oficiales en primer plano, observando el campo de batalla.
Procedencia: Según Jacques François Joseph Swebach-Desfontaines, SLUB Dresden/Deutsche Fotothek.

Durante la batalla de Jena ardieron varios edificios de la ciudad.

Procedencia: Johann Christian Schnorr © Städtische Museen Jena.

Obsérvense el herido al que se llevan en camilla y el soldado francés que aporrea una puerta con su fusil.
Procedencia: Johann Christian Schnorr © Städtische Museen Jena.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

BIBLIOGRAFÍA

La mayor parte de mi investigación se llevó a cabo antes del cierre de las bibliotecas durante la pandemia, en 2020 y 2021. Sin embargo, cuando me hicieron falta más bibliografía o cartas durante ese periodo, me vi en la necesidad de recurrir a ediciones disponibles en línea. Por este motivo, en algunas entradas del siguiente listado se incluye más de una edición de la misma fuente.

ALT, PETER ANDRÉ, *Schiller: Leben - Werk - Zeit: Eine Biographie*, Múnich, C. H. Beck, 2004.

AMERIKS, KARL, ed., *The Cambridge Companion to German Idealism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

AMSTUTZ, NINA, *Caspar David Friedrich: Nature and the Self*, New Haven, CT, Londres, Yale University Press, 2020.

ANÓNIMO (Hegel, Hölderlin o Schelling), *Das älteste Systemprogramm des deutschen Idealismus*, s. e., c. 1796/7.

ANÓNIMO, *Zeichnung der Universität Jena, Für Jünglinge, welche diese Akademie besuchen wollen*, Leipzig, Friedrich Leopold Gupprian, 1798.

APPEL, SABINE, *Madame de Staël: Kaiserin des Geistes: Eine Biographie*, Múnich, C. H. Beck, 2011.

—, *Caroline Schlegel-Schelling: Das Wagnis der Freiheit: Eine Biographie*, Múnich, C. H. Beck, 2013.

ASHTON, ROSEMARY, *The German Idea: Four English Writers and the Reception of German Thought, 1800-1860*, Londres, Libris, 1994.

ASKAY, RICHARD y JENSEN FARQUHAR, eds., *Apprehending the Inaccessible: Freudian Psychoanalysis*, Evanston, North Western University Press, 2006.

BAADER, FRANZ VON, *Franz von Baader's Sämmtliche Werke*, ed. Franz Hoffmann *et al.*, Leipzig, Herrmann Bethmann Verlag, 1851-1860.

BACH, INGO, «Weißenfels am Ende des 18. Jahrhunderts und das sozial-kulturelle Umfeld der Familie von Hardenberg», en Eleonore Sent, ed., *Bergbau und Dichtung: Friedrich von Hardenberg*, Weimar, Hain Verlag, 2003, pp. 171-190.

BAKE, RITA y BIRGIT KIUPEL, *Unordentliche Begierden: Liebe, Sexualität und Ehe im 18. Jahrhundert*, Hamburgo, Kabel, 1996.

BAMBERG, CLAUDIA y CORNELIA ILBRIG, eds., *Aufbruch ins romantische Universum: August Wilhelm Schlegel*, Frankfurt, Freies Deutsches Hochstift, 2018.

BATE, JONATHAN, *Shakespeare and the English Romantic Imagination*, Oxford, Clarendon Press, 1986.

BEACH, JOSEPH WARREN, «Coleridge's Borrowings from the German», *English Literary History*, 9, n.º 1 (marzo de 1942), pp. 36-58.

BECK, ADOLF, ed., *Hölderlin: Chronik seines Lebens*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 2003.

BEHLER, ERNST, ed., *Philosophy of German Idealism: Fichte, Jacobi and Schelling*, Nueva York, Continuum, 1987.

BEINECKE - Biblioteca de Manuscritos y Colecciones Especiales, *Goethe: The Scientist*, catálogo de la exposición, New Haven, Londres, Yale University Press, 1999.
BEISER, FREDERICK C., *The Romantic Imperative: The Concept of Early German Romanticism*, Cambridge, Londres, Harvard University Press, 2003.
BERGLAR, PETER, *Wilhelm von Humboldt in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbek, Rowohlt, 1970.
BERLIN, ISAIAH, *The Roots of Romanticism*, ed. Henry Hardy, Londres, Pimlico, 2000. [Hay trad. cast.: *Las raíces del romanticismo*, Barcelona, Taurus, 2015].
BERNAYS, MICHAEL, *Zur Entstehungsgeschichte des Schlegelschen Shakespeare*, Leipzig, G. Hirzel, 1872.
BLANNING, TIM, *The Romantic Revolution*, Londres, Phoenix, 2010.
BOLLER, HILDEGARD GABRIELE, «Die Dresdener Antikensammlung», en Bénédicte Savoy, ed., *Tempel der Kunst. Die Geburt des öffentlichen Museums in Deutschland 1701-1815*, Colonia, Weimar, Viena, Böhlau Verlag, 2015, pp. 196-239.
BORCHERDT, HANS HEINRICH, ed., *Schiller und die Romantiker: Briefe und Dokumente*, Stuttgart, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1948.
BÖTTIGER, KARL AUGUST, *Literarische Zustände und Zeitgenossen: Begegnungen und Gespräche im klassischen Weimar*, ed. Klaus Gerlach y René Sternke, Berlín, Aufbau-Verlag, 1998.
BOTTING, DOUGLAS, *Humboldt and the Cosmos*, Londres, Sphere Books, 1973. [Hay trad. cast.: *Humboldt y el cosmos. Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1995].
BOYLE, NICHOLAS, *Goethe: The Poet and the Age*, vol. 1, *The Poetry of Desire: 1749-1790*, Oxford, Clarendon Press, 1992.
—, *Goethe: The Poet and the Age*, vol. 2, *Revolution and Renunciation: 1790-1803*, Oxford, Clarendon Press, 2000.
BREITENBORN, KONRAD y JUSTUS H. ULBRICHT, *Jena und Auerstedt: Ereignis und Erinnerung in europäischer, nationaler und regionaler Perspektive*, Dößel, Verlag Janos Stekovics, 2006.
BREUER, ULRICH y DIRK VON PETERSDORFF, eds., *Das Jenaer Romantikertreffen im November 1799: Ein Romantischer Streitfall*, Athenäum-Jahrbuch der Friedrich Schlegel-Gesellschaft, Paderborn, F. Schöningh, 2015.
BRIGGS, ASA, *The Age of Improvement, 1783-1867*, Londres, Longman, 2000.
BRUHNS, KARL, ed., *Life of Alexander von Humboldt*, Londres, Longmans, Green & Co., 1873.
BRUNSCHWIG, HENRI, *Gesellschaft und Romantik in Preußen im 18. Jahrhundert*, Frankfurt, Ullstein, 1975.
BURGSDORFF, WILHELM VON, *Briefe an Brinkman, Henriette v. Finckenstein, Wilhelm v. Humboldt, Rahel, Friedrich Tieck, Ludwig Tieck und Wiesel*, ed. Alfons Fedor Cohn, Berlín, Behr, 1907.
BYRON, LORD, *Lord Byron: Selected Letters and Journals*, ed. Leslie A. Marchand, Londres, John Murray, 1982. [Hay trad. cast. de los diarios: *Diarios de Lord Byron,* Madrid, Galaxia Gutenberg, 2018].
CALLOW, PHILIP, *Walt Whitman: From Noon to Starry Night*, Londres, Allison & Busby, 1992.
CARLYLE, THOMAS, *German Romance: Specimens of its Chief Authors*, Edimburgo, W. Tait, 1827.
—, «The State of German Literature», *Edinburgh Review*, 53 (octubre de 1827), pp. 151-180.
CHANNING, WILLIAM ELLERY, *Thoreau: The Poet-Naturalist*, Boston, Roberts Brothers, 1873.
CLARK, CHRISTOPHER, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia: 1600-1947*, Londres, Penguin, 2007.

CLARK, REX y OLIVER LUBRICH, eds., *Cosmos and Colonialism: Alexander von Humboldt in Cultural Criticism*, Nueva York, Oxford, Berghahn Books, 2012a.
— eds., *Transatlantic Echoes: Alexander von Humboldt in World Literature*, Nueva York, Oxford, Berghahn Books, 2012b.
CLAYDEN, PETER WILLIAM, *Rogers and His Contemporaries*, Londres, Smith, Elder & Co., 1889.
COGHEN, MONIKA, «Polish Romanticism», en Paul Hamilton, ed., *The Oxford Handbook of European Romanticism*, Oxford, Oxford University Press, 2016.
COLERIDGE, SAMUEL TAYLOR, *Collected Letters of Samuel Taylor Coleridge*, ed. Earl Leslie Griggs, Oxford, Clarendon Press, 1956-1971.
—, *The Notebooks of Samuel Taylor Coleridge*, ed. Kathleen Coburn, Princeton, Princeton University Press, 1958-2002.
—, *Collected Works. Biographia Literaria*, ed. James Engell y W. Jackson, Bate, Londres, Routledge & Kegan Paul Ltd, 1983. [Hay trad. cast. *Biographia literaria*, Valencia, Pre-Textos, 2010].
—, *Lectures 1818-1819 on the History of Philosophy*, ed. J. R. de J. Jackson, Princeton, Princeton University Press, 2000.
COSTELLOE, TIMOTHY M., *Imagination in Hume's Philosophy: The Canvas of the Mind*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2018.
CUNNINGHAM, ANDREA y NICHOLAS JARDINE, eds., *Romanticism and the Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
DAMM, SIGRID, *Christiane und Goethe: Eine Recherche*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 1998.
DAMM, SIGRID, ed., *Caroline Schlegel-Schelling: Die Kunst zu leben*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 2005.
DANZ, JOHANN T. L., *Ansicht der Stadt Jena in den Octobertagen 1806*, Jena, Seidler, 1809.
DAY, AIDON, *Romanticism*, Londres, Nueva York, Routledge, 1996.
DE QUINCEY, THOMAS, *The Collected Writings of Thomas De Quincey*, ed. David Masson, Edinburgh, A. & C. Black, 1896.
DEINHARDT, KATJA, ed., *Stapelstadt des Wissens: Jena als Universitätsstadt zwischen 1770 und 1830*, Colonia, Böhlau Verlag, 2007.
DILTHEY, WILHELM, *Aus Schleiermacher's Leben: in Briefen*, Berlín, G. Reimer, 1858-1863.
EHRLICH, LOTHAR y GEORG SCHMIDT, eds., *Ereignis Weimar-Jena, Gesellschaft und Kultur um 1800 im internationalen Kontext*, Colonia, Böhlau Verlag, 2008.
EHRLICH, WILLI, *Goethes Wohnhaus am Frauenplan in Weimar*, Weimar, Nationale Forschungs-und Gedenkstätten der Klassik, 1983.
EMERSON, RALPH WALDO, *The Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson*, ed. William H. Gilman *et al.*, Cambridge, Harvard University Press, 1960-1992.
—, *The Collected Works of Ralph Waldo Emerson*, ed. Alfred R. Ferguson *et al.*, Cambridge, Harvard University Press, 1971-2013.
—, *Nature and Selected Essays*, ed. Larzer Ziff, Nueva York, Penguin, 2003. [Hay trad. cast.: *Naturaleza*, Madrid, Nórdica, 2020].
ENDRES, JOHANNES, ed., *Friedrich Schlegel Handbuch: Leben - Werk - Wirkung*, Stuttgart, J. B. Metzler Springer Verlag, 2017.
ESTES, YOLANDA y CURTIS BOWMAN, eds., *J. G. Fichte and the Atheism Dispute (1798-1800)*, Farnham, Ashgate, 2010.
FERBER, MICHAEL, *Romanticism: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
FICHTE, JOHANN GOTTLIEB, *Versuch einer Kritik aller Offenbarung*, 1792, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 5. [Hay trad. cast.: *Ensayo*

de una crítica de toda revelación, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002].
—, *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publikums über die französische Revolution: Zur Beurtheilung ihrer Rechtmäßigkeit*, 1793, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 6.
—, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 6. [Hay trad. cast.: *Algunas lecciones sobre el destino del sabio,* Madrid, Istmo, 2002].
—, *Erster Anhang des Naturrecht: Grundriss des Familienrechts*, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 3. [Hay trad. cast.: *Fundamento del Derecho Natural según los principios de la doctrina de la ciencia,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994].
—, *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre*, 1794/5, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 1. [Hay trad. cast.: *Sobre el concepto de la doctrina de la ciencia. Seguido de tres escritos sobre la misma disciplina,* México DF, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009].
—, «Erste Einleitung zur Wissenschaftslehre», 1797, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 1. [Hay trad. cast. *Doctrina de la ciencia, 1811,* Madrid, Akal, 1999].
—, *Reden an die deutsche Nation*, 1807/8, en *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, vol. 7. [Hay trad. cast.: *Discursos a la nación alemana,* Barcelona, Orbis, 1984].
—, *Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke*, ed. I. H. Fichte, Berlín, Veit & Comp., 1845-1846.
—, *Johann Gottlieb Fichte: Gesamtausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, ed. Reinhard Lauth *et al*., Stuttgart, Frommann Holzboog Verlag, 1964-2005.
—, *Wissenschaftslehre nova methodo: Kollegnachschrift K. Chr. Fr. Krause 1798/99,* ed. Erich Fuchs, Hamburg, Meiner, 1982. [Hay trad. cast.: *Doctrina de la Ciencia. Nova Methodo,* Valencia, Natán, 1987].
FORSTER, GEORG, *Georg Forster's Briefwechsel mit S. Th. Sömmerring*, ed. Hermann Hettner, Brunswick, Friedrich Vieweg, 1877.
FRANK, HEIKE, *Die Disharmonie, die mit mir geboren ward, und mich nie verlassen wird: Das Leben der Brendal/Dorothea Mendelssohn-Veit-Schlegel (1764-1839)*, Frankfurt, Peter Lang, 1988.
FRANK, MANFRED, *The Philosophical Foundations of the Early German Romanticism*, Albany, SUNY Press, 2004.
FRIEDENTHAL, RICHARD, *Goethe: Sein Leben und seine Zeit*, Múnich, Zúrich, Piper, 2003.
FRIIS, HERMAN R., «Alexander von Humboldts Besuch in den Vereinigten Staaten von Amerika», en Joachim H. Schulze, ed., *Alexander von Humboldt: Studien zu seiner universalen Geisteshaltung*, Berlín, Walter de Gruyter & Co., 1959.
FRISCHMANN, BÄRBEL, «Friedrich Schlegel und die Revolution», en Klaus Ries, ed. *Romantik und Revolution: Zum politischen Reformpotential einer unpolitischen Bewegung*, Heidelberg, Universitätsverlag Winter, 2012.
FUCHS, ERICH, «Fichte's Final Year», *Rivista de Storia della Filosofia*, 69, n.º 4 (2014), pp. 585-600.
—, ed., *J. G. Fichte im Gespräch: Berichte der Zeitgenossen*, Stuttgart, Frommann Holzboog Verlag, 1978-1992.
FÜRST, JULIUS, ed., *Henriette Herz: Ihr Leben und ihre Erinnerungen*, Berlín, Wilhelm Herz, 1858.
GALL, LOTHAR, *Wilhelm von Humboldt: Ein Preuße von Welt*, Berlín, Propyläen, 2011.
GEIER, MANFRED, *Die Brüder Humboldt: Eine Biographie*, Hamburgo, Rowohlt, 2010.
GERSDORFF, DAGMAR VON, *Dich zu lieben kann ich nicht verlernen: Das Leben der*

Sophie Brentano-Mereau, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 1990.
—, *Caroline von Humboldt: Eine Biographie*, Berlín, Insel Verlag, 2013.
GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON, *Die Leiden des jungen Werthers*, Leipzig, Weygandschen Buchhandlung, 1787. [Hay trad. cast.: *Las penas del joven Werther: cartas desde Suiza,* Madrid, Gredos, 2002].
—, *Zur Farbenlehre*, Tubinga, J. G. Cotta'scher Verlag, 1810. [Hay trad. cast.: *Teoría de los colores. Láminas comentadas*, Barcelona, GG, 2019].
—, *Theory of Colours*, trans. Charles Lock Eastlake, Londres, John Murray, 1840.
—, *Goethe's Briefwechsel mit den Gebrüdern von Humboldt (1795-1832)*, ed. F. Th. Bratanek, Leipzig, Brockhaus, 1876.
—, *Weimar und Jena im Jahre 1806*, ed. Richard y Robert Keil, Leipzig, Verlag Edwin Schloemp, 1886.
—, *Goethes Werke*, published on behalf of Grand Duchess Sophie of Saxe-Weimar-Eisenach, Weimar, Herman Böhlau, 1887-1919. [Hay trad. cast.: *Goethe. Obras completas*, Barcelona, Aguilar, 2004, 4 vols.].
—, *Tagebücher*, 1790-1800, 1801-1808, en *Goethes Werke*, Part III, vols. 2-3, 1887-1919.
—, *Goethes Gespräche*, ed. Woldemar von Biedermann, Leipzig, F. W. Biedermann, 1889-1896.
—, *Goethes Briefwechsel mit Wilhelm und Alexander v. Humboldt*, ed. Ludwig Geiger, Berlín, H. Bondy, 1909.
—, *Goethes Ehe in Briefen*, ed. Hans Gerhard Gräf, Frankfurt, Rütten & Loening, 1921.
—, *Goethes Werke*, ed. Herbert von Einem *et al.*, Hamburg, Christian Wegener Verlag, 1949-1960.
—, *Italienische Reise*, en *Goethes Werke*, ed. Herbert von Einem *et al.*, vol. 11. [Hay trad. cast.: *Viaje a Italia,* Barcelona, Ediciones B, 2001].
—, *Faust*, trans. Walter Kaufmann, Nueva York, Doubleday, 1961. [Hay trad. cast.: *Fausto*, Barcelona, Planeta, 2003].
—, *Goethe: Begegnungen und Gespräche*, Ernst y Renate Grumach, eds. Berlín, Nueva York, Walter de Gruyter, 1965-2000.
—, *Goethes Briefe*, ed. Karl Robert Mandelkrow, Hamburg, Christian Wegener Verlag, 1968-1976.
—, *Goethe in vertraulichen Briefen seiner Zeitgenossen*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1979.
—, *Briefe an Goethe, Gesamtausgabe in Regestform*, ed. Karl Heinz Hahn, Weimar, Böhlau, 1980-2000.
—, *Goethes Leben von Tag zu Tag: Eine Dokumentarische Chronik*, ed. Robert Steiger, Zúrich, Artemis Verlag, 1982-1996.
—, *Sämtliche Werke: Briefe, Tagebücher und Gespräche*, ed. Hendrik Birus, Frankfurt, Deutscher Klassiker Verlag, 1985-2013.
—, *Schriften zur Morphologie*, ed. Dorothea Kuhn, Frankfurt, Deutscher Klassiker Verlag, 1987.
—, *Roman Elegies; and the Diary* (en alemán e inglés), trans. David Luke, Londres, Libris, 1988. [Hay trad. cast.: *Elegías romanas,* Madrid, Hiperión. 2008].
—, *Schriften zur Allgemeinen Naturlehre, Geologie und Mineralogie*, ed. Wolf von Engelhardt y Manfred Wenzel, Frankfurt, Deutscher Klassiker Verlag, 1989.
—, *Faust Part Two*, trans. David Luke, Oxford, Oxford University Press, 1994.
—, *Johann Wolfgang Goethe Tag-und Jahreshefte*, ed. Irmtraut Schmid, Frankfurt, Deutscher Klassiker Verlag, 1994.
—, *Die Wahlverwandschaften*, Frankfurt, Insel Verlag, 2002. [Hay trad. cast.: *Las afinidades electivas,* Madrid, Cátedra, 1999].
—, *Faust Part One*, trans. David Luke, Oxford, Oxford University Press, 2008.
GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON y FRIEDRICH SCHILLER, *Briefwechsel zwischen Schiller und Goethe in den Jahren 1794-1805*, Stuttgart, Augsburg, J. G. Cotta'scher

Verlag, 1856.
GOLDSTEIN, JÜRGEN, *Georg Forster: Zwischen Freiheit und Naturgewalt*, Berlín, Matthes & Seitz, 2015.
GRABOWSKI, STANISLAUS, *Vertraute Geschichte der sächsischen Höfe und Staaten seit Beendigung des dreißigjährigen Krieges*, Berlín, Julius Adelsdorff's Verlag, 1861.
GRANVILLE, A. B., *St. Petersburgh: A Journal of Travels to and from that Capital. Through Flanders, the Rhenich Provinces, Prussia, Russia, Poland, Silesia, Saxony, the Federated States of Germany, and France,* Londres, Henry Colburn, 1829.
GRIES, JOHANN DIEDRICH, *Gedichte und poetische Übersetzungen*, Stuttgart, F. C. Löflund & Sohn, 1829.
—, *Aus dem Leben von Johann Diedrich Gries*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1855.
GURA, PHILIP F., *American Transcendentalism: A History*, Nueva York, Hill & Wang, 2008.
HÄDECKE, WOLFGANG, *Novalis Biographie*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 2011.
HAMILTON, PAUL, ed., *The Oxford Handbook of European Romanticism*, Oxford, Oxford University Press, 2016.
HANEY, JOHN LOUIS, *The German Influence on Samuel Taylor Coleridge*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1902.
HARDING, WALTER, ed., *Thoreau as Seen by His Contemporaries*, Nueva York, Londres, Dover Publications, Constable, 1989.
HARMAN, P. M., *The Culture of Nature in Britain, 1680-1860*, New Haven, Londres, Yale University Press, 2009.
HAYDON, BENJAMIN ROBERT, *The Diary of Benjamin Robert Haydon*, ed. Willard Bissell Pope, Cambridge, Harvard University Press, 1960-1963.
HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH, *Differenz des Fichteschen und Schellingschen Systems der Philosophie*, Jena, Akademische Buchhandlung, 1801. [Hay trad. cast.: *Diferencia entre los Sistemas de Filosofía de Fichte y Schelling*, Madrid, Tecnos, 1990].
—, *Phänomenologie des Geistes*, 1807, en *Werke*, ed. Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, vol. 3. [Hay trad. cast.: *Fenomenología del espíritu,* Valencia, Pre-Textos, 2009].
—, *Briefe von und an Hegel, 1785-1812*, ed. Johannes Hoffmeister, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1952.
—, *Hegel in Berichten seiner Zeitgenossen*, ed. Günther Nicolin, Hamburg: Felix Meiner Verlag, 1970.
—, *Werke*, ed. Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, Frankfurt, Suhrkamp, 1986.
—, *Phenomenology of Spirit*, trans. Terry Pinkard, Cambridge, Cambridge University Press, 2018.
HEINE, HEINRICH, «Die Romantische Schule», 1836, *Werke und Briefe*, vol. 5, ed. Hans Kaufmann, Berlín, Weimar, Aufbau Verlag, 1972.
HELLMANN, BIRGITT, *Wie zwey Enden einer grossen Stadt... Die «Doppelstadt Jena-Weimar» im Spiegel regionaler Künstler*, Jena, Städtische Museen Jena, 1999.
HELLMANN, BIRGITT, ed., *Bürger, Bauern und Soldaten: Napoleons Krieg in Thüringen 1806 in Selbstzeugnissen: Briefe, Berichte und Erinnerungen*, Weimar, Hain Verlag, 2005.
HERDER, JOHANN GOTTFRIED, «Über die neuere Deutsche Litteratur», 1768, en *Herders Sämmtliche Werke*, ed. Bernhard Suphan *et al.*, Berlín, Weidmann, 1877-1899, vol. 2. [Hay trad. cast. parcial: «Fragmentos acerca de la literatura alemana más reciente», *Signos Filosóficos,* VII, n.º 14 (julio-diciembre de 2005), pp. 95-105].
—, «Briefe zur Beförderung der Humanität», 1793-1797, en *Herders Sämmtliche Werke*, ed. Bernhard Suphan *et al.*, Berlín, Weidmann, 1877-1899, vol. 2.
—, *Briefe, Gesamtausgabe 1763-1803*, ed. Karl-Heinz Hahn *et al.*, Weimar: Bühlau, 1977-2016.

HEROLD, J. CHRISTOPHER, *Mistress to an Age: A Life of madame de Staël*, Westport, Greenwood Press, 1975.
HESSE, VOLKER, «Johann Christian Stark d. Ältere (1753-1818): Der Arzt Goethes und Schillers», en Christian Fleck *et al.*, eds., *Wegbereiter der modernen Medizin: Jenaer Mediziner aus drei Jahrhunderten: von Loder und Hufeland zu Rössle und Brednow*, Jena, Quedlinburg, Verlag Dr Bussart & Stadler, 2004.
HIBBERT, CHRISTOPHER, *The French Revolution*, Londres, Penguin, 1980.
HIGONNET, MARGARET R., «Madame de Staël and Schelling», *Comparative Literature*, 38, n.º 2 (primavera de 1986), pp.159-180.
HÖLDERLIN, FRIEDRICH, *Sämtliche Werke: Große Stuttgarter Ausgabe*, ed. Friedrich Beißner *et al.*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1943-1985.
—, *Hyperion: Oder der Eremit in Griechenland*, Múnich, Anaconda, 2020. [Hay trad. cast.: *Hiperión o el eremita en Grecia*, Madrid, Hiperión, 2005].
HOLL, FRANK, «Alexander von Humboldt: Wie der Klimawandel entdeckt wurde», *Die Gazette*, 16 (invierno de 2007-2008), pp. 20-25.
HOLMES, RICHARD, *Coleridge*, vol. 1, *Early Visions*, Londres, HarperCollins, 1998.
—, *Coleridge*, vol. 2, *Darker Reflections*, Londres, HarperCollins, 1998.
—, *The Age of Wonder: How the Romantic Generation Discovered the Beauty and Terror of Science*, Londres, Harper Press, 2008.
HORN, GISELA, *Mir kann nicht genügen an dieser bedingten Freiheit: Frauen der Jenaer Romantik*, Jena, DominoPlus, 2013.
HORNE, ALISTAIR, *Seven Ages of Paris*, Nueva York, Vintage Books, 2004.
HUBER, THERESE, *Briefe*, ed. Magdalene Heuser, Berlín, De Gruyter, 1999.
HUFELAND, C. W., *Bemerkungen über das Nervenfieber und seine Complicationen, in den Jahren 1796, 1797 u. 1798*, Jena, Akademische Buchhandlung, 1799.
HUMBOLDT, ALEXANDER VON, *Versuch über die gereizte Muskel-und Nervenfaser*, Berlín, H. A. Rottmann, 1797. [Hay trad. cast.: *Experiencias acerca del galvanismo y en general sobre la irritacion de las fibras musculares y nerviosas,* Nabu Press, 2011].
—, *Uber die unterirdischen Gasarten und die Mittel, ihren Nachteil zu vermindern: Ein Beytrag zur Physik der praktischen Bergbaukunde*, Brunswick, Vieweg, 1799.
—, *Ideen zu einer Geographie der Pflanzen nebst einem Naturgemälde der Tropenländer*, Tubinga, París, G. Cotta, F. Schoell, 1807. [Hay trad. cast.: *Ensayo sobre la geografía de las plantas*, México, Siglo XXI, 1997].
—, *Researches concerning the Institutions & Monuments of the Ancient Inhabitants of America with Descriptions & Views of some of the most Striking Scenes in the Cordilleras!*, Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, John Murray, H. Colburn, 1814.
—, *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent during the years 1799-1804*, trans. Helen Maria Williams, Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, John Murray, 1814-1829.
—, *Central-Asien: Untersuchungen über die Gebirgsketten und die vergleichende Klimatologie*, Berlín, Carl J. Klemann, 1844.
—, *Kosmos: Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, vols. 1-3, Stuttgart, Tubinga, J. G. Cotta'sche Buchhandlungen, 1845-1850. [Hay trad. cast.: *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2011].
—, *Cosmos: Sketch of a Physical Description of the Universe*, vols. 1-3, trans. Elizabeth J. L. Sabine, Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, and John Murray, 1845-1852.
—, *Ansichten der Natur mit wissenschaftlichen Erläuterungen*, 3.ª edición, Stuttgart, Tubinga, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1849. [Hay trad. cast.: *Cuadros de la Naturaleza*, Madrid, Libros de la Catarata, 2003].
—, *Aspects of Nature, in Different Lands and Different Climates, with Scientific*

Elucidations, trans. Elizabeth J. L. Sabine, Londres, Longman, Brown, Green, John Murray, 1849.
—, *Die Jugendbriefe Alexander von Humboldts 1787-1799*, ed. Ilse Jahn y Fritz G. Lange, Berlín, Akademie Verlag, 1973.
—, *Aus meinem Leben: Autobiographische Bekenntnisse*, ed. K.-R. Biermann, Múnich, C. H. Beck, 1987.
—, *Reise durch Venezuela: Auswahl aus den Amerikanischen Reisetagebüchern*, ed. Margot Faak, Berlín, Akademie Verlag, 2000.
—, *Reise auf dem Río Magdalena, durch die Anden und Mexico*, ed. Margot Faak, Berlín, Akademie Verlag, 2003. [Hay trad. cast.: *México*, Madrid, Casimiro, 2019].
—, *Briefe von Alexander von Humboldt und Christian Carl Josias Bunsen*, ed. Ingo Schwarz, Berlín, Rohrwall Verlag, 2006
—, *Alexander von Humboldt und Cotta: Briefwechsel*, ed. Ulrike Leitner, Berlín, Akademie Verlag, 2009a.
—, *Essay on the Geography of Plants,* ed. Stephen T. Jackson, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 2009b.
—, *Views of Nature*, ed. Stephen T. Jackson y Laura Dassow Walls, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 2014.
—, *Sämtliche Schriften: Berner Ausgabe*, ed. Oliver Lubrich y Thomas Nehrlich, Múnich, DTV, 2018. [Hay trad. cast.: *Escritos*, vol. I y II, México DF, Herder, 2020-2022].
HUMBOLDT, CAROLINE VON, *Neue Briefe von Karoline von Humboldt*, ed. Albert Leitzmann, Halle, Max Niemeyer, 1901.
HUMBOLDT, WILHELM VON, *Briefe von Wilhelm von Humboldt an Friedrich Heinrich Jacobi*, ed. Albert Leitzmann, Halle, Max Niemeyer, 1892.
—, *Gesammelte Schriften*, ed. Albert Leitzmann, Berlín, B. Behr, 1903-1936. [Hay trad. cast. de uno de sus títulos: *Los límites de la acción del Estado,* Madrid, Tecnos, 2009].
HUMBOLDT, WILHELM VON y CAROLINE VON HUMBOLDT, *Wilhelm und Caroline von Humboldt in ihren Briefen*, ed. Anna von Sydow, Berlín, Mittler & Sohn, 1910-1916.
JACOBS, WILHELM G., *Johann Gottlieb Fichte: Eine Biographie*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 2012.
JASPERS, KARL, *Schelling: Größe und Verhängnis*, Múnich, Piper, 1955.
JENISCH, DANIEL, *Diogenes Laterne*, Leipzig, Wilhelm Rein, 1799.
KAAG, JOHN, *Thinking through the Imagination: Aesthetics in Human Cognition*, Nueva York, Fordham University Press, 2014.
KANT, IMMANUEL, *The Metaphysics of Morals*, trans. Mary Gregor, Cambridge, Cambridge University Press, 1991. [Hay trad. cast.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Ariel, Barcelona, 1996].
KAUBE, JÜRGEN, *Hegels Welt*, Berlín, Rowohlt, 2020.
KLAUSS, JOCHEN, *Goethes Wohnhaus in Weimar: Ein Rundgang in Geschichten*, Weimar, Klassikerstätten zu Weimar, 1991.
KLEßMANN, ECKART, *Universitätsmamsellen: Fünf aufgeklärte Frauen zwischen Rokoko, Revolution und Romantik*, Frankfurt, Eichborn, 2008.
KNEBEL, KARL LUDWIG VON, *Zur deutschen Literatur und Geschichte: Ungedruckte Briefe aus Knebels Nachlass*, ed. Heinrich Düntzer, Nuremberg, Bauer & Raspe, 1858.
KOCH, HERBERT, ed., *Altes und Neues aus der Heimat: Sonderdruck der Beilage zum Jenaer Volksblatt, 1909-1920*, Jena, Verlag Bernhard Vopelius, 1939.
KOJÈVE, ALEXANDRE, *Introduction to the Reading of Hegel: Lectures on the Phenomenology of Spirit*, ed. Allan Bloom, Ithaca, Londres, Cornell University Press, 1969.
KOPIJ-WEIß, MARTA, «Der Einfluss der deutschen Literatur der klassisch-

romantischen Wende auf die polnische Literatur der Romantik», *Bundeszentrale für politische Bildung*, 2013, <https://www.bpb.de/veranstaltungen/dokumentation/152252/der-einfluss-der-deutschen-literatur-der-klassisch-romantischen-wende-auf-die-polnische-literatur-der-romantik?p=all>.

KÖPKE, RUDOLF, ed., *Ludwig Tieck: Erinnerungen aus dem Leben des Dichters*, Leipzig, Brockhaus, 1855.

KÖRNER, JOSEF, *Romantiker und Klassiker: die Brüder Schlegel in ihren Beziehungen zu Schiller und Goethe*, Berlín, Askanischer Verlag, 1924.

KÖRNER, JOSEF, ed., *Krisenjahre der Romantik: Briefe aus dem Schlegelkreis*, Berna, Múnich, Francke Verlag, 1969.

KÖSLING, PEER, *Die Familie der herrlichen Verbannten: Die Frühromantiker in Jena*, Jena, Jenzig Verlag, 2010.

KRATZSCH, KONRAD, *Klatschnest Weimar*, Wurzburgo, Königshausen & Neumann, 2009.

KREMER, ARNDT, «Transitions of a Myth? The Idea of a Language-Defined Kulturnation in Germany», *New German Review: A Journal of Germanic Studies*, 27, n.º 1 (2016), pp. 53-75.

KRÜNITZ, JOHANN GEORG, *Oeconomische Encyclopädie*, Berlín, Pauli, 1773-1858, vol. 153.

KÜHN, MANFRED, *Kant: Eine Biographie*, Múnich, DTV, 2007.

—, *Johann Gottlieb Fichte: Ein deutsche Philosoph*, Múnich, C. H. Beck, 2012.

LABRIOLA, PATRICK, «Germany and the American Transcendentalists: An Intellectual Bridge», *The Concord Saunterer*, 6 (1998), pp. 99-113.

—, «Ralph Waldo Emerson's "Nature": Puritan Typology and German Idealism», *The Concord Saunterer*, 10 (2002), pp. 124-133.

LAMAN, BARBARA, *James Joyce and German Theory: «The Romantic School and All That»*, Madison, Fairleigh Dickinson University Press, 2004.

LAUBE, HEINRICH, *Erinnerungen: 1810-1840*, Viena, Wilhelm Braumüller, 1875.

LECLERCQ, HENRI, «New Concepts and Terms during the French Revolution: A Classification of the Neologisms According to their Origin», en Otto Optiz, ed., *Conceptual and Numerical Analysis of Data*, Berlín, Springer Verlag, 1989, pp. 285-291.

LEITNER, ULRIKE, «Alexander von Humboldts Schriften - Anregungen und Reflexionen Goethes», *Das Allgemeine und das Einzelne - Johann Wolfgang von Goethe und Alexander von Humboldt im Gespräch*, *Acta Historica Leopoldina*, 38 (2003), pp. 127-150.

LEVERE, TREVOR H., *Poetry Realized in Nature: Samuel Tayler Coleridge and Early Nineteenth-Century Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

LEWIS, TESS, «Madame de Staël: The Inveterate Idealist», *Hudson Review*, 54, n.º 3 (otoño de 2001), pp. 416-426.

LIEBESKIND, JOHANN HEINRICH, *Rükerinnerungen von einer Reise durch einen Theil von Teutschland, Preußen, Kurland und Liefland, während des Aufenthalts der Franzosen in Mainz und der Unruhen in Polen*, Estrasburgo, s. e., 1795.

LINDEMANN, MARY, *Health & Healing in Eighteenth-Century Germany*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996.

LINNAEUS, CARL, *Philosophia Botanica*, W. y S. Loewenthal, eds, *Berliner Adreßbuch für das Jahr 1895*, Berlín, W. & S. Loewenthal, 1895.

MÄHL, HANS-JOACHIM, «Der poetische Staat: Utopie und Utopienreflexion bei den Frühromantikern», en W. Voßkamp, ed., *Utopienforschung: Interdisziplinäre Studien zur neuzeitlichen Utopie*, vol. 3, Stuttgart, J. B. Metzler, 1982.

MAIER, HEIDI-MELANIE, ed., *«Gestern Abend schlief er auf dem Sofa ein»: Alltägliches Leben um 1800, Alltag*, Erfurt, Landeszentrale für politische Bildung Thüringen, 2004.

MAROVITZ, SANFORD E., «Melville's Problematic "Being"», en Harold Bloom, ed., *Hermann Melville: New Edition*, Nueva York, Bloom's Literary Criticism, 2008.
MARTENS, GUNTER, *Friedrich Hölderlin*, Hamburgo, Rowohlt, 1996.
MEISNER, HEINRICH, ed., *Briefe von Dorothea Schlegel und Friedrich Schleiermacher*, Berlín, Literaturarchiv Gesellschaft, 1913.
MEREAU-BRENTANO, Sophie, *Wie sehn'ich mich hinaus in die freie Welt: Tagebücher, Betrachtungen und vermischte Prosa*, ed. Katharina von Hammerstein, Múnich, DTV, 1996.
MERKEL, ANDREAS, H., ed., *Biographie des Doctor Friedrich Wilhelm von Hoven,* Nuremberg, Joh. Leonh. Schrag, 1840.
MERSEBURGER, PETER, *Mythos Weimar: Zwischen Geist und Macht*, Múnich, DTV, 2009.
MULLER, GERHARD *et al.*, *Die Universität Jena, Tradition und Innovation um 1800*, Stuttgart, F. Steiner, 2001.
MÜLLER-WILLE, KLAUS, «Scandinavian Romanticism», en Paul Hamilton, ed., *The Oxford Handbook of European Romanticism*, Oxford, Oxford University Press, 2016.
NICOLAI, FRIEDRICH, *Beschreibung einer Reise durch Deutschland und die Schweiz im Jahre 1781*, 11 (1796).
NIPPERDEY, THOMAS, *Deutsche Geschichte, 1800-1866: Bürgerwelt und starker Staat*, Múnich, C. H. Beck, 2013.
NOVALIS, «Fichte Studies», 1795/6, en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 2. [Hay trad. cast.: *Estudios sobre Fichte y otros escritos,* Madrid, Akal, 2007].
—, «Blüthenstaub», 1798, en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 2. [Hay trad. cast.: *Granos de polen / Himnos a la noche / Enrique de Ofterdingen*, México DF, Secretaría de Educación Pública, 1987].
—, «Das Allgemeine Brouillon», 1798/9, en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 3.
—, «Heinrich von Ofterdingen», 1802, en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 1. [Hay trad. cast.: *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen,* Madrid, Cátedra, 2014].
—, «Miscellaneous Fragments», en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.* vol. 2
—, «Lehrlinge zu Sais», 1802, en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 1. [Hay trad. cast.: *Poesías completas; Los discípulos en Sais,* Barcelona, DVD Ediciones, 2000].
—, «Tagebücher, Briefwechsel, zeitgenössische Zeugnisse», en *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, vol. 4. [Hay trad. cast.: *Diario íntimo / Himnos a la noche / Canciones espirituales / Cartas,* Valencia, Horizontes, 1944].
—, *Schriften: Die Werke Friedrich von Hardenbergs*, ed. Paul Kluckhohn *et al.*, Stuttgart, Kohlhammer, 1960-2006.
—, *Hymns to the Night* (en alemán e inglés), trans. Richard C. Higgins, Nueva York, McPherson, 1988. [Hay trad. cast.: *Himnos a la noche. Cánticos espirituales,* Madrid, Círculo de Lectores, 2001].
—, «Miscellaneous Remarks: Original Version of Pollen», trans. Alexander Gelley, *New Literary History*, vol. 22, n.º 2, 1991.
—, *Novalis: Fichte Studies*, ed. Jane Kneller, Cambridge, Cambridge University, 2003.
—, *Notes for a Romantic Encyclopaedia, Das Allgemeine Brouillon*, trans. David W. Woods, Albany, NY, SUNY Press, 2007.
—, *Fragmente und Studien: Die Christenheit oder Europa*, ed. Carl Paschek, Stuttgart, Reclam, 2018. [Hay trad. cast.: *La Cristiandad o Europa, seguido de Fragmentos (selección),* Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977].

NOWAK, HOLGER y BIRGITT HELLMANN, *Die Schlacht bei Jena und Auerstedt am 14. Oktober 1806*, Jena, Städtische Museen, 2005.
O'BRIEN, WILLIAM ARCTANDER, *Novalis: Signs of Revolution*, Durham, Duke University Press, 1995.
OELLERS, NORBERT, «Die Dame Luzifer zwischen Revolution und Literatur», *Deutsche Romantik und Französische Revolution: Internationales Kolloquium, Acta Universitatis Wratislaviensis*, n.º 115, *Germanica Wratislaviensia*, vol. 80, 1990.
OERGEL, MAIKE, «Jena 1789-1819: Ideas, Poetry and Politics», en Paul Hamilton, ed., *The Oxford Handbook of European Romanticism*, Oxford, Oxford University Press, 2016.
OESER, HANS LUDWIG, *Das Zeitalter Goethes: Menschen und Werke*, Berlín, Deutsche Buch-Gemeinschaft, 1932.
OESTERLE, GÜNTHER, «Friedrich Schlegel in Paris oder die Romantische Gegenrevolution», en Gonthier-Louis Fink, ed., *Les Romantiques allemands et la Révolution française: Die deutsche Romantik und die französische Revolution*, Estrasburgo, Université des Sciences Humaines, 1989, pp. 163-179.
OLSHAUSEN, WALDEMAR VON, «Neues aus dem Caroline-Kreis», *Euphorion. Zeitschrift für Literaturgeschichte*, 28 (1927), pp. 350-362.
ØRSTED, HANS CHRISTIAN, *Correspondance de H. C. Örsted avec divers savants*, ed. M. C. Harding, Copenhague, H. Aschehoug & Co., 1920.
PARKER, THEODORE, «German Literature», *The Dial* 1 (enero 1841).
PAUL, GERTRUD, *Die Schicksale der Stadt Jena und ihre Umgebung in den Octobertagen 1806*, Jena, Gustav Fischer Verlag, 1920.
PAULIN, ROGER, *The Life of August Wilhelm Schlegel: Cosmopolitan of Art and Poetry*, Cambridge, Open Book Publishers, 2016.
PAULIN, TOM, *The Day-Star of Liberty: William Hazlitt's Radical Style*, Londres, Faber & Faber, 1998.
PETERSEN, JULIUS, ed., *Schillers Persönlichkeit: Urtheile der Zeitgenossen und Dokumente*, Weimar, Gesellschaft der Bibliophilen, 1909.
PIEPER, HERBERT, «Alexander von Humboldt: Die Geognosie der Vulkane», *HiN Alexander von Humboldt im Netz,* VII, n.º 13 (octubre de 2006), pp. 74-81.
PIKULIK, LOTHAR, *Frühromantik. Epoche - Werke - Wirkung*, Múnich, C. H. Beck, 1992.
PILZ, KATHARINA, «Die Gemäldegalerie in Dresden unter Berücksichtigung der Mengsschen Abguss-Sammlung», en Bénédicte Savoy, ed., *Tempel der Kunst: Die Geburt des öffentlichen Museums in Deutschland 1701-1815*, Cologne, Weimar, Viena, Böhlau Verlag, 2015, pp. 240-286.
PINKARD, TERRY, *Hegel: A Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
POCHMANN, HENRY A., *German Culture in America: Philosophical and Literary Influences, 1600-1900*, Westport, Greenwood Press, 1978.
PORTER, ROY, ed., *Cambridge History of Science*, vol. 4, *Eighteenth-Century Science,* Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
PREISENDÖRFER, BRUNO, *Als Deutschland noch nicht Deutschland war: Reise in die Goethezeit*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 2018.
REBMANN, GEORG FRIEDRICH, *Jena fängt an, mir zu gefallen: Stadt und Universität in Schriften und Briefen*, ed. Werner Greiling, Jena, Academica & Studentica Jensensia, 1994.
REULECKE, MARTIN, «Eigentümliche Naturformen»: Caroline Schlegel-Schelling als Briefkünstlerin und Rezensentin», en Marina Ortrud M. Hertrampf, ed., *Femmes de lettres - Europäische Autorinnen des 17. und 18. Jahrhunderts*, Berlín, Frank & Timme, 2020.
RICHARDS, ROBERT J., *The Romantic Conception of Life: Science and Philosophy in the Age of Goethe*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.
RICHARDSON, ROBERT D., *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, Berkeley, University of

California Press, 1986.
—, *Emerson: The Mind on Fire*, Berkeley, Londres, University of California Press, 1995.
RICHTER, AUGUST GOTTLIEB, *Medical and Surgical Observations*, trans. Thomas Spens, Edimburgo, T. Duncan, 1794.
RIES, KLAUS, ed., *Zwischen Universität und Stadt: Aspekte demographischer Entwicklung in Jena um 1800*, Weimar, Hain Verlag, 2004.
—, *Romantik und Revolution: Zum politischen Reformpotential einer unpolitischen Bewegung*, Heidelberg, Universitätsverlag Winter, 2012.
RIST, JOHANN GEORG, *Johann Georg Rists Lebenserinnerungen*, ed. G. Poel, Gotha, F. A. Berthes, 1880.
RITTER, JOHANN WILHELM, *Beweis, das ein beständiger Galvanismus den Lebensprocess in dem Thierreich begleite*, Weimar, Industrie-Comptoir, 1798.
ROBINSON, HENRY CRABB, *Diary, Reminiscences, and Correspondence of Henry Crabb Robinson*, ed. Thomas Sadler, Londres, Macmillan & Co., 1869.
—, *Crabb Robinson in Germany, 1800-1805: Extracts from His Correspondence*, ed. Edith J. Morley, Oxford, Oxford University Press, 1929.
ROßBECK, BRIGITTE, *Zum Trotz glücklich: Caroline Schlegel-Schelling und die romantische Lebenskunst*, Múnich, Siedler, 2008.
ROSENKRANZ, KARL, *Georg Wilhelm Friedrich Hegel's Leben*, Berlín, Duncker & Humblot, 1844.
ROSENSTRAUCH, HAZEL, *Wahlverwandt und ebenbürtig: Caroline und Wilhelm von Humboldt*, Berlín, Die Andere Bibliothek, 2009.
ROUSSANOVA, ELENA, «Hermann Trautschold und die Ehrung, Alexander von Humboldts in Russland», *HiN Alexander von Humboldt im Netz,* 14, n.º 27 (2013), pp. 36-54.
ROUSSEAU, JEAN-JACQUES, *The Emile of Jean-Jacques Rousseau*, trans. William Boyd, Nueva York, Columbia University Press, 1965.
—, *Emile, or On Education*, ed. Allan D. Bloom y Christopher Kelley, Hanover, NH, University Press of New England, 2010. [Hay trad. cast.: *Emilio o De la educación*, Madrid, Alianza, 2019].
SAFRANSKI, RÜDIGER, *Friedrich Schiller, oder, Die Erfindung des deutschen Idealismus*, Múnich, Hanser, 2009a. [Hay trad. cast.: *Schiller o La invención del idealismo alemán*, Barcelona, Tusquets, 2011].
—, *Romantik. Eine deutsche Affäre*, Frankfurt, Fischer Verlag, 2009b. [Hay trad. cast.: *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán,* Barcelona, Tusquets, 2018].
—, *Goethe: Life as a Work of Art*, Nueva York, Liveright, 2017. [Hay trad. cast.: *Goethe*, Barcelona, Tusquets, 2015].
SALAT, JAKOB, *Ueber den Geist der Philosophie*, Múnich, Joseph Lentner, 1803.
SALTZMAN, CYNTHIA, *Napoleon's Plunder and the Theft of Veronese's Feast*, Londres, Thames & Hudson, 2021.
SANDFORD, MARGARET E., *Thomas Poole and His Friends*, Londres, Macmillan & Co., 1888.
SATTELMEYER, ROBERT, *Thoreau's Reading: A Study in Intellectual History with Bibliographical Catalogue*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
—, «The Remaking of "Walden"», en William Rossi, ed., *«Walden» and «Resistance to Civil Government»: Authoritative Texts, Thoreau's Journal, Reviews and Essays in Criticism*, Nueva York, Londres, W. W. Norton, 1992.
SAVIGNY, J. H., *A Catalogue of Chirurgical Instruments made and sold by J. H. Savigny*, Londres, Bulmer & Co., 1800.
SCHELLING, FRIEDRICH WILHELM JOSEPH, «Ideen zu einer Philosophie der Natur», en K. F. A. Schelling, ed., *Sämmtliche Werke*, vol. 2, 1797.
—, *Von der Weltseele*, 1798, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 2.

—, *Einleitung zu dem Entwurf eines Systems der Naturphilosophie*, 1799, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 3.
—, «Erster Entwurf eines Systems der Naturphilosophie», 1799, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 3.
—, *System des Transzendentalen Idealismus*, 1800, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 3. [Hay trad. cast.: *Sistema del idealismo trascendental*, Barcelona, Anthropos, 1988].
—, «Darstellung meines Systems der Philosophie», 1801, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 4.
—, «Über den wahren Begriff der Naturphilosophie», 1801, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 4.
—, «Bruno, oder über das göttliche und natürliche Prinzip der Dinge», 1802, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 4. [Hay trad. esp.: *Bruno o sobre el principio divino y natural de las cosas,* Barcelona, Folio, 2003].
—, «Philosophie der Kunst», 1802, en *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, vol. 5. [Hay trad. cast.: *Filosofía del arte*, Madrid, Tecnos, 1999].
—, *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A. Schelling, Stuttgart and Augsburg, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1856-1861. [Hay trad. cast.: *Obra completa,* Madrid, Gredos, 2012].
—, *Aus Schellings Leben: In Briefen*, ed. Gustav L. Plitt, Leipzig, R. Hirzel, 1869-1870.
—, *Briefe und Dokumente*, ed. Horst Fuhrmans, Bonn, Bouvier Verlag, 1962-1975.
—, *Historisch-kritische Ausgabe der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, ed. Hans Michael Baumgartner *et al.*, Stuttgart, Frommann-Holzboog, 1976.
SCHIFFMAN, ROBYN, «Novalis and Hawthorne: A New Look at Hawthorne's German Influences», *Nathaniel Hawthorne Review*, 38, n.º 1 (primavera de 2012), pp. 41-57.
SCHILLER, CHARLOTTE, *Charlotte von Schiller und ihre Freunde*, Stuttgart, J. G. Cotta'scher Verlag, 1862.
SCHILLER, FRIEDRICH, *On the Aesthetic Education of Man*, 1795, trans. Reginald Snell, Mineola, NY, Dover Publications, 2004.
—, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen*, 1795, en *Sämtliche Werke*, ed. Gerhard Fricke *et al.*, Múnich, Hanser, 1962. [Hay trad. cast.: *Cartas sobre la educación estética del hombre,* Barcelona, Acantilado, 2018].
—, *Schillers Leben: Verfasst aus Erinnerungen der Familie, seinen eignen Briefen und den Nachrichten seines Freundes Körner*, ed. Christian Gottfried Körner and Caroline von Wohlzogen, Stuttgart, Tubinga, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1830.
—, *Schillers Werke: Nationalausgabe. Briefwechsel*, ed. Julius Petersen y Gerhard Fricke, Weimar, Herman Böhlaus Nachfolger, 1943-2003.
—, *Sämtliche Werke*, ed. Gerhard Fricke *et al.*, Múnich, Hanser, 1962.
SCHILLER, FRIEDRICH y CHRISTIAN GOTTFRIED KÖRNER, *Schillers Briefwechsel mit Körner*, Berlín, Veit & Comp., 1847.
SCHLEGEL, AUGUST WILHELM, *An das Publicum: Rüge einer in der Jenaischen Allgemeinen Literatur-Zeitung begangnen Ehrenschädigung*, Tubinga, Cotta, 1802.
—, *August Wilhelm Schlegel's Vorlesungen über dramatische Kunst und Litteratur*, 1809-1811, en *August Wilhelm von Schlegel's Sämmtliche Werke*, ed. Eduard Böcking, vols. 5 y 6.
—, *Lectures on Dramatic Art and Literature*, trans. John Black, Londres, Baldwin, Cradock & Joy, 1815.
—, *Kritische Schriften*, Berlín, Reimer, 1828.
—, *August Wilhelm von Schlegel's Sämmtliche Werke*, ed. Eduard Böcking, Leipzig, Weidmann'sche Buchhandlung, 1846-1847.
—, *A. W. Schlegels Vorlesungen über schöne Litteratur und Kunst*, ed. Jakob Minor, Heilbronn, Verlag Gebr. Henniger, 1884.
—, *Kritische Schriften und Briefe*, ed. Edgar Lohner, Stuttgart, Kohlhammer,

1962-1974.
SCHLEGEL, DOROTHEA, *Dorothea v. Schlegel geb. Mendelssohn und deren Söhne Johannes und Philipp Veit. Briefwechsel*, ed. J. M. Reich, Mainz, Verlag Franz Kirchheim, 1881.
SCHLEGEL, FRIEDRICH, «Über das Studium der griechischen Poesie», 1795-1797, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 1. [Hay trad. cast.: *Sobre el estudio de la poesía griega*, Madrid, Akal, 1996].
—, «Kritische Fragmente» (Lyceum-Fragmente), 1797, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 2.
—, «Geschichte der Poesie der Griechen und Römer», 1798, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 1.
—, «*Athenaeum* Fragmente», 1798, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 2.
—, «Fragmente zur Poesie und Litteratur», 1798-1801, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 16.
—, «Gespräch über die Poesie», 1800, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 2.
—, «Ideen», 1800», en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 2. [Hay trad. cast.: *Ideas*, Valencia, Pre-Textos, 2011].
—, «Zur Philosophie und Theologie», 1817, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 19.
—, «Philosophie des Lebens», Wiener Vorlesung, 1827, en *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, vol. 10.
—, *Sämmtliche Werke*, 2.ª edición, Vienna, Ignaz Klang, 1846.
—, *Literary Notebooks 1797-1801*, ed. Hans Eichner, Londres, Athlone Press, 1957. [Hay trad. cast.: *Cuadernos literarios*, Madrid, Akal, 2021].
—, *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, Múnich, F. Schöningh, 1958-2006.
—, *Friedrich Schlegel's Lucinde and the Fragments*, trans. Peter Firchow, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998. [Hay trad. cast.: *Lucinda*, Mexico DF, Siglo XXI, 2008].
—, *Lucinde: Studienausgabe*, ed. Karl Konrad Polheim, Stuttgart, Reclam, 1999.
SCHLEGEL, FRIEDRICH y DOROTHEA FRIEDRICH, «Briefe von und an Friedrich und Dorothea Schlegel», en Ernst Behler, ed. *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, vols. 23-32, Múnich, F. Schöningh, 1958-2006.
SCHLEGEL-SCHELLING, CAROLINE, *Caroline: Briefe aus der Frühromantik*, ed. Erich Schmidt, Leipzig, Insel Verlag, 1913.
SCHLEGEL-SCHELLING, CAROLINE y AUGUST WILHELM SCHLEGEL, «Die Gemählde. Gespräch», *Athenaeum*, 2, n.º (1799), pp. 39-151.
SCHLEIERMACHER, FRIEDRICH, *Über die Religion: Reden an die Gebildeten unter ihren Verächtern (1799)*, Hamburgo, Felix Meiner Verlag, 1958.
—, *Briefwechsel*, in *Kritische Schleiermacher-Gesamtausgabe*, Part 5, ed. Andreas Arndt *et al.*, Berlín, De Gruyter, 1985.
SCHMIDT-DOROTIĆ, CARL, *Politische Romantik*, Múnich, Leipzig, Duncker & Humblot, 1919.
SCHNYDER, PETER, «Politik und Sprache in der Frühromantik», *Athenäum,* 9 (enero de 1990), pp. 39-65.
SCHOLL, JOHN WILLIAM, *Friedrich Schlegel and Goethe, 1790-1802: A Study in Early German Romanticism*, Baltimore, University of Baltimore Press, 1906.
SCHULZ, GERHARD, *Die deutsche Literatur zwischen Französischer Revolution und Restauration*, Múnich, C. H. Beck, 2000.
SCURR, RUTH, *Napoleon: A Life in Gardens and Shadows*, Londres, Chatto & Windus, 2021.

SEIBT, GUSTAV, *Goethe und Napoleon: Eine historische Begegnung*, Múnich, C. H. Beck, 2008.
SEIDEL, GEORGE JOSEPH, *Fichte's Wissenschaftslehre of 1794: A Commentary on Part I* (en alemán y en inglés), West Lafayette, Purdue University Press, 1993.
SEIGEL, JERROLD, *The Idea of the Self: Thought and Experience in Western Society since the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
SENT, ELEONORE, *Bergbau und Dichtung: Friedrich von Hardenberg*, Weimar, Hain Verlag, 2003.
SHELLEY, MARY, *The Journals of Mary Shelley 1814-1844*, ed. P. R. Feldman y D. Scott-Kilvert, Oxford, Clarendon Press, 1987. [Hay trad. cast. parcial: *Diario de duelo*, Madrid, Hermida, 2021].
—, *Frankenstein, or, The Modern Prometheus*, Oxford, Oxford University Press, 1998. [Hay trad. cast.: *Frankenstein*, Madrid, Akal, 2018].
SORET, FRÉDÉRIC, *Zehn Jahre bei Goethe: Erinnerungen an Weimars klassische Zeit 1822-1832*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1929.
STAËL, GERMAINE DE, *Germany*, Londres, John Murray, 1813. [Hay trad. cast.: *Alemania*, Barcelona, Espasa, 1991].
—, *Deutschland,* Reutlingen, Mäcken'schen Buchhandlung, 1815.
STARK, JOHANN CHRISTIAN, *Handbuch zur Kentniss und Heilung innerer Krankheiten des menschlichen Körpers*, Jena, J. C. G. Göpferdt, 1799.
STEFFENS, HENRIK, *Was ich erlebte: Aus der Erinnerung niedergeschrieben*, vol. 4, Breslau, Verlag Josef Mar & Komp., 1841.
—, «Fact and Feelings from the Life of Steffens, 1799», *Foreign Quarterly Review*, 31 (abril-julio de 1843), pp. 130-140.
STEIG, REINHOLD, ed., *Achim von Armin und Clemens Brentano*, Stuttgart, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1894.
STEIG, REINHOLD y HERMAN GRIMM (eds), *Achim von Arnim und die ihm nahe standen*, Stuttgart, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1894-1904.
STEINMETZ, MAX, *Die Geschichte der Universität Jena 1548/58-1958*, Jena, Gustav Fischer Verlag, 1958.
STELZIG, EUGENE L., *Henry Crabb Robinson in Germany: A Study in Nineteenth-Century Life Writing*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2010.
STERN, CAROLA, *Ich möchte mir Flügel wünschen: Das Leben der Dorothea Schlegel*, Reinbek, Rowohlt, 1994.
STOCKINGER, CLAUDIA, «Tiecks Genoveva und das Jenaer Romantikertreffen 1799», en Ulrich Breuer y Dirk von Petersdorff, eds., *Das Jenaer Romantikertreffen im November 1799: Ein romantischer Streitfall*, Athenäum-Jahrbuch der Friedrich Schlegel-Gesellschaft, Paderborn, F. Schöningh, 2015.
STOKOE, F. W., *German Influence in the English Romantic Period, 1788-1818*, Nueva York, Russell & Russell, 1963.
STOLL, ADOLF, *Friedrich Karl von Savignys Sächsische Studienreise 1799 und 1800*, Leipzig, s.e., 1891.
—, *Der Maler Joh. Friedrich August Tischbein und seine Familie: Ein Lebensbild nach den Aufzeichnungen seiner Tochter Caroline*, Stuttgart, Strecker & Strecker, 1923.
STRACK, FRIEDRICH, ed., *Evolution des Geistes: Jena um 1800: Natur und Kunst, Philosophie und Wissenschaft im Spannungsfeld der Geschichte*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1994.
STRAND, MARY R., *I/You: Paradoxical Constructions of Self and Other in Early German Romanticism*, Nueva York, Peter Lang, 1998.
THOREAU, HENRY DAVID, *Walden*, Nueva York, Thomas Y. Crowell & Co., 1910. [Hay trad. cast. *Walden*, Madrid, Errrata Naturae, 2013].
—, *The Writings of Henry D. Thoreau: Journal*, ed. Robert Sattelmeyer *et al.*, Princeton, Princeton University Press, 1981-2002. [Edición de una antología en

cast.: *Diarios: breve antología,* Palma, José J. Olañeta Editor, 2002].
TIECK, LUDWIG, *Leben und Tod der heiligen Genoveva: Ein Trauerspiel*, Berlín, G. Reimer, 1820.
—, *Ludwig Tieck's Schriften*, Berlín, G. Reimer, 1828-1854. [Edición de una antología en cast.: *Cuentos fantásticos*. Madrid, Nórdica, 2009].
—, «Eine Sommerreise», en *Ludwig Tieck's gesammelte Novellen: Vermehrt und verbessert*, Breslau, Verlag Josef Mar & Komp., 1838-1842.
TILLIETTE, XAVIER, *Schelling: Biographie*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2004.
TILLIETTE, XAVIER, ed., *Schelling im Spiegel seiner Zeitgenossen*, Turín, Bottega d'Erasmo, 1974.
TSOUYOPOULOS, NELLY, «Doctors Contra Clysters and Feudalism: The Consequences of a Romantic Revolution», en Andreas Cunningham y Nicholas Jardine, eds., *Romanticism and the Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 101-118.
TYUTCHEV, FYODOR, *Selected Poems*, trad. John Dewey, Gillingham, Brimstone Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Silentium! Antología lírica*, Madrid, Hiperión, 2006].
UERLINGS, HERBERT, *Friedrich von Hardenberg, genannt Novalis: Werk und Forschung*, Stuttgart, J. B. Metzler, 1991.
UNTERBERGER, ROSE, *Die Goethe-Chronik*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 2002.
VARNHAGEN, K. A. VON ENSE, *Aus dem Nachlass Varnhagen's von Ense: Briefwechsel zwischen Varnhagen und Rahel*, Leipzig, Brockhaus, 1874-1875.
—, *Denkwürdigkeiten des eigenen Lebens*, ed. Konrad Feilchenfeldt, Frankfurt, Deutscher Klassiker Verlag, 1987.
VATER, MICHAEL G. y DAVID W. WOODS (eds), *J. G. Fichte / F. W. J. Schelling: The Philosophical Rupture between Fichte and Schelling: Selected Texts and Correspondence (1800-1802)*, Albany, SUNY Press, 2012.
VIEWEG, KLAUS, *Hegel: Der Philosoph der Freiheit*, Múnich, C. H. Beck, 2020.
VIGUS, JAMES, *Henry Crabb Robinson: Essays on Kant, Schelling, and German Aesthetics* (MHRA Critical Texts 18), Londres, Modern Humanities Research Association, 2010.
VOGEL, STANLEY M., *German Literary Influences on the American Transcendentalists*, Hamden, Archon Books, 1970.
WAHL, HANS AND ANTON KIPPENBERG, *Goethe und seine Welt*, Leipzig, Insel Verlag, 1932.
WAIS, KARIN, *Die Schiller Chronik*, Frankfurt, Leipzig, Insel Verlag, 2005.
WALLS, LAURA DASSOW, *Seeing New Worlds: Henry David Thoreau and Nineteenth-Century Natural Science*, Madison, University of Wisconsin Press, 1995.
—, *The Passage to Cosmos: Alexander von Humboldt and the Shaping of America*, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 2009.
WATSON, PETER, *The German Genius: Europe's Third Renaissance, the Second Scientific Revolution, and the Twentieth Century*, Londres, Nueva York, Simon & Schuster, 2010.
WEHLER, HANS-ULRICH, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte, 1700-1815*, Múnich, C. H. Beck, 1989.
WELLEK, RENÉ, «Emerson and German Philosophy», *New England Quarterly*, 16, n.º 1 (marzo de 1943), pp. 41-62.
—, «German and English Romanticism: A Confrontation», *Studies in Romanticism*, 4, n.º 1 (otoño de 1964), pp. 35-56.
WETZELS, WALTER D., «Johann Wilhelm Ritter: Romantic Physics in Germany», en Andreas Cunningham y Nicholas Jardine, eds., *Romanticism and the Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
WHITMAN, WALT, *Leaves of Grass*, Nueva York, s.e., 1855. [Hay trad. cast.: *Hojas de hierba*, Madrid, Alianza, 2012].

—, *Complete Prose Works*, Philadelphia, PA, David McKay, 1892. [Hay trad. cast.: *Relatos*, Madrid, Cátedra, 2018].
WIEDEMANN, LUISE, *Erinnerungen von Luise Wiedemann*, ed. Julius Steinberger, Gotinga, Vereinigung Göttinger Bücherfreunde, 1929.
WIENEKE, ERNST, ed., *Caroline und Dorothea Schlegel in Briefen*, Weimar, Gustav Kiepenheuer, 1914.
WIESING, URBAN, «Der Tod der Auguste Böhmer: Chronik eines medizinischen Skandals, seine Hintergründe und seine historische Bedeutung», *History and Philosophy of the Life Sciences*, vol. 11, n.º 2 (1989), pp. 275-295.
WILCOX, JOHN, «The Beginnings of l'art pour l'art», *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, 11, n.º 4 (junio de 1953), pp. 360-377.
WORDSWORTH, WILLIAM, *Lyrical Ballads, with Other Poems*, Londres, T. N. Longman and O. Rees, 1800, 2.ª ed. [Hay ed. en cast.: *Antología poética*, Madrid, Cátedra, 2018].
WULF, ANDREA, *The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World*, Nueva York, Knopf, 2015.
ZIMMERMANN, HARRO, *Friedrich Schlegel, oder die Sehnsucht nach Deutschland*, Paderborn, F. Schöningh, 2009.
ZIOLKOWSKI, THEODORE, *Das Wunderjahr in Jena, Geist und Gesellschaft 1794-1795*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1998.
—, *German Romanticism and its Institutions*, Princeton, Princeton University Press, 1999.
—, *Vorboten der Moderne: Eine Kulturgeschichte der Frühromantik*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2006.
—, *Stages of European Romanticism: Cultural Synchronicity Across the Arts, 1798-1848*, Rochester, Camden House, 2018.

RECURSOS EN LÍNEA

Para aquellas personas que deseen profundizar en la correspondencia y la biografía de Caroline Schelling, Doug Stott ha creado un fantástico recurso en línea, con traducciones de sus cartas al inglés: <https://www.carolineschelling.com/>.
Allgemeine Literatur-Zeitung: <https://zs.thulb.uni-jena.de/receive/jportal_jpjournal_00000005>.
Correspondencia de August Wilhelm Schlegel: <https://august-wilhelm-schlegel.de/briefedigital/>.
Correspondencia de Friedrich Schiller: <https://www.friedrich-schiller-archiv.de/briefe/>; <http://www.wissen-im-netz.info/literatur/schiller/briefe/index.htm>.
Bibliotecas originales de Goethe y Schiller en la Herzogin Amalia Bibliothek: <https://haab-digital.klassik-stiftung.de/viewer/browse/>.
Münchener Digitalisierungs Zentrum: <https://www.digitale-sammlungen.de/en/>.
SLUB Dresden: <https://digital.slub-dresden.de/kollektionen>.
SUB Göttinger Digitalisierungs Zentrum: <https://gdz.sub.uni-goettingen.de>.
Obras de poetas, escritores y pensadores alemanes: <http://www.zeno.org/Literatur>.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Allgemeine Literatur-Zeitung
Athenaeum
Horen
Intelligenzblatt der Allgemeine Literatur-Zeitung
Journal des Luxus und der Moden
Musen-Almanach

NOTAS

Para evitar que las notas finales sean aún más largas de lo que son, he acortado las referencias a las cartas escritas por los principales protagonistas. Aparecen solo el nombre del remitente, el destinatario y la fecha, que pueden encontrarse en las ediciones de cartas publicadas o en las colecciones digitales que figuran en la bibliografía. Para evitar confusiones, los nombres de las mujeres casadas o divorciadas son siempre los mismos en las referencias; por ejemplo, Caroline aparece siempre como Caroline Schlegel (CS) en las notas, aunque en algunas de sus cartas fuese Caroline Michaelis, Caroline Böhmer y Caroline Schelling.

También se han utilizado abreviaturas para las siguientes fuentes:

ALZ: *Allgemeine Literatur-Zeitung*

AWS: August Wilhelm Schlegel, August Wilhelm von Schlegel's Sämmtliche Werke, ed.

Werke, ed. Eduard Böcking, Leipzig: Weidmann'sche Buchhandlung, 1846-1847

BBAW: BBAW: Brandenburgische Akademie der Wissenschaften

Cartas de CS: Caroline Schlegel-Schelling, Caroline: *Briefe aus der Frühromantik*, ed. Erich Schmidt, Leipzig: Insel, 1913

Fichte GA: Johann Gottlieb Fichte, Johann Gottlieb Fichte: Gesamtausgabe der Bayerische Akademie der Wissenschaften, ed. Reinhard Lauth *et al.*, Stuttgart: Frommann Holzboog Verlag, 1964-2005

Fichte *Gespräch*: Erich Fuchs (ed.), J. G. Fichte im *Gespräch*: Berichte der Zeitgenossen Stuttgart: Frommann Holzboog Verlag, 1978-1992

Fichte SW: Johann Gottlieb Fichte, Johann Gottlieb Fichte's Sämmtliche Werke, ed. I. H. Fichte, Berlín:Veit & Comp., 1845-6

FS KA: Friedrich Schlegel, *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, ed. Ernst Behler, Múnich: F. Schöningh, 1958-2006

Diarios de Goethe: Johann Wolfgang von Goethe, *Tagebücher*, en *Goethes Werke*, Parte III, publicado por encargo de la gran duquesa Sofía de Sajonia-Weimar-Eisenach, Weimar: Herman Böhlau, 1887-1919

Hegel *Werke*: Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Werke*, ed. Eva Moldenhauer y Karl Markus Michel, Frankfurt: Suhrkamp, 1986

Novalis *Schriften:* Novalis, *Schriften*: *Die Werke Friedrich von Hardenberg*, ed. Paul Kluckhohn y otros, Stuttgart: Kohlhammer, 1960-2006

Schelling SW: Friedrich Wilhelm Joseph Schelling, *Sämmtliche Werke*, ed. K. F. A Schelling, Stuttgart y Augsburgo: J. G. Cotta'sche Buchhandlung, 1856-1861

SLUB: Sächsische Landesbibliothek -Staats- und Universitätsbibliothek Dresden

[1]«Uno debe tomar las riendas…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Lección 1, Fichte SW, vol. 6, p. 297.
[2]Arresto de CS: Caroline salió de Maguncia el 30 de marzo de 1793, pero fue detenida en Oppenheim, a unos dieciséis kilómetros al sur de Maguncia. Luego fue llevada a Frankfurt, que estaba a unos cuarenta y ocho kilómetros de Oppenheim. CS a F. L. W. Meyer, 15 de junio de 1793; S. T. Sömmerring a C. G. Heyne, 6, 8 y 13 de abril de 1793, Forster 1877, pp. 614-618, 620-621; Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 422.
—«Habría sido usted un gran editor»: S. T. Sömmerring a C. G. Heyne, 6 de abril de 1793, Forster 1877, p. 615.
[3]Encarcelamiento de CS: CS a F. L.W. Meyer, 15 de junio de 1793; S. T. Sömmerring a C. G. Heyne, 6, 8 y 13 de abril de 1793, Forster 1877, pp. 614-618, 620-621; Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 422.
[4]Viaje de Frankfurt a Königstein: S. T. Sömmerring a C. G. Heyne, 8 y 13 de abril de 1793, Forster 1877, pp. 616-617, 620-621; Liebeskind 1795, pp. 34-40.
—CS en Königstein: CS a F. W. Gotter, 28 de abril de 1793 y 15 de junio de 1793; CS a Luise Gotter, 19 de abril de 1793; para las condiciones en Königstein, véase Liebeskind 1795, pp. 41-88.
[5]Crianza de CS: Roßbeck 2008, p. 17 y ss.
—Invitados en la casa de CS: CS a Luise Gotter, 30 de septiembre de 1783; Appel 2013, pp. 15-16.
—«Un tanto indomable»: H. C. Boie sobre CS en 1779, citado en Appel 2013, p. 19.
—«Nunca halago»: CS a Juliana Studnitz, 28 de septiembre de 1778.
—Aspecto de CS: el pintor Friedrich August Tischbein sobre CS, Cartas de CS, vol. 1, p. 742; C. G. Körner a Schiller, 17 de abril de 1797; Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 110; Ludwig Tieck sobre CS, Cartas de CS, vol. 1, p. 748; véase también retratos de CS.
[6]«Vivre libre ou mourir»: CS a F. L. W. Meyer, 27 de octubre de 1792; para la escarapela, véase el 6 de octubre de 1792.
[7]Acontecimientos en Francia: CS a Lotte Michaelis, octubre de 1789.
—«Que se echen a un lado los ricos…»: CS a F. L. W. Meyer, 1 de marzo de 1789.
[8]«Después de todo, vivimos tiempos políticos…»: CS a Luise Gotter, 20 de abril de 1792.
—«Quién sabe cuánto falta…»: CS a F. L. W. Meyer, 17 de diciembre de 1792.
[9]CS en Maguncia: CS a Luise Gotter, 20 de abril de 1792; CS a F. L. W. Meyer, 29 de julio de 1793; véase también Cartas de CS, vol. 1, pp. 692-696.
[10]Árbol de la Libertad: Damn 2005, p. 33.
[11]Amoríos de CS: FS a AWS, 3 de abril de 1793; J. G. L. Möller a AWS, 16 de mayo de 1793; S. T. Sömmerring a C. G. Heyne, 6 de abril de 1793, Forster 1877, p. 616; Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 422.
—«Los hombres franceses eran más guapos»: CS a Luise Gotter, 20 de abril de 1792.
[12]Embarazo de CS: CS a F. L. W. Meyer, 30 de julio de 1793; Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803 y 3 de septiembre de 1803, Huber 1999, vol. 1, pp. 422, 428.
[13]«*Vive la Nation!*»: CS a Luise Gotter, 24 de enero de 1793; para la *Marsellesa*, véase FS a AWS, 30 de enero de 1796.
[14]«Si esto dura mucho…»: CS a F. W. Gotter, 1 de mayo de 1793.
[15]«congelaron las uvas en las viñas…»: Goethe a Christiane Vulpius, 3 de julio de

1793.

—Deterioro de la salud de CS: CS a F. W. Gotter, 28 de abril de 1793 y 15 de junio de 1793.

—CS oía los cañones: CS a F. W. Gotter, 12 de mayo de 1793.

—Prisioneros golpeados con saña: CS a F. W. Gotter, 15 de junio de 1793.

—«Estoy desesperada, tengo que salir pronto de aquí…»: CS a F. W. Gotter, 12 de mayo de 1793.

—«sus amigos, uno tras otro, le daban de lado…»: *ibid.*

—«ni cuando su hermano le habló de la supuesta aventura…»: FS a AWS, 3 de abril de 1793.

—«suministrarle veneno…»: CS a F. L. W. Meyer, 30 de julio de 1793; Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 422.

[16]«amante del rey prusiano»: Federico Guillermo II a Gottfried Philipp Michaelis, 4 de julio de 1793, en Kleßmann 2008, p. 200; véase también Wiedemann 1929, pp. 81-82; CS a Luise y F. W. Gotter, 30 de junio de 1793 y 13 de julio de 1793.

[17]Los gobernantes de Alemania: Brunschwig 1975, pp. 77-79.

—«mediante una dispensa especial»: *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten*, 2.ª parte, título primero, § 30-2 (Leyes Estatales Generales para los Estados Prusianos).

[18]«Se están haciendo realidad algunas cosas…»: Novalis a FS, 1 de agosto de 1794.

[19]«Debemos creer en el *poder de las palabras*…»: FS KA, vol. 18, n.º 776; véase también FS, 'Über die Philosophie: An Dorothea', *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 3.

—«los escritores gobernaban el mundo»: Henriette Hoven a Charlotte Schiller, 4 de abril de 1803, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 273.

—«La Revolución francesa me parece…»: Fichte, *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publikums über die französische Revolution*, 1793, Fichte SW, vol. 6, p. 39; sobre cantar la *Marsellesa*, véase K. F. A. Schelling en Hegel 1970, p. 14.

[20]«una persona debería ser lo que es»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten,* 1794, Conferencia 1, Fichte SW, vol. 6, p. 297.

—«Una revolución provocada por la filosofía…»: Schelling a Hegel, 21 de enero de 1795.

[21]«Todo tiene su utilidad»: Hegel Werke, vol. 3, p. 415.

[22]«La naturaleza se ha reducido…»: Novalis, *Lehrlinge zu Sais*, Novalis, *Schriften*, vol. 1, p. 99.

—«La música inagotable…»: Novalis, *Die Christenheit oder Europa*, Novalis 2018, p. 77.

[23]Cuatro mil quinientos habitantes: Ziolkowski 1998, p. 24.

[24]Biblioteca de la Universidad: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 1 de junio de 1802, Robinson 1929, p. 125.

—Dos por ciento de hijos ilegítimos: Deinhardt 2007, pp. 39-40.

[25]«Que el corazón de Jena era su universidad…»: *ibid.*, pp. 79 y s., 112 y s.

[26]La comida en Jena: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 52; Anónimo 1798, p. 72; Ziolkowski 1998, pp. 28-30.

—«Aquí, las antorchas del saber…»: Anónimo, 1798, p. 31.

[27]Bibliotecas y librerías: Alt 2004, vol. 1, p. 597.

—Poesía, filosofía y música: DV a Rahel Levin, 2 de junio de 1800.

—«Después de ocho o nueve botellas de cerveza»: Steffens 1841, vol. 4, p. 25.

—«había pocas distracciones»: G. F. Rebmann 1787-1789, Rebmann 1994, pp. 72, 89.

[28]«En primavera, la floración…»: DV a Rahel Levin, 28 de abril de 1800; Ziolkowski 1998, p. 33; para las cervecerías, véase Anónimo 1798, p. 88.

—«Goethe patinando»: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880,

p. 67.
—«reino de la filosofía»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 19 de junio 1803.
[29]«más de mil quinientos estados»: Wehler 1989, vol. 1, p. 47. 15 censura: Watson 2010, p. 55.
[30]Censura: Watson 2010, p. 55.
[31]Universidades de Alemania: Boyle 1992, p. 19.
—Tasas de alfabetización: Watson 2010, pp. 55-56.
—«No existe ningún país donde se lea tanto…»: *ibid.* p. 56.
—«la era del papel»: *intelligenzblatt*, ALZ, 20 de junio de 1798, n.º 88; para el comercio de libros: Boyle 1992, p. 20.
[32]Schiller sobre Jena: Schiller a C. G. Körner, 6 de abril de 1795; véase también 29 de agosto de 1787.
—Universidad de Jena: Ziolkowski 1998, p. 19.
[33]ALZ y Kant: Steffens 1841, vol. 4, p. 143.
—«el lugar de moda de la nueva filosofía»: Henry Crabb Robinson, 1801, Stelzig 2010, p. 59; véase también A. G. F. Rebmann 1787-1789, Rebmann 1994, p. 53; véase también Watson 2010, p. 147.
[34]«Atrévete a conocer»: Kant, «Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?» 1784, Kant utilizó el latín *Sapere Aude!*
—«instó al hombre a salir…»: Kant, «Una respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?», 1784.
[35]«Los profesores en Jena…»: Schiller a C. G. Körner, 29 de agosto de 1787.
—«aquí tenemos total libertad…»: Kühn 2012, p. 210.
—«insensata obsesión por la libertad»: *ibid.,* p. 211.
[36]«jacobinos de la poesía»: FS KA, vol. 18, n.º 1524, p. 319.
—«hemos sido llamados…»: Novalis, «Blüthenstaub» (*Pollen*), n.º 32, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 426.
[37]AWS sobre el romanticismo: AWS 1815, vol. 2, p. 99; AWS 1846, vol. 6, pt. 2, pp. 161-162.
—«es el principio y el fin…»: Hölderlin, *Hyperion*, Hölderlin 2020, p. 90.
[38]«No hables nada más que en alemán…»: S. T. Coleridge a Thomas Poole, 8 de octubre de 1798, Sandford 1888, vol. 1, p. 279.
—Coleridge y las obras del Círculo de Jena: Holmes 1998, vol. 2, pp. 398-402.
[39]«este admirable Schelling»: R. W. Emerson a James Cabot, septiembre de 1845, Vogel 1970, p. 108.
—«integral, genial y extraña…»: Diario de Emerson, 1846, Emerson 1960-1992, vol. 9, p. 359.
—«grandes pensadores del mundo…»: Parker, Theodore, «German Literature», *The Dial*, enero de 1841, p. 324.

PRIMERA PARTE
La llegada

1. «Un feliz acontecimiento»

[40]«una de las cosechas más abundantes del siglo…»: Goethe, 1794, Goethe 1994b, p. 33.
[41]«el Caracol»: Koch 1939, pp. 214-215.
[42]«la pequeña Suiza»: Anónimo 1798, p. 87.

[43]«aprovechó la oportunidad para aprender francés»: Goethe 1949-1960, vol. 9, p. 90.
[44]«Miré dentro de mí…»: Goethe 1787, p. 17.
—Furor por Werther: Friedenthal 2003, p. 137.
—El duque Carlos Augusto vestido a la manera de Werther: Merseburger 2009, p. 67.
[45]«ha sacado a más sujetos de este mundo…»: Lord Byron a Goethe, 14 de octubre de 1820.
[46]Llegada de Goethe a Weimar: Merseburger 2009, p. 67.
—El duque y Goethe en Weimar: *ibid.,* pp. 67-69; Boyle 1992, pp. 202 y ss., 243; Safranski 2017, pp. 173 y ss.
[47]«cien mil habitantes…»: Preisendörfer 2018, p. 482; cinco millones en Prusia: Brunschwig 1975, p. 189.
—Ducado de Sajonia-Weimar: Boyle 1992, pp. 233, 236.
—«Weimar tenía un aire provinciano»: Alt 2004, vol. 1, pp. 531-534.
[48]«el confidente de Carlos Augusto y su consejero privado»: K. A. Böttiger, octubre de 1791, Böttiger 1998, p. 33.
—«Nunca fumé tabaco…»: Goethe, según J. S. Grüner, 21 de agosto de 1822.
[49]Aspecto de Goethe: Marie Körner a Weber, agosto de 1796; David Veit a Rahel Levin, 20 de marzo de 1793; K. A. Böttiger sobre Goethe, mediados de la década de 1790; Charlotte von Stein a Fritz von Stein, 25 de febrero de 1796, Goethe 1982-1996, vol. 3, pp. 235, 354, 447, 464.
—«una mujer en la última fase del embarazo»: Botting 1973, p. 38.
—Forma de vestir de Goethe: Goethe a Christiane Vulpius, 27 de noviembre de 1797; Schnorr von Carolsfeld sobre Goethe, abril/mayo de 1800, en Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 114.
—Peinado de Goethe: Schnorr von Carolsfeld sobre Goethe, abril/mayo de 1800, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 114.
—«bien vestido y arreglado»: Goethe a Christiane Vulpius, 2 de mayo de 1800.
—«Detestaba estas interrupciones casi tanto como el ruido»: K. A. Böttiger, 6 de noviembre de 1800, Böttiger 1998, p. 98; bolera, Preisendörfer 2018, p. 44.
[50]«su hijo problemático»: Alt 2004, vol. 2, p. 156.
[51]Goethe y el jardín botánico: Goethe 1994b, p. 32.
[52]Jena: tipo de ciudad: Schiller a C. G. Körner, 29 de agosto de 1787.
—«se abrían las compuertas para limpiarlos…»: Anónimo 1798, p. 9.
[53]Gremios en Jena: Deinhardt 2007, pp. 374-379.
—Jena de noche: *ibid.*; J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 56.
[54]El «Club de Profesores» y las tabernas: Anónimo 1798, pp. 77, 80, 83-85; para la conferencia de Fichte véase Ernst Moritz Arndt 1840; sobre su estancia en Jena en 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 128.
[55]«La fuente de toda realidad…»: Fichte, *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre*, 1794/5, Fichte SW, vol. 1, p. 134.
—«Goethe… recomendó a Fichte…»: Goethe a Voigt, 27 de julio de 1793.
[56]«hombres y mujeres se paseaban…»: Anónimo 1798, p. 9.
—Primer encuentro de Goethe y Schiller: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, pp. 16-18; véase también Goethe 1965-2000, vol. 4, pp. 84-86.
[57]El duque Carlos Eugenio: Alt 2004, vol. 1, p. 28 y ss.
[58]Schiller en la Academia militar: Safranski 2009a, p. 23 y ss.
—*Los bandidos*: Alt 2004, vol. 1, p. 276.
[59]«El teatro era como un manicomio…»: *ibid.*, p. 282.
—«Dios mío… ¿quién es este Schiller?»: S. T. Coleridge a Robert Southey, 3 de

noviembre 1794, Coleridge 1956-1971, vol. 1, p. 67.

—Schiller arrestado: Alt 2004, vol. 1, pp. 303-305.

[60]«Goethe… evitaba el contacto…»: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 15.

—Goethe tosco y arrogante: Friedrich Hölderlin a C. L. Neuffer, 19 de enero de 1795; Jean Paul a Otto, 18 de junio de 1796, Goethe 1982-1996, vol. 3, pp. 356, 474.

—«el dios frío y monosilábico»: Jean Paul Richter a Christian Otto, 1796, citado en Klauss 1991, p. 14.

—«el mayor egoísta…»: C. M. Wieland, 10 de noviembre de 1794, según K. A. Böttiger, Böttiger 1998, p. 134.

[61]Goethe y *Los bandidos*: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 14; Goethe a J. S. Grüner, 19 de agosto de 1822, Goethe 1889-1896, vol. 4, pp. 195-196.

[62]«como seducir a una mojigata…»: Schiller a C. G. Körner, 2 de febrero de 1789.

—«una posición económica y profesional muy distinta…»: Schiller a C. G. Körner, 12 de septiembre de 1788.

—«su vida le recordaba de un modo instintivo a Schiller…»: Schiller a C. G. Körner, 9 de marzo de 1789.

[63]Situación financiera de Goethe y Schiller: Alt 2004, vol. 1, p. 649; véase también Schiller a C. G. Körner, 24 de diciembre de 1789.

—«un sueldo más que considerable… el poeta mejor pagado del país»: Boyle 2000, p. 215.

—«bien podría besarme el culo»: Schiller a C. G. Körner, 9 de marzo de 1789.

[64]«Schiller… se quedaba en casa…»: Schiller a Goethe, 19 de febrero de 1795; Schiller a C. G. Körner, 17 de agosto de 1795.

—«El invierno… es un visitante sombrío»: Schiller a C. G. Körner, 4 de enero de 1804.

—Los horarios erráticos de Schiller: Schiller a Goethe, 7 de septiembre de 1794 y 8 de diciembre de 1795; véase también Petersen 1909, vol. 3, pp. 45, 67.

—«los vecinos podían ver…»: Petersen 1909, vol. 3, p. 67.

[65] *Wallenstein* y la imaginación: Schiller a C. G. Körner, 12 de septiembre de 1794.

—La filosofía y la poesía: Schiller a C. G. Körner, 4 de septiembre de 1794.

—«La imaginación perturba…»: Schiller a Goethe, 31 de agosto de 1794.

[66]Primer encuentro de Goethe y Schiller: Goethe, *Glückliches Ereignis*,1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, pp. 16-18; véase también Goethe 1965-2000, vol. 4, pp. 84-86 y «Erste Bekanntschaft mit Schiller», Goethe 1982-1996, vol. 3, pp. 320-321.

—«un modo fragmentario de ver…»: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, en Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 17; véase también Goethe, «Erste Bekanntschaft mit Schiller», Goethe 1982-1996, vol. 3, pp. 320-321; Goethe 1965-2000, vol. 4, pp. 84-86.

—Altura de Goethe: un metro y setenta y seis centímetros.

[67]«una forma primordial»: Goethe había desarrollado esto en su obra de 1790 *Versuch die Metamorphose der Pflanzen zu erklären.*

—«De principio a fin…»: Goethe, 17 de mayo de 1787, Goethe 1949-1960, vol. 11, p. 375.

—«una idea»: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 17.

[68]«un realista convencido…»: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 18; véase también Goethe 1965-2000, vol. 4, 1980, p. 85.

—«Schiller… se definía como “idealista”»: Schiller a WH, 9 de enero de 1796.

—«saca demasiadas cosas del mundo de los sentidos…»: Schiller a C. G. Körner, 1

de noviembre de 1790.

[69]«placer intelectual»: C. G. Körner a Schiller, 10 de septiembre de 1794; para la competencia entre realismo e idealismo, véase Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 19.

[70]«Cada uno era capaz de dar al otro…»: Schiller a C. G. Körner, 1 de septiembre de 1794.

—«el acontecimiento más beneficioso…»: Schiller a Charlotte von Schimmelmann, 23 de noviembre de 1800.

[71]«una segunda juventud»: Goethe a Schiller, 6 de enero de 1798.

—«se había comprometido consigo mismo…»: Goethe, enero de 1794, citado en Boyle 2000, p. 215.

—«fue como una nueva primavera…»: Goethe, *Glückliches Ereignis*, 1817, Goethe 1887-1919, pt. 2, vol. 11, p. 19; véase también Goethe, 1794, Goethe 1994b, p. 38.

—«Goethe estaba cada vez más desilusionado…»: Goethe a J. P. Eckermann, 18 de mayo de 1825.

—«atrocidades de Robespierre»: Goethe, 1794, Goethe 1994b, p. 27.

[72]Goethe y la Revolución francesa: Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 323; véase también Goethe, 1794, Goethe 1994b, pp. 26-29.

[73]Goethe en Maguncia: Goethe estuvo fuera de Weimar para reunirse con el duque del 12 de mayo al 23 de agosto de 1793. Véanse las cartas: Goethe a Christiane Vulpius, 29 de mayo de 1793 y 3 de julio de 1793; Goethe a Herder, 15 de junio de 1793; Goethe a C. G.Voigt, 3 de julio de 1793; Goethe a J. H. Meyer, 10 de julio de 1793.

—Goethe en su tienda, trabajando: Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 256; Goethe a Herder, 15 de junio de 1793.

—«invertir en plantas e invernaderos el dinero malgastado en cañones»: Goethe a C. G. Voigt, 14 de junio de 1793.

—«cosas en las que ocupar el pensamiento»: Goethe a Karl von Knebel, 2 de julio de 1793.

[74]«Goethe vio a los heridos…»: Goethe a Christiane Vulpius, 29 de mayo de 1793.

—«mi mente se paralizaba»: Goethe a C. G. Voigt, 3 de julio de 1793.

—«miseria y destrucción»: Goethe a J. H. Meyer, 10 de julio de 1793.

[75]«tabla de salvación en medio de un naufragio»: Goethe, 1793, Goethe 1994b, p. 25.

—Goethe, el jardín botánico y los experimentos con la óptica: Goethe al duque Carlos Augusto, 11 de febrero de 1794, y las cartas de Goethe a A. J. Batsch en la primavera de 1794; véase también Boyle 2000, pp. 205-206; Goethe a S. T. Sömmerring, 16 de julio de 1794.

[76]«Goethe invitó a Schiller»: Goethe a Schiller, 4 de septiembre de 1794.

—«Este advirtió al poeta…»: Schiller a Goethe, 7 de septiembre de 1794.

—«en la oscuridad y la duda»: Goethe a Schiller, 27 de agosto de 1794.

[77]La casa de Goethe: El duque había comprado la casa para Goethe en 1792, pero no transfirió formalmente las escrituras hasta junio de 1794.

—El interior de la casa de Goethe: K. Morgenstein, 25 de abril de 1798, Goethe 1965-2000, vol. 4, p. 413; David Veit a Rahel Levin, 20 de marzo de 1793, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 235.

[78]El nuevo estudio de Goethe: Goethe a J. H. Meyer, 15 de mayo de 1794.

—«me impiden pensar…»: Goethe a J. P. Eckermann, 25 de marzo de 1831.

[79]«catorce días [en Weimar]»: Schiller a Charlotte Schiller, 16, 20 y 24 de septiembre de 1794; Goethe a J. H. Meyer, 22 de septiembre de 1794.

—«indolentes pensamientos»: Goethe a J. H. Meyer, 22 de septiembre de 1794; para las noches de Schiller, véase Schiller a Charlotte Schiller, 24 de septiembre de 1794.

—Schiller en Weimar: Schiller a Charlotte Schiller, 20 de septiembre de 1794.

[80]«*Pero amor por las noches me tiene…*»: Goethe, Elegías romanas, 1795, Elegía n.º 7 [Hay trad. cast.: *Elegías romanas,* traducción de Jesús Munárriz, Madrid, Hiperión, 2008].

[81]«Las *Elegías romanas*…»: Alt 2004, vol. 2, p. 47.

—«Erótica»: Ziolkowski 1998, p. 231.

—«atrevidos, y no muy apropiados…»: Schiller a Charlotte Schiller, 20 de septiembre de 1794.

[82]Christiane Vulpius: Goethe y Christiane se conocieron el 12 de julio de 1788, Boyle 1992, pp. 537 y ss., 579 y ss.

[83]«un cerdo con un collar de perlas»: C. M. Wieland, 26 de marzo de 1797, relatado por K. A. Böttiger, Böttiger 1998, p. 221.

[84]«Schiller… había cotilleado también…»: Schiller a C. G. Körner, 1 de noviembre de 1790; él siguió criticando la relación en privado, véase Schiller a Charlotte von Schimmelmann, 23 de noviembre de 1800.

[85]Schiller y Charlotte y Caroline von Lengefeld: Alt 2004, vol. 1, p. 633 y ss.

—Cartas de Schiller: por ejemplo, Schiller a Charlotte von Lengefeld y a Caroline von Beulwitz, 15 y 30 de noviembre de 1798.

[86]«gobernaba la casa…»: Kratzsch 2009, p. 127; véanse también las cartas de Goethe a Christiane Vulpius, agosto-septiembre de 1792.

—«Lo que tú haces es fácil…»: Christiane Vulpius a Goethe, 30 de mayo de 1798.

[87]«tu querida compañera de cama»: C. E. Goethe a Goethe, 24 de septiembre de 1795.

—«pequeña mía»: Goethe a Christiane Vulpius, 21, 25 de agosto de 1792, 14 de noviembre de 1792, 22 de junio de 1793 y 10 de agosto de 1794.

—«querido ángel»: Christiane Vulpius a Goethe, 22 de mayo de 1798.

[88]«La leña recogida y puesta en la chimenea…»: Goethe a Schiller, 15 de diciembre de 1795.

[89]«porque la tranquilidad del castillo…»: Goethe a Christiane Vulpius, 9 de noviembre de 1795.

—Goethe en la cama, mientras dictaba a su asistente: Goethe a F. H. Jacobi, 2 de febrero de 1795.

—Goethe y el perro: Luise Seidler, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 354.

[90]Goethe en casa de Schiller: K. W. F. von Funck a C. G. Körner, 17 de enero de 1796, Petersen 1909, vol. 3, pp. 34-35.

[91]«hablando hasta bien entrada la noche…»: Goethe a Christiane Vulpius, 9 de noviembre de 1795; Schiller a WH, 9 de noviembre de 1795; bata y zapatillas de Schiller, véase J. D. Sander a su esposa, 1797, Petersen 1909, vol. 3, p. 69.

—«vino y té»: K.W. F. von Funck a C. G. Körner, 17 de enero de 1796, Petersen 1909, vol. 3, p. 34.

—«como su mente “tiranizaba al cuerpo”»: *ibid.,* p. 35.

[92]«yo añadiría otro verso…»: Goethe a Schiller, 23 de agosto de 1797.

[93]«vivo anhelo»: Goethe a Schiller, 11 de marzo de 1795.

—«un rápido viaje para verte»: *ibid.*

[94]Goethe, de Weimar a Leipzig: Boyle 1992, p. 303.

[95]«intuitivo y sereno»: Schiller a Goethe, 31 de agosto de 1794.

—«sometía su frágil cuerpo…»: Schiller a C. M. Wieland, véase Alt 2004, vol. 2, p. 54; véase también W. F. T. von Burgsdorff a K. G. von Brinkman, 12 de diciembre de 1796, Burgsdorff 1907, p. 59.

—«A tanto llegaba la presión…»: Schiller a Charlotte Schiller, 10 de marzo de 1801.

—«como si colgara…»: Schiller a Goethe, 19 de marzo de 1799.

—«Agobiado por el miedo…»: Schiller a Goethe, 19 de marzo de 1799 y Schiller a

C. G. Körner, 27 de abril de 1801.

[96]«solo tiene que sacudir el árbol…»: Schiller a J. H. Meyer, 21 de julio de 1797.

—«Nadie, desde Shakespeare…»: Schiller a Charlotte von Schimmelmann, 23 de noviembre de 1800.

[97]«Schiller, en cambio, partía de lo general…»: Schiller a Goethe, 18 de junio de 1797.

[98]«Tus minuciosas observaciones»: Schiller a Goethe, 23 de agosto de 1794.

—«Goethe, más sensual, arrastró a Schiller, más cerebral…»: K. W. F. von Funck a C. G. Körner, 17 de enero de 1796, Petersen 1909, vol. 3, p. 36.

—«alimento para la mente y el corazón»: Schiller a Goethe, 7 de enero de 1795.

[99]«el arte, la naturaleza…»: Goethe, 16 de marzo de 1797, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 61.

—«una nueva era»: Goethe a Charlotte von Kalb, 28 de junio de 1794; véase también Schiller a C. G. Körner, 31 de agosto de 1798.

—«semidiós»: Sophie Tischbein a AWS, 14 de diciembre de 1795.

2. «Soy un sacerdote de la verdad»

[100]Conferencia inaugural de Fichte: Fichte a Johanne Fichte, 26 de mayo de 1794; véase también J. W. Camerer, 27 de junio de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, pp. 56-57.

—«se empujaban y atropellaban en busca de un asiento»: Schiller a J. B. Erhard, 26 de mayo de 1794.

[101]Descripción de Fichte: J. R. Rahn a J. H. Rahn, c. 19 de junio de 1794; Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5; F. K. Forberg a desconocido, 27 de enero de 1795; Heinrich Schmidt, verano de 1798, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 136, 234, 504, vol. 6.1, p. 53; Steffens 1841, vol. 4, p. 79.

[102]«el Bonaparte de la filosofía»: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 70; véase también Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 136.

—«la filosofía… era importante…»: Ziolkowski 1998, p. 49.

—«Soy un sacerdote…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 4, Fichte SW, vol. 6, p. 333.

[103]Infancia y estudios de Fichte: I. H. Fichte, 1830, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 7 y ss.; véase también Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 1 y Kühn 2012, p. 17 y ss.

—Fichte como tutor: Antonius Ott a J. J. Hess, 20 de abril de 1788, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 22 y Kühn 2012, p. 102.

[104]«Siempre en la ruina…»: Kühn 2012, p. 110 y las cartas de Fichte a Johanne Fichte en 1790 y 1791.

—«un paseo extenuante para despejarse o a emborracharse en la taberna…»: Fichte a Johanne Fichte, 4 de junio de 1793; Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 137.

[105]«Renunció a su marcado acento sajón»: Fichte a S. G. Fichte, 24 de junio de 1794.

—Johanne, sobre sí misma: Johanne Fichte a S. G. Fichte, 27 de diciembre de 1794, Fichte GA III, vol. 2, p. 243.

[106]«Desde que leí…»: Fichte a F. A. Weißhuhn, 1 de agosto de 1790; véase también Fichte a Johanne Fichte, 5 de septiembre de 1790 y Fichte a H. N. Achelis, 1 de noviembre de 1790.

[107]«un auténtico renacimiento intelectual»: Arthur Schopenhauer, citado en Pikulik 1992, p. 36.

—«Estas ideas revolucionaron…»: Fichte a H. N. Achelis, 1 de noviembre de 1790.

[108]Ruptura del compromiso con Johanne: Johanne Fichte a Fichte, 11 de diciembre de 1792 (en referencia a su carta del 1 de marzo de 1791).

—«le "cortaría las alas"»: Fichte a S. G. Fichte, 1 de marzo de 1791.

[109]Fichte intenta impresionar a Kant: Fichte, diario, 10 de julio de 1791, Fichte GA II, vol. 1, p. 415; Fichte a F. A. Weißhuhn, 11 de octubre de 1791.

—el manuscrito de Fichte sobre la religión: Fichte a F. A. Weißhuhn, 11 de octubre de 1791; Fichte a Kant, 18 de agosto de 1791.

—Visita de Fichte a Kant: Fichte, diario, 23 de agosto de 1791, Fichte GA II, vol. 1, p. 415.

[110]«Su débil cuerpo…»: Fichte a C. F. G. Wenzel, 1 de julio de 1791; véase también el diario de Fichte, 4 de julio de 1791, Fichte GA II, vol. 1, p. 415 y un dibujo: 'Immanuel Kant, Senf zubereitend' de Friedrich Hagemann, 1801.

—«estaba perdiendo la memoria…»: Fichte a C. F. G. Wenzel, 1 de julio de 1791.

—Lectura y consejo de Kant: Fichte, diario, 6 de septiembre de 1791, Fichte GA II, vol. 1, p. 418; Fichte a F. A. Weißhuhn, 11 de octubre de 1791.

—«¿Es esto cierto?»: Fichte, diario, 6 de septiembre de 1791, Fichte GA II, vol. 1, p. 418.

[111]*Ensayo de una crítica de toda revelación*: Fichte, *Versuch einer Kritik aller Offenbarung*, 1792.

—«sin el nombre del autor»: Fichte a F. A. Weißhuhn, 11 de octubre de 1791.

—«imprimió dos cubiertas»: Theodor von Schön, verano de 1791, Fichte. *Gespräch*, vol. 1, p. 31; véase también Fichte GA I, vol. 1, p. 10.

[112]Reseña de *Ensayo de una crítica…*: ALZ, 30 de junio de 1792, Fichte GA I, vol. 1, pp. 10-11; véase también J. B. Erhard a K. L. Reinhold, 30 de junio de 1792, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 38; Kühn 2012, p. 157.

[113]«al menos ocho expertos en Kant…»: Gottlieb Hufeland a Fichte, 14 de noviembre de 1792.

—«del gran Maestro»: K. L. Reinhold a J. I. Baggesen, 22 de junio de 1792, Fichte. *Gespräch*, vol. 1, p. 35.

—«Léanlo, conviértanse en creyentes…»: *ibid.*

[114]«No he contribuido de ninguna manera…»: Kant a ALZ, 31 de julio de 1792, publicado en ALZ el 22 de agosto de 1792, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 39.

—«el mejor respaldo imaginable»: Theodor von Schön a Fichte, 5 de septiembre de 1792.

—«tercer sol en el firmamento de la filosofía»: J. I. Baggesen a K. L. Reinhold, 11 de septiembre de 1792, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 44.

[115]«Con la teoría kantiana pasa lo mismo…»: Goethe a C. G. Voigt, 27 de julio de 1793.

—Oferta de trabajo de Fichte: C. G. Voigt a Fichte, 26 de diciembre de 1793 (pidiendo a Fichte que comience en la Pascua de 1794).

—«recorrió a pie…»: Fichte a Johanne Fichte, 20 de mayo de 1794.

[116]«Solo mi voluntad…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 3, Fichte SW, vol. 6, p. 323.

—«Sus alumnos estaban enfervorizados…»: Friedrich Karl von Savigny, verano de 1799, Stoll 1891, p. 18.

—«¡Actuad! ¡Actuad! Para eso estamos aquí…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 5, Fichte SW, vol. 6, p. 345.

—«un emperador romano triunfante»: Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 137.

[117]«No había nada de amabilidad en Fichte»: Fichte: F. K. Forberg a un

desconocido, 27 de enero de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 234; véase también J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 70 y Kühn 2012, p. 105.

—«Mascaba el rapé y se lo tragaba…»: Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 138.

—«No he escrito mi *Louis d'or*…»: *ibid.*

—«mugrientas y repugnantes»: *ibid.*

—«firmemente enraizado…»: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 70.

[118]«se afirma, de una manera absolutamente original y sin reservas…»: Fichte, *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre*, 1794, Fichte SW, vol. 1, p. 98. Utilizo aquí la traducción de Boyle por ser mejor que la de Seidel 1993, p. 38; Boyle 2000, p. 209.

[119]«lo que es diferente y opuesto al *Ich*»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 1, Fichte SW, vol. 6, p. 295.

[120]«La libertad era una chispa»: Fichte, «Über Belebung und Erhöhung des reinen Interessees für Wahrheit», 1795, Fichte SW, vol. 8, p. 343.

[121]«Schiller había sido encarcelado…»: Alt 2004, vol. 1, pp. 303-305.

—«Su Serenísima Alteza Real»: Schelling al duque de Wurtemberg, 8 de agosto de 1798.

[122]Leyes del ducado de Sajonia-Weimar: Goethe a C. G.Voigt, 3 de julio de 1793 y Henriette Schütz a Goethe, 3 de diciembre de 1800; Goethe a Henriette Schütz, 22 de diciembre de 1800.

[123]«Templo de la Razón»: Boyle 2000, p. 185.

[124]Los dos panfletos de Fichte: *Zurückforderung der Denkfreiheit von den Fürsten Europens* y *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publicums über die französische Revolution* (ambos publicados en 1793).

—«una nueva era había comenzado»: Fichte, *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publicums über die französische Revolution*, 1793, Fichte SW, vol. 6, p. 45.

[125]«*idea* de Estado»: Rosenkranz 1844, p. 32.

—«Mi sistema…»: Fichte a K. L. Reinhold, 8 de enero de 1800.

[126]«Señores, entren en sí mismos…»: Henrik Steffens, «Fact and Feelings from the Life of Steffens», 1799, *Foreign Quarterly Review*, vol. 31, 1843, p. 139.

[127]«la "arrogancia" y la "pomposidad" de Fichte…»: Ziolkowski 1998, p. 59.

[128]Fichte, sobre la libertad y la moral: Fichte a H. N. Achelis, 1 de noviembre de 1790; y Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 2, Fichte SW, vol. 6, p. 309.

[129]«el ennoblecimiento moral de la humanidad…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten,* 1794, Lecture 4, Fichte SW, vol. 6, p. 332.

—«en lo que respecta a la *moral*, las mejores personas de su tiempo»: *ibid.*, p. 333.

[130]«los estudiantes ya hablaban de igualdad y libertad»: Anónimo, 1794/5 y C. M. Wieland a K. L. Reinhold, 27 de junio de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 126, 190.

—«Cuando se abandona a la filosofía del *Ich*…»: C. M. Wieland, 28-30 de diciembre de 1797, relatado por K. A. Böttiger, Böttiger 1998, p. 232.

[131]«Quien no aprenda a pensar por sí mismo con Fichte…»: J. R. Steck a Zehender, mediados de enero de 1796, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 190.

—«muchos lo proclamaban su ídolo…»: Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 138; véase también Ziolkowski 1998, p. 58.

—Alumnos extranjeros de Fichte: Heinrich Schmidt sobre el verano de 1798; J. R. Steck a M. M. Steck, 23 de octubre de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 504 y vol. 6.1, p. 181.

[132]«Mi fama…»: Fichte a Johanne Fichte, 26 de mayo de 1794.

—«se podían esperar grandes cosas de él»: Schiller a C. G. Körner, 12 de junio de 1794; véase también 4 de julio de 1794 y Schiller a J. B. Erhard, 26 de mayo de

1794.

—El fin del reinado de Kant: J. I. Baggesen a K. L. Reinhold, 4 de septiembre de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 143.

[133]Goethe reconciliado con los filósofos: Goethe a Fichte, 24 de junio de 1794.

—«un tipo extraño»: Goethe a F. H. Jacobi, 2 de febrero de 1795.

—Visita de Fichte a Goethe: F. W. Riemer, c. 1840 sobre mayo de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 47; véase también Boyle 2000, p. 207.

[134]La teoría del color de Goethe: F. W. Riemer, c. 1840 sobre mayo de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 47; véase también Boyle 2000, p. 207.

[135]La importancia de Fichte para la obra de Goethe: Boyle 2000, p. 213 y ss.

—A Goethe le cuesta entender a Fichte: Goethe a F. H. Jacobi, 8 de septiembre de 1794.

—«escuchar a Fichte, más que leer sus libros»: Goethe a Charlotte von Kalb, 28 de junio de 1794.

[136]«Querido no *Ich*»: Goethe a F. H. Jacobi, 23 de mayo de 1794.

—«lo caprichoso y anárquico…»: Jean Paul citado en Safranski 2009a, p. 390.

—«aquel "predicador de la libertad"»: Basilius von Ramdohr a C. G. Schütz, 20 de febrero de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 250; véase también C. M. Wieland a K. L. Reinhold, 31 de diciembre de 1794, Fichte GA III, vol. 2, p. 245.

[137]Reseña de Kant sobre Herder: Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 355.

—«deleitarse asquerosamente consigo mismo»: J. G. Herder citado en Kühn 2012, p. 271.

[138]Sobre el temperamento de Fichte: F. K. Forberg a un desconocido, 27 de enero de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 235; véase también Kühn 2012, p. 170.

—«la guerra a todo el no *Ich*»: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 70.

[139]«un "malvado jacobino"»: C. G.Voigt a Goethe, 15 de junio de 1794.

—«La finalidad de cualquier Gobierno…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 2, Fichte SW, vol. 6, p. 306.

—«El mío es el primer sistema filosófico…»: Fichte a J. I. Baggesen, 14 de abril de 1795 (trans. en Boyle 2000, p. 35).

[140]«no existirían los reyes ni los príncipes»: C. G. Voigt a Goethe, 15 de junio de 1794; véase también duque Carlos Augusto a Goethe, 7 de junio de 1794.

—La admiración de Carlos Augusto por Federico el Grande: Safranski 2017, p. 173.

[141]«el primer servidor del Estado»: Federico el Grande, citado en Brunschwig 1975, p. 27.

[142]«no quería a ningún pensador como súbdito»: Ernst August I, citado *ibid.,* p. 183.

[143]«el fin del encarcelamiento de la mente»: Fichte, *Zurückforderung der Denkfreiheit von den Fürsten Europens, die sie bisher unterdrückten*, 1793, Fichte SW, vol. 6, p. 26; véanse también las pp. 6-7.

—«Príncipe… no tienes ningún derecho…»: *ibid*., p. 18.

—El duque envía a Goethe a Jena: Boyle 2000, p. 207; véase también Carlos Augusto a Goethe, 7 de junio de 1794.

—«una de las personalidades más competentes…»: Goethe, citado en Boyle 2000, p. 207; véase también: Fichte a Goethe, 24 de junio de 1794.

[144]«una carta, avergonzado…»: Fichte a Johanne Fichte, finales de noviembre/principios de diciembre de 1792 (esta carta se ha perdido, pero Johanne respondió el 11 de diciembre de 1792); véase también el 5 de marzo de 1793.

—«abandonada… por todas las Gracias»: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 70.

[145]Johanne se describe a sí misma: Johanne Fichte a S. G. Fichte, 27 de diciembre

de 1794.
[146]«Johanne era… paciente»: Jakob Horner a Kaspar Horner, 20 de abril de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 269.
—«tranquila y sensata»: Fichte a Johanne Fichte, 12 de junio de 1793.
—«estaba solo de paso…»: Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 137.
[147]«donde nada nos molestará…»: Fichte a Johanne Fichte, 21 de julio de 1794.
[148]Cotilleos sobre Johanne: Jakob Horner a Kaspar Horner, 20 de abril de 1795; véase también J. R. Rahn a J. H. Rahn, 30 de mayo de 1795 y 31 de agosto de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 269; vol. 6.1, pp. 67, 149.
—La moda en Jena: Fichte a Johanne Fichte, 14 de junio de 1794.
—«La Diosa de la Abundancia»: Dora Stock a Charlotte Schiller, 24 de octubre de 1798, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 24.
[149]«pero la mujer rehusó el encargo…»: Anónimo a Heinrich Laube, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 139-140.
—«la gente la señalaba con el dedo»: J. R. Rahn a J. H. Rahn, 30 de mayo de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 149.
[150]Horario de las conferencias: Ziolkowski 1998, p. 161.
[151]«*junto* a los oyentes…»: Fichte a J. K. Lavater, 1 de febrero de 1794.
[152]«Sociedad de los Hombres Libres»: Fichte GA III, vol. 2, p. 255.
—Leyendo a Fichte en las tabernas: Ernst Moritz Arndt en 1840 sobre su estancia en Jena en 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 128.
[153]«de haberse quedado obsoleto»: F. K. Forberg sobre Fichte, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 103.
—«los arrastraba tras de sí»: F. K. Forberg a un desconocido, 27 de enero de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 234.
—«se había vuelto "insufrible"»: F. K. Forberg sobre Fichte, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 103.

3. «Las mentes más excelsas de la nación»

[154]«La gente siempre quiere que tome partido…»: Friedrich Förster citando a Goethe, 4 de agosto de 1831.
—«esos verdugos tan abyectos»: Schiller a C. G. Körner, 8 de febrero de 1793.
[155]«Schiller… era mucho más aristócrata…»: Goethe a J. P. Eckermann, 4 de enero de 1824.
[156]«como "bestias salvajes"»: Schiller al duque Federico Cristiano de Augustenburg, 13 de julio de 1793.
[157]«una "distracción feliz"»: Schiller, *Horen*, Anuncio, 10 de diciembre de 1794.
—«El *Reich* alemán y la nación alemana…»: Schiller, *Deutsche Größe,* borrador de un poema.
[158]«Desembucha de una vez…»: J. G. Herder citado en Ferber 2010, p. 102.
[159]«Un pueblo unido por una lengua…»: J. G. Herder, «Briefe zur Beförderung der Humanität», 1793-1797, Herder 1877-1899, vol. 17, p. 287.
[160]«le impedían salir de casa»: Schiller a Goethe, 19 de febrero de 1795.
[161]«una "sociedad literaria"»: Schiller a Goethe, 13 de junio de 1794.
—«las mentes más excelsas de la nación»: Schiller a J. B. Erhard, 26 de mayo de 1794.
[162]AWS afirmó más tarde: AWS a Tieck, 3 de septiembre de 1803.

[163]«demasiado salaces»: Goethe a Schiller, 12 de mayo de 1795; véase también Schiller a C. G. Körner, 10 de julio de 1795.
[164]*O si ella quiere a su amigo gratamente ocultar en su seno:* Goethe, *Elegías romanas* n.º 3, 1795 [trad. cast. de Jesús Munárriz, en *Elegías romanas,* Madrid, Hiperión, 2008].
[165]«todas las mujeres respetables»: K. A. Böttiger, Goethe 1979, vol. 2, p. 41; K. A. Böttiger a Schulz, 27 de julio de 1795, Ziolkowski 1998, p. 233.

—*Horen* y *Huren*: J. G. Herder, Goethe 1979, vol. 2, p. 4.

—«En *Horen* los grandes hombres han erigido un templo…»: C. M. Wieland sobre *Horen*, 8 de noviembre de 1795, relatado por K. A. Böttiger, Böttiger 1998, p. 164.

—«Elegías divinas»: FS a AWS, 31 de julio de 1795; para el comentario de AWS ver AWS a Schiller, 13 de octubre de 1795.
[166]*Cartas sobre la educación estética del hombre*: Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen*, 1795; véase también Alt 2004, vol. 2, pp. 111-153; Ziolkowski 1998, pp. 118-126, 240-247; Schiller al duque Federico Cristiano de Augustenburg, 13 de julio de 1793.
[167]«La utilidad es el gran ídolo de nuestro tiempo»: Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen*, segunda carta, Schiller 1962, vol. 5, p. 572.
[168]«El sentimiento y la razón debían trabajar unidos…»: Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*. Carta 9, Schiller 1962, vol. 5, p. 592 y ss.

—Kant y la imaginación: Kaag 2014, pp. 27-28, 37 y ss.

—«hacía de puente entre los sentidos y el entendimiento…»: Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*, Cartas 12 y 19, Schiller 1962, vol. 5, p. 588 y ss.

—«tan poco fiable como la razón…»: Schiller al duque Federico Cristiano de Augustenburg, 13 de julio de 1793.
[169]«"las artes" eran "hijas de la libertad"…»: Schiller, *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Carta 2, Schiller 1962, vol. 5, p. 572.

—«Mediante la belleza, y no de otro modo…»: *ibid.*, p. 573.

—«una obra maestra»: Hegel a Schelling, 16 de abril de 1795.
[170]«Los primeros números de *Horen*, publicados en entregas mensuales de unas cien páginas, se difundieron y leyeron a lo largo y ancho del país…»: Schiller a Goethe, 25 de enero de 1795; véase también Alt 2004, vol. 2, p. 205.

—«se la quitaba mutuamente de las manos»: Goethe a Schiller, 18 de marzo de 1795.
[171]«tanta gente excelente en un espacio tan pequeño»: Schiller a C. G. Voigt, 6 de abril de 1795.

—El consejo que dirigía la universidad: Informe de Friedrich Gedike de 1789 al rey Federico Guillermo II, citado en Ziolkowski 1999, pp. 234-235.

—Libertad de enseñanza: A. G. F. Rebmann 1787-1789, Rebmann 1994, p. 66.
[172]Las universidades en Francia e Inglaterra: Ziolkowski 1999, pp. 221-222.

—«profesores de todas las ciencias y artes»: Henry Crabb Robinson, citado en *ibid.*, p. 235.
[173]El apartamento de WH y CH: Wilhelm y Caroline von Humboldt se mudaron a Jena en febrero de 1794, pero vivieron fuera de las antiguas murallas de la ciudad, en el extremo norte, y se trasladaron a su apartamento en Unterm Markt en octubre de 1794.

—Visitas previas de WH y CH: Alt 2004, vol. 2, p. 176.
[174]«die Wunderäugige»: Rahel Levin sobre CH, citado en Gersdorff 2013, p. 12.
[175]«la soledad durante la infancia»: WH a CH, abril de 1790 y 9 de octubre de 1818.
[176]«pero conocerlo era adorarlo»: CH a WH, 13 de octubre de 1790.
[177]Conciertos y clubes en Jena: Anónimo 1798, pp. 84-85; Ziolkowski 1998, p.

32.

—«no le gustaba viajar»: Schiller a C. G. Körner, 20 de julio de 1794.

—«esos vastos y bulliciosos océanos…»: Schiller a Caroline von Beulwitz, 27 de noviembre de 1788.

[178]«Solía leer relatos sobre las grandiosas expediciones marinas…»: W. F. T. von Burgsdorff a K. A. von Brinkman, 12 de diciembre de 1796, Burgsdorff 1907, p. 59.

—«Únicamente… en su hogar… era feliz»: Schiller a C. G. Körner, 20 de julio de 1794.

[179]«Todas mis ideas… se desarrollan…»: Schiller a C. G. Körner, 18 de mayo de 1794.

—Lo que pensaba Schiller de WH: *ibid.* y 21 de noviembre de 1794 y 6 de agosto de 1797.

[180]«estudiarse a sí mismo al máximo»: AH a W. G. Wegener, 27 de febrero de 1789, Humboldt 1973, p. 44.

—«desde dentro»: Schiller a C. G. Körner, 19 de febrero de 1793; véase también el 4 de julio de 1794.

[181]«el gran talento propio…»: Schiller a WH, 22 de julio de 1796; véase también Schiller a C. G. Körner, 6 de agosto de 1797.

—«Me temo que no tiene talento como escritor»: Schiller a C. G. Körner, 7 de noviembre de 1794.

—«Schiller asumió el mando…»: Alt 2004, vol. 2, p. 178.

[182]«Goethe… disfrutaba mucho discutiendo con él»: Goethe a F. H. Jacobi, 31 de octubre de 1794 y 2 de febrero de 1795.

—«menos de política»: Goethe a Friedrich von Stein, 28 de agosto de 1794; véase también Goethe a F. H. Jacobi, 31 de octubre de 1794.

—«como las tres hojas…»: Schiller a C. G. Körner, 20 de octubre de 1797.

[183]«pensamiento social»: WH a Schiller, 4 de agosto de 1795.

—«alimento para el alma»: Goethe a Schiller, 12 de mayo de 1795.

—«Sus encuentros eran apasionantes»: Schiller a WH, 17 de febrero de 1803.

—«atados a la naturaleza»: Schiller a Goethe, 27 de febrero de 1795.

[184]«No cambiaría Jena…»: Schiller a C. G. Körner, 5 de abril de 1795.

[185]«fichtosofar»: FS a Novalis, 5 de mayo de 1797 y 8 de junio de 1797.

[186]«Pero el no *Ich*…»: Fichte, *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre*, 1794/5, en Fichte SW, vol. 1, p. 106; trans. Seidel 1993, p. 56 (he cambiado «no mismo» de Seidel por «no *Ich*»).

[187]«chispas de ideas»: Fichte a K. L. Reinhold, 21 de marzo de 1797.

—«aunque ellos tuvieran sus dudas»: Schiller a J. B. Erhard, 8 de septiembre de 1794 y Goethe a F. H. Jacobi, 8 de septiembre de 1794.

—Hölderlin sobre las conferencias de Fichte: Hölderlin a J. C. Gok, 17 de noviembre de 1794, Hölderlin 1943-1985, vol. 6.1, p. 142.

—«un "Titán" que luchaba "por la humanidad"…»: Hegel a Schelling, finales de enero de 1795.

—«el alma misma de Jena»: Hölderlin a C. L. Neuffer, noviembre de 1794, Hölderlin 1943-1985, vol. 6.1, p. 139.

[188]«Con quinientos estudiantes matriculados…»: Fichte a C. G.Voigt, 18 de noviembre de 1794.

—«servicio religioso de la Razón»: Anónimo, 1794/5, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 181.

—«templo de la Razón»: *ibid.*, p. 185.

—«suspender sus clases dominicales»: J. W. Schmid a Fichte, 23 de noviembre de 1794.

[189]«el "estómago lleno"»: Fichte a C. G.Voigt, 18 de noviembre de 1794.

[190]«reanudar sus lecciones dominicales»: Kühn 2012, p. 272.

[191]Fraternidades de Jena: Fichte al duque Carlos Augusto, 18 de diciembre de 1794; véase también Fichte GA III, vol. 2, p. 255.
[192]Primera ronda de ventanas rotas: el primer ataque ocurrió el 31 de diciembre de 1794, Kühn 2012, p. 277 y ss.; Fichte a C. G. Voigt, 16 de febrero de 1795; Fichte a J. H. Voigt, 21 de febrero de 1795; J. R. Rahn a J. H. Rahn, c. 8 de mayo de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 147.
[193]«Los colegas se reían…»: Fichte a C. G.Voigt, 16 de febrero de 1795; Jakob Horner a Kasper Horner, 20 de abril de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 269.
[194]«empezaron a gritarle obscenidades»: Fichte a C. G.Voigt, 16 de febrero de 1795.

—«se quedó, literalmente, en la piel y los huesos»: J. R. Rahn a J. H. Rahn, 30 de mayo de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 149.
[195]Ataque del 9 de abril: Fichte, «Rechenschaft an das Publikum über seine Entfernung von Jena in dem Sommerhalbjahr 1795»; protocolo de A. von Gohren sobre el testimonio del casero de Fichte, Müller, 10 de abril de 1795; J. R. Rahn a J. H. Rahn, c. 8 de mayo de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 284-285 y vol. 6.1, pp. 143, 147.

—«¿Qué queréis?» y siguientes citas textuales: Fichte, «Rechenschaft an das Publikum über seine Entfernung von Jena in dem Sommerhalbjahr 1795», Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 284-285.

—«Que se largue, que se largue de aquí»: *ibid.*, p. 285.
[196]«un descanso»: C. G.Voigt a Goethe, 9 de abril de 1795.
[197]Fichte en Oßmannstedt: Fichte permaneció en Oßmannstedt desde finales de abril hasta principios de octubre de 1795.

—«un "modo muy desagradable"»: Goethe, 1795, Goethe 1994b, p. 46; véase también Goethe a C. G.Voigt, 10 de abril de 1795.
[198]«El genio supremo de Fichte…»: Schiller a F. W. von Hoven, 22 de noviembre de 1794.

—«y en privado advertía de que aquel camino conducía…»: Schiller a J. B. Erhard, 8 de septiembre de 1794.

—«El mundo de Fichte… era como una pelota»: Schiller a Goethe, 28 de octubre de 1794.
[199]«Sobre el espíritu y la letra en la filosofía»: Fichte, «Über Geist und Buchstab in der Philosophie»; Fichte a Schiller, 21 de junio de 1795.
[200]«exposición árida, engorrosa…»: Schiller a Fichte, 23 de junio de 1795, primer borrador.

—«extensión falta de forma»: Schiller a Fichte, 24 de junio de 1795, 4.º borrador.
[201]«salto mortal»: *ibid.*

—«las abstracciones más abstrusas…»: *ibid.*

—«¿Esperas de verdad que le presente…?»: *ibid.*
[202]«la más confusa de todas las mentes…»: Fichte a Schiller, 27 de junio de 1795.
[203]«Fichte sugirió también pedirle a Goethe que mediara…»: Schiller a Fichte, 3 de agosto de 1795, primer borrador.
[204]«una vieja que se regodea en su manía de quejarse y regañar…»: WH a Schiller, 17 de julio de 1795.

—«Pero Fichte era incapaz de pasar página»: La carta de Fichte se ha perdido, pero la respuesta de Schiller arroja luz sobre su contenido.

—«No estaba dispuesto a conceder a los lectores…»: Schiller a Fichte, 4 de agosto de 1795, tercer borrador.
[205]«Somos de naturalezas muy distintas…»: *ibid.*

[206]«un viaje largo e incómodo»: J. C. F. Schlegel y Julie Schlegel a AWS, 13 de agosto de 1795; para los viajes peligrosos véase también CS a Luise Gotter, 16 de abril de 1795.
[207]«Con una velocidad media»: Preisendörfer 2018, p. 58.
—inspecciones de los funcionarios de aduanas: Steffens 1841, vol. 4, p. 171.
—«La guerra… fue uno de los motivos…»: AWS a C. G. Heyne, 24 de septiembre de 1795.
[208]Propuesta de matrimonio: FS a AWS, 5 de diciembre de 1791 y enero de 1792.
—«¡Schlegel y yo!»: CS a Lotte Michaelis Wiedemann, 1789.
[209]Infancia de AWS: Paulin 2016, pp. 20-30.
—«August Wilhelm era meticuloso»: Schelling a Fichte, 5 de septiembre de 1800.
—Artículos de AWS para *Horen*: en 1795 AWS contribuyó con una traducción de Dante en cuatro partes y un ensayo sobre poesía «Briefe über Poesie, Silbenmaas und Sprache» («Cartas sobre poesía, métrica y lenguaje»).
[210]CS se burló de la impecable forma de vestir de AWS: Appel 2013, p. 132; Roßbeck 2008, p. 69.
—«se detuvo en Hannover»: FS a AWS, 4 de julio de 1795.
—«ignoró las advertencias de su madre»: J. C. E. Schlegel a AWS, principios del verano de 1793 y 2 de agosto de 1795.
[211]«August Wilhelm Schlegel llegó a Brunswick»: FS a AWS, 31 de julio de 1795; AWS había visto a CS por última vez en Leipzig en julio de 1793, FS KA, vol. 23, p. XLII.
—«gran *Ich* de Oßmannstädt»: Schiller a Goethe, 6 de julio de 1795; véase también Goethe a Schiller, 19 de julio de 1795; WH a Schiller, 17 de julio de 1795.
[212]Aspecto de CS: el pintor Friedrich August Tischbein sobre CS, en Cartas de CS, vol. 1, p. 742; C. G. Körner a Schiller, 17 de abril de 1797; Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 110; véanse también los retratos de CS.
—Crianza y educación de CS: Roßbeck 2008, p. 17 y ss.
[213]«torneo de ingenio y agudeza»: K. G. von Brinckmann a Rahel Levin, 29 de marzo de 1799, citado en Oellers 1990, p. 130.
[214]«Le enseñaré a dejar de ser tan frío»: CS a FS, agosto de 1795.
[215]Primer matrimonio de CS: Roßbeck 2008, p. 44 y ss.
—«prisionera en una mazmorra»: CS a F. L. W. Meyer, 14 de octubre de 1789.
[216]CS se refugió en los libros: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 1785.
—Los hijos de CS murieron: su hijo Wilhelm falleció el 20 de julio de 1788 y su hija Therese (a la que llamaba Röschen), el 17 de diciembre de 1789; Roßbeck 2008, pp. 64, 72.
[217]«Una corte de admiradores…»: Roßbeck 2008, pp. 65, 74, 81.
—CS no tiene interés en volver a casarse: CS a Luise Gotter, 31 de octubre de 1791, véase también CS a F. L. W. Meyer, 29 de octubre de 1792.
—«ideas demasiado entusiastas»: Luise Gotter a CS, 10 de noviembre de 1791.
—«asumir las consecuencias»: CS a F. L. W. Meyer, 29 de octubre de 1792.
—«ama la libertad…»: Luise Michaelis Wiedemann a AWS, 7 de mayo de 1793.
[218]«No me iría de aquí…»: CS a Luise Gotter, 20 de abril de 1792.
[219]«Desde que salió de la cárcel de Königstein»: CS a Luise y F. W. Gotter, 30 de junio de 1793 y 13 de julio de 1793.
—«hizo inmediatamente las maletas y viajó… para ayudarla»: AWS a Luise Michaelis Wiedemann, 18 de junio de 1793; CS, a F. L. W. Meyer, 30 de julio de 1793; FS KA, vol. 23, p. XLII; véanse también las Cartas de CS, vol. 1, pp. 702-703.
—«aunque eso hiciera creer a la gente que él era el padre del hijo ilegítimo»: FS

KA, vol. 23, p. XLII; FS a AWS, 21 de agosto de 1793.

[220]«dio a luz un niño…»: Wilhelm Julius Krantz nació el 3 de noviembre de 1793; FS KA, vol. 23, p. XLII.

—«no viertas sobre la cabeza del bebé…»: FS a AWS, 4 de noviembre de 1793.

—«sobornó al párroco local…»: *ibid.*

[221]«puta revolucionaria»: Roßbeck 2008, p. 120.

—«un simple desliz»: CS a F. L. W. Meyer, 30 de julio de 1793.

[222]«Soy una apestada»: CS a F. L. W. Meyer, 20 de febrero de 1794.

—«la reputación de Luise se estaba resintiendo»: *ibid*.

—«Berlín es lo suficientemente grande»: CS a F. L. W. Meyer, 30 de julio de 1793.

—«familias respetables»: *Reskript des Hannoverschen Universität skuratoriums, Verbot des Aufenhalts in Göttingen*, 16 de agosto de 1794, Cartas de CS, vol. 1, p. 346; para las autoridades de Dresde, véase FS a AWS, 27 de octubre de 1794.

—«Mi vida en Alemania…»: CS a F. L. W. Meyer, 15 de junio de 1793; véase también 16 de marzo de 1794.

[223]«solo el matrimonio podría salvarla»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

—«Si pudiera ser dueña de mí misma»: CS a Luise Gotter, 1 de noviembre de 1781.

—«una vida junto a August Wilhelm Schlegel»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803; para el puesto de institutriz, ver CS a G. J. Göschen, enero de 1796.

[224]«No era tan mal candidato, después de todo…»: CS a FS, antes del 28 de agosto de 1793 citado en FS a AWS, 28 de agosto de 1793; CS a G. J. Göschen, enero de 1796.

—«La amistad… más importante que el amor»: CS a Luise Gotter, 1 de noviembre de 1781.

—«Un nuevo apellido…»: FS a AWS, 27 de octubre de 1794.

[225]«tanta atención masculina…»: FS a AWS, 13 de abril de 1792.

[226]«llegó finalmente a Brunswick…»: CS llegó en abril de 1795, FS KA, vol. 23, p. XLII; véase también CS a Luise Gotter, 16 de abril de 1795.

—«su hijo pequeño había muerto…»: FS a AWS, 20 de mayo de 1795.

—«mi niña de mi alma»: CS a Luise Gotter, febrero de 1794.

[227]Auguste Böhmer: CS a Luise Gotter, febrero de 1794; CS a F. L.W. Meyer, 16 de marzo de 1794.

—«Puedo sacar felicidad…»: CS a F. L. W. Meyer, 12 de agosto de 1792; véase también CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800.

[228]«serás capaz de calmarlos…»: FS a AWS, 20 de mayo de 1795.

—«No te demores…»: FS a AWS, 4 de julio de 1795.

—FS critica a AWS por su amorío: FS a AWS, 16 de junio de 1795.

[229]Sobre el amorío de AWS en Ámsterdam: FS a AWS, 4, 28 de julio de 1792, 10 de marzo de 1793, 28 de agosto de 1793, 30 de octubre de 1793.

—«Pero ¿dónde?»: Para Holanda, véase FS a AWS, 27 de octubre de 1794; para Roma, véase FS a AWS, 7 de abril de 1795.

—«Aparte de la libertad…»: FS a AWS, 20 de mayo de 1795.

—«Caroline, impaciente por naturaleza…»: CS a F. L. W. Meyer, 10 de mayo de 1794.

[230]«en un principio, indeciso y distante…»: CS a FS, agosto de 1795.

—«es un verdadero consuelo»: AWS y CS a G. J. Göschen, después del 6 de agosto de 1795.

—«añadía una posdata…»: AWS y CS a G. J. Göschen, después del 6 de agosto de 1795; CS y AWS a Luise Gotter, otoño de 1795.

—«tu Caroline»: J. C. E. Schlegel a AWS, 1 de noviembre de 1795.

—«Böhmer»: J. C. E. Schlegel a AWS, 2 de agosto de 1795.

[231]«Así que aquí estoy…»: Schiller a C. G. Körner, 4 de julio de 1795; véase

también el 17 de agosto de 1795.

[232]«Que el Señor me ayude»: Schiller a C. G. Körner, 29 de diciembre de 1794.

—«del que podía "esperar…"»: Schiller a WH, 9 de noviembre de 1795; véase también Schiller a C. G. Körner, 19 de enero de 1795 y 23 de febrero de 1795.

[233]«un exceso de abstracción»: Schiller a Goethe, 15 de mayo de 1795.

—«Sigamos adelante»: Goethe a Schiller, 15 de mayo de 1795.

—«a Schiller le entraban ganas de abandonar»: Schiller a WH, 21 de agosto de 1795.

—«Humboldt sugirió…»: WH a Schiller, 31 de agosto de 1795.

—«el aguachirle»: Schiller a J. F. Cotta, 3 de septiembre de 1795.

[234]«su artillería pesada»: Schiller a Goethe, 1 de noviembre de 1795.

—Reseña de *Horen*: Nicolai 1796, vol. 11, p. 181.

—«El insecto no puede…»: Schiller a Goethe, 16 de octubre de 1796.

[235]«Vivimos en la era…»: Schiller a Goethe, 1 de noviembre de 1795; véase también Schiller a Goethe, 27 de enero de 1796.

—«a AWS si estaba dispuesto a reseñar *Horen* en ALZ»: Schiller a AWS, 29 de octubre de 1795.

—«Todo estaba arreglado…»: Alt 2004, vol. 2, p. 203.

—«Lo fundamental… era que la reseña la firmase…»: Goethe a Schiller, 26 de diciembre de 1795.

[236]Contribuciones de AWS a *Horen*: La traducción de Dante de AWS se publicó en los números 3, 4, 7 y 8 de *Horen*; el ensayo «Briefe über Poesie, Silbenmaaß und Sprache» se publicó en el número 11.

—«Envíanos cualquier cosa…»: Schiller a AWS, 12 de junio de 1795; véase también 14 de septiembre de 1795 y 5 de octubre de 1795.

—«Todas las dudas que August Wilhelm»: FS a AWS, 11 de febrero de 1792.

[237]«August Wilhelm Schlegel estaba enamorado de ella…»: WH a Schiller, 25 de agosto de 1795. «August Wilhelm le escribió, de parte de ella…»: WH a AWS, 25 de mayo de 1793.

—«influido decisivamente en la educación…»: WH a Schiller, 25 de agosto de 1795.

—«atraer a August Wilhelm a Jena»: WH a Schiller, 30 de octubre de 1795.

—«le preguntó dónde pensaba vivir en el futuro»: Schiller a AWS, 5 de octubre de 1795.

[238]«Caroline escandía los versos…»: FS a AWS, 30 de enero de 1796; para la contribución de CS, véase Roßbeck 2008, pp. 128, 145-147; véase también el manuscrito de AWS y CS para la traducción de *Romeo y Julieta*, SLUB, Mscr.Dresden.e.90, XXII, 10.

[239]Traducciones en prosa de Shakespeare: Schiller a AWS, 11 de marzo de 1796, en relación con las traducciones anteriores de J. J. Eschenberg, C. M. Wieland y G. A. Bürger.

—«El ritmo recurrente…»: AWS citado en Schulz 2000, p. 559.

—«cuando no se ajustan a la métrica del verso…»: AWS a Schiller, 1 de marzo de 1796.

—«incluyó inmediatamente las páginas…»: Schiller a AWS, 11 de marzo de 1796.

[240]«dieciséis obras en poco más de cinco años»: Bernays 1872, p. 4

—«su Shakespeare en verso había cambiado…»: AWS a Tieck, 3 de septiembre de 1837.

[241]CS dio forma al pensamiento de AWS: WH a Schiller, 25 de agosto de 1795; para la influencia de CS, véase también FS a AWS, 9 de octubre de 1793.

—Las contribuciones de CS a los ensayos y críticas: AWS 1828, vol. 2, contenido (las contribuciones de CS marcadas con un asterisco); véase también Roßbeck 2008, p. 128; Reulecke 2020, pp. 372-374; SLUB Mscr. Dresd. App. 2712, A7 y < https://

www.carolineschelling.com/carolines-literary-reviews-vol-1/#back* >.

[242]Voz de CS: FS a AWS, 27 de febrero de 1794; Schelling a Luise Gotter, 24 de septiembre de 1809.

—«... *Oh si deseas*»: J. D. Gries, «An Aug. Wilh. Schlegel. On the Return of his Life Melodies», 1798, Gries 1829, vol. 2, p. 11.

[243]«se estaba volviendo indispensable»: CS a Luise Gotter, 7 de septiembre de 1797.

[244]«¿Por qué no vives aquí, en Jena…?»: Schiller a AWS, 10 de diciembre de 1795.

—«una "peregrinación" a Jena»: AWS a Schiller, 18 de diciembre de 1795.

—«Schiller estaba encantado»: Schiller a AWS, 9 de enero de 1796.

—«Cartas sobre poesía, métrica»: AWS, «Briefe über Poesie, Silbenmaaß und Sprache», *Horen*, 1796, n.º 11.

[245]«Una vez que estés aquí…»: Schiller a AWS, 9 de enero de 1796.

[246]«echar el cierre por un tiempo al bazar…»: Schiller a Goethe, 17 de diciembre de 1795.

—«La poesía había empezado ya a ganar protagonismo»: véase en particular *Horen*, 1795, n.º 9.

—«Schiller compuso su primer poema…»: se trata de la *Poesie des Lebens* de Schiller, junio de 1795, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 393.

[247]«Su filosofía era demasiado poética»: Schiller a Goethe, 31 de agosto de 1794.

—Sobre filosofía y poesía: Schiller a WH, 5 de octubre de 1795; Schiller a Charlotte von Schimmelmann, 4 de noviembre de 1795; Schiller a Goethe, 17 de diciembre de 1795; Schiller a C. G. Körner, 18 de enero de 1796.

—«tuvieran que vérselas con un alma seca»: Schiller a Goethe, 29 de agosto de 1795.

—«un patán, comparado con Goethe»: Schiller a C. G. Körner, 27 de junio de 1796.

—«hiperactividad mental»: WH a Schiller, 4 de agosto de 1795.

[248]Sobre la edición de *Wilhelm Meister*: Goethe a Schiller, 18 de junio de 1795.

—«No alcanzo a expresar…»: Goethe a Schiller, 20 de mayo de 1796.

—«asuntos administrativos»: para el salario del jardinero, véase Goethe al duque Carlos Augusto, 11 de febrero de 1794; para las defensas contra las inundaciones, véase Goethe a C. G.Voigt, 28 de abril de 1796.

—«una mesa de billar»: Goethe a C. G.Voigt, 13 de marzo de 1796.

—«que su novela era…»: Goethe a J. H. Meyer, 30 de diciembre de 1795.

[249]«Solo el silencio absoluto…»: Goethe a Schiller, 17 de marzo de 1798.

—«rincón maravillosamente loco…»: Goethe a K. F. Zelter, 16 de febrero de 1818.

—«más días en Jena…»: por ejemplo, durante el primer semestre de 1796, Goethe permaneció en Jena del 3 al 17 de enero, del 16 de febrero al 16 de marzo y del 28 de abril al 8 de junio.

—«lo diferente que era…»: Charlotte Schiller a Charlotte von Stein, 1 de octubre de 1797, Goethe 1965-2000, vol. 4, p. 320; véase también DV a Sophie Bernhardi, 7 de octubre de 1799.

[250]Ropas de Goethe: K. A. Böttiger, 1795, Böttiger 1998, p. 67.

[251]«solía salir a pasear»: Goethe a Christiane Vulpius, 8 de enero de 1796.

—«y facilitaban su digestión»: K. A. Böttiger, noviembre de 1798, Böttiger 1998, p. 92.

—El nuevo apartamento de Schiller: en abril de 1795, Schiller se había mudado a la casa de Griesbach en Löbdergraben 15a, junto al auditorio donde había dado su conferencia inaugural.

—«hasta la medianoche…»: Schiller a WH, 9 de noviembre de 1795.

[252]«no podía vivir ni trabajar»: Goethe a J. P. Eckermann, 8 de octubre de 1827.

[253]«desde instrucciones sobre cómo sembrar…»: Goethe a Christiane Vulpius, 20 de febrero de 1796 y 14 de abril de 1796.

—«¿Cómo estaba August?»: Goethe a Christiane Vulpius, 9 de noviembre de 1795.

—«melocotones frescos para August»: Goethe a Christiane Vulpius, 6 de junio de 1797; August Goethe a Goethe, 26 de septiembre de 1798.

[254]«lo poco que le gustaban sus ausencias»: Christiane Vulpius a Goethe, 9 de abril de 1795, 20 de febrero de 1796 y muchas otras cartas; Goethe a Schiller, 3 de agosto de 1799

—«deja de echar miraditas…»: Christiane Vulpius a Goethe, 11 de abril de 1795.

—Christiane en Weimar: Christiane Vulpius a Goethe, 27 de febrero de 1796, 2 de marzo de 1796, 21 de febrero de 1797.

—Reuniones y bailes de Christiane: Christiane Vulpius a Goethe, 2 de marzo de 1796, 22 de noviembre de 1798, 27 de marzo de 1799.

[255]«Mi querida niña…»: Goethe a Christiane Vulpius, 9 de septiembre de 1796.

—«sin decirte antes algo»: Goethe a Christiane Vulpius, 2 de julio de 1795.

—«no paro de trabajar»: Goethe a Christiane Vulpius, 7 de marzo de 1796.

—Habitación en el Zum Schwarzen Bären: *ibid.*

[256]Juegos de Goethe con August: Luise Seidler, Goethe 1982-1996, vol. 3, pp. 354-355; véase también K. A. Böttiger, 1795, Böttiger 1998, p. 67; para la calabaza, véase August Goethe a Goethe, 26 de septiembre de 1798.

[257]«donde cazaban ranas»: Goethe, 30 de mayo de 1796, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 44.

—«August empezó a añadir pequeñas notas»: August Goethe a Goethe, 7 de junio de 1797, 28 de marzo de 1798, 30 de mayo de 1798, 8 de junio de 1798.

—Goethe patinando: J. G. Rist, finales de 1795/primavera de 1796, Rist 1880, p. 67; véase también J. I. Weitzel, Goethe 1982-96, vol. 3, p. 450.

[258]Schiller como padre: HeinrichVoß a Christian Niemeyer, abril de 1804, Petersen 1909, vol. 3, pp. 95-96.

—«Sus hijos formaban parte de sus vidas»: Goethe a Christiane Vulpius, 1 de noviembre de 1796; Schiller a J. C. y E. D. Schiller, 21 de noviembre de 1794; sobre la lactancia, véase Schiller a Goethe, 12 de julio de 1796. La lactancia se había vuelto tan aceptable que el reciente código *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten* estipulaba que las madres debían amamantar a sus hijos, aunque los padres decidían la duración (parte 2, título 2, §§ 67-68).

[259]«Amad la infancia» y siguientes citas: Rousseau 1965, pp. 33, 39.

[260]«el Chico de Oro»: Schiller a J. C. y E. D. Schiller, 21 de noviembre de 1794; para Karl Schiller y el látigo, véase K.W. F von Funck a C. G. Körner, 17 de enero de 1796, Petersen 1909, vol. 3, p. 35.

—«August está deseando…»: Goethe a Schiller, 20 de mayo de 1796; véase también Charlotte von Stein a Fritz von Stein, 14 de abril de 1796, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 458.

[261]«un verdadero vínculo familiar»: Schiller a Goethe, 26 de octubre de 1795.

—«Schiller engendrar una niña»: Goethe a Schiller, 1 de noviembre de 1795.

—Los hijos de Goethe: muerto al nacer, sin nombre, octubre de 1791; Caroline Goethe, 21 de noviembre 1793-4 de diciembre de 1793; Karl Goethe, 30 de octubre de 1795-18 de noviembre 1795; Kathinka Goethe, 18 de diciembre de 1802-21 de diciembre de 1802.

—«se derrumbó en el suelo y se quedó llorando…»: J. H. Meyer sobre Goethe, diciembre de 1793, Goethe 1965-2000, vol. 4, p. 47.

—«se esforzó por mantenerse ocupado…»: Goethe a Schiller, 21 de noviembre de 1795.

[262]«autoría oculta»: Schiller a WH, 1 de febrero de 1796.

[263]«los hijos bastardos»: Schiller a C. G. Körner, 1 de febrero de 1796.

—«se reían tanto…»: Maria Körner, hacia abril/mayo de 1796, Goethe 1965-2000, vol. 4, p. 222; habían empezado a componer las *Xenias*, a finales de diciembre de 1795, véase Goethe a Schiller, 23 de diciembre de 1795 y Schiller a Goethe, 29 de diciembre de 1795.

—«con un matamoscas…»: CS a Luise Gotter, 4 de septiembre de 1796.

[264]«*Yo soy yo, y a mí mismo me propongo…*»: Goethe y Schiller, *Xenien*, en *Musen-Almanach für Das Jahr* 1797, p. 294.

[265]Las *Xenias* y Friedrich Reichardt: Goethe a Schiller, 30 de enero de 1796; véase por ejemplo *Xenien*, n.º 30.

—«Aquí van otras pocas flechas…»: Schiller a Goethe, 27 de enero de 1796.

[266]«*Ahí viene…*»: Goethe y Schiller, *Xenien*, en *Musen-Almanach für das Jahr* 1797, p. 218; CS envió una carta a Luise Gotter con una clave sobre qué verso iba dirigido a quién, CS a Luise Gotter, 22 (?) de octubre de 1796.

[267]«Almanaque de las Furias»: Schiller a Goethe, 28 de octubre de 1796.

—Sin ejemplares del *Musen-Alamanach*: Schiller a J. F. Cotta, 31 de octubre de 1796.

[268]«Hasta cierto punto…»: Schiller a C. G. Körner, 10 de abril de 1796 (se trata de *Egmont*, de Goethe).

—«Este año…»: Schiller a WH, 4 de enero de 1796.

[269]«un cuento escrito por Caroline»: AWS a Schiller, 28 de junio de 1796.

—«Goethe, que le dio, encantado, su aprobación»: AWS a G. J. Göschen, 24 de junio de 1796.

[270]«las peligrosas “tendencias democráticas”…»: Goethe a J. H. Meyer, 20 de mayo de 1796.

—«sus discusiones fueran aún más entretenidas…»: Goethe a WH, 27 de mayo de 1796.

—«Ahora estás…»: K. A. M. Schlegel a AWS, 1 de julio de 1796.

[271]«un violento y torrencial aguacero»: AWS a Schiller, 28 de junio de 1796.

—«Su futuro estaba allí, junto a Caroline…»: AWS a G. J. Göschen, 24 de junio de 1796.

[272]«Su fama literaria»: Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 423.

—«nueva generación»: Goethe a Schiller, 26 de diciembre de 1795.

5. «La filosofía es, en su origen, un sentimiento»

[273]La operación de Sophie: Jeannette Danscour a Novalis, 8 de julio de 1796.

[274]Instrumentos quirúrgicos: Savigny 1800.

[275]La enfermedad de Sophie: Jeannette Danscour a Novalis, 7 de marzo de 1795 y 8 de julio de 1796; Novalis a Karl von Hardenberg, 20 de noviembre de 1795.

[276]Tratamientos médicos comunes en el siglo XVIII: Stark 1799, pp. 207, 216-218; Tsouyopoulos 1990, p. 102; estos tratamientos incluían las sanguijuelas: Stark 1799, p. 207.

[277]Dr. Stark: Hesse 2004, p. 73 y ss.

[278]Jeannette Danscour a Novalis, 8 de julio de 1796. Sobre otros procedimientos quirúrgicos de la época, véase Richter 1794, pp. 32-33, 249 y ss.

[279]Hesse 2004, p. 75.

[280]Jeannette Danscour a Novalis, 8 de julio de 1796.

[281]Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 18 de julio de 1796.

[282]Novalis en Jena: *ibid.*
[283]Novalis a AWS, 24 de febrero de 1798.
[284]A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805 y Ludwig Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 538, 552.
[285]Novalis a K. L. Reinhold, 5 de octubre de 1791.
[286]Steffens 1841, vol. 4, pp. 320-323; A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805 y Ludwig Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 540, 549, 558 y ss; FS a AWS, enero de 1792, 11 de febrero de 1792 y 13 de abril de 1792; FS a Novalis, finales de mayo de 1793; Erasmus von Hardenberg a Novalis, 6 de diciembre de 1794.
[287]Steffens 1841, vol. 4, p. 321.
[288]Henriette Mendelssohn a DV, 19 de abril de 1799.
[289]Steffens 1841, vol. 4, p. 323.
[290]Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 19 de septiembre de 1796.
[291]Novalis conoció a Fichte en la casa del profesor Niethammer, junto con Hölderlin, el 28 de mayo de 1795. F. I. Niethammer, 28 de mayo de 1795, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 284.
[292]A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805, Novalis vol. 4, p. 539.
[293]Novalis a FS, 14 de junio de 1797. El estudio de Novalis sobre Fichte consta de alrededor de quinientas páginas manuscritas, escritas desde el invierno de 1795 hasta el otoño de 1796: Novalis, «Fichte Studies», Novalis *Schriften*, vol. 2, pp. 104-296 y Novalis 2003. [Hay trad. cast.: *Estudios sobre Fichte y otros escritos,* Madrid, Akal, 2007].
[294]Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 1, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 524.
[295]Novalis a FS, 8 de julio de 1796.
—Fichte como un segundo Copérnico, véase Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 460, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 335; Novalis 2007, p. 77.
[296]Novalis, «Fichte Studies», n.º 407, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 234; Novalis 2003, p. 133.
[297]Novalis, «Fichte Studies», n.º 420, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 235; Novalis 2003.
[298]Novalis, «Fichte Studies», n.º 372, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 231; Novalis 2003, p. 129; *ibid.*, n.º 567, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 271; Novalis 2003, pp. 168-169.
[299]Novalis, «Fichte Studies», n.º 14, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 112; Novalis 2003, p. 12. véase Pikulik 1992, p. 40 y Uerlings 1991, p. 115.
[300]Novalis, «Fichte Studies», n.º 15, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 113; Novalis 2003, p. 13.
[301]Novalis a FS, 8 de julio de 1796.
[302]Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 717, Novalis *Schriften*, vol. 3. p. 406; Novalis 2007, p. 132; véase Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 559.
[303]Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 79, Novalis *Schriften*, vol. 3. p. 253; Novalis 2007, p. 79.
[304]Novalis, «Fichte Studies», n.º 651, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 292.
[305]Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 820, Novalis *Schriften*, vol. 3. p. 430; Novalis 2007, p. 151.
[306]*Ibid.*, n.º 79, Novalis *Schriften*, vol. 3. p. 253; Novalis 2007, p. 12.
[307]Novalis a Caroline Just, 10 de abril de 1796.
[308]Erasmus von Hardenberg a Novalis, 4 de septiembre de 1795; véase J. R. von Rockenthien a Novalis, 10 de febrero de 1796.
[309]Köpke 1855, vol. 1, p. 249.
[310]Karl von Hardenberg a Erasmus von Hardenberg, 16 de diciembre de 1795,

Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 590.
[311]Köpke 1855, vol. 1, p. 249.
[312]Erasmus von Hardenberg a Novalis, 6 de diciembre de 1794.

[313]Novalis a Wilhelmine von Thümmel, febrero de 1796; Karl von Hardenberg a Erasmus von Hardenberg, 4 de marzo de 1796, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 594.
[314]Erasmus von Hardenberg a Novalis, 28 de noviembre de 1794.
[315]A Sophie von Kühn, *Diarios*, 1 enero-14 de marzo de 1795, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 586 y ss.
[316]Erasmus von Hardenberg a Novalis, 4 de septiembre de 1795.
[317]Sophie von Kühn y otros miembros de la familia a Novalis, 26 de marzo de 1795.
[318]Erasmus von Hardenberg a Novalis, 28 de noviembre de 1794 y 24 de septiembre de 1795; Karl von Hardenberg a Erasmus von Hardenberg, 18 de septiembre de 1794, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 578.
[319]Sobre su lascivia: Novalis, *Diarios*, 12 mayo de 1797, p. 35; 14 de mayo de 1797, p. 36; 21 de mayo de 1797, p. 38; 9 de junio de 1797, p. 45.
—El día que fue «bueno»: Novalis, *Diarios*, 24 de abril 1797, p. 30.
[320]Novalis *Schriften*, vol. 6.1, p. 249; véase pp. 121, 184, 249, 527.
[321]Novalis *Schriften*, vol. 6.1, p. 527.
[322]Karl von Hardenberg y Novalis a C. F. Brachmann, 15 de septiembre de 1794, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 141.
[323]Novalis a Erasmus von Hardenberg, principios de noviembre de 1794.
[324]Novalis a C. F. Brachmann, 16 de noviembre de 1794.
[325]O'Brien 1995, p. 39 y ss.; véase Erasmus von Hardenberg a Novalis, 28 de noviembre de 1794.
[326]Novalis a H. U. E. von Hardenberg, mediados de junio de 1796; véase Novalis a J. W. Oppel, finales de enero de 1800.
[327]Novalis a FS, 8 de julio de 1796.
[328]FS a AWS, 28 de julio de 1796; FS a Novalis, 23 de julio de 1796; FS dejó Dresde el 21 de julio y Leipzig el 29 de julio de 1796.
[329]FS a AWS, 11 de febrero de 1792, 13 de abril de 1792 y 21 de noviembre de 1792; FS a Novalis, mediados de mayo de 1793.
[330]FS a AWS, 13 de abril de 1792.
[331]FS a AWS, 11 de febrero de 1792; véase FS a AWS, enero de 1792.
[332]FS a AWS, enero de 1792.
[333]FS a Novalis, finales de mayo de 1793.
[334]Novalis a FS, principios de agosto de 1793; FS a Novalis, mediados de agosto de 1793.
[335]FS a AWS, 2 de junio de 1793.
[336]Novalis a FS, 1 de agosto de 1794.
[337]Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 18 de julio de 1796 (Novalis había vuelto el 18 de julio de 1796 y regresó a Jena el 23 de julio, justo antes de la llegada de FS).
—Sobre su encuentro en el camino: FS a AWS, 28 de julio de 1796; FS a CS, 2 de agosto de 1796.
[338]Bach 2003, p. 176 y ss.
[339]Novalis a FS, 8 de julio de 1796.
[340]Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 115, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 548.
[341]Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 820, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 429; Novalis 2007, p. 151.
[342]Novalis, «Fichte Studies», n.º 19, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 117.
[343]FS KA, vol. 18, p. 407; véase Endres 2017, p. 47.
[344]Pikulik 1992, pp. 57, 59; Hädecke 2011, pp. 121-122.
[345]FS a AWS, 2 de agosto de 1793; CS llegó a Leipzig el 20 de julio de 1793.
[346]FS a CS, 2 de agosto de 1796.
[347]FS a AWS, 21 de agosto de 1793, sobre la influencia de CS sobre FS, véase FS a

AWS, 29 de septiembre de 1793 y 11 de diciembre de 1793, 27 de febrero de 1794 y 9 de mayo de 1794; CS a FS, junio de 1795.
[348]FS a AWS, 11 de diciembre de 1793.
[349]Zimmermann 2009, pp. 87-88.
[350]FS a AWS, 11 de diciembre de 1793.
[351]CS a FS, agosto de 1795.
[352]Novalis, «Blüthenstaub», n.º 2, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 413; Novalis 1991, p. 383.
[353]FS a AWS, 4 de noviembre de 1793.
[354]FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, pp. 70-71; véase Roßbeck 2008, p. 113.
[355]FS llegó a Jena el 6 de agosto de 1796, FS KA, vol. 23, p. 508.
[356]AWS a J. F. Reichardt, 20 de junio de 1796; FS a AWS, 28 de julio de 1796; la reseña de FS se publicó a finales de julio de 1796.
[357]Körner a Schiller, 22 de julio de 1796.
[358]FS a AWS, 28 de julio de 1796.

6. «Nuestro maravilloso círculo»

[359]Appel 2013, p. 132; Roßbeck 2008, p. 69; hay un retrato de AWS pintado por Johann Friedrich August Tischbein, 1793; Paulin 2016, pp. 246, 307.
[360]Retrato de CS pintado por Johann Friedrich August Tischbein, 1798; véase DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.
—Sobre las habilidades de CS como modista, véase Roßbeck 2008, p. 26.
—Se pueden ver grabados de la moda de la época en *Journal des Luxus und der Moden,* 11 (enero-diciembre 1796).
[361]Sobre la moda durante la juventud de CS, pueden verse las siluetas de Caroline, su hermana y su madre, c. 1780-1790, anónimo, colección privada de Martin Reulecke, impresas en Bamberg e Ilbrig 2018, p. 89.
[362]FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, pp. 70-71.
[363]K. G. von Brinckmann a Rahel Levin, 29 de marzo de 1799, Oellers 1990, p. 130.
[364]CS a F. L. W. Meyer, 15 de junio de 1793; la animadversión de algunas mujeres hacia CS se hace patente en las habladurías en Wurzburgo en 1804, en cartas de Karoline, Paulus, Rosine Eleanore Niethammer y Henriette Hoven a Charlotte Schiller, en C. Schiller 1862, vol. 3.
[365]Sobre las visitas de WS y CS a los Schiller, CS a Luise Gotter, 11 de julio de 1796; Schiller a Goethe, 9 de julio de 1796.
—Llegaron a Jena el 8 de julio, pero era demasiado tarde para hacer visitas; fueron a su casa al día siguiente, el 9 de julio, y otra vez el día 11.
—Sobre la segunda visita de AWS y CS a los Schiller: CS a Luise Gotter, 11 de julio de 1796; véase Schiller a Goethe, 11 de julio de 1796.
[366]Schiller a WH, 22 de julio de 1796.
[367]Goethe tenía ganas de ver a los Schlegel: Goethe a Schiller, 12 de julio de 1796.
—Sobre la estancia de Goethe en Jena: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796; Goethe, 16-18 de julio de 1796, Goethe, *Diarios*, vol. 2, p. 45; véase Goethe a Schiller, 7 de julio de 1796.
—Para la ubicación de la villa de los Schlegel, Kösling 2010, pp. 18-19.
[368]CS y Goethe en Gotinga y Mainz: CS a Luise Gotter, 30 de septiembre de 1783; Karl y Julie Schlegel, 18 de julio de 1796; AWS a Schiller, 28 de junio de 1796.
—CS casi no reconoció a Goethe: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796; CS y

AWS a Karl y Julie Schlegel, 18 de julio de 1796.

—CS sin vestir por el calor: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796.

[369]Goethe y CS recordaban tiempos felices: CS a Karl y Julie Schlegel, 18 de julio de 1796; véase AWS a Schiller, 28 de junio de 1796.

—Goethe sobre el encarcelamiento de CS: Goethe a F. H. Jacobi, 7 de julio de 1793.

—Goethe «amenazó» con sus visitas: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796.

[370]CS y AWS en Jena: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796; CS y AWS a Karl y Julie Schlegel, 18 de julio de 1796.

—Conciertos y teatro de aficionados: CS a Luise Gotter, 12 de diciembre de 1796; véase el diario de Sophie Mereau de los años 1796-1797, Mereau-Brentano 1996, pp. 22-23, 27.

[371]Apariencia de Fichte: CS a Karl y Julie Schlegel, 18 de julio de 1796.

—Un hijo llamado Immanuel: CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796.

—Schiller apenas salía de casa: J. G. Rist, finales de 1795-primavera de 1796, Rist 1880, p. 68.

—Sobre los seminarios de Fichte y la afluencia de público joven: J. G. Rist, finales de 1795-primavera de 1796, Rist 1880, p. 62., anónimo, verano de 1798, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 501.

[372]A. F. May, diario, 19/20 de julio de 1796, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 364.

[373]Schiller a C. G. Körner, 23 de mayo de 1796; Schiller a J. F. Cotta, 13 de julio de 1796.

[374]CS a Luise Gotter, 17-20 de julio de 1796.

[375]H. C. Boie, citado en Brunschwig 1975, p. 278.

[376]Boyle 2000, p. 392.

[377]Christophine Reinwald a Schiller, 20 de julio de 1796.

[378]*Ibid.*; sobre las noticias que enviaba Goethe, véase Goethe a Schiller, 22 de julio de 1796.

[379]Evitar asuntos políticos: Schiller a Goethe, 25 de julio de 1796.

—Schiller temía a los franceses: Schiller a J. F. Cotta, 1 de agosto de 1796.

[380]J. F. Cotta a Schiller, 5 de agosto de 1796.

[381]C. E. Goethe a Goethe, 22 de julio de 1796 y 1 de agosto de 1796.

[382]Montañas y viento: Goethe a Schiller, 30 de julio de 1796.

—Sobre el envío de objetos valiosos a Weimar, véase por ejemplo Goethe a C. E. Polex, 23 de diciembre de 1796, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 526.

[383]Goethe a WH, 27 de mayo de 1796.

[384]FS llegó a Jena el 6 de agosto de 1796, FS KA, vol. 23, p. 508; sobre sus primeras cuarenta y ocho horas en la ciudad, FS a Novalis, 9 de agosto de 1796.

[385]Schiller a WH, 7 de agosto de 1796 y Schiller a Goethe, 7 de agosto de 1796.

[386]FS preocupaba a sus padres, véase J. C. E. Schlegel a AWS, principios del verano de 1793.

—Sobre los estudios de FS en Leipzig: Zimmermann 2009, pp. 28-30.

—«las mejores mentes… se atrofian…»: FS a AWS, 19 de junio de 1793.

—«Mi objetivo es vivir…»: FS a AWS, 2 de junio de 1793; véase FS a AWS, finales de mayo de 1793.

[387]Sobre el carácter de FS: FS a AWS, 21 de noviembre de 1792; WH a F. H. Jacobi, 23 de enero de 1797.

—Sobre el aspecto de FS: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 114; Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 31 de diciembre de 1797, Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, p. 220; WH a F. H. Jacobi, 23 de enero de 1797.

—«La gente prefiere observarme a debida distancia…»: FS a AWS, 21 de noviembre de 1792.

[388]Tendencias suicidas de FS: FS a AWS, 21 de noviembre de 1792; Novalis a FS, 15 de agosto de 1793.

—Días de autoanálisis: FS a AWS, 19 de junio de 1793 y Zimmermann 2009, p. 31.

—FS no tenía dinero: FS a AWS, 21 de noviembre de 1792; 1 de agosto de 1792; FS a Novalis, 15 de julio de 1793.

—«Fritz nos está llevando a la quiebra…»: J. C. E. Schlegel a AWS, principios de abril de 1793.

—«algún buen consejo»: J. C. E. Schlegel a AWS, principios del verano de 1793.

[389]La casa de los Schlegel en Jena: Kösling 2010, pp. 18-19, 55; Luise Gotter a Julie Gotter, 14 de enero de 1798, BBAW Nachlass Schelling, n.º 936; DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; CS a Auguste, 30 de septiembre de 1799; CS a Luise Gotter, 5 de octubre de 1799; CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.

—Chistes sobre las ventanas: CS a Luise Gotter, 4 de septiembre de 1796.

[390]CS a Luise Gotter, 15 de octubre de 1796; AWS a G. J. Göschen, 17 de octubre de 1796.

[391]Schiller a Goethe, 2 de noviembre de 1796; véase Gall 2011, pp. 82-84.

[392]Goethe no podía separarse de Schiller: Goethe a C. G. Voigt, 20 de septiembre de 1796.

—«fue imposible sacarlo de casa»: Goethe a C. G. Voigt, 20 de septiembre de 1796.

[393]Sobre el reencuentro de WH y AWS, WH a AWS, 23 de julio de 1796.

—«haber llegado a formarse una opinión desmesurada…»: CH a K. G. von Brinckmann, 3 de diciembre de 1796.

[394]Cartas de Burgsdorff a Rahel Levin, octubre de 1796-verano de 1797, Burgsdorff 1907, pp. 17-100.

[395]WH, *Diarios*, julio-agosto de 1789, Berglar 1970, p. 39.

[396]Vivir sin ataduras: Gersdorff 2013, pp. 29, 58.

—«Encontré lo que anhelaba…»: WH, citado en Gersdorff 2013, pp. 62-63.

—«Todo ese jaleo por el niño»: CH a WH, 19 de diciembre de 1790.

[397]«Renunciar a algo que se desea», WH, citado en Gersdorff 2013, p. 58.

—Burgsdorff los acompañaba: W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 21 de noviembre de 1796 y 28 de noviembre de 1796, W. F. T. von Burgsdorff a K. G. von Brinckmann, 12 de diciembre de 1796, Burgsdorff 1907, pp. 49-51, 53, 58-59; CH a K. G. von Brinckmann, 3 de diciembre de 1797; Goethe a Schiller, 30 de noviembre de 1796.

[398]CH descansaba por las tardes: CH a K. G. von Brinckmann, 3 de diciembre de 1797.

—«su “amada”…»: W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 28 de diciembre de 1797, Burgsdorff 1907, p. 63.

—CH servía el té: W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 21 de noviembre de 1796, *ibid.*, p. 49.

—«La criatura humana más noble…»: W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 26 de febrero de 1798, *ibid.*, p. 85.

[399]WH a CH, 28 de abril de 1797.

[400]«Haré cualquier cosa»: WH a CH, 6 de mayo de 1797.

—WH se abría con CH: WH a CH, 16 de mayo de 1797.

—«Decide por ti misma»: WH a CH, 6 de abril de 1797.

—El romance de Burgsdorff y CH: W. F. T. von Burgsdorff a K. G. Brinckmann, 30 de agosto de 1797 y 28 de enero de 1798, Burgsdorff 1907, pp. 108, 123.

[401]CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

[402]Era el papel de Cäcilie en *Stella: Ein Schauspiel für Liebende* de Goethe: CS a Luise Gotter, 12 de diciembre de 1796.

[403]Bake y Kiupel 1996, p. 157; *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten* 2, parte 1, párrafo 205 y ss.
[404]«El hombre es el cabeza…»: *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten* 2, parte 1, párrafo 184.
—«la esposa, una hiedra enroscada…»: Joachim Heinrich Campe, *Vätherlicher Rath für meine Tochter*, Preisendörfer, 2018, p. 392.
[405]Rousseau 2010, pp. 531, 546.
[406]En Jena, en la época, una cuarta parte de los niños nacían fuera del matrimonio, comparado con el 2 % de otros lugares, Deinhardt 2007, pp. 39-40.
—Amigo de Schlegel y mujeres de Jena: FS a AWS, 27 de mayo de 1796.
[407]«Belleza diminuta»: Goethe a Schiller, 15 de octubre de 1796.
—Sobre Sophie Mereau y Schiller y su asistencia a los seminarios de Fichte, Gersdorff 1990, pp. 57 y ss., 100 y ss.
—«Gracia en miniatura»: Jean Paul Richter a Christian Otto, 30 de noviembre de 1798, Mereau-Brentano 1996, p. 48.
—Sobre sus admiradores: J. G. Rist, finales de 1795-primavera de 1796, Rist 1880, p. 68.
—«compañera de cama adorable»: FS a AWS, 27 de mayo de 1796; FS enamorado de Sophie, véase FS a Sophie Mereau, 8, 30 de agosto y 15 de septiembre de 1800; Sophie Mereau, *Diarios*, agosto de 1800, Mereau-Brentano 1996, p. 73.
[408]«pecho de lo más provocador»: CS a Luise Gotter, octubre-noviembre de 1796.
—Rumores sobre Fichte y Anna Henriette Schütz, véase Johanne Fichte a Fichte, 26 de junio de 1794; J. R. Rahn a J. H. Rahn, c. 19 de junio de 1794, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 53.
—Karoline Paulus tuvo un breve romance con FS y, con toda seguridad, también con AWS: FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797; DV a Schleiermacher, 16 de junio de 1800; FS a Karoline Paulus, finales de 1800.
—«cualquier asomo de decoro»: Charlotte Schiller a Schiller, 25 de marzo de 1801.
[409]Anónimo 1798, p. 70.
[410]Anónimo 1798, p. 9; ver el plano de Jena incluido en este libro.
[411]Boyle 2000, p. 395; Jena era un lugar seguro, Goethe a J. H. Meyer, 12 de octubre de 1796.
[412]«Tormenta francesa»: Goethe a Schiller, 30 de julio de 1796.
[413]CS a Luise Gotter, 15-17 de octubre de 1796.
[414]Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 112.
—Sobre la cocinera: CS a Luise Gotter, 6 de junio de 1799.
[415]Menú intelectual: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 112.
—«dios de la inteligencia»: K. G. von Brinckmann a Rahel Levin, 29 de marzo de 1799, Oellers 1990, p. 130; véase Steffens 1841, vol. 4, p. 75.
[416]CS y AWS fueron a Weimar del 17 al 19 de diciembre de 1796.
—Almuerzo literario: Goethe a Schiller, 21 de diciembre de 1796.
[417]Pintura amarilla: Goethe 1810, p. 290. Goethe sirvió la comida: CS a Luise Gotter, 25 de diciembre de 1796.
[418]Gente de Weimar y CS: CS a Luise Gotter, 3 de octubre de 1796.
—«gran sacerdotisa»: K. A. Böttiger a AWS, 27 de julio de 1796.
—«encantadora esposa»: J. D. Falk a AWS, diciembre de 1796.
[419]CS a Luise Gotter, 25 de diciembre de 1796.
[420]Novalis visitó Jena seis veces en seis meses: Kösling 2010, p. 39; véase las cartas de Novalis de ese periodo.
[421]La enfermedad de Sophie: Hädecke 2011, pp. 137-142; Friederike von Mandelsloh a Novalis, 8 de julio de 1796 y 5 de septiembre de 1796; Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 24 de agosto de 1796 y 19 de septiembre de 1796.

—El doctor Stark tranquiliza a Novalis: doctor Stark a Novalis, 23 de noviembre de 1796.

[422]FS y Novalis en Jena: FS a Novalis, 5 de mayo de 1797 y 8 de junio de 1797.

—«Cada vez soy más amigo…»: FS a Novalis, 24 de mayo de 1797; véase 10 de marzo de 1797 y 26 de mayo de 1797.

[423]Artículo sobre republicanismo: FS, «Versuch über den Begriff des Republikanismus», 1796.

—Pasión por las revoluciones: FS a AWS, 27 de mayo de 1796.

—«Cuando algo bulle»: FS a AWS, 15 de enero de 1796.

[424]«crítico dictador»: FS a AWS, 31 de octubre de 1797; véase FS a C. G. Körner, 21 de septiembre de 1796.

—Guillotina: FS, «Der Epitaphios des Lysias», 1796, FS KA, vol. 1, p. 159.

[425]FS, «Über das Studium der griechischen Poesie», 1795-1797, FS KA, vol. 1, p. 222.

[426]WH a F. H. Jacobi, 23 de enero de 1797.

[427]Steffens 1841, vol. 4, p. 304; Schiller a C. G. Körner, 4 de julio de 1795; Schiller a WH, 17 de diciembre de 1795.

[428]Goethe a Schiller, 28 de abril de 1797.

[429]FS a AWS, 21 de junio de 1792.

[430]Poema leído al revés: Schiller, «Die Würde der Frauen», 1796, en la reseña de FS del *Musen-Almanach* 1796 para *Deutschland* de Friedrich Reichardt, FS KA, vol. 2, p. 6.

[431]*Ibid.,* pp. 7-9.

[432]FS a AWS, 17 de agosto de 1795.

[433]«esperando un guiño…»: FS a AWS, 23 de diciembre de 1795.

—AWS trató de ayudar a FS: AWS a Schiller, 23 de abril de 1796.

—«Infantilmente susceptible»: FS a C. G. Körner, 21 de septiembre de 1796.

[434]«nos entretiene»: CS a Luise Gotter, 4 de septiembre de 1796. CS feliz en Jena: CS a Luise Gotter, 11 de julio de 1796 y 4 de septiembre de 1796.

—CS se alegra por Auguste: CS a F. L. W. Meyer, 10 de mayo de 1794.

[435]FS a CS, 12 de diciembre de 1797.

[436]Educación de Auguste: Auguste Böhmer a Cäcilie Gotter, 24 de octubre de 1796, Cartas de CS, vol. 1, p. 761; FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797, 25 de julio de 1797, 26 de agosto de 1797 y mediados de septiembre de 1797.

—«despliegue de las cualidades… estrategia de dejarle hacer»: CS a Luise Gotter, 8 de marzo de 1789.

[437]Auguste y FS: FS a Auguste Böhmer, 25 de julio de 1797.

—«padre… tío Fritz»: Auguste Böhmer a Cäcilie Gotter, 24 de octubre de 1796, *Cartas* de CS, vol. 1, p. 761.

—«cielito»: FS a Auguste Böhmer, 28 de abril de 1797.

[438]«a debida distancia»: CS a Luise Gotter, principios de 1797.

—La amiga de Auguste era Luise Seidler, que más tarde se convertiría en pintora.

—«Gusteline»: FS a AWS, 10 de noviembre de 1793.

—«querer tanto a una niña…»: FS a Novalis, 26 de septiembre de 1797.

[439]AWS a G. J. Göschen, 25 de noviembre de 1797; AWS a K. A. Böttiger, 5 de enero de 1797.

[440]Traducciones de Shakespeare: Roßbeck 2008, pp. 128, 145-147; AWS a G. J. Göschen, 7 de noviembre de 1796; véase por ejemplo el manuscrito de AWS y CS de *Romeo y Julieta*, Biblioteca Estatal y Universitaria de Sajonia de Dresde (SLUB), Mscr.Dresd.e.90, XXII, 10; Hamlet, SLUB, Mscr.Dresd.e.90, XXII, 1; y *El sueño de una noche de verano* SLUB, Mscr.Dresd.e.90, XXII, 11.

[441]CS a Luise Gotter, 7 de septiembre de 1797.

[442]Pasajes copiados: AWS (y CS), «Romeo und Julia», *Horen*, vol. 10, 1797, CS a

AWS, 1797 (?), *Cartas* de CS, vol. 1, p. 426 y ss. Sobre autoras en *Horen*, véase *Horen* 1797.
[443]Schiller, «Die berühmte Frau», 1788.
[444]«para convertirse en una escritora brillante», AWS 1828, vol. 2, p. 18.
—AWS confiaba en el criterio de CS: Tieck, «Eine Sommerreise», Tieck 1838-1842, vol. 5, p. 164.
[445]FS a AWS, 13 de abril de 1798.

SEGUNDA PARTE
Experimentos

7. «Nuestra pequeña academia»

[446]A. Humboldt 1797, vol. 1, p. 76 y ss.
[447]*Ibid.,* p. 79.
[448]A. Humboldt 1845-1852, vol. 1, p. 21; A. Humboldt 1845-1850, vol. 1, p. 21.
[449]AH en Jena: 6-10 de marzo de 1794, 15-16 de abril de 1794, 14-19 de diciembre de 1794, 16-20 de abril de 1795, de abril de 1796, de enero de 1797, 1 de marzo-30 o 31 de mayo de 1797.
[450]AH a Friedrich von Schuckmann, 14 de mayo de 1797; AH a Carl Freiesleben, 18 de abril de 1797.
[451]AH a J. F. Blumenbach, 17 de noviembre de 1793 y junio de 1795.
[452]AH a Friedrich von Schuckmann, 14 de mayo de 1797.
[453]Goethe al duque Carlos Augusto, principios de marzo de 1797.
[454]Goethe y AH son presentados: Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 303.
[455]Diferencias entre AH y WH: WH a CH, 9 de octubre de 1804.
—Las infancias de AH y WH: AH a Carl Freiesleben, 5 de junio de 1792; WH a CH, abril de 1790 y 9 de octubre 1818; véase Wulf 2015, pp. 13-16.
—«pequeño boticario»: Bruhns 1873, vol. 1, p. 20.
[456]El aspecto de AH se puede ver en su pasaporte de 1798, Bruhns 1873, vol. 1, p. 394; Karoline Bauer, 1876; Clark y Lubrich 2012b, p. 199.
[457]Salud mental de AH: WH a CH, 6 de noviembre de 1790.
—«no es feliz»: WH a CH, 2 de abril de 1790; véase WH a CH, 6 de noviembre de 1790 y 3 de junio de 1791.
[458]«diez mil» cerdos: AH a David Friedländer, 11 de abril de 1799.
—AH hablaba sin parar: WH a CH, 30 de noviembre de 1815; Ludwig Börne, 12 de octubre de 1830, Clark y Lubrich 2012b, p. 82; véase Wulf 2015, pp. 139, 237-238.
—«meteorito»: K. A. Varnhagen von Ensen, 1810, Varnhagen 1987, vol. 2, p. 139; WH a CH, 25 de diciembre de 1825.
—«instrumento sobrecargado»: Heinrich Laube, Laube 1875, p. 334.
—«Hay un arrebato…»: AH a W. G. Wegener, 23 de septiembre de 1790.
—«tenía miedo de que “estallara”»: CH a WH, 22 de enero de 1791.
[459]AH a Carl Freiesleben, 19 de julio de 1793.
[460]WH se alegra de la muerte de su madre: W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 21 de noviembre de 1796, Burgsdorff 1907, p. 51; Carl Freiesleben a AH, 20 de diciembre de 1796.
[461]AH a A. G. Werner, 21 de diciembre de 1796.
[462]AH a David Friedländer, 11 de abril de 1799; véase AH a K. M. E. von Moll, 5

de junio de 1799.
[463]Goethe y la ciencia: Goethe 1994b, pp. 18-19, 23, 25, 32, 40-41, 51, 55, 59.
—«Nunca observé…»: Goethe a J. P. Eckermann, 18 de enero de 1827.
[464]Polillas y mariposas de Goethe: Goethe, *Naturwissenschaftliche Schriften*, Goethe 1887-1919, parte 2, vol. 6, pp. 416-417; véase Goethe a Schiller, 8 de febrero de 1797.
—«el más bello de los fenómenos»: Goethe a Schiller, 6 de agosto de 1796.
[465]Goethe preparaba los especímenes: Goethe, *Naturwissenschaftliche Schriften*, Goethe 1887-1919, parte 2, vol. 6, pp. 401-402, 417-419.
—Sobre las orugas, *ibid.,* pp. 401-402.
[466]Goethe, *Naturwissenschaftliche Schriften*, Goethe 1887-1919, parte 2, vol. 6, p. 403.
[467]CS a Luise Gotter, 4 de septiembre de 1796.
[468]Necesidad de hablar sobre ciencia: Goethe a Salomon Maimon, 16 de octubre de 1794.
—«examinar más detenidamente los intestinos»: Goethe a Schiller, 26 de octubre de 1796.
—«Mis estudios científicos…»: Goethe a Schiller, 26 de abril de 1797.
[469]Publicaciones de AH: *Mineralogische Beobachtungen über einige Basalte am Rhein* (1790) y *Florae Fribergensis specimen* (1793). Para sus artículos, A. Humboldt 2018, vol. 1, pp. 573-583.
—Invenciones de AH: A. Humboldt 1799, placa 3; AH a Carl Freiesleben, 20 de enero de 1794, 5 de octubre de 1796.
—Sobre el interés de Goethe en la minería, Goethe a C. G. Voigt, 4 de mayo de 1797.
[470]AH en Jena: AH a Carl von Freiesleben, 18 de abril de 1797; AH a Friedrich von Schuckmann, 14 de mayo de 1797; Goethe, marzo-mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, pp. 58-71.
[471]Duque Carlos Augusto a Goethe, 4 y 7 de marzo de 1797; C. G. Voigt a Goethe, 15 de marzo de 1797.
[472]Goethe, 17-19 de diciembre de 1794, Goethe 1965-2000, vol. 4, p. 116.
[473]Batalla de Arcole: Scurr 2021, p. 51.
—«No marchamos…»: Saltzman 2021, p. 12, p. 15.
[474]Goethe a J. I. Gerning, 28 de abril de 1797.
[475]Animado por AH, Goethe dictó a Max Jacobi su *Primer ensayo para una introducción general a la anatomía comparada* a principios de 1795, durante una visita a Jena. Goethe a F. H. Jacobi, 2 de febrero de 1795; CH a WH, 1 de mayo de 1797; Goethe 1994b, p. 41.
[476]Richards 2002, p. 445 y ss.
[477]K. A. Böttiger sobre Goethe en 1795: Böttiger 1998, p. 69.
[478] «Nuestra pequeña academia»: Goethe al duque Carlos Augusto, 14 de marzo de 1797.
—Sobre las reuniones diarias: Goethe, 1 de marzo-31 de mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, pp. 58-71.
[479]Concierto en Jena: J. F. Fries a Karl von Zezschwitz, 23 de mayo de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 436.
—Impresionado en una fiesta: Ehrenfried von Willich a Charlotte Pritzbauer, 9 de enero de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 397-398.
[480]Goethe 1994b, p. 59.
[481]Goethe, 12-28 de marzo de 1797, *Diarios*, vol. 2, pp. 60-63.
—El libro de FS: *Die Griechen und Römer: Historische und kritische Versuche über das Klassische Alterthum,* 1797.
[482]«Como una roca…»: Goethe a J. H. Meyer, 18 de marzo de 1797.

—«dónde anda su propia cabeza…»: Goethe a Karl von Knebel, 28 de marzo de 1797; véase Goethe a J. F. Unger, 28 de marzo de 1797.

[483]«revisión del poema»: Goethe, 19 de marzo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 61.

—Experimentos químicos: Goethe, 1 de marzo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 58.

—«anatomía de las ranas»: Goethe, 9 de marzo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 59.

—«anatomía de los caracoles»: Goethe, 11 de mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 67.

—«anatomía de las lombrices»: Goethe, 12 de mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 67.

[484]Goethe a Karl von Knebel, 28 de marzo de 1797.

[485]Goethe le pidió a AH que se reuniera con él: Goethe a AH, 14 de abril de 1797. AH en Weimar: Goethe, 19-25 de abril de 1797, *Diarios*, vol. 2, pp. 65-66. Goethe volvió a Jena el 29 de abril de ese año.

[486]Goethe a Schiller, 26 de abril de 1797.

[487]Goethe 1987, p. 458.

[488]Goethe, *Fausto*. *Primera parte*, vv. 4347-4351, Goethe 2008, p. 138.

[489]«todos los poderes ocultos…»: *Fausto. Primera parte,* Goethe 1961, p. 99.

—«Que pueda yo detectar»: *ibid.*, p. 95.

[490]Goethe, *Die Wahlverwandschaften*, 1809.

[491]AH a Goethe, 14 de mayo de 1806.

[492]AH a Goethe, 3 de enero de 1810.

[493]A. Humboldt 1845-1852, vol. 1, p. 64; A. Humboldt 1845-1850, vol. 1, pp. 69-70.

[494]«influencia de tus escritos»: AH a Goethe, 3 de febrero de 1810.

—«Nuevos sentidos»: AH a Caroline von Wolzogen, 14 de mayo de 1806, Goethe 1876, p. 407.

[495]AH, *Ideen zu einer Geographie der Pflanzen*, 1807.

[496]«Cómo me gustaría»: Goethe 2002, p. 222.

[497]Schiller, *Über die ästhetische Erziehung des Menschen*, carta 2, Schiller 1962, vol. 5, p. 572.

[498]Schiller a C. G. Körner, 6 de agosto de 1797.

[499]«ver cadenas»: WH a K. G. von Brinckmann, 18 de marzo de 1793.

—«Nunca podía crear…»: Schiller a C. G. Körner, 6 de agosto de 1797.

[500]Schiller a Goethe, 11 de octubre de 1796.

[501]Goethe a J. P. Eckermann, 12 de diciembre de 1828.

[502]«Casa del Jardín»: Schiller a Goethe, 17 de febrero de 1797; véase Schiller a Goethe, 2 de mayo de 1797; Goethe, 18 de marzo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 6.

—Sobre el cambio de escenario y el ejercicio: Schiller a Goethe, 11 de enero de 1797; Schiller a C. G. Körner, 7 de febrero de 1797; Charlotte Schiller a Fritz von Stein, 3 de marzo de 1797, Petersen 1909, vol. 3, p. 64.

[503]Goethe a Christiane Vulpius, 28 de mayo de 1797 y 25 de mayo de 1798.

[504]Visitas de Goethe: Goethe, 19, 20, 21, 22, 24, 26, 27, 29, 30 de mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, pp. 68-71.

—Cenador: Goethe a J. P. Eckermann, 8 de octubre de 1827; «tiempo espléndido»: Schiller a Goethe, 2 de mayo de 1797.

[505]FS a C. G. Körner, 30 de enero de 1797.

[506]La reseña de FS sobre *Horen* se publicó en 1796 en *Deutschland*, de Reichardt, FS KA, vol. 2, p. 47.

[507]FS a Novalis, finales de febrero de 1797.

[508]FS a C. G. Körner, 30 de enero de 1797.

[509]Schiller a Goethe, 16 de mayo de 1797; véase Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 586.

[510]Goethe habló con FS: Goethe, 26 de mayo de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 79.

—Goethe habló con las partes implicadas: Goethe, 30 de mayo de 1797, Goethe, *Diarios*, vol. 2, p. 80.

—Goethe prefería estar en casa: Goethe a Christiane Vulpius, 28 de mayo de 1797.
[511]Schiller a AWS, 31 de mayo de 1797.
[512]«Me disgustaría mucho…»: AWS y CS a Schiller, 1 de junio de 1797.
—«Le admiramos sinceramente»: *ibid.*
—AWS fue a ver a Goethe: Goethe, 2 de junio de 1797, Goethe, *Diarios*, vol. 2, pp. 71-72.
[513]Goethe vio a AWS y a Schiller: Goethe, 3 de junio de 1797, Goethe *Diarios*, vol. 2, p. 72.
—«necesidad desagradable»: Schiller a AWS, 1 de junio de 1797.
[514]Sobre la venta de Tegel, cartas de WH a CH de abril a junio de 1797.
[515]Acerca de estos viajes, W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 7 de abril de 1797, Burgsdorff 1907, p. 91; CH a WH, 1 de mayo de 1797.
—Sobre la estancia de Burgsdorff en Dresde, véase CH a WH, 1 de mayo de 1797; también W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 4 de marzo de 1797, Burgsdorff 1907, p. 87.
—La salud de CH: W. F. T. von Burgsdorff a K. G. von Brinckmann, 2 de enero de 1797; W. F. T. von Burgsdorff a Rahel Levin, 3 y 26 de febrero de 1797, Burgsdorff 1907, pp. 68, 74, 84.
[516]Sobre los planes y preparativos de AH: AH a Friedrich von Schuckmann, 14 de mayo de 1797; AH a Goethe, 16 de julio de 1795.
[517]AH a Friedrich von Schuckmann, 14 de mayo de 1797, A. Humboldt 1973, p. 580.
[518]Goethe, 2-8 de junio de 1797, Goethe, *Diarios*, vol. 2, pp. 71-72.
[519]El ensayo de Goethe y AWS: Goethe, 8 de junio de 1797, p. 72; Goethe a Schiller, 10 de junio de 1797; Goethe a AWS, 14 de junio de 1797.
—«esa generación estaba demasiado desatada y ensimismada…»: Schiller a Goethe, 30 de junio de 1797.
[520]Acusaciones de plagio: reseña de FS de *Horen* 1796 en *Deutschland* de Reichardt, FS KA, vol. 2, p. 47; véase FS a Novalis, 26 de mayo de 1797.
—«mentira desvergonzada»: K. L. von Woltmann en ALZ, 20 de mayo de 1797, Borcherdt 1948, p. 530.
—Goethe aconseja a FS que se vaya: Goethe, 10 de junio de 1797, Goethe, *Diarios*, vol. 2, p. 73.
[521]Traslado de FS a Berlín: FS a Novalis, 8 de junio de 1797.
—FS partió el 3 de julio de 1797 y, de camino a Berlín, paró en Weißenfels; véase FS a Novalis, 29 de junio de 1797.
[522]Disminuían las suscripciones a *Horen*: Alt 2004, vol. 2, p. 205; véase Schiller a J. F. Cotta, 5 de enero de 1798; Schiller a Goethe, 26 de enero de 1798.
[523]FS a Novalis, 21 de junio de 1797.
[524]Rumores en Dresde: C. G. Körner a Schiller, 10 de junio de 1797.
—Körner se vuelve contra los Schlegel: C. G. Körner a Schiller, 29 de mayo de 1797.
—CS había corrompido a los hermanos: C. G. Körner a Schiller, 10 de junio de 1797.
[525]«tan feo como los dos primeros»: CS a Luise Gotter, 13 de febrero de 1797.
—«Me alegro de que no salgas…»: CH a Charlotte Schiller, 29 de septiembre de 1797, C. Schiller 1862, vol. 2, p. 173.
[526]El carácter de Charlotte Schiller: Alt 2004, vol. 1, pp. 645-646.
—«En cuanto salga de tu casa…»: R. E. Niethammer a F. I. Niethammer, anterior a octubre de 1797, citada en Kleßmann 2008, p. 234.
[527]Goethe a Schiller, 10 de junio de 1797; Goethe al duque Carlos Augusto, 12 de junio de 1797.
[528]«el deseo de ver…»: Goethe al duque Carlos Augusto, 6 de junio de 1797.

—El duque le concede permiso: Boyle 2000, p. 506.
[529]El paquete que aprisionaba a Fausto: Goethe a Schiller, 2 de diciembre de 1794.
—«desasosiego febril»: Goethe, *Fausto. Primera parte*, v. 435, Goethe 1961, p. 99.
[530]Goethe a Schiller, 22 de junio de 1797.
[531]Schiller a Goethe, 23 de junio de 1797; véase 26 de junio de 1797.
[532]Schiller a C. G. Körner, 3 de junio de 1797. Schiller en Weimar: 11-18 de julio de 1797, Wais 2005, p. 235.
[533]«Este verano me siento muy solo…»: Schiller a C. G. Körner, 3 de junio de 1797. Schiller en Weimar: 11-18 de julio de 1797, Wais 2005, p. 235.
[534]Schiller, «Die Kraniche des Ibycus», 1797; Schiller escribió la balada en agosto de 1797, Wais 2005, pp. 235-237; véase Goethe a Schiller, 23 de agosto de 1797.
[535]Schiller a Goethe, 21 de julio de 1797.
[536]Contribución de AWS al *Musen-Almanach*: AWS a Goethe, 16 de julio de 1797.
—AWS envía un poema: AWS, «Prometheus», 1797; véase Goethe a Schiller, 18 de julio de 1797.
—Goethe lee el poema: Goethe a AWS, 19 de julio de 1797.
[537]Goethe a Schiller, 22 de julio de 1797.
[538]Edición del poema por Schiller: Schiller a AWS, 21 de agosto de 1797.
—Respuesta de AWS a la edición: AWS a Schiller, 28 de julio de 1797.
[539]Schiller aceptó el poema (AWS, «Arion. Romanze», 1797): Schiller a AWS, 27 de julio de 1797 y 21 de agosto de 1797.
[540]Carta de AWS a Goethe: AWS a Goethe, 24 de septiembre de 1797; Goethe había salido de Weimar el 30 de julio de 1797, véase Goethe, 30 de julio de 1797, *Diarios*, vol. 2, p. 76.
[541]Schiller a Goethe, 7 de septiembre de 1797.
[542]AWS Schiller a C. G. Körner, 20 de octubre de 1797.
[543]AWS a Schleiermacher, 1 de noviembre de 1799.
[544]«Su atenta consideración»: AWS en 1837, Borcherdt 1948, p. 452.

8. «Prende, pues, un puñado de oscuridad»

[545]Novalis en la habitación de Sophie: Friederike von Mandelsloh, 1846.
—Sobre Novalis tras la muerte de Sophie, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 605; véase Novalis a Caroline Just, 28 de marzo de 1797.
—«Sin ella…»: Novalis, 20 de mayo de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 38.
[546]Operaciones y muerte de Sophie: Novalis, 19 de marzo de 1797, *ibid.*, p. 27; Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 19 de septiembre de 1796.
[547]«criatura celestial»: Novalis a K. L. von Woltmann, 22 de marzo de 1797.
—Sobre la última visita de Novalis a Sophie: Novalis, 10 de marzo de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 27.
[548]Novalis hace esta descripción de Sophie en agosto o septiembre de 1796, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 24-25.
[549]Friederike von Mandelsloh a Novalis, 22 de septiembre de 1796.
[550]Novalis quería casarse: Novalis a FS, 1 de agosto de 1794; A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 541.
[551]«una alegría ajetreada»: FS a AWS, 13 de abril de 1792; véase Novalis a A. B. von Hardenberg, junio 1793.

—«Tú vives…»: FS a Novalis, finales de mayo de 1793.
[552]«Sichselbstfindung»: Novalis, «Blüthenstaub», n.º 22, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 421.
[553]Erasmus von Hardenberg murió el 14 de abril de 1797.
[554]Novalis a Caroline Just, 28 de marzo de 1797.
[555]Novalis, julio 1798 (?), Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 50.
[556]Novalis, 25 de mayo de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 40.
[557]Novalis, «Fichte Studies», n.º 3, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 106.
—Sobre la vuelta de Novalis a la obra de Fichte: Novalis, 21, 26, 29-30 de mayo de 1797, Diario, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 38, 41, 42.
[558]Novalis, «Miscellaneous Fragments», n.º 247, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 583; véase Pikulik 1992, p. 40.
[559]«petrificación»: Novalis a Caroline Just, 24 de marzo de 1797.
—«extraño en la Tierra»: Karl von Hardenberg, «Biographie seines Bruders», 1802, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 533.
—Novalis se quedó cerca de Grüningen y llegó a Tennstedt el 18 de abril de 1797; véase Novalis, 18 de abril de 1797, Diario, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 29.
[560]Tumba de Sophie: Novalis a K. L. von Woltmann, 3 de mayo de 1797; Novalis a FS, 13 de abril de 1797; Novalis, mayo-junio 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 34 y ss.
—«mi santuario»: Novalis a FS, 3 de mayo de 1797.
[561]«Caminé hasta la tumba…» Novalis, 21 de mayo de 1797, *Diarios, Novalis Schriften*, vol. 4, p. 39.
—«Me siento indeciblemente solo…»: Novalis, 19 de mayo de 1797, *Diarios*, *ibid.*, p. 38.
—«momentos fulgurantes»: Novalis, 13 de mayo de 1797, *ibid.*, p. 36.
—«Soplé sobre la tumba…»: Novalis, 13 de mayo de 1797, *ibid.*, p. 36; Novalis 1988, p. 17, p. 264.
[562]Novalis, «Fichte Studies», n.º 651, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 292.
[563]«vacilaba y se tambaleaba…»: Novalis, 19 de abril de 1797, *Diarios,* Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 29.
—«firme de nuevo»: Novalis, 16 de mayo de 1797, *ibid.*, p. 37.
[564]«Muy lujurioso»: Novalis, 13-14 de mayo de 1797, *Diarios, ibid.*, p. 35.
—«Mucha lascivia»: *ibid.,* p. 36.
[565]Novalis a Wilhelmine von Thümmel, 13 de abril de 1797.
[566]Sophie se reía de Novalis: Jeannette Danscour a Novalis, 6 de julio de 1795.
—«como si no formara parte…»: Novalis a Caroline Just, 24 de marzo de 1797.
[567]«auténtico autosacrificio»: Novalis, 26 de mayo de 1797, *Diarios,* Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 41.
—«Morir es conquistarse a uno mismo»: Novalis, «Blüthenstaub», n.º 11, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 414; Novalis 1991, p. 384.
[568]«Para mí es muy obvio…»: Novalis a FS, 13 de abril 1797.
[569]«Estoy contigo…»: FS a Novalis, 5 de mayo de 1797.
[570]Novalis a Caroline Just, 24 de marzo de 1797.
[571]FS a Novalis, 5 de mayo de 1797.
[572]«Tengo un respeto ilimitado…»: Novalis a FS, 15 de agosto de 1793.
—Sobre las ideas suicidas de FS: FS a AWS, 21 de noviembre de 1792.
[573]Novalis y Shakespeare: Novalis a FS, 25 de mayo de 1797.
—«Shakespeare alemán»: Novalis a AWS, 30 de noviembre de 1797.
[574]FS a Novalis, principios de marzo 1799.
[575]Preocupación sobre la fuerza de su resolución, por ejemplo, Novalis, 14-15 de mayo, 14, 16-29 de junio de 1797, *Diarios,* Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 36, 46, 48.
—«Que Dios conserve para siempre…»: Novalis, 6 de junio de 1797, *Diarios*, *ibid.*,

p. 44.

—«Cristo y Sophie»: Novalis, 16-29 de junio de 1797, *ibid.*, p. 48; véase O'Brien 1995, p. 65 para este concepto como epitafio. Sophie y Cristo se entrelazan también en el 4.º himno de los *Himnos de la noche*.

—«Tengo una religión…»: Novalis, «Fragmentblatt», n.º 56, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 395.

[576]Novalis volvía a la realidad: Novalis, 16-29 de junio de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 47.

[577]FS a AWS, marzo de 1798.

[578]FS en Weißenfels: FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797.

[579]«Este modo de vida…»: Novalis, 3 de julio de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 49. Fechas del diario: 6 de julio de 1797, *ibid.*, p. 49; O'Brien 1995, p. 65.

—«Ten cuidado…»: Novalis, 16-29 de junio de 1797, *Diarios*, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 48.

[580]Novalis a FS, 5 de septiembre de 1797.

[581]Bate 1986, p. 6.

[582]«El ojo del poeta…»: Novalis a FS, 25 de mayo de 1797.

[583]Bate 1986, pp. 11, 171-172.

[584]A. W. Schlegel 1815, vol. 2, p. 99; AWS SW, vol. 6, parte 2, p. 161.

[585]Shakespeare era desordenado y vulgar: A. W. Schlegel 1815, vol. 2, p. 109; AWS SW, vol. 6, parte 2, p. 167.

—«Salvaje borracho»: A. W. Schlegel 1815, vol. 2, p. 106; AWS SW, vol. 6, parte 2, p. 168.

[586]Shakespeare seguía las emociones, no las reglas: A. W. Schlegel 1815, vol. 2, pp. 109, 128; AWS SW, vol. 6, pt. 2, pp. 170, 186.

—«El espíritu de la poesía romántica…»: A. W. Schlegel 1815, vol. 2, p. 98; AWS SW, vol. 6, pt. 2, p. 160.

[587]Escritores ingleses: Mary Shelley, 16-21 de marzo de 1816, *Diarios*, Shelley 1987, vol. 1, pp. 198-199.

—Reseña de William Hazlitt de las *Lecciones sobre arte dramático y literatura*, Paulin 1998, p. 203; Bate 1986, pp. 8-9. S. T. Coleridge y AWS: Holmes 1998b, p. 278 y ss.

[588]«un crítico alemán»: S. T. Coleridge a William Mudford, 1818, citado por Haney 1906, p. 33.

—«descubridor de Shakespeare»: *Analectic*, 1818, Pochmann 1978, p. 485.

[589]«Poca gente hay…»: Novalis a FS, 5 de septiembre de 1797.

—«su melancolía»: AWS a Goethe, 24 de septiembre de 1797.

—«andas tan ocupado»: FS a Novalis, 26 de septiembre de 1797.

[590]Llegada de Novalis a Freiberg: Hädecke 2011, p. 160; Novalis a G. J. Göschen, 7 de diciembre de 1797.

[591]Sobre A. G. Werner, Watson 2010, pp. 169-170.

[592]Descripción de las minas de Freiberg: Steffens 1841, vol. 4, p. 219 y ss.

—«el camino hacia las cámaras…»: Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*, Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 242.

[593]Novalis en Freiberg: Novalis a FS, 11 de mayo de 1798; Ludwig Tieck a F. W. Riemer, 3 de julio de 1841, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 560.

—«un fuego…»: H. G. von Carlowitz a monsieur Bouc, 29 de abril de 1798, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 616.

—«la electricidad que siento…»: Novalis a AWS, 24 de febrero de 1798.

[594]«maravillosos poderes»: Novalis a Erasmus von Hardenberg, 26 de febrero de 1797; véase Novalis a AWS, 12 de enero de 1798.

—«Los laboratorios…»: Novalis, *Die Lehrlinge zu Sais*, Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 105.

[595]«enciclopedia» y *Encyclopédie*: Novalis 2007, p. xxv.
[596]«teoría del futuro»… «teoría de la emoción»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 78, 387, 435, 72, 333, Novalis *Schriften*, vol. 3, pp. 253, 311, 321, 252, 299.
[597]«cuerpo de conocimiento»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 333, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 299.
—Sobre el sistema científico, véase Novalis a FS, principios de noviembre de 1798.
—La mente como luz refractada: Novalis, *Lehrlinge zu Sais*, Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 82.
—«semilla de todos los libros»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 557, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 363.
[598]«las ciencias deben ser poetizadas»: Novalis a AWS, 24 de febrero de 1798.
—Sobre Coleridge y Davy: S. T. Coleridge, *The Friend*, 1810, Harman 2009, p. 320; Holmes 1998b, p. 288.
—«que Euclides sea cantable»: FS a Schleiermacher, julio de 1798.
[599]Los poetas comprendían mejor: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 1093, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 468.
—«La poesía… es la verdadera realidad…»: Novalis, «Über Goethe», n.º 473, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 647.
[600]«idealismo mágico»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 399, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 315.
—«mágica y poderosa facultad…»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 1075, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 466; Novalis 2007, p. 181; véase también n.º 338, 642, 826, pp. 301, 385, 430.
[601]Los pensamientos se convertían en objetos: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 338, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 301.
[602]«treinta centímetros»: Linneo 2003, p. 170.
[603]«Cuanto más poético…»: Novalis, «Über Goethe», n.º 473, véase también «Allgemeine Brouillon», n.º 717, Novalis *Schriften*, vol. 2, pp. 647, 406.
[604]«Hacia abajo me dirijo»: Novalis 1988, p. 11.
—«Hacia el vientre»: *ibid.*, p. 39.
—«mensajero silencioso»: *ibid.*, p. 15.
—«color de la Noche?»: *ibid.*, p. 21.
[605]Novalis, «Blüthenstaub», n.º 16, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 418; Novalis 1991, p. 385.
[606]«Y tú eres la Muerte»: Novalis 1988, p. 30.
—«dulce Sol»: *ibid.*, p. 12.
—«zumo marrón»: *ibid.*, p. 15.
[607]«anhelo de muerte», *ibid.*, p. 39.
[608]Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*, Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 319.
[609]«administración mecánica»: Novalis, «Glauben und Liebe», n.º 36, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 494.
—«¿Para qué sirven las riquezas?»: *ibid.*
[610]«Romantizar el mundo»: Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 105, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 545.

9. «Una sublime impertinencia»

[611]Sobre FS en los salones de Berlín y sus ropas: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 22 de octubre y 31 de diciembre de 1797, Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, pp. 177, 220; FS a AWS, 31 de octubre de 1797. También Ziolkowski

2006, p. 18 y ss.; Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 114; DV a Clemens Brentano, mediados de noviembre de 1800.

[612]«anarquía estética»: FS, *Ueber das Studium der griechischen Poesie*, 1795-1797, FS KA, vol. 1, p. 224.

—«una analogía de su propio carácter…»: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 31 de diciembre de 1797, Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, p. 220.

[613]FS a AWS, 19 de septiembre de 1797; véase AWS a Goethe, 24 de septiembre de 1797.

[614]La brújula moral de Schleiermacher: FS a AWS y CS, 28 de noviembre de 1797.

—«torrente inagotable de nuevas opiniones…»: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 22 de octubre de 1797, Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, p. 177.

[615]Sobre la rutina diaria de FS y Schleiermacher: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 31 de diciembre de 1797, Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, pp. 217-219.

[616]Sobre el cambio de nombre de Dorothea: Frank 1988, p. 55.

[617]«Sócrates judío»: Clark 2007, p. 75. La educación de Dorothea: Fürst 1858, p. 111 y ss.

[618]Aspecto de Dorothea: Fürst 1858, p. 116; parecido de Dorothea con su padre, Frank 1988, p. 211. DV y Simon Veit: Horn 2013, p. 44.

[619]WH a CH, 26 de junio de 1790.

[620]El amante de Dorothea era Eduard d'Alton, Stern 1994, pp. 75-77.

[621]Sobre los salones judíos de Berlín: Fürst 1858, pp. 129-130.

—«Castillo del Tedio»: *ibid.*

—«La mente es un poderoso nivelador»: *ibid.*

[622]Letras grandes y personalidades audaces: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 31 de diciembre de 1797 Schleiermacher 1988, parte 5, vol. 2, p. 220.

[623]«En cuanto a finura, está muy por detrás de mi cuñada»… «Ella es solo un boceto»: FS a Novalis, 17 de diciembre de 1798. FS sobre DV: FS a CS, mediados de febrero de 1798. DV se enamoró de FS: Stern 1994, p. 81.

—«unión eterna de sus mentes»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 17; F. Schlegel 1971, p. 48.

—«El Magnífico»: DV a Schleiermacher, marzo de 1799.

[624]«esta noche espero»: FS a Novalis, 26 de septiembre de 1797.

—«materia volcánica»: *ibid.*

[625]Castigo del adulterio*: Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten*, 2, parte 20, secciones 1063, 1064.

—«O todo o nada»: DV a Rahel Levin, 6 de junio de 1793.

[626]«La letra es la verdadera varita…»: FS a Novalis, 2 de diciembre de 1798; véase FS, «Über die Philosophie: An Dorothea», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 3.

—«gran plan»: FS a AWS, 31 de octubre de 1797.

—«prostitución»: FS a AWS, 2 de noviembre de 1797.

[627]«sublime impertinencia»: FS a AWS, 2 de noviembre de 1797.

—Vanidad de los hermanos: Charlotte Ernst a Novalis, 1 de febrero de 1799.

[628]FS esperaba las contribuciones de CS… *Herkules*: FS a AWS, 31 de octubre de 1797

[629]Cartas de FS: FS a AWS, 31 de octubre, principios de noviembre, antes del 28 de noviembre, 28 de noviembre, c. 1 de diciembre, 5, 12, 18 y 28 de diciembre de 1797.

—«Con qué impaciencia…»: FS a AWS, CS y Auguste Böhmer, principios de noviembre de 1797. FS no podía concentrarse: FS a AWS, noviembre de 1797.

[630]*Athenaeum*: FS a AWS, c. 1 de diciembre de 1797; FS a AWS, 28 de diciembre de 1798; FS a AWS, 15 de enero de 1798.
[631]Rumores de un romance: K. A. Varnhagen von Ense a Rahel Levin, 21 de septiembre 1808, Varnhagen 1874-1875, vol. 1, p. 40. Las cartas de FS de esa época mencionan a Friederike Unger.
[632]«gran rapsodia filosófica»: FS a CS, 12 de diciembre de 1797.
—Suministro infinito de fragmentos: FS a AWS, 31 de octubre de 1797; «Todo mi ser…»: FS a AWS, 18 de diciembre de 1797.
[633]Novalis a Erasmus von Hardenberg, agosto de 1793.
[634]«el historiador es un profeta…»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 80, FS KA, vol. 2, p. 176; F. Schlegel 1971, p. 170.
—«publicar es para el pensamiento…»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 62, FS KA, vol. 2, p. 174; F. Schlegel 1971, p. 169.
[635]«A las mujeres se las trata tan injustamente…»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 49, FS KA, vol. 2, p. 172; F. Schlegel 1971, p. 167.
[636]«La llamada religión…»: Novalis, «Blüthenstaub», n.º 77, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 447; Novalis 1991, p. 396.
[637]Componer mediante fragmentos: FS a AWS, 31 de octubre de 1797.
—«notas al pie»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 259, FS KA, vol. 2, p. 209.
—«niños mimados»: FS a AWS, 31 de octubre de 1797.
—«semillas literarias»: Novalis, «Blüthenstaub», n.º 114, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 463.
[638]«si solo se escribe para filósofos…»: FS a AWS, 19 de enero.
[639]«Amigos, la tierra es pobre…»: Novalis, «Blüthenstaub», Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 413; Novalis 1991, p. 383.
—«sinfonía gigante»: FS a AWS, 25 de marzo de 1798; véase FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 125, FS KA, vol. 2, p. 185.
[640]FS era implacable: FS a AWS, 5 de diciembre de 1797.
—«niña testaruda»: FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797.
—Sobre la educación de Auguste: Auguste a Cäcilie Gotter, 24 de octubre de 1796, cartas de CS, vol. 1, p. 761; FS a Auguste Böhmer, 25 de julio de 1797 y 26 de agosto de 1797.
—«*Äffchen Augustchen*»: FS a Auguste Böhmer, 26 de agosto de 1797.
[641]«Adiós, niña mía…»: FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797; las peticiones de FS se incluyen en FS a Auguste Böhmer, mediados de septiembre de 1797 y 2 de noviembre de 1798.
[642]Cotilleos de Jena: FS a Auguste Böhmer, c. 24 de octubre de 1797; sobre el romance de FS, véase FS a Auguste Böhmer, 26 de agosto de 1797.
—«una niña y una jovencita»: FS a Auguste Böhmer, 26 de agosto de 1797.
[643]«¿Es que Auguste no va a mandarme algo?»: FS a AWS, 5 de diciembre de 1797.
[644]AWS despertó a CS: FS a AWS, 18 de diciembre de 1797.
—CS mandaba fuera a todo el mundo: CS a Luise Gotter, 3 de diciembre de 1797.
[645]«de las suyas, de las tuyas…»: FS a AWS, 18 de diciembre de 1797.
—«perro trufero»: Schleiermacher y FS a AWS, 15 de enero de 1798.
[646]CS y Wilhelm Meister… «¿No llamaría la atención?»: Schleiermacher y FS a AWS, 15 de enero de 1798; otras peticiones en FS a AWS, 13 de abril de 1798.
[647]CS como editora: FS a AWS, 5 de diciembre de 1797, 6 de marzo de 1798, 28 de marzo de 1798.
—«Caroline era como un río…»: he «robado» esta imagen del último párrafo de *Middlemarch*, donde George Eliot describe a su protagonista, Dorothea Brooke, como un río que fluye por muchos canales diferentes.
[648]*Hamlet* en Berlín: CS a Luise Gotter, principios de julio de 1798.

—«Extraña niña hada»: AWS, «Das Feenkind», AWS SW, vol. 1, p. 235.

[649]CS a Luise Gotter, principios de julio de 1798.

[650]«republicanizado mediante el poder»: AWS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 209, FS KA, vol. 2, p. 197.

[651]*Terroriste* y otros neologismos: Leclercq 1989, pp. 286, 290.

—«alfabeto omnipotente»: FS, «Ideen Fragmente», n.º 61, FS KA, vol. 2, p. 262; véase Schnyder 1990, pp. 43-45.

[652]Fragmentos en *Athenaeum*: como Caroline nunca publicó nada con su nombre, no sabemos cuántos fragmentos del total se deben a su pluma, pero August Wilhelm Schlegel escribió por lo menos ochenta y seis, Schleiermacher proporcionó veintiocho y Novalis produjo trece; véase Endres 2017, p. 147.

[653]AWS a Schleiermacher, 22 de enero de 1798.

[654]Sobre la palabra *romantisch*: Pikulik 1993, p. 74 y ss.

—«dos mil páginas»: FS a AWS, c. 1 de diciembre de 1797; FS hablaba de «ciento veinticinco folios»; un folio eran dieciséis páginas impresas en octavo, por lo que ciento veinticinco folios son dos mil páginas impresas.

[655]«La poesía romántica…»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 116, FS KA, vol. 2, p. 182; F. Schlegel 1971, p. 175.

—Sobre poesía romántica: Novalis a AWS, 24 de febrero de 1798; Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 17, 42 y «Anekdoten», n.º 280, Novalis *Schriften*, vol. 2, pp. 527, 535, 590.

[656]«Al dar a lo común un significado más elevado…»: Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 105, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 545; también Novalis, «Fragmente und Studien», 1799-1800, n.º 671, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 685.

[657]«organismo vivo»: Novalis a AWS, 12 de enero de 1798; también Novalis, «Blüthenstaub», n.º 70 y Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 43, Novalis *Schriften*, vol. 2, pp. 440, 535.

—«estar siempre en proceso de formación»: FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 116, FS KA, vol. 2, p. 182; F. Schlegel 1971, p. 175.

—Dejar espacio a la imaginación: Heiner Voß sobre Goethe, noviembre-diciembre de 1803, Goethe 1982-1996, vol. 4. p. 423.

[658]Novalis, «Fichte Studies», n.º 648, Novalis *Schriften* vol. 2, p. 289.

[659]*Poietikós* y la poesía romántica: Beiser 2003, p. 16.

[660]«posea un espíritu invisible»: FS, «Gespräch über Poesie», 1800, FS KA, vol. 2, p. 304.

—«estaba dentro de nosotros»: *ibid.*, p. 285.

—«poetizar es crear…»: Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 36, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 534; sobre la opinión de AWS acerca de la poesía, véase Beiser 2003, p. 16.

—«Los comentarios a un poema…»: AWS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 40, FS KA, vol. 2, p. 171; F. Schlegel 1971, p. 166.

[661]John Keats, 28 de diciembre de 1817, transmitido por Benjamin Robert Haydon, Haydon 1960-1963, vol. 2, p. 173.

[662]La lógica ordinaria era mecánica: Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 16, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 526.

—«caos racional»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 234, Novalis, vol. 3, p. 281, Novalis 2007, p. 34.

—«el poeta es más que el más alto grado de pensador…»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 717, Novalis, vol. 3, p. 406; Novalis 2007, p. 132.

—«rasgo más destacado»: Novalis a A. C. Just, 26 de diciembre de 1798; véase Novalis, «Fichte Studies», n.º 578, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 275; Novalis 2013, p. 174.

[663]Platón y la imaginación: Kaag 2014, p. 26.

—«facultad promiscua»: Samuel Johnson, Rambler, citado por Bate 1986, p. 10.

[664]El ser humano está dominado por la imaginación: Costelloe 2018, p. 23.

[665]Kant y la imaginación: Kaag 2014, p. 27 y ss.

[666]Fichte y la imaginación: Pikulik 1992, pp. 37-39; Fichte, *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre*, 1794/5, Fichte SW, vol. 1, p. 216.

—«La imaginación, únicamente ella»: Fichte, *Wissenschaftslehre nova methodo*, 1798/9, Fichte 1982, p. 208.

[667]«escribimos el mundo…»: FS, «Lecciones de Filosofía Trascendental», 1800/1, FS KA, vol. 12, p. 105.

[668]Fichte no llegó lejos: Pikulik 1992, p. 38.

—«bálsamo de propiedades curativas…»: AH, 22 de noviembre de 1799-7 de febrero de 1800, *Diarios*, A. Humboldt 2000, p. 179.

[669]Heine sobre Goethe y los Schlegel: Heinrich Heine, *Die Romantische Schule*, Richards 2002, p. 462.

—«Goethe es, en la actualidad, el verdadero regente…»: Novalis, «Blüthenstaub», n.º 118, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 466; Novalis 1991, p. 402.

[670]Novalis, «Blüthenstaub», n.º 120, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 466; Novalis 1991, p. 402.

[671]Goethe, *Fausto. Segunda parte*, vv. 6787-6789, Goethe 1994a.

[672]*Fantasie* no era griego: FS a AWS, mediados de marzo de 1798. Grado de pasión: CS a FS, agosto de 1795.

[673]Elemento dionisiaco: Zimmermann 2009, pp. 45-46.

—«poesía de los frenéticos»: FS, *Geschichte der Poesie der Griechen und Römer*, 1798, FS KA, vol. 1, p. 404.

—«línea torcida»: Novalis, «Fichte Studies», n.º 485, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 257; Novalis 2013, p. 154.

[674]Prefijo sin-: FS a Novalis, 26 de septiembre de 1797; Novalis a CS Schlegel, 9 de septiembre de 1798; FS a Novalis, de noviembre de 1798; FS, «*Athenaeum* Fragmente», n.º 125, FS KA, vol. 2, p. 185.

—«Sinfilosofía… lo que nos conecta»: FS a Novalis, 26 de septiembre de 1797.

[675]«un fenómeno extraño»: C. M. Wieland a K. A. Böttiger, 28 de mayo de 1798, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 617. «Nuestra desfachatez»: FS a CS, 20 de octubre de 1798.

[676]«Los Schlegel… están en contra»: Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803; Huber 1999, vol. 1, p. 423.

[677]«Hay que aceptarlo…»: Goethe, 6 de febrero de 1799, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 21.

—Discusión sobre el primer número de *Athenaeum*: Goethe a AWS, 18 de junio de 1798.

[678]«Ese tono sabelotodo…»: Schiller a Goethe, 23 de julio de 1798.

—Schiller odiaba a los Schlegel: Schiller a Goethe, 8 de mayo de 1798.

[679]«avispero»: Goethe a Schiller, 25 de julio de 1798.

[680]Hermanos Schlegel egoístas y pretenciosos: Schiller a Goethe, 27 de julio de 1798.

—«trastorno mental»: Charlotte Schiller a Fritz von Stein, 2 de enero de 1802, Wais 2005, p. 300.

—Los Schlegel en guerra: CS a FS, 14-15 de octubre de 1798.

[681]Endres 2017, p. 293.

[682]«mi expedición alemana»: S. T. Coleridge a Thomas Poole, 16 de junio de 1798, Coleridge 1956-1971, vol. 1, p. 250; sobre la estancia de Coleridge en Alemania, véase Holmes 1998a, pp. 205-237.

—«Asustado por los gastos…»: S. T. Coleridge, 22 de septiembre de 1798, *Cuadernos*, Coleridge 1958-2002, vol. 1, p. 341; véase S. T. Coleridge a Sara

Coleridge, 28 de septiembre de 1798, Coleridge 1956-1971, vol. 1, p. 254.

—«su pronunciación era "horrible"… bolsa llena de libros»: S. T. Coleridge a Josiah Wedgewood, 21 de mayo de 1799, Coleridge 1956-1971, vol. 1, p. 283.

[683]Mente de filósofo: Haney 1906, p. 39.

—«Ningún hombre ha sido nunca un gran poeta…»: S. T. Coleridge, citado por Bate 1986, p. 20.

—«No hay duda…»: Henry Crabb Robinson a la Sra. Clarkson, 29 de noviembre de 1811, Robinson 1869, vol. 1, p. 226.

[684]«desbordamiento espontáneo»: William Wordsworth, *Baladas líricas*, prefacio, 1800.

—Coleridge y la imaginación: Holmes 1998b, p. 394.

[685]«Obra abocetada»: Delacroix, citado por Ferber 2010, p. 127.

—«bocetos, apuntes…»: reseña de Robert Schumann de los *Preludios* de Chopin, *Neue Zeitschrift für Musik*, vol. 11, noviembre de 1839, pp. 19, 163.

10. «"Sinfilosofía", así se llama verdaderamente lo que nos conecta»

[686]«Florencia del Elba»: J. G. Herder, 1802, citado en Alt 2004, vol. 1, p. 409.

—El «elegante paseo» era la terraza de Brühl; reflejo de la ciudad en el río: CS y AWS, «Die Gemählde. Gespräch», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 54.

[687]Sobre los museos de Dresde, Boller 2015, pp. 196-230; Pilz 2015, pp. 240-275.

[688]Viaje de CS a Dresde: AWS a Goethe, 9 de mayo de 1798; Gries 1855, p. 25.

—Convivencia con Charlotte: CS a Luise Gotter, principios de julio de 1798; véase Henriette Mendelssohn a DV, 19 de abril de 1799.

[689]«Ven pronto, viejo amigo…»: Caroline, AWS y FS a Novalis, 1 de julio de 1798.

—«sinfilosofía»: FS a Schleiermacher, 3 de julio de 1798; Novalis a CS, 9 de septiembre de 1798.

[690]Ludwig Tieck a F. W. Riemer, 3 de julio de 1841, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 560.

[691]«vidente»: FS a Schleiermacher, julio de 1798.

—«Está buscando… una droga»: *ibid.*

[692]«tocar su propia mente»: FS a Schleiermacher, julio de 1798.

—«lleno de las semillas»: *ibid.*

[693]Fichte en Dresde: Dora Stock a Charlotte Schiller, 24 de octubre de 1798, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 25.

[694]FS, «Ideen Fragmente», n.º 122, FS KA, vol. 2, p. 268.

[695]Sobre Auguste: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 109.

[696]Boller 2015, p. 209.

[697]*Gemäldegalerie*: Pilz 2015, p. 240.

—«tomaban posesión de las galerías…»: Dora Stock a Charlotte Schiller, 24 de octubre de 1798, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 25.

—«un depósito lleno de toda clase de estímulos»: Novalis, «Studien zur Bildenden Kunst», n.º 476, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 648.

[698]«va directamente de los ojos…»: CS y AWS, «Die Gemählde. Gespräch», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 125.

[699]«No me ayudarás»: CS y AWS, «Die Gemählde. Gespräch», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 88.

—«desliz juvenil»: *ibid.*, p. 92.

[700]Dora Stock a Charlotte Schiller, 24 de octubre de 1798, C. Schiller 1862, vol.

3, p. 25.
[701]«peaje judío»: FS a Schleiermacher, 5 de mayo de 1800; CS a AWS, 8 de marzo de 1802.
—«buey polaco»: Moses Mendelssohn, citado por FS KA, vol. 25, p. 452.
—El retrato de FS para DV: FS a Schleiermacher, mediados de julio de 1798.
[702]Veladas en Dresde: P. D. A. Atterbom a E. G. Geijer, 24 de enero de 1818 (habla sobre el verano de 1798), Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 4.
—Por las galerías con antorchas: Novalis a H. U. E. von Hardenberg, 1 de septiembre de 1798; Jean Paul Richter, 1798, Grabowski 1861, vol. 3, p. 138.
[703]Se refiere la Paz de Leoben, abril de 1797.
[704]«porque siempre sabe cómo arreglarlo…»: F. K. Forberg describiendo a Fichte, abril de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 418.
—Napoleón, una fuerza de la naturaleza: Steffens 1841, vol. 4, p. 57.
[705]«Sobre todo… envíeme una lista…»: Napoleón a Guillaume Faipoult, 1 de mayo de 1796, citado en Saltzman 2012, p. 11.
[706]Fichte a K. L. Reinhold, 2 de julio de 1795.
[707]Noticias sobre Schelling: AWS, FS, CS y F. I. Niethammer, 6 de julio de 1798.
—Encuentro con Schelling: AWS a Gottlieb Hufeland, 15 de julio de 1798; Schelling a F. I. Niethammer, 23 de octubre de 1797; Schelling conoció a AWS a finales de mayo de 1798 en Leipzig, Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 76.
—Novalis sobre Schelling: Novalis a FS, 14 de junio y 26 de diciembre de 1797.
—AWS invita a Schelling: AWS a Gottlieb Hufeland, 15 de julio de 1798; Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 76.
[708]Tilliette 2004, p. 12.
[709]Sobre la niñez de Schelling, Jaspers 1955, p. 15; Tilliette 2004, pp. 11-15.
[710]Schiller en el Tübinger Stift: Schelling 1962-1975, vol. 1, pp. 9-18; Tilliette 2004, p. 16 y ss.; Klaube 2020, p. 42; Pinkard 2001, p. 21; Vieweg 2020, p. 59 y ss.
[711]«miserable engranaje…»: K. P. Conz (y también Georg Kerner), citados por Vieweg 2020, pp. 62-63.
[712]La rebelión de Schelling: Tilliette 2004, pp. 26-27.
[713]«respirar aire libre…»: Schelling a Hegel, enero de 1796.
[714]«revolución política»: Schelling a Hegel, 6 de enero de 1795 y 21 de julio de 1795.
[715]«maestra de la humanidad»… «volver a dar alas a la física»: Anónimo, *Das älteste Systemprogramm des deutschen Idealismus*, c. 1796/7.
[716]*ibid.*, p. 161.
[717]«El alfa y el omega»: Schelling, *Vom Ich als Prinzip der Philosophie*, 1795, Schelling SW, vol. 1, p. 177; véase Schelling a Hegel, 4 de febrero de 1795.
[718]«la edad de las tinieblas»: Schelling a Hegel, 6 de enero de 1795.
[719]El primer libro de Schelling fue *Del Yo como principio de la filosofía o sobre lo incondicionado en el saber humano* en 1795, seguido por *Ideas para una filosofía de la naturaleza* en 1797 y *El alma del mundo* en 1798.
—Schiller se mostró impresionado por Schelling: Schiller a Goethe, 10 de abril de 1798; véanse las cartas entre Schiller y Goethe de enero de 1798.
[720]«realista estricto»: Goethe a F. H. Jacobi, 17 de octubre de 1796.
—«se ahogaba en la materia…»: la condesa Görtz sobre Goethe, Boyle 2000, p. 222.
—«Entre los realistas y los idealistas»: Goethe a Schiller, 30 de junio de 1798.
—«Estricto e innecesario examen…»: Goethe a Schiller, 6 de enero de 1798.
[721]Fichte, *Privatissimum für G. D.,* abril de 1803, Fichte GA II, vol. 6, p. 331.
[722]Goethe, *Erster Entwurf einer Allgemeinen Einleitung in die Vergleichende Anatomie*, 1795.
[723]«En fin…»: Goethe a Schiller, 6 de enero de 1798.

—Schelling es invitado a Jena: Goethe, 28-30 de mayo de 1798, Goethe, *Diarios*, vol. 2, p. 209.

[724]«Círculo de Jena»: Goethe a C. G. Voigt, 29 de mayo de 1798 y 21 de junio de 1798; véase C. G. Voigt a Goethe, 16 de julio de 1798; sobre la recomendación de Fichte, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 526.

—Trabajo para Schelling: Goethe a Schelling, 5 de julio de 1798.

—Petición de permiso: Schelling al duque de Wurtemberg, 8 de agosto de 1798.

[725]«dormir en un lecho de alquiler…»: Schelling a J. F. Schelling, 6 de agosto de 1798.

—«unos meses de libertad…»: Schelling a J. F. Schelling, 25 de junio de 1798.

[726]Novalis a FS, 26 de diciembre de 1797.

[727]El aspecto de Schelling: Gries 1855, p. 28; F. K. von Savigny, 30 de julio-2 de agosto de 1799, Stoll 1891, p. 14; Steffens 841, vol. 2, pp. 75-76; Garlieb Merkel, 1799, y Henry Crabb Robinson, 1802, *Diario*, en Tilliette 1974, pp. 41, 102.

—«fuerte, testarudo»: DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.

—«el tipo de hombre que rompe moldes…»: CS a FS, 14-15 de octubre de 1797.

[728]Schelling era silencioso y serio: CS a Novalis, 4 de febrero de 1799; Schiller a Goethe, 21 de diciembre de 1798.

[729]Schelling fascinado: Schelling a J. F. Schelling, 20 de septiembre de 1798.

—«¡Adelante, vamos!…»: *ibid.*

—«¿Y qué es un año?»: *ibid.*

[730]FS a Schleiermacher, antes de mediados de agosto de 1798.

[731]Fichte y Schiller: Schiller a Goethe, 28 de agosto de 1798.

[732]Schelling en las minas de Freiberg: Gries 1855, p. 30.

—«oscuro y seductor regazo…»: Novalis, «Lehrlinge zu Sais», Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 104. El otro estudiante era el hijo de J. G. Herder, August Herder, Gries 1855, p. 30.

[733]Descripción de las minas de Freiberg: Steffens 1841, vol. 4, p. 219 y ss.

—El compañero se asustó: Gries 1855, p. 30.

11. «Ser uno con todo lo que vive»

[734]Schiller y Goethe sobre trabajos de construcción: Schiller a Wilhelm Reinwald, 19 de julio de 1798, y Goethe, julio, agosto y septiembre de 1798, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 213-220.

—Schiller y Goethe sobre trabajos de construcción: Schiller a Goethe, 20 de julio de 1798; Goethe a Schiller, 21 de julio de 1798.

—«los olores de la grasa quemada…»: Goethe a J. H. Meyer, 8 de junio de 1798.

[735]«Goethe cabalgó hasta Jena»: Goethe pasó casi tres semanas en Jena en junio, tres días en julio y otras dos semanas en agosto; véase Goethe, junio-agosto de 1797, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 210-217.

[736]La filosofía de Schelling y las *Metamorfosis de las plantas:* Goethe, 17 y 18 de junio de 1798, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 212.

[737]«todas las moscas parecían zumbar alrededor de una flor en particular»: Goethe, 29 de julio de 1798, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 216.

—«El malévolo ángel del empirismo…»: Goethe a Schiller, 14 de julio de 1798.

[738]«Schelling… fue enseguida a ver a Schiller»: Schiller a Goethe, 5 de octubre de 1798.

—Schiller y *Wallenstein*: Schiller a C. G. Körner, 25 de mayo de 1792, 12 de septiembre de 1794, 27 de diciembre de 1796, 23 de enero de 1797 y 20 de noviembre de 1797; Schiller a Goethe, 18 de marzo de 1796 y 23 de octubre de 1796; Goethe a Karl von Knebel, 28 de marzo de 1797.

[739]*Wallenstein* en el teatro de Weimar: Goethe, 13 de septiembre de 1798, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 218; Schiller a C. G. Körner, 30 de septiembre de 1798.

—«Pero Schiller era incapaz de darla por terminada»: Goethe a J. H. Meyer, 26 de septiembre de 1798; Goethe a Schiller, 7 de octubre de 1798; Schiller a Goethe, 9 de octubre de 1798.

[740]AWS se convierte en profesor: AWS a Goethe, 18 de julio de 1798.

—«a August Wilhelm se le daba bien cargarse a las espaldas trabajo innecesario»: CS a Novalis, 15 de noviembre de 1798.

[741]«ni siquiera los trabajos de August Wilhelm Schlegel eran “inmejorables”»: C. G. Schütz a AWS, principios de diciembre de 1797.

—Respuesta de ocho páginas: AWS a C. G. Schütz, 10 de diciembre de 1797.

—«pero había empezado a avejentarse»: F. K. von Savigny, 30 de julio-2 de agosto de 1799, Stoll 1891, p. 15.

[742]«el testarudo Schelling»: CS a Novalis, 15 de noviembre de 1798; véase también Steffens 1841, vol. 4, p. 75; para CS en el estudio de AWS, véase CS a Novalis, 4 de febrero de 1799.

[743]«Y como los requisitos para sus lecciones…»: Schelling a J. F. y G. M. Schelling, 12 de noviembre de 1798.

[744]«dejaron a Auguste en Jena…»: CS a FS, 14-15 de octubre de 1798.

[745]Sobre los costes del transporte: A. G. F. Rebmann 1787-1789, Rebmann 1994, p. 87.

[746]«Goethe había sido el director…»: Goethe se convirtió en director en 1791.

[747]«un reluciente palacio de ensueño» y siguientes descripciones del teatro: CS a

FS, 14-15 de octubre de 1798.
[748]«secuestró»: Anton Genast, antes del 12 de octubre de 1798, Goethe 1982-1996, vol. 3, p. 769.
[749]Goethe en su palco: M. W. G. Müller, 26 de febrero de 1800, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 95.
[750]«la primera copa de una botella de champán»: CS a Luise Gotter, a principios de 1799.
[751]«Schiller ha tardado años…»: CS a FS, 14-15 de octubre de 1798.
[752]CS volvió con Schelling: *ibid.*
[753]«cuatro copas de champán…»: *ibid.*
[754]CS y Schelling se quedaron en Jena: Steffens 1841, vol. 4, p. 108.
[755]«*Wallenstein* fue un gran éxito…»: Schiller a C. G. Körner, 8 de mayo de 1799.
[756]«pararrayos»: J. F. Cotta a Schiller, 20 de mayo de 1798.
[757]«Siete vigilantes habían muerto congelados»: FS a CS, mediados de diciembre de 1798.
—«Nunca he sentido tanto frío en mi vida»: S. T. Coleridge a Sara Coleridge, 10 de marzo de 1799, Coleridge 1956-1971, vol. 1, p. 272; Coleridge viajó del 6 al 12 de febrero de 1799.
[758]«el más grueso de sus chalecos…»: Goethe a Christiane Vulpius, 27 de noviembre de 1798.
—«tendría que esperar un poco más a que regresara…»: Goethe a Christiane Vulpius, 20 de noviembre de 1798.
[759]Goethe en Jena: Goethe, 11-29 de noviembre de 1798, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 222-225.
—Schiller y Schelling: Schiller a Goethe, 24 de noviembre de 1798.
—«Siempre encuentro de lo más estimulante…»: Goethe a Karl von Knebel, 28 de noviembre de 1798.
—«El día invernal de hoy…»: Schiller a Goethe, 24 de noviembre de 1798 y 22 de diciembre de 1798.
—«le daba cuerda…»: Schiller a Goethe, 30 de noviembre de 1798.
[760]Cumpleaños de Schelling: Roßbeck 2008, p. 165.
[761]«es, de lejos…»: CS a Novalis, 4 de febrero de 1799.
—«ironía de la familia Schlegel»: *ibid.*
[762]«y no he encontrado aún el secreto…»: *ibid.*
—«granito puro»: CS a FS, 14-15 de octubre de 1798.
—«Pero ¿dónde va a encontrar…»: FS a CS, 29 de octubre de 1798.
—AWS y Friederike Unzelmann: CS a Luise Gotter, principios de julio de 1798.
[763]«le costaba juntar a más de cinco estudiantes»: F. K. von Savigny, 30 de julio-2 de agosto de 1799, Stoll 1891, p. 14; para los alumnos de Schelling en la plaza del mercado, G. H. Schubett, 1801, Tilliette 1974, p. 69.
—Las lecciones de Schelling: Steffens 1841, vol. 4, pp. 75-76; F. K. von Savigny, 30 de julio-2 de agosto de 1799, Stoll 1891, p. 14; Rudolf Abeken, c. otoño de 1799, y G. H. Schubett, 1801, Tilliette 1974, pp. 35, 37-38.
[764]Schelling y el yo: *Schelling, Ideen zu einer Philosophie der Natur*, 1797, Schelling SW, vol. 2, pp. 217-218.
[765]«un vínculo secreto»: *ibid.*, p 55.
[766]«maravilloso, mágico»: Rudolf Abeken, c. otoño de 1799, Tilliette 1974, pp. 38, 194.
—«era como un general»: Steffens 1841, vol. 4, p. 77.
[767]«El nuevo universo de Schelling estaba vivo…»: *ibid.,* p 128.
—«parte de un organismo universal»: Schelling, Von der Weltseele, 1798, Schelling SW, vol. 2, p. 569; para Schelling y la naturaleza como organismo, véase también Richards 2002, p. 129 y ss.

—Mente y naturaleza: *Ideen zu einer Philosophie der Natur*, 1797, Schelling SW, vol. 2, p. 39.

—«La mente es la naturaleza invisible…»: *ibid.,* p. 56.

[768]«En tanto que yo mismo…»: *ibid.,* p. 47.

—«era siempre un autodescubrimiento»: Henrik Steffens a Schelling, 1 de septiembre de 1800.

[769]«obediencia matemática»: Novalis 2018, p. 78.

[770]«ser uno con todo lo que vive»: Hölderlin, *Hyperion*: Fragmentos, 1795.

[771]«el éxtasis»: Steffens 1841, vol. 4, p. 76; para el llanto de los estudiantes, véase Friedrich Muhrbeck a Hölderlin, septiembre de 1799, Hölderlin 1943-1985, vol. 7, pt. 1, p. 144.

—«epifanía casi religiosa»: G. H. Schubert, 1801, Tilliette 1974, p. 69; véase también Anónimo, 1799, *ibid.*, p. 36.

—«vida nueva, cálida, brillante»: Steffens 1841, vol. 4, p. 128.

—«La filosofía aplicada…»: Schelling, *Erster Entwurf eines Systems der Naturphilosophie*, 1799, Schelling SW, vol. 3, p. 13.

[772]«Caroline organizó un baile»: Sophie Mereau, 20 de mayo de 1799, diario, Mereau-Brentano 1996, p. 58.

[773]Tieck se une al grupo: CS a Luise Gotter, 5 de octubre de 1799.

—«Llenas el espacio…»: Novalis a Tieck, 6 de agosto de 1799.

[774]Juventud de Tieck: Safranski 2009, p. 90.

—*El gato con botas*: *Der gestiefelte Kater,* 1797. [Hay trad. cast.: *El gato con botas*, Madrid, Abbada, 2003].

[775]«decidieron subir a una colina cercana»: y Tieck terminando *Der blonde Eckbert*: Köpke 1855, vol. 1, p. 248; la colina que subieron fue la de Hausberg.

[776]Aspecto de Auguste: Retrato de Auguste Böhmer por Johann Friedrich August Tischbein, 1799.

—Auguste y la música: Luise Gotter a Julie Gotter, 14 de enero de 1798, BBAW, NL Schelling, n.º 936.

—«Auguste se burlaba de Friedrich»: Auguste Böhmer a FS, abril de 1799.

[777]«nuestro espléndido círculo»: Novalis a CS, 27 de febrero de 1799.

[778]«se había hecho cargo de la traducción…»: CS a Novalis, 4 de febrero de 1799.

—Almuerzos en casa de CS: CS a Luise Gotter, 6 de junio de 1799; CS a J. D. Gries, 9 de junio de 1799.

—Goethe y los Schlegel: Goethe, 28 y 29 de marzo de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 239.

—«Está siempre aquí»: CS a Novalis, 15 de noviembre de 1798.

[779]Conciertos en la Zur Rose: F. K. von Savigny, 30 de julio-2 de agosto de 1799, Stoll 1891, p. 17.

—Los estudiantes admiraban a CS: *ibid.* y K. Morgenstern, finales de julio de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 252.

—«nadie se acostaba temprano…»: Luise Gotter a Julie Gotter, 14 de enero de 1798, BBAW, NL Schelling, n.º 936.

[780]«proclamara a Caroline el corazón del Círculo de Jena»: Novalis, «Randbemerkungen zu Friedrich Schlegels Ideen», 1799, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 492.

—«Debes permanecer…»: Novalis a CS, 20 de enero de 1799.

12. «Idólatras, ateos, mentirosos»

[781]Queja del elector de Sajonia: Federico Augusto III, elector de Sajonia, Carta de requerimiento de Sajonia a la corte de Weimar, 18 de diciembre de 1798, Fichte *Gespräch*, vol. 2, pp. 25-26; para la disputa sobre Fichte y el ateísmo véase también Kühn 2012, p. 376 y ss., Boyle 2000, p. 625 y ss., y Estes y Bowman 2010.

—*Sobre el fundamento…*: Fichte, «Über den Grund unsers Glaubens an eine göttliche Weltregierung», Estes y Bowman 2010, pp. 21-29; Fichte, «Über den Grund unsers Glaubens an eine göttliche Weltregierung», *Philosophisches Journal einer Gesellschaft Deutscher Gelehrten*, 1798, vol. 8, n.º 1, Fichte GA I, vol. 5, pp. 347-357.

—«revista que las autoridades de Sajonia ya habían confiscado»: «Confiscación de *Philosophisches Journal einer Gesellschaft Teutscher Gelehrten*», Estes y Bowman 2010, pp. 77-78.

[782]«el orden moral vivo y activo…»: Fichte, «Über den Grund unsers Glaubens an eine göttliche Weltregierung», Fichte GA I, vol. 5, p. 354; Estes y Bowman 2010, p. 26; véase también Kühn 2012, p. 377.

[783]«Un panfleto publicado anónimamente…»: Anónimo, «Schreiben eines Vaters an seinen studierenden Sohn über den Fichtischen und Forbergischen Atheismus», 1798, Fichte GA I, vol. 6, pp. 121-138; Estes y Bowman 2010, pp. 57-75.

[784]«severamente castigado»: Duque Carlos Augusto a la Universidad de Jena, 27 de diciembre de 1798, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 316.

—«una enfermedad mental»: Duque Carlos Augusto a C. G.Voigt (con petición de compartir la carta con Goethe), 26 de diciembre de 1798, Fichte GA III, vol. 3, p. 179.

[785]«libertad de censura»: Fichte, «Gerichtsliche Verantwortungs schriften», 1799, Fichte GA I, vol. 6, p. 37; Estes y Bowman 2010, p. 166 y véase también p. 147.

[786]Las leyes en Gran Bretaña: Briggs 2000, p. 118.

[787]La censura en Prusia: Brunschwig 1976, p. 273.

[788]«aquello daría a la obra…»: *Auswärtige Departement to Kurfürstlich-Sächsischen Geheimen Räte,* Berlín, 16 de abril de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 410.

[789]«una "explosión"»: Duque Carlos Augusto a C. G. Voigt (con petición de compartir la carta con Goethe), 26 de diciembre de 1798, Fichte GA III, vol. 3, p. 179.

—«cháchara envuelta…»: *ibid.*

[790]«Goethe pidió calma…»: Goethe a C. G.Voigt, 26(?) de diciembre de 1798; véase también C. G.Voigt a Goethe, 25 de diciembre de 1798; Boyle 2000, p. 626 y ss.; Estes y Bowman 2010, p. 82.

[791]«Llamamiento al público»: Fichte, *Appellation an das Publikum*, 1799, Fichte GA I, vol. 5, pp. 415-453; Estes y Bowman 2010, pp. 85-125.

—«no iba a caer sin luchar»: Fichte, *Appellation an das Publikum*, 1799, Fichte GA I, vol. 5, p. 418; Estes y Bowman 2010, p. 95; véase también Fichte a Schiller, 18 de enero de 1799.

—«idólatras, ateos, mentirosos»: J. K. Lavater a Fichte, 7-12 de febrero de 1799.

—«un plan perverso de los enemigos…»: Fichte, *Appellation an das Publikum*, 1799, Fichte GA I, vol. 5, p. 417; Estes y Bowman 2010, p. 94.

[792]«el poderoso Fichte que…»: C. S. L. Reimarus a J. C. Frommann, 21 de marzo de 1798, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 485.

—«y, como no es consciente…»: Anónimo a J. G. Herder, 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 97.

—«pequeño león»: Johanne Fichte a Fichte, 1 de noviembre de 1799.

[793]«Schiller consideró que debía intervenir…»: Schiller a Fichte, 26 de enero de 1799.

[794]«una nueva especie de hereje»: Duque Carlos Augusto a J. G. Herder, 24 de enero de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 43.

—«un revolucionario confeso»: Duque Carlos Augusto a C. G.Voigt (con solicitud de compartirla con Goethe), 26 de diciembre de 1798, Fichte GA III, vol. 3, p. 179.
[795]«a esa gente indigna»: Duque Carlos Augusto a C. G.Voigt (segunda carta), 26 de diciembre de 1798, Fichte GA III, vol. 3, p. 180.
—«No puedo parar de hablar de esto…»: *ibid.*
[796]«se agotaron en dos semanas…»: Boyle 2000, p. 627; Estes y Bowman 2010, p. 85.
—*St James's Chronicle*: *St James's Chronicle*, 5 de febrero de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 335.
—«Todo el mundo hablaba de ello»: Schiller a C. G. Körner, 10 de febrero de 1799; FS a AWS, 5 de febrero de 1799; CS a Novalis, 4 de febrero de 1799; para más cartas, véase Fichte *Gespräch*, vol. 6.1.
[797]«cuarenta panfletos de respuesta»: Boyle 2000, p. 627.
[798]«El valiente Fichte…»: AWS a Novalis, 12 de enero de 1799.
—«el asunto escandalizaba tanto…»: Johanne Fichte a J. J. Wagner, 20 de marzo de 1799.
[799]«reprensión pública o legal»: Fichte a C. G.Voigt, 22 de marzo de 1799.
[800]«idénticos como dos gotas de agua»: *ibid.*
—«Me ha dado su palabra»: *ibid.*
[801]«su dimisión se aceptaba»: C. G. Voigt a Fichte, 25 de marzo de 1799; véase también C. G. Voigt a Goethe, 7 de abril de 1799 y Fichte a C. G. Voigt, 3 de abril de 1799.
[802]«tener que prescindir de él…»: Goethe a J. G. Schlosser, 30 de agosto de 1799.
—«me habría puesto en contra…»: *ibid.*
[803]«Jena se hundiría»: FS a AWS, abril de 1799.
[804]«cuando le habló del despido de Fichte…»: CS a Luise Gotter, 24 de abril de 1799.
[805]«August Wilhelm estaba dispuesto a luchar…»: CS a J. D. Gries, 9 de junio de 1799; véase también FS a AWS, abril de 1799.
—«Schelling se ofreció a escribir una defensa pública…»: G. Hufeland a Schelling, c. 20 de enero de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 324.
[806]«abandonado y rechazado»: CS a Luise Gotter, 24 de abril de 1799.
—«pero nos mantenemos unidos…»: CS a J. D. Gries, 9 de junio de 1799.
[807]Petición de los estudiantes: Steffens 1841, vol. 4, p. 154 y ss.
—«La celebridad de Fichte»: *ibid.,* p. 154.
—«un ataque contra el espíritu…»: *ibid.,* p. 153.
[808]«fichteano»: K. L. Reinhold a W. J. Kalmann, 26 de marzo de 1797; véase también K. L. Reinhold a J. I. Baggesen, 3 de febrero de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, pp. 402, 416, y FS a Novalis, 10 de marzo de 1797.
—«el gran *Ich* de Jena»: C. M. Wieland a Heinrich Gessner, 21 de febrero de 1797, Fichte *Gespräch*, vol. 1, p. 417.
—«Una estrella declina…»: I. H. Fichte citando a Goethe, marzo de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 371.
[809]«¿Qué tenía que decir Goethe…?»: FS a CS, finales de abril de 1799 y mayo de 1799.
—«Yo también me he pasado…»: FS a CS, finales de abril de 1799; véase también FS a Fichte, mayo de 1799.
—Artículo de FS en defensa de Fichte: FS, «Für Fichte. An die Deutschen», FS KA, vol. 1, p. 522.
—«sus opciones de un posible regreso…»: FS a AWS, principios de abril de 1799.
[810]«Eres muy orgulloso»: Johanne Fichte a Fichte, 27 de septiembre de 1799.
—«La humildad, le respondió…»: Fichte a Johanne Fichte, 20 de septiembre de 1799.

—«un cerdo cortesano y lameculos»: Fichte a Johanne Fichte, 5 de octubre de 1799.

[811]La guerra en Zúrich: FS a CS, finales de abril de 1799; Johanne Fichte a Fichte, 16 de agosto de 1799.

[812]La búsqueda de empleo de Fichte: Henrik Steffens a Schelling, septiembre de 1799 y Fichte a Wilhelm Jung, 10 de mayo de 1799.

—La Universidad de Gotinga y Fichte: Gobierno de Brunswick-Lüneburg a C. Meiners, 24 de abril de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 6.1, p. 442.

—«cuyos escritos contienen…»: Duque de Brunswick, 1799, relatado por K. A. Böttiger, 10 de agosto de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 219.

—Schwarzburg-Rudolstadt y Fichte: Schiller a Goethe, 14 de junio de 1799.

[813]Fichte y Berlín: FS a Fichte, antes del 24 de junio de 1799.

[814]«Sus bordes afilados…»: FS a C. G. Körner, 30 de enero de 1797.

[815]«su hijo pequeño estaba enfermo y demasiado débil…»: CS a J. D. Gries, 9 de junio de 1799.

[816]La vida de Fichte en Berlín: Fichte a Johanne Fichte, 6 y 20 de julio de 1799.

—Goethe y Berlín: Steffens 1841, vol. 4, p. 151.

—«necrópolis carnavalesca»: AH a H. C. Schumacher, 2 de marzo de 1836.

[817]Población de Londres y París: el primer censo fiable de Londres se realizó en 1801; contó con 1.096.784 personas; para París, véase Preisendörfer 2018, p. 482.

[818]El carácter militar de Berlín: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 13 de abril de 1803, Robinson 1929, p. 121; DV a Rahel Levin, 2 de junio de 1800; Steffens 1841, vol. 4, pp. 151-152, 185; en 1798, Berlín tenía 169.019 habitantes, de los cuales 26.920 eran militares, véase Loewenthal 1895, pt. 4, p. 183.

—«interminable exhibición»: A. B. Granville, octubre de 1827, Granville 1829, vol. 1, p. 332.

[819]«los desiertos de arena»: Fichte a Johanne Fichte, 6 de julio de 1799.

—«Incluso la gente medianamente inteligente…»: Fichte a Schelling, 20 de julio de 1799.

[820]Horario lectivo en Jena: Fichte a J. E. C. Schmidt, 17 de marzo de 1799.

[821]«como Sansón al perder sus rizos…»: CS a AWS, 27 de julio de 1801.

[822]«A mi modo de ver, la…»: Kant, *Intelligenzblatt,* ALZ, n.º 109, 28 de agosto de 1799.

[823]«Fichte se quedó estupefacto»: Fichte a K. L. Reinhold, 15 de septiembre de 1799.

—La carta de Kant a Fichte: Kant a Fichte, diciembre de 1797, publicado en *Intelligenzblatt*, ALZ, n.º 122, 28 de septiembre de 1799; véase también Fichte a Johanne Fichte, 8 de septiembre de 1799; Fichte a Schelling, c. 12 de septiembre de 1799; Schelling a Fichte, 12 y 16 de septiembre de 1799.

—«la debilidad de su vejez»: *ibid.,* Kant a Fichte, diciembre de 1797.

[824]«nunca había estado especialmente familiarizado…»: Fichte a Schelling, 20 de septiembre de 1799.

—«los bustos sin vida de sus *Críticas*…»: Schelling a Fichte, 12 de septiembre de 1799.

13. «Uno se pierde en una vorágine vertiginosa»

[825]Divorcio de DV: el divorcio se formalizó el 11 de enero de 1799, Stern 1994, p. 97.

—«profundamente infeliz»: Fürst 1858, pp. 112-113.

—«No encuentro palabras…»: WH a CH, 26 de junio de 1790.

[826]«incumplimiento de los deberes…»: *Allgemeines Landrecht für die Preußischen Staaten*, Parte 2, 1. Título, § 694.

—«el odio mutuo era tan fuerte…»: *ibid,* §§ 718, 717.

[827]«la intervención de una de sus más antiguas amigas…»: Fürst 1858, p. 114.

[828]«se sintió libre por primera vez…»: DV a K. G. von Brinckmann, 2 de febrero de 1799.

—«Simon Veit resultó ser más generoso…»: DV recibía cuatrocientos táleros anuales y un pago único de mil cien táleros; FS a Novalis, 17 de diciembre de 1798; véase también FS a CS, 27 de noviembre de 1798, y Stern 1994, pp. 99-100.

—«podría verlo regularmente…»: DV a CS, 3 de agosto de 1799.

—Condiciones del divorcio: FS a Novalis, 17 de diciembre de 1798; DV a Schleiermacher, 11 de abril de 1800.

[829]«que había dejado clara su oposición al matrimonio»: FS a CS, 27 de noviembre de 1798.

—«para ser su esposa en ese sentido…»: *ibid.*

[830]«oleada de indignación»: FS a CS y AWS, 22 de diciembre de 1798; DV a K. G. von Brinckmann, 2 de febrero de 1799.

—«el marido de su mejor amiga le prohibió cualquier contacto…»: Fürst 1858, p. 115.

—«una jauría de perros rabiosos»: FS a CS y AWS, 22 de diciembre de 1798.

[831]«No sabes *de lo que me he librado*…»: DV a K. G. von Brinckmann, 2 de febrero de 1799.

—«se pertenecía a sí misma»: *ibid.*

—«grosería desmoralizadora»: *ibid.*

—«Ahora soy feliz»: *ibid.*

[832]Apartamento de DV: Fürst 1858, p. 114.

Escritorio de DV: DV a K. G. von Brinckmann, 2 de febrero de 1799.

[833]«pero pasaba todos los días con su amante…»: Fürst 1858, p. 114.

—«hacían el amor…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, pp. 16, 43, 45, 79, 81; F. Schlegel 1971, pp. 47, 68-70, 98, 100. He basado la siguiente escena en *Lucinde* porque FS y DV admitieron que gran parte de la novela era autobiográfica. A veces incluso aparecen en ella frases exactas de las cartas de FS, como su descripción de DV siguiéndolo a la pira funeraria, como las viudas indias, o rejuveneciendo en sus brazos. (FS a Novalis, 17 de diciembre de 1798; FS a CS, mediados de febrero de 1798: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, pp. 17, 81; F. Schlegel 1971, p. 48, 100).

[834]«Eres el punto fijo…»: FS, Lucinde, 1799, F. Schlegel 1999, p. 115; F. Schlegel 1971, p. 127.

—«Eres la sacerdotisa…»: FS, Lucinde, 1799, F. Schlegel 1999, p. 114; F. Schlegel 1971, p. 126.

[835]«Dorothea era, además de amante…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, pp. 12, 82-83; F. Schlegel 1971, p. 101.

—«Le gustaban la madurez y la experiencia de Dorothea…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 81; F. Schlegel 1971, p. 100.

[836]«le había dado un propósito…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 81; F. Schlegel 1971, p. 100.

[837]«cosas extraordinarias»: FS a CS, 15 de diciembre de 1798.

—«Si me perdiera…»: FS a Novalis, 17 de diciembre de 1798.

[838]«El último aliento y pensamiento antes de cerrar una carta…»: DV a Schleiermacher, marzo de 1799.

—«disparó una docena de preguntas…»: FS a CS, julio de 1799 y c. 1 de agosto de 1799.

[839]«*Cartas* al anochecer…»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 373, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 308; Novalis 2007, p. 56.
[840]«Ya veréis»: FS a CS y AWS, 22 de diciembre de 1798; FS ya mencionó *Lucinde* el 20 de octubre de 1798 en una carta a Novalis.
[841]FS y Novalis sobre las novelas: FS KA, vol. 11, p. 160; Novalis a CS, 27 de febrero de 1799; Endres 2017, p. 329.
[842]Sobre el peligro de las novelas: F. C. Laukhard, 1792, citado en Maier 2004, p. 209.
[843]«Quiero que en mi escritura…»: FS a CS, c. 20 de noviembre de 1798.
[844]«No pares, no te sacies…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 12; F. Schlegel 1971, p. 44.
—«la sangre salvaje»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 16; F. Schlegel 1971, p. 47.
—«en la nieve…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 45; F. Schlegel 1971, p. 70.
[845]«intercambiaban los papeles…»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 19; F. Schlegel 1971, p. 49.
[846]CS le recomendó a Condorcet: CS a FS, junio de 1795.
[847]«pétalos de una sola flor»: FS, *Lucinde*, 1799, F. Schlegel 1999, p. 18; F. Schlegel 1971, pp. 48-49.
—«obstáculos más peligrosos…»: FS, «Über die Philosophie: An Dorothea», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, p. 8.
[848]«Ella ha dejado de vivir como individuo…»: Fichte, *Erster Anhang des Naturrecht. Grundriss des Familienrechts*, Fichte SW, vol. 3, pp. 313-314; Fichte dio conferencias sobre este tema en 1795/6.
[849]«no eres un hombre»: Fichte a Johanne Fichte, 29 de agosto de 1795.
[850]«preservación de la especie»: Zimmermann 2009, p. 140; véase también Bake y Kiupel 1996, p. 41.
—«superioridad natural del marido»: Kant, «Rechtslehre» § 26, Kant 1991, p. 98.
[851]«*¡Honor y gloria a las mujeres…!*»: Schiller, «La dignidad de la mujer», 1796.
[852]«*¡Honor y gloria a las mujeres…!*»: AWS, «Schillers Lob der Frauen: Parodie», AWS, vol. 2, 1846, p. 172.
[853]«*El hombre ha de salir…*»: Schiller, «Die Gocke», 1799.
[854]«estructura caótica»: FS, «Fragmente zur Poesie und Litteratur», n.º 274, FS KA, vol. 16, p. 276.
[855]«Las confesiones son inherentes…»: FS, «Characteristiken und Kritiken», n.º 1339, FS KA, vol. 2, p. 338.
—«Solo un genio…»: FS, «Fragmente zur Poesie und Litteratur», n.º 582, FS KA, vol. 16, p. 134.
[856]«estrafalaria *Lucinde*»: Novalis a CS, 27 de febrero de 1799.
[857]«uno se pierde en una vorágine…»: *ibid.*
—«se esperara de ellos…»: *ibid.*; véase también CS a L. F. Huber, 22 de noviembre de 1799.
[858]Reseñas sobre *Lucinde*: Zimmermann 2009, p. 146.
—«mente enferma» y siguientes citas: L. F. Huber, Reseña de *Lucinde*, ALZ, n.º 130, 7 de mayo de 1800.
—«metafísica del acto sexual»: Jenisch 1799, p. 363.
[859]«absoluto y vano sinsentido»: Schiller a Goethe, 19 de julio de 1799.
[860]«todos la leían…»: Goethe a Schiller, 20 de julio de 1799.
[861]«¿alguien sabía decirle…?»: FS a CS, c. 1 de agosto de 1799.
[862]«judía vulgar y fea»: Stern 1994, p. 126; véase también Daniel Jenisch a K. A. Böttiger, junio de 1799, Zimmermann 2009, p. 147.
—«Siento cómo me hierve la sangre…»: DV a Schleiermacher, 8 de abril de 1799;

véase también Fürst 1858, p. 116.
[863]«Cuando Fichte leyó *Lucinde*…»: Fichte a Johanne Fichte, 8-10 de septiembre de 1799.
[864]«Sí, sí, arréglame…»: y su rutina, Fichte a Johanne Fichte, 20 de julio de 1799.
[865]Fichte en la Friedrichstrasse: Fichte a Johanne Fichte, 17 de agosto de 1799.
[866]«las raciones eran tan escasas…»: Fichte a Johanne Fichte, 17 de agosto de 1799.
[867]Aspecto de FS, DV y Fichte: Fichte a Johanne Fichte, 20 de julio de 1799; hay numerosos relatos que mencionan la ropa raída de FS, véase por ejemplo: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 114; DV a Clemens Brentano, mediados de noviembre de 1800.
—«Al fin y al cabo…»: FS a CS, julio de 1799.
[868]«pocos, o para ser más precisos…»: Fichte a Johanne Fichte, 13 de septiembre de 1799.
—«convento de filósofos»: DV a CS, julio de 1799.
—«Me estoy mareando…»: *ibid.*
[869]«quedaría totalmente abandonado»: Fichte a Johanne Fichte, 2 de agosto de 1799; véase también FS a CS, c. 1 de agosto de 1799.
[870]«colonia de Jena»: Schelling a Fichte, 1 de noviembre de 1799; véase también Fichte a Schelling, 9 de agosto de 1799.
—«Seremos como una familia…»: Fichte a Johanne Fichte, 2 de agosto de 1799.
[871]«la tacañería y la ruindad personificadas»: K.U. Boehlendorf a Anna Noltenius, 10 de febrero de 1803, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 150.
—«la gansa»: CS a AWS, 15 de febrero de 1802, véase también CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.
[872]«a no dejarse intimidar»: Fichte a Johanne Fichte, 2 de agosto de 1799.
[873]«Friedrich prefería vivir en Jena»: FS a AWS, 10 de agosto de 1799.
[874]«Escríbeme…»: DV a CS, 3 de agosto de 1799.
[875]«decidieron finalmente trasladarse a Jena…»: Schelling a Fichte, 9 de agosto de 1799.
[876]«Dorothea estaba nerviosa…»: DS a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.
[877]«qué objeciones fundadas…»: FS, «*Athenaeum* Fragment», n.º 34, FS KA, vol. 2, p. 170.

14. La cuadrilla Schlegel

[878]Llegada de FS a Jena: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 114.
[879]Arreglos en la casa: CS a Auguste Böhmer, 16 y 30 de septiembre de 1799.
[880]Las habitaciones en la Leutragasse: Luise Gotter a Julie Gotter, 14 de enero de 1798, BBAW, NL Schelling, n.º 936; DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; véase también Kösling 2010, p. 55; CS a Auguste Böhmer, 30 de septiembre de 1799; CS a Luise Gotter, 5 de octubre de 1799; CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.
[881]Almuerzos: CS a Luise Gotter, 5 de octubre de 1799.
[882]«creía que todo el mundo…»: DV, diario, sin fecha, D. Schlegel 1881, vol. 1, p. 93.
—«extremadamente inteligente»: Steffens 1841, vol. 4, p. 8.
—«ligero estrabismo»: Ludwig Tieck sobre CS, CS Letters, vol. 1, p. 748.
—«círculo mágico»: Steffens 1841, vol. 4, p. 83.

[883]«intentó convencer a su marido de que volviera…»: Johanne Fichte a Fichte, 27 de septiembre de 1799 y 1 de noviembre de 1799; Fichte a Johanne Fichte, 5 de octubre de 1799.

—«No paro de trabajar»: Fichte a J. F. Cotta, 13 de enero de 1800.

—«¿Cómo puedes creer?»: Fichte a Johanne Fichte, 23 de octubre de 1799.

—«*un mismo* techo»: CS a Novalis, 20 de febrero de 1799.

—«añoraba a sus amigos en cuanto…»: Novalis a FS, 31 de enero de 1800.

[884]Julie von Charpentier: Novalis a Caroline Just, 5 de febrero de 1798; Novalis a FS, 20 de enero de 1799; Novalis a J. W. Oppel, finales de enero de 1800; Steffens 1841, vol. 4, p. 217; Sidonie von Hardenberg a Wilhelmine Thielmann, 9 de mayo de 1799, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 627.

—«la esposa perfecta»: Novalis a J. W. Oppel, finales de enero de 1800.

[885]«¡Amor! ¿Qué clase de amor?»: CS a Novalis, 4 de febrero de 1799.

[886]Empleo de Novalis: Hädecke 2011, pp. 224-229.

—«héroes subterráneos»: Novalis, *Heinrich von Ofterdingen*, Novalis *Schriften*, vol. 1, p. 241.

[887]«convertir sus vidas en una novela…»: Novalis a CS, 27 de febrero de 1799.

[888]«la estuvo animando para que escribiera una novela…»: *ibid.;* FS a CS, 20 y 29 de octubre de 1798;

—«breve sinopsis»: Cartas de CS, vol. 1, pp. 662-664.

[889]«El protagonista, Florentin…»: este fue el anterior amante de DV, Eduard d'Alton. CS a AWS, 10 y 27 de julio de 1801; véase también Stern 1994, pp. 75-77, 206-208.

[890]«Debemos levantar…»: Novalis a CS, 20 de enero de 1799.

[891]«rebasaba con creces…»: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 109.

—«habían empezado a discutir…»: *ibid*., pp. 112-113.

[892]Enamoramiento de AWS: AWS a Elisa van Nuys, 13 de septiembre de 1799.

—«aventuras serias»: CS a AWS, 16 de marzo de 1801.

[893]«libertad mutua»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

[894]«ni siquiera Friedrich Schlegel…»: FS a Schleiermacher, mediados de septiembre de 1801.

—AWS y CS malhumorados: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, pp. 112-114; DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

[895]«lo rechazaba…»: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, pp. 114, 223.

—«agrios como el vinagre»: CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.

[896]«Solo Schelling parecía…»: Caroline Tischbein-Wilken, 1799, Stoll 1923, p. 114.

[897]Schelling sobre CS: Schelling a Martin Wagner, 5 de octubre de 1809; Schelling a F. I. Niethammer, 2 de octubre de 1809; Schelling a Philipp Michaelis, 29 de noviembre de 1809.

—«no podía imaginar la vida sin ella…»: Poema de Schelling a Caroline, Navidad de 1799, Schelling 1869-1870, vol. 1, p. 290.

—«su sensibilidad y su tenacidad…»: Schelling a Philipp Michaelis, 29 de noviembre de 1809.

—«una mujer magnífica»: Schelling a Niethammer, 2 de octubre de 1809.

—«obra maestra de los dioses»: Schelling a Philipp Michaelis, 29 de noviembre de 1809.

[898]«una pluma negra»: CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.

[899]«*Cuando en horas tempranas de mi vida…*»: Poema de Schelling a Caroline, Navidad de 1799, Schelling 1869-1870, vol. 1, p. 292 (trad. inglesa de Damion Searls).

[900]«adora a madame Schlegel»: Johanne Fichte a Fichte, 16 de octubre de 1799.

[901]«¡no indagues! Te lo suplico, por nuestro amor…»: Fichte a Johanne Fichte, 23

de octubre de 1799.
[902]«A Friedrich Schlegel tampoco le hizo ninguna gracia…»: FS a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800 y 15 de septiembre de 1801.
[903]«un sueño hecho realidad»: Goethe a J. G. Schlosser, 30 de agosto de 1799.
—«Si tuviera veinte años menos…»: Goethe a WH, 16 de septiembre de 1799.
[904]«Ahora que somos mayores…»: Goethe a F. H. Jacobi, 27 de diciembre de 1794.
—«bellas y jóvenes actrices…»: Goethe a J. P. Eckermann, 22 de marzo de 1825.
[905]«supervisar las obras del castillo…» y otros deberes: Goethe a Schiller, 10 de agosto de 1799; Goethe, verano de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 255-257.
—«Mis asuntos aquí…»: Goethe a Schiller, 27 de julio de 1799.
[906]«Schiller andaba malhumorado y le costaba concentrarse»: Schiller a Goethe, 25 de junio de 1799 y 5, 9 de julio de 1799.
[907]«Debido a tu larga ausencia…»: Schiller a Goethe, 15 de julio de 1799.
[908]«Los odiaba»: Goethe a K. F. Zelter, 20 de octubre de 1831.
—Enfado de Schiller con los Schlegel: Goethe a Adele Schopenhauer, 16 de enero de 1830.
[909]Schiller se muda a Weimar: Schiller a Goethe, 12 de agosto de 1799.
—«recibía unos honorarios»: Schiller a C. G. Körner, 6 de agosto de 1799.
[910]Contrato de alquiler: Goethe a Schiller, 4 de septiembre de 1799.
—«nuestro trasplante a Weimar»: Schiller a Goethe, 16 de agosto de 1799.
[911]«su casa ajardinada»: Goethe, 31 de julio-15 de septiembre de 1799, Diarios, vol. 2, pp. 256-258.
—«soledad de Jena»: Goethe a Schiller, 1 de enero de 1797.
[912]Trabajos de Goethe: Goethe a Schiller, 3 de agosto de 1799.
—«visitar la Luna»: Goethe a Schiller, 10 de agosto de 1799.
—«Porque así es…»: Goethe a Schiller, 7 de agosto de 1799; Christiane y August volvieron de Jena el 9 de agosto de 1799, Goethe, 9 de agosto de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 257.
[913]Regreso de Goethe a Jena: Goethe, 15 de septiembre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 258.
[914]«Un pequeño trabajo…»: Goethe, 19 de septiembre de 1799, *ibid.*, pp. 259-260.
[915]Vida de Goethe en Jena: Goethe, 16 de septiembre-14 de octubre de 1799, 10 de noviembre-8 de diciembre de 1799, *ibid*, pp. 259-265, 269-274.
—«*Lucinde* estudió el último libro de Schelling»: Goethe, 15 de septiembre de 1799, *ibid*, p. 258; se trata de la *Einleitung zu dem Entwurf eines Systems der Naturphilosophie* de Schelling, 1799.
[916]«¿Lo has vetado definitivamente…?»: Goethe a Schiller, 4 de abril de 1798.
[917]«a duras penas podía creerse…»: AWS a Goethe, 10 de junio de 1798.
[918]Schiller y los Schlegel: Schiller a Goethe, 28 de junio de 1798.
[919]«su franqueza era preferible…»: Goethe a Schiller, 17 de agosto de 1799.
—«Sería preferible…»: Steffens 1841, vol. 4, p. 100.
[920]«Estos caballeros…»: Goethe a WH, 16 de septiembre de 1799.
[921]«madame Lucifer»: Karoline Paulus a Charlotte Schiller, 11 de marzo de 1804, Henriette Hoven a Charlotte Schiller, 4 de agosto de 1804; R. E. Niethammer a Charlotte Schiller, 25 de octubre de 1804, C. Schiller 1862, vol. 3, pp. 182, 187, 275; para Goethe y *Lucinde*, véase Goethe, 15 de septiembre de 1799, Goethe 1982-1996, p. 63.
[922]«habían parodiado los poemas de Schiller…»: CS a Auguste Böhmer, 21 de octubre de 1799.
[923]«los Schlegel cortejan a Goethe de un modo…»: Johanne Fichte a Fichte, 16 de octubre de 1799.
[924]«peticiones de libros e información…»: Por ejemplo, Goethe a AWS, 26 de

marzo de 1799 y 16 de octubre de 1799.

—«un vecino intelectual»: Goethe a AWS, 18 de junio de 1798.

[925]Paseos con AWS: Goethe, septiembre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2 pp. 261-262.

—«que acabaría perdiendo las piernas…»: CS a Auguste Böhmer, 30 de septiembre de 1799.

[926]«más rimbombante…»: Schiller a Goethe, 22 de octubre de 1799.

[927]Goethe y Schelling: Goethe, 15 de septiembre-13 de octubre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 258-265; véase también Schelling a Carus (?), 9 de noviembre de 1799; para Goethe, Schelling y la *Naturphilosophie*, véase Richards 2002, p. 463 y ss.

—«*Escritos sobre filosofía de la naturaleza*»: Schelling, *Einleitung zu dem Entwurf eines Systems der Naturphilosophie*, 1799.

[928]«absolutamente todo nuestro conocimiento…»: *ibid.*, Schelling SW, vol. 3, p. 278; véase también Richards 2002, p. 143.

[929]«no era un idealista puro, tampoco un realista…»: K. A. von Wangenheim al rey Federico de Wurtemberg, 15 de noviembre de 1811, Tilliette 1974, p. 211.

—«Cualquier experimento…»: Schelling, *Einleitung zu dem Entwurf eines Systems der Naturphilosophie,* 1799, Schelling SW, vol. 3, p. 276.

—Goethe y la *Naturphilosophie*: FS a AWS, 26 de julio de 1800; Goethe a Henrik Steffens, 29 de mayo de 1801; véase también Richards 2002, p. 463 y ss; Vater y Woods 2012, p. 137.

[930]«Clasificar y enumerar…»: Goethe, *Morphologie*, 1817, Goethe 1949-1960, vol. 13, p. 155.

[931]«*En vano alzamos…*»: Goethe, *Fausto,* Primera Parte, §§. 672-675, Goethe 2008, p. 23.

[932]Viaje de DV a Jena: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

—DV angustiada por CS: *ibid.*; DV a Rahel Levin, 18 de noviembre de 1799.

—«Solo las mujeres hermosas»: DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.

[933]DV alquiló un carruaje: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

—«su corazón se aceleró cada vez más…»: *ibid.*

[934]Aparición de CS: *ibid.*; véase también DV a Rahel Levin, 18 de noviembre de 1799.

—«No tengo ninguna duda de que me gustará»: CS a Auguste Böhmer, 6 de octubre de 1799.

[935]Comentarios de DV sobre el aspecto de CS: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

—«Parecía elegante…»: DV a Sophie Bernhardi, 7 de octubre de 1799.

[936]DV sobre CS: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; DV a Rahel Levin, 18 de noviembre de 1799.

[937]«al ritmo de la casa de los Schlegel…»: CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799; DV a Sophie Bernhardi, 7 de octubre de 1799; DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

[938]«Philipp… iba a la escuela todos los días…»: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.

—CS sobre Philipp Veit: CS a Auguste Böhmer, 6 de octubre de 1799.

[939]«largos paseos…»: CS a Auguste Böhmer, 30 de septiembre de 1799.

[940]Lecciones de italiano y Dante: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.

—«convertir su filosofía en un gran poema»: Friedrich a Schleiermacher, 6 de enero de 1800.

[941]«continuación de *Lucinde*»: DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.

[942]Cs seguía trabajando con AWS: DV a Caroline Paulus, 3/4 de junio de 1805;

AWS a J. F. Cotta, 4 de octubre de 1799; para las traducciones recientes de Shakespeare, véase AWS a Goethe, 22 de octubre de 1799; AWS a A. F. Bernhardi, 30 de septiembre de 1799.

—«de lo mucho que August Wilhelm dependía…»: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.

[943]«Dorothea observaba en silencio la dinámica familiar…»: DV a Schleiermacher, 11 y 28 de octubre de 1799; DV a Sophie Bernhardi, 7 de octubre de 1799.

—«No veo en él muchas señales del sacramento…»: DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799; véase también DV a Rahel Levin, 18 de noviembre de 1799.

[944]*Sistema del idealismo trascendental*: Schelling, *System des transzendentalen Idealismus*, 1800.

—«presentaban la estética y las artes…»: Sobre Schelling y el idealismo trascendental, véase Richards 2002, p. 151 y ss.

[945]«El mundo objetivo…»: Schelling, *System des transzendentalen Idealismus*, 1800, Schelling SW, vol. 3, p. 349; véase también Richards 2002, p. 470.

—Naturaleza, yo y arte: Richards 2002, pp. 161-162.

[946]«la representación finita o concreta de lo infinito»: Schelling, *System des transzendentalen Idealismus*, 1800, Schelling SW, vol. 3, p. 620.

—«el sanctasantórum»: *ibid.,* p. 628.

—«el trabajo filosófico más importante…»: Henrik Steffens a Schelling, 1 de septiembre de 1800.

[947]«todo arte se convierta en ciencia y toda ciencia…»: FS, «Kritische Fragmente» n.º. 115, FS KA, vol. 2, p. 161.

[948]«la ciencia, en su más perfecta expresión…»: Novalis, «Logologische Fragmente», n.º 17, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 527.

[949]«ya marchitas»: Novalis a FS, noviembre de 1798.

—«un fenómeno moderno»: *ibid.*

15. «Un solemne llamamiento para constituir una nueva confederación de mentes»

[950]«¡Oh, niña mía!»: CS a Auguste Böhmer, 28 de octubre de 1799.

—«No te olvides de estar alegre»: *ibid.*

[951]«Qué feliz coincidencia de noticias…»: Johanne Fichte a Fichte, 22 de octubre de 1799; véase también Johanne Fichte a Fichte, 1 de noviembre de 1799.

[952]«¿Qué piensas de Bonaparte?»: DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.

[953]«alianza de los elegidos»: F. Schlegel 1846, vol. 1, p. 115.

—«trabajando juntos… en la Leutragasse»: AWS a Goethe, 7 de enero de 1800.

[954]«ardor y furia a las estrofas»: DV a Schleiermacher, 6 de enero de 1800.

—«Wilhelm escribe versos…»: FS a Auguste Böhmer, 17 de octubre de 1799.

[955]«un vertiginoso ir y venir…»: DV a Rahel Levin, 23 de enero de 1800.

—«la obtusa uniformidad…»: AWS y FS, «Vorerinnerung», *Athenaeum*, vol. 1, 1798, p. IV.

[956]«necesitaba gente que pudiera…»: Novalis a AWS, 24 de febrero de 1798.

—«Yo produzco mejor en el diálogo»: *ibid.*

[957]«flotar por todas partes…»: FS, «*Gespräch* über die Poesie», FS KA, vol. 2, pp. 333-334.

[958]Los gestos de FS cuando pensaba: Steffens 1841, vol. 4, p. 303.

[959]«fiesta de ingenio…»: Tieck 1828-1854, vol. 5, página de dedicatoria.
[960]«máquina de leer»: CS a Auguste Böhmer, 4 de noviembre de 1799.
[961]«Cualquier cosa que la obra exigiera, Tieck podía encarnarla…»: Steffens 1841, vol. 4, p. 115.
[962]«aliento de almas afines…»: Tieck a FS, 23 de abril de 1801.
[963]«¡Oh, esa esposa…!»: FS a CS, julio de 1799; véase también DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.
—Amalie se quedaba dormida: CS a Auguste Böhmer, 21 de octubre de 1799; FS a Auguste Böhmer, octubre de 1798.
[964]Amalie celosa: DV a Sophie Bernhardi, 7 de octubre de 1799.
—«Caroline está muy ocupada…»: *ibid.*
—«prefiere a madame Tieck…»: CS a Auguste Böhmer, 30 de septiembre de 1799.
[965]J. W. Ritter: FS a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799; J. W. Ritter sobre Novalis, 1810, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 650.
—«ranas recién capturadas»: CS a Novalis, 4 de febrero de 1799.
[966]«parte del mismo universo orgánico»: Ritter 1798, p. 171; véase también Wetzels 1990, p. 203.
—«alma real del mundo»: Novalis, «Fragmente und Studien 1799-1800», n.º 584, Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 655.
[967]«máquina eléctrica»: DV a Schleiermacher, 17 de noviembre de 1800.
[968]«mi querida *Hühnchen*»: CS a Auguste Böhmer, 14 de octubre de 1799.
—«Estaba atrevidamente guapa…»: *ibid.* (Auguste estuvo en Dessau del 14 de septiembre al 26 de noviembre de 1799).
[969]Auguste quería volver a casa: CS a Auguste Böhmer, 6 de octubre de 1799.
—CS regaña a Auguste: CS a Auguste Böhmer, 17 de octubre de 1799.
[970]Representación satírica en Leipzig: CS a Auguste Böhmer, 21 de octubre de 1799; la obra de Kotzebue, *Der hyperboreeische Esel,* se estrenó en Leipzig en octubre de 1799; véase Zimmermann 2009, p. 147; sobre los hermanos Schlegel en la feria del libro, véase AWS a Goethe, 22 de octubre de 1799.
[971]AWS y *Der hyperboreeische Esel*: CS a Auguste Böhmer, 21 de octubre de 1799; Zimmermann 2009, p. 147.
—«Cuando se trata de…»: AWS a Elisa van Nuys, 13 de septiembre de 1799.
[972]«breve obra sobre Kotzebue»: WS, *Ehrenpforte und Triumphbogen für den Theater-Präsidenten von Kotzebue*, 1801.
—«*Padre nuestro que estás en Siberia…*»: AWS a Schleiermacher, 22 de diciembre de 1800.
[973]«como rulos de papel»: CS a AWS, 8 de marzo de 1802.
[974]Críticas negativas en el ALZ: Se trata de reseñas de la obra de Schelling *Ideen zu einer Philosophie der Natur* en ALZ, n.º 316 y 317, 3 y 4 de octubre de 1799.
[975]«chupatintas»: Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803; Huber 1999, vol. 1, p. 424.
—Carta de Schelling al ALZ: Schelling a los editores de ALZ, 6 de octubre de 1799, impresa en *Intelligenzblatt*, ALZ, n.º 142, 2 de noviembre de 1799.
[976]«Fichte escribió desde Berlín para informar…»: Fichte a Schelling, 22 de octubre de 1799.
[977]«Todos se reían tanto…»: CS a Auguste Böhmer, 28 de octubre de 1799, DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.
[978]«Los amigos se sentían invencibles…»: Steffens 1841, vol. 4, p. 137.
—«diabluras»… «estropearemos nuestra relación personal…»: AWS a Schleiermacher, 1 de noviembre de 1799.
[979]«fiebre nerviosa»: Schiller a Goethe, 25 de octubre de 1799; Charlotte estaba enferma desde el 23 de octubre de 1799; véase también Schiller a Goethe, 28 de octubre de 1799, 1, 4, 8 y 19 de noviembre de 1799.

—«le atravesaban el corazón»: Schiller a Goethe, 25 de octubre de 1799.

[980]Tratamientos del doctor Stark: Schiller a Goethe, 4 de noviembre de 1799.

—«pero hoy van a probar con la belladona»: *ibid.*

[981]«los desvaríos de Charlotte cesaron, pero cayó…»: Schiller a Goethe, 30 de octubre de 1799, 1 y 4 de noviembre de 1799.

[982]Johanne sobre la enfermedad de Charlotte: Johanne Fichte a Fichte, 18 de noviembre de 1799.

[983]«para distraerse un poco»: Schiller a Goethe, 4 de noviembre de 1799.

[984]Karl se quedó en Weimar: Goethe a Schiller, 8 de noviembre de 1799.

—«su querida Damela»: Christiane Vulpius a Goethe, 20 de noviembre de 1799; véase también Boyle 2000, vol. 2, p. 646.

—«Nosotros no nos creamos enemigos…»: AWS a Elisa van Nuys, 13 de septiembre de 1799.

[985]«los contribuyentes más radicales…»: *ibid.*

[986]«se llevaba las manos a la cabeza»: AWS a Tieck, 16 de agosto de 1799; los ataques se imprimieron como «Litterarischer Reichsanzeiger oder Archiv der Zeit und ihres Gesch-macks», *Athenaeum*, vol. 2, 1799, pp. 328-340.

[987]«*Fe y amor*»: Novalis, *Glauben und Liebe*, 1798.

[988]«Claro, cuando alguien no entiende algo…»: FS a Novalis, finales de julio de 1798.

[989]«separaron lo inseparable»: Novalis 2018, p. 72.

—«grandes y maravillosos milagros…»: *ibid.*, p. 74.

[990]«la Iglesia era un lugar misterioso»: *ibid.*, p.68.

—«Hubo una vez una edad…»: *ibid.*, p. 67; para la metáfora de la luz, véase O'Brien 1995, p. 232.

—«pasando por alto el salvaje historial…»: Novalis 2018, p. 88.

—«una gran fiesta del amor»: *ibid.*, p.87.

—«un solemne llamamiento…»: *ibid.*, pp. 84-85.

[991]Novalis sobre la Ilustración: *ibid.*, p. 85

—«el entusiasmo religioso…»: *ibid.*, p. 77.

—«El mundo se había convertido…»: *ibid.*

—«borrar toda maravilla, cualquier fuente de asombro…»: *ibid.,* p. 79.

[992]«Los caballeros están un poco mal…»: DV a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799.

[993]«La verdadera anarquía…»: Novalis 2018, p. 80.

[994]«poderosa fermentación»: *ibid.* p. 82.

—«verdadero genio»: *ibid.*, p. 83.

—«Tened paciencia»: *ibid.*, p. 89.

[995]«un "profundo anhelo religioso"»: Tieck citado en Stockinger 2015, p. 113.

[996]Tieck lee *Vida y muerte de Santa Genoveva*: FS a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799; Tieck 1820, p. 4; véase también Ziolkowski 2006, p. 156 y ss.

[997]«El vínculo de la Iglesia…»: AWS, «Bund der Kirche mit den Künsten», 1800, AWS SW, vol. 1, pp. 86-96; FS había estado trabajando en esta colección durante los meses de verano de 1799, FS a AWS, 10 de agosto de 1799. Se publicaron bajo el título «Ideen» en *Athenaeum*, vol. 3, 1800.

[998]«magníficamente vestida de fiesta…»: AWS a A. I. G. de Broglie, 13 de agosto de 1838.

[999]«El cristianismo está aquí a la orden del día…»: DV a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799.

[1000]Schleier: Ziolkowski 2006, p. 22.

—*Sobre la religión:* Schleiermacher*, Über die Religion: Reden an die Gebildeten unter ihren Verächtern,* 1799.

—Leyendo *Sobre la religión*: FS a Schleiermacher, 16 y 20 de septiembre de 1799.

[1001]«la contemplación del universo»: Schleiermacher 1958, pp. 66, 71.
[1002]Schleiermacher y Spinoza: *ibid.,* p. 31.
—«Considerar cada cosa finita…»: *ibid*., p. 32.
—«beber en la belleza…»: *ibid*., p. 67.
—«música sagrada»: *ibid*., p. 38.
[1003]Imaginación y religión: Novalis a A. C. Just, 26 de diciembre de 1798.
—«La religión es todo poesía…»: FS, verano de 1798, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 621; para la nueva religión de FS, véase FS a Novalis, 20 de octubre de 1798 y 2 de diciembre 1798.
[1004]«espada flamígera»: FS a Novalis, 2 de diciembre de 1798.
«La nueva religión…»: *ibid.*
[1005]«No, no estaban bromeando…»: FS a AWS, 7 de mayo de 1799.
[1006]Publicación de *Europa*: FS a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799; AWS a Schleiermacher, 16 de diciembre de 1799.
[1007]«dejar la religión a los teólogos…»: AWS a J. D. Gries, 10 de mayo de 1799.
—«porque siempre le ha gustado maravillarse…»: FS a Novalis, 28 de mayo de 1798.
[1008]«*Oh, que mi única religión…*»: Schelling, «Epikurisch Glaubensbekenntnis Heinz Widerporstens», Schelling 1962-1975, vol. 2, p. 207.
[1009]AWS y DV, contrarios a la publicación: DV a Schleiermacher, 9 de diciembre de 1799; AWS a Schleiermacher, 16 de diciembre de 1799.
—AWS sugiere añadir un comentario editorial: DV a Schleiermacher, 9 de diciembre de 1799.
[1010]«un calor inusual…»: Goethe, 13 y 14 de noviembre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 269-270.
—«vieron acercarse a Goethe…»: DV a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799; DV a Rahel Levin, 18 de noviembre de 1799.
—«su excelencia, el viejo…»: DV a Schleiermacher, 15 de noviembre de 1799.
[1011]DV y Goethe: *ibid.;* DV a Rachel Levin, 18 de noviembre de 1799.
[1012]«árbitro»: DV a Schleiermacher, 9 de diciembre de 1799.
[1013]«se reunió individualmente…»: FS y AWS: Goethe, 23, 26, 27 de noviembre de 1799 y 7 de diciembre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 271, 274.
—«desaconsejó su publicación»: FS a Schleiermacher, 9 de diciembre de 1799; AWS a Schleiermacher, 16 de diciembre de 1799.
[1014]«Había una diferencia…»: Goethe, 7 de diciembre de 1799, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 274.
[1015]«nunca tuvo problemas con las críticas…»: A. C. Just sobre Novalis, 1805, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 549; véase también Novalis a FS, 31 de enero de 1800.

CUARTA PARTE
Fragmentación

16. «La república de los déspotas»

[1016]«miembros de la cuadrilla Schlegel»: J. D. Sander a K. A. Böttiger, 23 de noviembre de 1799, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 258; para la estancia en casa, véase DV a Schleiermacher, 11 de octubre de 1799.
[1017]AWS y ALZ: AWS a G. Hufeland, finales de abril de 1799, y G. Hufeland a AWS, 2 de mayo de 1799.

[1018]«un león rugiente»: WS a Schleiermacher, 22 de diciembre de 1800; véase también FS a AWS y CS, 7 de mayo de 1799.
—«emprender acciones legales…»: AWS a C. G. Schütz, 20 de octubre de 1799.
[1019]Contraataque de Schütz: C. G. Schütz a AWS, 20 de octubre de 1799.
[1020]AWS renuncia a escribir para ALZ: *Intelligenzblatt*, ALZ, n.º 145, 13 de noviembre de 1799.
[1021]ALZ replica a AWS: Editores de ALZ, «Erläuterungen über den vorstehenden Abschied», *Intelligenzblatt*, ALZ, n.º 145, 13 de noviembre de 1799.
[1022]Influencia de ALZ: Steffens 1841, vol. 4, p. 147.
[1023]«a título personal»: Fichte a Schelling, 19 de noviembre de 1799.
[1024]«Aquí hay más enfrentamientos…»: Johanne Fichte a Fichte, 18 de noviembre de 1799.
—«Apenas vemos a nadie…»: CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.
[1025]Reseña del *Athenaeum* en ALZ: L. F. Huber en ALZ, n.º 372, 21 de noviembre de 1799.
—«Con tantas carencias…»: CS a L. F. Huber, 24 de noviembre de 1799.
—«batalla universal del bien…»: CS a L. F. Huber, 22 de noviembre de 1799.
[1026]«Caroline mandó una carta desatada…»: Therese Huber a Therese Forster, 17-25 de julio de 1803, Huber 1999, vol. 1, p. 423.
—Inclinaciones revolucionarias de CS: CS a L. F. Huber, 22 de noviembre de 1799.
—«dejarse llevar por el torbellino…»: CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.
[1027]«La gente nos odia…»: AWS a L. F. Huber, 28 de diciembre de 1799.
[1028]«fuego infernal»: Schleiermacher a AWS, 18 de enero de 1800.
[1029]«Charlotte Schiller comenzó a sentirse mejor…»: Schiller a Luise von Lengefeld, 8 de diciembre de 1799; Schiller a Charlotte Schiller, 15 de diciembre de 1799.
—«Deja todos los recuerdos…»: Schiller a Charlotte Schiller, 4 de diciembre de 1799.
—«Tengo la sensación de que he cambiado…»: Schiller a C. G. Körner, 16 de junio de 1800.
[1030]«Está usted más que invitado…»: Goethe a Schiller, 17 de diciembre de 1799.
—«aquí encontrará…»: Goethe a Schiller, 23 de diciembre de 1799.
—«Me pregunto si…»: Goethe a Schiller, 29 de diciembre de 1799.
—silla de manos: *ibid.*; Schiller a Goethe, 3 de enero de 1800.
—«¿Vas hoy…»?: Schiller a Goethe, 1 de enero de 1800.
—«Te buscaré en el teatro…»: Goethe a Schiller, 1 de enero de 1800.
—«Avísame de si te veré hoy…»: Schiller a Goethe, 5 de enero de 1800.
—«Ya son las tres…»: Goethe a Schiller, 6 de enero de 1800.
[1031]«Jena no era ya un buen sitio…»: Schiller a C. G. Körner, 5 de enero de 1800.
—«encuentro realmente repulsivo…»: Schiller a C. G. Körner, 28 de diciembre de 1801.
[1032]«el invierno de 1799 fue extremadamente frío»: CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.
[1033]«Casi me muero de miedo»: DV a Schleiermacher, 16 de enero de 1800.
[1034]«se había quedado sin dinero»: DV a Schleiermacher, 9 de diciembre de 1799; FS a Schleiermacher, 28 de marzo de 1800.
[1035]Fichte acude a cenar a la Leutragasse: DV a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800.
—«percibió que sus amigos desaprobaban…»: Fichte a Schelling, 2 de octubre de 1800, primer borrador.
[1036]«no podía, ni quería…»: Fichte a Schelling, 3 de octubre de 1800.
[1037]«se dedicaron a luchar entre ellos…»: DV a Schleiermacher, 16 de enero de 1800.

[1038]FS se revuelve abiertamente contra CS y Schelling: FS a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800; DV a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800; FS a Schleiermacher, a mediados de septiembre de 1801.

—FS toma partido por su hermano: FS a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800; DV a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800; FS a Schleiermacher, mediados de septiembre de 1801.

[1039]Auguste vuelve de Dessau: CS a L. F. Huber, 24 de noviembre de 1799.

[1040]«mucho más simpático…»: Caroline Tischbein a Auguste Böhmer, 16 de diciembre de 1799, CS Letters, vol. 1, p. 756.

—«el ambiente… se había agriado»: DV a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800.

[1041]«Tieck empezó a sufrir un reúma tan fuerte…»: CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799: AWS a Goethe, 28 de febrero de 1800.

[1042]«un "engendro"»: Tieck a Sophie Bernhardi, 6 de diciembre de 1800.

—«Tieck había quedado encantado con ella, y admirado…»: Tieck, en CS Letters, vol. 1, p. 748; Tieck, «Eine Sommerreise», Tieck 1838-1842, vol. 5, p. 164.

—«hermafrodita»: Tieck a Sophie Bernhardi, 6 de diciembre de 1800.

—«como una enorme granja…»: *ibid.*

[1043]«Con Tieck…»: FS a Rahel Levin, 2 de junio de 1800; para CS sobre Tieck, véase CS a FS, 14-15 de octubre de 1798.

—DV sobre Amalie: DV a Sophie Bernhardi, 16 de enero de 1800.

—FS y AWS recogen a Tieck: AWS a J. D. Gries, 16 de marzo de 1800; CS a J. D. Gries, 27 de diciembre de 1799.

[1044]«la verdadera causa de todos los desencuentros…»: Tieck a Sophie Bernhardi, 6 de diciembre de 1800; véase también FS a Schleiermacher, mediados de septiembre de 1801.

—«dura, dura como la piedra…»: DV a Rahel Levin, 23 de enero de 1800.

[1045]«Augut Wilhelm mantuvo la calma…»: DV a Schleiermacher, 15 de mayo de 1800.

—«No, esto no es el fin, claro que no»: DV a Karoline Paulus, 4 de junio de 1805.

[1046]«Esta vez no me ha caído muy bien»: CS a Auguste Böhmer, 30 de septiembre de 1799.

[1047]Sobre las nuevas ocupaciones de Novalis: Ziolkowski 2006, p. 199.

[1048]«En mi cabeza bullen…»: Novalis a Tieck, 23 de febrero de 1800; véase también Novalis a FS, 31 de enero de 1800.

—«el resto de la "familia poética"»: Novalis a FS, 31 de enero de 1800.

[1049]Noticias de WH y AH: WH a Goethe, 28 de noviembre de 1799.

—AH en Cumaná y los terremotos: Wulf 2015, pp. 58-59.

—anguilas eléctricas: *ibid.,* pp. 62-64.

—Ah feliz: AH a WH, 16 de julio de 1799.

[1050]AH en el Orinoco: Wulf 2015, pp. 65-73.

—«nos pasamos el día corriendo…»: AH a WH, 16 de julio de 1799.

—«poderes activos y orgánicos…»: A. Humboldt 2014, p. 147; A. Humboldt 1849a, vol. 1, p. 337.

[1051]«mentes extraordinarias»: WH a Christiane Reinhard, 26 de mayo de 1800, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 343.

—«Si no temiera que te rieras…»: WH a Goethe, 28 de noviembre de 1799.

[1052]«en lo más hondo de un pozo muy profundo…»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 31 de enero de 1807.

—AWS temía por la vida de CS: AWS a Goethe, 8 de marzo de 1800.

—«fiebre nerviosa»: AWS a J. D. Gries, 16 de marzo de 1800.

—El libro de Hufeland: Hufeland, *Bemerkungen über das Nervenfieber und seine Complicationen, in den Jahren 1796, 1797 u. 1798*, Jena, 1799.

—Sobre la fiebre nerviosa: Hufeland 1799, pp. 10-15.

[1053]Enfermedad de CS y baños: Auguste Böhmer a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de marzo de 1800, Olshausen 1927, p. 351; Auguste Böhmer a Luise Gotter, 31 de marzo de 1800, Cartas de CS, vol. 1, p. 595.

—«emplasto de mostaza»: AWS a J. D. Gries, 16 de marzo de 1800; DV a Schleiermacher, 17 de marzo de 1800.

—Receta de Hufeland para el emplasto: Krünitz 1773-1858, vol. 153, p. 217.

—fiebre y calambres: AWS a J. D. Gries, 16 de marzo de 1800; FS y DV a Schleiermacher, 18 de marzo de 1800; AWS a Goethe, 23 de marzo de 1800; Auguste Böhmer a Luise Gotter, 31 de marzo de 1800, Cartas de CS, vol. 1, p. 595.

[1054]«moriremos todos con ella»: Auguste Böhmer a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de marzo de 1800, Olshausen 1927, p. 351.

[1055]Remedios para la enfermedad de CS: AWS a Goethe, 23 de marzo de 1800; FS y DV a Schleiermacher, 18 de marzo de 1800; véase también Hufeland 1799, pp. 21, 23.

—Goethe envía vino: AWS a Goethe, 23 de marzo de 1800.

[1056]«Todo el mundo parecía estar enfermo…»: AWS a J. D. Gries, 16 de marzo de 1800.

—Schiller, grave: *ibid.;* véase también Schiller a J. C. Mellish, 16 de marzo de 1800; Goethe, 15 de febrero de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 283.

—Goethe se temió lo peor: Goethe, febrero y marzo de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 283-286; Goethe a C. G.Voigt, 25 de febrero de 1800.

—«Estaba tan débil…»: Schiller a C. G. Körner, 24 de marzo de 1800.

[1057]«Las malas noticias…»: Goethe a G. H. Rapp, 2 de abril de 1800.

[1058]Primavera en Jena: DV a Rahel Levin, 28 de abril de 1800.

—CS se aventura a dar cortos paseos: DV a Schleiermacher, 28-30 de abril de 1800.

[1059]DV pierde la paciencia: DV a Schleiermacher, 4 de abril de 1800; DV a Rahel Levin, 10 de abril de 1800.

—Medicación de DV: DV a Schleiermacher, 14 de febrero de 1800; sobre las migrañas, véase DV a Schleiermacher, 28 de octubre de 1799.

[1060]«¿Por qué todo el mundo seguía elogiando…?»: DV a Schleiermacher, 28-30 de abril de 1800.

—«Incluso su tono de voz…»: *ibid.*

[1061]DV continúa con sus ataques: DV a Schleiermacher, 4 de abril de 1800.

—«un fanfarrón vano y obstinado»: DV a Schleiermacher, 28 de abril de 1800.

—AWS dominado por CS: AWS dominado por CS: DV a Schleiermacher, 15 de mayo de 1800.

[1062]Encuentro en Saalfeld: AWS a Goethe, 4 de mayo de 1800.

—AWS en Weißenfels: Luise Brachmann a AWS, 28 de mayo de 1800.

—«se la estaba entregando a su rival»: DV a Schleiermacher, 15 de mayo de 1800.

[1063]«matrimonio *en quatre*»: *ibid.*

—«tomaba prestados los libros más despreciables de la biblioteca…»: *ibid.*

—FS acusó a CS: FS a Schleiermacher, mediados de septiembre de 1801.

[1064]«Schelling había reservado…»: Schelling a A. F. Marcus (?), 3 de mayo de 1800.

[1065]«Sabes que te seguiré adonde quieras…»: CS a Schelling, 9 de junio de 1800.

[1066]«lo mucho que aquel hombre la quería…: Auguste Böhmer a Schelling, 4-5 de junio de 1800, Cartas de CS, vol. 1, p. 599.

[1067]CS viaja a Bocklet: CS fue a Bocklet el 12 de junio de 1800. CS a Schelling, 9 de junio de 1800; Schelling había viajado desde Bamberg a casa de sus padres en Schorndorf porque su hermano había muerto, pero volvió pronto a Bocklet.

[1068]«no ser más que una herramienta…»:

—«maldecir, reír o llorar…»: DV a Rahel Levin, 2 de junio de 1800.

[1069]Fichte visita a Goethe: Fichte a Goethe, 10 de marzo de 1800; Goethe a C. G. Voigt, 12 de marzo de 1800.

—Schelling y Tieck visitan a Goethe: Schelling a Schiller, 16 de abril de 1800; Schelling a Goethe, 16 de abril de 1800; Goethe a Schelling, 19 de abril de 1800; Goethe, 11 de junio de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 298.

[1070]«En la república de los déspotas…»: DV a Schleiermacher, 10 de marzo de 1800.

[1071]AWS y Goethe: ver los Diarios de Goethe de abril, mayo y junio de 1800 para visitas en Weimar, pero AWS también vio a Goethe en Leipzig en mayo de 1800.

—«Cabe preguntarse…»: Schiller a Charlotte von Schimmelmann, 23 de noviembre de 1800.

[1072]Acciones legales de AWS: AWS a Goethe, 30 de mayo de 1800, 6, 13 de junio de 1800 y 11 de julio de 1800; AWS a Schelling, 31 de mayo de 1800; Goethe a AWS, 10 de junio de 1800.

[1073]«Aquí no puedo concentrarme…»: Goethe a Schiller, 22 de julio de 1800.

—«Todo lo que Goethe había producido…»: Schiller a C. G. Körner, 3 de septiembre de 1800.

[1074]«se estaba tranquilo en aquel momento, en Jena…»: AWS a Goethe, 11 de julio de 1800.

—«había decidido quedarse en la ciudad…»: AWS a J. D. Gries, 7 de julio de 1800.

[1075]Enfermedad de Auguste: Schelling a AWS, 6 de julio de 1800 y 3 de septiembre de 1802; véase también Wiesing 1989, pp. 275-295.

—Recetas para Auguste: Schelling a AWS, 3 de septiembre de 1802.

[1076]«se aferraba a su madre…»: DV a Schleiermacher, 15 de mayo de 1800.

[1077]Prescripción de Schelling: Schelling a AWS, 3 de septiembre de 1802.

[1078]«enviaron un mensajero…»: Wiesing 1989, p. 278.

[1079]«La luz de mi vida…»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

[1080]Depresión de Schelling: Schelling a AWS, 3 de septiembre de 1802.

—«hecho trizas»: AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800; véase también AWS a Ludwig Tieck, 14 de septiembre de 1800.

—«Con el corazón destrozado…»: AWS a Goethe, 20 de julio de 1800.

17. «¡Oh, qué espantosa negrura!»

[1081]AWS acude a Bamberg: AWS salió de Jena el 21 de julio y llegó a Bamberg el 24 de julio de 1800.

[1082]«Solo estoy viva a medias…»: CS a Luise Gotter, 18 de septiembre de 1800; para CS después de la muerte de Auguste, véase AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800.

—Es como si hubiera estado…»: AWS a Ludwig Tieck, 14 de septiembre de 1800.

[1083]AWS ante la tumba de Auguste: AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800.

—«Una única corona de flores, ya marchitas, reposaba junto a ella. August Wilhelm cayó de rodillas y lloró amargamente»: AWS, «Todten-Opfer für Augusta Böhmer», AWS SW, vol. 1, p. 132.

[1084]«Te acompaño con mi pensamiento…»: FS a AWS, después del 21 de julio de 1800.

—«dulce corazoncito»: FS a Auguste Böhmer, 28 de abril de 1797.

—«político-erótica»: *ibid.*; para el rumoreado romance de AWS, véase FS a Auguste Böhmer, 15 de julio de 1797.

[1085]«La casa es un páramo»: FS a AWS, después del 21 de julio de 1800.
[1086]«una "desgracia siempre tiene…"»: DV a Clemens Brentano, 25 de julio de 1800.
[1087]«había acabado abandonando a su hija»: Novalis a FS, 28 de julio de 1800.
[1088]«en lo concerniente al matrimonio y a las mujeres era, en realidad, mucho más tradicional que los otros…»: Novalis a FS, 20 de enero de 1799; DV a Schleiermacher, 11 de abril de 1800.
—«tranquila felicidad doméstica»: A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 541.
[1089]«sin duda presagiaban…»: Novalis a FS, 28 de julio de 1800.
—«oscuro destino»: *ibid.*
[1090]«Fichte envió sus condolencias…»: Fichte a AWS, 6 de septiembre de 1800.
[1091]«Si pudiera hacer algo para consolarte…»: Tieck a AWS, 27 de agosto de 1800.
—«El tiempo pasa demasiado rápido…»: *ibid.*
[1092]«Esa magnífica muchacha…»: Henrik Steffens a Schelling, 8 de agosto de 1800.
—«Tanta vida…»: *ibid.*
—«Oh, Dios mío…»: Sophie Tischbein a CS, 28 de agosto de 1800.
—«muchacha celestial»: *ibid.,* se trata de un dibujo a lápiz de la amiga de Auguste, Caroline Tischbein, su padre, el pintor J. F. A. Tischbein, también pintó un retrato de Auguste.
[1093]«monumento para la tumba»: AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800; AWS a Schleiermacher, 20 de agosto de 1800.
[1094]«colapso total…»: AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800; véase también AWS a Tieck, 14 de septiembre de 1800.
—«Pidió a su hermano que enviara ropa y libros…»: FS a AWS, 26 de julio de 1800.
—«Nada más importaba…»: AWS a Luise Gotter, 21 de agosto de 1800.
[1095]«una cáscara vacía»: CS a Julie Gotter, 17 de octubre de 1802.
[1096]«empezó a hablar de suicidio…»: CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800.
[1097]«por supuesto, dada su peculiar y precoz…»: DV a Schleiermacher, 22 de agosto de 1800.
—DV culpó a Schelling: *ibid.*
—«hasta que no estuvo fría de cintura…»: *ibid.*
—«¡Y ahora este luto ostentoso!»: *ibid.*
—«demasiado sana y compuesta…»: DV a Schleiermacher, 28 de julio de 1800; ver también 17 de enero de 1801.
[1098]«¿acaso te has enterado…?»: FS a AWS, 6 de agosto de 1800.
[1099]«cualquier noticia sobre el regreso de Schelling»: FS a AWS, 12 de septiembre de 1800.
[1100]Romance de FS con Sophie Mereau: ver las cartas de FS a Sophie Mereau en agosto y septiembre de 1800; véanse los diarios de Sophie Mereau de agosto a octubre de 1800, Mereau-Brentano 1996, pp. 73-76.
—«que pensara en él…»: FS a Sophie Mereau, 30 de agosto de 1800.
—«Tu ardiente Friedrich»: FS a Sophie Mereau, c. 8 de agosto de 1800.
[1101]«No renuncies a tu ligereza…»: FS a Sophie Mereau, 30 de agosto de 1800.
—«breve coqueteo con Karoline Paulus…»: FS a Karoline Paulus, noviembre/diciembre de 1800.
[1102]DV y Ritter: Clemens Brentano a F. K. von Savigny, 4 de junio de 1803, FS KA, vol. 25, p. 536.
—«ofrecido sexo [a Ritter]…»: Clemens Brentano a F. K. von Savigny, 14 de junio de 1803, FS KA, vol. 25, p. 536.

[1103]Goethe en Jena: Goethe, 22 de julio-4 de agosto de 1800, 3 de septiembre-4 de octubre 1800, 14-25 de noviembre de 1800, 12-26 de diciembre de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 302-309, 312-315.

[1104]«Hoy he resuelto un pequeño rompecabezas en *Fausto*»: Goethe a Schiller, 1 de agosto de 1800; véase también Goethe a Schiller, 29 de julio de 1800.

—Escenas de *Fausto*: Goethe a Schiller, 12 de septiembre de 1800; Goethe, 12-14, 22-26 de septiembre de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 305-307.

—«no puedo culpar a nadie más…»: Goethe a Schiller, 18 de noviembre de 1800; véase también Goethe a Schiller, 30 de septiembre de 1800.

—FS y Goethe: Goethe, 5, 20, 25 y 30 de septiembre de 1800 y 3 de octubre de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, pp. 304-309; DV y FS a AWS, 30 de septiembre de 1800.

—«Ya le he sacado todo lo que podía…»: FS a Schleiermacher, 17 de noviembre de 1800.

[1105]«consulta del doctor Stark»: DV a AWS, 23 de septiembre de 1800; Novalis enfermo: Novalis a Tieck, 1 de enero de 1801; Ludwig Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 556.

[1106]«Su aspecto nos pareció…»: DV a AWS, 23 de septiembre de 1800.
[1107]AWS y CS fueron a Brunswick: salieron de Bamberg el 1 de octubre de 1800 y viajaron vía Gotha (donde vivía la amiga de CS, Luise Gotter) y luego Gotinga para ocuparse de la herencia de Auguste. AWS continuó hasta Hannover para visitar a sus padres y luego a Brunswick, para estar con CS.
—CS enferma de nuevo: CS a Luise Gotter, 24 de noviembre de 1800.
—AWS retrasó su vuelta a Jena: AWS a Schleiermacher, 5 de octubre de 1800.
—CS y AWS en Brunswick: Wiedemann 1929, p. 84.
[1108]«otra traducción de Shakespeare…»: CS a Schelling, 25 de enero de 1801.
—«Puedo vivir sin amor…»: CS, citado en Damm 2005, p. 53.
[1109]«indeciblemente estúpidos»: FS a AWS, 10 de noviembre de 1800; véase también FS a Schleiermacher, 23 de enero de 1801; para FS y los estudiantes, véase DV a AWS, 28 de octubre de 1800; Schelling a Fichte, 31 de octubre de 1800.
[1110]-«+ = φ ∩: DV a AWS, 28 de octubre de 1800.
—«los estudiantes no aprendían gran cosa…»: Friedrich Muhrbeck a Hölderlin, septiembre de 1799, Hölderlin 1943-85, vol. 7, pt. 1, p. 142.
—«muerto y enterrado»: Schelling a Fichte, 31 de octubre de 1800.
[1111]Schelling y los pensamientos suicidas: CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800; CS a Goethe, 26 de noviembre de 1800.
[1112]«alegría en las cosas más pequeñas»: CS a F. L. W. Meyer, 12 de agosto de 1792; CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800.
[1113]«A pesar de Dios y de los hombres…»: CS a F. L. W. Meyer, 11 de julio de 1791.
[1114]«Mi corazón, mi vida…»: CS a Schelling, octubre de 1800.
—«espantosa negrura»: CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800.
—«volverían a ver el cielo azul»: CS a Schelling, 27 de diciembre de 1800.
—«Le di órdenes estrictas…»: CS a Schelling, 20 de diciembre de 1800.
—«Mi primera, mi única…»: CS a Schelling, finales de diciembre de 1800.
[1115]«un estado de ánimo…»: CS a Goethe, 26 de noviembre de 1800.
[1116]Navidad con Goethe: Goethe, 26 de diciembre de 1800, Diarios de Goethe, vol. 2, p. 315.
—Baile de máscaras: Steffens 1841, vol. 4, p. 408 y ss.
—Año Nuevo en Weimar: *ibid.,* pp. 411-412.
[1117]«Así que nos encontramos…»: CS a Schelling, 2 de enero de 1801.
[1118]Goethe enfermo: Boyle 2000, p. 695; Caroline Herder a Karl von Knebel, 22 de enero de 1801, Knebel 1858, vol. 2, pp. 1-2; Schiller a C. G. Körner, 5 de enero de 1801; Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 167; Goethe a J. F. Reichardt, 5 de febrero de 1801; Steffens, vol. 4, p. 412; CS a Schelling, enero de 1801. Goethe padecía erisipela, una infección bacteriana común que hoy en día es muy tratable, pero que sin antibióticos podría ser potencialmente mortal.
—Christiane, August y Schiller: Goethe a K. E. Goethe, 1 de febrero de 1801; Schiller a C. G. Körner, 17 de enero de 1801.
[1119]Desvaríos nocturnos de Goethe: CS a AWS, 27 de febrero de 1801.
—«casi se perdió a sí mismo…»: Goethe a Elisa Gore, 17 de enero de 1801.
—«reincorporación a la vida»: Goethe a K. E. Goethe, 1 de febrero de 1801.
—«reconocerme de nuevo en mi propio ser…»: Goethe a J. F. Reichardt, 5 de febrero de 1801.
[1120]El trabajo de Goethe en *Fausto:* Goethe, 7 de febrero-12 de marzo de 1801, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 5-9; véase también Boyle 2000, pp. 758-771.
[1121]«el gran vacío»: Goethe a Schiller, 6 de abril de 1801.
[1122]«*Maldita sea la ilusión…*»: Goethe, *Fausto* Primera Parte, ll. 1593-1594. Goethe 1961, p. 177.
[1123]«el coro de espíritus…»: Goethe, *Fausto* Primera Parte, l. 1609.

—«*más admirable aún*»: Goethe, *Fausto* Primera Parte, ll. 1620-1621.

[1124]«En el principio… el *Poder*»: Goethe, *Fausto* Primera Parte, ll. 1224-1237, con algunos cambios realizados por mí sobre la traducción inglesa de David Luke, Goethe 2008, p. 39: el original alemán es «im Anfang war der Sinn», que Luke traduce como «mente» y otros han traducido como «inteligencia» o «pensamiento»; del mismo modo, «im Anfang war die Tat!» ha sido traducido de diversas maneras como «hecho» o «acto».

[1125]«el destilado más puro…»: Schelling, «Philosophie der Kunst», 1802, Schelling SW, vol. 5, p. 446.

[1126]«*Cómo se mueve cada cosa…*»: Goethe, Fausto Primera Parte, ll. 447-448.

[1127]Schelling se volvió contra CS: No se conserva ninguna carta de Schelling, pero sus acusaciones pueden deducirse de las respuestas de Caroline; véanse sus cartas a Schelling de febrero y marzo de 1801.

[1128]«No me dejes…»: CS a Schelling, 18 de noviembre de 1800.

—«Oh, no interrumpas…»: CS a Schelling, 13 de febrero de 1801.

—«desesperada, cuando él no le escribía…»: CS a Schelling, 5 y 9 de enero de 1801.

—«No te burles de mí…»: CS a Schelling, marzo de 1801.

[1129]«sería más amable de su parte abandonarla…»: CS a Schelling, 17 de febrero de 1801.

—«mi todo…»: CS a Schelling, a finales de febrero de 1801.

—«Quiéreme…»: CS a Schelling, principios de febrero de 1801.

—«Oh, pero ¿por qué estás tan triste?…»: CS a Schelling, 13 de febrero de 1801.

—«la desgarraba…»: CS a Schelling, 6 de marzo de 1801.

—«así que ven y quédate…»: CS a Schelling, marzo de 1801.

[1130]«el mismo tosco dialecto suabo…»: Hegel 1970, p. 79; a Hegel lo llamaban Wilhelm: Kaube 2020, p. 29., «el viejo»: Kaube 2020, p.43; Pinkard 2001, p. 26; véase también el esbozo de Georg Friedrich Fallot en el Stammbuch de Hegel, Universitätsbibliothek Tübingen.

—Personalidad de Hegel: Gustav Binder y Christoph Theodor Schwab sobre Hegel en Tubinga, en Hegel 1970, pp. 16, 18; Schelling a G. H. Schubert, 27 de mayo de 1809.

—Hegel en los Alpes: Hegel en los Alpes: Kaube 2020, p. 91.

[1131]«se había sentido aislado…»: *ibid.,* p. 106; Pinkard 2001, p. 55 y ss.

—Hegel y Hölderlin: Kaube 2020, pp. 110-115; Pinkard 2001, p. 80 y ss.

[1132]Hegel y la herencia que recibió de su padre: Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 453; Kaube 2020, p. 122.

—«antes de exponerme al torbellino…»: Hegel a Schelling, 2 de noviembre de 1800.

[1133]«Apesadumbrado, agotado y vacío…»: Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 464; Boyle 2000, p. 712.

[1134]AWS abandona Brunswick: AWS a Schleiermacher, 9 de febrero de 1801.

[1135]AWS y Friederike Unzelmann: CS a Luise Gotter, julio de 1798; CS a AWS, 26 de marzo de 1801.

—Las cartas de CS: CS a AWS, 24 y 27 de febrero de 1801, 1-2, 5-6, 16, 26-27 de marzo de 1801, 4 de abril de 1801.

—«su “pequeña Unzeline”»: CS a AWS, 26 de marzo de 1801.

[1136]Respuestas de AWS: Ninguna de las cartas de AWS a CS de esa época sobrevive, pero sus respuestas iluminan el contenido y el tono de sus cartas.

—«cuando el mundo arda…»: CS a AWS, 1-2 de marzo de 1801.

—«Debía ignorar también a los críticos…»: CS a AWS, 5-6 de marzo de 1801.

—«Por favor, escríbeme a menudo»: CS a AWS, 24 de febrero de 1801; ver también 1-2 de marzo de 1801.

—CS y el *Decamerón*: CS a AWS, 5-6 de marzo de 1801; CS a Schelling, 13 de febrero de 1801; tradujo *La historia de Ghismonda y Guiscardo,* de Boccaccio.

[1137]Muerte del hijo de Luise: CS a AWS, 16 de marzo de 1801.

«y en plena noche…»: *ibid.*

[1138]La enfermedad de Novalis: Novalis a Tieck, 1 de enero de 1801; Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 556; FS a AWS, 6 y 24 de marzo de 1801; para el diagnóstico, Hädecke 2011, p. 360.

—Novalis va a Dresde: Sidonie von Hardenberg a Wilhelmine von Thümmel, 11 de octubre de 1800, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 665.

—Hermano ahogado: el 28 de octubre de 1800; A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg». 1805, y Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 546, 557.

—«una hemorragia tan violenta…»: A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 546.

[1139]«excursiones diarias de cuatro horas en un carruaje abierto»: FS a AWS, 6 de marzo de 1801; H. U. E. von Hardenberg a A. B. von Hardenberg, 14 de enero de 1801, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 671.

—«purgas e hipnosis, ingiriendo grandes cantidades de quinina y bebiendo únicamente leche de burra»: El médico de Novalis en Dresde era Johann Nathanael Petzold, discípulo de Franz Anton Mesmer, que utilizaba la hipnosis (o «mesmerismo», como se llamaba entonces) como tratamiento: Hädecke 2011, p. 351; FS a AWS, 6 de marzo de 1801; Novalis a A. C. Just, 1 de febrero de 1801 y H. U. E. von Hardenberg a A. B. von Hardenberg, 14 de enero de 1801, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 344, 672.

—«no paraba de toser sangre»: A. B. von Hardenberg a Sidonie von Hardenberg, 28 de noviembre de 1800, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 666.

[1140]Charlotte Ernst sobre Novalis: Charlotte Ernst a AWS, mediados de enero y finales de enero de 1801.

—«el aspecto de un muerto»: Charlotte Ernst a AWS, mediados de enero de 1801.

—«me duele no poder…»: Novalis a Tieck, 1 de enero de 1801.

—«oirás lo que es la verdadera poesía…»: Karl von Hardenberg, «Biographie seines Bruders», 1802, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 535.

[1141]«el cuarto aniversario…»: *ibid.*

—«Los buenos mueren…»: Tieck a FS, mediados de marzo de 1801.

[1142]CS sobre Novalis: CS a Luise Gotter, 23 de enero de 1801; véase también CS a AWS, 10 de abril de 1801.

—«No lo lamentaré…»: CS a Schelling, 13 de febrero de 1801.

[1143]«Parecía desfigurado…»: FS a AWS, 24 de marzo de 1801.

—FS en Weißenfels: *ibid.*; véase también A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 547.

[1144]Último día de Novalis: Karl von Hardenberg, «Biografía de su hermano», 1802; A. C. Just, «Friedrich von Hardenberg», 1805; Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, pp. 535, 547, 556; FS a AWS, 27 de marzo de 1801.

[1145]«Es casi imposible…»: FS a AWS, 27 de marzo de 1801.

—«Estaba demasiado afectado…»: FS a Schleiermacher, 27 de marzo de 1801.

[1146]«Nuestra vida es compartida»: Tieck a FS, 23 de abril de 1801.

[1147]«El vacío que dejó…»: FS a Schleiermacher, 17 de abril de 1801.

—«divino»: FS a CS, 20 de noviembre de 1798.

[1148]«Lo había visto…»: Tieck a FS, 23 de abril de 1801.

—«en plena flor…»: Novalis, 26 de mayo de 1797, diario, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 41.

[1149]«La filosofía ya solo…»: Novalis a A. C. Just, febrero de 1800.

[1150]«¿No debería una novela…?»: Novalis, «Allgemeine Brouillon», n.º 169,

Novalis *Schriften*, vol. 3, p. 271; Novalis 2007, p. 26.

—«Cuando Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck leyeron el borrador de la primera parte de la novela…»: Novalis a FS, 4 de abril de 1800.

[1151]«sacrílega, atroz…», «fragmento divino»: FS a AWS, 17 de abril de 1801.

18. «Cuando los filósofos empiezan a comerse los unos a los otros como ratas hambrientas»

[1152]CS deja Brunswick: salió el 21 de abril y llegó a Jena el 23 de abril de 1801; CS a AWS, 20 y 24 de abril de 1801.

[1153]Llegada de CS: CS a AWS, 24 de abril de 1801.

—Cosas desaparecidas y rotas: *ibid.;* CS a AWS, 27 de abril de 1801 y 5 de mayo de 1801.

—«Te ahorraré…»: CS a AWS, 24 de abril de 1801; FS a CS, 24 de abril de 1801.

—«Caroline no le dijo a Schelling…»: CS a AWS, 24 de abril de 1801.

[1154]«frau Schlegel»: FS a CS, 24 de abril de 1801.

—«accedió a regañadientes a desprenderse…»: CS a AWS, 5 de mayo de 1801; FS a AWS, 27 de abril 1801.

—«una larga lista…»: CS a AWS, 24 y 27 de abril de 1801, 7 y 18 de mayo de 1801.

—«La entrañable Jena…»: CS a AWS, 5 de mayo de 1801.

—«No tardes…»: *ibid.*

[1155]«No me gusta nada…»: AWS a Tieck, 28 de abril de 1801.

—«Así que acabó apoyando a su esposa…»: FS a AWS, 18 de mayo de 1801.

[1156]«un intercambio de cartas cada vez más furibundo»: Schelling a Fichte, finales de septiembre de 1800. Esta carta se ha perdido, pero Fichte se defendió en una carta a Schelling el 3 de octubre de 1800 (con un primer borrador escrito el 2 de octubre) y citó las acusaciones de Schelling en una carta a Tieck, hacia el 22 de octubre de 1800; véase también Schelling a Fichte, 13 de octubre de 1800; Fichte a Schelling, 22 de octubre de 1800.

[1157]«falsaria, perversa…»: Fichte a Schelling, 22 de octubre de 1800; véase también Fichte a J. F. Cotta, 18 de octubre de 1800.

—«Como amigo…»: Fichte a Tieck, c. 22 de octubre de 1800.

[1158]«como su colaborador…»: Anuncio de Fichte, ALZ, 24 de enero de 1801, Vater y Woods 2012, p. 86; véase también Fichte a Schelling, 31 de mayo de 1801 y 15 de enero de 1802.

[1159]«Mientras que a Goethe le hizo gracia…»: Goethe a Schelling, 1 de febrero de 1801; CS a AWS, 31 de mayo-1 de junio de 1801.

[1160]«convertirlo a él "y a su *Naturphilosophie"*»: CS a Schelling, 1 de marzo de 1801.

—«Tiene luz…»: *ibid.*

[1161]«Cómo se atrevía…»: CS a AWS, 28 de enero de 1802.

—«y su escritura, abstrusa»: CS a AWS, 18 de mayo de 1801.

[1162]«*Un informe claro…*»: Fichte, *Sonnenklarer Bericht an das größere Publikum*, 1801.

—«para que Fichte lo torturara…»: CS a AWS, 31 de mayo-1 de junio de 1801.

[1163]«¿No es esta opinión una "aniquilación de la naturaleza"?»: Schelling a Fichte, 3 de octubre 1801.

—«acusó a Schelling de ser corto de entendederas»: Fichte a Schelling, 8 de

octubre de 1801.

[1164]«pero seguir sus argumentos siempre cambiantes resultaba una tarea casi imposible…»: Goethe a WH, 19 de noviembre de 1800.

[1165]Las nuevas ideas de Schelling: Richards 2002, pp. 180-186; véase también la obra de Schelling *Über den wahren Begriff der Naturphilosophie*, 1801, Schelling SW, vol. 4, p. 80 y ss; *Darstellung meines Systems der Philosophie*, 1801, Schelling SW, vol. 4, p. 107 y ss.

—El «Absoluto» de Schelling: Schelling, *Bruno, ober das göttliche und natürliche Prinzip der Dinge*, 1802, Schelling SW, vol. 4, p. 283.

[1166]«increado…»: *ibid.;* véase también Richards 2002, p. 186.

[1167]«idealismo del *Ich*»: Schelling, *Über den wahren Begriff der Naturphilosophie*, 1801, Schelling SW, vol. 4, p. 84; véase también Richards 2002, p. 187.

[1168]«La diferencia entre los sistemas filosóficos de Fichte y Schelling»: Hegel, *Differenz des Fichteschen und Schellingschen Systems der Philosophie*, 1801; véase también Pinkard 2001, pp. 153-160.

[1169]«*Revista Crítica de Filosofía*»: *Kritisches Journal der Philosophie* de Schelling y Hegel (1802-1803).

[1170]Hegel como discípulo de Schelling: Pinkard 2001, pp. 110-111.

[1171]Los alumnos de Hegel: Rosenkranz 1844, p. 161.

—«Cada palabra, cada sílaba…»: H. G. Hotho, citado en Preisendörfer 2018, p. 134; para los ataques de tos de Hegel, véase Alexander Jung sobre las conferencias de Hegel, Hegel 1970, p. 532.

[1172]«el escudero de Schelling»: K. L. Reinhold a C. G. Bardili, 21 de diciembre de 1801, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 91.

[1173]La salud de CS: Julie Gotter a Luise Gotter, 29 de junio de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 933; CS a AWS, 27 de julio de 1801.

—«La mayor parte del tiempo…»: CS a AWS, 31 de mayo-1 de junio de 1801.

[1174]Julie en Jena: Julie Gotter llegó el 31 de mayo de 1801 y se quedó hasta el 6 de marzo de 1802; Julie Gotter a Luise Gotter, 26 de junio de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 933; véase también CS a AWS, 31 de mayo-1 de junio de 1801.

[1175]Visitas a Schelling y paseos: Schelling a AWS, 31 de julio de 1801; CS a AWS, 31 de mayo-1 de junio de 1801; Julie Gotter a Luise Gotter, 8 de junio de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 933; Julie Gotter a Cäcilie Gotter, 9 de junio de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 931.

[1176]«cariño mío»: CS a AWS, 7 de mayo de 1801.

—«corazón mío»: CS a AWS, 25 de mayo de 1801.

—«traer a… Friederike Unzelmann…»: CS a AWS, 7 de mayo de 1801.

—«Estoy enferma…»: CS a AWS, 5 de mayo de 1801; para el retrato de Auguste, ver CS a AWS, 7 de mayo de 1801.

—«Mi querido y apuesto…»: CS a AWS, 27 de abril de 1801.

—«bajo los escombros…»: CS a AWS, 7 de mayo de 1801.

[1177]«con los últimos restos…»: CS a AWS, 26 de noviembre de 1801.

[1178]«Estoy absolutamente segura…»: CS a AWS, 5 de mayo de 1801; para los consejos sobre Tieck, véase CS a AWS, 19 de julio de 1801.

[1179]«se mantuviera muy muy firme…»: CS a AWS, 25 de mayo de 1801, véase también 18 de mayo de 1801.

—«Y en cada carta le pedía…»: CS a AWS, 5, 7-8, 18 de mayo de 1801 y 19 de julio de 1801.

[1180]«Nunca he amado como ahora…»: Sophie Bernhardi a AWS, mediados de septiembre de 1801.

—«el primer gran acontecimiento…»: AWS a Sophie Bernhardi, 4 de septiembre de 1801.

[1181]«Hazme saber, por favor…»: AWS a Schelling, 26 de mayo de 1801.

—La salud de CS: Schelling a AWS, 31 de julio de 1801.

[1182]La situación en Jena al regreso de AWS: Julie Gotter a Luise Gotter, 18-21 de agosto de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 933.

—«cómo todo el mundo…»: CS a AWS, 5 de mayo de 1801.

[1183]«era una alegría volver a remontar…»: AWS a Sophie Bernhardi, 21 de agosto de 1801.

—Tensiones entre FS y AWS: Julie Gotter a Luise Gotter, 18-21 de agosto de 1801, BBAW, NL Schelling, n.º 933; AWS a Sophie Bernhardi, 24 de agosto de 1801; véase también AWS a FS, 14 de septiembre de 1801.

[1184]Vacaciones en Weimar: 21 de septiembre-2 de octubre de 1801, AWS a Sophie Bernhardi, 3 de octubre de 1801; véase también Goethe, 21 de septiembre-1 de octubre de 1801, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 35-36.

[1185]«demasiado solitario y deprimente…»: AWS a Sophie Bernhardi, 24 de agosto de 1801.

—«No descansaré…»: AWS a Sophie Bernhardi, 4 de septiembre de 1801 y 3 de octubre de 1801.

—«Mi deseo ardiente…»: Sophie Bernhardi a AWS, mediados de agosto de 1801.

—«Soy tuyo…»: AWS a Sophie Bernhardi, 3 de octubre de 1801; véase también el 4 de septiembre de 1801.

[1186]«amistosa y tierna», «mi confidente…»: AWS a Sophie Bernhardi, 4 de septiembre de 1801.

—«Tus besos…»: Sophie Bernhardi a AWS, 14 de octubre de 1801; véase también el 13 de octubre de 1801.

[1187]Regreso a Berlín de AWS: AWS partió el 3 de noviembre de 1801.

[1188]«Friedrich Schlegel también se marchó a Berlín»: FS llegó a Berlín el 2 de diciembre de 1801: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 19 de enero de 1802, Dilthey 1858-1863, vol. 1, p. 301.

[1189]«Todo depende de Friedrich…»: DV a Tieck, 17 de diciembre de 1801.

—«Cómo adoro…»: DV a Rahel Levin, enero de 1802.

[1190]DV en Jena: CS a AWS, 11-14, 28 de enero de 1802.

[1191]«llegó a pedirle a su hijo Philipp, de ocho años, que avisara a Friedrich Schlegel…»: Philipp Veit a FS, diciembre de 1801.

[1192]«Todo el mundo sabe…»: CS a AWS, 22 de febrero de 1802.

—«Debe de haberse bebido…»: CS a AWS, 8 de marzo de 1802; para la gordura de FS, véase CS a AWS, 26 de noviembre de 1801.

[1193]FS y su editor: FS a G. A. Reimers, 22 de enero de 1802.

[1194]«Me hace bien…»: FS a Schleiermacher, mediados de septiembre de 1801.

—«muy mimado y rico en pequeñas necesidades…»: Schleiermacher a Charlotte Schleiermacher, 19 de enero de 1802, Dilthey 1858-1863, vol. 1, p. 301.

[1195]DV y FS en Dresde: FS a Schleiermacher, 4 de febrero de 1802; FS a Rahel Levin, 15 de febrero de 1802.

—DV abandonó Jena: CS a AWS, 1 de febrero de 1802.

[1196]«Puedes imaginarte…», «que ni avanzaba ni retrocedía…»: CS a AWS, 23 de noviembre de 1801; ver también CS a Luise Gotter, finales de noviembre de 1801.

[1197]«exponer hasta el último defecto…»: Fichte a J. B. Schad, 29 de diciembre de 1801.

—Última carta de Schelling: Schelling a Fichte, 25 de enero de 1802; véase también CS a AWS, 28 de enero de 1802.

[1198]«filosofía completa en sí misma»: Schelling, «Über das Verhältnis der Naturphilosophie zur Philosophie überhaupt», 1802, citado en Kühn 2012, p. 448.

[1199]«todo lo que hay que hacer…»: F. H. Jacobi a K. L. Reinhold, 10 de agosto de 1802, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 130.

—«cuando los filósofos empiezan…»: Salat 1803, p. 446.

—«cada criatura hacer lo mismo…»: Jean Paul a Karoline Herder, 22 de abril de 1802, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 125.

[1200]«Muchos extranjeros…», «vino de Tokay»: Schelling a J. F. Schelling, 6 de diciembre de 1802.

[1201]«Su sala de conferencias ya no puede…»: CS a Julie Gotter, 29 de noviembre de 1802.

[1202]«serie de lecciones sobre la "Filosofía del Arte"»: Vigus 2010, pp. 74-76. Schelling impartió la asignatura en el invierno de 1799/1800, en el invierno de 1800/1 y en el verano de 1801.

—«Toda obra de arte…»: Sus lecciones sobre «Filosofía del Arte» comenzaron en 1802.

—«cómo el arte representa el universo…»: Schelling, «Filosofía del Arte», transcrito por Henry Crabb Robinson, 1802-1803, en Vigus 2010, pp. 74-76.

[1203]«poesía del universo»: K. P. Kayser, mayo de 1804, Tilliette 1974, p. 151.

[1204]«un país que valora…»: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 14 de noviembre de 1802, Robinson 1929, p. 118.

—«una Filosofía del Transporte…»: K. P. Kayser, mayo de 1804, Tilliette 1974, p. 151; ver también Schelling, «Philosophie der Kunst», 1802, Schelling SW, vol. 5 p. 364.

[1205]Conferencias de AWS en Berlín: Paulin 2016, pp. 202-220; véanse también las entradas para las conferencias de ASW (celebradas los miércoles y domingos a mediodía), reimpresas en Körner 1969, vol. 3, p. 19; las conferencias se publicaron póstumamente en tres volúmenes, uno que aborda el arte, un segundo que trata de la literatura clásica y un tercero sobre la literatura romántica, véase AWS 1884.

[1206]AH y la naturaleza: Wulf 2015, pp. 88-90; A. Humboldt 1814-1829, vol. 3, p. 160; A. Humboldt 1845-1852, vol. 1, pp. VI, XVIII.

[1207]«August Wilhelm dejó de lado las clasificaciones estéticas convencionales y estrechas, y trazó nuevas conexiones»: Paulin 2016, p. 211.

—«habían causado un gran revuelo…»: AWS a Goethe, 19 de enero de 1802.

[1208]CS se defendió de las acusaciones de AWS a causa de sus gastos: CS a AWS, 11 de enero de 1802.

[1209]«una dura respuesta…»: AWS a CS, 26 de enero de 1802.

[1210]Preparativos de CS para su viaje a Berlín: CS a AWS, 28 de diciembre de 1801, 21 de enero, 15 de febrero de 1802.

—Partida de CS: CS a AWS, 18 de marzo de 1802.

[1211]«August Wilhelm había dejado caer en varias ocasiones que hubiera preferido que ella no viniera»: AWS a CS, 17 de mayo de 1802.

—Alojamiento de CS en Berlín: CS a Julie Gotter, 24 de abril de 1802; Caroline se alojó en Unter den Linden 66 y August Wilhelm en Oberwasserstrasse 10.

[1212]«El ambiente era sombrío»: CS a Julie Gotter, 24 de abril de 1802, CS a AWS, 8 de marzo de 1802. El bebé nació en noviembre de 1802.

—«lágrimas de sangre»: CS a Meta Liebeskind, 19 de agosto de 1804.

—«ángel de la muerte»: CS a AWS, 8 de marzo de 1802.

[1213]«La vida en la ciudad era agotadora»: CS a Julie Gotter, 24 de abril de 1802.

—Schelling en Berlín: el 24 de abril CS todavía no sabía cuándo llegaría Schelling o si llegaría, pero salieron juntos de Berlín el 19 de mayo y llegaron a Jena el 24 de mayo de 1802.

[1214]«ya no se sentía obligado…»: WS a CS, 17 de mayo de 1802; véase también CS a AWS, 17 y 18 de mayo de 1802.

[1215]«donde todo me disgustaba…»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

—Divorcio de AWS y CS: Friedrich Tieck a Sophie Bernhardi, 15 de junio de 1803; CS a AWS, finales de junio de 1802.

[1216]Mudanza de CS: Schelling a Hegel, 24 de mayo de 1802.

[1217]Descripción del nuevo apartamento de CS: CS a AWS, 10, 20-21, 28 de diciembre de 1801; Kösling 2010, p. 31. Schelling ya había vivido aquí; véase CS a AWS, 20-21 de diciembre de 1801.

—«Veía a Schelling todos los días…»: CS a Julie Gotter, 15 de junio de 1802.

—«consuelo en la naturaleza…»: DV a Schleiermacher, 15 de mayo de 1800.

—«abrigo de cachemira…»: CS a Julie Gotter, 17 de octubre de 1802.

[1218]Científicos en París: A. Humboldt 1987, p. 104.

[1219]Modo de ganarse la vida de FS en París: FS a Rahel Levin, 15 de febrero de 1802.

—*Europa*: Endres 2017, pp. 294-295; Paulin 2016, pp. 195-196; FS a Friedrich Wilmans, 15 de abril de 1803.

[1220]«un "todo interconectado"», «un todo»: FS, *Über das Studium der griechischen Poesie*, 1795-7, FS KA, vol. 1, p. 225.

[1221]«como si me creen un loco»: FS a Schleiermacher, 8 de febrero de 1802.

[1222]Obras reunidas de Novalis: Tieck a FS, 10 de diciembre de 1801.

[1223]Casa del Jardín de Schiller: Goethe a Schiller, 12 de febrero de 1802; Schiller la vendió en junio de 1802.

[1224]Correspondencia de CS y AWS: CS a AWS, 3, 18 y 21 de junio de 1802.

—«Si no tienes ninguna objeción…»: CS a AWS, finales de junio de 1802.

—Demanda de divorcio: CS a AWS, finales de junio de 1802: CS a AWS, 5 de julio de 1802.

[1225]«Schlegel y yo…» y siguiente cita: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.

[1226]«Ha sido mi mejor amiga…»: Schelling a J. F. Schelling, 28 de mayo de 1802.

[1227]«Por favor, manténgase…»: CS a AWS, después del 27 de agosto de 1802.

[1228]«coger a las personas que habían curado…»: ALZ, n.º 225, 10 de agosto de 1802.

—«conmocionados»: Schelling a AWS, 19 de agosto de 1802.

[1229]«August Wilhelm estaba tan enfurecido…»: AWS a Schelling, 27 de agosto de 1802.

—«defender los derechos del profesor…»: AWS a C. G. Schütz, 18 de septiembre de 1802, Schlegel 1802, p. 21.

—«sinvergüenzas redomados…», «parcial, repugnante y miserable»: Schlegel 1802, p. 14.

—Retractación a medias de ALZ: C. G. Schütz a AWS, 24 de septiembre de 1802; véase también *Intelligenzblatt*, n.º 173, ALZ, 25 de septiembre de 1802.

[1230]«la excepción no se convirtiera en regla»: CS a AWS, septiembre de 1802; véase también C. G.Voigt a Goethe, 13 de septiembre de 1802.

[1231]Junta de Consejeros de Weimar: Schelling a AWS, 24 de septiembre de 1802.

—«vive en Jena con la mujer…»: Karoline Herder a J. G. Müller, marzo de 1803, Herder 1977-2016, vol. 8, p. 538.

[1232]«posibilidad de sobornar a algunos miembros de la Junta…»: Schelling a AWS, 24 de septiembre de 1802; Goethe a Schelling, 9 de octubre de 1802.

—«proyecto de petición…»: Schelling a Goethe, 2 de octubre de 1802; AWS y CS, petición de divorcio a Carlos Augusto, Herzog von Sachsen-Weimar, octubre de 1802, Cartas de CS, vol. 2, p. 342 y ss.; Goethe a Schelling, 9 de octubre de 1802; Schelling a AWS, 11 de octubre de 1802.

—«petición de divorcio firmada…»: Schelling a Goethe, c. 17 de octubre de 1802; para la ayuda de Goethe con la Junta, véase J. G. Herder a AWS, 14 de diciembre de 1802; Schelling a Goethe, 28 de diciembre de 1802; Schelling a AWS, 21 de enero de 1803; Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 333.

—«y yo me encargaré…»: Goethe a Schelling, 7 de enero de 1803.

[1233]Cartas de Schelling informando del proceso de divorcio: véase su correspondencia con Goethe y AWS de septiembre de 1802 a mayo de 1803.

—«mantenerlos al día y hacer aclaraciones»: Goethe, 15-29 de mayo de 1803, Diarios de Goethe, vol. 3, p. 73; Unterberger 2002, p. 247.
[1234]«muy misericordiosamente…»: *Herzogliche Oberconsistorium* Weimar, 17 de mayo de 1803, SLUB Dresden, Mscr.Dresden.e.90, XIX, vol. 22; para una traducción al inglés, véase Doug Stott, <https://www.carolineschelling.com/letters/volume-2-index/letter-377g/#*>.
[1235]«una última nota a August Wilhelm»: Schelling a AWS, 20 de mayo de 1803.
[1236]Reunión de Schelling y Goethe: Goethe, 20 de mayo de 1803, Diarios de Goethe, vol. 3, p. 73.
[1237]«A las tres de la mañana…»: Ritter a H. C. Ørsted, 22 de mayo de 1803, Ørsted 1920, vol. 2, p. 37.
—«Cuidaré de ella…»: Schelling a Johanna Fromann, 20 o 21 de mayo de 1803.
[1238]«criatura divina»: Schelling a Luise Gotter, 24 de septiembre de 1809.
—«miles de raíces…»: Schelling a F. I. Niethammer, 2 de octubre de 1809.
[1239]«Casi casi soy feliz…»: CS a Julie Gotter, 18 de febrero de 1803.
[1240]Matrimonio de Schelling y CS: El 26 de junio de 1803, Schelling 1869-1870, vol. 1 p. 465.

19. «El éxodo actual»

[1241]«El "éxodo actual"»: Goethe, 28 de junio de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 595.
[1242]«un puesto bien remunerado en la Universidad de Wurzburgo…»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 8-17 de septiembre de 1803.
—«migración de profesores»: Goethe al duque Carlos Augusto, 31 de agosto de 1803; véase también Hegel a Goethe, 3 de agosto de 1803; Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 387; Goethe, 7-11 de agosto de 1803, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 76-77.
[1243]«Jena ya no era la misma»: F. W. von Hoven en 1803, Merkel 1840, p. 153.
—«Unos sesenta jóvenes siguieron a Schelling…»: K. A. von Wangenheim al rey Federico de Wurtemberg, 15 de noviembre de 1811, Tilliette 1974, p. 210.
[1244]«Me temo que…»: Schiller a WH, 18 de agosto de 1803.
—«al borde de la ruina»: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 20 de septiembre de 1803, Robinson 1929, p. 130.
—«reino de la filosofía»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 19 de junio de 1803.
[1245]Hegel y Goethe: Goethe, 26 de noviembre de 1803 y 2, 3, 8, 20 de diciembre de 1803, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 88-92.
—«Es una persona admirable…», «el arte de hablar en público…»: Goethe a Schiller, 27 de noviembre de 1803.
—«se quedaba en casa…»: Hegel a F. I. Niethammer, 10 de diciembre de 1804.
[1246]«desde que filosofábamos…»: Schiller a WH, 17 de febrero de 1803.
[1247]Friedrich *von* Schiller: Schiller fue ennoblecido en noviembre de 1802, Wais 2005, p. 312.
[1248]«Lolo está realmente en su elemento…»: Schiller a WH, 17 de febrero de 1803.
—«Mi vida es muy monótona…»: Schiller a Wilhelm von Wolzogen, 24 de noviembre de 1803, véase también el 20 de marzo de 1804.
[1249]Trabajo de Fichte y conferencias: Johanne Fichte a Charlotte Schiller, 18 de julio de 1804; Johanne Fichte a F. I. Niethammer, 4 de abril de 1803; Johanne Fichte a J. H. Rahn, 25 de febrero de 1805; véase también el folleto de la

conferencia de 1804, Fichte GA III, vol. 5, p. 279.

—«su círculo de amigos era reducido…»: Johanne Fichte a Charlotte Schiller, 18 de julio de 1804.

—«Escuela de Filósofos»: Fichte a F. X. von Moshamm, 18 de junio de 1804.

[1250]«todavía muy por detrás…»: Schelling a Hegel, 3 de marzo de 1804.

[1251]«Caroline podía comprar artículos caros…»: Henriette Hoven a Charlotte Schiller, 4 de abril de 1804, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 272.

[1252]«Y no tardó en enemistarse…»: Therese Huber a C. G. Heyne, 16 de agosto de 1803 y Therese Huber a Therese Forster, 3 de septiembre de 1803, Huber, vol. 1, pp. 427, 429; Karoline Paulus a Charlotte Schiller, 11 de marzo de 1804 y Henriette Hoven a Charlotte Schiller, 4 de agosto de 1804, C. Schiller 1862, vol. 3, pp. 187, 276; Oellers 1990, p. 124; F. W. von Hoven, 1803, Merkel 1840, p. 166; CS a Beate Gross, 2 de septiembre de 1804.

—«sirvienta suaba»: Henriette Hoven a Charlotte Schiller, 4 de abril de 1804, C. Schiller 1862, vol. 3, p. 272; véase también CS a Beate Gross, 2 de septiembre de 1804.

—«nuestros buenos amigos…»: CS a Julie Gotter, 18 de marzo de 1804.

[1253]Reseñas de CS: Schelling a H. K. A. Eichstädt, 20 de diciembre de 1804; H. K. A. Eichstädt a Goethe, 30 de diciembre de 1804.

—«unidos por los vínculos…»: Schelling to Philipp Michaelis, 29 de noviembre de 1809.

[1254]AWS visitó Wurzburgo: AWS a Sophie Bernhardi, 15 de mayo de 1804.

[1255]«se emocionó cuando me fui»: *ibid.*

[1256]«hijo de un tercer hombre…»: Paulin 2016, p. 185.

—«Parecía exhausto»: AWS a madame de Staël, finales de marzo de 1804; AWS a Sophie Bernhardi, 27 de mayo de 1804; véase también Paulin 2016, p. 240.

[1257]«o, de lo contrario…»: Benjamin Constant, citado en Herold 1975, p. 189.

—«espantosa como un precipicio»: Lord Byron a Henrietta d'Ussières, 8 de junio de 1814, Byron 1982, p. 104.

[1258]«un proyecto de libro sobre la nueva filosofía alemana…»: Madame de Staël a F. H. Jacobi, 15 de noviembre de 1803, Higonnet 1986, p. 163.

[1259]«Pagó a Henry Crabb Robinson…»: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 20 enero de 1804 y 29 de marzo de 1804, Robinson 1929, pp. 133-135, 139.

[1260]«ni Goethe ni Schiller leían periódicos políticos. Los poetas alemanes no parecían hablar de política…»: Madame de Staël a C. M. Wieland, 1804, Alt 2004, vol. 2, p. 552.

—«el ideal»: *ibid.,* p. 553.

—«su limitado destino»: Staël 1813, vol. 1, p. 151.

[1261]Madame de Staël en Weimar: Schiller a Goethe, 30 de noviembre de 1803; Schiller a C. G. Körner, 4 de enero de 1804; véase también Schiller a Goethe, 21 de diciembre de 1803, y Goethe, 24 de diciembre de 1803, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 433. Llegó a Weimar el 14/15 de diciembre de 1803 y se marchó el 1 de marzo de 1804.

[1262]«como si hubiera sobrevivido…»: Schiller a Goethe, a principios de marzo de 1804.

—«una carta de presentación…»: Goethe a AWS, 1 de marzo de 1804.

—«conocimiento e ingenio»: Madame de Staël a Jacques Necker, 23 de marzo de 1804, Paulin 2016, p. 234.

—«¡Ah! Es suficiente…»: Madame de Staël, Fichte GA III, vol. 5, p. 234.

[1263]Madame de Staël en Berlín con AWS: AWS a Caroline de la Motte-Fouqué, 26 de marzo de 1804; AWS a C. G. von Brinckmann, 28 de marzo de 1804.

—«recogemos el fruto»: Staël 1813, vol. 2, p. 376.

—Oferta de trabajo a August Wilhelm: Madame de Staël a Jacques Necker, 23 de marzo de 1804, Paulin 2016, p. 235.

[1264]Salario y pensión: Paulin 2016, p. 239.

—«nuestro gran proyecto»: AWS to madame de Staël, finales de marzo de 1804.

[1265]«solo contaba con unos trescientos suscriptores y sus conferencias apenas atraían a veinte personas»: Endres 2017, p. 294; Stern 1994, p. 186; Zimmermann 2009, p. 184.

[1266]«París tiene un defecto…»: FS a Karoline Paulus, 18 de septiembre de 1804.

[1267]«Nunca he sido…»: FS a Karoline Paulus, 27 de marzo de 1805.

[1268]«Me siento tremendamente…»: FS a Tieck, 13 de septiembre de 1802.

—«raíz de todas las lenguas»: FS a Tieck, 15 de septiembre de 1803.

—*Del idioma y la sabiduría…*: FS, *Über die Sprache und Weisheit der Indder*, 1808; véase también Paulin 2016, pp. 292, 297-298.

[1269]«Dorothea traducía textos y novelas francesas al alemán, además de alquilar habitaciones…»: Zimmermann 2009, p. 183; FS y DV a Charlotte Ernst, 10 de abril de 1804.

[1270]«En París, se sentían aislados»: DV a Charlotte y L. E. Ernest, 6 de abril de 1804.

—«por todos los caminos y zarzales…»: FS a Karoline Paulus, 27 de marzo de 1805.

—«el mundo sería un lugar…»: DV a Karoline Paulus, 3 de agosto de 1804.

[1271]Mudanza a Colonia: FS y DV a Charlotte Ernst, 10 de abril de 1804.

[1272]DV agradeció a Simon Veit su generosidad: DV a Simon Veit, 5 de enero de 1805, D. V. Schlegel 1881, vol. 1, p. 146.

—Matrimonio: DV a Charlotte y L. E. Ernst, 6 de abril de 1804.

[1273]Las colecciones de AH: A. Humboldt 2009b, p. 86; A. Humboldt 1987, pp. 103-104.

[1274]De Bogotá a Quito: Wulf 2015, pp. 77-80; A. Humboldt 1814, vol. 1, p. 63 y ss.; AH, 14 de septiembre, 27 de noviembre, 22 de diciembre de 1801, diario, A. Humboldt 2003, vol. 1, pp. 124, 131, 163; AH a WH, 21 de septiembre de 1801; AH a WH, 25 de noviembre de 1801; AH a WH, 14 de octubre de 1804.

[1275]AH y el Chimborazo: Wulf 2015, pp. 85-88; AH, 23 de junio de 1802, diario, A. Humboldt 2003, vol. 2, pp. 100-109; AH a WH, 25 de noviembre de 1802.

[1276]«influencia de tus escritos…»: AH a Goethe, 3 de enero de 1810.

—«dedicó el primer libro…»: A. Humboldt, *Ideen zu einer Geographie der Pflanzen*, 1807.

—«nuevos sentidos»: AH a Caroline von Wolzogen, 14 de mayo de 1806.

[1277]Instrumentos de AH: A. Humboldt 1814-1829, vol. 1, pp. 33-39.

—«la sed de conocimiento…»: A. Humboldt 1807, p. 41.

[1278]«como si “hubiese resucitado de entre los muertos”»: Goethe a WH, 30 de julio de 1804.

[1279]«pero herr von Humboldt…»: Schiller a J. F. Cotta, 31 de agosto de 1804.

[1280]«¿Quién mejor que tú?»: AH a J. F. Cotta, 24 de enero de 1805.

—La oferta de Cotta a AH: J. F. Cotta a AH, 5 de julio de 1805.

[1281]Premonición de Goethe: HeinrichVoß a Niemeyer, 12 de agosto de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 546.

—Enfermedad de Goethe: Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 556 y ss.

—Enfermedad de Schiller: Goethe 1982-1996, vol. 4, pp. 556-559; Schiller a Goethe, 22 de febrero de 1805; Wais 2005, p. 340.

[1282]«Este invierno de Jena…»: Hegel a F. I. Niethammer, 4 de marzo de 1805.

[1283]Visita de Schiller a Goethe: Heinrich Voß a Niemeyer, 12 de agosto de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 562.

—Infección renal de Goethe: 7 de marzo de 1805; véase August von Goethe a J. H.

Meyer, 24 de junio de 1805, Goethe 1982-1996, pp. 563, 591.

—Silencio en casa de Goethe: Christiane Vulpius a J. H. Meyer, 20 de mayo de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 573.

[1284]«Tengo que forzarme…»: Schiller a Goethe, 27 de marzo de 1805.

—«Y así, poco a poco, fue mejorando…»: Schiller a C. G. Körner, 25 de abril de 1805.

—«En el camino, se encontró con Goethe…»: Goethe, 1 de mayo de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 576.

[1285]Enfermedad final de Schiller: Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 577; Alt 2004, vol. 2, p. 608.

[1286]Autopsia de Schiller: Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 579; Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 17 de junio de 1805, Robinson 1929, p. 170; Alt 2004, vol. 2, p. 54.

—«una especie de esponja dura…»: FS a AWS, 15-16 de julio de 1805.

[1287]«Cuando la noticia llegó a casa de Goethe»: Heinrich Voß a Niemeyer, 12 de agosto de 1806; Heinrich Voß a Solger 22/26 de mayo de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 578.

[1288]«si es que Schiller estaba muy enfermo…», «¡Está muerto!»: Heinrich Voß a Niemeyer, 12 de agosto de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 578.

—«Goethe no asistió al funeral…»: Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 579.

—«Pierdo un amigo…»: Goethe a K. F. Zelter, 1 de junio de 1805.

—«Mi irremplazable Schiller»: Goethe, mediados de mayo de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 580.

[1289]«Temo que el viejo…»: FS a AWS, 24 de mayo de 1805.

[1290]«No mencionó a Schiller…»: Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 581.

[1291]«Podría escribir yo mismo el resto»: Goethe a Förster, 4 de agosto de 1831, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 574; véase también Safranksi 2017, p. 397.

[1292]«para fastidiar a la Muerte»: Goethe, mediados de mayo de 1805, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 581.

[1293]«estado de vacío»: *ibid.,* p. 582.

20. «¡Los franceses están en la ciudad!»

[1294]Soldados en Jena: Paul 1920, p. 6 y ss.; Johanna Schopenhauer a Arthur Schopenhauer, 19 de octubre de 1806, J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre de 1806, en Hellmann 2005, pp. 113, 125; había habido algunas tropas antes, en 1805, pero el ejército principal llegó en otoño de 1806.

[1295]«el olor a pan procedente…»: Paul 1920, p. 9, Danz 1809, p. 20.

—«los precios de los alimentos en Jena no paraban de aumentar…»: Paul 1920, p. 10.

[1296]Uniformes de los soldados: Me baso en grabados y representaciones contemporáneas; véase también Nowak y Hellmann 2005, pp. 86-88.

[1297]Equipos de artillería en la plaza del mercado: Paul 1920, p. 8.

[1298]«Era la primera vez desde la guerra de los Siete Años»: Danz 1809, p. 12.

[1299]«Napoleón, con sus afilados dientes…»: CS a Julie Gotter, 12 de marzo de 1806.

[1300]«Por fin ha comenzado la verdadera revolución…»: Schelling a C. J. Windischmann, 7 de enero de 1807.

[1301]«que no se vieran soldados en Karlsbad y que nadie hablara de política»:

Goethe, verano de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 715.
[1302]Teoría del color y colección de rocas: Goethe, 9-30 de septiembre de 1806 y 1-2 de octubre de 1806, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 169-172.
[1303]Goethe y Hegel: Goethe 19, 27, 28, 29 de agosto de 1806 y 1 de octubre de 1806, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 160-166, 172.
—«Cuando envió muestras de rocas…»: Goethe a J. F. Blumenbach, 1 de octubre de 1806.
[1304]«aprovisionamiento de las tropas…»: Príncipe Hohenlohe-Ingelfingen, 2 de octubre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 748.
—«y sacó del baúl su traje de cortesano»: *ibid.*
—«dejando libres sus habitaciones para ellos…»: Goethe, 1 de octubre de 1806, Diarios de Goethe, vol. 3, p. 172; véase también Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 748.
[1305]«Goethe se limitaba a escuchar…»: Johanna Frommann sobre Goethe, octubre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 750.
[1306]Paseos de Goethe por Jena: 6 de octubre de 1806: J. H. Meyer sobre Goethe, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 750.
[1307]«el aire que baila sobre las brasas…»: *ibid.*
—Goethe abandonó Jena: Goethe, 6 de octubre de 1806; volvería en mayo de 1807, Goethe, 16-24 de mayo de 1807, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 173, 209.
[1308]«¡Los franceses están en la ciudad!»: Paul 1920, p. 15.
—«para esconder objetos de valor…»: *ibid.*, p. 19.
[1309]«Un regimiento sajón perdió todo su equipaje y provisiones…»: Nowak y Hellmann 2005, p. 23.
—«El campamento prusiano a orillas del Saale fue desmontado a toda prisa…»: Johanna Frommann, 1806, Hellmann 2005, p. 230.
[1310]Sucesos del 13 de octubre de 1806: Hegel a F. I. Niethammer, 13 de octubre de 1806; Paul 1920, p. 24; Danz 1809, pp. 52-55; J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre de 1806, J. K. Wesselhöft, 1806, Johanna Frommann, 1806 y Luise Seidler, 1806, en Hellmann 2005, pp. 115, 224 y ss.
—«Los soldados golpeaban las puertas…»: J. G. Lenz a Goethe, 22 de octubre de 1805.
—Saqueos: J. G. Lenz a Goethe, 22 de octubre de 1806; Paul 1920, pp. 30-33; 48-49; J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre de 1806 y Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, pp. 115, 232 y ss.
[1311]Los franceses en la plaza del mercado: Paul 1920, p. 37; Danz 1809, pp. 52, 71; Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, p. 231 y ss.
—«Un sastre francés…»: Paul 1920, p. 66.
[1312]Manuscrito de *Fenomenología del espíritu*: Hegel a F. I. Niethammer, 13 de octubre de 1806. Hegel ya había enviado partes el 8 y el 10 de octubre de 1806.
—Fecha límite del editor para la entrega: Pinkard 2001, p. 227.
[1313]«Solo Dios sabe…»: Hegel a F. I. Niethammer, 13 de octubre de 1806.
—Envío del manuscrito: Hegel a F. I. Niethammer, 18 de octubre de 1806; véase también Vieweg 2020, p. 257.
[1314]«dominios oscuros donde nada…»: Hegel a C. J. Windischmann, 27 de mayo de 1810.
[1315]«el conocimiento absoluto»: Hegel, *Fenomenología del espíritu*, 1807, Hegel Werke, vol. 3, p. 575; Hegel 2018, p. 454.
—«el proceso de su propio devenir»: Hegel, citado en Watson 2010, p. 242.
—«el espíritu conociéndose…»: Hegel, *Fenomenología del espíritu*, 1807, Hegel Werke, vol. 3, p. 582; Hegel 2018, p. 460.
[1316]«He visto al emperador…»: Hegel a F. I. Niethammer, 13 de octubre de 1806.
[1317]«el destino personificado…»: CS a Pauline Gotter, 24 de agosto de 1807.
[1318]«Goethe admiraba el genio y la fuerza de Napoleón…»: Hegel, «Vorlesungen

über die Philosophie der Geschichte», Hegel *Werke*, vol. 12, p. 339.

—«Napoleón tenía la misma energía creativa y la actividad que un genio artístico»: Goethe a J. P. Eckermann, 11 de marzo de 1828.

[1319]«Ahora todo el mundo espera…»: Hegel a F. I. Niethammer, 13 de octubre de 1806.

[1320]«Hegel huyó…»: Hegel a F. I. Niethammer, 18 de octubre de 1806.

[1321]«unas ciento treinta personas…»: Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, p. 232.

—Soldados borrachos: K. Wesselhöft, 1806, en Hellmann 2005, p. 224.

—«*Ouvrez la porte!*»: Danz 1809, p. 69; Paul 1920, p. 48.

[1322]La gente abandonó sus casas: Danz 1809, pp. 76-77; Paul 1920, pp. 54, 58.

—«Dormían al aire libre…»: Paul 1920, p. 59; Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, pp. 232, 234.

—«los carámbanos…»: F. F. J. Frommann, 1806, en Hellmann 2005, pp. 219, 232.

[1323]«¡Fuego!»: J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre de 1806, en Hellmann 2005, p. 117; véase también Paul 1920, pp. 55-56; K. F. E. Frommann a Goethe, 19 de octubre de 1806; J. F. A. Hertel a Goethe, 20 de octubre de 1806.

[1324]Colina arriba: se trataba del llamado «Steiger», un camino empinado que sube a la colina de Landgrafen. Duque de Rovigo, 13/14 de octubre de 1806, Nowak y Hellmann 2005, p. 31; Danz 1809, p. 35 y ss.; General Savary, «Bericht über die Schlacht bei Jena», Hellmann 2005, pp. 206-207.

[1325]Los regimientos franceses marcharon hacia Jena: Nowak y Hellmann 2005, p. 2.

[1326]Batalla del 14 de octubre de 1806: *ibid.,* pp. 32-42.

—«Ni todos los truenos del mundo reunidos…»: Paul 1920, p. 61; véase también Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, p. 235.

[1327]Caídos en la batalla de Jena: Nowak y Hellmann 2005, p. 49.

[1328]Soldados heridos y hospitales: Nowak y Hellmann 2005, p. 48; Paul 1920, pp. 61-63, 80; Danz 1809, p. 39; J. G. Lenz a Goethe, 24 de octubre de 1806; K. Wesselhöft, 1806, en Hellmann 2005, p. 227.

—El doctor Stark: Paul 1920, pp. 132-133.

[1329]Heridos en la Leutragasse 5: *ibid.,* p. 62.

—«El auditorio… se llenó de moribundos»: *ibid.,* J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre 1806, Hellmann 2005, p. 118.

[1330]El caos del 14 de octubre: Paul 1920, p. 63; J. J. Griesbach a sus amigos, 7 de noviembre de 1806 y Johanna Frommann, 1806, en Hellmann 2005, pp. 116-117, 234.

[1331]«ardieron más casas y continuó el saqueo»: Paul 1920, p. 83; W. C. E. von Reitzenstein, 1806, en Hellmann 2005, p. 255.

—«Se desplumaban y asaban pollos…»: Luise Seidler, 1806, en Hellmann 2005, p. 241.

[1332]Napoleón en las habitaciones de Goethe: Goethe a J. F. Blumenbach, 20 de octubre de 1806; véase también Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 751.

[1333]Soldados en la Casa del Jardín de Goethe: J. H. C. Koës, 13 de octubre de 1806, diario, Goethe 1965-2000, vol. 6, p. 149.

—«Deberíamos estar rezando…»: C. G. M. Lineke, 13 de octubre de 1806, diario, Goethe 1965-2000, vol. 6, p. 150.

[1334]«Cinco de la tarde…»: Goethe, 14 de octubre de 1806, Diarios de Goethe, vol. 3, p. 174; para el 14 de octubre de 1806 en Weimar en general, véase K. J. R. Ridel a su hermano, 3 de noviembre de 1806, y Johanna Schopenhauer a Arthur Schopenhauer, 19 de octubre de 1806, en Hellmann 2005, pp. 120, 132 y ss.; Goethe 1982-1996, vol. 4, pp. 754-755; F. W. Riemer, 14 de octubre de 1806, Goethe 1965-2000, vol. 6, p. 153.

[1335]«manto de profeta»: F. W. Riemer hacia el 14 de octubre de 1806, Goethe 1965-2000, vol. 6, p. 153.

—Christiane echó a los soldados: F. W. Riemer hacia el 14 de octubre de 1806, véase también J. H. C. Koës, 14 de octubre de 1806 y J. C. Loder a C. W. Hufeland, 8 de abril de 1807, Goethe 1965-2000, vol. 6, pp. 154-155, 164.

[1336]«Goethe envió un correo…»: Goethe a sus amigos de Jena, 18 de octubre de 1806.

—«Dios sabe…»: J. G. Lenz a Goethe, 18 de octubre de 1806.

—«la mayoría había huido de la ciudad…»: J. F. Fuchs a Goethe, 23 de octubre de 1806.

—«Yo, mi mujer y mis hijos…»: J. F. A. Hertel a Goethe, 20 de octubre de 1806 y Marianne Hertel a Goethe, 20 de octubre de 1806.

—«La mayoría llevaba días sin dormir…: J. N. Trabitius a Goethe, 21 de octubre de 1806; para el profesor de Jena, véase F. J. Schelver a Goethe, 18 de octubre de 1806.

—«de lo contrario, nos iremos…»: J. P. Gabler a H. K. A. Eichstädt para Goethe, 19 de octubre de 1806; véase también H. K. A. Eichstädt a Goethe, 18 de octubre de 1806.

[1337]«Seguimos vivos…»: Goethe a J. H. Meyer, J. F. Blumenbach y J. F. Cotta, 20 de octubre de 1806.

—«sufro de algo…»: Goethe al duque Carlos Augusto, 29 de diciembre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 792.

[1338]Boda de Goethe: Goethe a Karl von Knebel, 21 de octubre de 1806; Goethe, 19 de octubre de 1806, Diarios de Goethe, vol. 3, p. 175; Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 759.

—«en tiempos como estos…»: Johanna Schopenhauer a Arthur Schopenhauer, 24 de octubre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 760.

—CS sobre la boda de Goethe: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de noviembre de 1806.

[1339]«Charlotte Schiller se negó a felicitar…»: Charlotte Schiller a Fritz von Stein, 24 de noviembre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 760.

—«Qué derecho tiene…»: F. H. Jacobi a K. F. Zelter, 3 de julio de 1805.

—«Creo que si Goethe le da su nombre…»: Johanna Schopenhauer a Arthur Schopenhauer, 24 de octubre de 1806, Goethe 1982-1996, vol. 4, p. 761.

[1340]Correspondencia sobre la batalla: Schelling a H. K. A. Eichstädt, 21 de octubre de 1806; Schelling a Goethe, 21 de octubre de 1806; CS a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de noviembre de 1806; CS a Luise Gotter, 28 de noviembre de 1806.

—«Me faltan las palabras…»: Schelling a H. K. A. Eichstädt, 21 de octubre de 1806.

—«como el de mi verdadera patria»: *ibid.*

[1341]«un cuarto de millón de soldados»: Schelling a H. K.A. Eichstädt, 16 de noviembre de 1806; para leer los periódicos: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de noviembre de 1806.

[1342]«Nuestros corazones están temblando…»: Schelling a Goethe, 21 de octubre de 1806.

[1343]«Su corazón había sangrado por Jena…»: CS a Luise Gotter, 4 de enero de 1807.

—«Así fue y así tenía que ser»: CS a Luise Gotter, 28 de noviembre de 1806.

—«La destrucción de Jena… había sido necesaria»: Schelling a C. J.Windischmann, 18 de diciembre de 1806.

—«en realidad, ninguno de esos gobernantes…»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 30 de noviembre de 1806.

[1344]Jena devastada: Paul 1920, p. 80; Heinrich Luden, octubre de 1806, en

Hellmann 2005, p. 212 y ss.

—«El paso de dos ejércitos tan enormes…»: Paul 1920, pp. 67 y ss., 117, 130-131.

—«Incluso el agua escaseaba…»: Nowak y Hellmann 2005, p. 48; Paul 1920, p. 117; Luise Seidler, 1806, en Hellmann 2005, p. 243.

[1345]«el "vivero donde florecieron…"»: Gabriel Henry a Napoleón, 15 de octubre de 1806, en Paul 1920, p. 120; véase también Pinkard 2001, p. 231; H. K. A. Eichstädt a Goethe, 18 de octubre de 1806.

—«el semestre de invierno fue escaso en estudiantes…»: Steinmetz 1958, vol. 1, p. 242.

[1346]«Sin pan, despojados…»: J. G. Lenz a Goethe, 20 de octubre de 1806; véase también Goethe a C. G.Voigt, 20 de octubre de 1806.

[1347]Colección de anatomía y jardín botánico: J. F. Fuchs y Goethe, 23 de octubre de 1806; Paul 1920, p. 75; F. J. Schelver a Goethe, 18 de octubre de 1806; Karl von Knebel a Goethe, 26 de octubre de 1806.

[1348]«tirados por el suelo…»: F. J. Schelver a Goethe, 18 de octubre de 1806.

[1349]«porque las autoridades de aquí han perdido…»: *ibid.*

—«cuando pase la tormenta…»: Goethe a J. G. Lenz, 21 de octubre de 1806; véase también Goethe a C. G. Voigt, 20 de octubre de 1806; Goethe a Karl von Knebel, 21, 23 de octubre de 1806 y 1 de noviembre de 1806; Karl von Knebel a Goethe, 24 de octubre de 1806; Goethe a J. H. Meyer, 15 o 16 de octubre de 1806.

[1350]«todavía con las botas puestas…»: Luise Seidler, 1806, en Hellmann 2005, p. 243.

[1351]Epidemia: Paul 1920, p. 134; Nowak y Hellmann 2005, p. 49.

—«Con unos seis mil soldados heridos…»: los informes variaban entre tres mil quinientos y nueve mil soldados heridos, Paul 1920, p. 63; el primer sermón fue el 21 de junio 1807, véase *ibid.,* p. 134

—«el carro de la muerte…»: Luise Seidler, 1806, en Hellmann 2005, p. 242.

[1352]«Nos vamos arrastrando…»: Karl von Knebel a Goethe, 5 de diciembre de 1806.

—«Todos estos trastornos…»: Goethe al duque Carlos Augusto, 29 de diciembre de 1806.

—La vuelta de Goethe a Jena: Goethe, 16-24 de mayo de 1807, Diarios de Goethe, vol. 3, pp. 209-213.

[1353]Denon en Berlín: Saltzman 2021, p. 179.

—Napoleón a través de Prusia: Nowak y Hellmann 2005, p. 53.

—Denon recolectó esculturas: Saltzman 2021, p. 184.

[1354]ciento cincuenta mil francos: Safranski 2017, p. 410.

[1355]«pocos sabían hablar francés…»: H. K. A. Eichstädt a Goethe, 19 de octubre de 1806.

[1356]La censura francesa: Paul 1920, p. 138.

[1357]«El intercambio académico…»: Lorenz Oken a Schelling, 3 de septiembre de 1808.

[1358]Decadencia de Jena: Deinhardt 2007, pp. 28, 86, 106, 374-376.

—«no había muchas esperanzas de que "renaciera"»: Karl von Knebel a Goethe, 5 de diciembre de 1806.

[1359]«Hegel solicitó su puesto…»: Hegel a Goethe, finales de enero de 1807.

—«También lo intentó sin éxito en las universidades…»: Hegel a J. H. Voß, mayo de 1805; Hegel a F. I. Niethammer, 14 de enero de 1806.

[1360]El hijo de Hegel: Ludwig Fischer nació el 5 de febrero de 1807; Kaube 2020, p. 183; Pinkard 2001, p. 237.

[1361]«el "fin de la Historia"»: Kojève 1969, p. 160, véase también p. 44.

[1362]«Discursos a la nación alemana»: Fichte, *Reden an die deutsche Nation*, 1807-1808. Fichte pronunció catorce conferencias entre diciembre de 1807 y marzo de 1808.

—Los alemanes, una sola nación: Fichte, *Reden an die deutsche Nation*, 1807-1808, Fichte, SW, vol. 7, p. 314.

[1363]Fichte y las lenguas: *ibid.*, pp. 311 y ss., 459 y ss.

—«a una única visión compartida»: *ibid.,* p. 326.

—Herder y la lengua: Herder 1877-1899, vol. 2, p. 18; véase también Kremer 2016, p. 60.

[1364]«el "*Ich* nacional"»: *Fichte, Reden an die deutsche Nation*, 1807-1808, Fichte, SW, vol. 7, p. 274.

[1365]Fichte paralizado: Fuchs 2014, p. 585.

[1366]Fichte en la Universidad de Berlín: Jacobs 2012, pp. 190-198.

[1367]Fichte con daga y escudo: Fichte descrito por Bettina von Arnim, Safranski 2009b, p. 186; véase también Fuchs 2014, p. 598.

[1368]Funeral de Fichte: J. G. Fichte a J. C. L. Fichte y J. E. Fichte, 31 de enero de 1816, Fichte *Gespräch*, vol. 5, p. 74; para las noticias de los periódicos, véase la p. 90 y ss.

—«El ojo de Alemania…»: Rahel Levin a K. A. Varnhagen von Ense, 14 de febrero de 1814, Fichte *Gespräch*, vol. 5, p. 110.

[1369]El aire de la montaña: Schelling a Luise Gotter, 24 de septiembre de 1809.

—«No quiero volver a establecerme…»: CS a Luise Gotter, 28 de noviembre de 1806.

[1370]Reseñas de CS: reseñas para la recién creada *Jenaer Allgemeine Literatur-Zeitung* de Goethe.

—«Lo que echo de menos…»: CS a Luise Michaelis Wiedemann, 31 de enero de 1807.

—«su círculo de amistades era reducido…»: CS a Luise Gotter, 4 de enero de 1807.

[1371]Schelling sobre CS: Schelling a Luise Gotter, 24 de septiembre de 1980; Schelling a Martin Wagner, 5 de octubre de 1809.

[1372]Última enfermedad de CS: Schelling a Luise Gotter, 24 de septiembre de 1809.

[1373]«Me quedé helado…»: *ibid.*

—«Lo único que me queda…»: *ibid.*

—«DIOS me la dio…»: Schelling 1869-1870, vol. 2, p. 168-170.

[1374]Depresión de Schelling: Bettina Brentano a Achim von Arnim, septiembre de 1809, Steig y Grimm 1894-1904, vol. 2, p. 334; Franz von Baader a Stransky, Baader 1851-1860, vol. 15, p. 236.

—«No había nadie como ella…»: Schelling a Philipp Michaelis, 29 de noviembre de 1809.

—«Esta obra maestra…»: *ibid.*; véase también Schelling a F. I. Niethammer, 2 de octubre de 1809; Schelling a Martin Wagner, 5 de octubre de 1809.

—«colgando su bata de la silla…»: Therese Huber a K. A. Böttiger, 17 de octubre de 1811, Huber 1999, vol. 4, p. 482.

[1375]«propuesto la hipótesis…»: Hegel a F. I. Niethammer, 4 de octubre de 1809.

—FS fingió que no le importaba: Charlotte Schiller a J. F. Cotta, 27 de octubre de 1809, Cartas de CS, vol. 2, p. 664.

—«¿Qué efecto tiene…?»: FS a DV, finales de noviembre de 1809.

[1376]Schelling y Pauline Gotter: Tilliette 2004, p. 249; Jaspers 1955, p. 37.

—Primogénita: Tilliette 2004, p. 290.

[1377]«Estoy orgulloso de ser…»: AWS a madame de Staël, 18 de octubre de 1805.

[1378]Último hijo de madame de Staël: Appel 2011, pp. 302, 350.
[1379]«repentinos y enloquecidos cambios de humor»: AWS a madame de Staël, 3 de agosto de 1813.
—«Llevo heridas incurables…»: *ibid.*
—«Mi juventud se ha ido…»: *ibid.*
[1380]Boda de AWS con Sophie Paulus: Paulin 2016, p. 439; AWS a Jakob Lamberz, 10 de enero de 1819.
[1381]«Al fin y al cabo, uno…»: AWS a madame de Staël, 3 de agosto de 1813.
[1382]Aspecto de AWS en sus conferencias de Bonn: Heinrich Heine, *La escuela romántica*, Heine 1972, p. 73.
[1383]Philipp volvió con su padre: Stern 1994, p. 228.
[1384]«Sí, a menudo pienso en ella…», «pelo de Dorothea encaneciera…»: DV a Karoline Paulus, 20 de septiembre de 1804.
—«como un bulldog»: Achim von Arnim a Clemens Brentano, marzo de 1803, Steig y Grimm 1894-1904, vol. 1894. 2, p. 67.
[1385]Conversión al catolicismo: Stern 1994, p. 234.
[1386]«actitudes cada vez más conservadoras»: FS a Karoline Paulus, 27 de marzo de 1805.
[1387]«idolatría del *Ich*…»: FS, *Zur Philosophie und Theologie*, 1817, FSKA, vol.19, p. 327.
—Fichte confundió el Yo con lo divino: FS, «Philosophie des Lebens, Wiener Vorlesung, 1827», FS KA, vol. 10, p. 16.
—«abstracciones muertas»: *ibid.*, p. 165.
[1388]«ese viejo y gastado…»: FS a Sulpiz Boisserée, 11 de diciembre de 1811.
—Goethe famoso gracias a FS: Körner 1924, p. 190.
—«El viejo…»: FS a Sulpiz Boisserée, 16 de enero de 1813.
[1389]«se mudaron ocho veces…»: Frank 1988, p. 210.
[1390]Traducciones de DV: Stern 1994, pp. 213-214.
[1391]FS y su ingreso en la administración pública austriaca: fue en abril de 1809, Stern 1994, pp. 254-255, 270 y ss.; Endres 2017, p. 18 y ss.
—FS y el cuerpo diplomático: Endres 2017, pp. 23-24.
—Muerte de FS: *ibid.,* p. 28.
[1392]DV tras la muerte de FS: Stern 1994, pp. 292-293; Frank 1988, pp. 264-265.
[1393]Edición crítica: se trata de la edición de Ernst Behler, *Kritische Friedrich-Schlegel-Ausgabe*, 1958-2006.
[1394]«*Chez Monsieur*…»: Bruhns 1873, vol. 2, p. 89.
[1395]AH y los amigos de Jena: AH vio a FS en París y AWS en Roma, FS a G. A. Reimers, 16 de marzo de 1805; FS a AWS, 15-16 de julio de 1805; Paulin 2016, p. 253; sobre AH y Fichte, véase Henrik Steffens, sobre la primavera de 1806, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 401; AH siguió manteniendo correspondencia con Goethe y lo visitó varias veces en Weimar, véase por ejemplo Goethe, 11-13 de diciembre de 1826 y 26-27 de febrero de 1831, Diarios de Goethe, vol. 10, pp. 279-281 y vol. 13, pp. 17-18.
—«momentos estelares»: Goethe a WH, 18 de junio de 1821.
[1396]«revolucionaria»: AH a Schelling, febrero de 1805; véase también AH a Schelling, 10 de febrero de 1806, y la referencia de AH a Schelling en A. Humboldt 1807, p. v.
—«seco amontonamiento…»: AH a C. C. J. Bunsen, 22 de marzo de 1835.
[1397]Deuda de AH con Schelling: Humboldt 1845-1850, vol. 1, p. 39; la referencia a Schelling y esta frase falta en la edición inglesa (Humboldt 1845-1852, vol. 1, p. 40); Humboldt citó el discurso de Schelling de 1807 «Über das Verhältnis der bildenden Künste zur Natur».
[1398]«aquello que le habla…»: A. Humboldt 1814-1829, vol. 4, p. 134.

—AH y la nueva forma de escribir sobre la naturaleza: Wulf 2015, pp. 132-133.

—«uno tiene la sensación…»: François-René de Chateaubriand, en Clark y Lubrich 2012b, p. 29.

[1399]«La naturaleza es un todo…»: A. Humboldt 1845-1850, vol. 1, p. 39.

—«una maravillosa red…»: *ibid.,* p. 21.

[1400]«el mejor científico…»: Thomas Jefferson a William Armistead Burwell, 1804, Fries 1959, p. 181.

[1401]«una de esas maravillas…»: Emerson, 14 de septiembre de 1869, Emerson 1971-2013, vol. 11, p. 458.

[1402]«Shakespeare de las ciencias»: Herman Trautschold, 1869, en Roussanova 2013, p. 45.

[1403]«los niños se convirtieran "en personas"»: WH citado en Clark 2007, pp. 331-332.

[1404]«Cada lengua contiene…»: *Einleitung zum Kawiwerk*, W. Humboldt 1903-1936, vol. 7, pt. 1, p. 60.

—«en este sentido…»: *Über die Verschiedenheiten des menschlichen Sprachbaues*, W. Humboldt 1903-1936, vol. 6, pt. 1, p. 125.

[1405]Amoríos de CH: Gersdorff 2013, pp. 109 y ss., 160 y ss.

—«Te lo ruego…»: WH a CH, 19 de junio de 1804.

—«diera y tomara…»: K. A. Varnhagen von Ense sobre Humboldts, Gersdorff 2013, p. 160.

[1406]Enfermedad final de CH: W. y C. Humboldt 1910-1916, vol. 7, p. 342.

—«Wilhelm no podía soportar…»: WH a August von Hedemann, 12 de diciembre de 1828.

—«Su amor era la base…»: WH a Goethe, 12 de febrero de 1829.

—«El amor es el propósito…»: CH en 1829, W. y C. Humboldt 1910-1916, vol. 7, p. 342.

[1407]Muerte de WH: Gersdorff 2013, p. 258.

[1408]Hegel ajusta las cuentas con Schelling: Schelling 1962-1975, vol. 1, pp. 500-519; véase también el prefacio de la *Phänomenologie des Geistes* de Hegel, 1807, Hegel Werke, vol. 3, pp. 11-67.

—«El enfoque de Schelling… carecía de lógica…»: Hegel, *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 506.

[1409]«Hoy en día, la gente intenta…»: Hegel, cuadernos, 1805/6, Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 515.

—«un asunto serio»: Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, 1807, Hegel *Werke*, vol. 3, p. 62; Hegel 2018, p. 42.

[1410]Hegel sobre Schelling y el arte: Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 503.

—Devolver la ciencia y la lógica a la filosofía: Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, 1807, Hegel *Werke*, vol. 3, p. 14.

—«Hegel se liberó de Schelling»: Jean Paul Richter a F. H. Jacobi, 6 de septiembre de 1807, Tilliette 1974, p. 184.

[1411]«la primera reseña tardó dos años…»: Schelling 1962-1975, vol. 1, p. 519.

[1412]«Si no fuera por mí…»: Schelling a K. F. Dorfmüller, 10 de septiembre de 1841.

[1413]«una imagen engañosa…»: FS a Tieck, 5 de noviembre de 1801.

[1414]Se dedicaron a crear un mito con Novalis: O'Brien 1995, pp. 12-25.

—«criatura de otro mundo»: Ludwig Tieck sobre Novalis 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 553.

—«oráculos», «figura crística»: Steffens 1841, vol. 4, p. 324.

—Novalis era como una melodía*: ibid.*

[1415]«poder sagrado del dolor»: Ludwig Tieck sobre Novalis, 1815, Novalis *Schriften*, vol. 4, p. 554.

—«incluso la vida cotidiana…»: *ibid.,* p. 559.

[1416]«el ídolo de los momentos más…»: Novalis a K. L. Reinhold, 5 de octubre de 1791.

[1417]«Alianza de Mentes»: Steffens 1841, vol. 4, p. 123.

[1418]«Vivimos en la misma época…»: Schiller a Fichte, 3 de agosto de 1795.

[1419]Goethe reaccionó aprendiendo francés: Goethe, *Dichtung und Wahrheit,* Goethe 1949-1960, vol. 9, p. 90.

—«mi emperador»: WH a CH, 9 de enero de 1809; sobre la aceptación de Napoleón, véase F. W. Riemer, noviembre de 1806, Goethe 1995-2000, vol. 6, p. 172.

[1420]Goethe y Napoleón se reunieron: Seibt 2008, p. 120 y ss.

—Legión de Honor: WH a CH, 9 de enero de 1809.

[1421]Goethe acabó exhausto: Goethe a Karl von Knebel, 22 de abril de 1815.

—«Se paseó por la vida…»: Goethe a J. P. Eckermann, 11 de marzo de 1828.

[1422]«*Fausto* nos asombra…»: Staël 1813, vol. 1, p. 390; para Schelling sobre *Fausto*, véase Schelling, «Philosophie der Kunst», 1802, Schelling SW, vol. 5, p. 446; para Coleridge y *Fausto*, véase Wulf 2015, p. 170.

[1423]Muerte de Christiane: Damm 1998, pp. 501-502.

—«El vacío y el silencio mortal»: Goethe, 6 de junio de 1816, Diarios de Goethe, vol. 5, p. 239.

[1424]Los pensadores alemanes vivían separados: Goethe a J. P. Eckermann, 3 de mayo de 1827.

[1425]«Cada vez me parece todo…»: Goethe a WH, 1 de diciembre de 1831.

[1426]«odio implacable»: AWS a Tieck, 15 de enero de 1830.

[1427]«Tomé y utilicé…»: Goethe, por Frédéric Soret, 17 de febrero de 1832, Soret 1929, p. 630.

[1428]Napoleón y *Alemania*: Staël 1813, vol. 1, pp. 13-17; Appel 2011, pp. 286-287; Lewis 2001, p. 423.

[1429]Diferencias entre franceses y alemanes: Staël 1813, vol. 1, pp. 70-90, 341.

—«Un francés puede hablar…»: *ibid.,* p. 75.

—Los franceses y la Revolución francesa: *ibid.,* pp. 85-87.

—Los alemanes y la individualidad: *ibid.,* p. 87.

[1430]«otros lo habían seguido ciegamente…»: *ibid.,* p. 85.

—«Los franceses solo son todopoderosos…»: *ibid.,* p. 87.

—«la tierra natal…»: *ibid.,* p. 23.

—Napoleón y *Alemania*: *ibid.,* pp. 13-17; Appel 2011, pp. 286-287; Lewis 2001, p. 423.

[1431]Publicación de *Alemania* en Londres: Appel 2011, p. 326.

[1432]«nueva filosofía»: Staël 1813, vol. 3, p. 136.

—«antorcha del genio»: *ibid.,* p. 33.

[1433]«se reunieron las luces más asombrosas…»: Staël 1813, vol. 1, p. 149.

[1434]«el libro de Staël-Schlegel»: Goethe citado en Higonnet 1986, p. 161.

[1435]«romantique»: *Le Globe*, 24 de marzo de 1825, citado en Wilcox 1953, p. 365.

[1436]Caspar David Friedrich y el Círculo de Jena: véase Amstutz 2020 para un estudio en profundidad de la influencia del Círculo de Jena en el artista.

—«El pintor no solo debe…»: Caspar David Friedrich citado en *ibid.,* p. 14.

[1437]«*…el gozo de reconocer*»: W. Wordsworth, *Versos escritos a pocas millas más allá de la Abadía de Tintern*, 1798.

[1438]«*La vida dentro y fuera de nosotros*»: S. T. Coleridge, «El arpa eólica», 1817; véase también Harman 2009, pp. 319-320.

[1439]Coleridge en Alemania: Holmes 1998a, pp. 205-237.

—«como la hiedra enroscada…»: Holmes 1998b, p. 254.

—«un genio grande y original»: S. T. Coleridge, *Biographia Literaria*, citado en *ibid.,*

p. 400.

—«schellingiano»: Henry Crabb Robinson sobre Coleridge, citado en Ashton 1994, p. 53.

—«metafisicaba *à la*…»: Henry Crabb Robinson, 3 de junio de 1824, diario, Robinson 1869, vol. 2, p. 273.

[1440]«mediadora entre la naturaleza…»: Coleridge, «On Poesy or Art», Coleridge 1983, vol. 1, p. CV.

—Coleridge plagió a Schelling: Coleridge 1983, vol. 1, pp. CXIV-CXXII; véanse los capítulos 5-9 y 12-13 de la *Biographia Literaria* de Coleridge.

—«plagio descarado»: Thomas de Quincey, septiembre de 1834, Beach 1942, p. 41.

[1441]«El Dorado»: De Quincey 1896, vol. 2, p. 85.

—«su biblioteca "abundaba…"»: *ibid.,* vol. 11, p. 370.

[1442]«en plena forma»: Lord Byron a Samuel Rogers, 29 de julio de 1816, Clayden 1889, vol. 1, p. 228.

[1443]*Frankenstein* y el Círculo de Jena: Holmes 2008, pp. 328-330.

—«escritores fisiológicos…»: Shelley 1998, p. 13.

[1444]Shelley lee el libro de AWS: Mary Shelley, 16-21 de marzo de 1816, diario, Shelley 1987, vol. 1, pp. 198-199.

—«la expresión de…»: AWS 1815, vol. 2, p. 99; AWS 1846, vol. 6, pt. 2, p. 161.

[1445]«esos "pensadores poderosos y profundos"»: Parker 1841, p. 324.

—Las ideas del Círculo de Jena en Estados Unidos: Vogel 1970, pp. 74-75, 106-107, 172-176; Wellek 1943, p. 41 y ss.; las revistas estadounidenses que publicaron las obras del Círculo de Jena fueron, por ejemplo, *The Dial, Blackwood's Magazine, Harbinger y Foreign Quarterly Review*.

[1446]*Alemania* y la *Biographia literaria*: Vogel 1970, p. 106.

—Trabajos de Carlyle: Véase, por ejemplo, Carlyle, *The State of German Literature*, 1827 y Carlyle, *German Romance: Specimens of its Chief Authors*; *with Biographical and Critical Notices*, 1827.

[1447]«la misteriosa relación entre yo mismo…»: Thoreau, 18 de abril de 1852, diario, Thoreau 1981-2002, vol. 4, p. 468.

—Thoreau de niño: John Weiss, *Christian Examiner*, 1865, Harding 1989, p. 33; sobre sus estudios en Harvard, véase Richardson 1986, pp. 12-13.

—«un tanto rústico»: Nathaniel Hawthorne, septiembre de 1842, Harding 1989, p. 154; para su aspecto, véase Channing 1873, p. 25.

[1448]Thoreau y los animales: Mary Hosmer Brown, *Memories of Concord*, 1926, Harding 1989, pp. 150-151; Thoreau 1910, pp. 170, 173.

[1449]Thoreau en Walden Pond: Thoreau 1910, p. 118.

[1450]«Con toda tu ciencia…»: Thoreau, 16 de julio de 1851, diario, Thoreau 1981-2002, vol. 3, p. 307.

—Thoreau y AH: Wulf 2015, p. 257 y ss.; Sattelmeyer 1988, pp. 206-207; véanse también los diarios de Thoreau para las referencias a AH, por ejemplo: Thoreau, 1 de abril de 1850, 12 de mayo de 1850, 27 de octubre de 1853, diario, Thoreau 1981-2002, vol. 3, pp. 52, 67-68 y vol. 7, p. 119.

—«sin privarla del aliento vivificante…»: A. Humboldt 1845-1852, vol. 2, p. 87; A. Humboldt 1845-1850, p. 74.

—«mirar la naturaleza con nuevos…»: Thoreau, 4 de diciembre de 1856, diario, Thoreau 1981-2002, vol. 9, p. 157; para la reescritura de Walden, véase Sattelmeyer 1992, p. 492 y ss.

[1451]«aprender alemán lo antes posible…»: Gura 2008, p. 29; véase también Emerson, 4 de mayo de 1837, diario, Emerson 1960-1992, vol. 5, p. 319; Richardson 1986, p. 20. Emerson poseía doscientos volúmenes que eran publicaciones originales alemanas, traducciones o libros de temática alemana, Vogel 1970, pp. 172-176.

—«Algunas mentes piensan…»: Emerson, «Encyclopedia Notebook», 1824-1836, Emerson 1960-1992, vol. 6, p. 195.

[1452]Emerson escribe *Naturaleza* y Coleridge la *Biographia Literaria:* Richardson 1995, p. 218-219.

—Emerson y Schelling: Labriola 2002, p. 129 y ss.

[1453]«cada partícula…»: Emerson, *Nature*, 1836, Emerson 2003, p. 60.

—«la mente es una parte…»: Emerson, *Nature*, 1836, Emerson 2003, p. 72.

—Emerson, Naturaleza y Dios: Emerson, *Nature*, 1836, Emerson 2003, p. 39.

—«¿No soy yo mismo…?»: Thoreau 1910, p. 182.

[1454]«dejó la escuela a los once años…»: Callow 1992, p. 26 y ss.

—«una capacidad inusual…»: *ibid.,* p. 50.

—«los cuatro ilustres»: El anuncio de Whitman para *Leaves of Grass*, 1872, Pochmann 1978, p. 469; ver también pp. 470, 786.

[1455]«Nunca antes me había acercado…»: Whitman, «A Sun-Bath-Nakedness», Whitman 1892, p. 103.

—«hermosa y majestuosa»: Whitman citado en Pochmann 1978, pp. 472, 787.

—«gran sistema de la filosofía idealista»: *ibid.,* p. 469.

[1456]«*A mí mismo me canto*…»: Whitman, *Leaves of Grass*, 1855, p. 13.

[1457]«Walt Whitman, un americano…»: *ibid.,* p. 29.

—Whitman y *Cosmos,* de AH: Walls 2009, pp. 279-283.

[1458]Hawthorne, Poe y Melville: Schiffman 2012, p. 42 y ss.; Pochmann 1978, pp. 405 y ss., 436 y ss.

—«libre albedrío»: Melville citado en Pochmann 1978, p. 43; para la lectura de Melville de *Biographia Literaria*, véase Marovitz 2008, p. 49.

[1459]«no es original…»: Poe citado en Schiffman 2012, p. 42; para Edgar Allan Poe plagiando la obra de AWS, véase Pochmann 1978, pp. 405-406.

[1460]«Allí contemplé una galaxia…»: Henry Crabb Robinson a Thomas Crabb Robinson, 17 de junio de 1805, Robinson 1929, p. 169.

[1461]«una mujer de primera clase…»: Steffens 1841, vol. 4, p. 82.

—Steffens en Escandinavia: Müller-Wille 2016, p. 579.

[1462]Maurycy Mochnacki: Coghen 2016, p. 558.

—«Si no podemos ser…»: Maurycy Mochnacki citado en Kopij-Weiß 2013.

—«germanomanía»: Adam Mickiewicz citado en Kopij-Weiß 2013.

[1463]Románticos suecos: P. D. A. Atterbom a E. G. Geijer, 24 de enero de 1818, Fichte *Gespräch*, vol. 2, p. 4.

—Uppsala: Müller-Wille 2016, p. 580.

—Tyutchev y Schelling: Tyutchev 2014, pp. XVIII, XXXV-XL.

—«Todo está en mí…»: Fyodor Tyutchev, poema sin título, primera mitad de la década de 1830, Tyutchev 2014, p. 44.

—«Busca ese mundo…»: Fyodor Tyutchev, «Silentium», segunda mitad de la década de 1820, Tyutchev 2014, p. 30.

[1464]Freud y el Círculo de Jena: Askay y Farquhar 2006, pp. 73-74.

—«la conexión de Goethe…»: Freud citado en Askay y Farquhar 2006, p. 75.

—«Mirad dentro de vosotros…»: Goethe, *Maximen und Reflexionen*, n.º 1080.

[1465]Joyce y el Círculo de Jena: Laman 2004, pp. 14, 16, 18.

[1466]«debe estar siempre en proceso…»: FS, «*Athenaeum* Fragment», n.º 116, FS KA, vol. 2, p. 183; Schlegel 1971, p. 175.

—*Finnegans Wake*: Laman 2004, p. 113 y ss. [Hay trad. cast. *Finnegans wake*, Barcelona, Lumen, 1993].

—«schlegeliana»: *ibid.,* p. 117 y véase también p. 85.

—«el caos…»: FS, «Ideen», n.º 71, FS KA, vol. 2, p. 263.

—«Una novela debería desafiar…»: FS, «*Gespräch* über die Poesie», 1800, FS KA, vol. 2, pp. 336-337.

—«La esencia de una novela…»: FS, «Fragmente zur Poesie und Litteratur», n.º 274, FS KA, vol. 16, p. 276.

[1467]«Tal vez Jena haya sido…»: Schiller a WH, 18 de agosto de 1803.

[1468]«fetichismo del yo»: Friedrich Bouterwek a F. H. Jacobi, Gotinga, 24 de febrero de 1801, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 11.

—«egotismo metafísico»: K. L. Reinhold a A. J. Batsch, 3 de mayo de 1801, Fichte *Gespräch*, vol. 3, p. 37.

—«Solo son libres…»: Fichte, *Einige Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten*, 1794, Conferencia 2, Fichte SW, vol. 6, p. 309.

[1469]«Puesto que encontramos en la naturaleza…»: Henrik Steffens a Schelling, 1 de septiembre de 1800.

—«era de la introversión»: Emerson, *The American Scholar*, 1837, Emerson 2003, p. 101.

[1470]«El fenómeno más maravilloso…»: Novalis, «Dialogen und Monolog. 1798/99», Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 362.

—«sin una perfecta comprensión…»: Novalis, «Blüthenstaub» (*Pollen*), n.º 28, Novalis *Schriften*, vol. 2, p. 424; Novalis 1991, p. 387.

NOTAS EXPLICATIVAS

(1) Los cuatro estados sajones, gobernados de forma independiente, pero unidos políticamente, eran Sajonia-Weimar, Sajonia-Coburgo-Saalfeld, Sajonia-Gotha-Altenburg y Sajonia-Meiningen.
(2) «Gaceta Literaria Universal».
(3) Friedrich Gottlieb Klopstock.
(4) Königsberg, que por aquel entonces formaba parte de Prusia, es, actualmente, la ciudad rusa de Kaliningrado.
(5) El «primer» sol era, por supuesto, Immanuel Kant y el «segundo», Karl Leonhard Reinhold, predecesor de Fichte en Jena y filósofo que había popularizado la filosofía de Kant a finales del siglo XVIII.
(6) El *Louis d'or* [Luis de oro] era una moneda francesa que algunos editores utilizaban para pagar a sus autores.
(7) *Reivindicación de la libertad de pensamiento a la atención de los príncipes de Europa que la oprimieron* y *Contribuciones para rectificar el juicio público sobre la Revolución francesa*, ambos publicados anónimamente en 1793.
(8) En 1785, Kant había reseñado y criticado el libro de Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, en el *Allgemeine Literatur-Zeitung*. Goethe y Herder habían sido muy amigos, pero su relación se deterioró cuando el poeta empezó a interesarse por la filosofía de Kant y Fichte. «Su aversión a la filosofía kantiana», dijo Goethe a propósito de Herder, «y, por tanto, a la Universidad de Jena, se fue haciendo cada vez más acérrima».
(9) El término *Wissenschaftslehre* incluye las palabras *Wissen* («conocimiento») —*Wissenschaft* se aplica, en alemán, tanto a las ciencias como a las humanidades— y *Lehre* («doctrina»). La *Wissenschaft*, tal y como la entendía Fichte en este contexto, se refería a un «sistema de conocimiento», no a la «ciencia» en sí. La *Wissenschaftslehre* no era un libro, una obra en concreto, sino el sistema filosófico de Fichte en su totalidad. Lo revisó sin descanso y publicó muchas versiones de este hasta su muerte.
(10) La Paz de Basilea de 1795.
(11) August Wilhelm Schlegel afirmó más tarde que nadie había oído hablar de Dante en Alemania antes de sus traducciones.
(12) Schiller conoció a Körner en 1785 y, tras los años de errancia que siguieron a su encarcelamiento a causa de *Los bandidos*, pasó casi dos años en Dresde con él. Schiller consideró siempre, hasta el mismo día de su muerte, al rico, culto y refinado Körner uno de sus más fieles amigos.
(13) Cuando August Wilhelm Schlegel publicó sus obras reunidas, unas tres décadas más tarde, reconoció que Caroline había sido la autora de algunas de ellas —aunque se quedó deliberadamente corto—, marcándolas con un asterisco en el índice. En su archivo privado, junto a los títulos de los artículos de Caroline, había escrito, de su puño y letra, «Carol».
(14) Las *Xenias* se inspiraron en la colección de epigramas que, con el mismo título, publicó el poeta romano Marcial. El término *xenia* procede del griego antiguo y podría traducirse como «obsequios para el anfitrión».
(15) Se refiere a Giebichenstein, la ciudad donde vivía Reichardt.
(16) No se sabe nada más de aquel cuento, o novela, de Caroline. Schiller solía

publicar anónimamente las colaboraciones de las escritoras en una de las revistas en las que se embarcó; es posible que hiciera lo mismo con la obra de Caroline.
(17) «De Novali» era el antiguo lema en latín de una rama de la familia de Friedrich von Hardenberg, que databa del siglo XII. Significaba «tierra arada por primera vez» o «de la tierra desbrozada». Como el Círculo de Jena estaba abriendo un nuevo camino, Novalis pensó que el pseudónimo no resultaba «del todo inapropiado». Para mantener la coherencia, Friedrich von Hardenberg será Novalis a lo largo de este libro.
(18) Los padres de Schiller vivían en los terrenos del castillo de la Soledad del duque de Wurtemberg, a pocos kilómetros al nordeste de Stuttgart. El padre del dramaturgo era el superintendente de los jardines, huertos y bosques. En julio de 1796, cuando llegaron los franceses, el castillo solo estaba defendido por jóvenes soldados inexpertos y veteranos heridos.
(19) Cuando los Schlegel llegaron a Jena, el doctor Hufeland acababa de terminar el manuscrito de su libro *Macrobiótica. El arte de prolongar la vida* (1797), que se convertiría en el tratado médico más famoso de la época, un superventas internacional que se publicó en toda Europa e incluso se tradujo al chino.
(20) El término «galvanismo» procedía del científico italiano Luigi Galvani, que fue el primero en experimentar con «electricidad animal».
(21) Burgsdorff había dejado Jena a finales de 1796, pero Wilhelm von Humboldt le pidió que volviera en primavera de 1797 para que cuidara de su mujer mientras él estaba de viaje. Deprimido, solo, lejos de Caroline von Humboldt, Burgsdorff acudió de inmediato a finales de marzo y luego salió de Jena hacia Dresde el 30 de abril de 1797.
(22) Goethe escribió el llamado *Urfaust* a principios de la década de 1770; publicó *Fausto. Un fragmento* en 1790 y después siguió trabajando ocasionalmente en la obra de junio de 1797 a abril de 1801. La primera parte de *Fausto* fue publicada en 1808 y la segunda, en 1832.
(23) Hölderlin escribió *La muerte de Empédocles* entre 1797 y 1800, pero la obra no se publicaría hasta después de su muerte.
(24) Las *Lecciones sobre arte dramático y literatura* se publicaron entre 1809 y 1811 en Alemania. Se tradujeron al francés en 1814 y se publicaron, finalmente, en Inglaterra, en 1815.
(25) Alexander von Humboldt dejó Europa siendo neptunista, en 1799, pero las observaciones y estudios que llevó a cabo en los Andes acabaron convirtiéndolo en vulcanista y haciéndole afirmar que la Tierra se había formado mediante acontecimientos catastróficos, como erupciones y terremotos.
(26) Novalis emprendió su proyecto de enciclopedia en el otoño de 1798 pero nunca lo terminó. En Alemania, los cuadernos se publicaron póstumamente como *Das Allgemeine Brouillon*. La palabra francesa *brouillon* significa «borrador». No era el título que Novalis había elegido. En inglés, los traductores lo cambiaron por el de *Notes for a Romantic Encyclopaedia*, más atractivo, aunque la obra se sigue conociendo, sobre todo, por su rebuscado título alemán.
(27) Unos años más tarde, el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge también «poetizó» las ciencias. Inspirado por las lecciones de química de Humphry Davy, Coleridge entrelazó la química y la poesía. «Encontramos que en la poesía la poesía es corroborada y hecha realidad, como si dijéramos», escribió. Pero también acudió a las populares y teatrales lecciones de Davy para «aumentar mi acervo de metáforas».
(28) El sistema métrico se introdujo en la legislación francesa en abril de 1795. El tamaño del metro se midió y calculó entre 1792 y 1798, y el sistema se implantó en 1799.
(29) Dorothea cambió su nombre de pila judío, Brendel, cuando conoció a Friedrich

Schlegel.
(30) Charlotte Ernst (de soltera Schlegel) era trece años mayor que su hermano menor Friedrich. Estaba casada con Emanuel Ludwig Ernst, un alto funcionario de la corte de Dresde. Como hermana tranquila y paciente, sacó varias veces de apuros a Friedrich, acuciado por las deudas, pero también le preocupaba la indecencia de su relación amorosa con Dorothea Veit.
(31) El *Athenaeum* [Ateneo] era el templo dedicado a la diosa Atenea en la antigua Atenas, donde se enseñaba a los estudiantes y los poetas recitaban sus obras.
(32) Se publicaron seis números del *Athenaeum,* entre 1798 y 1800; dos en 1798, uno en marzo de 1799 y tres en 1800.
(33) Friedrich von Hardenberg empezó a usar el pseudónimo de Novalis en el primer número del *Athenaeum.*
(34) La admiración que los amigos le profesaban era tan grande que, unos treinta años después, otro gran poeta alemán, Heinrich Heine, dijo que Goethe «debía la mayor parte de su fama a los Schlegel». Aunque se trate de una exageración, sirve para ilustrar cuánto lo celebraron.
(35) El príncipe elector de Sajonia, Federico Augusto, era pariente del duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar.
(36) Algo así como «la asamblea primigenia, original, de una nueva humanidad». *(N. del T.)*
(37) Dos de las tres pinturas de la Magdalena penitente eran de los artistas italianos Franceschini (datada entre 1677 y 1678) y de Pompeo Batoni (pintada en 1742). La otra se atribuía a Correggio y se databa en la primera mitad del siglo XVI.
(38) Caroline fue la autora principal del ensayo, pero este apareció, como siempre, firmado por su marido. August Wilhelm se lo mandó a Goethe junto con una nota que también escribió casi en su totalidad su esposa.
(39) Tras la Revolución, la Académie des Sciences se incorporó al Institut National des Sciences et des Arts. En 1816 se convirtió de nuevo en la Académie des Sciences, y parte del Institut de France.
(40) Se trata del llamado «Programa-sistema del primer idealismo alemán», título que recibió a principios del siglo XX. Hoy en día, hay mucho debate sobre quién escribió realmente el manifiesto. Encontrado entre los papeles de Hegel, fue transcrito de su puño y letra. Se publicó por primera vez en 1917, y los estudiosos han señalado a Schelling, Hegel y Hölderlin como autores, aunque la mayoría afirma que fue Schelling. Probablemente se escribió a finales de 1796 o principios de 1797.
(41) Según algunos estudiosos, el término «ideísmo» sería, tal vez, más apropiado que el de «idealismo», ya que los idealistas creen que las ideas, o la mente, no las cosas materiales, conforman y determinan nuestra realidad.
(42) A finales del siglo XVIII, el coste del alquiler de un carruaje para ir de Jena a Weimar era de dos táleros y medio, mientras que el alquiler de un caballo por medio día era de un tálero.
(43) Schelling lo explicaba partiendo del instante en que el *Ich* toma conciencia del mundo exterior: «En el momento en que soy consciente del mundo externo, la conciencia de mi yo está también en él, como él en ella. En el mismo instante en que aparece mi autoconciencia, el mundo real se alza ante mí…».
(44) Estas fueron la controvertida Ley de Reuniones Sediciosas de 1795 y la Ley de Prácticas de Traición, así como la suspensión del *habeas corpus*, que permitió al Gobierno inglés arrestar a personas basándose únicamente en sospechas y sin juicio.
(45) En «Dios: algunas conversaciones sobre el sistema de Spinoza» (1787), Herder defendió al filósofo holandés del siglo XVII, al que acusaron de panteísmo por su creencia en Dios como un principio que lo abarca todo en la naturaleza. Spinoza afirmó que la naturaleza, el universo y Dios eran una sola cosa.
(46) Caroline también le recomendó que leyera las obras del matemático y

revolucionario francés Condorcet, uno de los pocos pensadores que defendía la igualdad entre hombres y mujeres, y el derecho al voto de estas últimas en Francia.
(47) La palabra alemana *Erkenntnis* se traduce a menudo como «conocimiento», pero su significado es más amplio: *Erkenntnis* es el *proceso* de adquirir el conocimiento así como su comprensión.
(48) La novela de Dorothea se publicó, firmada por Friedrich Schlegel, en 1801.
(49) Schelling siguió explorando estas ideas en su serie de conferencias «Filosofía del arte» y en su discurso de 1807 «Sobre la relación de las artes plásticas con la naturaleza», pronunciado en la Academia de Bellas Artes de Múnich. En él afirmaba que el arte era el vínculo que unía el alma y la naturaleza. El discurso se convirtió en un texto fundamental para la siguiente generación de románticos.
(50) Una de las obras de Kotzebue.
(51) *Demoiselle* procede del francés *Mademoiselle* y era la forma de llamar a las mujeres solteras, como Christiane Vulpius.
(52) Este fue el título original que le dio Novalis. El ensayo, sin embargo, no se publicó en vida del autor, sino en 1826, bajo el título por el que se lo conoce hoy en día: *Europa o la cristiandad.*
(53) Meticuloso como era, August Wilhelm Schlegel revisó sus archivos, contó cada una de las reseñas que había enviado al *Allgemeine Literatur-Zeitung*, y publicó después una lista, de casi trescientos títulos junto a los números correspondientes de los ejemplares donde aparecieron, en el *Athenaeum*.
(54) El 7 de diciembre de 1799, Novalis había sido ascendido a perito de las minas de sal, y con esa nueva responsabilidad, su carga de trabajo aumentó de modo sustancial. Después de la reunión de noviembre, solo pasó brevemente por Jena, en abril de 1800.
(55) Nueva Andalucía formaba parte del Imperio español y Cumaná está en la costa de la actual Venezuela.
(56) August Wilhelm quería emprender acciones legales contra el *Allgemeine Literatur-Zeitung* y le envió sus archivos y documentación a Goethe. En lugar de llevar el asunto a los tribunales, Goethe sugirió presentar simplemente una queja ante el Senado Académico de la universidad. Incluso redactó una breve petición para August Wilhelm.
(57) Se trataba de Clemens Brentano, que, además, también fue diciendo por ahí que Ritter se había «acostado con la señora Veit a diario durante dos meses».
(58) Hubo un acalorado debate en aquel momento sobre si el nuevo siglo había comenzado el 1 de enero de 1800 o el 1 de enero de 1801. El comentario de Caroline deja ver que ella creía en lo último.
(59) El título completo era: *Un informe claro como la luz del día para el público en general sobre el carácter real de la última filosofía: un intento de obligar al lector a comprender*.
(60) Su editor había reimpreso el primer volumen de las traducciones de Shakespeare sin informarles ni pagarles la tarifa correspondiente. Al final, August Wilhelm Schlegel lo demandó y, como resultado, se quedó sin contrato para proseguir con el proyecto de Shakespeare.
(61) El primer volumen se publicó en junio y el segundo en diciembre de 1802. Incluía los *Himnos a la noche* y la colección de fragmentos *Pollen*, así como la novela *Enrique de Ofterdingen*, que Friedrich Schlegel y Ludwig Tieck habían decidido dejar inacabada. Aquellos dos tomos harían famoso a Novalis en Europa, pero también en Estados Unidos. Editar el trabajo había sido difícil, admitió Tieck: «Se siente uno tan mezquino haciendo estas pequeñas correcciones, abrumado, como está, por la belleza del conjunto», le dijo a Friedrich Schlegel.
(62) Como parte de las negociaciones con Francia, el principado-obispado de Wurzburgo había sido cedido a Baviera en 1803, y el gobernante bávaro se había

propuesto reestructurar y secularizar la antigua universidad católica de la ciudad. De ahí que estuvieran a la caza de profesores de otras universidades y les ofrecieran, para atraerlos, salarios tan generosos.

(63) Madame de Staël tuvo una hija en 1787 que murió en la infancia, dos hijos de su amante Louis de Narbonne, nacidos respectivamente en 1790 y 1792, y una hija en 1797 de su posterior amante, Benjamin Constant. En 1812, a los cuarenta y cinco años, tendría otro hijo con Jean-Michel de Rocca.

(64) Según los términos del acuerdo de divorcio de Dorothea, su exmarido tenía derecho a la custodia de su hijo Philipp cuando este cumpliera diez años o si ella se volvía a casar. Pero como Simon Veit no reclamó a Philipp en su décimo cumpleaños, el año anterior, era poco probable que lo hiciera ahora. Unos meses después de la boda, Dorothea le agradeció a Simon Veit su generosidad. «Estaré en deuda con tu bondad mientras viva», le escribió, el 5 de enero de 1805.

(65) Schelling y Hegel solo llegaron a publicar dos volúmenes de su *Revista Crítica de Filosofía*. Su colaboración terminó en 1803, cuando Schelling se mudó de Jena.

(66) «Cazadores». Así se llamaban los soldados de caballería de la Guardia imperial que servían como escoltas de Napoleón. *(N. del T.)*

(67) Este punto de vista se basaba en los escritos de Johann Gottfried Herder: «Cada nación habla de acuerdo a su forma de pensar y piensa de acuerdo a su forma de hablar», había escrito Herder ya en 1768. La expresión más verdadera de esto, sostenía, era la poesía de los viejos cuentos y canciones populares, que recopiló y publicó. Pero a diferencia de Fichte, que elevó la lengua alemana a la categoría de única verdadera, Herder no juzgó nunca si una lengua en particular o un pueblo eran mejores que otros.

(68) En *Cosmos*, Alexander von Humboldt también reconoció su deuda con Schelling, quien había definido la naturaleza como «el poder sagrado, eternamente creativo y original del mundo, que produce todas las cosas».

(69) La *Alemania* de madame de Staël fue impresa y distribuida por John Murray, en Londres, quien también publicó los libros de Lord Byron, Goethe, Coleridge y, más tarde, de Alexander von Humboldt.

(70) La naturaleza emersoniana era también Dios. «Las corrientes del Ser Universal circulan a través de mí», escribió en *Naturaleza*, «soy parte, formo parte de Dios».

(71) «Cosmos» es la única palabra que no cambió en las diversas versiones de la famosa revelación de su identidad a lo largo de las varias ediciones de *Hojas de hierba*. Comenzó como «Walt Whitman, americano, uno de los duros, un cosmos», en 1855 y se convirtió en «Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan», en la última edición de 1892.

(72) Uno de ellos fue el poeta sueco Per Atterbom, que había conocido a Schelling y Fichte en Dresde y acabó haciéndose muy amigo del primero de ellos.

La aventura filosófica de un grupo de jóvenes rebeldes, elCírculo de Jena, que dieron lugar al Romanticismo y a nuestracomprensión moderna de la libertad.

EL REGRESO DE ANDREA WULF TRAS *LA INVENCIÓN DE LA NATURALEZA*

***«Magníficos rebeldes* vibra con la pasión salvaje y las ideasradicales de un nuevo mundo libre creado a partir de la poesía, elsexo, la música y el romanticismo. Absolutamente fascinante».**

SIMON SEBAG MONTEFIORE

¿Cuándo empezamos a exigir el derecho a decidir sobre nuestras vidas? ¿En qué momento nos volvimos tan egocéntricos como lo somos hoy? ¿Cuándo nos planteamos por primera vez la pregunta

«¿Cómo puedo ser libre?».

Todo comenzó en una tranquila ciudad universitaria de Alemania en la década de 1790, cuando un grupo de dramaturgos, poetas y escritores pusieron el yo en el centro del escenario de su pensamiento, su escritura y sus vidas. Este brillante círculo incluía a los famosos poetas Goethe, Schiller y Novalis; a los visionarios filósofos Fichte, Schelling y Hegel; a los polémicos hermanos Schlegel; y, en un maravilloso cameo, a Alexander von Humboldt. En el corazón de este grupo estaba la formidable Caroline Schlegel, gran instigadora de sus deslumbrantes conversaciones sobre el yo, la naturaleza, la identidad y la libertad.

La colaboración entre estas figuras lanzó el romanticismo al escenario mundial. En sus vidas exuberantes se nos revelan peleas épicas, historias de amor apasionadas, penas desgarradoras y, sobre todo, ideas radicales en torno al poder creativo del yo, así como las más altas aspiraciones del arte y la ciencia, la unidad de la naturaleza y el verdadero significado de la libertad. Así fue como estos jóvenes románticos incitaron una revolución mental que transformó nuestro mundo para siempre.

Hoy seguimos avanzando por la misma cuerda floja entre la autorrealización personal y el narcisismo destructivo, entre los derechos individuales y las responsabilidades hacia la comunidad y las generaciones futuras. En el corazón de este libro inspirador se encuentra la tensión, extremadamente moderna, entre los peligros del egoísmo y las emocionantes posibilidades que ofrece la libertad del individuo.

La crítica ha dicho:
«Un libro magnífico: una revelación que podría convertirse fácilmente en una obsesión».
The Spectator (UK)

«Una exploración esclarecedora de la vida de la mente y de la producción de arte, a veces tensa».
Kirkus Reviews

«Una obra de una erudición formidable, pero llevada con ligereza; de compleja historia intelectual contada de forma evocadora, absorbente y convincente. La magnífica prosa de Wulf nos adentra en las vidas y las mentes de este notable círculo de personas que exploró las impresionantes posibilidades (y los tremendos riesgos) del libre

albedrío, la creatividad individual y la libertad».
Robert Macfarlane

Andrea Wulf nació en India, se mudó a Alemania de niña y hoy vive en Londres, donde da clases de Historia del Diseño en el Royal College of Art. Es autora de libros como The *Brother Gardeners* y *Founding Gardeners. The Revolutionary Generation, Nature, and the Shaping of the American Nation*, aclamado por la crítica. Ha colaborado con medios como *The New York Times*, *The LA Times*, *The Wall Street Journal*, *The Sunday Times* y *The Guardian*, entre otros medios. Ha dado conferencias en lugares como la Royal Geographical Society, la Royal Society de Londres, la American Philosophical Society de Philadelphia y la Biblioteca Pública de Nueva York. Es autora, entre otros libros, de la maravillosa biografía de Alexander Von Humboldt *La invención de la naturaleza* (Taurus, 2016), *best seller* internacional, con el que obtuvo más de quince premios internacionales (incluidos el Royal Society Science Book Award y el Costa Biography Award) y de la novela gráfica *El increíble viaje de Alexander von Humboldt al corazón de la naturaleza* (Random Comics, 2019).

Título original: *Magnificent Rebels. The First Romantics and the Invention of the Self*

Primera edición: noviembre de 2022

© 2022, Andrea Wulf Ltd
Publicado originalmente por John Murray (Publishers) de Hachette UK
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Abraham Gragera López, por la traducción
Mapas dibujados por Peter Palm

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Montse Galbany

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, https://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-306-2404-1

Compuesto en Arca Edinet S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: taurusseditorial
Twitter: @taurusseditorial
Instagram: @ penguinlibros
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

ÍNDICE

Magníficos rebeldes

Dramatis personae
Mapas
Citas
Prólogo
PRIMERA PARTE. La llegada
1. «Un feliz acontecimiento»
2. «Soy un sacerdote de la verdad»
3. «Las mentes más excelsas de la nación»
4. «Electrificados por el mutuo roce intelectual»
5. «La filosofía es, en su origen, un sentimiento»
6. «Nuestro maravilloso círculo»
SEGUNDA PARTE. Experimentos
7. «Nuestra pequeña academia»
8. «Prende, pues, un puñado de oscuridad»
9. «Una sublime impertinencia»
10. «“Sinfilosofía”, así se llama verdaderamente lo que nos conecta»
TERCERA PARTE. Conexiones
11. «Ser uno con todo lo que vive»
12. «Idólatras, ateos, mentirosos»
13. «Uno se pierde en una vorágine vertiginosa».
14. La cuadrilla Schlegel. Otoño de 1799: Trabajo y diversión
15. «Un solemne llamamiento para constituir una nueva confederación de mentes»
CUARTA PARTE. Fragmentación
16. «La república de los déspotas»
17. «¡Oh, qué espantosa negrura!»
18. «Cuando los filósofos empiezan a comerse los unos a los otros como ratas hambrientas»
19. «El éxodo actual»
20. «¡Los franceses están en la ciudad!»
Epílogo
Agradecimientos
Imágenes
Bibliografía y fuentes

Notas
Notas explicativas

Sobre este libro
Sobre Andrea Wulf
Créditos